

Valiente, desafiante,  
divertido, triste...

*THE TIMES*



# ¡MENUDO REPARTO!

**JONATHAN**



Lectulandia

Imaginemos que Charles Dickens, Evelyn Waugh y Agatha Christie, de alguna milagrosa manera, hubieran planeado escribir una novela a seis manos: el resultado habría podido ser esta novela que nos introduce en el ámbito de la más poderosa familia de Inglaterra, y desde luego la más canalla.

Verano de 1990, Inglaterra está al borde de una guerra contra Sadam Husein y Michael Owen, un joven escritor sin blanca, recibe el encargo de la anciana Tabitha Winshaw de escribir la biografía de su rica familia y llegar al fondo del posible asesinato de su hermano Godfrey, fallecido según ella a manos de uno de sus parientes. Es así como Owen conoce a la familia Winshaw: Thomas, magnate del cine y voyeur; Dorothy, fabricante de comida basura; Mark, traficante de armas y amigo de Sadam Husein; Hilary, una columnista absolutamente ignorante, o Henry, visionario del libre mercado. ¡Menudo reparto! es un retrato cruel y despiadado de aquellos que mandan en la Inglaterra de hoy: banqueros, industriales, políticos, traficantes de armas y barones de los medios de comunicación, engendrados en la orgía de saqueo económico que fue la década de los ochenta. Una novela de detectives, un libro de denuncia, un relato gótico y una mirada ácida sobre los hijos de la época thatcheriana. Además, la presente edición incluye un prólogo de Kiko Amat.

**Lectulandia**

Jonathan Coe

# **¡Menudo reparto!**

ePub r1.0

Titivillus 24.11.15

Título original: *What a Carve Up!*

Jonathan Coe, 1994

Traducción: Javier Lacruz

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# PRÓLOGO: UN ELEGANTE SÁTIRO

**De Jonathan Coe, flagelo de *tories*, sobrio narrador, músico frustrado y santo patrón de la ironía, el humor y la sagrada simplicidad del lenguaje**

## 1

Jonathan Coe es, sin lugar a dudas, inglés. Ustedes me dirán: también lo son Margaret Thatcher, Oswald Mosley, Benny Hill y los tres estegosaurios de Emerson, Lake & Palmer. Y Elton John, por el amor de Cristo. Y quizás tengan razón; quizás se pueda ser un perfecto imbécil e inglés a la vez. Ambos términos no son, me apena decir, excluyentes. Después de todos estos años de anglofilia descocada, al final va a resultar que ser inglés no es garantía de nada.

Pero, *pero*. No se lancen. Sucede que si uno es músico pop o novelista, la inglesidad —¿cómo decirlo?— *ayuda*. Es esa inglesidad la que le da a uno la sonrisa de medio lado, la ceja hierática, el temple glacial, el humor socarrón, complejo y entablillado con juegos de palabras y jeroglíficos *puns*. Es esa condición de ser inglés la que le aporta a uno cierta (indispensable) perspectiva irónica sobre la vida, y es esa misma *britishness* el lugar donde germinan la autodefensación, el descreimiento existencial patológico y la burla letal contra cualquier oponente (el humor como línea defensiva, y también como arma arrojadiza), la *sangfroid*, la sátira (más sobre ella más adelante), la intuición innata para hablar sobriamente de esta nuestra cotidiana tragicomedia; la hilarante miseria de nuestras vidas. No es casualidad que el Reino Unido sea uno de los únicos sitios de Europa donde ni la religión católica ni la protestante han logrado jamás echar raíces sólidas; el carácter británico no está equipado para lidiar con algo tan monumentalmente grave, solemne y timorato como la religión. Y no me salgan con la Iglesia anglicana; todo el mundo sabe que no es una religión. Un club de petanca tiene mandamientos más rígidos que el protestantismo de la Church of England<sup>[1]</sup>.

Pero al grano: Jonathan Coe, que es de quien vamos a hablar aquí, no puede ser más inglés; le daría algo. Con sólo echarle un vistazo uno sabe que ahí hay un inglés de pura raza; alguien a quien le disgusta profundamente hablar sobre sexo y a quien le irrita la gente que habla a voces, que ama el jazz y el cine de los años cuarenta y dice «*sorry*» cuando le pisan. Un señor pulcro, comedido, vagamente distante en sus maneras, un conversador audaz, un narrador brioso y con sentido del humor, alguien que desprecia la estupidez y el fariseísmo y la grosería. Coe es un poco de todas estas cosas, y todas estas cosas son rasgos eminentemente ingleses. Miren esa raya en medio que lleva, por Dios. Miren esas frases que escribe: un americano jamás escribiría así; al otro lado del Atlántico les cuesta horrores situarse en un punto medio

entre la cursilería pegajosa y la barbarie analfabeta. Pero Coe, por fortuna, es inglés como el caramelo brighton rock, el *Hymns of praise*, Blackpool, The Claim y The Dentists, *Fings Ain't Wot They Used t'be*, Jack Hylton, Ken Dodd, Alastair Sim, Morrissey, el *sunday roast* (con 2 veg), *Private Eye*, *Father Ted*, Ray Davies, Highgate y el 2 I's, el *3-day week* y *The Angry Silence*. Inglés hasta la médula. Y, como bien podría decir una camiseta de esas que sus compatriotas llevan paseando por Lloret de Mar: *English Do It Better*. La narrativa, al menos.

## 2

Coe es un gran novelista: ambicioso y en progresión ascendente. El escritor nunca ha dejado de mejorar, cosa que da bastante rabia. ¡*Menudo reparto!* fue una insolente prueba de que el autor de *The Accidental Woman*, *The Dwarves of Death* y *A Touch of Love* quería subir más alto, aspirar a más. ¡*Menudo reparto!* es la novela que jamás escribiremos, con el trabajo documental que en la vida nos echaremos a la espalda; el libro que nunca inspirará a los aspirantes a escritor, y que desmoralizará para siempre a los autores que se encuentran en mitad del camino de su narrativa. Coe es el saltador de trampolín virtuoso y filigranero tras el cual nadie quiere ir, el equipo de concurso científico televisivo contra el que nadie quiere competir, el empollón que todo el mundo quiere en su grupo de trabajo escolar. Coe nos deja a todos en mal lugar, haciendo un mal papel, sacando la lengua de lado y esforzándonos para, por lo menos, hacer buena letra. Y es que a su vera parece que todos estemos empezando.

En ese sentido, y para efectuar un símil transnacional, ¡*Menudo reparto!* es su *El día del Watusi* de Francisco Casavella. La novela después de la cual uno cambia de liga, y los demás seguimos jugando en Tercera Regional. Y le vemos saludarnos desde una cima, blandiendo el piolet tras haber ingresado en El Maldito Club de los Inalcanzables, después de coronar la cumbre de los Cabrones Que Escriben Mucho Mejor (y los demás soñamos con que le sepulte un alud, o algo). Coe, por todo ello, sería un individuo altamente despeñable si no fuese por un puñado de cosas que voy a gritarles más adelante. Y por ésta: mientras otros escritores confunden de manera inquietante el significado de la palabra *ambición* —para ellos, ser ambicioso implica arrimarse con constancia a los editores, aparecer en la foto, sonreír a los periodistas, estar en todos los saraos pegando la gorra (o dando la chapa), calcular cuál es la mejor ascua a la que arrimar la metafórica sardina, de dónde va a caer este prólogo o aquel libro de encargo—, en Coe la ambición se traduce en un constante esfuerzo por elevar su obra, por producir excelencia. «Elevación, elegancia y entusiasmo», como sentenciaron John Coltrane y —el dos veces mencionado— Casavella. Un entusiasmo inglés, comedido y *cool*, pero entusiasmo al fin y al cabo. Coe se queda en casa en pijama a rayas y consume té y trabaja, y cada vez que aparece por la puerta con un nuevo libro, el resto de narradores sabemos que el muy canalla ha vuelto a

subir el listón. Y que, esta vez, no va a haber remaldito salto Fosbury que lo supere. ¡*Menudo reparto!* fue algo así, y que el profeta le castigue una y mil veces por ello.

Coe, por otro lado, es un narrador funcional. En sus obras no encontrarán frases que les hagan desorbitar los ojos, ni párrafos de esos que quitan el hipo, no subrayarán hasta gastar uno, dos, tres, lápices Staedtler de mina 2. En Jonathan Coe las palabras son, ante todo, útiles<sup>[2]</sup>: nos llevan a alguna parte, nos sitúan de algún modo, se recolocan en la trama como hábiles construcciones de palillos. ¡*Menudo reparto!* funciona, ante todo, como sublime máquina de precisión, donde cada pieza de la maquinaria gira y sostiene y opera de la manera prevista. Aquí no triunfa la emoción, sino el ensamblaje, los cimientos, la estructura; Coe es, a la sazón, el rey de la estructura. El definitivo artesano de la novela como construcción sólida y longeva que se levanta pieza a pieza, ladrillo a ladrillo. Con trabajo. Con artesanía. Con elegancia.

### 3

Jonathan Coe es divertido, si bien no en sentido ja-já. De hecho, es muy poco ja-já, y uno casi nunca se ríe literalmente con sus novelas (si bien tampoco se echa a llorar violentamente, como en las tristes tragicomedias de Joseph Heller). No obstante, en todos sus libros la sátira y la ironía gozan de un lugar privilegiado. Se bosqueja el sentido del ridículo mancillado, se comenta sobre el patetismo y la absurdidad de los hombres, sobre su pequeñez y miseria, y se recae ocasionalmente en la escatología y el humor grueso. Humor grueso sofisticado, si es que existe tal cosa; sal gorda refinada, si es que algo así es posible. ¡*Menudo reparto!* es, en general, una novela satírica que encaja de perlas en esta tradición: De Quincey, Fielding<sup>[3]</sup>, Defoe, Swift, Dickens... A la vez que se sitúa en una de las ramas de aquel árbol genealógico de grandes humoristas agridulces de los cincuenta: el Kingsley Amis de *La suerte de Jim*, el Evelyn Waugh de *Decadencia y caída* (antes de que abandonara el humor y nos obsequiara con la plúmbea *Retorno a Brideshead*) o el Keith Waterhouse de *Billy Mentiroso*<sup>[4]</sup>. Es su humorismo una cosa tan británica, gloriosamente estirada, impertérritamente *self-conscious* como el de Wodehouse, o el del gran Stephen Potter (*One-upmanship*<sup>[5]</sup> es, seguro, libro de cabecera de Coe; aunque nunca lo haya dicho). Un humor basado en estar fuera de lugar, en hacer el ridículo, en sentir disgusto por el propio cuerpo y las excreciones de éste (o el del prójimo), humor grotesco que extrae su satisfacción de la vergüenza, la inadecuación, las diferencias de clase y la mezquindad sempiterna de las clases altas.

### 4

Para meterse con estas clases (las altas, los *toffee-nosed*)<sup>[6]</sup>, Coe no duda ni un instante en utilizar el más miserable —y efectivo— de los trucos: reducirles a personajes bidimensionales. El propio Coe admitía sin reparos en el momento de su publicación que la obra se dividía en personajes tridimensionales (Michael Owen, su vecina Fiona, Phoebe: la gente normal, vamos) y en los villanos victorianos bidimensionales que representa la familia Winshaw. Villanos estilo 1800, malos de novela de aventuras: sin rasgos que les hagan redimibles, ni cara amable, ni espíritu que pueda cincelarse camino de la redención o la salvación. Los Winshaw son «el hatajo de cabrones traidores y tacaños más mezquino, codicioso y cruel que jamás se haya arrastrado por la faz de la tierra», como declara Mortimer Winshaw, a la sazón (junto a la enajenada Tabitha) el menos malo de la estirpe. ¿Para qué perder tiempo otorgándoles algún gesto suavizador?, parece pensar Coe. ¡*Menudo reparto!* es una novela de absolutos, y el mayor absoluto de todos es este que voy a resumirles en inimitable y certero *patois* del Baix Llobregat: los ricos son —en general— unos manguis. Unos mangutas codiciosos e inhumanos, sin ningún tipo de conexión con el resto de la humanidad, espíritus corruptos envueltos en carnes muertas que han sido hervidas haciendo chup-chup durante siglos hasta alcanzar la evaporación completa de la emoción, el afecto, el cariño y el amor. Los Winshaw de la novela, déjenme ir incluso más lejos (¡que me suelten les digo!), han trascendido el estado bidimensional: son arquetipos. Conceptos icónicos que encapsulan cada uno de los rasgos distintivos del pez gordo más ruin: la avaricia, la sed de poder, la corrupción, la lujuria, la doble moral, la codicia sin medida y el odio. Nihilistas, cínicos, biliosos y pésimos progenitores, así son los Winshaw, y que mal rayo les parta. Hillary Winshaw es la periodista sensacionalista, una trepa sin escrúpulos que va a Dios rogando y con el mazo dando, y que recuerda vivamente a aquel mezquino columnista y tertuliano J. J. Hudsucker de *Sweet Smell of Success*<sup>[7]</sup>. Mark Winshaw es el traficante de armas, amoral como pocos y típica Personalidad Psicótica incapaz de asociar sus acciones al sufrimiento ajeno. Dorothy es la magnate de la industria alimenticia que no duda en utilizar cualquier artimaña insalubre para aumentar la producción (su porte asexuado y su eficiencia sin escrúpulos la asemejan —¿intencionadamente?— a Margaret Thatcher). Henry es el chaquetero político y tamborilero del libre mercado y el que-se-jodan-los-demás, un pequeño Goebbels tráfuga, un miserable veleta sin ideales ni ética más allá del bailar al son de la música mejor pagada. Y, por último, Thomas: el magnate del cine y mirón baboso. Menudo reparto, sin duda.

No hace falta decir que ninguno de ellos posee el menor talento o aptitud; para lo único que sirven es para amasar dinero, como se llega a afirmar literalmente en alguna parte del libro. Una codicia «manifiesta, feroz, animal». Y es un amasar muy poco dickensiano: ninguno de ellos es un Scrooge que peregrine moralmente por la trama hacia la catarsis redentiva final. Coe podría haberse doblegado y dejarlos volar con algún lacito que les embelleciera (incluso Hitler amaba a los niños y los perros,



caramba), pero se niega. Sus malos son malos Cruella de Vil, malos de western de los sesenta con cara de Lee Van Cleef, malos como el Johnny Friendly de *On the Waterfront* (ese gran y adusto Lee J. Cobb y su cara de amarga patata magullada): no gozan de un perfil que pueda ser mínimamente susceptible de provocar simpatía. Son una pandilla de malditos bastardos a los que sólo se puede desear la muerte, y muerte es lo que el solícito Coe les cocina capítulo tras capítulo hasta esa letal e hilarante segunda parte, «Muertes programadas».

Antes de que brinquemos felizmente hasta esa —insisto— cachondona parte final, querría subrayar que este mencionado derribo de la familia Winshaw y, por extensión, de la clase alta inglesa en general, no se realiza de forma «objetiva». Coe no es un periodista tratando de presentarnos la información de manera imparcial, sino que busca y desea que tomemos partido. Contra ellos, se entiende. En ese sentido, narrador y novela son eminentemente políticos, y diría más: políticos de izquierda, de esa izquierda severa y orgullosa y cabreada aún que no tiene nada que ver con Labour o el PSOE. ¡*Menudo reparto!* opera en todos los sentidos como una obra de «sátira política» (así fue autodenominada por el propio autor), de mofa contra el poder y pitorreo en la faz del ricachón y el mandamás. Sátira dura y vengativa que surge de la pluma de un ciudadano que vivió el thatcherismo, y que busca darle pal'pelo sin miramientos, mirando atrás con *mucha* ira. ¿No es esto razonable? En un taller de literatura al que fui invitado en una ocasión, una amiga novelista adujo que las novelas jamás deberían ser utilizadas como venganzas; Coe, y Spanbauer, y tantos otros, saben que eso no es cierto. Que es posible plantear una parte de la trama como justicia poética, un reclamar la dignidad, un volver al pasado y pegarle una buena tunda al malo y al abusador.

¡*Menudo reparto!*, del mismo modo que lo serían *El Club de los Canallas* y *El Círculo Cerrado*, es una oda antiderechista y antilibre mercado, una fábula moral de adoctrinamiento *leftie*, y así hay que leerla. Terry Eagleton la define como novela posmoderna en la contraportada, y se equivoca. No hay nada posmoderno en ¡*Menudo reparto!*, un libro en el que están perfectamente definidos los conceptos de bien y mal, derecha e izquierda, moralidad e inmoralidad. Una novela llena de humor que no deja por ello de ser fieramente política (a la manera de Bill Hicks, por decir un solo ejemplo). Porque, ya lo dijo Vonnegut, hay verdades tan horripilantes que sólo pueden ser contadas con humor; no hay otra forma.

Hoy en día, Coe continua siendo un sujeto altamente politizado. Aunque afirme que ya no escribe sátira política porque «ya no goza de esas certezas políticas» (como dijo con ocasión del lanzamiento de *La lluvia antes de caer*), continúa siendo uno de los más encarnizados críticos del gran fraude que representaron Tony Blair y su New Labour. Hace muy poco, en el «The New Review» de *The Observer* del 4 de marzo del 2010, Coe firmaba un artículo sobre la gran desilusión del New Labour post-Robin Cook<sup>[8]</sup>. Su mosqueo permanecía intacto, saludable, lozano.

Pero déjenme que les hable de «Muertes programadas», porque aquí es donde se percibe mejor la catadura moral de Jonathan Coe, ese tipo genial y hartamente estrangulable. Porque si bien ¡*Menudo reparto!*, ya dijimos, es un libro de sátira política, su segunda parte es una *mascletà* de horror de serie B, destape inglés de los setenta, comedia de bofetada y pastel-en-cara de los cincuenta. Por si acaso los críticos serios le tomaban demasiado en serio (la primera parte contiene un asombroso y subyacente zigurat de hechos y documentación que Coe sólo pudo haber adquirido mediante horas y horas de culo plano en la hemeroteca), en la segunda parte la novela entra en el terreno del *horror-spoof*, como diciendo: ¡Pintadme éste de verde, pavitos del *TLS!* Coe nos ahorra incluso que perdamos tiempo en elucubrar en qué se inspiró para escribirla, y sus influencias son comentadas una y otra vez en los diálogos entre personajes.

El gran homenaje —a lo largo de todo el libro, no sólo en esta parte— es, cómo no, *What a Carve Up!* (1961); un clásico filme de horror cómico de serie Z inglesa protagonizado por dos actores que, con la década, se convertirían en las caras emblemáticas de la factoría *Carry On*<sup>[9]</sup>: Sid James y Kenneth Connor. Podría hablarles de estos dos mendas durante horas, así como de los dos restantes *Carry-Oners* más célebres, Kenneth Williams (que era amigo personal de Joe Orton y Keith Haliwell, por cierto<sup>[10]</sup>) y el malogradísimo Charles Hawtrey<sup>[11]</sup>, pero nos estaríamos yendo de madre. *What a Carve a Up!* (el filme) es una parodia de novelas y filmes como *Diez negritos* o *Matar o no matar, ése es el problema*, y la parte final de ¡*Menudo reparto!* es a su vez una parodia del *What a Carve Up!* original: familia se reúne en una casa señorial aislada para escuchar la lectura del testamento de un pariente fallecido. Durante las noches que siguen, los invitados van siendo asesinados de maneras que guardan relación con sus pecados o faltas (o la forma en que vivieron). Esta segunda parte no nos ahorra ni un —irónico— guiño: armaduras que varían de postura (o se abalanzan sobre los invitados), puertas que chirrían, mayordomos escamosos, cuadros con ojos espiantes, un loco escapado del manicomio que ronda por la zona, un sargento de policía que se presenta en mitad de la noche, un teléfono cortado, rayos y truenos... Podría seguir y seguir. Esta parte de la novela es mitad *Gosford Park*, mitad *Abbot y Costello*, con mucho de *Un cadáver a los postres* (1977), que como ustedes deberían saber ya es una de las películas más mongoloides y —por eso mismo— divertidas de los setenta<sup>[12]</sup>. Ahí lo tienen: Coe es el tipo de novelista que termina una novela que cita al *Orfeo* de Cocteau con una parodia de horror-tetas-y-culos setentera. Imaginen el síncope que les daría a los estirados de tantos suplementos de libros si a alguna de nuestras erosionadas joyas literarias nacionales le diera por terminar una novela inspirada en Beckett y Joyce con un fragmento homenajeando a *Los bingueros* o *El erótico enmascarado*. No me digan que no sería una risa. Me relamo con sólo imaginar los infartos de miocardio que se

sucedrían en la redacción.

6

Dicho así, al utilizar la dicotomía Cocteau-*Carry On* en el párrafo anterior, parece que Coe sólo habite en dos extremos poco deseables de fanatismo fílmico: el ladrillazo *arty* o la astracanada grosera. Nada más lejos de la realidad. Coe tiene un gusto sublime para el cine. Déjenme que vaya un poco más allá, mientras le doy a mi ego con el plumero caro de faisán: Coe tiene *exactamente* el gusto de este prologuista, en una coincidencia de universo cinematográfico que no es tan habitual compartir con nuestros músicos y escritores favoritos. Déjenme que les cite textualmente qué es lo que le gusta más a nuestro querido novelista: «Wilder, Lindsay Anderson, Ealing, Powell & Pressburger, Hitchcock y Jacques Demy.» Si exceptuamos los musicales gabachos del último, las películas favoritas de Jonathan son las películas predilectas de este su prologuista y fan. Pero no terminan aquí las coincidencias; vayamos a la música por un instante. En este caso, y para situarle bien situado, nos interesa más subrayar qué es lo que no le gusta: a Jonathan Coe, lo ha dicho más de una vez, le importan un bledo Bob Dylan y Leonard Cohen. ¡Oh, similitud! ¡Oh, valentía! Si ustedes pertenecen, como yo, a su misma persuasión, sabrán lo raro que es encontrarse a fans de los discos que verbalicen su desprecio (o completo desinterés) hacia estos dos pretenciosos y crípticos y sobrevalorados cantautores. Tan sólo por eso se le puede pasar por alto a Coe que una gran parte de su «trágica colección de discos» (como él la llama) esté dedicada al rock progresivo. E incluso así, como él mismo aduce, sus gustos se inclinan hacia el aventurismo exultante de los canterburianos (como Hatfield & The North, cuyo segundo álbum se titulaba *The Rotters Club*), Caravan, Gentle Giant, la rareza jazzística de Soft Machine o Matching Mole y el avantrock anticapitalista de Henry Cow (*Leg End*, de 1973, es un disco favorito del autor). O sea, que ni se les ocurra hablarle de cenizos pomposos como Yes o EL&P. A Coe, como persona de bien, también le gustan los Smiths y Morrissey (en *The Dwarves of Death* incluía una cita de Morrissey por capítulo), el punk, el pop digno, el soul y un montón de cosas más. Uno de sus últimos proyectos, sin ir más lejos, fue *Say Hi to the Rivers and the Mountains*, una obra de teatro en la que ponía palabras a las melodías del grupo de pop escocés The High Llamas.

¿Qué más decirles? Si Vonnegut tenía razón en aquello de que es deseable saber la mayor cantidad de detalles posibles sobre los humanos que escriben las novelas que nos gustan, en el caso de Coe cada nuevo hallazgo, cada revelación, sobre lo que le gusta es un nuevo ladrillo en el castillo de nuestra adoración. La cantidad de detalle que Coe exhibe sobre, por ejemplo, el filme *What a Carve Up!* nos demuestra además que Coe no es sólo un entendido del tema, sino un fanático militante de sus propias

obsesiones, o «obsesioncitas», como Fiona las llama despectivamente en el libro. Un extremista que vive completamente dominado por su amor hacia las canciones, películas y novelas que le fascinan, como se demuestra párrafo tras párrafo en *¡Menudo reparto!* (Owens se sabe de memoria las palabras de Yuri Gagarin describiendo la vista desde su cohete, sin ir más lejos). Un rasgo que, no hace falta que les diga, provoca que el autor me caiga —nos caiga, a todos los lectores que compartimos alguna de sus pasiones— aún más simpático. Sí, Jonathan (¿me permites tutearte?): yo también he visto 35 veces *The Life and Death of Colonel Blimp*. ¿Cómo se cura esto? O, mejor: ¿es deseable curarlo? Oh, ya veo.

## 7

Y a pesar de todas las razones que he aducido en este prólogo, a pesar de las cestas de laureles sobre los que podía echarse una siestecita el bueno de Coe, su modestia y elegancia parecen infinitas. Inglés por antonomasia, Coe no puede recibir un elogio sin atragantarse en su propia vergüenza. Hay colgada en You Tube una entrevista con él para cierta televisión francesa, una entrevista en la que le doran la píldora hasta la saciedad, y le filman andando por la calle y entrando en su (pedazo de) mansión, y a Coe se le nota palpablemente, oh, *tan* incómodo. No puede ser más obvio que Coe no quiere estar allí, ni tampoco en el programa literario inglés que repasa su carrera y glorias en otro documento encontrable en You Tube. No: Coe lo que quiere es terminar pronto, dejar de hablar de sí mismo, poder abandonar el rubor que calcina sus mejillas desde que empezó el interrogatorio sicofántico y embutirse de nuevo en su fiel pijama rayado. Y escribir. Se supone que esto es lo que hacemos, ¿no? Escribir. Aquella común sospecha que se enciende en nuestros cerebros cuando conocemos a la mayoría de escritores (que están en esto por la vida literaria más que por la literatura, que para ellos escribir es una forma de vivir de algún modo en el embolao cultural) es anatema en el caso de Coe. No, él sufre y soporta y aguanta con paciencia la vida literaria para poder escribir. Para él, los extras que acompañan a este solitario asunto de poner palabras en páginas (fans, televisión, fiestas, presentaciones, entrevistas) son una inconveniencia que hay que sobrellevar con entereza y cierta prisa para regresar finalmente a lo bueno: escribir libros. Ser un escritor.

## 8

En cuanto a escritor, claro, las novelas de Coe están llenas de detalles atractivos, guiños privados, para los que nos dedicamos a lo mismo. *¡Menudo reparto!* la que más. No es algo que se entrometa en la trama, ni Coe ha erigido su carrera literaria entera sobre el presupuesto de que a los lectores les interesa cada obsceno pormenor

de la vida de un literato (como otros plumizos autores que usted y yo sabemos)<sup>[13]</sup>. Michael Owen (de quien casi no he hablado, y da igual; van a tener oportunidad de conocerle a fondo, un fondo oscuro y mohoso y con olor a cerrado, a lo largo de las 560 páginas que siguen) es un escritor *has-been*. Alguien que *fue* (la gran esperanza literaria) y ya *no es*. Un tipo de personaje que parece existir en la vida real sólo para que se escriban novelas fenomenales sobre el asunto, y cuyas inspiraciones en tierra firme se proyectan de forma gloriosa en sus álter egos literarios y fílmicos. Así como nunca olvidaron al Macaulay Connor de *Historias de Filadelfia*, no van a ser capaces de olvidar a Michael Owen, arquetipo ilustre del artista venido a menos. Mnemotécnicamente hablando, quizás les ayuden a recordarle sus innumerables reflexiones sobre el arte de escribir: sobre las primeras novelas, sobre lo redomadamente estúpido que resulta escribir sobre sexo (hilarantes los intentos de Michael en las páginas 394 y 395: «todo el tamaño de su miembro caliente y palpitante»), sobre lo feliz y embarazoso que es toparse con alguien leyendo tu libro en el metro, sobre la postura a adoptar ante los primeros guantazos críticos, la eterna tortícolis, los pijamas... Si esto no les importa particularmente, les aseguro que no fastidia ni el ritmo ni la trama. Pero en caso de que sí, colegas escritores, aquí encontrarán decenas de guiños (casi muecas) alrededor de este nuestro solitario, poco glamouroso e ingrato arte. Contadas por un espíritu afín, encima.

## 9

Olvidé la biografía del autor, me disculpen. Cuando Anagrama editó por primera vez *¡Menudo reparto!*, Coe era un escuálido petimetre de treinta y cinco años, el lechuguino que sonreía abiertamente en la foto de contraportada y de quien se decía que había sido «músico semiprofesional» (cosa que tal vez explicaba el look de bajista de Josef K que acarreaba). Por aquel entonces sólo había escrito tres novelas —las ya mencionadas *The Accidental Woman*, *The Touch of Love* y *The Dwarves of Death* y un par de monografías sobre Humphrey Bogart y James Stewart<sup>[14]</sup> de las que Coe no quiere hoy ni oír hablar (los escritores también tenemos que comer, ¿saben? Y, para conseguirlo, de vez en cuando aceptamos escribir alguna bosta de encargo). En todo caso, dieciséis años después de su publicación, Coe cambió de liga definitivamente, como decíamos, y fue publicando *La casa del sueño*, *El Club de los Canallas*, *El Círculo Cerrado* y *La lluvia antes de caer* (suelten un gritito ahogado aquí; de envidia cochina, claro). En el año 2010, ya con un cabello más canoso que el de Tormenta (de la Patrulla X), su talento, elegancia (sexta vez que sale la palabra; con él es, en verdad, inevitable), su talento, elegancia y sobriedad, decía, parecen estar en su momento más dulce y fructífero. Pero ese momento empezó aquí, en la ambiciosa y completa y genial *¡Menudo reparto!* Yo la leí en el año 2001: me la regaló Richard Hutt, un amigo inglés, durante el transcurso de una fiesta toga que

celebramos con ocasión de mi trigésimo cumpleaños. Sí, he dicho toga. Adecuado, ¿no?

En todo caso, y acabando ya: lean *¡Menudo reparto!*, rabien con los malos, trónchense con los chistes (o levanten una ceja, mejor; es más adecuado), císquense en la madre que parió a todos los de derechas, engánchense a la trama y devoren las páginas que siguen como cocodrilos bulímicos. Y luego me cuentan; que ya saben dónde encontrarme.

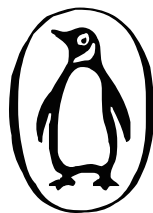
Pero aún estaré en pijama, se lo aviso.

KIKO AMAT,  
*mayo de 2010*



# ¡Menudo reparto!

JONATHAN COE



*Por 1994, Janine*



ORFEO: En fin, Alteza..., ¿me lo explicaréis?

LA PRINCESA: De eso nada. Si duermes, si sueñas, acepta tus sueños.

Ése es el papel del durmiente.

Guión de COCTEAU para *Orfeo*

«Ven», había dicho él y se había olvidado

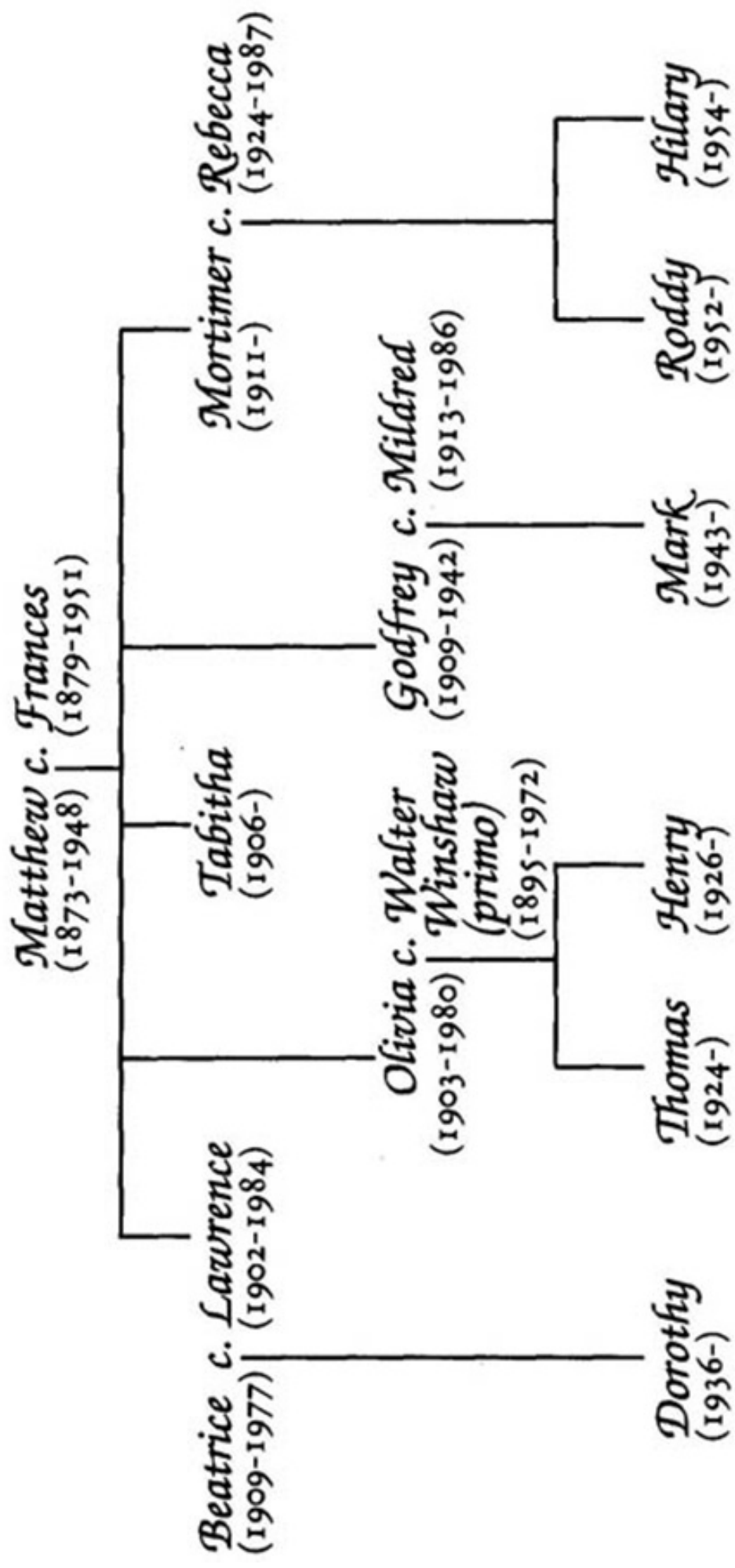
«Quiéreme»: y sin embargo el amor nos da miedo

Preferimos salir volando hacia la luna

a decir las palabras justas antes de tiempo

LOUIS PHILLIPPE, *Yuri Gagarin*

Prólogo  
1942-1961



La tragedia se había cebado en los Winshaw un par de veces, pero nunca a una escala tan terrible.

El primero de estos episodios nos hace remontarnos a la noche del 30 de noviembre de 1942, en la que Godfrey Winshaw, que en aquel entonces contaba treinta y tres años, fue derribado por el fuego antiaéreo alemán mientras volaba sobre Berlín en una misión secreta. La noticia, que llegó a Winshaw Towers a primeras horas de la mañana, bastó para que su hermana mayor, Tabitha, perdiese por completo la cabeza, y aún sigue sin encontrarla. Tal fue la violencia de su ataque, de hecho, que se consideró imposible que asistiese siquiera al funeral que se ofició en honor de su hermano.

Resulta curiosamente irónico que esta misma Tabitha Winshaw, quien hoy en día tiene ochenta y un años y ya no está en posesión de sus facultades mentales, tal como no lo ha estado en los últimos cuarenta y cinco años, fuese a ser la mecenas y la patrocinadora del libro que ustedes, mis amables lectores, sostienen en sus manos. La tarea de escribir con cierta objetividad acerca de su estado se vuelve un tanto problemática. Sin embargo, no hay que negar los hechos, y los hechos son éstos: que, desde el primer momento en que se enteró del trágico fallecimiento de Godfrey, Tabitha fue víctima de una grotesca ilusión. En una palabra, ha mantenido la creencia (si se puede denominarla así) de que no lo derribaron los cañonazos alemanes de ninguna manera, sino que el homicidio fue obra de su propio hermano, Lawrence.

No tengo el menor deseo de explayarme sin necesidad sobre los penosos achaques que el destino ha tenido a bien enviarle a una pobre mujer sin mucha cabeza, pero este asunto debe ser explicado en detalle porque guarda una relación material con la historia posterior de la familia Winshaw y, por lo tanto, ha de ser incluido en cierto contexto. Procuraré ser breve, cuando menos. El lector debería saber entonces que Tabitha tenía treinta y seis años cuando Godfrey murió, y que aún continuaba llevando vida de soltera, sin haber mostrado nunca la menor inclinación al matrimonio. A este respecto, varios miembros de la familia ya habían advertido que su actitud hacia el sexo masculino se caracterizaba, en el mejor de los casos, por su indiferencia y, en el peor, por su aversión: la falta de interés con la que encajaba los acercamientos de sus pretendientes ocasionales sólo podía compararse con su apego apasionado y su devoción por Godfrey, quien era con mucho, tal como atestiguan los pocos testimonios y las fotografías que han llegado hasta nosotros, el más alegre, el más guapo, el más dinámico y el más atractivo en general de los cinco hermanos. Sabedora de la intensidad de los sentimientos de Tabitha, la familia había sido presa de cierta angustia cuando Godfrey anunció su compromiso en el verano de 1940; pero, en vez de los celos violentos que algunos habían temido, una cálida y respetuosa amistad surgió entre la hermana y la futura cuñada, y el matrimonio de

Godfrey Winshaw con Mildred, de Ashby, tuvo lugar con sumo éxito en diciembre de ese año.

En cambio, Tabitha continuó reservando el filo más agudo de su animosidad para su hermano mayor, Lawrence. Los orígenes de la hostilidad que subsistía entre estos dos desgraciados hermanos no son fáciles de rastrear. Lo más probable es que tuvieran que ver con una incompatibilidad de caracteres. Al igual que Matthew, su padre, Lawrence era un hombre reservado y a veces impaciente, que se interesaba por sus extensos negocios nacionales e internacionales con una firme resolución que muchos interpretaban como crueldad. Aquel reino de dulzura femenina y sentimientos delicados en el que se desenvolvía Tabitha le resultaba completamente extraño: la consideraba voluble, hipersensible, neurótica y —con un giro coloquial que ahora puede parecernos tristemente profético— «un poco tocada». (Y hay que admitirlo, no era el único de esa opinión.)

En resumen, hacían todo lo posible por evitarse; y lo acertado de esta política puede ser juzgado a la luz de los espantosos acontecimientos que siguieron a la muerte de Godfrey.

Justo antes de partir hacia su fatal misión, Godfrey había estado disfrutando de unos cuantos días de descanso en el relajado ambiente de Winshaw Towers. Mildred, por supuesto, se hallaba con él: en aquel momento estaba embarazada de varios meses de su primer y único hijo (un niño, como se vería después), y cabe presumir que fue la perspectiva de ver a los miembros favoritos de su familia lo que llevó a Tabitha a renunciar al confort de su propia y acomodada residencia para cruzar el umbral del hogar de su odiado hermano. Aunque Matthew Winshaw y su mujer aún vivían y gozaban de buena salud, en aquel entonces se encontraban eficazmente confinados en una serie de aposentos de un ala independiente, y Lawrence se había erigido a sí mismo en amo y señor de la casa. De todos modos, sería toda una concesión decir que él y su mujer, Beatrice, fueran buenos anfitriones. Lawrence, como de costumbre, estaba absorto en sus actividades financieras, cosa que le obligaba a pasarse horas y horas al teléfono en la intimidad de su despacho, e incluso, de vez en cuando, a hacer algún viajecito a Londres de madrugada (para el que partía sin dar ninguna clase de disculpa o de explicación a sus invitados). Mientras tanto, Beatrice no se molestaba lo más mínimo en dar una buena acogida a los parientes de su marido, sino que se despreocupaba de atenderlos durante las mejores horas del día mientras ella se retiraba a su dormitorio con el pretexto de una migraña recurrente. Así que Godfrey, Mildred y Tabitha, tal vez como ellos mismos habrían deseado, se vieron limitados a sus propios recursos, y pasaron varios días agradables en mutua compañía, deambulando por los jardines y divirtiéndose en los vastos salones, salas de estar, comedores y recibidores de Winshaw Towers.

La tarde en la que Godfrey iba a partir para el campo de aviación de Hucknall en la primera etapa de su misión —algo de lo que su mujer y su hermana sólo tenían una vaga idea— mantuvo una larga conversación privada con Lawrence en el estudio

marrón. Nunca se sabrán los detalles de aquella discusión. Tras su partida, las dos mujeres empezaron a inquietarse: Mildred, con la angustia natural de una esposa y futura madre cuyo marido ha partido en una misión de cierta importancia y resultado incierto; Tabitha, con un nerviosismo más violento e incontrolado, que se manifestó en un agravamiento de su hostilidad hacia Lawrence.

Su irracionalidad a este respecto ya era evidente a raíz de un estúpido malentendido que había tenido lugar solamente unos días atrás. Al irrumpir de noche en el despacho de su hermano, lo había sorprendido durante una de sus conversaciones de negocios y le había arrebatado el trozo de papel donde —según su versión de los acontecimientos— él había estado transcribiendo instrucciones secretas que le daban por teléfono. Incluso llegó a afirmar que Lawrence tenía «aspecto de culpable» cuando ella lo interrumpió, y que intentó quitarle por la fuerza el trozo de papel que ella le había cogido. Con una obstinación patética, sin embargo, ella lo había agarrado bien para guardarlo después entre sus documentos personales. Más tarde, cuando formuló su fantástica acusación contra Lawrence, amenazó con presentarlo como «prueba». Afortunadamente, el excelente doctor Quince, médico de confianza de los Winshaw durante varias décadas, ya había emitido a esas alturas su diagnóstico, cuya consecuencia fue determinar que cualquier afirmación categórica que Tabitha hiciese a partir de aquel momento no fuera recibida con otra cosa que no se tratase del más profundo de los escepticismos. La Historia, por cierto, parece haber confirmado el dictamen del buen doctor, porque cuando ciertas reliquias de Tabitha vinieron a parar a manos de este escritor, se descubrió que el debatido trozo de papel se encontraba entre ellos. Amarilleado por los años, resultó que no contenía nada de mayor importancia que una nota que Lawrence había garrapateado para el mayordomo, en la que le pedía que le sirviesen en su habitación una cena ligera.

El estado de Tabitha aún se deterioró más tras la partida de Godfrey, y la noche en la que voló en su misión final ocurrió un pequeño incidente, a la vez más serio y más ridículo que cualquiera de los que hubieran sucedido antes. Tuvo su origen en otro de los delirios de Tabitha, según el cual su hermano intercambiaba mensajes secretos con espías nazis en su dormitorio. Una y otra vez afirmaba haberse parado delante de aquella puerta cerrada con llave y haber captado el murmullo lejano de voces que hablaban en un alemán cortante y autoritario. Al final, cuando ni siquiera Mildred era capaz de tomarse en serio estas acusaciones, trató de probarlo a la desesperada. Habiendo sustraído la llave (la única llave) del dormitorio de Lawrence a primera hora de aquella tarde, aguardó hasta el momento en que estuvo convencida de que él estaba envuelto en una de sus siniestras conferencias, luego echó el cerrojo desde fuera y bajó corriendo las escaleras, gritando con todas sus fuerzas que había atrapado a su hermano en pleno acto de traicionar a su país. El mayordomo, las cocineras, el chófer, el ayuda de cámara, el limpiabotas y todo el servicio acudieron inmediatamente en su ayuda, seguidos de cerca por Mildred y Beatrice; y la cofradía entera, ahora reunida en el Gran Salón, estaba a punto de subir corriendo la escalera

para investigar, cuando apareció el mismísimo Lawrence, con un taco en la mano, proveniente de la sala de billar, donde había estado pasando el rato desde la cena con unas cuantas partidas en solitario. No es necesario decir que su dormitorio estaba vacío; pero la demostración no convenció a Tabitha, que continuó gritándole a su hermano, acusándolo de toda clase de engaños y triquiñuelas, hasta que por fin se consiguió contenerla y llevarla a su cuarto del Ala Oeste, donde la siempre eficaz enfermera Gannet le administró un sedante.

Ése era el ambiente en Winshaw Towers aquella terrible noche, mientras el silencio mortal del anochecer se extendía por la venerable y antigua casa solariega; un silencio que iba a quebrarse a las tres en punto de la mañana con el timbre del teléfono y con la noticia del trágico destino de Godfrey.

No se recuperó ningún cuerpo de aquel accidente; ni a Godfrey ni a su copiloto se les iban a conceder nunca los honores de un entierro cristiano. Dos semanas después, sin embargo, se celebró un pequeño funeral en su memoria en la capilla privada de los Winshaw. Sus padres permanecieron sentados, con el rostro petrificado y pálido como la ceniza, a lo largo de la ceremonia. Su hermano menor, Mortimer, su hermana Olivia y su marido, Walter, habían viajado todos hasta Yorkshire para dar el pésame; sólo faltó Tabitha, porque tan pronto como se enteró de la noticia se había puesto a delirar. Entre los instrumentos violentos con los que había atacado a Lawrence se contaban candelabros, sombrillas de golf, cuchillos para la mantequilla, cuchillas de afeitar, fustas, una esponja natural, un palo de golf del número 5, otro del número 9, un cuerno de combate afgano de considerable valor arqueológico, un orinal y un bazuca. Justo al día siguiente, el doctor Quince firmó los papeles que autorizaban su reclusión inmediata en un manicomio cercano.

No iba a salir de los muros de ese centro en otros diecinueve años. Durante este tiempo rara vez trató de comunicarse con los demás miembros de su familia, ni manifestó ningún interés en recibir sus visitas. Su mente (o los lamentables jirones e hilachas que quedaran de ella) continuó explayándose inexorablemente sobre las circunstancias que habían rodeado la muerte de su hermano, y se volvió una lectora obsesiva de libros, diarios y publicaciones relacionadas con las artes de la guerra, la historia de la Royal Air Force, y toda clase de asuntos que tuvieran la más remota conexión con la aviación. (A lo largo de este periodo, por ejemplo, su nombre aparece en la lista de suscriptores habituales de revistas como *El Piloto Profesional*, *Vuelo Rasante*, *La Revista Militar de Jane y Carlinga*, *Revista Trimestral*.) Así que allí permaneció, prudentemente abandonada al cuidado de un equipo especializado y abnegado, hasta el 16 de septiembre de 1961, cuando se le concedió un permiso temporal a petición de su hermano Mortimer: una decisión que, por mucha compasión con que se la hubiera tomado, pronto iba a revelarse como muy poco afortunada.

La muerte volvió a visitar Winshaw Towers aquella noche.



Sentada en la ventana salediza de su dormitorio, mientras miraba la terraza de poniente y la desierta ondulación de los páramos que se extendían hacia el horizonte, Rebecca sintió que la mano de Mortimer se posaba delicadamente en su hombro.

—Va a salir bien —dijo.

—Ya lo sé.

Le dio un achuchón y se acercó hasta el espejo, donde se ajustó un poco la corbata y el fajín.

—Es todo un detalle de Lawrence. La verdad es que están siendo todos encantadores. No sabía que mi familia fuese tan encantadora.

Era el cincuenta cumpleaños de Mortimer, y para celebrar la ocasión Lawrence había organizado una pequeña cena pero con toda clase de lujos, a la que había sido invitada toda la familia —incluida Tabitha, la proscrita—. Sería la primera vez que Rebecca, trece años más joven que su marido y aún en posesión de una belleza infantil bastante vulnerable, los iba a ver a todos reunidos.

—No son ningunos monstruos precisamente, ¿sabes? —Mortimer giró su gemelo izquierdo quince grados, mientras comprobaba el ángulo de refilón—. Te cae bien Mildred, ¿no?

—Pero no es realmente de la familia. —Rebecca seguía mirando por la ventana—. Pobre Milly. Es una pena que nunca se haya vuelto a casar. Me temo que Mark se ha convertido en un tipo poco recomendable.

—Simplemente se lleva bien con una gente a la que le gusta mucho el jaleo, nada más. Me pasó lo mismo cuando estaba en el colegio. Oxford le quitará todas esas cosas de la cabeza.

Rebecca volvió la suya: un gesto de impaciencia.

—Siempre los estás disculpando. Sé que todos me odian. Nunca nos han perdonado que no los invitáramos a la boda.

—Ésa fue una decisión mía, no tuya. No los quería a todos allí, mirándote como tontos.

—Pues eso; es evidente que a ti tampoco te gustan, y tiene que haber una for...

Alguien llamó discretamente a la puerta, y la figura adusta y solemne del mayordomo entró en la habitación con paso respetuoso.

—Se están sirviendo unos vinos en la antesala, señor.

—Gracias, Pyles. —Había dado media vuelta, y estaba a punto de retirarse cuando Mortimer lo detuvo—. Ah, Pyles...

—¿Señor?

—Si fuera tan amable de echar un vistazo y ver qué hacen los niños. Los dejamos en su cuarto. Estaban con la enfermera Gannet, pero ya sabe que de vez en cuando... se echa una siestecita.

—Muy bien, señor. —Hizo una pausa, y añadió antes de retirarse—: Y en nombre de todo el servicio, señor, quiero darle nuestra más sincera felicitación, y desearle que cumpla usted muchos más.

—Gracias. Muy amable.

—Es un placer, señor.

Hizo una salida silenciosa. Mortimer se acercó a la ventana, y se quedó al lado de su mujer, cuya mirada seguía fija en aquel paisaje implacable.

—Bueno, será mejor que vayamos bajando.

Rebecca no se movió.

—Seguro que los niños están bien. Él los vigilará. Es un tipo estupendo, la verdad.

—Espero que no rompan nada. Sus juegos siempre son tan violentos... Y luego Lawrence no va a parar de quejarse.

—Es que Roddy es un diablillo, y mete a Hilary en el ajo. Pero ella es una niña encantadora.

—Son igual de malos los dos.

Mortimer empezó a acariciarle el cuello. Notó su nerviosismo.

—Cariño, estás temblando.

—No sé qué me pasa.

Se sentó a su lado y ella se acurrucó impulsivamente en su hombro, como un pájaro que buscara refugio.

—Estoy hecha un flan. No puedo soportar la idea de enfrentarme con ellos.

—Lo que pasa es que estás preocupada por Tabitha...

—No sólo por Tabitha...

—No tienes nada que temer. Ha cambiado completamente en estos últimos dos años. Ella y Lawrence incluso hablaron un ratito esta tarde. Creo sinceramente que se ha olvidado de todo ese asunto de Godfrey: ni siquiera se acuerda de quién era. Le ha estado escribiendo esas cartas preciosas a Lawrence desde el..., desde su casa, y él ha dicho que todo está perdonado y olvidado por lo que a él se refiere, así que no creo que esta noche vaya a haber ningún problema por ese lado. Los médicos dicen que más o menos ha vuelto a la normalidad.

Mortimer percibió la vaciedad de sus palabras, y se detestó a sí mismo. Aquella misma tarde había tenido pruebas de la reiterada excentricidad de su hermana, cuando la había sorprendido en el transcurso de un paseo por los confines más salvajes y remotos de sus tierras. Él salía del cementerio de los perros y estaba a punto de encaminarse resueltamente hacia el campo de croquet cuando tuvo lo que le pareció una vislumbre de Tabitha agachada en una de las zonas con mayor densidad de arbustos. A medida que se fue aproximando, sin hacer ruido por miedo a asustarla, se consternó al ver que estaba hablando sola. Se le partió el corazón; al final parecía que había sido demasiado optimista respecto a su estado, y tal vez se había precipitado también demasiado al sugerir que deberían permitirle asistir a la fiesta familiar.

Incapaz de distinguir nada inteligible entre sus murmullos y susurros entrecortados, tosió cortésmente, con lo que Tabitha dio un gritito de susto, los arbustos crujieron violentamente, y ella salió disparada unos instantes después, sacudiéndose nerviosa las ramitas y las espinas de la ropa, y casi muda de pura confusión.

—Yo..., Morty, yo no tenía ni idea... Yo... sólo estaba...

—No quería sorprenderte, Tabs. Es que...

—No pasa nada. Estaba..., estaba dando un paseo, y vi... Se me ocurrió ponerme a explorar... ¡Cielo santo! ¿Qué vas a pensar de mí? Es que me mortificas. Me mortificas, Morty.

Su voz se apagó, y tosió: una tos aguda y angustiada. Para evitar un silencio insoportable, Mortimer dijo:

—Maravilloso, ¿verdad?, este jardín. No sé cómo lo conservan tan bien. —Respiró hondo—. Esos jazmines, mira qué olor.

Tabitha no contestó. Su hermano la cogió del brazo y se la llevó de vuelta a la terraza.

No le había comentado este incidente a Rebecca.

—No es sólo por Tabitha. Es toda la casa. —Rebecca se volvió hacia él, y por primera vez en aquella noche le miró fijamente a los ojos—. Si alguna vez acabásemos viviendo aquí, cariño, me moriría, estoy segurísima. —Se estremeció—. Este sitio tiene algo que no me gusta nada.

—¿Y por qué demonios íbamos a acabar viviendo aquí? ¡Qué tontería!

—Pues a ver quién se va a encargar de él cuando Lawrence se muera. No tiene hijos a los que dejárselo; y ahora eres su único hermano.

Mortimer soltó una carcajada, de mal humor; estaba claro que quería dejar el tema.

—Dudo mucho que yo viva más que Lawrence. Todavía le quedan muchos años por delante.

—Espero que tengas razón —dijo Rebecca un poco después. Miró detenidamente los páramos por última vez, luego recogió sus perlas de la cómoda y se las abrochó con cuidado. Fuera, los perros aullaban pidiendo la cena.

Inmóvil en el umbral que daba al Gran Salón, la manita apretada dentro de la de Mortimer, Rebecca se encontró frente a los Winshaw que llenaban la estancia. Serían unos diez, pero a ella le parecieron una multitud enorme e inconmensurable, cuyas carcajadas y lamentos se mezclaban formando un solo clamor ininteligible. En cuestión de segundos, ella y su marido ya habían sido asaltados, separados, absorbidos por aquella multitud; los habían palmeado, sobado y besado; les habían dado la bienvenida y la enhorabuena; les habían ofrecido una bebida detrás de otra, y preguntado qué había de nuevo y qué tal su salud. Rebecca no podía distinguir la mitad de las caras; a veces ni siquiera sabía con quién estaba hablando, y sus

recuerdos de cada conversación siempre le resultarían después vagos y borrosos.

Por lo que a nosotros respecta, mientras tanto, deberíamos aprovechar la oportunidad que nos ofrece esta reunión para conocer mejor a cuatro determinados miembros de la familia.

Por ejemplo, aquí tenemos a Thomas Winshaw: treinta y siete años, soltero, y que aún tiene que justificarse ante su madre, Olivia, a cuyos ojos todos esos éxitos deslumbrantes que ha obtenido en el mundillo financiero no son nada comparados con su reiterado fracaso a la hora de construir su propia familia. Ahora escucha con los labios apretados, mientras trata de proporcionarle el brillo adecuado a un nuevo proyecto de su carrera; pero salta a la vista que a ella le parece más frívolo que la mayoría.

—Hoy en día se pueden obtener unos beneficios muy altos de invertir en películas, mamá. Mira, sólo hay que meterse en algo que sea realmente un éxito para nadar en dinero. Y eso basta para compensar toda una serie de fracasos.

—Si fueras a meterte en eso sólo por dinero, tendrías mi bendición, ya lo sabes —dice Olivia; el acento de Yorkshire es más cerrado que el de sus hermanos, pero su boca tiene la misma curva hacia abajo que revela la falta de sentido del humor—. Bien sabe Dios que has demostrado ser lo bastante listo para eso. Pero Henry me contó cuáles son tus verdaderos motivos, así que no intentes negarlo. Las actrices. Eso es lo que andas buscando. Te apetece poder decirles que les puedes conseguir un trabajito en una película.

—A veces dices tonterías, mamá. Deberías oírte.

—Lo único que pasa es que no quiero que ningún miembro de esta familia haga el ridículo. La mayoría de esas mujeres no son más que putas, y acabarías cogiéndote algo asqueroso.

Pero Thomas, que siente por su madre más o menos lo mismo que siente por la mayoría de la gente (a saber: un desprecio tal que raras veces le parece que merezca la pena discutir con ellos), se limita a sonreír. Algo relacionado con ese último comentario parece divertirle, y sus ojos adquieren un brillo frío de reminiscencias privadas. Está pensando, en efecto, que su madre anda muy descaminada; porque su interés por las actrices jovencitas, aun siendo grande, no abarca el contacto físico. Su auténtico interés consiste en mirar, no en tocar; así que para Thomas el principal beneficio de su papel recién descubierto en la industria cinematográfica estriba en la excusa que le proporciona para visitar los estudios cuando le dé la gana. De este modo, es capaz de aparecer durante el rodaje de escenas que, en la pantalla, no ofrecerán más que una excitación inocente, pero que en su desarrollo real le proporcionan unas ocasiones perfectas al verdadero *voyeur*. Escenas en el dormitorio, escenas en el baño; escenas tomando el sol; escenas en las que se pierde la parte de arriba del bikini, o desaparece la espuma del jabón, o se cae una toalla. Tiene amigos,

espías, validos en el reparto y en el equipo técnico que lo avisan de antemano siempre que están a punto de rodar una escena de éstas. Hasta ha convencido a los montadores de que le permitan acceder al metraje descartado, a las secuencias que resultan ser demasiado reveladoras para incluirlas en el montaje definitivo. (Porque Thomas ha empezado por invertir en comedias de bajo presupuesto, entretenimientos supuestamente populares, protagonizados por gente como Sid James, Kenneth Connor, Jimmy Edwards y Wilfrid Hyde-White.) Le gusta entresacar de ellas sus imágenes favoritas y convertirlas en diapositivas que más tarde proyecta en la pared de su oficina de Cheapside a altas horas de la noche, mucho después de que sus empleados se hayan ido a casa. Todo mucho más limpio, mucho más íntimo, mucho menos arriesgado que el tedioso asunto de invitar a las actrices a su casa, de hacerles promesas absurdas, de tanto forcejeo y tanta coacción. Así que Thomas está enfadado con Henry, no tanto por contarle sus secretos a su madre, sino más bien por dar a entender que sus motivaciones puedan ser tan vulgares y degradantes.

—No deberías hacer caso de lo que te diga Henry, ¿sabes? —dice ahora con una sonrisa glacial—. Al fin y al cabo, es un político.

Y aquí tenemos a Henry, el hermano menor de Thomas, a quien ya se tiene por uno de los parlamentarios laboristas más ambiciosos de su generación. Su relación va más allá de los lazos de sangre corrientes, y abarca una serie de intereses comerciales en común, puesto que Henry ocupa un puesto en el consejo de administración de varias compañías generosamente respaldadas por el banco de Thomas. Por si alguien cometiese la temeridad de insinuar un conflicto de intereses entre estas actividades y los ideales socialistas que profesa a bombo y platillo en la Cámara de los Comunes, Henry tiene toda una serie de respuestas bien ensayadas. Está acostumbrado a tratar temas simples, y por eso es capaz de reírse frívolamente cuando Mark, su primo pequeño, le lanza una mirada burlona y dice:

—Supongo que lo primero que harás mañana por la mañana será volver a Londres, a tiempo para la manifestación, ¿no? Todos sabemos que los laboristas estáis confabulados con los de la campaña para el desarme nuclear.

—Algunos de mis colegas acudirán sin la menor duda. Pero a mí no me vas a encontrar. No se vota sobre la cuestión nuclear por una razón. Mucha gente en este país considera a los unilateralistas lo que realmente son: un hatajo de chiflados. —Hace una pausa para permitir que uno de los lacayos les llene de nuevo las copas de champán—. ¿Sabes el mejor chisme que llevo oyendo todo el mes?

—¿Que Bertrand Russell lleva siete días en chirona?

—Eso me hizo sonreír un poco, desde luego. Pero estaba pensando más en Jruschov. Supongo que habrás oído que ha empezado a probar bombas atómicas otra vez, en el Ártico o no sé dónde.

—¿De veras?

—Pregúntale a Thomas lo que eso ha significado para las acciones de la industria de armamento hace un par de días. Se pusieron por las nubes. Por las malditas nubes. Hicimos unos cientos de miles de dólares en una noche. Te diré una cosa, a principios de este año, con la visita de Gagarin y todo el mundo hablando del deshielo, las cosas empezaban a ponerse un poco negras. No me gustaba nada la pinta que tenían. Gracias a Dios que una golondrina no hace verano. Primero se levanta el Telón de Acero, y ahora los rusos empiezan a tirar fuegos artificiales otra vez. Parece que todo vuelve a la normalidad. —Vacía su copa y le da unas palmaditas cariñosas a su primo—. Evidentemente, te puedo hablar así porque eres de la familia.

Mark Winshaw digiere la información en silencio. Tal vez porque nunca conoció a su padre, Godfrey, siempre ha visto a sus primos como figuras paternas y como ejemplos a seguir. (Su madre también ha tratado de servirle de guía, claro; ha tratado de inculcarle sus propios valores y sus códigos de conducta, pero él, desde muy pequeño, se ha empeñado en ignorarla.) Ya ha aprendido un montón de Thomas y, de Henry, sobre cómo hacer dinero, y sobre cómo las discrepancias y los conflictos entre hombres inferiores y con menos carácter pueden ser explotados en beneficio propio. Dentro de unas cuantas semanas se irá a Oxford, y acaba de pasar el verano trabajando en un puesto administrativo secundario en la oficina del banco de Thomas en Cheapside.

—Ha sido todo un detalle que le dieses ese trabajo —le dice ahora Mildred a Thomas—. Espero que no fuese un incordio ni nada parecido.

La expresión de Mark es de odio puro, pero su mirada pasa inadvertida, y no dice nada.

—En absoluto —responde Thomas—. Fue muy útil tenerlo por allí. De hecho, les impresionó muchísimo a mis colegas. Muchísimo.

Thomas procede a narrar la historia de una discusión que tuvo lugar entre miembros mayores del banco durante una comida en la City un viernes por la tarde: una comida a la que Mark había sido invitado. La conversación había derivado hacia la reciente dimisión de uno de sus compañeros con motivo del papel jugado por el banco en la crisis de Kuwait. Thomas se siente llamado a explicarle los detalles de la crisis a Mildred, dando por sentado que, al ser mujer, no sabrá nada de ella. Por lo tanto le cuenta cómo Kuwait se había declarado *sheikdom* independiente en junio, y cómo solamente una semana después el general de brigada Kassem anunció su intención de que quedase absorbido por su propio país, afirmando que según el precedente histórico siempre había sido «parte integrante de Irak». Le recuerda que Kuwait recurrió al gobierno británico en demanda de apoyo militar, que fue prometido tanto por el ministro de Asuntos Exteriores, lord Home, como por el lord del Sello Real, Edward Heath; y que, desde la primera semana de julio, más de seis mil soldados fueron desplazados a Kuwait desde Kenia, Adén y Chipre, el Reino

Unido y Alemania, para establecer una línea de defensa de cien kilómetros, tan sólo a ocho de la frontera, en previsión de un ataque iraquí.

—El caso —dice Thomas— es que nuestro joven compañero Pemberton Oakes no podía soportar el hecho de que todavía estuviéramos prestándoles enormes sumas de dinero a los iraquíes para ayudarles a reforzar su ejército. Dijo que ellos eran el enemigo, y que más o menos estábamos en guerra con ellos, así que no deberíamos proporcionarles la más mínima ayuda. Dijo que era Kuwait con quien deberíamos tratar por una cuestión de principios (creo que ése fue el término que usó), a pesar de que su necesidad de préstamos era prácticamente insignificante y el banco no sacaría mucho de ello a largo plazo. Bueno, pues allí estábamos todos, mientras todo el mundo interrumpía para apoyar una de las dos posturas y aportar otros puntos de vista, cuando alguien tuvo la brillante idea de preguntarle al jovencito de Mark qué opinaba él.

—¿Y qué era lo que opinaba? —pregunta Mildred, con cierto tono de resignación. Thomas suelta una risita.

—Dijo que, por lo que él podía ver, la cosa estaba muy clara. Dijo que deberíamos prestarles dinero a ambas partes, claro, y si se declaraba la guerra, deberíamos prestarles aún más, para que siguieran así el mayor tiempo posible, gastando cada vez más armamento y perdiendo cada vez más hombres y agrandando cada vez más la deuda que tuviesen con nosotros. ¡Tenías que haberles visto las caras! Bueno, mira, seguramente era lo que todos habían estado pensando, pero él fue el único que tuvo el coraje de soltarlo. —Se vuelve hacia Mark, cuya cara se ha mantenido, a lo largo de esta conversación, absolutamente inexpresiva—. Vas a llegar muy lejos en el negocio de la banca, Mark, chavalote. Muy lejos.

Mark sonrío.

—Bah, no creo que la banca sea lo mío, si he de ser sincero. Quiero estar más metido en el meollo de las cosas. Pero, de todas formas, gracias por darme la oportunidad. He aprendido un par de cosas, desde luego.

Se vuelve y cruza la habitación, consciente de que los ojos de su madre no han dejado de mirarlo.

Mortimer se acerca ahora a Dorothy Winshaw, la flemática y rubicunda hija de Lawrence y Beatrice, que está sola y de pie en una esquina del salón, con su habitual gesto de boca, feroz y malhumorado.

—Bueno, bueno —dice Mortimer, esforzándose por inyectar una nota de alegría en su voz—. ¿Y cómo está mi sobrina favorita? —(Dorothy es, por cierto, su única sobrina, así que el uso de este epíteto no es muy sincero que digamos)—. Ya no queda tan lejos el feliz acontecimiento. ¿Tal vez se respira ya un poquito de emoción en el ambiente?

—Supongo que sí —dice Dorothy, cuya voz denota cualquier cosa menos

emoción. Mortimer ha hecho referencia a que dentro de poco, a los veinticinco años, se casará con George Brunwin, uno de los granjeros con más éxito y más apreciados del condado.

—Vamos, anda —dice Mortimer—. Seguro que tienes que encontrarte un poco... bien...

—Me encuentro exactamente como se encontraría cualquier mujer —le interrumpe Dorothy— que supiese que iba a casarse con uno de los mayores imbéciles del mundo.

Mortimer mira alrededor para ver si su prometido, que también ha sido invitado a la fiesta, puede haber oído este comentario. A Dorothy parece que no le preocupa.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

—Quiero decir que si no crece pronto y se une a todos los que vivimos en el siglo xx, él y yo no vamos a juntar ni un penique entre los dos en cinco años.

—Pero Brunwin es una de las granjas mejor llevadas de toda la comarca. Eso lo sabe todo el mundo.

Dorothy suelta un bufido.

—Que fuera a una escuela de ingenieros agrícolas hace veinte años no significa que George tenga la menor idea de lo que pasa en el mundo moderno. Pero ¡si ni siquiera sabe lo que es una tabla de conversión, por el amor de Dios!

—¿Una tabla de conversión?

—La proporción —explica Dorothy con paciencia, como a un labriego de pocas luces— entre la comida que le *metes* a un animal y lo que al final le *sacas* en carne. La verdad es que lo único que hay que hacer es leerse unos cuantos ejemplares de *Farming Express*, y te queda todo clarísimo. Habrás oído hablar de Henry Saglio, supongo.

—Es un político, ¿no?

—Henry Saglio es un granjero avícola americano que ha estado prometiéndole grandes cosas al ama de casa británica. Ha conseguido criar una nueva raza de pollo para asar que llega a pesar dos kilos en nueve semanas, con una tabla de conversión de pienso de 2,3. Emplea los métodos más modernos y más intensivos. —Dorothy se está animando; se está animando más de lo que Mortimer la había visto en la vida. Le brillan los ojos—. Y ahí tienes a ese maldito inocentón de George dejando que sus pollos anden por ahí picoteando como si fueran animales de compañía. Por no hablar de sus terneras, que pueden dormir en lecho de paja y hacer más ejercicio que sus condenados perros, seguramente. Y encima se pregunta por qué no saca de ellas una buena carne blanca.

—Bueno, no sé... —dice Mortimer—. Tal vez tenga otras cosas en que pensar. Otras prioridades.

—¿Otras prioridades?

—Sí, ya sabes, el bienestar de los animales. El ambiente de la granja.

—¿El ambiente?



—A veces la vida consiste en algo más que en sacar beneficios, Dorothy.

Ella se queda mirándolo. Quizá sea su furia al ver que se dirigen a ella en un tono que recuerda de hace muchos años (el tono que adoptaría un adulto con un niño de su confianza) lo que provoca la insolencia de su respuesta.

—¿Sabes?, papá siempre dijo que tú y Tabitha erais los raros de la familia.

Deja su copa, hace a un lado a su tío y se va rápidamente a unirse a una conversación al otro extremo de la habitación.

Mientras tanto, arriba, en el cuarto de los niños, hay dos Winshaw que juegan un papel en la historia de la familia. Roddy y Hilary, de nueve y siete años respectivamente, se han cansado del caballo de balancín, del tren de juguete, del juego de ping-pong, de las muñecas y las marionetas. Hasta se han cansado de sus intentos de despertar a la enfermera Gannet a fuerza de hacerle cosquillas debajo de la nariz con una pluma. (La pluma en cuestión perteneció previamente a un gorrión que Roddy ha matado con su escopeta de aire comprimido esta misma tarde.) Están a punto de dejar definitivamente el cuarto y bajar para escuchar a escondidas lo que pasa en la fiesta (aunque la verdad es que la idea de andar por esas escaleras y esos pasillos tan largos y tan escasamente iluminados les asusta de alguna manera) cuando Roddy tiene un destello de inspiración.

—¡Ya sé! —dice, mientras agarra un coche de pedales y se encaja con dificultad en el asiento del conductor—. Seré Yuri Gagarin, y éste es mi vehículo espacial, y acabo de aterrizar en Marte.

Porque, como cualquier otro chico de su edad, Roddy adora al joven cosmonauta. Este mismo año hasta le llevaron a verlo cuando visitó la exposición de Earl's Court, y Mortimer lo sostuvo en alto para que pudiese estrecharle realmente la mano al hombre que había viajado entre las estrellas. Ahora, embutido con dificultad en ese coche en miniatura, aprieta el pedal con todas sus fuerzas, mientras imita el ruido del motor con la garganta.

—Gagarin al Control de la Misión. Gagarin al Control de la Misión. ¿Me oyen?

—¿Y entonces quién era yo?

—Tú puedes ser *Laika*, la perrita espacial rusa.

—Pero si está muerta. Se murió en el cohete. Me lo dijo el tío Henry.

—Pues haz como si no.

Así que Hilary empieza a corretear a cuatro patas, ladrando como una loca, olisqueando las rocas marcianas y escarbando en el polvo. Y sigue así un ratito.

—Esto es un aburrimiento.

—Cállate. Aquí el mayor Gagarin al Control de la Misión. He aterrizado sin novedad en Marte y ahora estoy buscando señales de vida inteligente. Lo único que puedo ver de momento son varias..., eh, ¿qué es eso?

Un objeto brillante en el suelo del cuarto le ha llamado la atención, y pedalea

hacia él todo lo rápido que puede; pero Hilary llega antes.

—¡Media corona!

Tapa la moneda con la mano y sus ojos brillan triunfantes. Entonces el mayor Gagarin sale de su vehículo espacial y se queda de pie a su lado.

—Yo la vi primero. Dámela.

—Ni lo sueñes.

Despacio pero resueltamente, Roddy coloca su pie derecho sobre la mano de Hilary y empieza a apretar.

—¡Dámela!

—¡No!

Su voz se va convirtiendo en un chillido a medida que Roddy aumenta la presión, hasta que se produce un chasquido repentino: el ruido de los huesos al crujir y al astillarse. Hilary aúlla mientras su hermano levanta el pie y coge tranquilamente la moneda, satisfecho. El suelo del cuarto de los niños está manchado de sangre: Hilary la ve y sus chillidos se hacen más agudos y más salvajes hasta que son lo suficientemente estridentes como para despertar incluso a la enfermera Gannet del estupor que le ha provocado el cacao.

Abajo, la cena está ahora muy avanzada. A los invitados se les ha abierto el apetito con una sopa ligera (Stilton con calabaza cocida) y han dado buena cuenta de las truchas (escalfadas en Martini seco con salsa de ortigas). Mientras esperan que llegue el tercer plato, Lawrence, que está sentado a la cabecera de la mesa, se disculpa y sale de la habitación; a su vuelta, se para a cambiar unas palabras con Mortimer, el invitado de honor, que está sentado en el centro. La intención de Lawrence es preguntar discretamente sobre el estado de su hermana.

—¿Qué te parece cómo lo lleva nuestra loquita particular? —le susurra.

Mortimer da un respingo, y su respuesta tiene un tono reprobatorio.

—Si te refieres a Tabitha, verás que se está portando perfectamente. Tal como yo dije.

—Os vi charlando esta tarde en el campo de croquet. Y me pareció que estabas bastante serio. No pasaba nada, ¿verdad?

—Claro que no. Acabábamos de dar un paseo juntos. —Mortimer ve una oportunidad de cambiar de tema en ese momento—. Por cierto, los jardines tienen un aspecto estupendo. Sobre todo tus jazmines; el olor era absolutamente abrumador. ¿No te importaría contarme el secreto un día de éstos?

Lawrence se ríe cruelmente.

—A veces pienso que estás tan chiflado como ella, chaval. No tenemos jazmines en el jardín, te lo puedo jurar. ¡Ni una mala ramita! —Levanta la vista y ve cómo traen una enorme sopera de plata por el otro extremo de la habitación.

—Vaya, aquí viene el siguiente plato.

Cuando tiene a medio comer su pata de liebre al curry, Rebecca oye una tímida tos a su lado.

—¿Qué pasa, Pyles?

—¿Podría hablar un momentito con usted en privado, señora Winshaw? Es bastante urgente.

Se retiran al corredor transversal y, cuando Rebecca regresa un minuto después, tiene la cara pálida.

—Son los niños —le dice a su marido—. Ha habido una especie de accidente estúpido en su cuarto. Hilary se ha hecho daño en la mano. Voy a tener que llevarla al hospital.

Mortimer se incorpora a medias de su asiento, aterrorizado.

—¿Es grave?

—No creo. Sólo está un poco molesta.

—Iré contigo.

—No, tienes que quedarte aquí. No creo que tarde mucho más de una hora. Quédate y disfruta de tu fiesta.

Pero Mortimer no disfruta de su fiesta. Lo único que estaba disfrutando en un principio de ella era la compañía de Rebecca, de quien ha pasado a depender cada vez más en los últimos años como una manera de protegerse de su odiada familia. Ahora, en su ausencia, se ve forzado a pasar la mayor parte de la noche hablando con su hermana Olivia, que es tan implacablemente leal al pedigrí de los Winshaw que hasta se ha casado con uno de sus propios primos, y que ahora no se cansa de hablar de la administración de sus propiedades y del inminente título de Sir que recibirá su esposo en pago de sus servicios a la industria, así como del futuro político de su hijo Henry, que al menos ha sido lo bastante listo como para darse cuenta de que es el Partido Laborista el que le ofrece mayores perspectivas de ocupar un cargo en el gobierno a los cuarenta años. Mortimer asiente cansinamente con la cabeza a lo largo de su monólogo, y echa un vistazo de vez en cuando a las otras caras que rodean la mesa: Dorothy, que se mete la comida a paladas en la boca; ese prometido suyo con cara de oveja, sentado a su lado con aire taciturno; los ojos ratoniles y calculadores de Mark, a los que no se les escapa una; la encantadora y desconcertada Mildred, que le cuenta tímidamente una anécdota a Thomas, quien la escucha con la glacial indiferencia de un banquero mercantil a punto de negarle un crédito a un insignificante hombre de negocios. Y, por supuesto, también está Tabitha, sentada muy erguida a la mesa, y sin decir palabra a nadie. Mortimer se da cuenta de que ella consulta su reloj de bolsillo a cada rato, y que le pide a uno de los criados más de una vez que compruebe la hora en el reloj del abuelo que hay en el vestíbulo. Por lo demás, está sentada perfectamente derecha, y mantiene los ojos fijos en Lawrence. Es casi como si estuviera esperando que ocurriera algo.

Rebecca vuelve del hospital justo cuando están a punto de servir el café. Se coloca disimuladamente al lado de su marido y le aprieta la mano.

—Se pondrá bien —dice—. La enfermera Gannet la está metiendo en la cama.

Lawrence se levanta, da unos golpecitos en la mesa con la cucharilla, y propone un brindis.

—¡Por Mortimer! —dice—. Salud y felicidad en su cincuenta cumpleaños.

Ecos apagados de «Mortimer» y «Salud y felicidad» resuenan por toda la habitación mientras los invitados apuran lo que les queda en las copas. Luego se oye un profundo suspiro de satisfacción, y alguien dice:

—¡Vaya! *Ha* sido una velada encantadora.

Todas las cabezas se vuelven. La que ha hablado es Tabitha.

—Es tan bonito salir y darse una vuelta. No tenéis ni idea. Sólo que... —Tabitha frunce el ceño, y su cara adquiere una expresión de pérdida y de abatimiento—. Sólo que... estaba pensando lo bonito que habría sido si Godfrey pudiese haber estado aquí esta noche.

Se produce un largo silencio, roto finalmente por Lawrence, que dice en un intento de sinceridad jovial:

—Tienes razón, toda la razón.

—Le tenía *tanto* cariño a Mortimer. Mortimer era clarísimamente su hermano favorito. Me lo dijo muchas veces. Prefería mil veces a Mortimer antes que a Lawrence. Lo tenía muy claro. —Vuelve a fruncir el ceño, y mira en torno a la mesa—. Me pregunto por qué.

Nadie responde. Nadie le devuelve la mirada.

—Supongo que sería porque... *Supongo* que sería porque sabía... que Mortimer no tenía intención de matarlo.

Mira las caras de sus parientes, como si buscara una confirmación. Pero están horrorizados y su silencio es absoluto.

Tabitha deja la servilleta en la mesa, echa la silla hacia atrás y se incorpora penosamente.

—Bueno, ya es hora de que me vaya a la cama. Por la Colina del Bosque a la Feria de las Mantas, como solía decirme la Tata. —Echa a andar hacia la puerta del comedor, y resulta difícil decir si sigue hablando para los invitados o sólo para sí misma—. Por las largas escaleras, retorcidas escaleras, a decir mis oraciones. —Se vuelve, y no hay la menor duda de que la siguiente pregunta va dirigida a su hermano.

—¿Sigues diciendo tus oraciones, Lawrence?

Él no responde.

—Yo que tú las diría esta noche.

Vacía de sentimientos, Rebecca se recostó contra el espeso montón de almohadas. Estiró despacio las piernas y se masajeó el muslo para mitigar el dolor. A su lado, con la cabeza apoyada pesadamente sobre su hombro, Mortimer ya se había hundido en el sueño. Le había llevado casi cuarenta minutos alcanzar el clímax. Cada vez le llevaba más tiempo y, aunque en general era un amante gentil y considerado, a Rebecca estas sesiones maratónicas empezaban a parecerle un poco latosas. Le dolía la espalda y tenía la boca seca, pero no echó mano del vaso de la mesilla por si molestaba a su marido.

Él, amodorrado, empezó a mascullar algo incoherente. Ella le acarició el pelo raleante.

—... ¿qué haría yo sin ti?... Tan buena... Haces que todo salga bien..., que sea llevadero...

—Tranquilo, tranquilo —le susurró—. Mañana nos vamos a casa. Ya pasó todo.

—... los odio a todos... ¿Qué haría si no estuvieras aquí para hacer mejores las cosas?... A veces querría matarlos a todos..., matarlos a todos.

Rebecca esperaba que Hilary consiguiese dormir algo. Tenía tres dedos rotos. No se creía aquella historia de que hubiera sido un accidente; no se la había creído ni un momento. No había nada de lo que no creyera capaz a Roddy en esa época. Como aquellas fotografías con las que lo había pescado, que habían resultado ser un regalo de Thomas, maldita sea...

Media hora después, a las dos menos cuarto de la mañana, Mortimer roncaba rítmicamente y Rebecca seguía completamente despierta. Entonces fue cuando le pareció sentir los pasos en el corredor, sigilosos, delante de su puerta.

Luego empezó el estruendo. Encontronazos y golpes, y los inequívocos ruidos de una pelea. Dos hombres peleándose, cada uno descargando toda su fuerza sobre el otro, agarrando cualquier arma que tuvieran a mano. Gruñendo por el esfuerzo, gritando y llamándose de todo. Apenas había tenido tiempo de ponerse la bata y encender la luz del dormitorio cuando oyó un grito prolongado y terrible, mucho más alto que el resto. A esas alturas se iban encendiendo todas las luces de Winshaw Towers y oyó correr a la gente en dirección al alboroto. Pero Rebecca permaneció donde estaba, paralizada de miedo. Había reconocido aquel grito, a pesar de que nunca hubiese oído nada parecido. Era el sonido de un hombre que se muere.

Dos días después, la historia siguiente apareció en el periódico local:

### **INTENTO DE ROBO EN WINSHAW TOWERS Lawrence Winshaw luchó a muerte con el intruso**

EL SÁBADO por la noche se produjeron unas dramáticas escenas en Winshaw Towers cuando una celebración familiar fue trágicamente

interrumpida.

Catorce invitados se habían congregado para celebrar el cincuenta cumpleaños de Mortimer Winshaw, el hermano menor de Lawrence, quien es en la actualidad el propietario de esa mansión que cuenta con tres siglos de antigüedad. Pero poco después de que se hubieran ido a dormir, un hombre irrumpió en la casa en un atrevido intento que pronto iba a costarle la vida.

Parece que el intruso había entrado en el edificio por la ventana de la biblioteca, que normalmente permanece cerrada por razones de seguridad. Luego se abrió camino hasta el dormitorio de Lawrence Winshaw, donde tuvo lugar un violento altercado. Finalmente, actuando exclusivamente en defensa propia, el señor Winshaw consiguió vencer a su asaltante y le asestó un golpe fatal en el cráneo con un rascador de espalda con la cabeza de cobre, que tiene siempre en la mesilla. La muerte fue instantánea.

La policía aún no ha conseguido identificar al atacante, que no parece ser de los contornos, pero están convencidos de que el robo fue el motivo del asalto. No hay razón, añadió un portavoz, para que se presenten cargos contra el señor Winshaw, de quien se dice que se encuentra en un profundo estado de *shock* tras el incidente.

La investigación proseguirá, y a los lectores de este periódico se les tendrá informados de cualquier novedad.

El, domingo por la mañana, el día siguiente a su fiesta de cumpleaños, Mortimer se encontró con que no sabía a quién serle fiel. El sentimiento familiar, o lo poco que quedara de él agazapado en su interior, insistía en que debía permanecer junto a su hermano y tratar de ayudarlo a recuperarse de su terrible experiencia; pero, al mismo tiempo, la ansiedad de Rebecca por abandonar Winshaw Towers y regresar a su piso en Mayfair lo más pronto posible no se podía pasar por alto. En definitiva, no era una decisión difícil de tomar. Nunca podía negarle nada a su esposa; y además, allí seguía toda una multitud de parientes a los que bien podía confiárseles la tarea de ayudar a Lawrence a recuperarse. A las once en punto se juntaron todas sus maletas en el vestíbulo, a la espera de que las metiesen en el Bentley plateado, y Mortimer se dispuso a cumplimentar a Tabitha, que aún tenía que salir de su habitación tras enterarse de los impresionantes acontecimientos de la noche anterior.

Mortimer vislumbró a Pyles al otro extremo del vestíbulo, y le hizo una seña para que se acercara.

—¿Ha venido el doctor Quince a ver a la señorita Tabitha esta mañana? —preguntó.

—Sí, señor. Le hizo una visita bastante temprano, sobre las nueve.

—Ya. Supongo que no... Espero que nadie del servicio piense que puede estar relacionada de alguna manera con... lo sucedido.

—No puedo saber lo que piensan los otros criados, señor.

—No, claro que no. Bueno, si puede encargarse de que metan nuestro equipaje en el coche, Pyles, creo que yo mismo iré a hablar un momentito con ella.

—Muy bien, señor. Sólo que... creo que tiene otra visita en este momento.

—¿Otra visita?

—Hace unos diez minutos se presentó un caballero, señor, preguntando por la señorita Tabitha. Burrows se ha encargado del asunto y me temo que lo ha acompañado hasta su habitación.

—Ya. Creo que será mejor que vaya a investigar.

Mortimer subió rápidamente los distintos tramos de escaleras que llevaban a los aposentos de su hermana, y luego se detuvo ante la puerta. No pudo distinguir voces saliendo del interior hasta que llamó a la puerta y, tras una buena pausa, oyó gritar a Tabitha «Pase» en un tono agudo e inexpresivo.

—Sólo venía a decirte adiós —explicó, viendo que al fin y al cabo estaba sola.

—Adiós —dijo Tabitha.

Estaba calcetando algo grande, morado y sin forma, y tenía un ejemplar de la revista *Spitfire!* apoyado, abierto, en el escritorio de al lado.

—Tenemos que vernos más de ahora en adelante —prosiguió, nervioso—. ¿Vendrás a vernos a Londres, quizás?

—Lo dudo —dijo Tabitha—. El doctor estuvo otra vez aquí esta mañana, y sé lo que eso significa. Van a tratar de echarme la culpa de lo que pasó anoche, y van a quitarme de delante otra vez. —Se rió, y encogió sus hombros huesudos—. Bueno, qué más da. Ya he perdido mi oportunidad.

—¿Perdido tu...? —empezó Mortimer, pero se controló; en vez de eso, se acercó a la ventana, y trató de adoptar un tono desenvuelto mientras decía—: Bueno, claro, hay ciertas... circunstancias que habría que explicar. La ventana de la biblioteca, por ejemplo. Pyles jura que la cerró como siempre, y aun así parece que *ese* hombre, *ese* atracador, quienquiera que fuese, no la forzó de ningún modo. No creo que tú vayas a saber algo...

Su voz se fue apagando.

—Mira lo que me has hecho hacer con tu cháchara —dijo Tabitha—. Se me ha soltado un punto.

Mortimer vio que estaba perdiendo el tiempo.

—Bueno, me voy —dijo.

—Buen viaje —respondió Tabitha sin mirarlo.

Mortimer se detuvo en el umbral.

—Por cierto —dijo—, ¿no tenías una visita?

Se quedó mirándolo extrañada.

—¿Una visita?

—Pyles me ha dicho que había venido alguien a verte hace un ratito.

—Pues se ha equivocado. Se ha equivocado completamente.

—Ya. —Mortimer inspiró hondo, y estaba a punto de irse cuando algo le hizo

detenerse; se volvió con el ceño fruncido—. ¿Me lo estoy imaginando —preguntó— o aquí hay un olor raro?

—Es a jazmín —dijo Tabitha, lanzándole una mirada por primera vez—. ¿A que huele riquísimo?



Yuri era mi único héroe en esa época. Mis padres guardaban todas las fotos suyas que salían en las revistas y en los periódicos, y yo las clavaba con chinchetas en la pared de mi dormitorio. Han vuelto a empapelar esa pared, pero durante muchos años después de haber quitado las fotos aún se podían ver las marcas de las chinchetas formando una especie de dibujo fortuito y fantástico, como si fueran estrellas. Sabía que él había visitado Londres recientemente; había visto en televisión las escenas de Yuri recorriendo en coche calles flanqueadas por multitudes que le daban la bienvenida. Me había enterado de su aparición en la exposición de Earl's Court, y saber que les había estrechado la mano a cientos de niños afortunados me hizo concomerme de envidia. A pesar de que ni se me había ocurrido pedir a mis padres que me llevaran. Un viaje a Londres habría sido para mi familia una propuesta tan audaz e inverosímil como un viaje a la Luna.

Cuando cumplí nueve años, sin embargo, mi padre propuso, si no un viaje a la Luna, al menos un lanzamiento de prueba a la estratosfera, en forma de un día de excursión a Weston-super-Mare. Se me prometió una visita al tren en miniatura y al acuario recién inaugurados, y, si hacía buen tiempo, un baño en la piscina al aire libre. Estábamos a mediados de septiembre: 17 de septiembre de 1961, para ser exactos. También invitaron a mis abuelos a esta excursión; con lo que quiero decir los padres de mi madre, porque no teníamos nada que ver con los de mi padre; de hecho, nunca habíamos sabido nada de ellos, que yo recuerde, aunque sí sabía que seguían vivos. Tal vez mi padre se mantuviese en contacto con ellos en secreto; pero lo dudo.

Nunca fue fácil saber lo que sentía, y aún ahora no podría decir si los echaba mucho de menos o no. Se llevaba bastante bien con los abuelos, de todos modos, y a lo largo de los años había construido un discreto muro de defensa contra las simpáticas, y sin embargo consistentes, bromas de mi abuelo. Creo que fue mi madre la que los invitó a venir con nosotros aquel día, seguramente sin consultarle a él. De todas maneras, no hubo el menor atisbo de pelea. Mis padres nunca se peleaban. Él se limitó a mascullar no sé qué cosa sobre que esperaba que se sentaran atrás.

Pero fueron las mujeres las que se sentaron atrás, claro, conmigo apretujado entre las dos. El abuelo se sentó en el asiento del copiloto con un mapa de carreteras abierto sobre las rodillas y aquella sonrisa distante y divertida que anunciaba claramente que mi padre se podía ir preparando. Ya habían discutido sobre qué coche tenían que llevar. El Volkswagen de mis abuelos estaba viejo y no era de fiar, pero el abuelo no perdía oportunidad de mostrar su desdén por los modelos británicos que mi padre, que trabajaba para una empresa de ingenieros del pueblo, contribuía un poco a diseñar, y que compraba tanto por lealtad a sus jefes como a su país.

—Cruza los dedos —dijo mi abuelo, mientras mi padre le daba a la llave de encendido. Y cuando el coche arrancó a la primera—: Siempre hay milagros.

Me habían regalado un ajedrez de viaje por mi cumpleaños, así que la abuela y yo jugamos unas cuantas partidas para entretenernos durante el trayecto. Ninguno de los dos tenía ni idea de las reglas, pero no nos gustaba reconocerlo ante el otro, así que nos las apañamos improvisando algo que era como un cruce entre las damas y el fútbol de mesa. Mi madre, reservada y pensativa como siempre, se limitaba a mirar por la ventanilla, o quizás escuchase la conversación de la parte delantera del coche.

—¿Qué pasa? —estaba diciendo mi abuelo—. ¿Estás tratando de ahorrar gasolina o algo así?

Mi padre hacía oídos sordos.

—Por aquí puedes ir a ochenta por hora, ¿sabes? —prosiguió—. Ése es el límite de velocidad.

—No necesitamos llegar allí tan pronto. No tenemos ninguna prisa.

—Ten cuidado, supongo que este cacharro se pondrá a temblar si intentas pasar de noventa. Al fin y al cabo queremos llegar allí enteritos. Espera, creo que esa bicicleta que viene detrás quiere adelantarnos.

—Mira, Michael, ¡vacas! —dijo mi madre, para cambiar de tema.

—¿Dónde?

—En el campo.

—El niño ya ha visto vacas antes —dijo el abuelo—. Déjale en paz. ¿No oís un ruido?

Nadie oía un ruido.

—Estoy seguro de que oigo un ruido. Suena como si uno de los ajustes o algo así se estuviera soltando. —Se volvió hacia mi padre—. ¿Cuál fue el pedacito de este coche que diseñaste tú, Ted? Los ceniceros, ¿no?

—El eje de dirección.

—Mira, Michael, ¡ovejás!

Aparcamos en el paseo marítimo. Los retazos de nubes que salpicaban el cielo me hicieron pensar en nubes de azúcar, lo que puso en marcha una cadena de asociaciones que me llevaron inevitablemente a un puesto del muelle, donde mis abuelos me compraron una enorme bola rosa de la pegajosa ambrosía, y una barra de caramelo que dejé para luego. Normalmente, mi padre habría dicho algo sobre los efectos adversos (dentales y psicológicos) de concederme semejantes favores, pero como era mi cumpleaños lo dejó pasar. Me senté en un muro bajo que daba al mar y engullí la nube de azúcar, saboreando el delicioso contraste entre su increíble dulzura y aquella textura ligeramente picante, hasta que ya me había abierto como tres cuartas partes del camino con la boca y empezaba a encontrarme mal. El paseo marítimo estaba tranquilo. Refugiado en mi propia felicidad, no prestaba mucha atención a la gente que pasaba, pero guardo una vaga impresión de respetuosas parejas que caminaban del brazo, y de unas cuantas personas mayores que andaban a zancadas más resueltamente, trajeadas para la iglesia.

—Espero que no haya sido una equivocación —susurró mi madre— venir un

domingo. Sería horrible que no estuviera nada abierto.

El abuelo obsequió a mi padre con uno de sus guiños más elocuentes: combinó en un momento la simpatía maliciosa con el divertido reconocimiento de una situación familiar.

—Parece que te ha metido otra vez en un lío —dijo.

—Bueno —dijo mi madre, mientras me limpiaba los labios con un pañuelo de papel—, ¿y por dónde quiere empezar el homenajeado?

Empezamos por el acuario. Probablemente era un acuario estupendo, pero sólo guardo un recuerdo la mar de vago: se me hace raro pensar que mi familia hiciese tantos planes para proporcionarme estas diversiones, y sin embargo sean sus propias palabras espontáneas, sus propios gestos e inflexiones inconscientes, lo que se ha quedado pegado a mi memoria como moscas a una tira adhesiva. Sé, de todos modos, que el cielo comenzaba a cubrirse de nubes cuando salimos, y que una fuerte brisa hizo que a mi madre le resultase difícil disfrutar de la merienda que compartimos en los Beach Lawns con nuestras sillas plegables puestas en semicírculo, mientras salía disparada en persecución de las bolsas de papel dispersas y se esforzaba por repartir los bocadillos en medio del aleteo testarudo de sus envoltorios antigrasa. Sobraron muchos, y terminó ofreciéndoselos al hombre que vino a pedirnos dinero por nuestras sillas plegables. (Igual que toda su generación, mis padres tenían el don de ponerse a hablar con los desconocidos sin dificultad aparente. Suponía que era un don que yo mismo desarrollaría algún día —una vez la timidez de la infancia y de la adolescencia hubiesen quedado atrás—, pero no sucedió así, y ahora me doy cuenta de que quizás aquella soltura para relacionarse con los demás, de la que parecían disfrutar fuesen donde fuesen, tenía más que ver con la época que con ninguna madurez especial del carácter.)

—Un buen trozo de jamón —dijo el hombre, después de darle un bocado de prueba—. Pero tengo que confesar que me gusta con un poco de mostaza.

—A nosotros también —dijo el abuelo—, pero a su excelencia no.

—Se lo consiente todo —dijo mi abuela, sonriendo en mi dirección—. Lo está convirtiendo en un niño mimado.

Hice como que no oía, y me quedé mirando tan fijamente el último trozo de la tarta de chocolate de mi madre que me lo alargó sin decir palabra, mientras se llevaba un dedo a la boca con un gesto de advertencia, en un remedo de conspiración. Era mi tercer trozo. Nunca usaba el chocolate corriente para hacer tartas, sólo el auténtico Dairy Milk.

Estábamos llegando a un punto en el que sentía que no podía esperar mucho más para el baño prometido, pero ella me dijo que primero tenía que hacer la digestión. Con la esperanza de que se me pasase la impaciencia, mi padre me llevó hasta el mar; había marea baja, con una franja gris de arena fangosa que se extendía casi hasta el horizonte y unos cuantos pequeñines obstinados que trotaban por allí como pajaritos exploradores, con una red de pescar camarones en una mano y un padre renuente de

la otra. Deambulamos sin rumbo fijo cerca de media hora, y luego por fin se nos permitió ir a la piscina. No estaba muy llena. Había unas cuantas personas echadas o sentadas en sillas plegables y en tumbonas que se encontraban cerca del agua: los pocos que habían decidido nadar lo hacían con muchísima energía, con mucho chapoteo y muchos gritos. Había un barullo de músicas diferentes. Acuáticas piezas orquestales se filtraban por un sistema de megafonía, pero competían con una serie de transistores en los que sonaban desde Cliff Richard a Kenny Ball y sus Jazzmen. El agua relucía y chispeaba de un modo irresistible. No podía entender cómo la gente prefería estar allí tirada oyendo la radio ante la perspectiva de semejante felicidad líquida. Mi padre y yo salimos a la vez de las cabinas donde se cambiaba uno de ropa; pensé que parecía con creces el hombre más fuerte y más guapo que había al borde de la piscina aquella tarde, pero con la perspectiva que da el tiempo nuestros cuerpos blancos y delgados me resultan ahora igual de infantiles y vulnerables. Corrí delante de él y me quedé en el borde del agua, paladeando un brevísimo momento de expectación pero que no tenía precio. Luego salté; y después, chillé.

La piscina no tenía calefacción. ¿Por qué habíamos pensado que sí? Un escalofrío me recorrió entero y al instante me quedé entumecido de frío, pero mi primera reacción (no sólo a la sensación física sino a aquella aguda agonía de placer anticipado y luego negado) fue echarme a llorar. Cuánto tiempo duró, no lo sé. Mi padre debió de sacarme del agua; mi madre debió de bajar corriendo de las gradas en las que estaba sentada con mis abuelos. Sus brazos me rodeaban, todo el mundo tenía la vista puesta en mí, y aún así no había quien me consolara. Luego me contaron que parecía que nunca iba a dejar de llorar. Pero de alguna manera consiguieron mudarme y conducirme hasta el mundo exterior, que ahora estaba oscuro por la amenaza de un buen chaparrón.

—Qué vergüenza —decía la abuela. Le había dicho a uno de los empleados de la piscina lo que realmente pensaba, cosa que no le deseo a nadie—. Tenía que haber un cartel o un gráfico, en el que pusiese la temperatura. Deberíamos escribir una carta.

—¡Pobrecito! —dijo mi madre. Yo seguía lloriqueando un poco—. Ted, ¿por qué no vuelves corriendo al coche y coges los paraguas? Si no, nos vamos a agarrar todos un catarro de muerte. Te esperamos aquí.

«Aquí» era una parada de autobús cerca del paseo marítimo. Nos quedamos allí sentados los cuatro, mientras escuchábamos cómo batía la lluvia en el tejadillo de cristal. El abuelo masculló:

—¡Dios nos asista! —y eso (un inequívoco signo de que el día estaba tomando, en su opinión, un cariz desastroso) fue la señal para que yo reanudara mis llantos con el doble de energía. Cuando mi padre volvió con dos paraguas y una capucha de plástico muy bien doblada, mi madre se quedó mirándolo en silencio muerta de pánico; pero, evidentemente, él había estado dándole vueltas a la situación, y su ingeniosa propuesta fue:

—Tal vez pongan algo en el cine.

El más cercano y el más grande era el Odeón, donde estaban poniendo *El filo desnudo*<sup>[15]</sup>, con Gary Cooper y Deborah Kerr. Mis padres le echaron un vistazo y siguieron andando rápidamente, aunque se rezagaron un tanto ansiosos, olfateando el exótico perfume de placeres prohibidos que destilaba el título, e intrigados por un cartelito que el encargado del cine había puesto en un lugar preferente debajo del cartel anunciador: NO SE LE PERMITIRÁ LA ENTRADA A NINGUNA PERSONA (A NINGUNA) DURANTE LOS ÚLTIMOS TREINTA MINUTOS DE ESTA PELÍCULA. UNA LUZ ROJA INTERMITENTE SE LO ADVERTIRÁ. El abuelo me cogió bruscamente de la mano y me sacó de allí a rastras.

—¿Qué tal ésta? —dijo mi padre.

Estábamos delante de un edificio más pequeño y menos imponente, que se anunciaba a sí mismo como «El único cine independiente de Weston». Mi madre y la abuela se encorvaron para escrutar de cerca las fotos del vestíbulo. Los labios de la abuela se fruncieron en un gesto de duda y mi madre arrugó ligeramente el ceño.

—¿Te parece apropiada?

—Sid James y Kenneth Connor. Será divertida.

Eso lo dijo el abuelo, pero noté que en lo que realmente se fijaba era en una foto de una bonita actriz rubia llamada Shirley Eaton, que era la tercera estrella de la película.

—Apta para todos los públicos —observó mi padre.

Entonces yo me puse a gritar:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Sus ojos siguieron al dedo con el que yo señalaba. Había descubierto una nota en la que se anunciaba que en el corto que completaba el programa se contaba la historia del programa espacial ruso y se llamaba *Con Gagarin a las estrellas*. Lo que es más, la nota se jactaba de que era «EN COLOR», a pesar de que a mí no me hacía ninguna falta este incentivo extra. Me entregué a mi consabida súplica de poner los ojos como platos, sintiendo casi desde el principio que no era realmente necesario, porque mis padres ya se habían decidido. Nos pusimos a la cola para comprar las entradas. Cuando la taquillera me miró dubitativa desde su elevado refugio, con mi mano agarrada ansiosamente a la de mi padre, dijo:

—¿Están seguros de que es lo bastante mayor? —Y de repente experimenté la misma desdicha aplastante, la misma náusea emocional que había sentido en el instante en que salté a la piscina sin calefacción. Pero el abuelo no estaba dispuesto a nada de eso.

—Limítese a vendernos las entradas, señora —dijo—, y preocúpese de sus asuntos.

Alguien que estaba detrás en la cola soltó una risita nerviosa. Luego nos internamos en fila en aquella sala oscura y almizcleña, y yo me fui hundiendo cada vez más en mi butaca, como si estuviera en la gloria, con la abuela a la izquierda y mi padre a la derecha.

Seis años más tarde, Yuri se mataría, al capotar inexplicablemente su MiG-15 bajo unas nubes rasantes y estrellarse en el suelo cuando estaba a punto de aterrizar. A esas alturas yo ya era lo bastante mayor para haberme empapado de parte de la desconfianza reinante hacia todo lo ruso, para tomar nota de los oscuros comentarios sobre la KGB y de la desgracia en la que mi héroe había caído en su propio país por haberles encantado tanto a aquellos occidentales que lo vitoreaban. Tal vez Yuri se hubiese condenado a sí mismo el día que les había estrechado la mano a todos aquellos niños en Earl's Court; aunque fueran ellos a los que a mí me habría gustado ver muertos en aquel momento. Sea cual sea la explicación, ya no puedo revivir, ni siquiera imaginar, el estado de inocencia en el que debí de permanecer sentado durante aquella ingenua y estentórea celebración de sus logros aquella tarde. Me gustaría poder hacerlo. Me gustaría que él hubiera seguido siendo un objeto de espontánea adoración, en vez de convertirse en otro de los omnipresentes e irresolubles misterios de la edad adulta: una historia sin un final apropiado. Pronto iba a saber de ellos.



DOMINGO, 17 DE SEPTIEMBRE Y TODA LA SEMANA  
El domingo se admiten menores de 16 años acompañados  
Domingos: abrimos a las 4,15. Laborables: abrimos a la 1,30

Sidney JAMES      Shirley EATON      Kenneth CONNOR  
en

## ¡MENUDO REPARTO!

Laborables, pases a las 3 - 5,53 - 8,45 (Todos los públicos)

- complemento -

## CON GAGARIN A LAS ESTRELLAS

La película oficial rusa en COLOR con comentarios de BOB DANVERS-WALKER  
Laborables, pases a las: 1,40 - 4,30 - 7,25 (Todos los públicos)

Justo cuando se iban apagando las luces por segunda vez, y el certificado de que la película había pasado censura apareció en la pantalla para anunciar el comienzo de la película principal, mi madre se inclinó hacia mi lado y empezó a susurrar por encima de mi cabeza.

—Ted, son casi las seis.

—¿Y qué?

—¿Pues que cuánto va a durar la película?

—No sé. Supongo que una hora y media.

—Y luego tenemos que hacer todo el camino de vuelta. Vamos a llegar mucho más tarde de su hora de acostarse.

—Por una vez no importa. Al fin y al cabo es su cumpleaños.

Habían empezado los títulos de crédito y yo tenía los ojos clavados en la pantalla. La película era en blanco y negro, y la música, aunque tenía un cierto tono humorístico, de alguna manera me llenó de malos presentimientos.

—Y además está la cena —susurró mi madre—. ¿Qué vamos a hacer con la cena?.

—No sé. Nos pararemos en algún sitio a la vuelta.

—Pero entonces aún se va a hacer más tarde.

—¿Por qué no te relajas y disfrutas un poco?

Pero yo noté que, durante todo el rato siguiente, mi madre siguió inclinándose hacia la luz para echarle vistazos furtivos a su reloj de cuando en cuando. Después ya no supe lo que hacía, porque estaba demasiado ocupado en concentrarme en la película.

Contaba la historia de un hombre nervioso y de buenos modales (interpretado por Kenneth Connor) que se veía sorprendido en su piso a altas horas de la noche por la llegada de un siniestro notario. El notario había venido para decirle que hacía poco había muerto su tío rico, y que se le pedía que se acercase inmediatamente a Yorkshire, donde iba a tener lugar la lectura del testamento en la casa familiar, Blackshaw Towers. Kenneth viajaba hasta Yorkshire en tren, acompañado por su amigo, un mundano corredor de apuestas (interpretado por Sidney James), para descubrir que Blackshaw Towers estaba situada en un remoto confín de los páramos, lejos del pueblo más cercano. Al no conseguir un taxi, aceptaban ir en un coche fúnebre que los dejaba allí tirados, en medio de una espesa niebla.

Cuando por fin llegaban a la casa, oían el lejano aullido de los perros.

—No es precisamente una colonia veraniega, ¿verdad? —decía Sidney.

—Este sitio tiene algo horripilante —decía Kenneth.

Parecía que el resto del público lo encontraba divertido, pero a esas alturas yo estaba absolutamente horrorizado. Nunca me habían llevado a ver nada parecido: aunque no era exactamente una película de terror, los detalles eran muy convincentes, y aquella atmósfera tenebrosa, aquella música dramática y la constante sensación de que estaba a punto de pasar algo terrible se combinaban para atormentarme con una extraña mezcla de miedo y contento. Una parte de mí no quería nada más que salir corriendo del cine a lo que quedase de la luz del día; pero otra parte estaba decidida a permanecer allí hasta que me enterase de en qué acababa todo aquello.

Kenneth y Sidney entraban sigilosamente en el vestíbulo de Blackshaw Towers, y veían que la casa era tan fantasmagórica como parecía desde el exterior. Les salía al encuentro un enjuto y adusto mayordomo llamado Fisk, que les invitaba a subir las escaleras para enseñarles sus habitaciones. Para mayor consternación, Kenneth veía que no sólo lo llevaban al Ala Este, lejos de su amigo, sino que tenía que dormir en la misma habitación en la que había muerto su difunto tío. Volvían abajo y les presentaban a los otros miembros de la familia de Kenneth: sus primos Guy, Janet y Malcolm, su tío Edward, y su tía loca, Emily, para quien el tiempo parecía haberse

detenido en la Primera Guerra Mundial. Justo antes de que el notario empezase a leer el testamento, aparecía otra mujer: una mujer joven, rubia y guapa, interpretada por la actriz Shirley Eaton. Estaba allí porque había cuidado al tío de Kenneth durante su última enfermedad. No había sillas suficientes para que todos se sentasen alrededor de la mesa, así que Kenneth tenía que apoyarse en la rodilla de Shirley. Parecía que le resultaba muy agradable.

Se leía el testamento, del que se desprendía que no se les había dejado nada de nada a ninguno de los parientes: habían sido víctimas de una broma pesada. Discutían amargamente los unos con los otros mientras se preparaban para irse a dormir. Entonces se iba la luz en toda la casa. Se había desencadenado una terrible tormenta en el exterior, y Fisk insinuaba que el generador debía de haberse estropeado. Kenneth y Sidney se ofrecían a ir con él a investigar. Cuando llegaban hasta el cobertizo que albergaba el generador descubrían que habían hecho pedazos el aparato. Iniciaban el camino de regreso a la casa, pero se sorprendían al ver al tío Edward sentado en una silla de tijera en medio del césped, empapado por aquella lluvia torrencial.

—¿Qué hace sentado ahí afuera? —decía Sidney.

Kenneth se reía y decía:

—Es increíble. Va a coger un catarro de muerte..., de auténtica muerte...

Estornudaba violentamente, y el tío Edward se caía, muy tieso, de la silla. Estaba muerto.

—Sid... ¿está...? —decía Kenneth.

—Bueno, si no lo está —decía Sidney—, tiene un sueño muy pesado.

Se oía un trueno terrible, y mi madre se inclinó hacia mi padre.

—Ted, venga, vámonos —susurró.

Mi padre se estaba riendo.

—Por qué? —dijo.

—No es muy adecuada —dijo mi madre.

—Bueno —dijo Kenneth—, no podemos dejarlo aquí. Vamos a ponerlo en el invernadero. Está por ahí, en algún sitio.

El público se siguió riendo mientras Kenneth, Sid y el mayordomo intentaban levantar el cadáver del tío Edward.

—Oye —decía Sidney—, sería más fácil acercar el invernadero hasta él.

Hasta la abuela se rió con eso. Pero mi madre se limitó a consultar su reloj otra vez, y mi padre, imaginando tal vez que yo debía de estar asustado, me alborotó el pelo y puso su brazo cerca, de modo que yo pudiese agarrarlo y reclinarlo contra él.

Kenneth y Sid regresaban al interior de la casa y le contaban al resto de la familia que habían matado al tío Edward. Sid trataba de llamar a la policía, pero sólo le servía para descubrir que la línea había sido cortada. Kenneth decía que se iba a su casa, pero el mayordomo señalaba que no había quien cruzase los páramos con aquel tiempo, y que si se marchaba en aquel momento sería el primer sospechoso de la



muerte de Edward. Aconsejaba que todos se fuesen a la cama enseguida y cerrasen con llave la puerta de su habitación.

—Esto es sólo el comienzo —decía Fisk—. Aún habrá otro, fíjense en lo que les digo.

—Buenas noches, simpático —decía Sidney.

Kenneth y Sidney subían de nuevo las escaleras, pero luego, y ya a solas, a Kenneth no le costaba nada perderse en aquella laberíntica casa vieja. Abría la puerta de lo que creía que era su dormitorio y se daba cuenta de que ya estaba ocupado por Shirley, que sólo llevaba una combinación y estaba a punto de ponerse una bata.

—Oiga —decía Kenneth—, ¿qué hace en mi habitación?

—Ésta no es su habitación —decía Shirley—. Mire, ésas no son sus maletas, ¿o sí?

Se apretaba la bata recatadamente contra el pecho.

—Caramba, no —decía Kenneth—. Espere un momento, ésa tampoco es mi cama. Debo de haberme perdido. Lo siento. Me voy..., me voy pitando.

Empezaba a irse, pero se detenía tras dar unos cuantos pasos. Se daba la vuelta y veía que Shirley aún sostenía su bata, poco segura de sus intenciones.

Mi madre se revolvió incómoda en su butaca.

—Señorita —decía Kenneth—, no sabrá usted por casualidad dónde está mi cuarto, ¿verdad?

Shirley sacudía tristemente la cabeza y decía:

—No, me temo que no.

—Ya —decía Kenneth, y hacía una pausa—. Lo siento. Me voy. Shirley titubeaba, mientras en su interior tomaba cuerpo una decisión.

—No, espere. —Hacía un gesto apremiante con la mano—. Póngase de espaldas un momento.

Kenneth se daba la vuelta, y se encontraba frente a un espejo en el que podía ver su propio reflejo y, más allá, el de Shirley. Ella le daba la espalda, y se meneaba para sacarse la combinación por la cabeza.

—Un momento, señorita —decía él.

Mi madre trató de captar la atención de mi padre. Kenneth bajaba rápidamente el espejo, que era de bastidor. Shirley se volvía hacia él y decía:

—Es usted un encanto. —Terminaba de sacarse la combinación por arriba, y empezaba a desabrocharse el sujetador.

—Venga —dijo mi madre—. Vámonos. Ya es muy tarde.

Pero tanto el abuelo como mi padre se quedaron mirando fijamente la pantalla con los ojos desorbitados, mientras la bella Shirley Eaton se quitaba el sujetador de espaldas a la cámara y Kenneth intentaba heroicamente evitar echarle un vistazo al espejo que le hubiera deparado una preciosa vislumbre de su cuerpo. Yo también me había quedado mirándola fijamente, supongo, y pensaba que nunca había visto a ninguna chica tan atractiva, y a partir de ese momento ya no fue a Kenneth a quien le

dirigió la palabra sino a mí, a mi propio yo de nueve años, porque yo era ahora la persona que se había perdido en el pasillo, y, sí, era a mí mismo a quien veía en la pantalla, compartiendo una habitación con la mujer más guapa del mundo, atrapado en aquella casa oscura durante aquella terrible tormenta en aquel cine de mala muerte, en mi dormitorio aquella noche y para siempre en mis sueños después. Era yo.

Shirley apareció por detrás de mi cabeza, el cuerpo envuelto en aquella bata que le llegaba hasta las rodillas, y dijo:

—Ya puede darse la vuelta.

Mi madre se levantó, y la mujer que tenía detrás exclamó:

—¡Por el amor de Dios, haga el favor de sentarse!

En la pantalla, yo me volví y la miré.

—¡Caramba, qué provocativo!

Shirley se cepilló el pelo hacia atrás, azorada.

Mi madre me agarró la mano y me sacó de un tirón de mi asiento. Di un berrido de protesta.

—¡Sssh! —dijo la mujer que estaba detrás.

—¿Qué hacéis? —preguntó el abuelo.

—Nos vamos —contestó mi madre—, eso es lo que hacemos. Y vosotros también os venís, a no ser que queráis volver andando a Birmingham.

—Pero la película aún no ha terminado.

Shirley y yo estábamos sentados juntos en la cama de matrimonio.

—Tengo que hacerle una proposición —dijo Shirley.

—Si nos vamos, vámonos ya —dijo la abuela—. Supongo que tendremos que pararnos a cenar en algún sitio.

—Ah —dije yo en la pantalla.

Fuera de la pantalla, dije:

—Mamá, quiero quedarme a ver cómo acaba.

—Pues no puedes.

—Bueno —dijo mi padre—. Parece que tenemos que ponernos en marcha.

—Pues yo me quedo —dijo el abuelo—. Esto me está gustando.

—Miren —dijo la mujer de detrás—, voy a acabar llamando al acomodador.

Shirley se me acercó un poco más.

—¿Por qué no se queda aquí esta noche? —me preguntó—. No me apetece pasar la noche sola, y así nos haremos compañía el uno al otro.

Mi madre me agarró por debajo de las axilas y me levantó de mi butaca, y por segunda vez en aquel día rompí a llorar: en parte, de pura pena, y en parte, sin duda, por el ultraje que significaba. No me habían cogido así desde que era muy pequeño. Se abrió camino como pudo por delante del resto del público de aquella fila y empezó a hacerme bajar los peldaños que llevaban a la salida.

En la pantalla, parecía que yo no sabía muy bien cómo responder a la oferta de

Shirley. Dije algo entre dientes, pero, en medio de aquella confusión, no pude distinguirlo. Vi cómo la abuela y mi padre nos seguían por el pasillo, y cómo el abuelo se levantaba de mala gana de su asiento. Mientras mi madre abría de un empujón la puerta que daba a las frías escaleras de cemento y al aire salobre, me volví y vislumbré por última vez la pantalla. Me estaba yendo de la habitación, pero Shirley no lo sabía porque estaba de espaldas a mí preparando la cama.

—Puedo quedarme en el... —dijo Shirley. Se volvió y se interrumpió. Vio que me había ido— ... sillón.

La puerta se cerró y mi familia bajó la escalera haciendo ruido.

—Suéltame, suéltame —me puse a gritar y, cuando mi madre me soltó, inmediatamente traté de volver a subir corriendo las escaleras para entrar en el cine, pero mi padre me agarró y dijo:

—¿Adónde te crees que vas? —Y entonces supe que todo se había acabado. Lo aporreé con los puños y hasta intenté arañarle la mejilla con las uñas. Por primera y única vez en su vida, mi padre soltó un taco y me pegó una buena torta en la cara. Después de eso, nos quedamos todos muy callados.

En el coche de vuelta a casa me hago el dormido, pero en realidad no tengo los párpados cerrados del todo, y puedo ver cómo la luz ambarina de las farolas de la carretera destella a cada momento en la cara de mi madre. Luz, sombra. Luz, sombra.

—Nunca sabremos lo que pasaba —dice el abuelo.

—Cállate ya —dice la abuela desde la parte de atrás del coche, y le atiza en el hombro. .

Yo ya no lloro, ni siquiera estoy de mal humor. Por lo que respecta a Yuri, lo he olvidado completamente y apenas puedo recordar la película que me emocionó tanto hace un par de horas. Lo único en lo que puedo pensar es en el temible ambiente de Blackshaw Towers, y en la inexplicable escena del dormitorio donde esa mujer realmente guapa le pide a Kenneth que pase la noche con ella, y él sale corriendo cuando ella no mira.

Pero ¿por qué salía corriendo? ¿De miedo?

Miro a mi madre y a punto estoy de preguntarle si entiende por qué Kenneth salía corriendo en vez de pasar la noche con una mujer que le habría hecho sentirse seguro y feliz. Pero sé que en realidad no me contestaría. Se limitaría a decir que era una película estúpida, que ha sido un día muy largo y que debería irme a dormir y olvidarme del asunto. No se da cuenta de que no voy a poder olvidarlo nunca. Y es este convencimiento personal lo que me lleva a permanecer echado y hacerme el dormido, con mi cabeza en su regazo y los párpados entrecerrados, de modo que puedo distinguir la luz ambarina de las farolas de la carretera relampagueando intermitentemente en su cara. Luz, sombra. Luz, sombra. Luz, sombra.

Primera parte  
Londres

## AGOSTO DE 1990

—Señorita —decía Kenneth—, no sabrá usted por casualidad dónde está mi cuarto, ¿verdad?

Shirley sacudía tristemente la cabeza y decía:

—No, me temo que no.

—Ya —decía Kenneth, y hacía una pausa—. Lo siento. Me voy.

Shirley titubeaba, mientras en su interior tomaba cuerpo una decisión.

—No, espere. —Hacía un gesto apremiante con la mano—. Póngase de espaldas un momento.

Kenneth se daba la vuelta, y se encontraba frente a un espejo en el que podía ver su propio reflejo y, más allá, el de Shirley. Ella le daba la espalda, y se meneaba para sacarse la combinación por la cabeza.

—Un momento, señorita —decía él.

Mi mano, que descansaba entre mis piernas, se meneó.

Kenneth bajaba rápidamente el espejo, que era de bastidor.

Shirley se volvía hacia él y decía:

—Es usted un encanto. —Terminaba de sacarse la combinación por arriba, y empezaba a desabrocharse el sujetador.

Mi mano empezó a moverse, acariciando perezosamente el grueso tejido de algodón.

Shirley desaparecía tras la cabeza de Kenneth.

—Bueno —decía Kenneth—, una..., una cara bonita no lo es todo, ¿sabe?

Mientras sujetaba el espejo, intentaba no mirarlo, pero no podía evitar echarle un vistazo de vez en cuando. Y a cada vislumbre, su cara reflejaba un dolor físico. Shirley se ponía la bata.

—No es oro todo lo que reluce —decía Kenneth.

Ella aparecía por detrás de su cabeza, el cuerpo envuelto en aquella bata que le llegaba hasta las rodillas, y decía:

—Ya puede darse la vuelta.

Él se volvía y la miraba. Parecía encantado.

—¡Caramba, qué provocativo!

Shirley se cepillaba el pelo hacia atrás, azorada.

Mi mano se paró de nuevo. Iba a darle a la «pausa», pero me lo pensé mejor.

Kenneth empezaba a pasearse por la habitación, y decía, con una pizca de chulería:

—Bueno, supongo que tiene que estar usted bastante asustada con todas las cosas que han pasado esta noche.

—No mucho —decía Shirley.

Se sentaba en la cama de matrimonio, con aquel pesado armazón de roble.

Kenneth se acercaba rápidamente hasta ella.

—Pues yo sí.

—Tengo una idea —decía Shirley, y se inclinaba hacia delante.

Kenneth se daba la vuelta y empezaba a pasearse otra vez. Como para sí mismo, decía:

—Sí, yo también tengo un par de ellas.

—Venga, siéntese aquí —decía Shirley. Le daba unas palmaditas al sitio de la cama que le quedaba al lado—. Venga.

Empezaba a sonar una orquesta, pero ninguno de los dos se daba cuenta. Kenneth se sentaba a su lado.

—Tengo que hacerle una proposición —decía ella.

—Ah —decía Kenneth.

Shirley se le acercaba un poco más.

—¿Por qué no se queda aquí esta noche? —decía—. No me apetece pasar la noche sola, y así nos haremos compañía el uno al otro.

Mientras Shirley decía eso, Kenneth se volvía hacia ella y se inclinaba un poco más. Por un momento, parecía que iban a besarse.

Los observé.

Kenneth se apartaba.

—Sí —decía—, un plan estupendo, señorita, pero... bueno... —Se levantaba y empezaba a pasearse de nuevo—. Yo..., no nos conocemos demasiado bien.

Se dirigía a la puerta. Parecía que Shirley decía algo, pero no se la oía, y entonces empezaba a abrir las sábanas de la cama y a ahuecar las almohadas. Mientras lo hacía, volvía a vérsela reflejada; esta vez en un espejo de cuerpo entero que había enfrente de la cama. No se daba cuenta de que Kenneth había alcanzado la puerta. Él giraba la cabeza para echarle un último vistazo, y luego se escabullía rápidamente.

Shirley, que seguía arreglando su cama, decía:

—Puedo quedarme en el... —se volvía y se interrumpía. Veía que Kenneth se había ido— ... sillón.

Le di al botón de rebobinado.

Por un momento Shirley se congeló: tenía la boca abierta, y le temblaba todo el cuerpo. Luego se volvió, alisó la cama. Kenneth entró de espaldas en la habitación. Shirley pareció decir algo, se sentó en la cama, Kenneth pareció decir algo, se sentó a su lado, pareció que hablaban, él se levantó y se paseó de espaldas, se apartó rápidamente de ella, Kenneth se paseó y habló, ella se toqueteó el pelo, él apartó la mirada de ella, ella desapareció tras la cabeza de él, empezó a quitarse la bata, a Kenneth se le transformó la cara varias veces y subió y bajó el espejo, Shirley volvió a ponerse el sujetador, salió de detrás de la cabeza de él, empezó a ponerse la combinación por la cabeza, dijo algo, Kenneth levantó rápidamente el espejo, dijo algo, le echó un vistazo al espejo, y Shirley empezó a menearse para ajustarse la

combinación.

Le di a la «pausa».

La cara de Kenneth y la parte de atrás del cuerpo de Shirley se reflejaban en el espejo. Temblaban. Volví a darle a la «pausa». Se movieron un poquito. Le di una y otra vez. Empezaron a moverse a sacudidas. Shirley movió los brazos. Una vez. Y otra más. Se meneaba. Estaba quitándose la combinación. Se la sacaba por la cabeza. Kenneth la observaba. Sabía que no debía mirar. Shirley casi se había quitado la combinación, tenía los brazos en alto.

Mi mano, que descansaba entre mis piernas, también se meneaba.

Kenneth articuló algo, muy despacio. Bajó el espejo, fuera del alcance de su vista. Lo mantuvo bajo para no poder mirarlo.

Shirley se volvió hacia él, y articuló algo. Fueron sólo dos palabras pero pareció que duraban mucho. Luego siguió sacándose la combinación por la cabeza. Terminó de sacársela en siete sacudidas. Se llevó las manos a la espalda. Sus dedos se entretuvieron en los corchetes del sujetador.

Mi mano comenzó a moverse, acariciando el grueso tejido de algodón.

Shirley se volvió. Inició un paso. Desapareció tras la cabeza de Kenneth.

Kenneth empezó a articular algo.

Alguien llamó a la puerta.

—¡Mierda! —exclamé, y me incorporé de un salto. Apagué el vídeo. La pantalla pasó del blanco y negro al color, y regresó el volumen: una voz masculina, muy grave y muy alta. Había un hombre en la pantalla. Rodeaba a un niño con sus brazos. Algún documental. Bajé el volumen de la televisión y comprobé si tenía los pantalones abrochados. Le eché un vistazo general a mi apartamento. Decidí que era demasiado tarde para hacer algo al respecto, y fui a abrir la puerta. ¿Quién podía ser a las nueve y cuarto, un jueves por la noche?

Abrí la puerta unos centímetros. Era una mujer.

Tenía unos ojos azules penetrantes y muy inteligentes, ojos que sin duda me habrían sostenido la mirada intensamente si yo no los hubiese evitado a propósito, prefiriendo en cambio abarcar los detalles de su tez pálida y ligeramente pecosa y su abundante pelo cobrizo. Me sonrió, sin exagerar, sólo lo suficiente para ofrecerme una muestra de sus bonitos dientes, todos iguales, y para hacerme sentir que tenía que devolverle la sonrisa, por muy difícil que pudiese resultar. Me las arreglé para producir lo que supongo que debió de parecer una especie de media sonrisa siniestra. Era emocionante e insólito encontrarme a aquella persona en el umbral, pero mi placer se vio mitigado no sólo por lo inoportuno de la interrupción sino también por la molesta y apremiante sensación de que ya había visto a aquella mujer en alguna parte, de que podría haberse esperado que la reconociese y que incluso recordase su nombre. En la mano izquierda sostenía una hoja din A4, doblada por la mitad; la

mano derecha le colgaba inquieta a un costado, como si estuviera intentando encontrar un bolsillo donde esconderla.

—Hola —dijo.

—Hola.

—No le molesto, ¿verdad?

—En absoluto. Sólo estaba viendo la televisión.

—Es que... Bueno, ya sé que no nos conocemos muy bien ni nada, pero pensé que podía pedirle un favor, si no le parece mal.

—Me parece bien. ¿Quiere pasar?

—Gracias.

Mientras cruzaba el umbral de mi piso, traté de recordar cuánto tiempo hacía que no tenía una visita de cualquier clase. Seguramente, desde que había venido mi madre: tal vez dos o tres años. Ésa también debía de haber sido la última vez que había limpiado el polvo o pasado la aspiradora. De todos modos, ¿qué demonios quería decir con aquello de «no nos conocemos muy bien»? Sonaba bastante excéntrico.

—¿Me da su abrigo?

Se quedó mirándome fijamente; entonces me di cuenta de que no llevaba abrigo, sólo vaqueros y una blusa de algodón. La situación me pareció un poco desconcertante, pero conseguí ocultarlo sumándome a su risa nerviosa. En definitiva, fuera hacía calor y aún había bastante luz.

—Bueno... —dije, una vez nos hubimos sentado los dos—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Bueno, pues el asunto es el siguiente... —Y entonces, justo cuando empezaba a explicarse, me llamaron la atención las manchitas pardas del dorso de su mano, y me vi intentando adivinar cuántos años tendría, porque su cara, y sobre todo sus ojos, aún tenían un aire interrogativo, fresco y jovial, y a juzgar sólo por eso, yo habría dicho que como mucho tendría treinta y pocos, y sin embargo en aquel momento empecé a pensar si no estaría más cerca de mi edad, o sería incluso mayor, si no iría a cumplir unos cuarenta y cinco, y mientras trataba de llegar a una conclusión, me di cuenta de que ella había acabado de hablar y estaba esperando una respuesta, y yo no me había enterado de nada de lo que había dicho.

Se produjo una pausa larga y tensa. Me levanté, metí las manos en los bolsillos, y me acerqué a la ventana. No me cupo más que darme la vuelta tras unos segundos y decir todo lo educadamente que pude:

—¿Cree que podría explicármelo otra vez?

Se quedó perpleja, pero hizo todo lo posible por disimularlo.

—Por supuesto —dijo, y luego se puso a explicarlo todo de nuevo, sólo que esta vez, dado que me había acercado hasta la ventana, me encontraba frente a la televisión y no podía evitar mirar al atezado y sonriente caballero de pelo moreno de la pantalla, que le había pasado el brazo por encima a aquel niño, a quien parecía



querer caerle bien fuese como fuese; aquel niño que le escuchaba muy derecho con la mirada perdida, y casi se apartaba bruscamente de aquella figura paternalista de la indeleble sonrisa y el poblado bigote negro. Y había algo tan atrayente en aquella escena, algo tan cargado de intención y tan antinatural, que me hizo olvidarme de que se suponía que estaba escuchando a la mujer hasta que ella casi había acabado, y entonces me di cuenta de que seguía sin tener ni idea de lo que estaba hablando.

Hubo otra pausa, más larga y más tensa que la primera. Me pensé mi siguiente movimiento con mucho cuidado antes de hacerlo: un paseo abstraído y despreocupado hasta el otro lado de la habitación, y luego un descenso fortuito de mis nalgas sobre la mesa del comedor, de modo que me encontrase ligeramente apoyado cuando la tuviese frente a mí. Y en ese momento, dije:

—¿Sería usted tan amable de repetirlo por casualidad?

Me miró fijamente unos segundos.

—Espero que no le importe que se lo pregunte, Michael —dijo—, pero ¿se encuentra usted bien?

Era una pregunta razonable, según el criterio de cualquiera, pero no era mi intención dar una respuesta sincera.

—Se trata de mi capacidad de concentración —dije—. Ya no es lo que era. Demasiada televisión, supongo. Si usted pudiese..., una vez más... Esta vez la escucharé. De verdad.

La situación estuvo en vilo un rato. No me habría sorprendido nada si se hubiese limitado a levantarse y a abandonar la habitación. Se quedó mirando su hoja din A4 y pareció preguntarse si era mejor olvidarse por completo del asunto: renunciar a la tarea claramente ingrata de intentar que yo me enterase de unas cuantas palabritas en inglés. Pero entonces, tras aspirar profundamente, comenzó a hablar de nuevo: en voz alta, lenta e intencionadamente. Estaba claro que era mi última oportunidad.

Y a esas alturas, la habría escuchado; la habría escuchado de verdad, porque, aparte de todo, había despertado mi curiosidad. Pero la cabeza me daba vueltas, mis sentidos eran un puro torbellino, puesto que había empleado mi nombre, se había dirigido a mí de hecho por mi nombre de pila, Michael; había dicho: «Espero que no le importe que se lo pregunte, Michael», y no puedo explicarles el tiempo que hacía que nadie me llamaba por mi nombre; no podía haber sucedido desde que había venido mi madre (desde hacía tal vez dos o tres años), y lo curioso del caso era que si ella sabía mi nombre, con toda probabilidad yo debía de saber el suyo, o lo había sabido alguna vez, o se esperaba que lo supiera; tenían que habernos presentado en algún momento, y estaba tan ocupado en ponerle un nombre a aquella cara, y en situarla en un contexto donde pudiera haberla visto antes, que me olvidé completamente de prestar atención a su lento e intencionado discurso en voz alta, así que tan pronto terminó supe que iba a pasar algo más: algo más y algo muchísimo peor que otra pausa larga y tensa.

—No se ha enterado de una sola palabra, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—Tengo la sensación —dijo, mientras se ponía rápidamente de pie— de que estoy perdiendo el tiempo.

Se quedó mirándome acusadoramente; y como yo ya no tenía mucho que perder, le sostuve la mirada.

—¿Puedo preguntarle una cosa?

Se encogió de hombros.

—¿Por qué no?

—¿Quién es usted?

Abrió mucho los ojos, y dio la sensación de que retrocedía un paso, aunque, por lo que yo podía ver, ni se había movido.

—Perdón...

—No sé quién es usted.

Esbozó una sonrisa triste e incrédula.

—Soy Fiona.

—Fiona. —Su nombre cayó en mi mente con un ruido sordo; no se produjo ningún eco—. ¿Debería conocerla?

—Soy su vecina —dijo Fiona—. Vivo al otro lado del descansillo. Me presenté hace unas semanas. Nos cruzamos en las escaleras... tres o cuatro veces a la semana. Usted me saluda.

Parpadeé, y me acerqué un poco más, para escrutar groseramente su cara. Me armé de valor para realizar un enorme esfuerzo memorístico. Fiona... Ni siquiera podía acordarme de haber oído ese nombre, al menos recientemente, y si parecía que algo relacionado con ella empezaba a cobrar una lejana familiaridad, los orígenes de esa sensación eran oscuros, y no evocaban tanto una serie de encuentros cotidianos en la escalera como quizá la sensación de que a uno se le presenten con la foto de un antepasado muerto hace mucho tiempo, en cuyos rasgos color sepia podría resultar posible descubrir el fantasma de un parecido familiar. Fiona...

—Cuando se presentó usted —dije—, ¿hice algún comentario?

—No, me parece que no. Pensé que era usted bastante antipático. Pero no me doy por vencida fácilmente; así que he seguido intentándolo.

—Gracias —dije, y me senté en un sillón—. Gracias.

Fiona se había quedado parada en la puerta.

—Me voy entonces, ¿no?

—No, por favor, si es que me puede soportar un poco más. Tal vez lleguemos a algo. Siéntese, por favor.

Fiona vaciló, y antes de venir a sentarse en el sillón que había frente al mío, abrió la puerta que daba al descansillo y la dejó entreabierta. Fingí que no me daba cuenta. Se sentó en el borde del sofá, con la espalda curvada y las manos tristemente entrelazadas sobre el regazo.

—¿Qué estaba diciendo ahora mismo?

—¿Quiere que vuelva a repetir todo eso?

—Brevemente, en pocas palabras.

—Le pedía que me patrocinara. Estoy organizando una excursión en bicicleta para el hospital.

Me pasó la hoja de papel din A4, cuya mitad, más o menos, estaba cubierta de firmas.

Unas cuantas líneas en la parte de arriba explicaban las características del acontecimiento, y para qué se recaudaba ese dinero. Las leí rápidamente y dije:

—Sesenta y cinco kilómetros parece una distancia terriblemente larga. Debe de estar usted en muy buena forma.

—Bueno, nunca he hecho nada parecido. Me pareció que me sacaría del apoltronamiento.

Doblé la hoja en dos, la puse a un lado, y me quedé un momento pensando. Sentía cómo se despertaba en mí una nueva energía, y la tentación de echarme a reír, por extraño que pareciese, era sumamente poderosa.

—¿Sabe lo que tiene más gracia? —dije—. ¿Quiere que le diga qué es lo que tiene más gracia?

—Por favor.

—Ésta es la conversación más larga que he tenido, lo más que he hablado con alguien, desde hace unos dos años. Incluso hace más de dos años, creo. La más larga.

Fiona se echó a reír, incrédula.

—Pero si apenas hemos hablado...

—Aun así.

Se rió otra vez.

—Pero eso es ridículo. ¿Ha estado usted en una isla desierta o algo por el estilo?

—No. He estado aquí mismo.

Un meneo de cabeza de pura perplejidad.

—Y eso ¿cómo?

—No lo sé, no me hacía falta. No fue una decisión consciente o algo parecido, simplemente no se presentó la ocasión. Le sorprendería lo fácil que es. Supongo que hace años habría que haber hablado con alguien: yendo de compras o haciendo cosas. Pero ahora se puede comprar de todo en el supermercado, y se pueden hacer todas las operaciones bancarias por ordenador, y ya está.

Se me ocurrió una cosa, y me levanté para coger el auricular del teléfono. Seguía conectado.

—¿Le suena rara mi voz? ¿Cómo suena?

—Suena bien, totalmente normal.

—Y este piso... ¿huele?

—Un poco, sí... A cerrado.

Cogí el mando del televisor, y estuve a punto de apagarlo. El niño con aquellos ojos fijos e inexpresivos, y aquella espalda tan tensa y tiesa como la de Fiona cuando

se había sentado en el sofá, ya no estaba en pantalla; pero el hombre con aire paternalista, de la ancha sonrisa y el espeso bigote negro aún se paseaba pesadamente por allí, esta vez con un uniforme militar y rodeado de hombres de su misma edad, nacionalidad y porte. Me quedé observándolo unos segundos, y sentí que otro recuerdo empezaba a tomar forma.

—Ya sé quién es —dije, mientras le apuntaba con el dedo—. Es... ¿cómo se llama?... El presidente de Irak.

—Michael, todo el mundo sabe quién es. Es Saddam Husein.

—Eso, Saddam.

Entonces, antes de apagar la televisión, pregunté:

—¿Quién era ese niño que estaba con él, el niño al que intentaba abrazar?

—¿No ha visto las noticias? Era uno de los rehenes. Los ha sacado por televisión, como si fueran ganado o algo así.

Aquello no me decía nada, pero podía jurar que no era el momento de pedir explicaciones muy elaboradas. Apagué la televisión y dije, escuchando atentamente mi propia voz:

—Lo siento, debe de pensar que soy un maleducado. ¿Le apetece tomar algo? Tengo vino y zumo de naranja, y cerveza, y limonada, y hasta un poco de whisky, me parece.

Fiona se lo pensó.

—Podemos dejar la puerta abierta si quiere. No me preocupa lo más mínimo.

Y entonces sonrió, se recostó en el sofá, cruzó las piernas, y dijo:

—Bueno, ¿por qué no? Estaría muy bien.

—¿Vino?

—Creo que zumo de naranja, mejor. Parece que no me quito de encima este dolor de garganta tan horrible.

Mi cocinita siempre había sido la habitación más limpia de mi piso. Yo nunca limpiaba el polvo ni pasaba la aspiradora porque el polvo no le resulta muy visible a alguien que no se fije mucho, es posible hacerse el loco; en cambio no podía tolerar la visión de manchas y salpicaduras de comida seca recubriendo mis brillantes superficies blancas. Cuando me retiré a la cocina, por consiguiente, y encendí los dos focos de 100 vatios que lanzaban sus rayos de pura claridad para explorar intrépidamente cada esquina y cada rincón reluciente, recobré la confianza en mí mismo. Se estaba haciendo de noche poco a poco, y desde el fregadero lo primero que pude ver fue mi propia cara reflejada, flotando como un espectro por fuera de la ventana de mi quinto piso. Aquella era la cara a la que Fiona se había estado dirigiendo durante los últimos minutos. Le eché un buen vistazo, y traté de imaginarme qué le habría parecido. Tenía los ojos hinchados de no dormir y enrojecidos de tener mucho tiempo la vista fija en la pantalla de la televisión; unas

líneas profundamente marcadas empezaban a aparecer en torno a las comisuras de la boca, aunque las disimulaba en parte una barba de un par de días; el contorno de la mandíbula aún era razonablemente firme, pero en otros tres o cuatro años podría apreciarse una papada incipiente; el pelo, pajizo en su día, estaba ahora entreverado de gris y necesitaba desesperadamente un buen corte y un nuevo peinado; quedaban trazas de una raya, tan provisional y tan deshecha que muy bien podría haberse perdonado al observador por no darse ni cuenta de que existía. No era una cara amistosa: los ojos, de un azul oscuro y aterciopelado, tal vez habrían parecido en su momento manantiales de promesas, pero ahora parecía que estaban en guardia y a la defensiva. Pero al mismo tiempo era una cara honrada. Se podía fiar uno de ella.

Y si se miraba más allá de la cara, ¿qué se podía ver? Me puse a escrutar el crepúsculo. No mucho. Unas cuantas luces desperdigadas se habían encendido al otro lado del patio, y el ligero murmullo de las televisiones y los equipos estéreo salía en ondas de las ventanas abiertas. Era un bochornoso anochecer de agosto, absolutamente típico de un verano que parecía obtener un malévolos placer en poner a prueba a los londinenses, empapándolos día y noche en un pesado calor de ciudad. Al mirar hacia abajo, percibí el movimiento de una sombra en el jardín. De dos sombras, una muy pequeña. Una mujer mayor que paseaba a su perro y que seguramente se esforzaba por no rezagarse mientras él zigzagueaba de arbusto en arbusto, los nervios alerta y hormigueando de emoción ante los secretos placeres nocturnos. Me quedé escuchando sus roces y sus refriegas intermitentes, los únicos sonidos definidos que se podían distinguir, aparte de alguna sirena ocasional, por encima del monótono tráfago en sordina de Londres.

Apartándome de la ventana, cogí un cartón de zumo de naranja de la nevera y dejé caer tres o cuatro cubos de hielo en un vaso de boca ancha. Vertí el zumo sobre los cubos de hielo, a la vez que disfrutaba de su música apagada mientras tintineaban y ascendían hasta la superficie del vaso. Luego me serví una jarra de cerveza y llevé las bebidas al cuarto de estar.

Deteniéndome un momento en el umbral, traté de ver la habitación con la misma objetividad que le había dedicado al reflejo de mi propia cara: quería saber qué impresión le habría hecho a Fiona. Me estaba mirando, así que no me dio tanto tiempo, pero algunas observaciones rápidas surgieron por sí solas: el hecho de que las cortinas, que eran del piso, y los cuadros, que habían sido comprados hacía muchos años, no reflejaban en absoluto mi gusto de aquel momento; el hecho de que muchas de las superficies (la mesa, los repechos de las ventanas, la parte de arriba de la televisión, la repisa de la chimenea) estaban atiborradas de papeles y revistas y vídeos, más que de los escasos adornos bien elegidos que le habrían dado a la habitación forma y personalidad; el hecho de que de los estantes, que había colocado yo mismo, también hacía muchos años, se habían desterrado prácticamente los libros (que ahora formaban un revoltijo en una torre de cajas de cartón que había en el dormitorio sobrante), y estaban sembrados en cambio de más cintas de vídeo,

apiladas tanto horizontal como verticalmente, algunas pregrabadas y otras llenas de retazos de películas o de programas grabados de la televisión. Era un cuarto, pensé, que presentaba un aspecto no muy diferente del de la cara reflejada en la ventana de la cocina: era potencialmente acogedor, pero por el momento parecía haberse transformado a sí mismo, gracias a una mezcla de descuido y falta de uso, en algo sin gracia y casi fantasmagóricamente neutro.

La primera cosa que dijo Fiona sobre el piso, después de que lleváramos un rato hablando, fue que le parecía que necesitaba unas cuantas plantas de interior. Cantó las alabanzas del ciclamen y el hibisco. Se puso lírica con los méritos de la cineraria y la esparraguera. Últimamente la volvía loca la cineraria, dijo. Nunca se me habría ocurrido comprar una planta de interior, y traté de imaginarme cómo sería compartir aquella habitación con un organismo vivo en expansión, además de con mi rancio revoltijo de películas y revistas. Me serví otra cerveza, y le puse más zumo de naranja, y esta vez me pidió que le añadiera un poco de vodka. Podría haber jurado que era una mujer simpática y cordial, porque cuando me acerqué y me senté a su lado en el sofá para rellenar su impreso de patrocinio, no le importó lo más mínimo dejar que nuestras piernas se tocasen de vez en cuando: no hubo ningún retroceso y, mientras yo escribía la cantidad y firmaba con mi nombre, sentí que nuestros muslos se rozaban y me pregunté cómo habría sucedido, si de hecho habría sido Fiona la que se había aproximado a mí. Y pronto quedó claro que no tenía ninguna prisa por marcharse, que por alguna razón se lo estaba pasando bien hablando conmigo (conmigo, que tenía tan poco que ofrecerle a cambio), y sólo pude llegar a la conclusión de que de alguna forma valerosa, tranquila y temeraria debía de haber estado buscando compañía desesperadamente, porque a pesar de que yo era una mísera compañía aquella noche, y de que, para empezar, mi comportamiento tenía que haberla asustado, aún seguía allí, y cada vez se relajaba más y se volvía más habladora. No consigo recordar cuánto tiempo se quedó o de qué hablamos, pero sí que disfruté en un principio de algo tan inusual en mí como charlar, y debió de pasar un buen rato, y unas cuantas copas más, hasta que empecé a darme cuenta de que otra vez estaba cansado, e incómodo. No sé por qué tuvo que pasarme eso, porque seguía divirtiéndome, pero me entró un ansia intensa y repentina de estar solo. Fiona no paraba de hablar; puede que hasta yo le contestase, pero había comenzado a dejar vagar mi atención, y ella sólo consiguió captarla de nuevo diciendo algo que me sorprendió muchísimo.

—No me puedes apagar —dijo.

—¿Qué?

—No me puedes apagar.

Me señaló mis manos con la barbilla. Me había recostado en el sillón que estaba enfrente del sofá y, sin darme cuenta, había cogido el mando a distancia del vídeo. Apuntaba hacia ella, y tenía el dedo colocado sobre el botón de la pausa.

—Creo que será mejor que me vaya —dijo, y se levantó.

Mientras se acercaba hasta la puerta, con el impreso en la mano, me la jugué de repente, para salvar la situación, soltando:

—Creo que me voy a comprar una planta de ésas. Le dará otro aire.

Se volvió.

—Hay un vivero que me pilla de camino cuando vuelvo del trabajo —dijo suavemente—. Te compraré una si quieres. Te la traeré mañana.

—Gracias. Qué amable.

Y se fue. Durante unos momentos, después de que la puerta se hubiera cerrado tras ella, experimenté una curiosa sensación: un sentimiento de soledad. Pero esa soledad tenía una mezcla de alivio, y al poco rato el alivio había ganado terreno, inundándome, tranquilizándome y guiándome dulcemente hasta mi sillón y mis dos amistades, mis dos amigos de confianza: los mandos a distancia de la televisión y el vídeo, posados cada uno en un brazo. Encendí los aparatos y le di al *play*, y Kenneth dijo:

—Bueno, una..., una cara bonita no lo es todo, ¿sabe?

A la mañana siguiente me desperté con la sensación de que había ocurrido algo sutilmente trascendente. Fuera lo que fuera, naturalmente a esas alturas no se podía analizarlo, pero, mientras tanto, yo me moría de ganas de sacarle partido a su síntoma más inmediato, que era una especie de oleada de energía física y psíquica, sin precedentes en mi pasado reciente. Un puñado de tareas desagradables llevaban meses acumulándose, como nubes amenazadoras, en mi horizonte mental, pero aquel día parecía como si hubieran perdido peso y se extendían ante mí, inofensivas, tentadoras incluso, como un tramo de escalones que me llevaría a un futuro mejor. No perdí el tiempo remoloneando en la cama. Me levanté y me duché, me preparé el desayuno, fregué los platos, y luego me puse a aspirar el piso entero. Después me dediqué a limpiar el polvo, arrancando capas tan espesas que tuve que sacudir la bayeta por la ventana a cada pasada. Luego, un poco cansado, me puse a ordenar y a reorganizarlo todo de un modo poco metódico. Quería asegurarme, entre otras cosas, de que aún podía encontrar ciertos papeles donde los había dejado hacía muchos meses, porque pretendía ponerme al día y empezar a trabajar en ellos otra vez por la tarde. Aparecieron tras una búsqueda de una media hora, y los dejé formando un solo montón sobre mi escritorio recién despejado.

Era un día extraordinario, sin duda, y para demostrarlo aún hice otra cosa extraordinaria: fui a dar un paseo.

Mi piso estaba detrás de una gran manzana de casas que daba a Battersea Park. Aunque ésa había sido una de las razones principales para comprarlo hacía unos siete u ocho años, rara vez sacaba provecho de su situación. A veces las circunstancias me obligaban a cruzar el parque, es verdad, pero eso no era lo mismo que hacerlo deliberadamente por puro placer o para meditar, y en esas ocasiones ni me enteraba de lo que me rodeaba. Tampoco tenía mayor intención de enterarme aquel día, por cierto, porque cuando salí de paseo lo hice principalmente con la esperanza de que

me ayudaría a tomar alguna decisión que, como casi todo en mi vida, llevaba postergando demasiado tiempo. Pero parecía que, dado aquel nuevo despertar, también era menos capaz de ignorar el mundo que me rodeaba que de costumbre, y me di cuenta de que empezaba a encariñarme con ese parque, al que nunca había considerado como uno de los más bonitos de Londres. La hierba estaba seca, los parterres agrietados y grises al sol, pero aun así sus colores me asombraron. Parecía como si los estuviera viendo por primera vez. Bajo un cielo de un increíble azul claro, multitud de personas que tomaban el sol a la hora de comer se rendían a su luminosidad; algún que otro pedacito de tela de un color primario y chillón protegía sus cuerpos enrojecidos, mientras sus cabezas latían en consonancia con el azote del sol y la pulsación amortiguada de sus casetes y sus radios portátiles. (Había un barullo de músicas diferentes.) Los cubos de basura desbordaban de botellas, latas y de los envoltorios desechados de sándwiches empaquetados. El ambiente parecía el de una fiesta, con un leve matiz de tensión y resentimiento; tal vez porque el calor rayaba, como siempre, lo insoportable, o simplemente porque todos sabíamos en el fondo que aquél no era el mejor lugar para disfrutar de él. Me pregunté cuántos otros estarían deseando poder encontrarse, en el campo, el verdadero campo, del que este parque era de hecho poco más que una grosera parodia. En el rincón noroeste, no lejos del río, había un conato de jardín amurallado, y mientras permanecía allí sentado un rato, me recordó el jardín trasero de la granja del señor Nuttall, donde solía jugar con Joan. Pero aquí, en vez de aquel silencio encantado que siempre habíamos dado por supuesto, se oía el tableteo de los camiones y el estruendo de los aviones que pasaban, y no había gorriones ni estorninos que nos observasen desde los árboles, sólo presumidas palomas de ciudad y grajos gordos y negros del tamaño de un pollo pequeño.

Por lo que respecta a la decisión, la tomé enseguida. Aquella semana había recibido un informe del banco, y esa mañana lo había abierto para descubrir, sin mucha sorpresa, que estaba en números rojos. Así que había que hacer algo con el grueso manuscrito que ahora estaba encima de mi mesa. Con suerte, y quizá con la ayuda de un milagro, a lo mejor se le podía sacar algún dinero; pero tenía que leerlo lo más rápido posible, para poder decidir cómo tenía que abordar a los editores adecuados.

Me puse a la tarea tan pronto como volví al piso, y había conseguido leer unas sesenta páginas cuando Fiona me hizo una visita a última hora de la tarde. Traía dos enormes bolsas de papel, de una de las cuales asomaban unas cuantas hojas.

—¡Caray! —dijo—. Pareces otro.

(Recuerdo aquellas exclamaciones tuyas bastante absurdas; «¡Caray!» era una, «¡Caramba!» otra.)

—¿De verdad? —dije yo.

—Te cogí en una mala noche, ¿no? Anoche, quiero decir.

—Puede. Esta noche estoy más... a tono.



Dejó las bolsas en el suelo, mientras decía:

—Me he traído esto para empezar. Hay que cambiarlas de tiesto. Si puedo dejarlas aquí, voy y me refresco un poco y tal, y enseguida vuelvo a echarte una mano.

Cuando se fue, eché un vistazo al interior de las bolsas. En una había plantas, y en la otra un par de tiestos de barro bastante grandes con sus respectivos platitos, además de algo de compra y un periódico. Hacía mucho tiempo que no hojeaba aquel diario, pero acordándome de que era viernes lo saqué de la bolsa y pasé las páginas rápidamente hasta una que estaba casi en el medio. Cuando encontré lo que andaba buscando me sonreí para mí mismo, y me puse a leer; al principio sin mucho interés, pero luego, tras unas cuantas líneas, fruncí el ceño y algo despertó un eco en mi memoria. Fui hasta el cuarto de invitados, el que usaba como estudio (aquel en el que nunca entraba), y regresé con un archivador enorme repleto de recortes de periódico. Los estaba mirando cuando volvió Fiona.

Se llevó sus bolsas a la cocina y se puso a trasplantar las plantas. Yo oía ruido de cacharros y de tapas que se abrían y se cerraban.

—Tengo que decir que tu cocina está increíblemente limpia —dijo en determinado momento.

—Enseguida voy y te ayudo —dije—. Te lo agradezco de veras. Tengo que pagarte.

—No seas tonto.

—¡Ajá!

Había encontrado el recorte, que saqué del archivador con ese gritito de triunfo. Fue una reivindicación de mi buena memoria, más que otra cosa. Extendí el periódico de aquel día en la mesa del comedor, lo abrí por la página adecuada, coloqué el recorte cerca y volví a leer las dos cosas con mucha atención. Aún fruncí más el ceño.

—No me importaría beber algo —dijo Fiona, cuando entró con una de las plantas.

—Perdona. Claro. Es que estaba mirando este artículo. ¿Qué te parece?

Cuando vio que estaba leyendo su periódico, Fiona se puso a la defensiva.

—No es mío, ¿sabes? Lo encontré en el metro.

Les echó un vistazo a las dos fotos idénticas de Hilary Winshaw que encabezaban cada página, e hizo una mueca.

—Esa horrible mujer... Espero que no vayas a decirme que eres fan suyo.

—Para nada. Pero tengo un interés profesional. Léelos mientras te pongo algo, y dime lo que piensas.

La columna llevaba seis años apareciendo, y aún seguía ostentando el título «PURO SENTIDO COMÚN». La fotografía de arriba tampoco había cambiado. Era allí donde todos los viernes se podía encontrar a aquella gran magnate de la televisión y gran figura de los medios de comunicación aireando sus opiniones sobre cualquier tema que por casualidad atrajese su caprichosa imaginación, disertando con la misma convicción sobre asuntos que iban desde el estado del bienestar y la situación

internacional hasta el largo del bajo lucido por la familia real en sus recientes salidas sociales. Parecía que a miles y miles de lectores les había encantado, a lo largo de los años, su simpática costumbre de manifestar casi la más absoluta ignorancia sobre cualquier tema que eligiera tratar; su especialidad a este respecto era su tendencia a exponer las opiniones más llamativas sobre libros y películas polémicos, a la vez que admitía que había sido incapaz de encontrar tiempo para leerlos o verlos. Otro rasgo sobresaliente era su modo de hacer que el lector se sintiera generosamente incluido en su círculo de amigos íntimos, dispuesta como estaba a escribir largo y tendido sobre las minucias de sus disposiciones domésticas, en un tono que alcanzaba cotas de justa indignación siempre que describía las extravagancias de los sucesivos arquitectos, fontaneros y decoradores que parecían estar de servicio permanente en su enorme casa de Chelsea. Es un dato interesante aunque poco conocido que, por verter este torrente de estupideces, a la señora Winshaw se le pagaba un salario anual equivalente a seis veces el sueldo de un profesor licenciado, y a ocho veces el de una enfermera de plantilla de la Seguridad Social. También tengo pruebas de eso.

Los dos artículos que yo había decidido comparar habían sacado a relucir la faceta política de Hilary. Aunque los separaban unos cuatro años, los incluyo aquí tal como Fiona y yo los leímos aquel día: el uno junto al otro.

Llega hoy hasta mi mesa un informe de un grupo que se hace llamar los Defensores de la Democracia en Irak, o DDI para abreviar.

Afirman que el presidente Saddam Hussein es un dictador brutal que conserva su poder a fuerza de torturas y amenazas.

Bueno, pues tengo un consejito para este estúpido hatajo de DDIs: *¡Comprueben lo que dicen!*

¿Quién es el responsable de los programas de la Seguridad Social, que han supuesto una mejora tan impresionante de la vivienda, la educación y la asistencia médica en todo Irak?

¿Quién ha proporcionado recientemente a los iraquíes el derecho a recibir pensiones y un salario mínimo?

¿Quién ha instalado nuevos sistemas de riego y de drenaje más eficaces, ha realizado generosos préstamos a los

**No es muy corriente que un programa de televisión me ponga literalmente enferma, pero la de anoche fue una excepción.**

¿Puede haber alguien en este país a quien no se le revolviere el estómago mientras contemplábamos en las *Noticias de las Nueve* cómo exhibía Saddam Hussein a los llamados «rehenes», a quienes perversamente se propone utilizar como escudos humanos?

Va a ser una imagen de la que no me olvide en la vida: el espectáculo de un niño indefenso y evidentemente aterrorizado siendo manoseado y sobado por uno de los dictadores más crueles y despiadados que detentan hoy en día el poder en cualquier parte del mundo.

Si se puede sacar algo bueno de una demostración tan repugnante, será hacer entrar en razón a los llamados aliados «de la paz», para que se den cuenta de que no podemos quedarnos sentados y permitir que

granjeros de los pueblos, y prometido «salud para todos» en el año 2000?

¿Quién ha ordenado nada más y nada menos que al presidente Reagan que se le retire de la lista de líderes políticos acusados de financiar el terrorismo?

¿Y quién si no, entre todos los líderes de Oriente Medio, se ha atenido a lo que había dicho, y ha llamado a tantos arquitectos e industriales *británicos* para que contribuyesen a la reconstrucción de su país?

Tienen razón: ése es el «brutal» y el «torturador» Saddam Hussein.

¡Venga ya, DDI! De quienes deberíais quejaros es de esos Ayatollahs que no hacen más que ladrar. Puede que la vida en Irak no sea perfecta, pero hoy en día es mejor de lo que ha sido en mucho, muchísimo tiempo.

*Así que dejad en paz a Saddam. Es un hombre con el que se puede negociar.*

ese Loco del Medio Oriente salga impune de sus terribles crímenes.

No sólo estoy hablando de la invasión de Kuwait. La presidencia entera de Saddam Hussein, que ha durado once años, es una larga y nauseabunda historia de torturas, brutalidad, intimidación y asesinatos. Cualquiera que dude de mis palabras debería echar un vistazo a algunos de los informes publicados por los DDI (los Defensores de la Democracia en Irak).

No cabe la menor duda al respecto: ya pasó el tiempo de los discrusitos moralistas, es hora de actuar.

*Esperemos que el presidente Bush y la señora Thatcher lo entiendan así. Y roguemos también por que el niño valiente y decidido al que vimos anoche en las pantallas de televisión viva lo suficiente para olvidar su encuentro con el malvado Carnicero de Bagdad.*

Fiona terminó de leer y se quedó mirándome un momento.

—Que la compre quien la entienda —dijo.

## HILARY



En el verano de 1969, poco antes de que fuesen a Oxford juntos, Hugo Beamish invitó a su mejor amigo, Roddy Winshaw, a que pasase unas semanas con su familia. Vivían en una casa amplia, abarrotada y ligeramente sucia al noroeste de Londres. También invitaron a la hermana de Roddy, Hilary, que entonces tenía quince años.

A Hilary todo aquello le pareció terriblemente aburrido. Tal vez fuera relativamente mejor que pasarse el verano en la Toscana con sus padres (¡otra vez!), pero los padres de Hugo resultaron ser casi igual de aburridos (la madre era escritora, y él trabajaba en la BBC), mientras que la hermana, Alicia, no era más que un tremendo coñazo con los dientes prominentes y unos granos horribles.

Alan Beamish era un hombre bondadoso que enseguida se dio cuenta de que Hilary no se divertía nada. Una noche, mientras estaban todos sentados alrededor de la mesa, con Roddy y Hugo discutiendo a gritos sobre las carreras que habían decidido estudiar, la vio empujar un montoncito de pasta enfriada alrededor del plato, y le preguntó de golpe:

—¿Y tú qué te ves haciendo dentro de diez años?

—No sé. —Hilary no se había parado mucho a pensar en aquel tema, dando por hecho (con toda razón, claro) que, tarde o temprano, ya le llovería del cielo algo atractivo y bien pagado. Además, detestaba la idea de compartir sus aspiraciones con aquella gente—. Creo que podría meterme en la televisión —improvisó con cierta desgana.

—Pues ya sabes que Alan es productor —dijo la señora Beamish.

Hilary no lo sabía. Se había imaginado que sería contable de alguna compañía o, como mucho, una especie de ingeniero. Aun así, no le impresionó lo más mínimo; pero, a partir de aquel momento, Alan decidió apadrinar a Hilary por su cuenta.

—¿Sabes cuál es el secreto para tener éxito en televisión? —le preguntó una tarde—. Es muy simple. Tienes que verla, nada más. Tienes que pasarte el rato viéndola.

Hilary asintió. Nunca veía la televisión. Sabía que estaba muy por encima de ella.

—Voy a decirte lo que vamos a hacer —dijo Alan.

Lo que iban a hacer, por lo visto (para mayor horror de Hilary), era sentarse frente al televisor y tragarse una noche entera de programación, con Alan comentándole cada espacio, explicándole cómo estaba hecho, cuánto costaba, por qué lo habían programado a esa hora, y a qué público iba dirigido exactamente.

—El horario lo es todo —dijo—. Un programa aguanta o se hunde dependiendo de su horario. Si entiendes eso, ya les has sacado una buena ventaja a todos esos licenciados jovencitos tan brillantes con los que tendrás que competir.

Empezaron por las noticias de la BBC1 a las seis menos diez, seguidas de un magazine llamado *Aquí y afuera*. Luego se pasaron a la ITV y vieron *El santo*, con Roger Moore.

—Éste es el tipo de programa que hacen mejor las compañías independientes —dijo Alan—. Se puede vender muy bien en el extranjero, hasta en América. Altos costes de producción, mucho rodaje en exteriores. Además de una dirección muy ágil. Es un poco superficial para mi gusto, pero no lo tiraré por tierra.

Hilary bostezaba. A las siete y veinticinco vieron algo sobre un médico escocés y su criada, que le pareció muy lento y muy provinciano. Alan le explicó que era una de las series más populares de la televisión. Hilary nunca había oído hablar de ella.

—Mañana discutirán el argumento en todos los pubs y todas las oficinas y fábricas de Inglaterra —dijo—. Eso es lo increíble de la televisión: es uno de los hilos que mantiene unido al país. Acaba con las diferencias de clase y ayuda a crear un sentimiento de identidad nacional.

Se puso igual de lírico con los dos programas siguientes: un documental llamado *La ascensión y la caída del Tercer Reich*, y otro boletín de noticias, el de las nueve, que duraba un cuarto de hora.

—A la BBC se la respeta en todo el mundo por la calidad y la imparcialidad de su información. Gracias al *World Service* puedes sintonizar una radio prácticamente en cualquier parte del mundo y estar seguro de que vas a oír unos boletines imparciales y competentes, mezclados con otros programas musicales y de entretenimiento más ligeros, pero que conservan la misma calidad. Es uno de los grandes logros de nuestra posguerra.

Hasta ese momento Hilary simplemente se había aburrido, pero a partir de ahí las cosas empezaron a ir a peor. Tuvo que soportar una comedia de situación horrorosa llamada *Allegados y adorados*, llena de chistes groseros que hacían que el público del estudio soltase unas risotadas tremendas; y luego vieron una cosa llamada *Es la monda*, que constaba de una serie de juegos al aire libre sin pizca de ingenio. Empezó a revolverse de pura rabia y de vergüenza ajena. Inconscientemente, canalizaba su nerviosismo a través de las puntas de sus dedos, que no hacían más que aproximarse hasta un frutero que había cerca del sofá y arrancar una uva tras otra; las iba pelando con una uña afilada antes de metérselas en la boca. Comenzaba a formarse un montoncito de pellejos en su regazo.

—No es mi tipo de programa en absoluto —dijo Alan—. Pero no lo desprecio. Hay que hacer cosas que le gusten a todo el mundo. Todo el mundo tiene derecho a divertirse un poco.

Acabaron volviendo a la BBC2 y viendo una serie llamada *Oh là là!*, una adaptación de las farsas de Georges Feydeau, protagonizada por Donald Sinden y Barbara Windsor. Hilary se quedó dormida a la mitad, y se despertó justo a tiempo de pillar el final de un programa de astronomía, presentado por un curioso señor con un traje que le quedaba fatal.

—Pues ya lo has visto —dijo Alan orgullosamente—. Noticias, entretenimiento, comedia, documentales y dramas clásicos en la misma proporción. No hay ningún otro país en el mundo que te pueda ofrecer una experiencia semejante. —Con aquella voz dulce y melodiosa, y aquellos mechones de pelo gris, a Hilary empezaba a parecersele a la peor especie de párroco—. Y está todo en las manos de gente como tú. Jovencitos con talento, cuya tarea en los años venideros consistirá en mantener la tradición.

Al final de las vacaciones, Roddy y Hilary regresaron en tren al hogar habitual de sus padres en Sussex.

—La verdad es que el señor Beamish me pareció bastante encantador —dijo Roddy—. Y sin embargo Henry me dijo que era muy de izquierdas. —Se le iluminó la cara—. Gracias a Dios no ha influido en Hugo. De todas formas, quién lo diría, ¿no te parece?

Hilary miraba por la ventana.

De LOS DIEZ MÁS PROMETEDORES: reportaje en color de *El Chismoso*, octubre de 1976

La encantadora Hilary Winshaw es una joven licenciada en Cambridge que pretende causar auténtica sensación con su nuevo trabajo en — Televisión, donde realizará prácticas de producción. Hilary ya tiene opiniones muy claras sobre la tarea que le aguarda: «La televisión me parece uno de los hilos que mantiene unido al país», dice. «Es ideal para acabar con las diferencias de clase y crear un sentimiento de identidad. Y, desde luego, ésa es una tradición que espero promover y fomentar.»

En la fotografía, Hilary se prepara para mantener el frío a raya con: capa Royal Samink de Pieles Renée, 39 Dover Street, W1 (3.460 libras), un suéter de cuello vuelto en cachemira tostada de Pringle, 28 Old Bond Street, W1 (52,50 libras), guantes en lana tostada, de media manga, de Herbert Johnson Ladies Shop, 80 Grosvenor Street, W 1 (14,95 libras), y botas de cuero beige, de media caña y tacón bajo, de Midas, 36 Hans Crescent, SW 1 (129 libras).

*Estudios de Televisión. Extracto de unos minutos de la reunión del consejo ejecutivo*

*del 14 de noviembre de 1986. Confidencial.*

... llegados a este punto, se volvió a insistir en que nadie menospreciaba la contribución de la señora Winshaw a los éxitos de programación de la compañía durante los últimos siete años. Sin embargo, el señor Fisher insistió en que su decisión de adquirir la TMT, la compañía de producción americana, por 120 millones de libras en 1981, nunca había sido presentada ante el consejo para un examen adecuado. El señor Fisher exigió la aclaración de cuatro puntos:

- i) ¿Era consciente de que, en el momento de la adquisición, la TMT sufría unas pérdidas de 32 millones de dólares al año?
- ii) ¿Era consciente de que sus vuelos semanales a Hollywood, la compra de su piso en Los Ángeles y los gastos de mantenimiento de los tres automóviles de la compañía habían sido citados por los asesores de dirección independientes Webster Hadfield como los principales factores que habían contribuido a que los gastos de la compañía fueran actualmente un 40% más elevados de lo que deberían ser?
- iii) ¿Era consciente de que la política de adquisición de dramáticos de bajo coste de la TMT, y su insistencia posterior en que fueran montados de nuevo añadiendo secuencias previamente descartadas (a fin de alargar su duración, a menudo una media hora, y así aumentar el rendimiento económico de la adquisición) habían influido significativamente en la reciente opinión de la IBA de que la compañía no conseguía alcanzar umbrales de calidad aceptables?
- iv) ¿Era la duplicación de su salario hasta las 210.000 libras al año, ratificada por el consejo en febrero de 1982, un reflejo justo y fiel del aumento de su volumen de trabajo desde la adquisición de la TMT?

El señor Gardner señaló en ese momento que se habría pensado dos veces el aceptar este trabajo si hubiese sabido que se metía en un barco que se iba a pique, y preguntó en primer lugar de quién había sido la idea de contratar a esta maldita mujer.

El señor Fisher respondió que la señora Winshaw había entrado en la compañía por recomendación del señor Alan Beamish, en otros tiempos distinguido productor de la BBC.

La señora Rawson replicó, por una cuestión de procedimiento, que la señora Winshaw dejara de toquetear las uvas por si alguien quería comérselas, y que ya no había campo para el despilfarro en ninguna área de las actividades de la compañía...

A las 4.37 de la tarde se decidió por votación de 11 a 1 que el contrato de la señora Winshaw fuese rescindido en el acto, y que habría que resarcirla con una indemnización que tuviese muy en cuenta el presente estado financiero de la compañía.

La sesión se suspendió a las 4.41 de la tarde.

*Del diario The Guardian, 26 de noviembre de 1983*

Sorpresa general ante las noticias de la reciente salida de Hilary Winshaw de — Televisión. No tanto porque la echaran (muchos comentaristas llevaban prediciéndolo hace tiempo) como por la suma de la indemnización: 320.000 libras sin exagerar nada, si hay que fiarse de los rumores. No es una mala recompensa por haber llevado a este grupo, un día floreciente, a una situación próxima a la bancarrota en un par de años.

¿Tendrá que ver esa generosidad sin precedentes con su primo Thomas Winshaw, presidente de Stewards, el banco mercantil que ha invertido tanto en la compañía? ¿Será verdad que la polifacética señora Winshaw está a punto de conseguir un chollo como columnista en cierto diario cuyo propietario (miren qué casualidad) es uno de los clientes más valiosos de Stewards? Atentos a lo que les vayamos contando...

La reputación de Hilary la había precedido, y se encontró con que en su primer día sus nuevos colegas no le dieron precisamente la bienvenida. Bueno, pensó, ¡que se jodan! Sólo iba a ir uno o dos días a la semana. Si acaso.

Tenía su propia mesa, con su nombre encima, en un rincón lejano de la oficina sin tabiques. Todo lo que había sobre ella, de momento, era una máquina de escribir y un montón de los otros periódicos de ese día. Se había decidido que el título de su columna sería PURO SENTIDO COMÚN. Tenía que llenar casi una página de formato reducido, encabezándola con un párrafo contundente más bien largo, seguido de dos o tres comentarios más personales y frívolos.

Estábamos en marzo de 1984. Cogió el primer periódico que le cuadró y les echó un vistazo a los titulares. Luego, un poco después, lo dejó y empezó a escribir a máquina.

Bajo el título *LA POLÍTICA DE LA CODICIA*, escribió:

La mayoría de nosotros, que aún seguimos apretándonos el cinturón en el despertar de la recesión, estaríamos de acuerdo en que no es momento de empezar a aporrear la puerta del gobierno para pedir más dinero.

Y la mayoría de nosotros, con las imágenes de este horrible «invierno del descontento» aún frescas en nuestras retinas, estaríamos de acuerdo en que una nueva ola de huelgas es lo último que el país necesita.

*Pero no habríamos contado con el neomarxista Arthur Scargill y su codicioso Sindicato Nacional de Mineros.*

El señor Scargill ya amenaza con una «acción de los trabajadores» (que, por supuesto, significa una «inacción» en el idioma de cualquier otra persona) si a él y a sus camaradas no se les regala con otra ronda de aumentos salariales y sobresueldos.



¡Vergüenza debía darle, señor Scargill! Justo cuando todos estamos tirando juntos de la cuerda para que este país vuelva a ponerse en pie, ¿quién es usted para hacernos retroceder hasta los oscuros tiempos del malestar industrial?

*¿Cómo se atreve a anteponer sus intereses y su codicia al interés nacional?*

Hilary miró su reloj. Le había llevado doce minutos escasos escribir su primer artículo; no estaba mal para una principiante. Se lo llevó al redactor jefe, que empezó por tachar el título y luego le devolvió la hoja de papel deslizándola sobre su mesa, tras haberla examinado, aburrido, un momento.

—No piden más dinero —dijo.

—¿Qué?

—Los mineros. No están en huelga por eso.

Hilary arrugó la frente.

—¿Está seguro?

—Segurísimo.

—Pues yo creía que todas las huelgas eran para pedir más dinero.

—Pues ésta es por el cierre de los pozos. La JNC tiene previsto cerrar veinte pozos este año. Están en huelga porque no quieren perder su trabajo.

Sin creérselo aún del todo, Hilary cogió su hoja de papel.

—Entonces supongo que tendré que cambiar un par de cosas.

—Un par de ellas.

De vuelta a su mesa, releyó algunos de los periódicos más a fondo. Eso le llevó casi media hora. Luego, convertida ya en toda una autoridad en la materia, mecanografió su segundo borrador; esta vez en sólo siete minutos y medio.

**DICEN que si hay algo de lo que sepan los escoceses es de cómo velar por su dinero.** Y Ian MacGregor, presidente de la Junta Nacional del Carbón es, cuando menos, un viejo y sagaz escocés con la experiencia de toda una vida en los negocios a sus espaldas.

El señor Arthur Scargill, sin embargo, posee un historial completamente diferente: agitador sindical de toda la vida, reconocido marxista y alborotador todoterreno con una chispa guerrera en sus ojitos diminutos.

Así que les planteo la siguiente cuestión: ¿a cuál de estos dos personajes le confiarían ustedes el futuro de la industria minera británica?

Porque eso es lo verdaderamente importante en el conflicto de los mineros. A pesar de toda esa retórica alarmista del señor Scargill sobre empleos, familias y lo que a él le gusta llamar «la comunidad», el debate no es en realidad sobre ninguna de estas cuestiones. Sino sobre la eficiencia. Si un negocio no cubre sus gastos, se cierra. Es una de las primeras lecciones, y de las más simples, que aprende cualquier hombre de negocios.

Desgraciadamente, parece que el señor Scargill, Dios lo bendiga, aún no la ha

aprendido.

*Razón por la cual, por lo que respecta a las llaves de la caja de la industria, preferiría mil veces que estuvieran bajo el control del astuto señor MacGregor, ¡ahora mismito!*

El redactor jefe lo leyó un par de veces y luego miró hacia arriba con un esbozo de sonrisa.

—Puede que acabe siendo bastante buena en esto —dijo.

A Hilary se la había contratado en contra del parecer del director, Peter Eaves, que la ignoró completamente durante varias semanas. Un lunes por la tarde, sin embargo, dio la casualidad de que se encontraran los dos en la redacción al mismo tiempo. Hilary estaba transcribiendo una entrevista con una vieja amiga de Cambridge, una actriz que acababa de publicar un libro sobre su colección de ositos de peluche, mientras que Peter y su redactor jefe estaban probando diferentes composiciones para la primera plana del día siguiente. Cuando Hilary pasó por delante, de camino a la máquina de café, se detuvo a echar un vistazo con espíritu crítico.

—Eso no me haría comprar el periódico —dijo.

No le hicieron caso.

—Quiero decir que es aburrido. ¿Quién va a querer leer esa historia de los sindicatos?

Acababan de recibir la noticia de un veredicto sorpresa del Tribunal Supremo. En marzo, el ministro de Asuntos Exteriores, Geoffrey Howe, había ordenado a los funcionarios del Estado de la SCCG de Cheltenham que dejaran de ser miembros de cualquier sindicato, arguyendo que eso representaba un conflicto con los intereses nacionales. Los sindicatos habían intentado hacer fracasar la prohibición presentando una demanda en el Tribunal Supremo, y ese día, para sorpresa de todo el mundo, el juez había dictaminado a su favor. Decía que la actuación del gobierno era «contraria al Derecho Natural». La primera plana provisional yuxtaponía las fotos de la señora Thatcher y el señor Justice Glidewell, bajo el titular «ANTINATURAL», y en una letra más pequeña: «LOS FUNCIONARIOS, FELICES, ACLAMAN SU VICTORIA LEGAL».

—Supongo que se dará cuenta —dijo Peter, en un tono mesurado— de que se trata de una noticia de suma importancia. Ahórrenos sus opiniones al respecto, por favor.

—Lo digo en serio —dijo Hilary—. ¿A quién le interesa un puñado de funcionarios del Estado y si pueden formar parte de un sindicato o no? Pues mira tú... Además, ¿por qué vamos a sacar una historia que perjudica al gobierno?

—Me da igual a quién perjudiquemos —dijo Peter— mientras eso haga que se venda el periódico.’

—Pues así no se va a vender mucho. —Miró su reloj—. Puedo conseguir una primera plana mejor en veinte minutos. A lo mejor en menos.

—¿Qué dice?

—La escribiré y así se harán una idea.

Hilary regresó a su escritorio y marcó el número de la casa de su amiga de Cambridge. Entre las cosas de las que habían hablado tras la entrevista se encontraba una conocida de ambas (otra actriz), que acababa de dar a luz a su tercer hijo. Su cuerpo ya no era el de antes, pero por lo visto eso no había impedido que rodase una serie de escenas de desnudos para una película que se emitiría por televisión en unos meses. La amiga de Hilary, que daba la casualidad de que vivía con el montador de la película, había mencionado de pasada que tenía acceso a parte del material rodado, lo que hacía suponer un interesante visionado.

—Oye, sé buena, ¿quieres?, y mándame un mensajero con algunas fotos fijas —dijo Hilary—. Nos reiremos un poco.

Mientras tanto, se sentó y escribió a máquina lo siguiente:

### **¡TETAS A LAS DIEZ!**

Los picarones jefes de la BBC nos tienen preparado un regalazo verde para este otoño, con una nueva producción calentita, tan sexy que no se emitirá hasta bien pasada la barrera de las nueve de la noche. Las estrellas de este tórrido drama (...), cuyos tres hijos pequeños se van a llevar toda una sorpresa cuando vean a su madre haciendo cabriolas en un revolcón *à trois* con su queridito americano (...).

No le llevó mucho tiempo inventarse el resto. La historia de Hilary dominaba la primera plana del día siguiente, con la decisión del Tribunal Supremo relegada a un pequeño recuadro en la esquina de abajo.

*Del «Diario de Jennifer», Harpers & Queen, diciembre de 1984*

#### BONITA BODA

El domingo por la tarde fui hasta San Pablo, Knightsbridge, a la boda de Peter Eaves, el conocido magnate de la prensa, con Hilary Winshaw, hija del señor Mortimer Winshaw. La novia estaba muy atractiva con su precioso traje de seda color pergamino, y una tiara de perlas y diamantes que mantenía a raya su velo de tul. Sus damas de honor llevaban unos encantadores vestidos de seda color melocotón...

El banquete se ofreció en el Hotel Savoy, y tuvo un final realmente espectacular. Se llevó a todos los invitados a la terraza de la orilla del río, donde el novio sorprendió a su novia con un precioso regalo: su propio hidroavión privado de cuatro plazas, atado con un enorme lazo rosa. La feliz pareja se introdujo en él y despegaron desde el Támesis para dar comienzo a su luna de miel con un estilazo tremendo.

**Así que el gobierno ha publicado su Libro Blanco sobre el futuro de la televisión, y esos cretinos del *establishment* de la radiotelevisión se han alzado en armas.**

Nos podrían hacer creer que la aparición de las cadenas privadas nos llevaría a una televisión al estilo americano (aparte de que eso no tenga nada de malo). Pero la verdad es que hay una palabra que aterroriza a este grupito de liberales de Hampstead más que ninguna.

*Esa palabra es «opción».*

¿Y la razón por la que no les gusta? Porque saben que, si nos diesen la oportunidad, muy pocos «optaríamos» por ver la aburrida ronda de dramáticos de amor y lujo y de propaganda izquierdista, con la que les gustaría castigarnos.

¿Cuándo van a darse cuenta todas estas niñeras de la mafia de la radiotelevisión que se han nombrado a sí mismas de que lo que quieren los británicos al acabar el día es un poco de relax y de diversión, y no que los *educe* algún crítico pedante de esos con barba que se dedican a presentar a un mimo de Bulgaria que sólo tiene una pierna.

Por mí que la irrupción de las privadas siga su marcha si eso significa un mayor poder del espectador y una mayor cantidad de nuestros shows favoritos con gente parecida a Brucie, Noel y Tarby. (\*Los subdirectores de la Radiotelevisión Nacional deberían repasar estos nombres.)

Mientras tanto, la próxima vez que vean que lo único que hay en la tele es uno de esos aburridos documentales sobre los campesinos peruanos, o alguna película incomprensiblemente intelectual (con subtítulos, claro), recuerden que siempre nos queda una «opción» que no nos pueden arrebatar.

*La opción de apretar el botón de «off» y bajar al videoclub más cercano.*

«Puro sentido común», noviembre de 1988

—¿Qué coño estás viendo a estas horas?

—Llegas un poco tarde, ¿no?

—Es que he estado trabajando.

—No me digas...

—¿Cómo que no te diga?

—Eres *tan* puñeteramente transparente, cariño.

—¿Qué es esa porquería, de todos modos?

—No sé, un concurso o algo parecido. Uno de esos programas entretenidos, sanotes y sin pretensiones, que has alabado en tu columna últimamente.

—No sé cómo puedes ver semejante mierda. No es de extrañar que sintonices tan bien con esos imbéciles descerebrados que *leen* tu periódico. No eres mucho mejor

que ellos.

—¿Detecto cierta irritabilidad poscoito, por casualidad?

—¡Por el amor de Dios!

—No sé por qué sigues tirándote a Nigel, si lo único que hace es ponerte de mal humor.

—Te excita pensar en eso, ¿no?

—Le excita a todo el mundo en el periódico, supongo, ya que no eres precisamente discreta.

—Eso sí que es increíble viniendo de ti. Supongo que el que una secretaria te haga una mamada en tu propio despacho, *con la maldita puerta abierta*, resulta la mar de discreto, ¿no?

—Mira, hazme un favor, ¿quieres? Lárgate y muérete.

*De la revista Hello!, marzo de 1990*

### **HILARY WINSHAW Y SIR PETER EAVES**

«Estamos encantados con nuestra hija Josephine  
pero nuestro amor no necesitaba refuerzos»

Los ojos de Hilary Winshaw irradian amor maternal mientras levanta por los aires a su risueña hija de un mes, Josephine, en el invernadero de la preciosa casa que la feliz pareja posee en South Kensington. Han esperado mucho para tener su primer hijo. Hilary y sir Peter se casaron hace casi seis años, cuando se conocieron en el periódico que él sigue dirigiendo y para el que ella aún escribe una columna semanal muy popular. Pero, tal como Hilary le cuenta a *Hello!* en esta entrevista en exclusiva, ¡valía la pena esperar a Josephine!

—**Dinos, Hilary, ¿cómo te sentiste cuando viste por primera vez a tu hija?**

—¡Pues, sobre todo, agotada! Supongo que para la mayoría de la gente la cosa no tiene ciencia, pero la verdad es que no tengo la menor intención de volver a pasar por ello. Aun así, con sólo mirar a Josephine me pareció que había merecido la pena. Tuve una sensación asombrosa.

—**¿Habías empezado a perder la esperanza de tener un niño?**

—Nunca se pierde la esperanza del todo, supongo. Nunca habíamos ido a consultar a un médico o algo parecido, lo que quizá fue una tontería por nuestra parte. Pero cuando estás con alguien que se encuentra tan a gusto contigo, cuando dos personas son tan felices juntas como Peter y yo lo hemos sido, no se puede evitar el creer que tu sueño acabará haciéndose realidad pase lo que pase. Los dos somos así de inocentes.

—**¿Y Josephine os ha unido más aún?**

—Sí, claro, inevitablemente. Dudo al decirlo porque, para ser sincera, me

resulta difícil imaginar cómo *podríamos* haber estado más unidos. La verdad es que nuestro amor no necesitaba refuerzos.

—**Parece que la niña tiene tus ojos, y hasta me atrevería a decir que su naricita recuerda un poco a la de los Winshaw, ¡mírala! ¿Ves muchas cosas de sir Peter en ella?**

—La verdad es que todavía no. Creo que los bebés suelen acabar pareciéndose al padre. Seguro que será eso lo que le pasará.

—**¿Y te vas a tomar un descanso en tus tareas de columnista?**

—No creo. Naturalmente, quiero pasarme con Josephine todo el tiempo posible... Y, claro, Peter me ha ofrecido una baja de maternidad en unas condiciones estupendas. El que tu marido sea tu jefe ayuda mucho. Pero no me apetece nada fallarles a mis lectores. Son tan fieles, y han sido todos tan amables, mandándome postales y cosas así. Eso te hace volver a tener fe en la gente.

—**Debo decir, como ávida lectora de tu columna, que me ha sorprendido un poco no encontrarme a los albañiles en tu casa.**

—Ya sé... que tiendo a pasarme con ese tema, ¿verdad? Pero es que hemos tenido que meternos en tantas obras últimamente... Este invernadero es nuevo, por ejemplo, y toda esa parte de la piscina también. Aún nos llevó más tiempo del que esperábamos, porque los vecinos nos lo pusieron muy difícil. Hasta nos hicieron medir el ruido, ¿te lo puedes creer? De todos modos, ya se han mudado, así que todo se ha resuelto amigablemente.

—**Y creo que estamos a punto de descubrir otra faceta de tu talento.**

—Sí, actualmente estoy trabajando en mi primera novela. He tenido ofertas de varios editores, y me alegra poder decir que saldrá la primavera que viene.

—**¿Nos puedes contar un poco de qué trata?**

—Bueno, en realidad no he empezado aún a escribirla, pero sé que va a ser muy emocionante, y a estar llena de glamour y de romanticismo, espero. Por supuesto, lo mejor es que puedo escribir en casa; hemos hecho un estudio pequeñito pero encantador que da al jardín, así que no tendré que separarme de Josephine. Lo que está muy bien, porque ahora mismo creo que no podría soportar separarme un solo momento de ella.

Hilary miraba con malevolencia a su hija, y veía cómo se le arrugaba la cara mientras cogía aire para soltar otro berrido.

—¿Y ahora qué pasa? —dijo.

—Creo que sólo son gases —dijo la niñera.

Hilary se abanicó con el menú.

—¿No la puede sacar fuera un momento? Nos está poniendo en evidencia delante de todo el mundo.

Una vez se hubieron ido, se volvió hacia su compañero.

—Lo siento, Simon, ¿qué estabas diciendo?

—Decía que tenemos que pensar un título. Una sola palabra, preferiblemente. Lujuria, o Venganza, o Deseo, o algo así.

—¿Y eso no se lo podemos dejar a los del departamento de marketing? Ya me va a costar bastante escribir esa maldita historia.

Simon asintió. Era un hombre alto y guapo, cuyo aspecto ligeramente anodino enmascaraba su talento para los negocios. Se lo habían recomendado mucho: Hilary lo había elegido como agente de una lista de siete u ocho.

—Mira, siento que el adelanto fuera un poco decepcionante —dijo—. Pero últimamente los editores ya no se arriesgan nada. Hace unos años no habría habido ningún problema con una cantidad de cinco ceros. De todos modos, la cosa tampoco ha salido tan mal. Hace poco leí que esta misma gente le había pagado a un escritor desconocido setecientas cincuenta libras por su primera novela.

—¿Y no podías haberles presionado un *poquito* más?

—No tenía sentido. Una vez habían subido hasta ochocientas cincuenta, te puedo jurar que ya no iban a pasar de ahí.

—Bueno, seguro que hiciste lo que pudiste.

Pidieron ostras, seguidas de langosta fresca. Justo cuando la camarera se iba, Simon dijo:

—No deberíamos pedir algo para..., ¿cómo se llama? ¿María?

—¿Quién?

—Tu niñera.

—Ah, sí, supongo que sí.

Hilary llamó a la camarera y pidió una hamburguesa.

—¿Y Josephine qué come? —preguntó Simon.

—Una porquería asquerosa que viene en unos tarritos del supermercado. Le entra por un lado y, a los diez minutos más o menos, le sale por el otro, exactamente con la misma pinta. Es la mar de asqueroso. Y se pasa *todo* el tiempo berreando. Sinceramente, si quiero empezar este libro *alguna vez*, voy a tener que irme por ahí unas semanas. Me da igual dónde; puede que vuelva a Bali, o que me vaya a una de esas islas de la Barrera de Coral; me vale cualquier pueblucho. Pero no puedo hacer *nada* con esa condenada niña cerca. De verdad que no puedo.

Simon le apoyó una mano en el brazo, en un gesto de comprensión.

Después del café, le dijo:

—Una vez te hayas quitado de encima esta novela, ¿por qué no escribes un libro sobre tu maternidad? Ahora están muy de moda.

Hilary les tenía aversión a la mayoría de las mujeres, al verlas como competidoras más que como aliadas; así que siempre se sentía como en casa en el Club Heartland, una fundación anquilosada y machista, desde la cual a su primo Henry le gustaba

dirigir muchos de sus negocios informales.

Henry había roto con el Partido Laborista poco antes de las segundas elecciones generales de 1974, y aunque oficialmente nunca se unió a los conservadores, a lo largo de los ochenta se había contado entre sus seguidores más leales y sinceros. Durante este periodo se convirtió en una figura pública popular, y su poblado cabello cano y sus rasgos de bulldog (realzados siempre un poco por una pajarita de lunares de diseño) no paraban de aparecer en los programas de debate de la televisión, donde se aprovechaba de la libertad que le daba el no tener que serle leal a ningún partido para someterse servilmente a cualquier nuevo giro político, por cínico que fuera, que la administración en funciones estuviese tratando de dar en aquel momento. Fue en parte por estas apariciones, pero también (y en mayor medida) por la década de trabajo que había invertido en una serie de comités políticos, por lo que se vio recompensado con un título en la lista de concesiones de 1990. La nota en la que Hilary había sido requerida ante su presencia iba orgullosamente encabezada con su nuevo título: lord Winshaw of Micklethorpe.

—¿Has pensado alguna vez en volver a la televisión? —le preguntó, a la vez que servía dos coñacs de una licorera de cristal.

—Claro, me encantaría —dijo Hilary—. Se me daba muy bien, aparte de todo.

—Es que he oído que pronto va a quedar una vacante en una de las compañías de la ITV. Si quieres, me entero.

—¿A cambio de qué? —dijo Hilary picaronamente, mientras se sentaban el uno frente al otro junto a la chimenea vacía. Era una tarde calurosa de finales de julio.

—De poca cosa. Andamos preguntándonos si tú y tus amiguetes periodistas podríais empezar a darle un poco de caña a la BBC. Hay una sensación general de que se han salido de madre.

—¿Qué es lo que tenéis en mente: programas, o sólo la columna?

—Un poco de las dos cosas, diría yo. Pero hay que hacer algo urgentemente porque, como sabrás, ahora mismo la situación es completamente intolerable. Ese sitio está lleno de marxistas. Y no se molestan nada en ocultarlo. No sé si habrás visto recientemente las noticias de las nueve, pero ya ni siquiera tratan de aparentar cierta imparcialidad. Especialmente sobre la Sanidad Pública: cómo han informado sobre nuestras reformas es deplorable. Totalmente deplorable. Hay hogares por todo el país que están siendo invadidos (literalmente invadidos cada noche) por un torrente de mentiras y de propaganda antigubernamental. Es intolerable. —Se llevó la copa de coñac a su rostro bilioso y le dio un trago largo, que pareció animarle—. Por cierto, a la primera ministra le encantaron los titulares del martes.

—¿Cuál? ¿LAS CHALADAS DE LAS LESBIANAS LABORISTAS PROHÍBEN LOS CLÁSICOS INFANTILES?

—Ésa sí que es buena. Se rió como una loca. Bien sabe Dios que hoy en día todos necesitamos un poco de diversión. —Se le nubló la cara otra vez—. Se habla de un cambio de liderazgo, ¿sabes? Heseltine podría aprovechar la oportunidad. Es una



locura, una completa locura.

—Esa vacante de la que hablabas... —apuntó Hilary.

—Ah, eso. —Henry mencionó el nombre de una de las compañías independientes más grandes—. Es que ha habido un reajuste y tienen un director nuevo. Gracias a Dios conseguimos meter a uno de nuestros hombres. Viene del mundillo financiero, así que no sólo se le dan bien los números, sino que lo mejor de todo es que no tiene ni puñetera idea de ese asunto. Una de las primeras cosas que va a hacer es deshacerse del viejo Beamish, el anticuado izquierdoso ese.

—Así que estarán buscando a alguien que se encargue de la actualidad.

—Exactamente.

Hilary digirió la noticia.

—Me dio mi primera oportunidad, ¿sabes? A mediados de los setenta.

—Ya. —Henry apuró su copa y cogió la licorera—. Pero así ni tus peores enemigos —dijo secamente— te podrán acusar de ser una sentimental.

Cuando Hilary acudió a su cita con Alan Beamish no la pasaron a su despacho, según se había dispuesto, sino a una impersonal sala de espera con vistas a la entrada principal.

—Lo siento —dijo él—. Es una auténtica lata. Están repintando mi techo o no sé qué. No me importaría si no me lo hubieran dicho esta misma mañana. ¿Quieres un café?

No había cambiado mucho. Puede que tuviese el pelo más gris, que sus movimientos fuesen más pausados, y que se hubiese acusado su parecido con un párroco mayor, pero por lo demás a Hilary le parecía que aquella noche horrorosa que le había dado durante las vacaciones del colegio podría muy bien haber sido la del día anterior en vez de una de hacía veinte años.

—Me sorprendió mucho que me llamas —dijo—. Si he de ser sincero, no creo que tú y yo tengamos muchas cosas que discutir.

—Bueno, por ejemplo, podría haber venido a pedirte que te disculparas por llamarme *bárbara* en tu pequeña diatriba del *Independent*.

Alan había publicado hacía poco un artículo sobre la decadencia de la radiotelevisión pública titulado «Los bárbaros a las puertas», en donde a Hilary se la presentaba (cosa que casi le había hecho gracia, la verdad) como un ejemplo de todo lo que él detestaba del clima cultural reinante.

—No retiro ni una palabra —dijo Alan—. Y sabes muy bien que uno cosecha lo que siembra. Todos estos años has dedicado cantidad de espacio en tu columna a atacarme, dándolo a entender aunque no me citas directamente.

—¿Te has arrepentido alguna vez de haberme ayudado tanto —preguntó Hilary—, cuando ves qué clase de Furia has dejado suelta por el mundo?

—Tarde o temprano habrías llegado donde has llegado.

Hilary cogió su taza de café y se sentó en el alféizar. El sol brillaba un poco.

—A tu nuevo jefe no debe de haberle gustado mucho.

—No ha hecho ningún comentario.

—¿Cómo han ido las cosas desde que está en el cargo?

—Malamente, por si te interesa —dijo Alan—. Muy mal, la verdad.

—No me digas... ¿En qué sentido?

—Ni dinero para los programas, ni tampoco ningún entusiasmo: por lo menos para los que yo quiero hacer. Su actitud respecto a lo de Kuwait es *increíble*. Llevo meses diciéndoles que tendríamos que hacer un programa sobre Sadam y su aprovisionamiento militar. Nos encontramos en una situación francamente ridícula: llevamos años vendiéndole armas, y ahora nos da por llamarle la Bestia de Babel porque las está usando de verdad. A cualquiera se le habría ocurrido que había que decir algo sobre el tema. Durante estas últimas semanas he estado viéndome con un realizador de cine independiente que se ha pasado años trabajando en un documental sobre todo este tema por su cuenta y riesgo. Me enseñó algunos trozos estupendos. Pero los de arriba no se quieren comprometer. No quieren saber nada.

—Qué pena.

Alan le echó una mirada a su reloj.

—Bueno, Hilary, estoy seguro de que no te has molestado en venir hasta aquí sólo para quedarte mirando las vistas de la entrada, por bonitas que sean. ¿Te importaría ir al grano?

—La foto que venía con tu artículo —dijo ella abstraída—, ¿la sacaron en tu despacho?

—Sí, claro.

—¿Lo que estaba colgado en la pared era un Bridget Riley?

—Exactamente.

—Se lo compraste a mi hermano, ¿no?

—Sí.

—Muchos rectángulos verdes y negros, todos sesgados.

—Sí, es ése. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, porque me parece que hay dos hombres ahí fuera que lo están metiendo en una furgoneta.

—¿Qué dices?

Alan se puso en pie de un salto y se acercó a la ventana. Miró hacia abajo y vio un camión de mudanzas aparcado junto a la escalinata, con el mobiliario de su despacho amontonado sobre el asfalto bañado por el sol: sus libros, su sillón giratorio, sus plantas, su material de escritorio y sus cuadros. Hilary se sonrió.

—Pensamos que ésta sería la mejor forma de decírtelo. Con estas cosas es mejor terminar cuanto antes.

—¿Pensamos? —consiguió decir él de alguna manera.

—¿Tengo que saber algo concreto del trabajo antes de que te vayas?

Como no hubo respuesta, abrió su maletín y siguió diciendo:

—Bueno, aquí está tu impreso, y hasta he anotado la dirección de la oficina de empleo más próxima. Hoy abre hasta las tres y media, así que tienes mucho tiempo. —Le pasó la hoja de papel, pero él no la cogió. Al dejarla sobre el alféizar, se le ensanchó la sonrisa y meneó la cabeza—. Los bárbaros ya no están a las puertas, Alan. Desgraciadamente, dejaste las puertas abiertas de par en par. Así que nos hemos metido dentro, y ahora ocupamos los mejores puestos y nuestros pies descansan sobre la mesa. Y tenemos intención de quedarnos aquí mucho, muchísimo tiempo.

Hilary cerró de un golpe su maletín y se dirigió hacia la puerta.

—¿Cómo se llega a tu despacho desde aquí?

Me encontré escribiendo un libro sobre los Winshaw por pura casualidad. La historia de cómo sucedió todo es bastante complicada, y seguramente puede esperar. Baste con decir que, si no hubiera sido por un encuentro puramente casual durante un viaje en tren de Londres a Sheffield en el mes de junio de 1982, nunca me habría convertido en su historiador oficial y mi vida habría tomado un giro muy distinto. Una divertida demostración, si te paras a pensarlo, de las teorías apuntadas en mi primera novela, *Siempre hay imprevistos*. Pero dudo que mucha gente llegue a acordarse de eso.

Los ochenta no fueron una buena época para mí, en general. Tal vez fuese una equivocación aceptar el encargo de los Winshaw en primer lugar; tal vez debería haber seguido escribiendo novelas con la esperanza de que un día sería capaz de vivir de ello. Al fin y al cabo, mi segunda novela había llamado bastante la atención, y al menos hubo algunos momentos aislados de gloria; como la semana en que salí en una sección fija del periódico del domingo, dedicada normalmente a escritores mucho más famosos, titulada «La primera historia que escribí». (Había que facilitarles una muestra de algo que hubieras escrito de pequeño, junto con una fotografía tuya de cuando eras niño. El efecto de conjunto era bastante bonito. Aún guardo el recorte en alguna parte.) Pero mi situación financiera seguía siendo desesperada (el gran público continuaba mostrando una rígida indiferencia ante los productos de mi imaginación), así que tenía fundadas razones de tipo económico para probar mi suerte con Tabitha Winshaw y su oferta especialmente generosa.

Los términos de esta oferta fueron los siguientes. Parecía que durante la reclusión en sus aposentos de interna fija en la Fundación para Locos Peligrosos Hatchjaw-Basset, a la señorita Winshaw, en aquel entonces de setenta y seis años de edad y, a decir de todos, más loca que nunca, se le había metido en la cabeza que había llegado el momento de contarle al mundo la historia de su gloriosa familia. Ante la oposición implacable de sus parientes, y contando sólo con sus propios recursos, que estaban lejos de ser insignificantes, había creado un fondo con este propósito y reclutado los servicios de la Peacock Press, una empresa privada discretamente llevada, especializada en la publicación (por una pequeña tarifa) de memorias militares, crónicas familiares y recuerdos de figuras públicas de poca monta. A ellos, por otra parte, se les confió la tarea de encontrar un escritor adecuado, de habilidad y experiencia probadas, al que se le pagase un sueldo anual de cuatro ceros a lo largo del periodo completo de investigación y redacción, a condición de que cada año presentase ante los editores un informe de sus progresos (o una «parte significativa

del manuscrito completo») que le sería enviado a Tabitha para su examen. Por lo demás, parecía que el tiempo y el dinero no importaban. Ella quería la mejor historia, la más completa, la más sincera y la más puesta al día que fuese posible compilar. No había plazo para la entrega final.

La historia de cómo me ofrecieron este trabajo es, como ya dije, larga y complicada, y debe esperar su turno; pero una vez se me hizo la oferta, no dudé mucho en aceptarla. La perspectiva de unos ingresos regulares era en sí misma demasiado irresistible, pero por otro lado, y si he de ser sincero, yo no tenía ninguna prisa por empezar a escribir otra obra de ficción. Así que parecía el trato perfecto. Me compré mi piso de Battersea (en aquellos días eran más baratos) y me puse a trabajar con cierta ilusión. Inspirado por la misma novedad de la empresa, escribí las primeras dos terceras partes del libro en un par de años, ahondando en los primeros tiempos de los Winshaw y registrando todo lo que descubrí con una franqueza absoluta, porque tuve muy claro desde un principio que estaba tratando con una familia de criminales, cuya riqueza y prestigio se basaban en toda clase de estafas, falsificaciones, latrocinios, asaltos, robos, fraudes, fullerías, artimañas, pillajes, saqueos, malversaciones, expoliaciones y desfalcos. No era que las actividades de los Winshaw fueran *abiertamente* criminales, o que fuesen reconocidas como tales por la buena sociedad; de hecho, hasta donde yo sé, sólo había un delincuente convicto en la familia. (Me refiero, claro, al tío de Matthew, Joshua Winshaw, conocido universalmente como el carterista y el ratero más brillante de su época; el más celebrado de sus logros fue, como apenas hará falta recordarles, su audaz visita a la casa de campo de una familia rival, los Kenway de Britteridge, donde, en el transcurso de una visita organizada y en compañía de diecisiete turistas, consiguió robar, sin que nadie se diera cuenta, un reloj de pared Luis XV valorado en decenas de miles de libras.) Pero como de cada penique de la fortuna de los Winshaw (que se remonta al siglo XVII, cuando Alexander Winshaw se encargó por primera vez de acaparar una sustanciosa parte del floreciente comercio de esclavos) podría decirse que había salido, por un medio u otro, de la explotación descarada de personas más débiles que ellos, pensé que la palabra «criminal» les hacía justicia, y que yo estaba realizando un servicio muy útil al reclamar la atención del público sobre este hecho, a la vez que me mantenía escrupulosamente dentro de los límites de mi cometido.

Llegó un momento, sin embargo, a mediados de los ochenta, en el que me di cuenta de que prácticamente había perdido todo entusiasmo por el proyecto. Por un lado, estaba la muerte de mi padre. Llevaba varios años sin tratarme mucho con mis padres, pero los días de mi infancia (una infancia tranquila, feliz y sin problemas) habían creado lazos de simpatía y afecto entre nosotros que hacían irrelevante el hecho de nuestra separación física. Mi padre sólo tenía sesenta y un años cuando murió, y su pérdida me afectó profundamente. Pasé varios meses en las Midlands, haciendo lo que pude por consolar a mi madre, y cuando regresé a Londres y a los Winshaw lo hice con una sensación inconfundible de desagrado.

A los dos o tres años iba a dejar de trabajar en el libro completamente, pero antes de que eso sucediera se había dado un cambio significativo en la naturaleza de mi investigación. A esas alturas había llegado a los últimos capítulos, en los que iba a tener el honor y el deber de celebrar los logros de aquellos miembros de la familia que aún tenían la fortuna de contarse entre nosotros; y fue en ese punto donde empecé a toparme con una seria oposición, no sólo de mi propia conciencia, sino de los mismos Winshaw. Algunos, siento decirlo, se volvieron increíblemente tímidos en vista de mis pesquisas, y empezaron a mostrar una modestia que no venía a cuento cuando les invité a discutir los detalles de sus fulgurantes carreras. De este modo, casi se convirtió en una pauta de mis entrevistas el levantarse en medio de escenas de algo que sólo puede ser descrito como disgusto. Thomas Winshaw me echó a la calle cuando le pedí que desvelara la naturaleza exacta de su implicación en el incidente de los Helicópteros Westland, a resultas del cual habían dimitido dos ministros del gabinete en 1986. Henry Winshaw intentó arrojar mi manuscrito al fuego del Heartland Club, cuando descubrió que se fijaba en unas pequeñas discrepancias entre el programa socialista, gracias al cual había llegado por primera vez al poder, y su papel subsiguiente (por el que quizá será más recordado) como portavoz destacado de la extrema derecha y, sobre todo, como una de las figuras clave que se encontraban tras el desmantelamiento clandestino de la Sanidad Pública. Y a veces me pregunto, incluso ahora, si sería por pura coincidencia que me asaltaran una noche en la calle, mientras regresaba a mi casa, sólo dos días después de un encuentro con Mark Winshaw, en el transcurso del cual le había apretado las tuercas (tal vez demasiado) para sacarle más información sobre su puesto como «coordinador de ventas» de la Vanguard Import & Export, y de las verdaderas razones de sus frecuentes visitas a Oriente Medio a lo largo de los años más sangrientos de la guerra Irán-Irak.

Cuanto más sabía de estos Winshaw, miserables, mentirosos, ladrones y trepas, menos me gustaban, y más difícil me resultaba conservar el tono de la historia oficial. Y menos capaz era de acceder a hechos sólidos y demostrables, y más tenía que aplicar mi imaginación para desarrollar la narración, reconstruyendo incidentes de los que apenas había sido capaz de vislumbrar su borroso perfil, especulando sobre asuntos con motivaciones psicológicas y hasta inventando conversaciones. (Sí, inventando; no voy a evitar la palabra, aunque llevase casi cinco años evitándola por aquel entonces.) Y de esta forma, gracias a mi odio por esta gente, se produjo un renacimiento de mi personalidad literaria, y gracias a ese renacimiento, un cambio de perspectiva, de énfasis, un cambio irreversible en el carácter general de la obra. Empezó a tomar visos de un viaje de descubrimiento, de una expedición tenaz e intrépida a los más oscuros rincones y los escondrijos más secretos de la historia de la familia. Lo que suponía, como pronto me di muy bien cuenta, que no iba a poder descansar, que nunca consideraría que el viaje había terminado, hasta que hubiese descubierto la respuesta a una pregunta fundamental: ¿Tabitha Winshaw estaba realmente loca, o había un vestigio de verdad en su creencia de que Lawrence había

sido, de un modo enrevesado y oscuro, el responsable de la muerte de su hermano?

Obviamente, éste era otro tema sobre el que la familia se negaba a proporcionarme cualquier información concreta. A principios de 1987 tuve la suerte de que Mortimer y Rebecca me concedieran una entrevista en un hotel de Belgravia. Resultó que eran, con mucho, los más accesibles y amables de los Winshaw, y eso a pesar de la mala salud de Rebecca; es a ellos, fundamentalmente, a quienes debo el escaso conocimiento que tengo de los hechos que rodearon el cincuenta cumpleaños de Mortimer. Lawrence había muerto un par de años antes, y ellos se encontraban, tal como Rebecca se había temido una vez, en posesión de Winshaw Towers, aunque pasaban allí el menor tiempo posible. De todos modos, ella falleció también a los pocos meses de mi visita; y poco después, Mortimer regresó (un hombre destrozado) para ocupar durante sus últimos días el puesto familiar que siempre había detestado tanto.

Mis investigaciones se volvieron aún más esporádicas e irregulares, hasta que un día se pararon del todo. He olvidado la fecha exacta, pero fue el día en que mi madre vino a verme. Llegó de noche, y salimos a cenar a un restaurante chino de Battersea, y esa misma noche se volvió en coche a su casa. Después de eso, no salí ni hablé con nadie durante dos o tres años.

El domingo por la mañana me puse a trabajar en el manuscrito. Tal como había previsto, era todo un revoltijo. Había partes que parecían una novela, y otras que parecían un libro de historia, mientras que las páginas del final adoptaban un tono de hostilidad hacia la familia que les hacía perder fuerza. Y lo que era peor, tampoco tenía un final propiamente dicho, sino que simplemente se interrumpía con una brusquedad desesperante. Cuando por fin me levanté de mi mesa a últimas horas de la tarde de aquel domingo de verano, cálido y pegajoso, los obstáculos que se interponían entre la conclusión del libro y yo habían adquirido al menos cierta crudeza y cierta claridad. Tenía que decidir de una vez por todas si iba a presentarlo como un ensayo o como una novela, y renovar mis esfuerzos de ahondar en el misterio de la enfermedad de Tabitha.

El lunes por la mañana di tres pasos decisivos:

- Hice dos copias del manuscrito, y le envié una al editor que en su día había sido el responsable de la publicación de mis novelas.
- Envié otra copia a la Peacock Press con la esperanza de que o bien me supondría el cobro de otro plazo de mi sueldo (que no se me había pagado en tres años), o bien le horrorizaría tanto a Tabitha cuando lo viera que cancelaría nuestro acuerdo y me liberaría del contrato totalmente.
- Puse el siguiente anuncio en la sección de contactos de los periódicos más importantes:

**SE REQUIERE INFORMACIÓN.** Escritor que recopila datos oficiales sobre los Winshaw de Yorkshire solicita información sobre todos los aspectos de la historia de la

familia. Especialmente agradecería la colaboración de cualquiera (ya sea testigos, antiguos criados, partes interesadas, etc.) que pueda arrojar luz sobre lo sucedido el 16 de septiembre de 1961 y los hechos relativos al caso.

SÓLO PERSONAS SERIAS. Contacten, por favor, con el señor M. Owen, The Peacock Press, Vanity House, 116 Providence Street, Londres W7

Y, por el momento, eso era todo lo que podía hacer. Mi estallido de energía resultó ser, de todos modos, temporal, y los siguientes días me los pasé prácticamente apoltronado delante de la televisión, viendo a veces cómo Kenneth Connor huía despavorido de la bella Shirley Eaton, y otras las noticias. Me acostumbré a la cara de Sadam Husein, y empecé a comprender por qué se había hecho tan famoso hacía poco: cómo había anunciado su intención de anexionar Kuwait a su propio país, afirmando que de acuerdo con los precedentes históricos siempre había sido una «parte integrante de Irak»; y cómo Kuwait había solicitado la ayuda militar de las Naciones Unidas, prometida tanto por el presidente norteamericano, el señor Bush, como por su amiga, la primera ministra británica, la señora Thatcher. Me enteré de que se estaba reteniendo a rehenes, o «huéspedes», británicos y norteamericanos en hoteles de Irak y Kuwait. Pasaban frecuentemente la escena en la que Sadam Husein ponía a esos rehenes ante las cámaras de televisión y rodeaba con sus brazos a aquel niño acobardado y remiso.

Fiona apareció dos o tres veces. Nos tomamos algún refresco juntos y charlamos, pero algo en mi conducta debía de desanimarla, porque solía dejarme para acostarse pronto. Me contó que le costaba dormirse.

A veces, cuando de noche yacía despierto y achicharrado en la cama, oía su tos seca e irritable. Las paredes de nuestra casa no eran muy gruesas.



Al principio no pareció que mi estrategia fuera a dar ningún fruto. Pero luego, de repente, después de dos o tres semanas, recibí llamadas telefónicas de los dos editores, y conseguí fijar dos citas para el mismo día: la Peacock Press por la tarde y, por la mañana, la otra empresa bastante menos prestigiosa que una vez había tenido el placer de considerarme uno de sus escritores jóvenes más prometedores. (Hacía ya muchos años.) Era una imprenta pequeña pero con buena fama, que había sacado su negocio adelante, durante casi todo un siglo, desde unas construcciones georgianas en Candem, aunque hacía poco había sido absorbida por un grupo americano, y reinstalada en la séptima planta de una torre cercana a Victoria. Algo así como la mitad del personal había sobrevivido al cambio: entre ellos, el director de la sección de literatura, un licenciado en Oxford de cuarenta años llamado Patrick Mills. Quedé con él en verno un poco antes de la comida, sobre las once y media.

Debería haber sido un trayecto muy sencillo. En primer lugar, tenía que ir andando hasta la estación de metro, lo que significaba atravesar el parque, cruzar el Albert Bridge, pasar por delante de las casas con pinta de fortalezas de los ricachones de Cheyne Walk, subir por Royal Hospital Road y adentrarme en Sloane Square. Sólo me paré una vez a comprarme unas chocolatinas (un Marathon y un Twix, si la memoria no me falla). Era otra mañana de un calor insoportable, y no había forma de escapar del espeso humo negro que salía de la parte de atrás de los coches, los camiones y los autobuses, y se quedaba colgando pesadamente en el aire y en todas partes, forzándome a contener la respiración cada vez que tenía que atravesar la calle en un cruce concurrido. Pero luego, cuando llegué a la estación y bajé por las escaleras mecánicas, tan pronto como pude divisar el andén vi que estaba absolutamente atestado. Había algún fallo en el servicio, y hacía un cuarto de hora que no pasaba un tren. A pesar de que la línea no está muy lejos de la superficie en Sloane Square, el constante movimiento de las escaleras hacia abajo me hizo sentirme como Orfeo descendiendo a los infiernos, frente a aquella marea de gente pálida y triste; la luz del sol que acababa de dejar atrás convertida ya en un mero recuerdo.

*...perque leves populos simulacraque functa sepulchro...*

Cuatro minutos después llegó un tren de la District Line, con todos los vagones atiborrados de cuerpos sudorosos, encogidos y comprimidos. Ni siquiera intenté subir, pero en aquel pandemónium de gente que se peleaba por avanzar conseguí abrirme camino hasta el borde del andén, dispuesto a coger el siguiente tren. Llegó tras un par de minutos, esta vez de la Circle Line, y tan repleto como el anterior. Cuando se abrieron las puertas y unos cuantos pasajeros acalorados ya se habían abierto paso a la fuerza entre la multitud a la espera, me escurrí dentro y aspiré mi primera bocanada de aire sucio y viciado; se podía jurar, sólo por aquel olor, que había estado dentro y fuera de los pulmones de cada persona que iba en el vagón unas

cien veces o más. Se amontonó más gente detrás de mí y me encontré apretujado entre un joven oficinista desgarbado (llevaba una chaqueta sin cruzar y tenía la cara pálida) y la división de cristal que nos separaba de los pasajeros sentados. Generalmente habría preferido ir con la nariz pegada al cristal, pero cuando lo intenté vi que había una gran mancha viscosa, justo a la altura de mi cara: una acumulación del sudor y de la grasa de las nuca de los anteriores pasajeros, así que no me quedó otro remedio que darme la vuelta y quedarme mirando fijamente a aquel abogado de empresa o agente de cambio o lo que fuera. Nos estrujaron aún más cuando se cerraron las puertas, al tercer o cuarto intento, porque la gente que se había quedado mitad dentro mitad fuera del tren tuvo que apretujarse dentro con todos los demás, y a partir de ahí, su cutis pálido y granujiento casi se tocaba con el mío, y nos echábamos el aliento caliente a la cara. El tren se puso en marcha, y la mitad de la gente que iba de pie perdió el equilibrio, incluido un albañil que se apretó contra mi hombro izquierdo y que no llevaba nada por arriba más que una camiseta azul clara. Se disculpó por echárseme prácticamente encima, y luego alargó el brazo para agarrarse a una de las asas del techo, conque me encontré de repente con la nariz metida directamente en su sobaco húmedo y acre. Tan discretamente como pude me llevé los dedos a la nariz y empecé a respirar por la boca. Pero me consolé a mí mismo diciéndome: «No hay que preocuparse, sólo voy hasta Victoria, una parada, eso es lo que me queda, dentro de nada habrá pasado todo.»

Pero el tren ya aminoraba su marcha, y cuando por fin se paró en medio de la más completa oscuridad del túnel, calculé que sólo habría recorrido unos trescientos metros. Tan pronto se detuvo, se notó que el ambiente se hacía más tenso. No estaríamos allí más de un minuto, quizás, o tal vez minuto y medio, pero pareció una eternidad, y cuando él tren empezó a arrastrarse hacia delante, todas las caras pusieron gesto de alivio. Pero resultó ser corto. Tras sólo unos segundos, los frenos salieron a relucir de nuevo, y esta vez, mientras el tren hacía con una sacudida un alto definitivo, dando una terrible sensación de algo concluyente. De pronto todo pareció muy silencioso, salvo el siseo de un walkman al fondo del vagón, que se hizo más patente cuando el pasajero en cuestión se quitó los auriculares a ver si decían algo por los altavoces. En menos que canta un gallo el aire se había vuelto insoportablemente templado y pegajoso. Sentí cómo las barritas de chocolate que no me había comido se derretían en mi bolsillo. Nos mirábamos ansiosamente los unos a los otros (algunos pasajeros alzaban las cejas en gesto de desesperación, otros mascullaban o maldecían por lo bajo), y todos los que llevaban un periódico o algún documento de negocios se pusieron a abanicarse con ellos.

Traté de verle el lado bueno. Si me desmayaba (cosa que parecía muy posible), no tenía ni una posibilidad de caerme y hacerme daño, porque no había donde caerse. De la misma forma, tampoco había mucho peligro de morir por hipotermia. Era verdad que los encantos del sobaco de mi vecino podían llegar a empachar después de una hora o dos, pero luego de nuevo quizá, como un queso maduro, mejorarían al

conocerlos. Eché un vistazo alrededor para ver a los otros pasajeros y me pregunté quién sería el primero en desfallecer. Había varios candidatos posibles: un viejo enclenque y apergaminado que se agarraba débilmente a una barra; una mujer ligeramente rechoncha que, por alguna razón, llevaba un jersey gordo de lana y ya se le había puesto la cara morada; y un tipo alto y asmático con un pendiente y un Rolex, que aspiraba su inhalador cada dos por tres. Descargué el peso de mi cuerpo en la otra pierna, cerré los ojos, y conté hasta cien muy despacio. Durante ese proceso, noté que el nivel de ruido del vagón aumentaba sensiblemente. La gente empezaba a hablar entre sí, y la mujer del jersey de lana se había puesto a quejarse un poco en voz baja, diciendo: «Dios mío, Dios mío, Dios mío, Dios mío», cuando de repente las luces del vagón se apagaron, y nos quedamos completamente a oscuras. A unos pasos de mí una mujer soltó un gritito, y se produjo todo un aluvión de exclamaciones y de quejas. Daba miedo, no sólo verse inmovilizado, sino además absolutamente incapaz de distinguir nada, aunque al menos me quedaba el consuelo de que ya no tenía que contemplar las espinillas del ejecutivo agresivo aquel. Pero ahora podía percibir miedo, miedo a mi alrededor, mientras que antes sólo había habido aburrimiento y malestar. Se mascaba la desesperación en el aire, y antes de que resultase contagiosa decidí batirme en retirada, todo lo posible, al interior de mi propia mente. Para empezar, traté de decirme a mí mismo que la situación podía ser peor; pero desgraciadamente había pocos argumentos que lo confirmaran: una rata suelta en el vagón tal vez, o un músico callejero al que le diese por aporrear su guitarra e invitarnos a todos a hacerle los coros de «Imagine» in crescendo. No, tendría que rebuscar más aún. Lo siguiente que intenté elaborar fue una fantasía erótica, basada en la premisa de que el cuerpo contra el que estaba empotrado no era el de un agente de bolsa granujiento, sino el de Kathleen Turner, que llevaba una fina blusa de seda casi transparente, y una minifalda increíblemente corta y ajustada. Me imaginé los contornos firmes y abundantes de su pecho y de sus nalgas, el toque de deseo entreverado y renuente de sus ojos, su pelvis empezando inconscientemente a restregarse contra la mía; y de improviso y para mi horror, empecé a tener una erección, y todo el cuerpo se me puso tenso de puro pánico mientras trataba de apartarme del ejecutivo cuya entrepierna se encontraba ya en contacto directo con la mía. Pero no funcionó; de hecho, a no ser que me equivoque completamente, ahora era *él* el que estaba teniendo una erección, lo que significaba que o él estaba intentando el mismo truco que yo, o yo estaba mandando señales equivocadas y a punto de meterme en un buen lío.

Justo en ese momento, gracias a Dios, las luces parpadearon y se encendieron otra vez, y se oyó un grito de entusiasmo en sordina por todo el vagón. El sistema de megafonía también crepitó, y escuchamos la lacónica monserga de un guarda del metro que, sin disculparse realmente por el retraso, explicó que el tren tenía «dificultades operativas» que serían subsanadas lo antes posible. No era la más satisfactoria de las explicaciones, pero por lo menos ya no nos sentimos tan

irremediablemente solos y abandonados, y en ese momento, mientras nadie intentara hacernos rezar o entonar una cancioncilla para que conservásemos la moral, creí que podría aguantar unos cuantos minutos más. Sin embargo, el tipo del inhalador tenía cada vez peor pinta. «Lo siento», dijo, mientras su respiración empezaba a hacerse más rápida y más frenética, «No creo que pueda soportarlo mucho más», y el hombre que estaba junto a él empezó a hacer ruiditos alentadores, pero yo podía percibir el resentimiento silencioso de los otros pasajeros ante la idea de que pronto tendrían que afrontar el problema de que se desmayase, le diese un ataque, o algo así. Al mismo tiempo también noté otra cosa, algo completamente diferente: una especie de olor, fuerte, nauseabundo y carnoso, que empezaba a imponerse sobre los *bouquets* rivales a sudor y a olor corporal. Su fuente se puso rápidamente de manifiesto cuando el larguirucho ejecutivo que estaba a mi lado abrió su maletín y sacó una bolsa de papel con el logo de una cadena de hamburgueserías muy conocida. Lo miré asombrado y pensé: no lo va a hacer, no puede ponerse a hacer eso; pero sí, con un mero gruñido a modo de disculpa («Se me va a enfriar»), abrió de par en par sus mandíbulas, embutió un gran pedazo de aquella hamburguesa con queso húmeda y templada, y empezó a masticarlo ruidosa y vorazmente, y a cada masticación hacía un ruido como cuando se golpean dos pescados mojados, y le goteaba mayonesa constantemente por las comisuras de la boca. No me cabía la posibilidad de mirar hacia otra parte o taparme los oídos: podía ver cómo sus dientes atrapaban cada jirón de lechuga y cada granito de cartílago, y oír cómo se le pegaba de vez en cuando al paladar una mezcla gomosa de queso y de pan masticado, que tenía que ser desalojada por una lengua experta. Las cosas empezaron a volverse un poco borrosas, el vagón se puso más oscuro, y el suelo se hundía bajo mis pies, y oí que alguien decía: «¡Cuidado, se va a desmayar!», y lo último que recuerdo que pensé fue: pobre tipo, es lógico, con esa asma; y luego, nada, ni el más mínimo recuerdo de lo que pasó a continuación; sólo negrura y vacío durante no sé cuánto tiempo.

—Parece que estás un poco cansado —dijo Patrick, una vez nos sentamos.

—Es que no he salido mucho últimamente. Ya me había olvidado de cómo era la cosa.

Por lo visto, el tren se había puesto de nuevo en marcha dos o tres minutos después de que yo me hubiera desmayado, y el ejecutivo, el asmático y la mujer del jersey de lana me habían llevado entre todos a las dependencias de Primeros Auxilios de la estación Victoria, donde lentamente me había ido recuperando gracias al reposo y una taza de té bien cargado. Era casi mediodía cuando llegué a la oficina de Patrick.

—Un viaje bastante pegajoso, supongo, con este día. —Y asintió con la cabeza en gesto de comprensión—. Seguramente te apetecerá beber algo.

—Pues ahora que lo dices...

—A mí también. Desgraciadamente, mi presupuesto ya no da para tanto. Te

puedo dar un vaso de agua, si quieres.

Patrick parecía aún más deprimido de lo que yo recordaba por nuestro último encuentro, y sus nuevos dominios hacían juego con él. Era un despacho diminuto, redecorado en un beige impersonal, con una ventana de cristal ahumado desde la que se veían en parte un aparcamiento de coches y un muro de ladrillo. Me había esperado que hubiera carteles anunciadores de los últimos libros, pero las paredes estaban prácticamente vacías, a no ser por un enorme y lustroso calendario aportado por una empresa de la competencia, que colgaba del mismísimo centro de la pared que estaba detrás de la cabeza de Patrick. Siempre había tenido la cara alargada y triste, pero nunca le había visto los ojos tan apagados, ni los labios fruncidos en un gesto tan resignado y melancólico. A juzgar por todo eso, supongo que estaba bastante contento de verme, y mientras cogía dos vasos de plástico llenos de agua y los ponía sobre su mesa, se las arregló para esbozar una especie de sonrisa.

—Bueno, Michael —dijo, instalándose en su sillón—, decir que no has rendido mucho estos últimos años es lo menos que se me ocurre.

—Pues he estado trabajando —mentí—. Como puedes ver.

Los dos nos quedamos mirando mi copia a máquina, que yacía en la mesa, entre ambos.

—¿La has leído? —pregunté.

—Sí que la he leído —dijo Patrick—. Claro.

Se quedó callado.

—¿Y...?

—Dime una cosa, Michael, ¿te acuerdas de cuándo nos vimos la última vez?

Sí que me acordaba, pero antes de que pudiera contestar, dijo:

—Yo sí. Fue el 14 de abril de 1982.

—Hace ocho años —dije—. Qué increíble.

—Ocho años, cinco meses y siete días. Es mucho tiempo, lo mires por donde lo mires.

—Sí que lo es.

—Acabábamos de publicar tu segunda novela. Estabas teniendo unas críticas estupendas.

—¿En serio?

—Perfiles biográficos en las revistas... Entrevistas en los periódicos...

—Pero no se vendía nada.

—Pero se habría vendido, Michael. Se habría vendido con que tú...

—... hubiese seguido trabajando.

—... hubieses seguido trabajando, exactamente. —Le dio un buen trago a su vaso de papel—. Poco después me escribiste una carta. Supongo que no te acordarás de lo que decías en aquella carta.

Me acordaba demasiado bien. Pero antes de que yo pudiera decir palabra, dijo:

—Decías que no escribirías más novelas en una temporada, porque otro editor te

había encargado escribir un ensayo muy importante. Un editor de la competencia, cuyo nombre, todo hay que decirlo, nunca desvelaste.

Asentí, esperando a ver dónde quería ir a parar.

—Después de eso te escribí dos o tres cartas. No me contestaste nunca.

—Bueno, ya sabes lo que pasa... cuando estás metido a fondo en algo.

—Podía haber forzado la cosa. Podía no haberte dejado en paz, podía haberte caído encima como una losa. Pero decidí que no. Decidí esperar en la retaguardia, y ver lo que pasaba. Es una de las partes más importantes de mi trabajo, ¿sabes?, estar preparado para esperar en la retaguardia, y ver lo que pasa. Hay momentos en los que sabes positivamente que eso es lo que hay que hacer por puro instinto. Especialmente cuando estás tratando con un escritor por el que te has interesado personalmente, del que te sientes cercano.

Se quedó callado, y me dirigió lo que pretendía ser, sin ninguna duda, una mirada significativa. No sabiendo lo que significaba, la ignoré y cambié ligeramente de postura en mi asiento.

—Me sentía muy cercano a ti entonces, Michael. Yo te descubrí. Te saqué del arroyo. De hecho, y corrígeme si me equivoco, en aquellos tiempos habrías tenido motivos para verme no sólo como tu editor, sino como tu amigo.

No me apeteció corregirle, pero no me decidí a hacer un gesto de asentimiento ni de negación con la cabeza, así que no hice nada.

—Michael —dijo, inclinándose hacia delante—, hazme un favor.

—Hecho.

—Déjame que te hable un momento como amigo, y no como editor.

Me encogí de hombros.

—Tú mismo.

—De acuerdo. Pues hablándote como un amigo, y no como tu editor..., y espero que no te lo tomes a mal..., te diría..., a modo de crítica constructiva y porque tengo un interés personal en ti..., que tienes una pinta espantosa.

Me quedé mirándolo fijamente.

—Parece como si hubieras envejecido veinte años, Michael.

Traté de encontrar las palabras.

—¿Qué quieres decir? ¿Que parezco mayor?

—El caso es que siempre pareciste muy joven. Entonces siempre parecías diez años más joven de lo que eras, y ahora parece que tienes diez más de los que tienes de verdad.

Me quedé un momento pensando en esto, y dudé si comentar que, teniendo en cuenta los ocho años que habían pasado por el medio, debía de parecer que había envejecido treinta años. Pero, en vez de eso, me quedé allí sentado, abriendo y cerrando la boca como un pez atrapado en tierra.

—Así que ¿qué ha sucedido? —dijo Patrick—. ¿Qué te ha pasado?

—Pues no lo sé... La verdad es que no sé por dónde empezar. —En ese momento

Patrick se levantó, pero yo seguí hablando—. Los ochenta no fueron buenos para mí en general. Supongo que no lo fueron para mucha gente. —Él había abierto un armario, y parecía que estaba mirando al interior de la puerta—. Mi padre se murió hace unos años, y eso me afectó mucho, y luego..., bueno, como seguramente sabes, desde que rompí con Verity, la cosa no se me ha dado muy bien.

—¿Parezco más viejo? —preguntó Patrick de repente.

Me di cuenta de que estaba mirándose a un espejo.

—¿Qué? No, la verdad es que no.

—Pues yo sí me siento más viejo. —Volvió a sentarse, dejándose caer exageradamente—. De repente me parece que hace tantísimo tiempo de aquello..., cuando te presentaste en mi despacho, toda una joven promesa.

—Bueno, pues como te estaba diciendo, han pasado tantas cosas desde entonces: primero, la muerte de mi padre, que fue un golpe muy duro, y luego...

—Odio este trabajo, ¿sabes? Odio en lo que se ha convertido.

—Siento oírte decir eso. —Esperé a que se extendiera sobre el tema, pero sólo se produjo una pausa muy acusada—. Bueno, pues luego, como ya sabrás, desde que Verity y yo rompimos, ya no he tenido ningún éxito a la hora de...

—Quiero decir que ya no es lo mismo. El negocio entero ha cambiado hasta hacerse irreconocible. Todas las órdenes las recibimos de América, y nadie le presta la más mínima atención a lo que yo digo en las reuniones editoriales. A todo el mundo le importa un huevo la literatura, por lo menos la *auténtica* literatura, y la única clase de... valores que parecen preocuparle a todo el mundo son los que se pueden sumar en una hoja de balance. —Se sirvió otro vaso y le dio todo un sorbo; como si fuera auténtico whisky—. Pero ahora..., *ahora* te voy a contar algo que te va a hacer reír. Esto sí que te va a hacer partirte de risa. El otro día leí una novela nueva, a máquina. ¿A que no sabes quién la había escrito?

—Venga, dímelo.

—Una amiga tuya. Alguien de quien sabes muchas cosas.

—Ni idea.

—Hilary Winshaw.

Una vez más, no encontraba las palabras.

—Pues sí, ahora todo el mundo se dedica a ello, ¿sabes? No les llega con ser asquerosamente ricos, con agenciarse uno de los puestos de mayor poder en la televisión, y tener dos millones de lectores que pagan su dinerito todas las semanas para enterarse del polvo que hay debajo de la alfombra; ¡ahora quieren ser inmortales! Quieren que vengan sus nombres en el catálogo de la Biblioteca Británica, quieren sus seis ejemplares de regalo, y quieren poder encajar ese precioso volumen de pastas duras entre Shakespeare y Tolstói en la estantería de su cuarto de estar. Y lo van a conseguir. Lo van a conseguir porque la gente como yo sabe muy bien que, incluso si decidimos que hemos descubierto al nuevo Dostoievski, aun así vamos a vender la mitad de ejemplares de los que venderíamos de cualquier mierda

escrita por algún tipo que comenta el tiempo en la puñetera *televisión*.

Su voz se convirtió casi en un grito al pronunciar la última palabra. Luego se echó hacia atrás y se pasó las manos por el pelo.

—¿Y cómo es el libro de la tía esa? —pregunté, después de que hubiera tenido tiempo de serenarse un poco.

—Pues es el tipo de porquería habitual. Mogollón de gente de los medios de comunicación, que va de dinámica y de despiadada. Sexo cada cuarenta páginas. Recursos baratos, argumento manido, diálogos espantosos, lo podía haber escrito un ordenador. Seguramente lo escribió un ordenador. Vacío, hueco, materialista, charro. Lo suficiente como para hacer vomitar a cualquier persona civilizada, la verdad. —Se quedó mirando tristemente al infinito—. Y lo peor de todo es que ni siquiera aceptaron mi oferta. Alguien me dejó fuera por diez de los grandes. Cabrones. Estoy seguro de que va a ser el éxito de esta primavera.

Por lo visto, no era nada fácil romper el silencio subsiguiente. A Patrick se le salían los ojos de las órbitas, como a una rana, mientras miraba más allá de mí, y parecía que se había olvidado completamente de que yo estaba en la habitación.

—Mira —dije por fin, dejando ver claramente que consultaba el reloj—, me tengo que ir a otra cita que tengo enseguida. Si por lo menos me dijeras alguna cosa sobre lo que te he mandado...

Los ojos de Patrick se volvieron hacia mí lentamente y me enfocaron. Una sonrisita melancólica y soñadora apareció en su cara. No creo que me hubiera oído.

—De todos modos, puede que todo esto no importe nada —dijo—. Puede que estén sucediendo cosas mucho más importantes en el mundo, y que mis problemitas no importen nada de nada. Hasta puede que pronto estemos en guerra...

—¿En guerra?

—Bueno, eso empieza a parecer, ¿no? Inglaterra y Francia mandando más tropas a Arabia Saudí. El domingo expulsamos a toda esa gente de la embajada iraquí. Y ahora encima se mete el ayatollah, y llama a la guerra santa contra los Estados Unidos. —Se estremeció—. Te lo digo yo, las consecuencias de esta situación tienen una pinta bastante macabra desde donde yo estoy sentado.

—¿Quieres decir que, tan pronto empiece la guerra, Israel va a verse metida en el lío y, antes de que nos demos cuenta, las relaciones en Oriente Medio aún van a ser peores? ¿Y luego, si la ONU se va al garete por la tensión, ya estamos otra vez en plena guerra fría y puede haber la posibilidad de una guerra nuclear limitada?

La mirada de Patrick expresaba pena ante mi ingenuidad.

—No, nada de eso —dijo—. La cosa es que, si no sacamos una biografía de Sadam Husein en los próximos tres o cuatro meses, nos van a mear encima todos los editores de la competencia de esta ciudad. —Me miró con un repentino brillo de desesperación en los ojos—. Tal vez tú podrías escribirnos una. ¿Qué dices? Mes y medio para investigar, mes y medio para escribirla. Veinte mil por adelantado, si conservamos los derechos del extranjero y los de hacer una serie para la tele.



—Patrick, no puedo creer lo que estoy oyendo. —Me levanté, me paseé de lado a lado de la habitación un par de veces y luego le miré directamente a la cara—. No me puedo creer que seas la misma persona con la que tuve todas aquellas discusiones hace ocho años. Todos aquellos rollos sobre... la permanencia de la gran literatura, la necesidad de mirar más allá de los horizontes de lo puramente contemporáneo. Quiero decir, ¿qué está haciendo contigo este trabajo?

Vi que por fin había conseguido llamar su atención y, por la velocidad a la que se le caía la cara, que mi mensaje tal vez le hubiera calado. Así que decidí apretar más las tuercas.

—Tenías tanta fe en la literatura, Patrick. Nunca había visto nada parecido. Me quedaba sentado en esta silla escuchándote hablar, y era como una... revelación. Tú me enseñaste las verdades eternas. Los valores que trascendían generaciones y siglos, y que se esconden en las grandes creaciones de todas las culturas. —No iba a poder seguir con aquel rollo mucho tiempo, ciertamente—. Me enseñaste a olvidarme de las verdades cotidianas, las verdades efímeras, las verdades que parecen importantes un día e irrelevantes el siguiente. Me hiciste ver que hay una verdad más importante que todas éstas. *La literatura*, Patrick. —Dejé caer la mano sobre el manuscrito, que aún se encontraba sobre la mesa—. *La literatura*, Patrick, eso es lo importante. Eso es en lo que tú y yo creíamos, y eso es a lo que he vuelto. Creí que serías el que mejor lo comprendería.

Se quedó callado un momento, y cuando volvió a hablar, le tembló la voz de emoción.

—Tienes razón, Michael. Lo siento, de verdad. Has venido a saber mi opinión sobre algo que has escrito, algo que te afecta profundamente, y lo único que hago es contarte mis propios problemas. —Me indicó con la mano que me sentara otra vez—. Venga, siéntate. Vamos a hablar de tu libro.

Decidido a conservar mi ventaja, alcé la mano en un gesto de desaprobación y dije:

—A lo mejor no es un buen momento. He quedado con otra persona, y puede que a ti te haga falta pensártelo un poco más antes de decidirte, así que por qué no...

—Ya he tomado una decisión sobre tu libro, Michael.

Me senté inmediatamente.

—¿En serio?

—Pues claro. No te habría dicho que vinieras si no lo hubiera hecho.

Ninguno de los dos habló durante unos instantes. Luego yo dije:

—¿Y qué?

Patrick se recostó en su sillón y sonrió burlonamente.

—Creo que será mejor que antes me hables un poco de él. De sus antecedentes. ¿Por qué has escrito un libro sobre los Winshaw? ¿Por qué has escrito un libro sobre ellos que parece que empezó como una crónica y luego se convirtió en una novela? ¿Cómo coño se te ocurrió esa idea?

Contesté a esas preguntas sinceramente, con precisión y extendiéndome bastante. Tras lo cual, ninguno de los dos habló durante unos segundos. Luego yo volví a preguntar:

—¿Y qué?

—Bueno... No hace falta que te diga que tenemos un serio problema con este libro, Michael. Es un libelo con todas las de la ley.

—Eso no es problema —dije—. Lo cambiaré todo: nombres, sitios, tiempos, todo. Esto no es más que un comienzo, ¿entiendes?, un punto de partida. Puedo borrar mis huellas, puedo conseguir que todo sea irreconocible. Esto no es más que un comienzo.

—Mmm. —Patrick juntó los índices y se los llevó pensativamente a la boca—. Bueno, ¿y entonces en qué se nos queda la cosa exactamente? Pues en un libro difamatorio, que persigue el escándalo con un tono reivindicativo, que está abiertamente escrito a mala idea, y que incluso en algunas partes, si no te importa que te lo diga, es un poco superficial.

Solté un suspiro de alivio.

—¿Así que lo publicaréis?

—Supongo que sí. Pero le hace falta una revisión tuya y, por supuesto, que le pongas una especie de final.

—Totalmente de acuerdo. Es en lo que estoy trabajando, y espero que se me ocurra algo... pronto. Muy pronto. —Con la emoción, me inundó una ola de cariño hacia Patrick—. ¿Sabes?, estaba seguro de que éste era el libro perfecto tal como está el mercado, pero no te imaginas lo mucho que necesitaba oírtelo decir. Estaba preocupado, la verdad, con eso de que fuera tan distinto a mis otras novelas...

—No es tan distinto —dijo, sacudiendo la mano.

—¿No te lo parece?

—Hay un nexo estilístico muy definido entre esto y tu último libro, por ejemplo. Reconocí tu voz inmediatamente. En muchos aspectos, éste tiene los mismos puntos fuertes, y los mismos...

—¿Y los mismos qué? —pregunté, después de que él se quedara en suspenso.

—¿Decías?

—Ibas a decir algo. Los mismos puntos fuertes, ¿y los mismos qué?

—Ah, ya, da igual. De verdad.

—Los mismos puntos débiles, eso es lo que ibas a decir, ¿a que sí? Los mismos puntos fuertes y los mismos puntos débiles.

—Pues sí, si quieres que te lo diga.

—¿Y eso qué significa?

—Bueno, no nos vamos a preocupar ahora de eso.

—Venga, Patrick, dímelo.

—Bueno. —Se levantó y se acercó a la ventana. El aparcamiento y el muro de ladrillos no parecieron inspirarle mucho—. Supongo que no te acordarás, ¿verdad?,

de lo que hablamos la última vez que nos vimos, de la última conversación que tuvimos hace todos estos años.

Me acordaba perfectamente.

—Así, de improviso, no.

—Hablamos un montón de tu trabajo. Hablamos un montón de tu trabajo anterior, de tu futuro trabajo, del trabajo que te traías entre manos en aquel momento, y yo me arriesgué a hacerte una pequeña crítica que parece que te molestó bastante. No creo que te acuerdes de lo que era.

Casi podía acordarme de las palabras exactas.

—Pues no sabría decirte exactamente.

—Te insinué... Bueno, te insinué, si he de ser sincero, que a tu escritura le faltaba algo de pasión. ¿No te acuerdas?

—Creo que no.

—No es que esa insinuación te hiciera sentirte ofendido. Es que también me atreví a sugerir (y supongo que ahí me pasé de presuntuoso) que la explicación podía residir en el hecho de que también le faltaba algo de pasión (bueno, ¿cómo te lo podría decir?)... a tu vida. A falta de una palabra mejor. —Se quedó mirándome atentamente, lo suficiente como para poder decir—: Te acuerdas, ¿no?

Le sostuve la mirada hasta que mi indignación sacó lo mejor de mí.

—No sé cómo puedes decir eso —farfullé—. Este libro está lleno de pasión. Lleno de ira, en el peor de los casos. Si consigue comunicar algo, es lo mucho que odio a esa gente, lo *malvados* que son, cómo lo han estropeado todo con sus intereses creados y su influencia y sus privilegios y su dominio absoluto de los centros de poder; cómo nos han acorralado a todos, cómo se han repartido estupendamente todo este maldito país entre ellos. Tú no sabes lo que ha sido, Patrick, rodearme de toda esa familia durante tantos años; día tras día sin más compañía que los Winshaw. ¿Por qué te crees que me ha salido así el libro? Porque escribirlo todo, intentar reflejar la *verdad* sobre ellos, fue lo único que me impidió querer matarlos. Cosa que alguien hará un día de éstos, por cierto.

—Está bien, déjame ponerlo de otra...

—Me pasma que digas que no hay *pasión* en él, la verdad.

—Bueno, tal vez *pasión* no sea la palabra adecuada. —Titubeó, pero sólo un segundo—. De hecho, ni siquiera fue ésa la palabra que empleé la primera vez que tuvimos esta conversación. Si he de serte absolutamente franco, Michael, te comenté que en tu obra había una carencia de *sexo* (*sexo* fue exactamente la palabra que usé, ahora que lo pienso), y luego me dediqué a especular si eso podría significar (podría significar, eso fue todo lo que dije) que también, y de la misma forma, se daba una carencia paralela y... concomitante de... *sexo*... en tu... Déjame ponerlo de otra manera: en tu escritura no existe una *dimensión sexual* en este momento, Michael, y me limitaba a preguntarme si eso podría deberse a que tampoco exista (o por lo menos no mucha) una *dimensión sexual* en tu..., en tu vida, tal como están las cosas.

—Ya entiendo. —Me levanté—. Patrick, me has desilusionado. No creía que fueras esa clase de editor que les dice a sus autores que metan sexo en sus libros para ayudar a que se vendan.

—Es que no es eso lo que estoy diciendo. No estoy diciendo eso en absoluto. Estoy diciendo que hay un aspecto crucial de la experiencia de tus personajes que simplemente no sale a relucir en tu libro. Lo evitas. No lo abordas directamente. Si no te conociese bien, diría que le tienes miedo.

—No voy a quedarme aquí a oírte decir esas cosas —dije mientras me dirigía hacia la puerta.

—¿Michael?

Me volví.

—Esta noche te mando el contrato por correo.

—Gracias —dije, y estaba a punto de irme, cuando algo me hizo detenerme y añadí—: Me tocas el punto débil, ¿sabes?, cuando dices todo eso... de que a mi vida le falta algo.

—Ya lo sé.

—De todos modos, las buenas escenas de sexo son muy difíciles de escribir.

—Ya lo sé.

—Gracias, de todas formas.

Otra ocurrencia tardía:

—Tenemos que comer juntos un día de éstos, como en los viejos tiempos.

—La editorial ya no me deja pagarles la comida a mis autores —dijo Patrick—. Pero, de todos modos, si conoces algún sitio barato, siempre podemos pagar a medias.

Se servía más agua cuando me marché.

Mi encuentro con Patrick había durado mucho más de lo que yo suponía, y casi llegué tarde a Vanity House. Había contado con comer algo por el camino en algún sitio que me pillara de paso, pero no me daba tiempo, así que tuve que apañármelas con unas cuantas chokolatinas más. Probé una de esas nuevas barritas que se llaman Twirls: unas espirales de escamas de chocolate, recubiertas de un sabroso baño cremoso y succulento. No estaban mal, la verdad, aunque realmente le echasen valor al llamarlas «nuevas», porque era muy evidente que la idea le debía mucho a la del Ripple. Sin embargo, de alguna manera, éstas parecían más duras: llevaban más tropezones y resultaban más sustanciosas. También me había comprado un paquete de Maltesers, pero no me apetecía abrirlo.

Estaba impaciente por presentarme en la Peacock Press, y en parte por una razón que quizá parezca estúpida. La primera persona con la que había hablado allí (la persona que de hecho me había propuesto la idea del libro sobre los Winshaw) era una mujer llamada Alice Hastings, y me parecía que nos habíamos caído bien de entrada. También debería añadir que era joven y muy guapa, y gran parte del atractivo de todo el proyecto residía en las oportunidades que me ofrecía de volver a encontrarme con ella. Pero no había sido así. Tras aquel encuentro inicial, me habían puesto bajo la tutela de una tal señora Tonks, una mujer franca y nada antipática, bastante mayor, que asumió posteriormente toda la responsabilidad de supervisar la marcha del libro. Se lo tomaba muy en serio y hacía lo que podía para darme la sensación de que se preocupaba por mí; todas las Navidades, por ejemplo, me mandaba un paquete con sus libros favoritos del catálogo de ese año, envueltos en papel de regalo. Así fue cómo mi biblioteca llegó a albergar joyas tan escogidas como *Grandes fontaneros de Albania*, *300 años de halitosis*, el ensayo pionero del reverendo J. W. Pottage *¿Te crees que sabes algo de los plintos?*, y unas memorias francamente inolvidables (aunque el nombre de su autor se me escapa), tituladas *Una vida dedicada al empaquetado — Fragmentos de una autobiografía: volumen IX — Los años del porespán*. Por mucho que apreciara su generosidad, la habría cambiado por volver a ver a Alice, y en las raras ocasiones (nada más que tres o cuatro) en las que me había personado en la oficina, nunca dejé de preguntar por ella. Pero había querido la suerte que siempre hubiera salido a comer, o de vacaciones, o que estuviera ocupada lidiando con un autor. Y sin embargo, y aunque resulte absurdo, incluso en aquel momento, ocho años después de que la hubiese visto por última vez, sentí una especie de dulce punzada de nostalgia sexual mientras entraba en el edificio; y la idea de que podría volver a verla un momento; o hasta intercambiar unas palabritas con ella, dio una cierta elasticidad a mis pasos y una airosa soltura a mi muñeca cuando apreté el botón del noveno piso del ascensor.

Ese día, en cualquier caso, hasta la modesta eficiencia de la señora Tonks era una

perspectiva alentadora: hablar de negocios con ella sería un asunto sin mayores complicaciones después de haber tratado con Patrick. Por lo menos ésas eran mis expectativas cuando me escruté a mí mismo en el espejo y me limpié una mancha de chocolate que tenía en el labio de abajo, mientras el ascensor me llevaba suavemente hasta arriba.

Tuve la sensación de que había algo nuevo en el ambiente, sin embargo, cuando la señora Tonks, en vez de hacerme esperar en recepción, salió rápidamente para verme en cuanto le dijeron que había llegado. Su cara recia y de ejecutiva estaba más colorada de lo habitual, y sus dedos jugueteaban nerviosos con las pesadas cuentas de madera que colgaban bajo su pecho bamboleante.

—Señor Owen —dijo—. Llevo intentando hablar por teléfono con usted toda la mañana. Intentaba ahorrarle el viaje.

—¿No ha tenido tiempo de echarle un vistazo al manuscrito? —pregunté, mientras la seguía hasta su despacho amplio y confortable, bellamente decorado con bonsáis y modernos cuadros abstractos.

—Tenía intención de leerlo hoy, antes de que apareciera usted —dijo a la vez que me indicaba con la mano que me sentara—, pero no me lo han permitido las circunstancias. El caso es que todo está revuelto. Ha habido un pequeño contratiempo. Para no tenerle en suspenso más tiempo, anoche entraron a robarnos.

Nunca se me ocurre nada inteligente que decir en respuesta a tales afirmaciones. Mi contestación fue algo así como:

—¡Qué tremendo! —seguida de—: espero que no hayan perdido nada importante.

—No han robado nada —dijo la señora Tonks—, salvo su manuscrito.

Aquello me cerró la boca.

—Estaba en el cajón superior de mi escritorio —prosiguió—. Parece que al ladrón no le llevó mucho tiempo encontrarlo. Aún no se lo hemos notificado a la policía; quería hablar primero con usted. Señor Owen, ¿hay alguna razón para que esto haya sucedido ahora, justo cuando acabábamos de recibirlo? ¿Ha hecho usted algo recientemente que pueda haber puesto a alguien sobre aviso de que se había puesto a trabajar otra vez en este libro?

Lo pensé un momento y respondí:

—Sí.

Mientras me paseaba enfadado por la habitación (el enfado era conmigo mismo), le expliqué lo del anuncio del periódico.

—Pretendía ser una declaración de guerra, más que otra cosa. Un desafío en clave. Bueno, es evidente que alguien lo ha aceptado.

—No debería haber hecho eso —dijo la señora Tonks—. Darles nuestra dirección sin consultarnos previamente. De todos modos, eso nos deja el campo abierto. Podría haber sido cualquiera.

—No, no opino lo mismo —dije, a la vez que una sospecha empezaba a tomar cuerpo en mi interior—. Hay unos cuantos miembros de la familia que ya han

manifestado su interés en que este libro desaparezca, y no me sorprendería nada...

La señora Tonks escuchaba.

—Me parece que vamos a tener que consultar al señor McGanny —dijo—. Venga conmigo, por favor.

Me llevó hasta recepción, y desapareció un momento en otro despacho, dejándome a solas con la secretaria. Arrullado por el suave tecleo de su ordenador, me puse a cavilar sin orden ni concierto sobre cuál de los Winshaw podía haber birlado mi manuscrito (o, seguramente, contratado a alguien para que lo hiciera). El candidato más obvio era Henry: al fin y al cabo, ya había intentado quemarlo en una ocasión. Pero tampoco se podía descartar del todo a ninguno de los otros Winshaw. Quienquiera que fuera el que estuviera detrás de ello, no parecía muy probable que su objetivo fuese la destrucción del libro: seguro que se habrían anticipado a que yo hiciera varias copias; así que cabía presumir que su intención era simplemente averiguar hasta qué punto habían llegado mis investigaciones. Decidí no preocuparme de eso hasta que supiese unas cuantas cosas más. Era el momento adecuado para hacer otra pregunta más urgente.

Me acerqué como quien no quiere la cosa a la mesa de la secretaria y le pregunté con una soltura afectada:

—Supongo que... la señorita Hastings no estará aquí ahora, ¿verdad?

Se quedó mirándome con unos ojos aburridos, sin expresión.

—No soy fija, estoy haciendo una sustitución —dijo.

Justo en ese momento reapareció la señora Tonks y me hizo una seña para que la siguiera. Nunca había visto al señor McGanny, el director gerente de la editorial, y no sabía muy bien qué esperar. Para empezar, la suntuosidad de su despacho me cogió por sorpresa: era todo un alarde de sillones de cuero, con un gran ventanal que daba al parque del barrio. Por lo que respecta a él mismo, le eché unos cincuenta y tantos; su cara me recordó la de un caballo (un purasangre, tal vez, que tirase a bonito y a flaco), y en vez del acento escocés que me había imaginado, hablaba con la pausada y fina entonación de Oxbridge<sup>[16]</sup> del inglés educado en colegios privados.

—Siéntese, Owen, siéntese. —Se volvió hacia mí tras su escritorio. La señora Tonks se quedó junto a la ventana—. Parece que ha pasado algo importante con el libro de los Winshaw. ¿Qué conclusión saca usted de todo esto?

—Me parece que mi línea de investigación ha empezado a resultarles demasiado polémica a ciertos miembros de la familia. Creo que tal vez quisieran un anticipo de lo que me proponía escribir exactamente.

—Mmm. Bueno, pues es una manera muy sucia de intentarlo, es lo único que puedo decir. —Se echó hacia adelante—. Le seré franco, Owen. No me gustan las polémicas.

—Ya.

—Pero todas las cosas tienen dos caras. No le encargué que escribiera este libro, y no me importa nada lo que ponga en él. Eso es cosa de la señorita Winshaw.

Depende de ella lo que pueda ir en él y lo que no, y me parece que eso le da a usted bastante libertad, ya que todos sabemos, y no vamos a andarnos por las ramas, que le faltan unos cuantos tornillos, por decirlo suavemente.

—Más bien.

—Le seré franco, Owen. Creo entender que, a través de sus abogados, la señorita Winshaw ha llegado a un acuerdo económico que a usted le conviene bastante.

—Se podría decir así.

—Y no hay ningún inconveniente en que sepa que ha hecho exactamente lo mismo con un servidor; es decir, con esta editorial. —Tosió un poco—. Así que la pura verdad es que no hay ninguna prisa en que termine ese libro. Ninguna prisa. Cuanto más tarde mejor, en realidad. —Volvió a toser—. Del mismo modo, espero que no se plantee dejarlo en ningún caso, sólo porque lo han intimidado un poco varias personas interesadas...

Sonó un zumbador sobre el escritorio.

—¿Sí? —dijo, pulsando un botón.

La voz de la secretaria:

—He conseguido hablar por fin con el teniente coronel de aviación Fortescue, señor. Dice que está seguro de que echó el talón al correo la semana pasada.

—¡Hmm! Mándele la carta habitual. Y no me moleste más, a no ser que sea urgente.

—También ha llamado su hija, señor.

—Ya... Supongo que para cancelar la cena. Preferirá verse con algún novio nuevo.

—Pues no; dijo que, como habían suspendido la audición que tenía esta tarde, iba a venir a buscarle antes. Viene para acá.

—Ah. Está bien, gracias.

El señor McGanny se quedó pensando un momento, y luego se levantó bruscamente.

—Bueno, Owen, creo que ya he dicho todo lo que tenía que decirle en esta coyuntura. Los dos estamos muy ocupados. Como lo está la señora Tonks. No tiene sentido andar dándole vueltas cuando tenemos tanto que hacer.

—Le acompaño hasta el ascensor —dijo la señora Tonks, a la vez que se adelantaba y me cogía del brazo.

—Me alegro de haberle visto, Owen —dijo el señor McGanny, mientras ella me empujaba hacia la puerta—. La cabeza gacha y el pecho alto, ¿eh?

Antes de que me diera tiempo a contestarle, ya estaba fuera de su despacho.

—¿En qué va a volver a casa? —me preguntó la señora Tonks, que me sorprendió un poco al bajar conmigo en el ascensor—. ¿Va a coger un taxi?

—La verdad es que no lo había pensado...

—Le llamaré uno —Y efectivamente, me acompañó hasta la calle y no tardó nada en parar un taxi.



—No hacía falta que se molestara —dije, abriendo la puerta y casi esperando que se subiese conmigo.

—No es ninguna molestia. Nos gusta mimar a nuestros autores. Sobre todo —con una sonrisa afectada—, a los importantes.

El taxi arrancó y se detuvo ante un grupo de semáforos casi inmediatamente. Mientras esperábamos, me fijé en que pasaba un taxi en dirección contraria y se paraba en el exterior de la entrada principal de Vanity House. Salió una mujer y me volví para verla, suponiendo que se trataría de la hija del señor McGanny y espoleado por una vaga curiosidad de saber cómo era. Pero no; para mayor sorpresa y mayor placer (aunque este último fuera bastante irracional), resultó que la que se bajaba era Alice Hastings.

—¡Alice! —la llamé por la ventanilla—. ¡Hola, Alice!

Se había agachado para pagar al conductor y no me oyó; entonces se abrió el semáforo y mi taxi arrancó. Tenía que alegrarme de saber que al menos aún trabajaba para aquella empresa, y de que, a juzgar por lo que había visto, no había cambiado mucho en todos aquellos años desde la primera vez que nos vimos.

No había pasado mucho rato cuando el taxista abrió la mampara y dijo:

—Disculpe, compañero, pero supongo que no conocerá a nadie que pueda estarle siguiendo, ¿verdad?

—¿Que me pueda estar siguiendo? ¿Por qué?

—Por el dos caballos azul ese, un par de coches más atrás.

Me volví para mirar.

—No podría jurarlo con todo este tráfico, claro, pero sigue ahí detrás después de un par de atajos que me sé, así que he pensado...

—Es posible... —dije, esforzándome por ver al conductor.

—Bueno, apuraré un poco y veremos qué pasa. —No volvió a abrir la boca hasta que casi llegamos a Battersea—. No, lo hemos perdido. Debían de ser imaginaciones mías.

Di un suspiro de alivio sin hacer ruido, y me recosté en el asiento. Había sido un día muy largo. A esas alturas no me apetecía nada más que pasar la noche a solas en mi piso con la televisión y el vídeo. Ya estaba bien de gente por una temporadita. Me agotaban. Ni siquiera quería ver a Fiona cuando llegué a casa.

El conductor del taxi estaba contando la vuelta y dándomela por la ventanilla cuando un dos caballos azul se acercó petardeando, y aceleró cuando pasaba por delante de nosotros.

—¡Que me folle un pez! —dijo, mientras se quedaba mirándolo—. Nos *estaban* siguiendo. Ándese con cuidado, compañero: alguien le sigue la pista.

—Puede que tenga razón —murmuré, mientras el coche desaparecía por la esquina de mi edificio—. Puede que tenga mucha razón.

Y, sin embargo, al mismo tiempo no podía dejar de pensar: ¿un dos caballos viejo y hecho polvo? Ni el propio Henry Winshaw sería así de rebuscado.

## HENRY



*21 de noviembre de 1942*

¡Hoy cumpla dieciséis! Los viejos me han regalado esta estupenda agenda de piel en la que voy a anotar todos mis pensamientos secretos de ahora en adelante<sup>[17]</sup>. También me han metido, claro, otras 200 libras en mi libreta de ahorros, aunque no puedo tocarlas hasta dentro de cinco años, ¡vaya lata!

Por la tarde me dieron una fiesta fenomenal. Vinieron Binko, El Gordi, El Albóndiga y Squidge, y también una o dos representantes del bello sexo, como la deliciosa Wendy Carpenter, que no habló demasiado conmigo. Una pena<sup>[18]</sup>. Thomas estuvo antipático y chulito, como siempre. Pero lo que me sorprendió de verdad fue que el tío Godfrey apareciese como por arte de magia. Por lo visto está de permiso en Winshaw Towers, y se hizo todo el camino en coche hasta aquí sólo para ver a un servidor. Llevaba puesto el uniforme completo de la RAF y tenía una pinta estupenda. Subió hasta mi dormitorio para echarles un vistazo a mis maquetas de Spitfires y nos enredamos en una conversación bastante profunda, toda sobre El Alamein y sobre cómo se proporciona el estímulo necesario para que todos conserven la moral. Él decía que los chicos ya están pensando en lo mejores que van a ser las cosas después de la guerra, y empezó a ponerse lírico con algo llamado el Informe Beveridge<sup>[19]</sup>, que por lo visto dice que todo el mundo va a mejorar su nivel de vida a partir de ahora, hasta las clases trabajadoras y la gente así. Cuando se fue, me metió un billete de cinco libras en el bolsillo sin decir palabra. La verdad es que a cualquiera le encantaría tener un tío tan majo.

15 de diciembre de 1942

El peor día de mi vida hasta hoy, sin la menor duda. Hubo unas escenas espantosas en Winshaw Towers cuando fuimos a rendirle homenaje al pobre tío Godfrey. Nadie se cree del todo que ya no esté con nosotros; hace menos de un mes que vino a mi fiesta de cumpleaños<sup>[20]</sup>. El funeral fue horrible, con los abuelos tan destrozados y la capilla tan helada, y con el viento aullando fuera y todo eso. Pero la noche antes nos quedamos en la propia casa, donde hubo una escenita la mar de horrible. La pobre tía Tabs se ha vuelto completamente majara con la noticia, ¡y empezó a acusar al tío Lawrence de asesinar a su propio hermano! Lo atacó físicamente en el vestíbulo cuando bajaba a cenar: trató de darle en la cabeza con un mazo de croquet. Parece ser que es la sexta vez que lo intenta. Trataron de impedirme ver lo que pasaba, pero, mientras estábamos cenando, llegaron unos médicos, y oí cómo chillaba la pobre tita cuando la llevaban hasta la puerta principal. Luego oí arrancar a una ambulancia, y ya no volvimos a verla. La vieja dice que se la han llevado a alguna parte donde «cuidarán bien de ella». Espero que se recupere pronto.

Tengo que confesar que sé muy bien cómo se siente. La verdad es que en el funeral se me hizo un nudo en la garganta, y el resto de la tarde estuve bastante alicaído, venga a pensar sobre la inutilidad de la guerra y profundidades por el estilo. Cuando el viejo nos traía para casa empecé a escribir mentalmente esta especie de poema:

*En memoria del tío Godfrey*

Llorad, sí, llorad, soldados guerreros,  
porque él ya no se cuenta entre vosotros.  
El viento que aúlla en torno a la iglesia,  
las gotas de lluvia, las hojas que caen,  
caen esta vez por el hijo de Matthew  
tan cruelmente abatido por los Hunos.  
Pero debemos luchar, no rendirnos;  
¡qué amarga alegría si aún ganamos!  
Solíamos llamarlo «tío God»<sup>[21]</sup>;  
y ahora yace bajo el césped de Yorkshire,  
y no disfrutará de la victoria;  
tendrá que limitarse a criar malvas<sup>[22]</sup>.

Cuando el viejo subió a darme las buenas noches, le dije que creía que no podría soportar ir a la guerra, la sola idea me parecía espantosa. No sé lo que haré cuando lleguen los papeles de reclutamiento. Pero él me contestó que no me preocupara por eso, y dijo algo que no entendí muy bien sobre que la cosa es más complicada de lo que parece. No estoy muy seguro de lo que quiso decir, pero me fui a la cama consolado de una manera extraña.

*12 de noviembre de 1946*

Tras una auténtica lata de clase particular con el señor Goodman, mi nuevo profesor de estadística (aunque está bastante decrépito, la verdad), me fui a dar un paseo por los jardines de La Magdalena. Oxford estaba muy bonito en esta tarde de otoño. Cada vez me siento más como en mi casa. Después de eso, decidí ir por fin a una reunión de la Asociación Conservadora. Al viejo le va a encantar. (Tengo que escribirle y contárselo.)

Y ahora, querido diario, estoy a punto de confiarte una información sumamente secreta: porque la verdad es que CREO QUE ESTOY ENAMORADO. ¡Sí! ¡Por primera vez en mi vida! La presidenta de la asociación es una chica de Somerville llamada Margaret Roberts, ¡y tengo que decir que es una auténtica joya<sup>[23]</sup>! Una cabeza absolutamente preciosa de pelo castaño; sólo quisiera enterrarme en ella. La mayor parte del tiempo lo único que pude hacer fue quedarme mirándola, pero luego hice acopio del valor necesario para levantarme y decir cuánto había disfrutado de la reunión. Ella me dio las gracias, y dijo que esperaba que volviera. ¡A ver quién me lo impide!

Soltó un discurso increíblemente brillante. Todo lo que dijo era verdad. La pura verdad. Nunca se lo había oído decir a nadie tan claro.

Mi corazón y mi mente te pertenecen, Margaret; puedes hacer con ellos lo que quieras.

*11 de febrero de 1948*

Hoy vino el tío Lawrence. Buena cosa, porque sólo estamos a mitad de trimestre y ya se me está acabando el dinero, y siempre se puede contar con que el tío te meta algo en el bolsillo cuando se va. Gillam estaba en mi cuarto cuando él llegó sobre las doce y media, así que también se vino a almorzar con nosotros. Creí que se iba a armar la gorda, porque inevitablemente acabarían hablando de política; sin embargo, la cosa salió bastante bien. Gillam está totalmente a favor de los laboristas; siempre hemos intentado dejar a un lado el tema en general, pero personalmente pienso que la mayoría de las cosas que dice son un montón de tonterías. De todas formas, el tío enseguida se dio cuenta de que es un bevanista<sup>[24]</sup> recalcitrante, y empezó a tomarle el pelo sobre unas cosas y otras. Le preguntó qué pensaba acerca de la Sanidad Pública, y por supuesto Gillam la puso por las nubes. Pero entonces el tío dijo: «En ese caso, ¿por qué te parece que todos los médicos se oponen a ella?»; porque, por lo visto, ayer mismo la asociación de médicos inglesa votó (una vez más) en contra de cooperar en todo ese asunto. Gillam dijo una estupidez sobre que había que oponer resistencia a las fuerzas reaccionarias, y entonces el tío volvió a desarmarlo diciendo que, de hecho, como hombre de negocios, la idea de centralizar la salud pública le

parecía muy bien, porque a la larga se la podría llevar como un negocio, con sus accionistas y su junta directiva y su director gerente, y ésa era la manera de asegurarse de que fuera eficaz, llevarla como si fuera un negocio, es decir, con afán de obtener beneficios. A Gillam todo esto le pareció un anatema, claro. Pero el tío ya estaba lanzado, y empezó a decir que, en realidad, la Sanidad Pública, si se la dirigía bien, podía llegar a convertirse en el negocio más lucrativo de todos los tiempos, porque los cuidados médicos eran como la prostitución, algo de lo que nunca dejaría de haber demanda: era inagotable. Dijo que, si alguien conseguía que lo nombraran director de una sanidad pública privatizada, pronto se convertiría en el hombre más rico y más poderoso de todo el país. Gillam respondió que eso nunca sucedería, porque el artículo en cuestión (la vida humana) no se podía cuantificar. La calidad de vida, dijo, no era algo a lo que se le pudiera poner precio, y añadió: «A pesar de lo que Winshaw pueda decir en contra.» Ésa fue una alusión bastante halagadora a un artículo que entregué a la Sociedad Pitagórica el año pasado, bajo el título «Se puede medir la calidad», en el que afirmaba (de un modo bastante frívolo, todo hay que decirlo) que no hay condición (ya sea espiritual, metafísica, psicológica o sentimental) que no pueda ser expresada matemáticamente, con alguna especie de fórmula. (Parece que ese artículo causó cierta sensación: Gillam le dijo de pasada al tío que su título sale siempre a colación cada vez que se menciona mi nombre.)

Después de comer, el tío y yo tomamos el té juntos en mi cuarto. Le felicité por haberle tomado el pelo a Gillam tan bien, pero él aseguró que la cosa había ido completamente en serio, y que haría bien en acordarme de todo lo que había dicho sobre la Sanidad Pública. Me preguntó qué pensaba hacer cuando dejase Oxford, y le dije que no lo había decidido, que seguramente empresariales o políticas. Cuando dije «políticas» me preguntó que qué tendencia y yo le contesté que no sabía, y él dijo que en este momento daba un poco igual, que ahora las dos estaban muy a la izquierda, que era la reacción contra Hitler. Luego dijo que había unas cuantas empresas en las que me podía conseguir algún puesto, si yo quería: no tenía sentido empezar desde abajo, también podía empezar directamente de jefe. Así que se lo agradecí, y le dije que lo tendría en cuenta. Hasta ahora nunca me había importado mucho el tío Lawrence, pero parece muy buena persona. Cuando se marchaba, me dio ochenta libras en billetes de diez, que me vendrán muy bien todas estas semanas que faltan<sup>[25]</sup>.

SERVICIO DE TRANSCRIPCIÓN DE LA BBC

TÍTULO DEL PROGRAMA: «Asuntos de importancia»

FECHA DE EMISIÓN: 18 de julio de 1958

PRESENTADOR: Alan Beamish<sup>[26]</sup>

BEAMISH: Pasamos ahora a otro apartado, al que hemos denominado «Parlamentarios sin cargo», y del que esperamos que pronto se convierta en una sección

habitual del programa. Si queremos saber la opinión del primer ministro sobre cualquier asunto en particular, o... la opinión del líder de la oposición, por ejemplo, todos sabemos dónde hay que mirar. Podemos encontrarlas en los periódicos o escucharlas en la radio. Pero ¿qué pasa con el diputado... corriente, y en activo, el que no posee ningún cargo en concreto, el hombre que *ustedes* han elegido para representar lo mejor posible los intereses de su propia comunidad? ¿Qué es lo que opina de las... cuestiones políticas más importantes del momento? Tengo el placer de recibir en este estudio a nuestro primer invitado de esta serie, Henry... Winshaw, diputado laborista por Frithville y Ropsley. Buenas noches, señor Winshaw.

WINSHAW: Buenas noches. Bueno, pues lo que el gobierno no acaba de comprender...

BEAMISH: Un momento, señor Winshaw. Déjeme interrumpirle un momento para leer una breve nota biográfica, de modo que los espectadores que están en sus casas puedan saber algo sobre su vida.

WINSHAW: Ah, sí, claro. Naturalmente.

BEAMISH: Nació usted en Yorkshire, creo, y se licenció en Matemáticas por la Universidad de... Oxford. Después de dejar la universidad, si no me equivoco, trabajó usted en la industria, y ocupaba el puesto de director gerente en el consejo de administración de Lambert y Cox cuando se presentó como candidato del Partido Laborista.

WINSHAW: Sí, exactamente.

BEAMISH: Fue usted elegido diputado en 1995, pero conservó su puesto en Lambert, y además ha continuado siendo miembro directivo en activo de Spraggon Textiles y Daintry Ltd.

WINSHAW: Bueno, es que me parece muy importante mantenerse en contacto con el... proceso de manufacturación... a un nivel básico, tal como están las cosas.

BEAMISH: Naturalmente, dado su gran interés por... todo lo relacionado con la industria, debe usted tener una opinión muy clara sobre la reciente decisión del señor Amory<sup>[27]</sup> de suavizar la restricción de créditos.

WINSHAW: Desde luego que sí. Y lo que este gobierno no acaba de comprender es que...

BEAMISH: Pero antes de pasar a ese asunto, creo que tal vez debiéramos contemplar las cosas desde una perspectiva más... global porque, al fin y al cabo, tan sólo una cuestión ha dominado los debates de la Cámara de los Comunes estos últimos días, y por supuesto se trata de la revolución en... Irak<sup>[28]</sup>. Debe usted de haber seguido los debates con interés.

WINSHAW: Ah. Bueno, esta semana no he ido tanto a la Cámara... tanto como a uno le gustaría ir. Mis compromisos profesionales... quiero decir electorales, claro... han sido muy... muy apremiantes...

BEAMISH: Pero, por ejemplo, ¿personalmente qué clase de impacto cree usted que

tendrá la ascensión del general de brigada Kassem en la balanza del poder?

WINSHAW: Bueno..., ya sabe que toda la situación en Oriente Medio es muy delicada.

BEAMISH: Desde luego. Pero me parece que sería bastante acertado decir que éste ha sido un golpe especialmente sangriento, incluso para los que suelen darse en esa región.

WINSHAW: Totalmente.

BEAMISH: ¿Cree usted que el señor Macmillan<sup>[29]</sup> tendrá algún problema en reconocer al nuevo gobierno?

WINSHAW: Estoy seguro de que... lo conocerá bien si lo ha visto. Supongo que está muy familiarizado con esa parte del mundo.

BEAMISH: Lo que quiero decir, señor Winshaw..., lo que quiero decir es que, en ciertos ambientes, existe una preocupación por el efecto que la violenta imposición de un nuevo régimen de izquierdas pueda tener en nuestras relaciones comerciales con Irak, y en realidad en todo tipo de relaciones.

WINSHAW: Bueno, personalmente no tengo relaciones en Irak, pero digo yo que cualquiera que las tenga haría muy bien en traérselas rápidamente para acá. En este momento las cosas andan fatal por allí.

BEAMISH: Digámoslo de otra forma. Ha habido todo un revuelo en la Cámara por la decisión de Macmillan de enviar tropas inglesas a la zona. ¿Cree usted que podemos estar ante otro Suez?

WINSHAW: No, no creo, y le diré por qué. Mire, Suez es un canal, un canal muy grande, si no me equivoco, que atraviesa Egipto. Pero en Irak no hay canales. No hay ni uno. Y ése es un factor esencial que no ha tenido en cuenta la gente que ha dicho eso. Así que la verdad es que no creo que la comparación resista el más mínimo análisis.

BEAMISH: Por último, señor Winshaw, ¿no le parece irónico que este golpe (tan contrario, en potencia, a nuestros intereses nacionales) lo haya dado un ejército entrenado y equipado por los británicos? Tradicionalmente, los gobiernos británico e iraquí han cooperado muy de cerca en la región. ¿Cree usted que sus lazos militares serán ahora cosa del pasado?

WINSHAW: Bueno, espero de todo corazón que no. Siempre me ha parecido que el lazo militar iraquí es uno de los más bonitos, y sé que hay muchos oficiales británicos que lo llevan con orgullo. Así que sería una triste gracia para nuestro país que sucediese tal cosa.

BEAMISH: Bueno, veo que se nos acaba el tiempo, y lo único que me resta decir es... muchas gracias, señor Winshaw, por acudir a nuestro programa. Y ahora pasamos a Alastair, nuestro corresponsal en exteriores.

WINSHAW: ¿Hay algún bar por aquí?

BEAMISH: Me parece que aún estamos en el aire.

*5 de febrero de 1960*

El susto de mi vida. Como no tenía mucho que hacer esta mañana, me fui hasta el Parlamento sobre las once. La agenda no era nada prometedora: segunda lectura del proyecto de ley de la corporación estatal (admisión de la prensa a las reuniones). Ése iba a ser el discurso inaugural de la nueva diputada por Finchley, una tal Margaret Thatcher: ¡y que me aspen si no resultó ser la mismísima Margaret Roberts que me dejó de piedra en aquella Asociación Conservadora de Oxford! ¡Por el amor de Dios, ya hace quince años! Hizo un debut absolutamente magnífico (todo el mundo la felicitó muy efusivo), aunque para mi vergüenza tengo que decir que sólo me enteré de la mitad. Mientras hablaba me pareció que los años me pasaban por delante y, cuando acabó, debía de estar mirándola boquiabierto por encima de los bancos como un adolescente hambriento de sexo. ¡Ese pelo! ¡Esos ojos! ¡Esa voz!

Luego me acerqué hasta ella en el pasillo para ver si se acordaba de mí. Creo que sí, pero no iba a decirlo. Ahora está casada, claro, (con una especie de contratista), y con hijos (unos gemelos)<sup>[30]</sup>. Qué orgulloso, qué orgullosísimo debe de estar ese hombre. Se iba rápidamente a buscarlo, y sólo hablamos un momento. Luego cené a solas en la Sala de Diputados, y después, vuelta a mis aposentos. Llamé por teléfono a Wendy, pero no tenía mucho que decir. Parecía borracha.

Se ha convertido en un auténtico estorbo. Hasta el nombre, Wendy Winshaw, suena absurdo. Ya no me atrevo a sacarla en público. Hoy hace 3 años y 247 días desde el último coito. (Con ella, claro.)

Le pregunté a Margaret qué pensaba de Macmillan y de sus aires de cambio<sup>[31]</sup>. No soltó mucha prenda, pero me sospecho que pensamos lo mismo. Ninguno de los dos se puede permitir enseñar sus bazas a estas alturas.

Tengo la sensación, como me pasó hace tantos años (aunque tal vez ahora con mayor razón) de que nuestros destinos están inextricablemente unidos.

*20 de septiembre de 1961*

Esta tarde he recibido una llamada impertinente del oficial del partido, que de alguna manera se había enterado del pequeño *contretemps* que tuvimos este fin de semana en Winshaw Towers<sup>[32]</sup>. No sé cómo; la noticia venía en el periódico del pueblo, pero Lawrence ya se habrá encargado de que no pase de ahí. ¡Maldita familia la mía! Al fin y al cabo no son más que un estorbo... Bueno, pues que no esperen mucha lealtad por mi parte.

De todos modos, quería saber cosas sobre Tabitha y su enfermedad, y si teníamos algún enfermo mental más encerrado en el desván. Hice todo lo que pude por quitarle importancia, pero me parece que no quedó convencido del todo. Si la cosa llega a oídos de Gaitskell<sup>[33]</sup> (tal como estoy seguro de que sucederá), ¿qué pasará con mis



perspectivas de que me nombren ministro?

*14 de julio de 1962*

Gran indignación en los periódicos, plenamente justificada, por la reestructuración de Macmillan. Debo decir que largar a siete ministros en una sola noche me parece que está muy bien. Por lo que a mí respecta (aunque no pueda decírselo a nadie, claro), le reconozco (y me sorprenden favorablemente) sus agallas. Francamente, también nos vendría bien andarnos sin contemplaciones en nuestro propio partido, para deshacernos de algunos debiluchos de esos que dicen a todo que sí y que han permitido que los comunistas se hayan asentado; los jaleos esos de Glasgow no son más que el ejemplo más notorio<sup>[34]</sup>. La verdad sea dicha, esperaba que todas esas tonterías se hubieran acabado con Bevan. ¿Qué pinto yo, si el partido se inclina cada vez más a la izquierda? Se habla de que Wilson será el próximo líder, lo que sería todo un desastre. Para empezar, ese hombre me odia y me desprecia. Nunca me saluda en los congresos ni en la Cámara. Llevo siete años sentado en esos bancos, y estoy listo si al final no va a compensarme<sup>[35]</sup>.

*8 de noviembre de 1967*

Breve pero humillante conversación con Richard Crossman<sup>[36]</sup> en el salón de té esta tarde. Aparentemente se paró a felicitarme por mi nombramiento, pero había una pizca de burla en su tono. Lo noté. Cabrón. Bueno, subsecretario parlamentario: es un paso más camino del gobierno, ¿no? Pero no tiene sentido que me engañe a mí mismo. El caso es que, si estuviera en el Otro Lado, a estas alturas ya sería uno de los primeros del banquillo. Estoy en el equipo menos indicado, y cada vez es más evidente. Wilson y sus compinches no tienen ni la menor idea de la pinta que tiene un hombre con talento. Ninguno de ellos tiene ni pizca de *vista*.

En el frente financiero tampoco hay más que pesimismo. Bajo esta administración con orejeras se está volviendo imposible que los negocios vayan adelante (como tratar de correr sobre miel). Los beneficios han bajado un 16 por ciento en Amalgamated, y un 38 en Evergreen. Sin embargo, parece que Dorothy lo está haciendo bien, así que su propuesta de un cargo representativo empieza a resultarme cada vez más atractiva. ¿Debería dimitir en las próximas elecciones, y salirme del todo de esta carrera de locos?

Claro que no hay ninguna garantía de que vuelvan a incluirme, de todas formas. En este momento es muy discutible. La escueta aparición de Wendy en ese periodicucho no habrá ayudado nada. La muy gilipollas: con tanto alcohol encima, tuvo suerte de no estrellarse. Se podía haber matado.

(Peligrosa manera de pensar, Winshaw. Muy peligrosa.)

*19 de junio de 1970*

Bueno, nos merecíamos perder<sup>[37]</sup>. Ahora el país tendrá el gobierno más duro que haya conocido desde la guerra, lo que tampoco está tan mal. La gente necesita sacudirse de encima su cochina complacencia.

Margaret ha conseguido por fin un ministerio: Educación. Estará maravillosa, segurísimo.

Keith Joseph<sup>[38]</sup> se encargará del de Sanidad. Para mí es toda una incógnita. No me ha hecho muy buena impresión. Lo único que he notado es un brillo ligeramente maniaco en sus ojos, lo que me resulta un tanto desconcertante.

Nuestra mayoría ha bajado hasta 1.500. Me sorprende que sea tan alta, francamente; pero esa gente votaría al maniquí de un sastre si llevara la insignia de los laboristas encima. Todo es una farsa la mar de deprimente.

*27 de marzo de 1973*

Debate sobre las reformas de Joseph<sup>[39]</sup> de la Sanidad Pública, que se ha alargado un día más. La misma gente de siempre poniendo las mismas pegas insignificantes de siempre. No me quedé a oírlo todo; fui entrando y saliendo a lo largo del día. El proyecto no es exactamente lo que debería ser, pero es un paso en la dirección acertada: un equipo administrativo más eficiente, más independientes (o «gente que sepa de todo un poco», como él dice) en los cuadros directivos; supongo que eso quiere decir hombres de negocios. Me parece que ésta es la ocasión: el principio de un proceso de reconversión. Así que tengo que empezar a buscar formas de aprovechar la jugada.

Al final, sobre las diez y cuarto, votamos. Cumplí con mi deber, como de costumbre. Pero trataré de abordar a sir Keith en algún momento de los próximos días, y le haré saber de qué lado estoy realmente. Parece uno de esos tipos que no saben guardar un secreto.

*3 de julio de 1974*

Me olvidé de anotarlo en su momento, pero Wendy murió la semana pasada. No fue ninguna sorpresa para nadie, la verdad; sobre todo, para mí. Veinte aspirinas y un vasazo lleno de whisky. Esa mujer no se andaba con chiquitas.

El funeral fue esta mañana, así que cogí la autopista y llegué justo a tiempo. La

cosa estuvo bastante discreta; no había nadie de la familia, gracias a Dios. Volví a Londres justo a tiempo de oír el informe de Castle sobre la huelga de enfermeras<sup>[40]</sup>. Confirmé mis peores sospechas: quiere ir retirando completamente las camas privadas de la Sanidad Pública. Está loca. Nuestra victoria electoral (si se la puede llamar así) empieza a parecerme lo que de verdad fue: un desastre nacional. Esto no puede seguir así. Wilson no puede gobernar mucho tiempo sin mayoría y, cuando convoque las próximas elecciones, me retiraré. Quiera Dios que sea pronto.

### *7-10 de octubre de 1975*

Asistí al congreso conservador, en virtud de mis nuevas atribuciones como periodista. El redactor jefe quiere de ochocientas a novecientas palabras al día; mi cometido consiste en decidir si la elección de Margaret<sup>[41]</sup> significa una ruptura con el antiguo estilo conservador de una vez por todas. Le pareció que sería interesante que alguien escribiera algo sobre eso desde una perspectiva izquierdista, aunque va a llevarse una sorpresa cuando lea lo que tengo que decir<sup>[42]</sup>.

Aquí todo el mundo se dedica a comentar el contraste con la fiesta laborista de la semana pasada en Blackpool. Por lo visto, fue una catástrofe; el partido se está desgarrando, y Wilson los ha alertado sobre la presencia de extremistas en las asambleas constituyentes, aunque yo ya se lo podría haber dicho desde hace siglos. Los marxistas llevan años introduciéndose astutamente. Cualquiera que tuviera ojos en la cara se habría dado cuenta.

Lo más interesante de esta semana ha sido el magnífico discurso de Joseph. Dijo que no existía eso de «el centro», y que el único consenso posible tenía que apoyarse en la economía de mercado. Parte de los delegados se quedaron un poco atónitos, pero dentro de unos cuantos años verán, la razón que tenía.

La cosa no ha hecho más que empezar. Está claro. ¿Cómo nos habrá llevado tanto tiempo llegar hasta aquí?

### *18 de noviembre de 1977*

El partido me ha desaprovechado y mantenido en la reserva durante veinte años. Veinte años desperdiciados. Nada podría proporcionarme más placer que verlo desintegrarse ante mis ojos. La elección del presidente fue una tomadura de pelo, y ahora tenemos un nuevo inquilino en el número diez, al que sólo se puede describir como un enano político, que no tiene ni idea de gobernar ni ningún respaldo popular<sup>[43]</sup>. Hubo que pelear a muerte cada voto, y se tendrá que pasar la mayoría del tiempo tratando de apaciguar a los liberales.

Reg Prentice<sup>[44]</sup> ha anunciado que se pasa a los tories. Qué imbécil. El verdadero

poder está en los medios de comunicación y en la política que se hace entre bastidores; si no se ha dado cuenta de eso en todos los años que lleva en el Parlamento, es que es más tonto de lo que yo creía. Está clarísimo que Margaret va a ser primera ministra en un año o dos, y ahora mismo lo importante es empezar a ocuparse de la legislación. Van a tener que darse prisa una vez lo consigan.

El trabajo sobre el anteproyecto de ley de la Sanidad Pública va progresando. He conseguido convencerles de que lo primero que hay que hacer es invertir la política de ir suprimiendo las camas privadas. Otras medidas más radicales tendrán que esperar, pero no demasiado. Nos hacen falta algunos tipos que sepan de negocios para hacer un informe global, y demostrar que el sistema actual es una auténtica porquería. Si viniera alguien de una cadena de supermercados, por ejemplo, y viese cómo funciona la cosa en este momento..., seguramente le daría un ataque.

Ahí va una idea: ¿por qué no proponer a Lawrence? Me parece que sigue teniendo mucho ojo, y ciertamente se podría confiar en que llegara a las conclusiones adecuadas. Merece la pena intentarlo, de todos modos.

Ahora la veo y hablo con ella más que nunca. Qué días más felices.

*23 de junio de 1982*

Un almuerzo muy agradable con Thomas en el comedor privado de Stewards<sup>[45]</sup>. Un oporto sumamente delicado; tengo que animar al club a que compre un poco para sustituir al jarabe de frambuesa que sirven en este momento. El faisán un poco asado de más. Por poco pierdo un diente con un perdigón.

Thomas ha aceptado ayudarnos a deshacernos de Telecom<sup>[46]</sup>. Al principio me costó un poco convencerlo, pero le hice ver que si él y el banco van a prosperar con el gobierno de Margaret, también van a tener que perder un poco de fuerza en sus prácticas comerciales. Por supuesto, me vino bien contarle qué tipo de tarifas podría cobrar. También le pronostiqué que iba a haber un buen número de liquidaciones de éstas durante los próximos años, y que si Stewards quería sacar una buena tajada de eso, deberían meterse cuanto antes. Me preguntó qué más iba a pasar en un futuro próximo, y le conté que fundamentalmente se trataba del lote de siempre: acero, gas, medicamentos, trenes, electricidad, agua, o cualquiera de esas cosas. No estoy seguro de que me creyera las dos últimas. Espera y verás, le dije.

Me parece que ha sido la conversación más larga que hemos tenido en treinta años. Nos quedamos hablando hasta las cinco, charlando un poco de todo. Me enseñó muy orgulloso su último juguete, un aparato que reproduce películas en una cosa que parece un disco plateado, con el que parecía estar absolutamente encantado. La verdad es que yo no conseguí verle la gracia, pero no se lo dije. Había visto mi última aparición en la tele, y me dijo que lo había hecho muy bien. Le pregunté si se había dado cuenta de que no respondí a ninguna de las preguntas, y me contestó que

la verdad era que no. Tengo que decírselo a los de relaciones públicas; les va a encantar. Nos han estado preparando a todos intensivamente estas últimas semanas, y debo decir que parece que empieza a dar resultado. Anoche cronometré la entrevista en vídeo, y me impresionó comprobar que sólo 23 segundos después de que me preguntaran sobre el *Belgrano*, ya estaba hablando de las infiltraciones extremistas en el Partido Laborista. A veces hasta me sorprende a mí mismo.

*18 de junio de 1984*

Las reformas van progresando, aunque no tan rápido como me esperaba. Parece que todo el mundo en el comité tiene el calendario completo, y hoy fue la segunda vez que conseguimos reunirnos desde que se anunció la revisión. Aun así, el informe Griffiths<sup>[47]</sup> nos da motivos de sobra para continuar, y es un buen empujón en la dirección adecuada, ya que le asesta un golpe mortal a toda esa idea de la gerencia «consensuada». Una dama del comité (un tanto rojilla, me sospecho) lo puso en duda, pero le cerré la boca citando la definición de consenso de Margaret como «el proceso en el que se abandona toda creencia, principio, valor o política» y «algo en lo que nadie cree, pero a lo que nadie le pone ninguna pega». No hay más que decir, me parece.

Lo que ahora vamos a acabar recomendando (si es que tengo algo que ver con eso) es la introducción de directores generales en todos los niveles con un *salario proporcional a su rendimiento*. Ésa es la clave.

Tenemos que acabar con esa creencia ingenua de que a la gente se la puede incentivar con algo que no sea dinero. Al fin y al cabo, si voy a acabar llevando este negocio, necesito subordinados de los que pueda estar seguro de que van a dar lo mejor de sí mismos.

Esta noche subí a la sala de televisión del club para ver las noticias de la nueve, y vi unas escenas increíbles en no sé qué mina<sup>[48]</sup>. Todo un hatajo de mineros con pinta de bestias organizaban un ataque brutal e injustificado (algunos tiraban piedras) contra policías que sólo iban armados con porras y equipos antidisturbios. Cuando la policía intentaba pasar a caballo, algunos de estos gamberros se lo impedía descaradamente, tratando de hecho de hacer tropezar a los caballos metiéndose por el medio. Me pregunto qué diría Kinnock<sup>[49]</sup>.

*29 de octubre de 1985*

A Shepherd's Bush esta noche para aparecer en *Noche de noticias*, donde resultó que el presentador invitado no era otro que Beamish, mi viejo enemigo. En ese momento pensé en volverme por donde había venido, ya que es sabido que el tipo es

prácticamente comunista y no tiene ningún derecho a presidir un programa de debate supuestamente imparcial. De todos modos, conseguí salir del paso perfectamente. Para exponer «el otro punto de vista» se sacaron de la manga a una médica fea como una cerda, con gafas de la Seguridad Social y una flor rosa, que gruñía y protestaba mucho sobre «la buena voluntad» y «la crónica escasez de fondos» hasta que la puse en su sitio sacando a relucir unas cuantas cositas. Creí que con eso se había acabado la historia, pero luego se acercó a mí en plan amable y me dijo que su padre me había conocido en Oxford. Por lo visto, se llamaba Gillam. La verdad es que a mí ese nombre no me decía nada; más bien me sospeché que quería darme jabón, y como sin las luces del estudio encima ya no parecía una gorgona, le pregunté si le apetecía tomar una copa para demostrarle que no le guardaba rencor. Ni que decir tiene que me contestó que ni hablar. Se puso muy digna y se fue toda enfadada. (Ahora que lo pienso, tenía un poco pinta de tortillera. De buena me he librado)<sup>[50]</sup>.

De *Mecachis con la tele: memorias de un periodista desencantado*, por Alan Beamish (Cape, 1993)

... Incluso puedo indicar con toda precisión el incidente que primero me convenció de que la calidad del debate público en este país había empezado a bajar hasta extremos increíbles. Fue en octubre de 1985, durante una de mis colaboraciones ocasionales como presentador de *Noche de noticias*; el invitado era Henry Winshaw (o lord Winshaw, como tuvimos que acostumbrarnos a llamarlo durante un par de años antes de su muerte) y el tema era la Sanidad Pública.

Como recordarán, estábamos en pleno auge del thatcherismo, y en los últimos meses se habían tomado una serie de medidas agresivas que habían dejado a la parte más liberal del electorado aturdida y desorientada: se anunció un recorte radical de la asistencia social en julio, se abolió la Junta del Gran Londres, la BBC se vio obligada a abandonar un documental en el que se recogían entrevistas con los líderes del Sinn Fein y, para rematar, la señora Thatcher se opuso implacablemente a las sanciones contra Sudáfrica, lo que la dejó aislada en la conferencia de primeros ministros de la Commonwealth. Al mismo tiempo, la cuestión de la Sanidad Pública continuaba de ruido de fondo. Se había puesto en marcha una reforma política fundamental, y había una inquietud creciente entre la clase médica sobre la mengua de los recursos y «la privatización solapada». Decidimos que sería instructivo invitar al programa a uno de los artífices de las reformas de la Sanidad Pública, y enfrentarlo con alguien que tuviese una experiencia de primera mano en la práctica médica de un hospital de Londres.

Con este objetivo, trajimos a una pediatra llamada Jane Gillam, que había tomado parte hacía poco en el programa de Radio 4 al que podían llamar los oyentes, e impresionado a todo el mundo por su capacidad y su precisión. La recuerdo como una

mujer alta, con el pelo azabache cortado a lo *garçon*, y cuyas gafas de montura dorada enmarcaban un par de impresionantes y agresivos ojos castaños; y sin embargo estuvo claro desde un principio que no iba a poder con Winshaw. Atrás habían quedado los días en que lo había entrevistado para aquella antigua sección de «Parlamentarios sin cargo», donde sin querer expuso sus confusas ideas sobre política exterior. Ahora resultaba imposible relacionar a aquel diputado nervioso y con buena cara con el personaje hinchado, ceñudo y furibundo que me miraba desde el otro lado de aquella mesa que aporreaba con el puño mientras ladraba como un perro rabioso al responder a las preguntas de la doctora Gillam. O, mejor dicho, al no responderlas; porque el estilo de debate político de Winshaw, a esas alturas de su carrera, se había alejado hacía tiempo del discurso racional y tendía a consistir enteramente en estadísticas salpicadas de una sarta de improperios y amenazas. Y así, al consultar una transcripción de aquella discusión, me di cuenta de que, cuando la doctora Gillam sacó a relucir por primera vez el tema de la deliberada escasez de fondos como un prelude de la privatización, su respuesta fue:

—17.000.000 a 5 años vendrían a significar un 12,3% del PIB un 4% más que la CEE un 35% por encima de los 34.000 MIRs de la URSS por cada DGS  $\times$  19,24 en términos reales 9,586 por cada SOS ajustados periódicamente a los 12.900.000 + 54,67 @ al 19% IVA incluido cotizando hasta un 47% dependiendo de los RIPS según la UVI lo cual nos aseguraría 4 libras con 52 peniques de la SP en nuestras manos.

En respuesta a eso, la doctora Gillam dijo:

—No discuto la veracidad de sus números, pero tampoco discuto la veracidad de lo que veo todos los días con mis propios ojos. Y el problema es que esas dos verdades se contradicen entre sí. Todos los días veo cómo el personal trabaja más horas de la cuenta, cada vez con mayor esfuerzo y por menos dinero; y también veo cómo los pacientes esperan más tiempo para un tratamiento peor, y en peores condiciones. Me temo que las cosas son así. No se las puede pasar por alto.

Y la segunda respuesta de Winshaw a la doctora Gillam fue:

—¡El 16%! ¡El 16,5%! ¡Cotizando hasta un 17,5% menos que una ATS con 54.000 extra para VISA y VHS! ¡El 64% de MGs tal como prometimos en el INS y 38.000 libras = 45.000 dólares + 93.000.000 ¥ divididos por  $v_{451}$  a la potencia de 68,7 periódica pura! Un 45 % de RIPS, un 73 % del INRI, un 85,999% de CFCs y nueve semanas y media más que con el último gobierno laborista.

En respuesta a lo cual, la doctora Gillam dijo:

—Lo que de verdad quiero decir es que no se puede pretender que la Sanidad Pública sea más eficiente haciéndola depender aún más de lo que cuesta. Si hacen eso, están recortando, en efecto, sus recursos, porque la Sanidad Pública descansa en la buena voluntad (en la buena voluntad de sus empleados), y en condiciones favorables, esa buena voluntad es potencialmente infinita. Pero si continúan erosionándola, como están haciendo en este momento, y la sustituyen por una gama limitada de incentivos económicos, entonces se encontrarán a la larga con una

Sanidad Pública más cara, menos eficiente, y que nunca va a dejar de ser una rueda de molino atada al cuello del gobierno.

Y la tercera y última respuesta de Winshaw a la doctora Gillam fue:

—60 ADNs, 47 PHs, 32 ARNs, 947 RHs, un 96 % a cuatro años, 37,2 en 11 meses,  $78,224 \times 295 \div 13\frac{1}{4} + 63,5374628374$ , reservando 89 millones de libras para el JB, la ATS, el LM, los UVA, el GTI, y los CDs de ABBA (43% arriba, 64% abajo), un 23,6% muy por encima de los primeros de la lista, barra las 1000 y una. Y eso es todo lo que tengo que decir al respecto.

Después de eso, abandonó el estudio con el aire victorioso de un hombre que ha conquistado por fin el medio. Y supongo que, en cierta forma, así fue.

*6 de octubre de 1987*

Por fin otra reunión al completo de la Junta de Revisión; la primera desde la victoria de Margaret en junio<sup>[51]</sup> El primer Libro Blanco<sup>[52]</sup>. está terminado, y se empezará a trabajar en el segundo y el tercero<sup>[53]</sup>.

Las próximas reformas tendrán mucho más alcance. Por fin estamos llegando al quid de la cuestión. Para recordarle a todo el mundo cuáles son nuestras prioridades, hice que pusieran un gran letrero en la pared, donde dice:

---

LIBERTAD  
COMPETITIVIDAD  
POSIBILIDAD DE ELECCIÓN

---

También he decidido no transigir con la palabra «hospital». Ya no se permitirá esa palabra en las discusiones; de ahora en adelante, los llamaremos «unidades proveedoras». Y la razón es que, en el futuro, su única misión será prestar servicios que les *comprarán* las Autoridades Sanitarias y los médicos accionistas mediante *contratos negociados*. El hospital se convierte en una tienda, la operación en una mercancía, y todo funciona como en un comercio normal y corriente: acumular lo más posible y vender barato. La simplicidad de esta idea me asombra.

En la agenda de hoy también figuraba cómo generar ingresos. No veo por qué las unidades proveedoras no iban a poder cobrar a las visitas las plazas de aparcamiento, por poner un ejemplo. También debería animárselas a que alquilaran sus instalaciones para explotaciones de detallistas. No tiene sentido que todas esas salas cerradas sigan vacías cuando podría convertírselas en tiendas que vendieran flores, o uvas, o todas esas cosas que a la gente le apetece comprar cuando van a visitar a un pariente enfermo. Hamburguesas y demás. Chucherías y recuerdos.

Al final de la reunión alguien sacó a relucir el tema de los Años de Vida según su



Calidad. Tengo que decir que es uno de mis favoritos. La idea es que se coge el coste de una operación y luego, en vez de calcular cuántos años más de vida proporciona, se calcula la calidad de esa vida, y simplemente se le adjudica un número. Entonces se puede averiguar el rendimiento del coste de cada operación; y así, algo fundamental como una sustitución de cadera saldrá en unas 700 libras por AVC, mientras que un trasplante de corazón está más cerca de las 5.000, y una hemodiálisis completa en un hospital costará nada menos que la friolera de 14.000 libras por AVC.

Llevo toda la vida diciéndolo: ¡La calidad se puede medir!

Sin embargo, la mayoría de la Junta no cree que la gente esté preparada aún para este concepto, y tal vez tengan razón. Pero no puede faltar mucho. Estamos todos tremendamente ilusionados tras los resultados de las elecciones. Las privatizaciones se han ido sucediendo a una velocidad asombrosa: Aerospace, Sealink, Astilleros Vickers, Británica de Gas el año pasado, y British Airways en mayo. Seguro que a la Sanidad Pública le tiene que tocar pronto.

Una pena que Lawrence no haya vivido para verlo. Pero se hubiese sentido orgulloso.

No tenemos que olvidar nunca que se lo debemos todo a Margaret. Si el deseo se convierte en realidad, será gracias a ella, y a nadie más que ella. Es magnífica, imparable. Nunca había visto a una mujer tan decidida, con tantas agallas. Se carga a sus rivales como si fuesen otros tantos hierbajos que le estorbasen el paso. Los deja tirados en la cuneta de un solo capirotazo. Estaba tan guapa sabiéndose vencedora. ¿Cómo podré pagarle, cómo podría cualquiera de nosotros empezar a pagarle siquiera todo lo que ha hecho?

*18 de noviembre de 1990*

Recibí la llamada sobre las nueve de la noche. La cosa aún no estaba decidida, pero ya empezaban a sondear la opinión de sus leales. Fui uno de los primeros a los que les preguntaron. Los resultados de las encuestas son horribles: cada vez es menos popular. De hecho, ahora mismo no le queda un mal simpatizante. La pura verdad es que, con Margaret de líder, al partido no lo va a votar nadie.

—Fuera con esa zorra —dije—. Y rápido.

No hay que dejar que nada nos detenga<sup>[54]</sup>.

—La verdad es que no me fío mucho de mi médico —dijo Fiona—. Por lo que se ve, últimamente se preocupa sobre todo de no pasarse del presupuesto y de gastar lo menos posible. No tuve ninguna sensación de que me tomara en serio.

Hice lo posible por atenderla mientras me lo decía, pero no pude evitar fijarme en los otros comensales, a medida que el restaurante se fue llenando. Empezaba a darme cuenta de que iba muy mal vestido. Casi ningún hombre llevaba corbata, pero la ropa que traían tenía toda la pinta de ser cara; y parecía que la propia Fiona había acertado mucho más al imaginarse el ambiente con el que íbamos a encontrarnos: llevaba una chaqueta de espiga sin cuello sobre una camiseta de algodón negra, y unos pantalones de lino crudos, un poco cortos, que dejaban al descubierto sus tobillos. Esperaba que no se hubiera percatado de los remiendos desgastados de mis vaqueros, o de las manchas de chocolate que habían arraigado en mi jersey desde vaya usted a saber cuándo.

—Quiero decir que no soy ningún bichito que se va corre que te corre a su consulta cada vez que se pilla un catarro —continuó—. Con esto ya llevo casi dos meses, esta gripe o lo que sea. No puedo seguir cogiendo días libres eternamente.

—Bueno, seguramente el sábado es el día que está más ocupado. No le quedaría más remedio que ir a toda pastilla.

—Pero me parece que me merezco algo más que una palmadita en la cabeza y unos cuantos antibióticos, ¿no? —Le dio un mordisco a un *cracker* de gambas y sorbió un poco de vino, en un intento, supongo, de disipar el enfado—. De todos modos... —Miró hacia arriba y sonrió—. De todos modos, esto ha sido todo un detalle, Michael. Todo un detalle. No me lo esperaba.

Si la cosa iba con segundas, no me enteré. Aún no salía de mi asombro al pensar que estaba realmente sentado con otra persona (nada menos que con una mujer) en una mesa para dos de un restaurante. Supongo que una parte de mí mismo, la más parlanchina y persuasiva, simplemente había dejado de creer que podría suceder *semejante* cosa; y sin embargo, no podía haber sido más fácil lograrlo. Me había pasado la noche anterior tirado delante de la televisión, a punto de volverme loco de puro aburrimiento a pesar de que mis intenciones eran bastante dignas de admiración. Durante los últimos años, había acumulado un montón de vídeos que no había visto, y esta vez esperaba haber hecho acopio de las fuerzas necesarias para, por lo menos, conseguir ver uno entero. Pero parecía que mi optimismo había vuelto a jugarme una mala pasada. Vi la primera mitad del *Orfeo* de Cocteau, los primeros treinta minutos de *Pather Panchali* de Ray, los diez primeros de *Ugetsu Monogatari* de Mizogushi,

los créditos iniciales de *Solaris* de Tarkovski, y los tráilers al comienzo de *El amigo americano* de Wenders. Después de eso, me di por vencido, y me quedé sentado delante de aquella pantalla silenciosa, mientras iba liquidando concienzudamente el contenido de una botella de vino barato. La cosa siguió así hasta las dos de la madrugada más o menos. En otros tiempos me habría servido una última copa y me habría ido a la cama, pero ahora me daba cuenta de que no bastaba con eso. Fiona había pasado por allí hacía un par de horas, y yo ni siquiera había contestado cuando llamó a la puerta; ella habría visto luz por la rendija y se habría dado cuenta de que pasaba de ella. Y ahora, de repente, sentado a solas, con el mudo parpadeo de la televisión como única arma contra la oscuridad, me parecía ridículo preferir aquellas imágenes vacías e insensibles a la compañía de una mujer inteligente y atractiva. Fue la indignación, sobre todo, lo que me llevó a actuar impetuosa y egoístamente. Salí directamente al descansillo y llamé al timbre de Fiona.

Abrió después de un ratito, vestida con una ligera bata japonesa. Se le veía un trozo de su escote pecoso, un poco brillante por efecto del sudor, aunque yo habría jurado que la temperatura había bajado de golpe aquella noche.

—¿Michael? —dijo.

—Estas últimas semanas he estado bastante antipático —le espeté—. Vengo a pedirte perdón.

Se quedó un poco perpleja, evidentemente, pero hizo como si nada.

—No hace falta.

—Hay unas cuantas cosas..., seguramente hay unas cuantas cosas que deberías saber sobre mí —dije—. Me gustaría contártelas.

—Me parece estupendo, Michael. Me muero de ganas de saberlas. —Me estaba tomando el pelo, claro—. Pero es tardísimo.

—No quería decir ahora. Pensé que tal vez... cenando.

Aquello fue lo que la sorprendió más.

—¿Me estás invitando a cenar?

—Supongo que sí.

—¿Cuándo?

—¿Mañana por la noche?

—De acuerdo. ¿Dónde?

Ahí me puso contra las cuerdas, porque yo sólo conocía un restaurante del barrio, y no quería volver. Pero no había mucho donde elegir.

—¿En El Mandarín a las nueve?

—Me parece fenomenal.

—Estupendo; bueno, podemos coger un taxi desde aquí, unos diez minutos antes por ejemplo; o como no está muy lejos andando, podemos pararnos por el camino a...

Me di cuenta de que le estaba hablando a una puerta cerrada, y me volví a mi casa.

Ahora Fiona se dedicaba a extender la salsa de ciruela en una tortita con el dorso

de su cuchara, y a llenarla de tiritas de pato y pepino. Sus dedos eran muy diestros.

—Bueno, Michael, ¿y cuáles eran esas revelaciones sobre tu persona que te morías de ganas de hacerme? Estoy en ascuas.

Me sonreí. Llevaba todo el día nervioso, pensando lo extraño que sería comer con alguien otra vez, pero ahora empezaba a sentirme discretamente eufórico.

—No son revelaciones —dije.

—Entonces lo de anoche... sólo fue una forma sutil de conseguir verme en bata, ¿no?

—Fue un impulso, nada más. Se me acababa de ocurrir lo raro que debía de parecer mi comportamiento. Ya sabes, lo de estar tan aislado, lo de no contestarte a veces, la de tiempo que paso viendo cosas en la tele; debes de preguntarte qué coño pasa.

—La verdad es que no —dijo Fiona, dándole un mordisco a su tortita doblada—. Te escondes del mundo porque te da miedo. Yo también te doy miedo. Seguramente nunca has aprendido a establecer relaciones reales con la gente. ¿Creíste que no iba a darme cuenta?

Cogido en falta, intenté darle un mordisco a mi tortita, pero no la había doblado bien y el relleno se salió justo cuando estaba a punto de metérmela en la boca.

—Tienes que hacer algo con eso, ésa es la cuestión —dijo Fiona—. Si se trata de una depresión, déjame que te diga una cosa. Yo también he pasado por eso. Pero, bueno... Esa excursión en bicicleta que hice la semana pasada, por ejemplo. Fue un coñazo. Un coñazo total. Pero por lo menos conocí a alguna gente, luego fuimos a tomar una copa, y me invitaron a un par de cenas. No es que sea nada del otro mundo, pero después de una temporada uno se da cuenta... de que no hay nada peor que estar aislado. Te lo puedo jurar. —Se echó hacia atrás y se limpió los dedos en su servilleta— Bueno, no deja de ser una sugerencia. A lo mejor no deberíamos ponernos tan profundos a estas horas de la noche.

Yo también me limpié los dedos. Pareció que se desprendían grandes cantidades de salsa de ciruela que dejaban la servilleta con unas enormes manchas marrones.

—Fue una buena idea venir aquí —dijo, mientras echaba un vistazo a su alrededor. El ambiente del restaurante era agradable, sorprendentemente íntimo y animado al mismo tiempo—. ¿Habías estado antes?

—No, qué va. Leí algo sobre él en no sé dónde.

Pero eso, por supuesto, era mentira, ya que nos encontrábamos exactamente en el mismo lugar donde mi madre y yo habíamos tenido la última y explosiva discusión, de la que nuestra relación aún tenía que recuperarse. Yo me había jurado no volver nunca, temiéndome que alguien del personal pudiese reconocerme e hiciese alguna molesta alusión al tema (porque habíamos montado todo un número ese día), pero ahora, tranquilizado y estimulado a la vez por la compañía de Fiona, esa ansiedad me parecía absurda. En definitiva era uno de los restaurantes más populares de la zona, y si me ponía a pensar en los miles de clientes que habrían pasado por allí en los

últimos dos o tres años... La verdad es que me engañaba a mí mismo al suponer que nadie se habría tomado la molestia de recordar aquel incidente.

Un camarero se acercó a retirar nuestros platos.

—Buenas noches, señor —dijo con una ligera inclinación—. Qué bien que haya vuelto después de tanto tiempo. ¿Qué tal está su madre?

Me quedé un buen rato callado después de que se fuera, incapaz de toparme con los ojos de Fiona, que se reían aunque su boca sólo esbozase una educada sonrisa.

—Bueno, sí —reconocí entonces—, estuve aquí una vez con mi madre. Tuvimos una bronca horrenda y... Bueno, la verdad es que no me apetece hablar de eso.

—Creí que de eso se trataba esta noche —dijo—. De contarme cosas.

—Sí, así es. Y lo haré. Es sólo que hay ciertas cosas, ciertos temas... —Aquello no me estaba saliendo nada bien, y estaba claro que, si quería recuperar su confianza, tenía que apostar más fuerte—. Venga, me puedes preguntar algo. Cualquier cosa. Pregúntame algo.

—De acuerdo, ¿cuándo te divorciaste?

Dejé mi copa de vino en medio de un trago, y tiré un poco sobre la mesa.

—¿Cómo lo sabes?

—Venía en la cubierta de ese libro que me enseñaste.

Y era verdad. Me había faltado tiempo para tratar de impresionar a Fiona enseñándole un ejemplar de mi primera novela, cuya sobrecubierta contenía en efecto aquella pequeña muestra de información sobre mi persona. (Había sido idea de Patrick: decía que me haría más interesante.)

—Debió de ser en 1974, aunque no te lo creas —dije. Apenas podía creérmelo yo mismo.

Fiona alzó las cejas.

—¿Cómo se llamaba?

—Verity. Nos conocimos en el colegio.

—Debiste de casarte muy joven.

—Teníamos los dos diecinueve años. Ninguno había salido con nadie antes. La verdad es que no sabíamos lo que hacíamos.

—¿Te arrepientes?

—Supongo que no. Más bien me parece que malgasté mi juventud, que la malgasté de verdad; no tomando drogas y acostándome con muchas personas distintas, lo que seguramente habría sido bastante divertido, sino con aquella... perversa tendencia a lo convencional.

—Nunca me gustó el nombre de Verity —dijo Fiona tajantemente—. Conocí a una tal Verity en el colegio. Era una repipi. Le daba mucha importancia a decir la verdad<sup>[55]</sup>, pero no creo que nunca se la dijera a sí misma. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—¿Crees que los nombres son importantes?

—Algunos nombres. Alguna gente acaba pareciéndose a su nombre, como los

amos y los perros. No lo pueden remediar.

—Hoy me topé con uno la mar de curioso. Findlay. Findlay Onyx.

Tuve que pronunciar las dos partes muy claramente antes de que Fiona se enterase de lo que le estaba diciendo. Luego le expliqué cómo había reparado en el nombre.

Aquel día había ido a la hemeroteca de Colindale para buscar más información sobre la muerte que había acaecido en Winshaw Towers la noche del cincuenta cumpleaños de Mortimer. Tal vez recuerden que el periódico del pueblo había prometido mantener informados a sus lectores de cualquier novedad. En consecuencia, yo esperaba ingenuamente que habría una serie de reportajes en los que se recogiese la consiguiente investigación con cierto detalle. Pero no hace falta decir que no había tenido en cuenta el hecho de que daba la casualidad de que los Winshaw eran propietarios del periódico en cuestión, y que Lawrence Winshaw era Gran Maestre de la logia que también contaba con varios representantes de la policía entre sus miembros más influyentes. O no se había informado sobre la susodicha investigación, o más probablemente, nunca se la había emprendido. Sólo encontré una noticia con cierto interés, una breve secuela del reportaje que yo ya conocía, y era más críptica que esclarecedora. Decía que no había salido más información a la luz, pero que la policía tenía muchas ganas de entrevistar a un detective privado que se sabía que operaba en la zona: el anteriormente citado señor Onyx. Parecía que alguien que respondía a la descripción del muerto (que aún no había sido identificado) había sido visto cenando con el detective en un restaurante de Scarborough la noche del robo frustrado; es más, según un abogado del pueblo que había estado actuando como representante legal de Tabitha Winshaw, se sabía que el señor Onyx la había visitado en el Instituto Hatchjaw-Bassett en, al menos, tres ocasiones distintas anteriormente durante ese mes, cabía presumir que por cuestiones de negocios. Por añadidura, la crónica señalaba que se le requería para ser interrogado sobre tres cargos de actos indecentes según el artículo 13 de la Ley de Delitos Sexuales. Tras eso, no se hacía más mención del misterioso incidente. El artículo de cabecera de la siguiente edición trataba sobre una berenjena de un tamaño sin precedentes, que había sido cultivada por un jardinero del pueblo.

—Por lo visto, así fueron las cosas —dije mientras nos servían un plato de langostinos humeantes, cargados de jengibre y ajo—. Allí ponía que ese tipo tenía casi sesenta años, así que no es muy probable que ande por aquí. Lo que significa que más bien le hemos perdido el rastro.

—Te estás convirtiendo tú también en un pequeño detective, ¿no? —dijo Fiona, a la vez que se servía una modesta ración—. Pero ¿todo esto tiene algún sentido? Quiero decir, ¿qué importa lo que pasara hace treinta años?

—A alguien le importa, desde luego, si están dispuestos a asaltar a mis editores y a seguir al taxi que me traía a casa.

—Pero de eso ya hace un mes.

Me encogí de hombros.

—Sigo pensando que estoy tras la pista de algo interesante. Sólo es cuestión de por dónde seguir buscando.

—A lo mejor te puedo ayudar —dijo Fiona.

—¿Ayudarme? ¿Cómo?

—Estoy acostumbrada a investigar. Ése es mi trabajo, realmente. Escribo resúmenes de artículos para las revistas científicas, y luego ellos los clasifican y los meten en ese enorme libro de consulta que suele acabar en las bibliotecas universitarias. Te sorprenderías de lo a menudo que sale el apellido Winshaw. Thomas, por ejemplo, sigue teniendo relación con bastantes de las empresas petroquímicas más importantes. Y luego, claro, también está Dorothy Brunwin, ¿no se apellidaba Winshaw de soltera? Todos los años hay un montonazo de artículos sobre alguna innovación maravillosa que se le ha ocurrido, alguna forma nueva de procesar varias partes asquerosas de la anatomía de un pollo y hacerlas pasar por carne. Nos remontamos hasta los años cincuenta, así que podría consultar todas las referencias contemporáneas; nunca se sabe, puede que haya una pista enterrada en alguna parte.

—Gracias. Me vendría muy bien —dije, y luego añadí, con la misma falta de sinceridad—: Parece un trabajo interesante. ¿Llevas mucho tiempo haciéndolo?

—Empecé hace... un poco menos de dos años. Unas semanas antes de que por fin me concedieran el divorcio —dijo atrayendo mi atención y sonriéndose—. ¿Qué te creías? No eres el único que ha metido la pata en ese terreno.

—Bueno, de alguna manera es un alivio.

—¿Verity y tú tuvisteis niños?

—Nosotros *éramos* los niños: no nos hacía falta tener ninguno. ¿Y tú?

—Él *sí* los tenía. Tenía tres hijas de su primer matrimonio, pero no le dejaban verlas. Supongo que es comprensible. Era maníaco-depresivo y un cristiano renacido.

No supe muy bien cómo reaccionar a eso. Un gran trozo de ternera cubierto de salsa de ostras se me cayó de los palillos y aterrizó sobre mi camisa, lo que nos distrajo un rato.

—La verdad —dije yo luego— es que no te conozco muy bien, pero de alguna manera no parece que fuera tu tipo.

—Cierto; no me conoces muy bien. Era totalmente mi tipo. Mira, desgraciadamente soy una de esas personas... de naturaleza generosa.

—Ya lo había notado.

—Lo de llenarte la casa de plantas, por ejemplo.

—Lo de darles dinero a los pobres, hasta cuando no lo necesitan.

Eso hacía relación a un viejo que se había acercado a Fiona cuando íbamos andando hacia el restaurante. A pesar de que se había limitado a preguntarle la hora, ella había sacado veinte peniques de su monedero y se los había apretado contra la palma. Él se quedó más asombrado que agradecido, y fui yo el que se encargó de

decirle que eran las nueve menos cuarto, cosa que me agradeció mientras proseguía su camino.

—Totalmente —dijo—. La gente me da pena.

—¿Hasta cuando no les hace falta?

—Pero a nadie le hace realmente falta, ¿no? Por muy desesperado que sea su caso. Ésa es a la conclusión a la que llegas al final. —Suspiró y acarició, pensativa, su copa de vino—. Lo que está claro es que nunca me volveré a casar porque alguien me dé pena.

—Pues su caso parece bastante desesperado.

—Bueno, él y su mujer habían sido evangelistas devotos durante un tiempo. Tuvieron las dos primeras niñas, y luego a ella le costó mucho dar a luz a la siguiente. Y resultó que perdió la fe a modo de venganza, y se separó de él, llevándose a las tres niñas con ella. Fe, Esperanza y Brenda.

—¿Cuánto duró?

—¿Qué? ¿Él y yo? Casi cinco años.

—Un buen rato.

—Un buen rato. —Cogió la última hebra de pimienta de su ensaladera y se la metió en la boca—. La verdad es que hasta hay momentos, cuando estoy en horas bajas, en que le echo un poco de menos.

—No me digas.

—Bueno, a veces es bonito contar con alguien, ¿no? Me ayudó mucho cuando murió mi madre, por ejemplo. Se portó muy bien.

—¿Y tu padre? ¿Sigue...?

—¿Vivo? No tengo ni idea. Se largó cuando yo tenía diez años.

—¿Tienes hermanos?

Dijo que no con la cabeza.

—Soy hija única. Como tú.

Tras eso, nos quedarnos mirando en silencio los restos de nuestra comida. Fiona había vuelto a poner pulcramente sus palillos en su bandejita, y aparte de unos cuantos granos de arroz dispersos, su mitad del mantel seguía impecable. La mía parecía que había sido utilizada recientemente por Jackson Pollock como base de una composición especialmente brutal, inspirada totalmente en auténticos comestibles chinos. Pedimos una taza de té y unos lichis.

—Bueno —dijo Fiona—. No diría exactamente que te has abierto a mí esta noche, después de todas tus promesas. No diría que has puesto tu alma desnuda ante mí sobre la mesa. Lo único que he sacado en claro es que te casaste a una edad ridícula, y que la mayor parte del tiempo prefieres ver películas que hablar con la gente.

—No sólo veo películas —dije, tras una breve pausa, durante la que tuve la sensación de estar a punto de tirarme a unas aguas desconocidas—. Me obsesiono con ellas.



Esperó a que se lo aclarara.

—Bueno, en realidad, sólo con una. Y seguramente nunca has oído hablar de ella. Le dije el título y negó con la cabeza.

—Me llevaron a verla mis padres cuando era pequeño. Nos fuimos del cine a la mitad, y desde entonces siempre he tenido la extraña sensación de que..., de que nunca se ha terminado del todo, supongo. De que he... vivido dentro de ella.

—¿De qué se trata?

—Es una tontería de película, sobre una familia rica que se presenta en una gran mansión para leer un testamento, y se los cargan uno a uno. Pretende ser divertida, claro, pero yo no la vi así en aquel momento. Me dio un miedo horrible, y me enamoré locamente de la protagonista, que era Shirley Eaton, ¿te acuerdas de ella?

—Vagamente. ¿No acababa fatal en una peli de James Bond?

—Sí, en *Goldfinger*. Se queda toda pintada de oro y se asfixia. Pero en esta otra película tiene una escena con Kenneth Connor en la que le invita a pasar la noche en su cuarto, y ella a él le gusta mucho, y evidentemente, aparte de guapa, es muy amable y muy sensata, así que se mire por donde se mire estaría muy bien, pero él no acaba de decidirse. Están pasando todas esas cosas horribles en la casa, hay un maníaco asesino rondando por allí, y aun así, a él todo eso le da menos miedo que la idea de quedarse a solas toda la noche con esa mujer maravillosa. Y nunca me he olvidado de esa escena; la he tenido presente los últimos treinta años. No sé por qué.

—Bueno, tampoco es muy difícil de entender, ¿no? —dijo Fiona—. Es la historia de tu vida, por eso no te has olvidado nunca de ella. —Sacó el último lichi del cuenco—. ¿Te importa que me lo coma yo? Son tan refrescantes...

—Qué va. Mis papilas gustativas me están pidiendo chocolate, más bien. —Hice una seña para que nos trajeran la cuenta—. Puede que haya alguna tienda abierta de camino a casa.

En el exterior estaba claro que la ola de calor había disminuido, y noté que Fiona incluso tiritaba un poco mientras regresábamos andando hasta nuestro bloque de apartamentos. Nos paramos en un kiosco que estaba abierto hasta tarde, en el que compré un Aero y un Toblerone blanco; le ofrecí la mitad del Aero, y me alegré de que no lo quisiera. Había una ligera niebla en el aire cuando dejamos a un lado Battersea Park y empezamos a atajar por las calles laterales. Era una zona silenciosa y mal iluminada: las casas achaparradas y lúgubres, los jardines delanteros descuidados; y con pocas señales de vida a esas horas de la noche, a no ser por algún gato que cruzaba como un rayo la calle cuando nos aproximábamos. Sin duda se trató del efecto del alcohol y de mi alegría por el éxito de la noche, tal como yo lo veía, pero de repente el ambiente se volvió embriagador, lo inundó la certeza de que habrían de venir tiempos parecidos, o incluso mejores, y me invadió un optimismo desaforado que había que expresar, por muy indirectamente que fuera.

—Espero que podamos repetirlo pronto —tartamudeé—. No me lo había pasado tan bien desde... Bueno, la verdad es que ya ni me acuerdo.

—Sí, ha estado bien. Muy bien. —Pero había una cierta inseguridad en la afirmación de Fiona, y no me sorprendió que su voz adquiriese un tono puntualizador—. Pero no quiero que pienses... Bueno, no sé cómo decirlo.

—Dime —dije cuando titubeé.

—Bueno, que ya no me dedico a salvar a la gente. Nada más. Sólo quiero que lo entiendas.

Caminamos en silencio. Después de un rato, añadió:

—No es que piense que necesites que te salven. Quizá que te espabilen un poco.

—Ya me conformaba yo con eso... —dije, y luego hice una pregunta obvia—. ¿Y te dedicas a espabilar a la gente?

Se sonrió.

—A lo mejor. Sólo a lo mejor.

Pude percibir la inminencia de uno de esos momentos críticos que te cambian la vida: uno de esos momentos decisivos en los que debes, o bien agarrar la fugaz oportunidad que se te presenta, o bien quedarte mirándola en vano mientras se te escapa de los dedos y se vuelve invisible. Así que sabía, aparte de todo, que tenía que seguir hablando, a pesar de que no me quedara mucho que decir.

—¿Sabes?, siempre he pensado en la suerte como en algo negativo. Siempre he tenido la sensación de que, si la suerte tenía algo que ver en la conformación de nuestras vidas, entonces todo tenía que ser, en cierta forma, arbitrario y absurdo. Realmente nunca se me había ocurrido que la suerte también puede aportar felicidad. Quiero decir que, para empezar, te he conocido de casualidad, y de casualidad vivimos en el mismo edificio; y ahora aquí estamos, dos personas...

Fiona se paró, y me hizo detenerme con el brazo. Me puso un dedo muy delicadamente sobre los labios y dijo:

—Sshh...

Me quedé atónito por lo íntimo de su gesto. Luego deslizó su mano en la mía, de modo que nuestros dedos se entrelazaron, y seguimos andando. Apoyó su cuerpo en el mío. Unos cuantos pasos, y aún se apoyó más, hasta que pude sentir el roce de sus labios en la oreja. Cobré ánimo, encantado, para escuchar sus palabras.

—Creo que nos siguen —me susurró—. Escucha.

Me quedé pasmado, le solté la mano y me esforcé por captar el menor indicio de algo desastroso por encima del ruido de nuestros propios pasos desacompañados. Y sí, había algo: un eco que nos perseguía un poco más atrás. Además, cuando nos detuvimos, continuó un momento y luego se paró en seco; y cuando echamos a andar otra vez, prosiguió. Nos seguían los pasos con cierta precisión.

—Creo que tienes razón —dije. Un comentario totalmente inútil.

—Claro que tengo razón. Las mujeres tenemos un sexto sentido para estas cosas. No nos queda más remedio.

—Sigue andando —dije—. Voy a darme la vuelta y a echar un vistazo.

Pero ahora la niebla se estaba haciendo más espesa, y no se podía ver más que a una distancia de unos veinte metros. Era imposible estar seguro de si se producía algún movimiento tras las grises cortinas de niebla flotante. Los pasos seguían allí, sin embargo, tan audibles como siempre, y empecé a empujar a Fiona por el codo hasta que anduvimos el doble de rápido. No estábamos lejos de casa, y de repente se me ocurrió la idea de dar un quiebro brusco para que nuestro perseguidor nos perdiese el rastro.

—¿Qué haces? —me susurró, después de que la hubiera hecho torcer inesperadamente a la derecha.

—Sigue andando y no te despegues de mí —dije—. Pronto nos habrá perdido.

Torcí de nuevo a la derecha y luego a la izquierda, y después volvimos sobre nuestros pasos por un sendero que discurría entre una hilera de casas de tres pisos. Luego cruzamos la calle un par de veces y atajamos por un pequeño callejón que nos llevó casi hasta el borde de Battersea Park. Nos paramos a escuchar. Se oía el ruido del tráfico habitual y los sonidos distantes de una fiesta que acababa de empezar a animarse unas cuantas calles más allá. Pero de pasos, nada. Suspiramos aliviados, y Fiona me soltó la mano, como si acabara de darse cuenta de que me la había tenido cogida los últimos diez minutos.

—Creo que lo hemos despistado —dije.

—Si es que era alguien.

—Sí que era alguien. Estoy seguro.

Recorrimos el resto del camino por la calle principal; guardábamos una distancia entre nosotros, desconocida hasta ese momento. Había un pequeño sendero que daba a nuestro porche de entrada, flanqueado desordenadamente por arbustos de laurel, y era allí, justo antes de abrir la puerta, donde yo esperaba darle a Fiona un primer beso de tanteo. Pero el estado de ánimo ya no era el adecuado. Ella seguía tensa, con el bolso bien apretado contra el pecho entre sus brazos cruzados. Y yo estaba tan nervioso que forcejeé como un imbécil con la cerradura algo así como un siglo, antes de darme cuenta de que aquélla no era la llave. Después, cuando por fin conseguí abrir la puerta y estaba a punto de entrar, Fiona soltó de repente un grito (mitad jadeo, mitad chillido), y entró de un salto antes que yo, a la vez que me agarraba del brazo y tiraba de mí, para luego cerrar la puerta de golpe y quedarse apoyada contra ella, respirando entrecortadamente.

—Pero ¿qué pasa? Dime, ¿qué pasa?

—Está ahí fuera. Lo he visto. He visto su cara entre los arbustos.

—¿Que has visto a quién?

—Por el amor de Dios, y yo qué sé a quién. Estaba ahí agazapado, mirándonos.

Eché la mano al picaporte.

—Esto es ridículo. Voy a ver.

—No, Michael. No, por favor. —Me detuvo con un gesto disuasorio de su mano

—. Le he visto la cara muy claramente, y..., y lo he reconocido.

—¿Que lo has reconocido? ¿Y quién es?

—No estoy segura. En realidad no lo he reconocido..., pero he visto antes esa cara. Estoy segurísima. Creo que no te está siguiendo a ti, Michael, sino a mí.

Me solté y dije:

—Pronto lo vamos a aclarar. —Abrí la puerta y salí fuera disimuladamente, Fiona me siguió hasta el escalón.

Ahora hacía frío y todo estaba muy tranquilo. Finas franjas de niebla flotaban en el aire y se enroscaban extrañamente en el resplandor blanco de las farolas. Recorrí el sendero de punta a punta, luego el césped, y miré a ambos lados de la calle. Nada. Después registré los arbustos, metiendo la cara entre las ramas, quebrando ramitas y atacando de golpe cada hueco que se abría entre las hojas. Tampoco nada.

Sólo que...

—Fiona, ven aquí un momento.

—Ni loca.

—Mira, no hay nadie. Sólo quiero ver si notas algo.

Se agachó a mi lado.

—¿Lo viste en este arbusto?

—Creo que sí.

—Respira hondo.

Inspiramos juntos: dos inspiraciones largas e indagatorias.

—¡Qué raro! —dijo después de pensárselo un poco; y yo ya sabía lo que iba a decir luego—. Por aquí no hay jazmín, ¿no?

Fiona y yo vimos *Orfeo* juntos una noche, dos o tres días después de nuestra cena en El Mandarín. Se había recuperado enseguida del susto, y ahora era a mí al que le costaba dormir. Me daban las tantas de la madrugada totalmente despierto, mientras escuchaba aburrido la tregua intermitente que, en Londres, es lo más parecido al silencio.

... *La silence va plus vite à reculons. Trois fois...*

Mis pensamientos eran confusos e incoherentes, una repetición sin sentido de conversaciones recordadas a medias, recuerdos desagradables y angustias vanas. Una vez tu mente se ha ajustado a ese patrón, enseguida se hace evidente que la única manera de liberarse es salir de la cama; y, sin embargo, ésa sería la última cosa que te sentirías capaz de hacer. Tan sólo cuando el característico sabor seco y ácido de mi boca se volvía demasiado fuerte como para poder soportarlo, sacaba fuerzas para ir hasta la cocina a por un vaso de agua; después de eso, casi podía estar seguro de dormir por fin un poco, porque el círculo se había roto.

... *Un seul verre d'eau éclair le monde. Deux fois...*

Tenía el despertador puesto a las nueve, pero siempre me despertaba antes. Mientras trataba de recuperar la conciencia, el primer ruido que reconocía no era el rumor del tráfico o el de los aviones que pasaban, sino los trinos de un petirrojo tenaz que le daba la bienvenida a la tenue luz del día desde las copas que había bajo la ventana de mi dormitorio.

... *L'oiseau chante avec ses doigts. Une fois...*

Luego me quedaba en la cama, medio dormido, medio despierto, a la espera del ruido de los pasos del cartero en la escalera. Por alguna razón, nunca he perdido la fe, desde que era un niño pequeño, en el poder que tienen las cartas de transformar mi existencia. La mera contemplación de un sobre tirado en mi felpudo me sigue llenando de ilusión, por pasajera que sea. Habría que decir que los sobres marrones raramente lo consiguen; y los de ventanilla, jamás. Pero luego está el sobre blanco escrito a mano, ese glorioso rectángulo cuajado de posibilidades, que a veces ha resultado ser nada menos que el umbral de un nuevo mundo. Y esa mañana, mientras posaba mis ojos hinchados y expectantes en el pasillo, a través de la puerta semiabierta de mi dormitorio, precisamente un sobre de éstos se deslizó silenciosamente en el interior de mi piso, trayendo con él la posibilidad de transportarme no sólo a un futuro insospechado, sino al mismo tiempo hasta el pasado, hasta un momento de mi infancia de hacía más de treinta años, cuando las cartas habían empezado a jugar un papel importante en mi vida.

Electricistas desde 1945 (o las ocho menos cuarto)  
Calle Alta de la Luz, 220  
Villacontadora

26 de julio de 1960

Estimado Sr. Owen:

Rogamos disculpe el retraso en la conexión del suministro de energía eléctrica a su nueva casa, a saber, el segundo establo de la izquierda de la granja del señor Nuttall.

Lo cierto es que nuestros intentos han carecido de la debida energía por la baja de nuestro último aprendiz, una auténtica lumbrera donde las haya, que anda un poco apagado. Por consiguiente, suponemos que ya lleva usted varias semanas sin luz, aunque personalmente no tenga nada que ver.

Está visto que hay que tener enchufe, dirá usted. Duerma tranquilo, señor Owen, que se le conectará la corriente t.v.d.e.,\* y mientras tanto, acepte por favor este obsequio como prueba de nuestra buena voluntad (adjuntamos suministro de medianoches para un mes).

Reciba un cordial saludo de

A. Daptador  
(Jefe de Reclamaciones)

\* (tras varias demoras espantosas)

Hubo un tiempo en que un paseíto desde la casa de mis padres por caminos silenciosos te llevaba hasta el lindero de un bosque. Vivíamos en el sitio en que los barrios más alejados de Birmingham empezaban a esfumarse en el paisaje, en un remanso apacible y respetable, un poco más distinguido y aburguesado de lo que mi padre se podía realmente permitir, y todos los fines de semana, normalmente los domingos por la tarde, los tres nos encaminábamos hacia el bosque en una de aquellas largas caminatas ligeramente desgastadas que desde entonces se han convertido en él núcleo de mis recuerdos más tempranos y más felices. Se podían seguir distintas rutas, y cada una tenía un nombre (en aquel tiempo, profundamente romántico y evocador) en virtud de sus características: «el claro», «las charcas», «el sendero peligroso». Pero había una que era mi favorita y, a pesar de que debimos de seguirla más veces que cualquier otra, nunca dejó de ejercer su atracción (incluso entonces) de nostálgico encanto. A ésa se la conocía simplemente como «la granja».

Te la topabas de repente. El camino te llevaba por la periferia del bosque, por un sendero que era amplio y estaba bien definido pero que no parecía que se usase mucho; en la versión que mi memoria guarda de los acontecimientos, de todas

formas, siempre se nos ofreció aquella visión del Cielo en una intimidad y un aislamiento completos. Porque era como ver el Cielo: surgiendo ante tu vista cuando menos te lo esperabas, tras una serie de vueltas, subidas y bajadas que parecían internarte cada vez más en el oscuro corazón del bosque, una madriguera de establos y cobertizos de ladrillo rojo, y en el centro, una granja tapizada de yedra, con un encanto increíble. Un huerto flanqueaba un costado de la casa, sus árboles salpicados de fruta amarillenta, y más tarde descubriríamos que detrás de él, oculto a la vista, había un diminuto jardín amurallado, dividido en ordenados cuadrados, como casillas de ajedrez, por senderos de gravilla y setos de boj en miniatura. Para colmo, próxima a la cerca de alambre que marcaba el límite entre el terreno público y la propiedad privada, había una pequeña charca en la que nadaban los patos, y donde de vez en cuando venía a beber, contoneándose, un ganso. En nuestras siguientes visitas a la granja nunca dejamos de llevar una bolsa de papel de estraza llena de pan duro que yo tiraba al agua o a veces, en un ataque de osadía, metía entre los alambres hasta que el ganso se acercaba y lo arrancaba de mis dedos extendidos.

—Ésta debe de ser la granja que se ve desde la carretera —dijo mi padre la primera vez que nos la tropezamos—. Esa por la que paso por delante cuando voy a trabajar.

—Me pregunto si tendrán una tienda —dijo mi madre—. Estoy segura de que sería más barata que las del pueblo.

Tras eso, empezó a ir a la granja para comprar todos sus huevos y todas sus verduras, y no pasó mucho tiempo antes de que esta decisión empezara a tomar un cariz tan social como práctico. Haciendo gala una vez más de su habilidad para trabar amistad con gente relativamente desconocida, mi madre no perdió el tiempo en ganarse la confianza de la señora Nuttall, la mujer del granjero, cuyos larguísimos y pintorescos monólogos sobre las penas y los placeres de la vida bucólica suponían tener que dedicarle una buena media hora a algo en apariencia tan sencillo como comprar unas cuantas patatas. Para compensar mi aburrimiento, en esas ocasiones me mandaban con un peón llamado Harry, que me dejaba seguirle por allí mientras él iba cumpliendo con sus obligaciones, y a veces hasta me permitía darles de comer a los cerdos, o sentarme en lo alto del asiento del conductor de una cosechadora. Y durante los meses siguientes, las excursiones en las que Harry me hacía de guía parecieron hacerse más largas, más frecuentes y más complicadas, hasta que me convertí en una figura familiar de la granja, conocida de sobra por todos los que trabajaban allí, incluido el propio señor Nuttall. Fue por esa época también cuando mis padres decidieron que ya era bastante mayor como para andar solo en bicicleta por los caminos del pueblo y, después de eso, aún les hacía más visitas. A veces mi madre me preparaba paquetes de sándwiches, y yo me los comía sentado en el huerto, y junto a la charca de los patos, antes de ponerme a explorar las distintas dependencias yo solito, sin olvidarme nunca de echarles un vistazo a las terneras (mis animales favoritos) y de escalar las pacas de heno apiladas en la parte de atrás del establo más

grande, donde normalmente me topaba con unos cuantos gatos atigrados, flacos y somnolientos. Me echaba en el heno a su lado, tratando de descifrar el gran misterio de su ronroneo, hipnotizado por su media sonrisa impenetrable, que siempre me hacía envidiarles sus sueños.

En esa época, estaba enamorado de una niña de mi escuela llamada Susan Clement, la del pupitre de al lado. Tenía el pelo largo y rubio, los ojos azul claro y, ahora que lo pienso, creo que yo también le gustaba, pero nunca lo supe seguro porque, aunque me pasé muchas semanas, puede que incluso meses, consumido de amor por ella, me habría sido más fácil volar hasta la luna que encontrar las palabras adecuadas con las que expresar mis sentimientos. Pero recuerdo perfectamente la noche en que me desperté y me di cuenta de que estaba a mi lado en la cama. Al principio la sensación no fue nueva del todo, porque aquel año había compartido ya la cama con Joan, cuando nuestras familias se iban juntas de camping, pero nunca había querido tocarla ni que me tocara; más bien me repugnaba la idea. Y sin embargo con Susan, de lo primero que me di cuenta (desvaneciéndome casi de alegría ante aquella realidad asombrosa y tangible) fue de que ella me estaba acariciando, de que yo la acariciaba a ella, de que estábamos acurrucados, entrelazados, enroscados como serpientes somnolientas. Parecía que cada parte de mi cuerpo se tocaba con cada parte del suyo, de que a partir de ese momento habría que percibir el mundo entero sólo a través del tacto; de modo que al abrigo mohoso de mi cama, en la oscuridad proporcionada por las cortinas de mi dormitorio, no pudimos menos de empezar a retorcernos suavemente, mientras cada movimiento, cada pequeño ajuste creaba nuevas oleadas de placer, hasta que finalmente nos encontramos meciéndonos, como en una cuna, y luego yo ya no pude soportarlo y tuve que parar. Y en cuanto me paré, me desperté, solo y desolado.

Éste es mi primer recuerdo en lo que a sexo se refiere, y uno de los tres sueños de mi infancia que puedo recordar ahora perfectamente.

Joan vivía unas cuantas casas más allá de nosotros. Cuando nuestras respectivas madres habían estado embarazadas, se habían hecho amigas, así que muy bien podíamos presumir de haber crecido juntos. Íbamos a la misma escuela, e incluso a esa edad teníamos fama de ser un tanto intelectuales, que fue otro de los factores que determinó la estrechez de nuestra relación. Por aquel entonces, yo no sólo había decidido, de un modo u otro, que estaba destinado a ser escritor, sino que mi primer libro ya había aparecido, en una edición limitada de un solo ejemplar, diseñada, ilustrada y escrita a mano por mí mismo. En una narración salpicada de alegres anacronismos, contaba varios episodios sacados del diario de un detective victoriano; mi héroe estaba basado, sin mucho respeto por las limitaciones impuestas por la ley



de propiedad intelectual, en un personaje de uno de los muchos cómics que formaban el espinazo de mis lecturas en esa época. Joan también tenía aspiraciones literarias; escribía romances históricos, normalmente sobre una de las mujeres de Enrique VIII. Pero, en mi opinión, aunque nunca habría sido tan bruto como para decírselo, su obra pecaba de inmadurez. Sus personajes eran planos comparados con los míos, y su ortografía tampoco era ninguna maravilla. De todas formas, nos gustaba enseñarnos mutuamente nuestras historias.

Joan y yo solíamos ir juntos en bicicleta hasta la granja del señor Nuttall. No era un recorrido muy largo, no llevaba más de diez minutos, y albergaba un tramo de carretera fabuloso: cuesta abajo, pero no demasiado; lo justo para coger un poco de velocidad, retirar los pies de los pedales y deslizarse en pendiente con el viento despejándote la cara y rozándote las orejas, mientras te brotaban dulces lágrimas de emoción en las comisuras de los ojos. Evidentemente, el regreso era otra historia. Solíamos tener que desmontar y empujar. Siendo como éramos unos niños responsables (demasiado, diría yo ahora), sabíamos que nuestras padres empezarían a preocuparse por nosotros si faltábamos más de un par de horas, lo que supuso que, en un principio, nuestras visitas tendieran a ser episodios muy breves. Llevábamos libros y plumas y papel y cosas de comer, pero normalmente, por pura pereza, terminábamos pasando la mayor parte del tiempo con Harry y los animales. Eso es lo que recuerdo, de cualquier forma, de cómo eran las cosas durante la primavera y los comienzos del verano de 1960, antes de que Joan y yo diéramos el paso decisivo de coger una casa juntos.

Unas palabras de explicación a este respecto. Yo llevaba semanas con los ojos puestos en un establo de una de las dependencias, que permanecía vacío y que, por lo que yo veía, no le interesaba a nadie. Le di bastante la lata a mi madre con este asunto, hasta que al final cedió y preguntó con mucha educación si me sería posible usarlo. «Está escribiendo un libro», explicó con cierto orgullo, «y le hace falta un sitio donde tenga tranquilidad y silencio.» Naturalmente, la señora Nuttall no tardó nada en pasarle esta información a su marido, que se quedó tan impresionado que tomó cartas personalmente en el asunto; y la siguiente vez que me acerqué en bicicleta hasta la granja y abrí la pesada puerta de goznes herrumbrosos del establo, vi que a mi nuevo refugio se le había provisto de un escritorio (en realidad creo que se trataba de un antiguo banco de trabajo) y una sillita de madera, y que la solitaria bombilla que colgaba de un cable desde las vigas del techo estaba ahora elegantemente velada por una descolorida pantalla verde. Y eso no fue más que el comienzo. A medida que fue transcurriendo el verano, trasladé de mi dormitorio a aquel refugio en penumbra todos mis libros y mis adornos favoritos; la señora Nuttall me dejó dos jarrones y me daba siempre lirios y crisantemos; y Harry hasta se las apañó para instalarme una hamaca provisional, sujeta a las paredes de un rincón del establo por dos clavos muy gordos, que se suponía (con bastante arrogancia, si quieren saber mi opinión) eran capaces de soportar el peso de mi cuerpo yacente. En

resumen, me había agenciado una casa nueva, y a mí me parecía que no podía haber felicidad más completa.

Pero pronto iba a saber que sí. Una mañana, a principios de curso, llegué al establo y vi que alguien había metido un sobre blanco por debajo de la puerta. Iba dirigido a mí, con la letra de mi padre. Fue mi primera carta.

Asociación de Vecinos de la Granja Nuttall  
Carrera de Los Pollos  
Puebla de Clocló  
Quiquiquilandia

19 de julio de 1960

Estimado Sr. Owen:

Permítame comunicarle, en nombre de todos mis compañeros residentes, lo encantados que estamos con que haya decidido alquilar el establo vacante del señor Nuttall.

La noticia ha causado un auténtico revuelo en toda la granja. A algunos animales hasta se les ha puesto carne de gallina, y quieren visitar su nuevo hogar en menos que canta un gallo; por no hablar de la ternera, que anda por las nubes; ni de los caballos, claro, que están especialmente contentos porque su casa les cuadra al lado.

Puede que al principio note que algunos de los pollos más pequeños tienen cierta tendencia a ponerse gallitos. Pero debe tener en cuenta que la mayoría de esos animales, lejos de ser tan educados como usted, están acostumbrados a meter la pata. Resumiendo: espero que, aunque este tipo de comentarios siempre traigan cola, no le hagan ahuecar el ala.

No dude en venir volando para darle un poco al pico siempre que le apetezca, ya que a mis mujeres y a mí nos gusta mucho recibir visitas. Estamos hartos de estar aquí acorralados, porque este sitio está más sucio que el palo de un gallinero.

Atentamente,

Al Capón  
(El gallito del lugar)

El siguiente sueño que recuerdo es el más breve de los tres, pero fue tan vívido y aterrador que me hizo chillar como un loco hasta que mi padre vino corriendo desde su dormitorio para tranquilizarme. Cuando me preguntó qué pasaba, lo único que pude decir fue que había tenido una pesadilla en la que un hombre se inclinaba sobre mi cama y me miraba a la cara tan intensamente que estaba seguro de que iba a matarme. Mi padre se sentó a mi lado y me acarició el pelo. Después de un rato, debí de quedarme dormido otra vez.

Hubo otra cosa que podría haberle contado, sólo que en ese momento no la capté muy bien, para explicarle por qué el sueño había sido tan horrible. La verdad era que había reconocido al hombre que se inclinaba sobre mi cama. Lo había reconocido porque era yo mismo. Era yo de mayor, contemplándome a mí mismo de joven, y mi cara estaba estragada por el tiempo y acanalada como una talla antigua por los rastros del dolor.

La fotografía era una de las aficiones de mi padre. Tenía una pequeña cámara de cajón con una funda de cuero y un flash casero, y a falta de cuarto oscuro, tapaba las ventanas del cuarto de baño con papel negro y llenaba el baño de revelador, hasta que un día calculó mal y abrasó todo el esmalte y mi madre le prohibió volver a usarlo nunca. Antes de que eso ocurriera, sin embargo, se acercó hasta la granja del señor Nuttall para dejar constancia fotográfica de Joan y yo en pleno éxtasis doméstico.

Porque ahora vivíamos juntos. O, por lo menos, escribíamos juntos; pues yo había aceptado con cierto recelo emprender una colaboración, en la que mi detective victoriano se trasladaba hasta la época Tudor para resolver un caso de asesinato, a instancias del propio Enrique VIII. (El argumento entero, me parece recordar, estaba fundamentalmente inspirado en *La máquina del tiempo*, que mi padre me había estado leyendo en voz alta a la hora de dormir.) Con este fin, le habíamos pedido otra silla a la señora Nuttall, y ahora nos sentábamos el uno frente al otro, escribíamos capítulos alternos, y nos los pasábamos por encima del banco de trabajo, entre descansos para refrescarnos y paseos por el jardín en miniatura para inspirarnos. No hace falta decir que la aventura no fue precisamente un éxito; nunca terminamos nuestra historia, y cuando un día la recordamos, unos veinte años más tarde, ninguno de los dos consiguió acordarse de lo que había pasado con el manuscrito.

A pesar de todo, fue durante ese breve periodo de asociación creativa cuando mi padre sacó su foto. Nos cogió en nuestras poses características; Joan sentada muy derecha, con gesto vehemente y una sonrisita confiada que deja ver sus dientes y le ilumina la cara; mientras que yo me he apartado un poco de la cámara, con un lápiz apoyado en los labios y la cabeza inclinada en un ángulo introspectivo. Mi padre hizo dos copias del negativo, y nos dio una a cada uno. Durante muchos años, me dijo, Joan guardó su copia en un cajón secreto, donde ocupaba un lugar especial incluso entre sus posesiones más preciadas. Pero yo decidí ponerla a la vista en mi dormitorio; y antes de que pasase mucho tiempo, como suele suceder con estos tesoros infantiles, se perdió.

Banpasta Ltda.  
La Casa sin Blanca  
Cuatro Cuartos

23 de julio de 1960

Estimado Sr. Owen:

Hemos recibido con enorme interés la noticia de que recientemente ha obtenido usted un aumento en su paga nada más y nada menos que de 6 peniques. Con una paga semanal que asciende actualmente hasta 3 chelines, pensamos que le gustaría informarse de algunos de nuestros nuevos planes de ahorro.

Podemos recomendarle, por ejemplo, nuestro plan estrella, el Plan Bonanza. Este paquete aúna una mínima inversión con un máximo crecimiento. De hecho, uno de nuestros clientes, que acaba de abrir su cuenta el mes pasado, ya se ha disparado hasta más de 1,90.

De no ser así, como a buen granjero, tal vez le interese nuestro Cerdito Especial. Nosotros ponemos el cerdo, usted la guita. ¡Y a lo mejor acaba ahorrándose el *bacon*! A finales de año puede usted encontrarse con una suma de tomo y lomo: más de una libra y un chelín (o una «cochina guinea», como nos gusta llamarla), simplemente depositando seis peniques a la semana; no le sugeriríamos que engordara más la cuenta.

A propósito, en virtud de ser usted uno de nuestros clientes más valiosos, ahora tiene derecho a formar parte del club social del banco, que se reúne todos los martes en La Fonda del Fondo para disfrutar de una velada en la que son capitales la diversión y la alta cocina; si entre sus gustos se cuentan la pasta en general, la dorada en salsa verde, o hasta le apetece alguna onza de chocolate, estaremos encantados de tenerle entre nosotros.

Afortunadamente suyo,

Don Toque de Midas  
(Director)

Hay otro sueño que recuerdo claramente, y data de siete años más tarde, cuando yo tenía quince. El miércoles 27 de marzo de 1968, a primeras horas de la mañana, soñé que volaba en un pequeño avión a reacción que, de improviso y sin ninguna razón aparente, empezaba a caer en picado. Aún puedo oír el silencioso zumbido del motor convertido en un chisporroteo ronco, y ver la cortina de espeso humo gris surgida de no sé dónde. La ventanilla se hace añicos con mucho estruendo y, al instante, se me vienen encima las astillas de cristal, clavándoseme en los brazos y en los hombros, y entonces hay una potente ráfaga de aire que me echa hacia atrás y me hace chocar y herirme contra el fuselaje, y ahora nos precipitamos hacia abajo a una velocidad increíble, y yo me siento hueco, mi cuerpo es una cáscara vacía, tengo la boca abierta y todo lo que había en mi interior ha quedado muy atrás, allí arriba en el cielo, y el ruido es ensordecedor (el terrible silbido del motor y de la corriente de aire) y, sin embargo, por encima de todo eso aún puedo oírme hablar, porque estoy

repetiendo una frase, o para mí mismo o para algún interlocutor ausente; en el mismo tono y sin énfasis, repito las palabras: «Me caigo. Me caigo. Me caigo.» Y luego se produce el último chirrido del metal, el agudo desgarrón con que las distintas partes del fuselaje empiezan a desmembrarse, hasta que de golpe el avión entero se hace pedazos y sale disparado en un millón de direcciones diferentes, y yo caigo libremente, sin trabas, sin nada más que el cielo azul entre yo y la Tierra, a la que ahora puedo ver claramente, y que se eleva para salirme al encuentro: costas de continentes, islas, grandes ríos, grandes superficies de agua. Ya no sufro, ya no tengo miedo, ya me he olvidado de lo que significa sentir esas cosas; tan sólo noto que la sombra de la Tierra ha empezado a tragarse el delicado azul del cielo, y esa transición del azul al negro es muy gradual y muy bonita.

Entonces me despierto, sin temblores ni sudores ni gritos para que mi padre me ayude, sino percibiendo, con una sensación de decepción, incluso de pesar, mi familiar dormitorio en penumbra y la noche indiferente del exterior. Me doy la vuelta y me quedé despierto unos minutos antes de volver a dormirme, y esta vez caigo en un sueño diáfano y sin ensoñaciones.

Dos días más tarde, el viernes por la mañana cuando estábamos desayunando, mi padre me pasó su ejemplar del *Times* y me enteré de que Yuri Gagarin había muerto, y también su copiloto; su reactor de entrenamiento, de dos plazas, se había estrellado en Kirzhatsk justo cuando yo estaba teniendo mi sueño. Lo último que se le había oído decir a Yuri era una serena comprobación: «Me caigo», mientras trataba de enderezar su avión para que no cayese en una zona habitada. Al principio no me lo creí; hasta que en el periódico del día siguiente vi una foto en la que salía el edificio donde se habían puesto sus cenizas para que la gente pudiese darle su último adiós: el cuartel general del ejército soviético; y en torno a él, abriéndose paso a través de las calles enlutadas, una cola de plañideros de dos metros de ancho y cinco kilómetros de largo.

... *Si vous dormez, si vous rêvez, acceptez vos rêves. C'est le rôle du dormeur...*

El sobre cayó al suelo. Inmediatamente, despertado por su llegada como nada podría haberme despertado, saqué las piernas de la cama y corrí hacia el pasillo para recogerlo. Llevaba un sello de *urgente*, y venía dirigido al «Sr. D. Michael Owen» con una letra elegante y como de patas de araña. Demasiado impaciente como para acercarme hasta la cocina a por un cuchillo, lo abrí a lo bruto con el pulgar, luego me lo llevé al cuarto de estar y empecé a leer la siguiente misiva, mientras mi asombro iba en aumento con cada frase:

Distinguido Sr. Owen:

Sirva esta breve nota, escrita a vuela pluma, a modo de disculpa, y sirva también a modo de propuesta.

Primero, las disculpas. He sido el autor, y soy el primero en reconocerlo, de varios delitos contra su propiedad y contra su persona. Mi única excusa (lo único por lo que, de hecho, puedo reclamar su piedad y su perdón) es que siempre he actuado movido por razones de humanidad. Ya hace muchos años que vengo interesándome encarecidamente por el caso de la señorita Tabitha Winshaw, cuya larga e injustificada reclusión me parece una de las injusticias más impresionantes con las que me he tropezado en mi carrera profesional. Por consiguiente, cuando me enteré por su anuncio en el *Times* de que se estaba dedicando a investigar unas circunstancias que no dejan de guardar relación con este asunto, mi curiosidad se despertó inmediatamente.

Debe usted perdonar mis excentricidades, señor Owen (¿o puedo llamarle Michael?, porque tengo que admitir que, habiendo leído sus dos excelentes novelas, ya nos considero viejos e íntimos amigos); debe usted perdonar las excentricidades, como le digo, de un viejo travieso que, antes que acercarse a usted directamente, prefirió explorar el territorio de acuerdo con unos métodos ya probados y verificados. Tengo que confesarle, Michael, que fui yo quien penetró en la oficina de sus extraordinarios editores y se llevó el manuscrito; fui yo quien siguió al taxi que le trajo hasta su casa al día siguiente; fui yo, deseando establecer contacto personal con usted para que se convenciera de la honradez de mis intenciones, quien se le acercó a la salida de un restaurante de Battersea y tuvo el privilegio (no sin cierto asombro) de recibir una limosna de veinte peniques de su encantadora acompañante (suma por la que le adjunto un talón en esta misma carta); y fui yo, a estas alturas ya lo habrá adivinado, quien les siguió a los dos hasta casa desde el restaurante, mientras mis añosas piernas se esforzaban por seguirles los pasos, y quien, finalmente, por un triste error de cálculo por mi parte, dio a la susodicha acompañante un lamentable susto de muerte en el preciso instante (si hemos de confiar en mi versión de los hechos) en el que seguramente estaban a punto de hacer progresos en sus relaciones para internarse en la más deliciosa intimidad.

¿Podrá usted perdonar esta lamentable relación de comportamientos censurables? Lo único que puedo esperar es que mi presente franqueza sirva, al menos en parte, a modo de expiación.

Y ahora, Michael, vamos con la propuesta. Creo que está claro que, cada uno por su cuenta, ambos hemos llegado todo lo lejos posible en nuestras investigaciones. Éste es el momento de unir nuestras fuerzas. Permítame asegurarle que se encuentra en mi posesión una gran cantidad de información que le sería de mucha utilidad en su trabajo, y que estoy dispuesto a compartirla toda. A cambio, y por lo que a mí respecta, le ruego que me deje ver una sola cosa: a saber, un trozo de papel mencionado en las primeras páginas de su fascinante historia, un mensaje pergeñado por Lawrence Winshaw, que usted describe (con la elegancia y la concisión características, si no le importa que se lo diga, de toda la narración) como «una nota que Lawrence había garrapateado para el mayordomo, en la que le pedía que le

serviesen en su habitación una cena ligera». Considero que ese pedazo de papel (por recuperar el cual hice una vez formidables esfuerzos, pero que ahora parece, por algún oscuro capricho del destino, haber caído en sus manos) va a ser de vital importancia para establecer la salud mental y la inocencia de la señorita Winshaw; que tiene que contener, en resumen, algún significado cifrado o alguna clave que muy bien podría haberle resultado difícil discernir (confío en que no se tome esto a mal) a alguien que, tal vez, no posea una experiencia tan amplia y tan variada en estos asuntos como la mía.

Debemos conocernos, Michael. No tiene vuelta de hoja. Debemos acordar una cita, y no hay tiempo que perder. ¿Puedo hacerle una sugerencia un tanto maliciosa, como punto de reunión adecuado? Sé que el próximo jueves en la Narcissus Gallery de Cork Street (propiedad de Roderick Winshaw, como usted sabrá muy bien) va a haber una presentación, sólo para los allegados, de unos cuadros, según parece más bien insustanciales, de un joven miembro de la aristocracia menor. Creo que podemos confiar en que semejante ocasión no represente un aliciente tan poderoso para los *cognoscenti* de Londres cómo para que dos desconocidos no puedan reconocerse entre la multitud que allí se congregue. Acudiré exactamente a las siete y media. Espero contar con el placer de su compañía, y es más, me estremezco al pensar en los comienzos de lo que confío sea una colaboración profesional fecunda y cordial.

La carta terminaba con un simple «Afectuosísimamente», y la rúbrica:

A handwritten signature in cursive script that reads "Findlay Onyx". The letters are fluid and connected, with a prominent initial 'F'.

(Detective)

## RODDY



### 1

Phoebe se encontraba de pie en una esquina de la galería, donde ya llevaba un cuarto de hora. La copa de vino que tenía en la mano estaba pegajosa; el vino, templado, y ya no había quien se lo tomara. Hasta el momento, ni una sola persona se había parado a hablar con ella, ni tampoco se había dado por enterada siquiera de su presencia. Se sentía invisible.

Sin embargo, conocía a tres de los invitados. Reconoció a Michael, por ejemplo, aunque sólo se habían visto una vez hacía más de ocho años, cuando él estaba a punto de empezar a trabajar en su biografía de los Winshaw. Qué canoso tenía el pelo ahora. Seguramente no se acordaba de ella, y además, parecía muy entretenido hablando con un pensionista de pelo blanco, muy charlatán, que no había hecho más que comentarios groseros sobre los cuadros desde que había llegado. Y también estaba Hilary; bueno, qué más daba. De todas formas, no tenían nada que decirse.

Y finalmente, claro, también estaba el mismísimo Roddy. Le había visto mirarla con ojos culpables más de una vez y hacerse el loco, muerto de miedo, así que estaba claro que no tenía intención de hacer las paces. No le sorprendía mucho; para empezar, la única razón que había tenido para acudir a la inauguración era que se sintiera incómodo. Pero había sido una ingenuidad pensar que lo conseguiría. En ese momento, era ella la que se sentía incómoda, mientras observaba cómo se movía él con soltura entre sus amigos y sus colegas, charlando, cotilleando. Estaba segura de que todos sabrían exactamente quién era ella, y estarían perfectamente informados de la naturaleza de su lejana y atrevida conexión con la galería. Empezaron a arderle las



mejillas sólo de pensarlo. Pero aguantaría. Se las apañaría. Agarraría más fuerte su copa, y permanecería derecha.

En definitiva esta noche no podía amedrentarla nada comparado con las oleadas de humillación que la asaltaron la primera vez que había cruzado aquellas puertas, hacía más de un año.

Que ella recordase, siempre había pintado, y desde pequeña su talento fue evidente para todo el mundo menos para ella misma. Con cada informe del colegio, las alabanzas de su profesor de arte alcanzaban nuevas cotas de arrobamiento; pero raramente tenían eco en sus colegas, a los que sus trabajos académicos les parecían en general decepcionantes. Cuando dejó el colegio, no había tenido el coraje de solicitar plaza en una facultad de bellas artes, y en vez de eso, empezó a estudiar enfermería. Unos años después, sus amigos se las arreglaron para convencerla de que se había equivocado, y pasó a estudiar durante tres años en Sheffield, dónde su estilo sufrió unos cuantos cambios repentinos. De golpe se desplegaron ante ella una infinidad de posibilidades insospechadas; en el espacio de unas cuantas semanas marcadas al mismo tiempo por su voracidad y su incredulidad, descubrió el fauvismo y el cubismo, a los futuristas y a los expresionistas abstractos. Ejercitada ya en el paisaje y en el retrato, empezó a producir una serie de lienzos densos y atiborrados, cargados de detalles incongruentes e imbuidos de una fascinación por minucias físicas que la llevaron a beber en fuentes inverosímiles, incluidos los libros de medicina y los de ilustraciones zoológicas o entomológicas. También empezaba a leer mucho por primera vez, y en una edición de Penguin de Ovidio encontró la inspiración para su primera gran serie de cuadros importantes, en donde se trataban los temas del flujo, la inestabilidad y la continuidad de los mundos humano y animal. Sin darse cuenta (porque no dejaba que nada interfiriera en su exaltación de esa época) se iba acercando a un territorio peligroso: se encaminaba hacia esa cúspide pasada de moda entre lo abstracto y lo figurativo, lo decorativo y lo accesible. Estaba a punto de volverse invendible.

Pero incluso antes de que se encontrara en situación de hacer este descubrimiento, sufrió distintos reveses: una crisis de confianza, el abandono de sus estudios al finalizar el segundo curso, una vuelta a dedicar todo su tiempo a la enfermería. No pintó durante varios años. Cuando lo retomó, fue con una pasión y una urgencia renovadas. Alquiló un estudio compartido en Leeds (donde ahora vivía) y pasó allí todos los momentos de vigilia que le sobraban. Se sucedieron las pequeñas exposiciones, en bibliotecas y centros de educación de adultos, y de vez en cuando le hacían encargos, aunque no suponían ningún reto para su imaginación. Pero en un ámbito reducido, al menos, había comenzado a adquirir una especie de reputación.

Uno de sus antiguos profesores de Sheffield, con quien mantenía contactos esporádicos, la invitó a tomar una copa e insinuó que ya era hora de empezar a

enseñar su obra a algunas galerías de Londres. Para que el proceso fuera más sencillo, le ofreció presentarla personalmente: contaba con su permiso para acercarse hasta la Narcissus Gallery en Cork Street, y dar su nombre. Phoebe se lo agradeció con cierta reserva, porque tenía sus dudas sobre esta propuesta. El tan cacareado ascendiente del profesor sobre Roderick Winshaw había sido una especie de broma recurrente entre sus compañeros de estudios, que nunca habían conseguido verificarlo. Él y Roddy habían ido juntos al colegio, era verdad, pero no existía el menor indicio de que alguna vez hubieran sido íntimos, o de que el gran marchante se hubiese tomado la molestia de conservar su amistad en los años siguientes. (Por ejemplo, cuando lo invitaron a dar una conferencia en la facultad, se olvidó completamente y ni siquiera apareció.) De todas formas, era una auténtica oportunidad, y se la habían dado con las mejores intenciones, y no se la podía tomar a la ligera. Phoebe llamó a la galería por la mañana, habló con una recepcionista amable y atenta, y quedó en aparecer por allí a la semana siguiente. Pasó esos pocos días preparando sus diapositivas.

Cuando cerró tras ella la puerta de cristal de la galería, Phoebe descubrió que aquel ruido de locos característico de Londres se había desvanecido inmediatamente, y había penetrado en un refugio: insonorizado, aséptico y selecto. Avanzó de puntillas. Era un espacio sencillo y rectangular, con un escritorio en el extremo más alejado, ocupado por una mujer rubia, asombrosamente guapa, que parecía unos cinco años más joven que Phoebe, y que esbozó una sonrisa mientras le decía «hola» con un aire claramente amenazador. Phoebe masculló una especie de respuesta y luego, durante unos segundos, demasiado asustada como para avanzar un poco más, se quedó mirando los cuadros que colgaban de las paredes. Resultó alentador: eran horrorosos. Pero algo le ocurrió, de todos modos, cuando inspiró profundamente y arrastró sus pies renuentes hasta el escritorio, expuesta al insolente escrutinio de la recepcionista. Esa mañana, justo antes de tener que irse a coger el tren, se había dedicado a reordenar su selección de diapositivas; pero ahora se daba cuenta de que podía haber empleado ese tiempo en algo mucho más útil. Debería haber decidido qué se debía poner.

—¿Puedo ayudarte en algo? —dijo la mujer.

—Soy Phoebe Barton. He venido a enseñarles una muestra de mi trabajo. Creo que me están esperando.

Phoebe se sentó, aunque nadie la había invitado a hacerlo.

—¿Tienes una cita entonces? —dijo la mujer, a la vez que les echaba un vistazo a las páginas en blanco de la agenda de su escritorio.

—Sí.

—¿Cuándo te la dieron?

—La semana pasada.

Puso gesto de extrañeza.

—La semana pasada estuve fuera. Seguramente hablaste con Marcia, la sustituta. En realidad no tiene permiso para fijar citas.

—Pero quedamos a una hora y todo.

—Lo siento, pero aquí no pone nada. No vienes desde muy lejos, supongo. Quiero decir que no te habremos hecho venir desde el quinto pino, como Chiswick o algo así, ¿verdad?

—He venido desde Leeds —dijo Phoebe.

—Ah, claro —asintió la mujer—. Ya me doy cuenta por el acento. —Cerró la agenda y suspiró muy fuerte—. Bueno, supongo que ya que has venido hasta aquí... habrás traído algunas diapos, ¿me las das?

Phoebe sacó la hoja de plástico y estaba a punto de dársela, cuando dijo:

—Mire, se supone que iba a enseñárselas al señor Winshaw. Es amigo de un antiguo profesor mío, que me dijo que...

—Roddy está reunido en este momento —dijo la mujer. Cogió las diapositivas, las sostuvo a contraluz, y les echó un vistazo de más o menos medio minuto—. No, me temo que no es nuestro estilo.

Se las devolvió.

Phoebe notaba cómo temblaba. A esas alturas, ya despreciaba a esa mujer, pero era consciente de su absoluta impotencia.

—Pero si apenas las ha visto.

—Lo siento. No son para nada lo que andamos buscando en este momento.

—¿Qué están buscando entonces?

—Tal vez deberías molestarte en intentarlo en algunas galerías más pequeñas —dijo, esquivando la pregunta con una gélida sonrisa—. Algunas alquilan parte de su espacio a pintores aficionados. No sé qué comisión llevan.

Justo en ese momento, un hombre alto y bien formado, de treinta y muchos años, salió de una abertura que había al fondo de la galería y se acercó tranquilamente.

—¿Algún problema, Lucinda? —dijo; hizo como que ignoraba a Phoebe, pero ella se dio perfecta cuenta de que la examinaba y la tasaba en silencio.

—Creo que ha habido un pequeño malentendido. Esta chica, la señorita Barker, tenía la impresión de que se había citado con usted, y nos ha traído algunos bocetos suyos.

—Una impresión acertada. Estaba esperando a la señorita Barton —dijo, y alargó la mano, que Phoebe estrechó—. Roderick Winshaw. Y ahora ¿por qué no te traes esas cosas para que pueda verlas bien? —Se volvió hacia la recepcionista—. Gracias, Lucy. Puede irse a comer.

En su despacho, Roddy les echó a las diapositivas una ojeada aún más superficial. Ya había decidido lo que quería de aquella nueva aparición tan tentadora.

—Harry me ha hablado de tu trabajo —mintió, tras esforzarse un poco para acordarse del nombre de pila del viejo conocido al que había evitado en la medida de lo posible durante los últimos veinte años—. Pero me alegro de tener la oportunidad

de conocerte en persona. La complicidad es muy importante.

Como parte del proceso de establecer esa complicidad, invitó a Phoebe a comer. Ella hizo lo que pudo por fingir que conocía los platos del menú, y se las apañó para evitar comentarios sobre los precios, que al principio le parecieron erratas de imprenta. Al fin y al cabo, pagaba él.

—En el mercado de hoy en día —dijo Roddy, la boca llena de *blinis* de salmón ahumado— es una ingenuidad pensar que se puede promocionar la obra de un artista sin contar con su personalidad. Tiene que haber una imagen, algo que se pueda vender en los periódicos y en las revistas. Da igual lo maravillosos que sean los cuadros; si no tienes nada interesante que decir sobre ti misma cuando aparece una chica del *Independent* a hacerte una entrevista, estás perdida.

Phoebe escuchaba en silencio. Parecía que eso era lo que él quería, por mucho que afirmara que le interesaba su personalidad.

—También es importante, claro, que seas fotogénica. —Se sonrió afectadamente—. No creo que tú tengas ningún problema en ese aspecto.

Roddy parecía extrañamente inquieto. Aunque evidentemente trataba de impresionar a Phoebe con su encanto y sus atenciones, por lo visto el restaurante estaba lleno de gente a la que conocía, y se pasaba la mayor parte del tiempo mirando por encima del hombro de ella para asegurarse de que establecía contacto visual con los comensales más importantes. Cada vez que Phoebe sacaba a colación el tema de la pintura, que se suponía era por lo menos un interés que tenían en común, él enseguida se ponía a hablar de algo completamente distinto.

Roddy pidió la cuenta tras unos cuarenta minutos, antes de que les diese tiempo a pedir el café o el postre. Tenía otra cita a las dos en punto.

—Una auténtica lata, la verdad. Un periodista que está escribiendo un artículo sobre jóvenes promesas; quiere que le dé unos cuantos nombres, supongo. Ni me molestaría, si no hubiera que colaborar con esta gente para que a la galería le hagan un buen reportaje de vez en cuando. No se te ocurrirá ninguno, ¿verdad?

Phoebe negó con la cabeza.

—Mira, siento que todo haya sido tan apurado —dijo Roddy, bajando la vista y modulando su voz hasta darle un tono de tímida sinceridad—. Tengo la sensación de que aún no te conozco casi nada.

A ella le pareció un comentario ridículo, puesto que se habían quedado sin cosas que decirse a los cinco minutos, pero se encontró diciendo:

—Sí, es verdad.

—¿Dónde te alojas en Londres? —le preguntó él.

—Me voy a casa esta noche —dijo Phoebe.

—¿Por qué te vas a ir? Precisamente estaba pensando que podías quedarte en mi piso, si querías. Hay espacio de sobra.

—Es usted muy amable —dijo Phoebe, que se escamó enseguida—. Pero mañana tengo que trabajar.

—Claro. Pero mira, tenemos que volver a vernos pronto. Quiero ver bien esos cuadros tuyos. Tienes que explicármelos.

—Bueno, no vengo mucho por aquí; entre el trabajo y lo que cuesta el tren...

—Sí, ya veo que debe de serte muy complicado. Pero yo sí voy a Leeds de vez en cuando. Mi familia tiene un sitito por aquellos lares. —Miró su reloj—. En mala hora quedé con ese periodista. Pero, bueno, también te puedes pasar ahora mismo por mi casa. Está justo aquí a la vuelta de la esquina, y yo puedo aparecer por allí en una hora o así. Podríamos... retomar el tema, y aún te sobraría tiempo para coger el tren esta noche.

Phoebe se levantó.

—Por intentarlo que no quede, ¿verdad? Aunque no ha sido muy sutil precisamente. —Se echó el bolso al hombro y dijo—: Si llego a saber que ésta era la clase de complicidad que tenía en mente, podía haberse ahorrado esta comida tan cara. ¿Me puede devolver mis diapositivas, por favor?

—Te las mandaré por correo, si de veras te interesa —dijo Roddy, y se quedó mirando, fascinado, cómo ella se daba media vuelta y salía caminando resueltamente del restaurante. Iba a ser más divertido de lo que se había imaginado.

—Que tío más cerdo —le dijo Phoebe a su compañera de piso, mientras se tomaba, desconsolada, una taza de café en la cocina aquella noche.

—Todos son unos cerdos —dijo Kim—. Lo importante es si el cerdo en cuestión está bueno.

—Qué más da —dijo Phoebe. (Aunque le fastidiara, le había parecido bastante guapo, a pesar de que el tenérselo tan creído lo echara a perder.)

No pensó más en Roddy hasta el fin de semana, cuando su padre la llamó por teléfono, emocionado, para preguntarle si había visto el *Times* del domingo. Phoebe salió a comprarlo, y vio que se la mencionaba entre un puñado de pintores jóvenes, cuyas carreras iban a florecer seguramente en la década venidera.

*«No me gusta nada hacer profecías; la Historia te demuestra muchas veces que estabas equivocado», dice Roderick Winshaw, uno de los marchantes más importantes de Londres, «pero de todos los nuevos artistas que he visto últimamente, me ha impresionado muchísimo Phoebe Barton, una chica de Leeds de la que cabe esperar grandes cosas en un futuro no muy lejano.»*

Kim creía que debía telefonar a Roddy para agradecérselo, pero Phoebe, que intentaba ocultar su satisfacción por todos los medios, no se molestó, aunque lo primero que le dijo cuando la llamó por teléfono unas noches después fue:

—Vi lo que le contó al periódico. Todo un detalle.

—Ah, el articulito ese —dijo Roddy, quitándole importancia—. Yo no lo tendría muy en cuenta. Me han preguntado unas cuantas veces por ti desde que salió, pero aún es pronto.

A Phoebe se le puso el corazón a cien por hora.

—¿Que le han preguntado por mí?

—La razón por la que te llamaba —dijo Roddy— era saber si ibas a hacer algo este fin de semana. Me voy a la casita de la familia, y se me ocurrió que a lo mejor te apetecía venir, y así podríamos ver bien tu obra. Pensaba recogerte en Leeds el sábado por la tarde, y seguir en coche hasta allí.

Phoebe se lo pensó. ¿Todo un fin de semana a solas con Roderick Winshaw? Comer con él ya había sido demasiado. Era una perspectiva horrible.

—Estupendo —dijo—. Estaría muy bien.

Roddy echó un vistazo a los terrenos del ayuntamiento, y decidió que no iba a haber forma de aparcar allí su deportivo, un Mercedes. Tampoco le gustaba mucho dejarlo aparcado en la ladera, en el exterior de lo que parecía ser una especie de colegio o centro social. Los dos jovencitos matones que lo vieron bajar y cerrar las puertas tenían toda la pinta de que les encantaría romperle las ventanillas o pincharle las ruedas en cuanto se diese la vuelta. Esperaba que Phoebe tuviese lista, y no tener que deambular por aquel lugar dejado de la mano de Dios ni un minuto más de lo necesario.

En el exterior del portal de su bloque de apartamentos apretó un botón y anunció su llegada por el telefonillo. No hubo respuesta, sólo el repentino zumbido de la puerta al abrirse. Roddy les echó una última ojeada a los terrenos (niños que jugaban a gritos en una zona de recreo bañada por el sol, madres jóvenes que empujaban sus cochecitos ladera arriba desde el centro del pueblo, cargadas con bolsas de la compra) y luego entró en el portal. Era húmedo y olía a rayos, y el ascensor parecía especialmente horrible; pero subir andando hasta el undécimo piso habría significado llegar sudoroso y sin aliento, y estaba decidido a causar la mejor impresión posible. Así que apretó los dientes, se tapó la nariz, y se tranquilizó al ver que el ascensor había sido relativamente rápido e inofensivo. Acto seguido tuvo que vérselas con un lóbrego pasillo, débilmente iluminado por una serie de bombillas de cuarenta watos que no daban la menor idea de la clara luz de aquella tarde de sábado que había dejado atrás; pero justo cuando estaba a punto de perderse, se abrió la puerta de uno de los apartamentos y apareció la mismísima Phoebe haciéndole señas. Enseguida se animó; en aquel entorno, resultaba más atractiva que nunca, y las dudas que había abrigado durante todo el día desde que había salido de Londres se evaporaron en una nube de deseo.

—Entre —dijo—. Ya casi estoy lista. Kim acaba de hacer un té.

Roddy entró tras ella, y se llevó una sorpresa al ver que lo llevaba hasta un cuarto de estar iluminado y amplio. Un hombre con una camiseta y vaqueros deshilachados estaba tumbado en el sofá viendo la televisión, y cambiando continuamente de un canal donde ponían *Tribuna* a una comedia en blanco y negro de la BBC2. No alzó la vista.

—Éste es Darren —dijo Phoebe—. Darren, Roderick Winshaw.

—Encantado de conocerle —dijo Roddy.

Darren gruñó algo.

—Ha venido conduciendo desde Londres —dijo Phoebe, a la vez que hacía ademán de apagar la televisión—. Seguro que le apetece relajarse.

—Eh, que estoy viendo eso.

La televisión siguió encendida, y Phoebe se retiró a su cuarto para terminar de

preparar sus cosas. Roddy se coló en la cocina, donde una pulcra mujer pelirroja estaba sirviendo cuatro tazas de té.

—Usted debe de ser Roddy —dijo, y le pasó una taza—. Yo soy Kim. Phoebe y yo compartimos el piso. Para pecar a gusto. —Soltó una risita—. ¿Toma usted azúcar?

Roddy negó con la cabeza.

—Estamos todos tan encantados de que por fin alguien importante se ocupe de ella —dijo Kim, mientras se servía tres cucharadas—. Es justo la oportunidad que necesita.

—Bueno, mi intención es... hacer todo lo que pueda —dijo Roddy, desconcertado.

Phoebe volvió a salir de su dormitorio, con un enorme cartapacio bajo el brazo.

—¿Cabrán esto en el coche?

Roddy contuvo el aliento.

—A lo mejor se estropea un poco.

—Bueno... —Phoebe parecía confusa—. Dijo que quería verlos. Para eso ha venido, ¿no?

—Creí que eran diapositivas.

—No todos. —Se le iluminó la cara—. Podemos verlos ahora, si quiere. Sólo nos llevaría una o dos horas.

Evidentemente, nada más lejos de las intenciones de Roddy.

—En realidad, estoy seguro de que cabe. Sólo tenemos que echar los asientos un poco hacia delante.

—Gracias. —Phoebe le dedicó una sonrisa—. Voy a por la bolsa.

Darren entró arrastrando los pies desde el cuarto de estar.

—¿Dónde está mi té?

—Creí que ibas a Sainsbury's —dijo Kim, echándole azúcar en la taza.

—No cierra hasta las seis.

—Sí, pero entonces ya no quedará nada.

—Es que va a empezar el rugby.

—Darren, ¿qué hacen tus pesas en mi cuarto? —Phoebe estaba parada en el pasillo, lista para irse.

—Ahí hay más sitio. ¿Por qué? ¿Te molestan?

—Pues claro que me molestan. No quiero verlas ahí cuando vuelva, ¿entendido?

—Si vas a montar tanta bronca...

—Bueno, gracias por el té —dijo Roddy, que no había bebido nada—. Parece que nos vamos.

—Bonita chaqueta —dijo Darren, cuando Roddy lo rozó al pasar—. Tiene pinta de ser de Next o algo así, ¿no?

La chaqueta en cuestión, una preciosa chaqueta de sport de lino beige, había sido hecha a medida y costado más de quinientas libras.



—Es de Charles en Jermyn Street —dijo Roddy.

—Ah, claro, ya me parecía. Ya me parecía que era de algún sitio así.

Phoebe le tiró un beso de desprecio, y dijo:

—Adiós, Kim. Te daré un telefonazo para avisarte de cuando vuelvo.

—Muy bien, cuídate. Pásalo bien, y no hagas nada... No hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

Por suerte, Roddy ya no la oyó.

—Ese tipo es un cretino —dijo Phoebe, mientras se dirigían hacia Thirsk por la A1—. Y últimamente se pasa el día metido en casa. Me empieza a deprimir de verdad.

—Tu compañera de piso parece encantadora.

—Pero ¿no le parece un rollo que los amigos elijan parejas de lo más inadecuado?

Roddy aceleró hasta situarse a unos tres metros del coche de delante y le mandó ráfagas de luz, impaciente. Hasta el momento llevaba una media de unos ciento cincuenta kilómetros por hora.

—Sé lo que quieres decir —dijo—. Tengo un amigo, por ejemplo, que estuvo dos años casado con una mujer que daba la casualidad que era la prima de la duquesa no se cuántos. No es que fuera muy guapa, pero estaba muy bien relacionada. Él esperaba meterse en la ópera, ¿sabes? Bueno, el caso es que de repente, sin decir ni mu, lo manda todo a paseo y se lía con una completa desconocida; una maestra, fíjate. Nadie, absolutamente nadie, había oído hablar de ella en su vida. Y lo siguiente de lo que te enteras es de que se han casado. Ahora que lo pienso, parecen la mar de felices, pero yo sigo pensando que tenía que haber aprovechado la oportunidad y cargar con Mariella.

—Me parece que no estamos hablando exactamente de lo mismo —dijo Phoebe.

Siguieron un buen rato en silencio.

—Pues yo creo que es parecido —dijo Roddy.

Iban a dar las seis cuando atravesaron Helmsley y se encaminaron, sin pérdida de tiempo, hacia los páramos del norte de York. Aún hacía sol, y Phoebe comprobó que los páramos, que ya había visitado muchas veces antes y siempre le habían parecido abrumadoramente desiertos, hoy le resultaban alegres y acogedores.

—Tiene usted tanta suerte —dijo— teniendo una casa aquí. Debe de haber sido un sitio maravilloso para vivir de niño.

—Pero no pasé mucho tiempo aquí cuando era pequeño. Gracias a Dios. Es el sitio más espantoso del mundo, si te digo la verdad. No vengo nunca si puedo evitarlo.

—¿Entonces quién vive en la casa en este momento?

—Nadie, la verdad. Hay unos cuantos criados: un par de cocineras y de jardineros, y un mayordomo mayor que lleva medio siglo con la familia, y nada más. Así que el sitio está casi vacío. —Sacó otro cigarrillo para sí mismo, y se lo dio a Phoebe para que lo encendiera—. Aparte de mi padre, claro.

—No sabía que siguiera vivo.

Roddy sonrió.

—Bueno, por lo menos eso parece.

No sabiendo muy bien qué responder a eso, Phoebe dijo:

—¿Conoce ese retrato de John Bellamy de su padre? Me encanta ese cuadro; es tan rico en detalles; te dice tantas cosas de ese hombre, y a la vez está hecho con tanto cariño y tanto entusiasmo. Desde luego, tiene como un resplandor.

—Lo conozco, sí. Pero no creo que ahora mismo se lo recomendara a nadie como una buena inversión. Mira —dijo, a la vez que clavaba en Phoebe una mirada medio burlona, medio admonitoria—, espero que no quieras pasarte el fin de semana hablando de pintura. Para eso ya tengo Londres.

—Y entonces, ¿de qué vamos a hablar?

—De lo que sea.

—Yo vivo para el arte —dijo Phoebe—. Lo que los demás llaman «el mundo real» siempre me ha parecido descolorido y soso comparado con él.

—Bueno, puede que sea así. Pero a mí me parece que esa postura tiene mucho de afectación.

—Pues no he sido yo quien lo ha dicho, lo ha dicho usted. En el número de abril de 1987 de la revista *Observer*.

—Ya. Bueno, eso es lo que se espera que les digas a los periodistas cuando te dedicas a esto. Se supone que hay que echarle un poco de gracia. —Mientras seguía dándole caladas a su cigarrillo, dijo con un tono de voz más peligroso y afilado—: ¿Sabes cuáles eran mis planes para esta noche? Me habían invitado a cenar con el marqués de —, en su piso de Knightsbridge. En la lista de invitados también estaban uno de los productores teatrales más poderosos de Londres, un miembro de la familia real y una actriz americana increíblemente guapa, que ahora es la protagonista de una película que están poniendo en todas partes, y que venía en avión desde Hollywood especialmente para la ocasión.

—¿Y qué quiere que le diga? Evidentemente se tiene que aburrir con esa gente, si prefiere pasar la noche aquí conmigo, en el quinto pino.

—No necesariamente. Yo lo veo como un fin de semana de trabajo. En definitiva, mi vida depende del apoyo que le preste a la gente joven con talento, y yo creo que tú lo tienes. —Le pareció que el cumplido estaba bien calculado, lo que le dio valor para añadir—: Quiero decir, querida, que espero que este fin de semana sea un poco más emocionante que unas cuantas horas en el salón discutiendo la influencia de Velázquez en Francis Bacon. —Y luego, antes de que Phoebe pudiese contestar, vislumbró algo en el lejano horizonte—. Mira, ahí está. Mi querida casita.

La primera impresión que Phoebe tuvo de Winshaw Towers no la animó nada. Prácticamente encaramada en la cresta de una sierra inmensa y amenazadora, arrojaba sombras muy oscuras sobre los terrenos que había debajo. Aún no se divisaban los jardines; pero ya podía distinguir una densa zona de arbolado que ocultaba el acceso a la casa, y al pie de la colina se veía una amplia extensión de agua, tenebrosa y sin forma. Por lo que se refiere a la caótica aglomeración de torres góticas, neogóticas, subgóticas y pseudogóticas, que daba su nombre a la casa, a lo que más se parecía era a una gigantesca mano negra, engarabitada y deforme: los dedos agarrados al cielo, como si quisieran arrancar aquel sol poniente que brillaba como un penique bruñido y que, al parecer, pronto iba a caer inexorablemente en sus garras.

—No es precisamente una colonia veraniega, ¿verdad? —dijo Roddy.

—¿No hay más casas por aquí?

—Hay un pueblecito a unos ocho kilómetros, al otro lado de la colina, y nada más.

—¿Y cómo quisieron venirse a vivir a un sitio tan solitario?

—Sabe Dios. La parte principal de la casa dicen que se construyó en 1625. No pasó a ser de mi familia hasta unos cincuenta años más tarde. Un antepasado mío, Alexander, la compró entera, vete tú a saber por qué, y luego empezó a ampliarla, que es por lo que apenas queda nada de los ladrillos originales. Y este estanque de patos que se sacaron de la manga —señaló fuera de la ventanilla, porque ahora la carretera corría paralela al borde del agua— responde al nombre de lago Cavendish. Evidentemente no es un lago de montaña, porque es artificial. Cavendish Winshaw era el padre de mi tío abuelo, e hizo que lo excavaran todo y lo llenasen de agua hará unos ciento veinte años. Supongo que se imaginaba lo feliz que iba a ser en bote, pescando truchas. Pero sólo hace falta mirarlo. Te morirías de pulmonía si intentases pasarte ahí más de cinco minutos. Siempre he sospechado que Cavendish, y ya puestos, también Alexander, debían de pertenecer al..., bueno, al lado excéntrico de la familia.

—¿Qué me quiere decir con eso exactamente?

—Ah, ¿no lo sabías? Los Winshaw tenemos un largo y honorable historial de locura. De hecho, llega hasta nuestros días.

—Qué fascinante —dijo Phoebe—. Alguien debería escribir un libro sobre todos ustedes.

Este comentario fue hecho en un tono cómplice y malicioso que un interlocutor más espabilado que Roddy habría notado.

—Alguien *estaba* escribiendo un libro sobre nosotros, ahora que lo dices —dijo alegremente—. Hasta me topé una vez con él; hace unos años le concedí una entrevista. Un tipo muy preguntón, todo hay que decirlo. De todos modos, la cosa quedó en nada. Un buen trabajo.

Habían llegado a la avenida principal. Torcieron bruscamente para entrar en ella y se sumergieron de golpe en un oscuro túnel de follaje. Hacía mucho tiempo tal vez habría sido lo suficientemente ancho como para que cupiera un vehículo de buen tamaño, pero ahora el parabrisas y el techo del coche se veían constantemente atacados por parras, yedras, enredaderas y ramas colgantes de todas clases. Y cuando finalmente salieron a la poca luz que quedaba, se vio que a ambos lados de la carretera reinaba el mismo descuido: el césped estaba muy crecido y asfixiado por las malas hierbas, la situación de los senderos y de los arriates sólo podía adivinarse, y aparentemente la mayoría de las dependencias anejas a la casa estaban al borde del derrumbamiento, con las ventanas rotas, la mampostería desmoronada, y las puertas colgando de goznes oxidados. Parecía que a Roddy todo esto no le afectaba en lo más mínimo; condujo con una resolución inescrutable hasta la puerta principal, y el coche se paró en seco en el patio de guijarros.

Se bajaron del coche y Phoebe miró alrededor, enmudecida por un temor reverencial pero también por una aprensión extraña e insólita. Se dio cuenta en aquel momento de que Roddy se las había arreglado para ponerla en una situación que implicaba una soledad y una indefensión fuera de lo común, y se echó a temblar. Y entonces, mientras él sacaba el equipaje del maletero, miró hacia el segundo piso, y un movimiento tras una de las ventanas divididas por un parteluz captó su atención. Sólo la vio un momentito: una cara pálida, estragada y torva, coronada por una maraña de pelo gris, que observaba a los recién llegados con una mirada de lunática malevolencia capaz de helarle la sangre a cualquiera.

Roddy se dejó caer pesadamente en la cama, y con un pañuelo de seda se dio unos toquitos en la cara, ahora del color de la remolacha.

—Ufff. No contaba con esto, la verdad.

—Pues no será porque yo no me ofreciera a subirlas —dijo Phoebe, a la vez que se acercaba a la ventana salediza.

Toda una serie de timbrazos y de aldabonazos en la puerta no había recibido ninguna respuesta, así que a Roddy no le había quedado más remedio que usar sus propias llaves, y luego había insistido en subir él mismo las dos maletas, con el portafolio de Phoebe encajado precariamente bajo el brazo. Ella le había seguido en silencio, pasmada ante aquella atmósfera de lobreguez y de decadencia que impregnaba toda la casa. Los tapices que colgaban de las paredes estaban gastados y raídos; las pesadas cortinas de terciopelo de los descansillos ya estaban echadas, y no dejaban pasar nada de la luz moribunda; dos armaduras, que se mantenían más o menos firmes en hornacinas contrapuestas, parecían a punto de desplomarse de pura oxidación; y hasta las cabezas de varias infortunadas especies de fauna salvaje que habían acabado sus días adornando las paredes tenían una expresión de absoluto abatimiento.

—Pyles anda por aquí, pero seguro que a estas horas está completamente borracho —explicó Roddy, mientras trataba de recuperar el aliento—. Vamos a ver si esto funciona.

Agarró un cordón que colgaba sobre la cama y le dio seis o siete tirones. De las distantes entrañas de la casa les llegó un campanilleo lejano.

—Debería funcionar —dijo entre jadeos mientras se espatarraba en la cama; y tras unos cinco minutos, se oyeron unos pasos que se aproximaban por el corredor: el ritmo era irregular e increíblemente lento, y un pie era mucho más pesado que el otro. A medida que se fueron acercando, se les sumó un sonido sibilante realmente espantoso. Luego los pasos pararon bruscamente al otro lado de la puerta, continuó el ruido sibilante, y unos segundos después llamaron fuerte.

—¡Pase! —dijo Roddy, y la puerta se abrió con un chirrido para descubrir una figura desharrapada y cadavérica, cuyos ojos, realzados por unas cejas espesas y prominentes, se pasearon desconfiadamente por la habitación antes de posarse en Phoebe, sentada en la ventana salediza, que se quedó mirándolos, perpleja.

—Señorito Winshaw —dijo ásperamente el mayordomo con una voz ronca e inexpresiva, la mirada aún fija en la visitante femenina—. Qué placer volver a tenerle con nosotros.

—Recibió mi aviso, supongo.

—Lo recibí, señor. Se le preparó su cuarto esta mañana. Sin embargo, no estaba enterado..., quiero decir, no recuerdo que se me informase de que traería usted... —tosió secamente, y se humedeció los labios— ... una acompañante.

Roddy se incorporó.

—Ésta es la señorita Barton, Pyles, una joven artista a la que espero representar en el terreno profesional, en un futuro próximo. Se quedará un día o dos. Pensé que este cuarto le sería el más cómodo.

—Como usted guste, señor. Bajaré a decirle a la cocinera que serán cuatro a cenar.

—Cuatro? ¿Por qué? ¿Quién más va a venir?

—Recibí una llamada a primeras horas de la tarde, señor, de la señorita Hilary. Resulta que llega en avión esta noche, y también tiene intención de traer... —carraspeó otra vez, y se humedeció las agrietadas comisuras de la boca— ... un acompañante.

—Ya. —Parecía que a Roddy no le hacía demasiada gracia esa información—. Pero entonces seremos cinco a cenar, ¿no? Supongo que mi padre comerá con nosotros.

—Me temo que no, señor. Su padre sufrió un pequeño percance esta tarde, y ya se ha retirado. El médico le ha dicho que hoy no se cansase más.

—¿Un percance? ¿Qué clase de percance?

—Un accidente absolutamente lamentable, señor. He tenido yo toda la culpa. Lo sacaba a dar su paseo vespertino cuando, en un terrible descuido, perdí el control de

su silla, que salió dando tumbos colina abajo, donde se estrelló. Se estrelló contra el gallinero.

—Dios mío... ¿Y alguien..., alguien se ha hecho daño?

—Un pollo quedó decapitado, señor.

Roddy lo escrutó minuciosamente, como si tratase de decidir si aquello era una broma.

—Está bien, Pyles —dijo por fin—. Estoy seguro de que la señorita Barton querrá refrescarse un poco después del viaje. Dígale a la cocinera que seremos cuatro a cenar.

—Muy bien, señor —dijo, mientras se dirigía hacia la puerta arrastrando los pies.

—¿Qué hay de cena, de todos modos?

—Pollo —respondió Pyles, sin darse la vuelta.

Phoebe y Roddy estaban solos otra vez. Se hizo un silencio incómodo, y luego Roddy dijo con una risa desagradable:

—Deberían jubilarlo. Aunque te advierto que no sé a quién iban a encontrar para cuidar de un sitio como éste.

—¿Cree usted que debería ir a ver a su padre? A lo mejor puedo hacer algo.

—No, qué va, el médico ya se habrá encargado de todo. Mejor no meterse.

—Parece que su mayordomo tiene una cojera tremenda.

—Sí, pobre hombre. —Se levantó de la cama y empezó a deambular por la habitación—. La cosa se remonta a hace diez o quince años, cuando mi tío Lawrence aún vivía aquí. Tenían muchos problemas con los cazadores furtivos en aquel momento, y se pusieron algunos cepos. Parece que el pobre Pyles cayó en uno, ya muy de noche, creo. Pobre diablo, no lo encontraron hasta la mañana siguiente. El dolor debía de ser impresionante. Fue cuando empezó a beber, por lo visto. Hasta dicen que..., ya sabes, lo volvió un poco loco. Lo convirtió en un ser un poco extraño... mentalmente, quiero decir.

Phoebe no dijo nada.

—Bueno, ya te avisé cómo era este sitio.

—¿Se supone que tengo que vestirme para la cena? —preguntó ella.

—Dios mío, no. Por mí no, y desde luego tampoco por mi hermana y su así llamado acompañante. Lo que me recuerda que será mejor que baje y les encienda las luces de aterrizaje. Seguro que Pyles se olvida. ¿Por qué no vuelvo a buscarte dentro de unos diez minutos más o menos, y hacemos una rápida visita turística antes de que se haga de noche?

—¿Y su padre?

La sonrisa de Roddy era un perfecto espacio en blanco.

—¿Qué pasa con mi padre?

Estaba anocheciendo. Roddy y Phoebe se encontraban en la terraza que daba al

lago Cavendish, bebiendo un ChâteauLafite de 1970, recién traído de la bodega. Habían hecho un rápido recorrido por la casa, durante el cual Roddy se había cansado de demostrar que era todo un erudito en columnas jónicas y arcos carpaneles, y Phoebe había cumplido en la medida de lo posible, admirando los relieves de ladrillo y las piedras angulares y la intrincada talla de las pechinas. Ahora parecía que Roddy tenía otras cosas en mente. Mientras Phoebe contemplaba las dos filas paralelas de las luces de aterrizaje que corrían parejas al lago y parecían converger únicamente en el lado más alejado, Roddy había fijado intencionadamente la vista en su perfil. Ella sabía que estaba a punto de decir algo inoportuno, y se preparó para encajar el golpe.

—Eres muy guapa —dijo por fin.

—¿Y a cuento de qué viene eso? —respondió ella, despacio y con una sonrisa.

—Es por lo que estás aquí, y eso lo sabemos los dos —dijo Roddy; se le acercó un poco más—. Tengo un primo que se llama Thomas. Es bastante mayor que yo; creo que pronto cumplirá los setenta. Es un tipo muy importante. Cuando era más joven, a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, les prestó dinero a algunas productoras, y conoció a unas cuantas personas. Solía darse una vuelta por los estudios y eso.

—¿A qué viene todo esto?

—Espera un momento, ahora te lo cuento. Mira, en aquella época yo sólo tenía ocho o nueve años, y Thomas... Bueno, Thomas ya era todo un chaval, ¿sabes? O más bien un viejo verde. Solía pasarme fotos.

—¿Fotos?

—Bastante corrientes y molientes la mayoría. Escenas de películas con desnudos en las que había tenido algo que ver, ese tipo de cosas. Pero una vez me dio una foto (un retrato muy normal, de los hombros para arriba) de una actriz llamada Shirley Eaton. Y la verdad es que me volvió loco una temporada. Solía dormir con ella bajo la almohada, aunque no te lo creas. Evidentemente, yo era muy pequeño. Pero lo gracioso del caso es...

—... Que soy idéntica a ella.

—Sí, en efecto. —Fruunció el ceño—. ¿Por qué? ¿Ya te lo habían dicho antes?

—No, pero lo veía venir. Y ahora voy a tener el honor de ayudarle a superar sus fantasías infantiles, supongo. —Roddy no respondió a eso, y ella continuó mirando hacia delante, paladeando el silencio, hasta que vio parpadear una luz roja en el cielo nocturno—. Mire, ahí arriba.

—Mi querida hermana, supongo. —Dejó su copa de vino sobre la balaustrada y dijo—: Venga, vamos hasta el embarcadero, a darle una bienvenida como Dios manda.

El descenso hasta el lago implicaba atravesar tres campos más (todos ellos tupidos de hierba silvestre y sin cuidar), entrelazados en pendiente por una serie de senderos por los que había que andarse con ojo, porque la mayoría de las losas estaban sueltas o escondían grietas que eran lo bastante grandes como para atrapar un

pie incauto. Al final, un conjunto de escalones de madera podrida bajaban directamente hasta el agua. Llegaron justo a tiempo para ver cómo el hidroavión tocaba, rasante, la superficie del lago iluminado por la luna y luego se deslizaba hacia ellos, despidiendo ondas de espuma hasta que se detuvo elegantemente, pero con mucho ruido, al borde del embarcadero. Segundos después se abrió una puerta, y las trenzas cenicientas de la columnista mejor pagada de Inglaterra asomaron de pronto.

—¿Roddy? —dijo, escrutando la penumbra—. Sé bueno y llévame la maleta, anda.

Le tendió la maleta y salió como pudo por la puerta, seguida de una figura de hombros anchos, mandíbula cuadrada, muy bronceada y musculosa, que salió tras ella de un salto y cerró la puerta de golpe con un solo movimiento, ágil y atlético.

—¿Conoces a Conrad, mi piloto?

—Encantado —dijo Roddy, a la vez que le estrechaban la mano y casi le partían los dedos.

—Y creo que yo no... —apuntó Hilary, que había entrevisto a Phoebe escondida entre las sombras.

—Phoebe Barton —dijo Roddy, mientras ella se adelantaba tímidamente—. He invitado a Phoebe a pasar el fin de semana. Es una joven pintora, muy dotada.

—Por supuesto. —Hilary la miró de la cabeza a los pies sin mucho entusiasmo—. Siempre lo son. ¿Es la primera vez que vienes a la casa de los horrores, querida?

Phoebe tuvo la sensación de que se esperaba de ella una respuesta ingeniosa, pero lo único que pudo decir fue:

—Sí.

—En ese caso, bienvenida a la mansión de los Baskerville —dijo Hilary, encabezando la marcha escalones arriba—. Vámonos ya de aquí. Estoy famélica. Hemos tenido un viaje horrible.



La mesa del comedor muy bien podría haber albergado a veinte comensales. Los cuatro se encontraban apiñados en un extremo, y bajo los arcos de aquel aposento cavernoso y recargado, sus voces sonaban débiles y borrosas. De todos modos, Phoebe y Conrad no tenían mucho que decir; durante los primeros veinte minutos más o menos, los dos hermanos mantuvieron una conversación excluyente y cariñosa (a pesar de todos los comentarios despectivos que Roddy había hecho sobre su hermana antes de su llegada), que consistió enteramente en cotilleos salaces sobre sus amigos comunes. Phoebe leía de vez en cuando las críticas de los periódicos nacionales y veía programas de arte en televisión, así que se dio cuenta de que la mayoría de los nombres pertenecían a ese pequeño círculo escogido de apoyo mutuo que, para bien o para mal, parecía estar al frente de lo que se suponía era la vida cultural de Londres. Lo que no conseguía entender del todo era el curioso y constante tono reverencial que subrayaba hasta la más sórdida y la más trivial de las anécdotas: la sensación de que Roddy y Hilary le daban realmente auténtica importancia a todo lo que decía y hacía esa gente; de que, en el fondo de su corazón, creían que eran como colosos que dominaban el escenario nacional, a pesar de que Phoebe podría haber repasado toda su lista de amigos, colegas, vecinos y pacientes, y no haber encontrado una sola persona en la que sus nombres hubieran provocado el más mínimo asomo de reconocimiento. Sin embargo, el caudal de chistes privados y secretillos no tenía trazas de menguar hasta que Roddy llevó la conversación a un terreno más personal al preguntar por la salud de su cuñado.

—Ah, Peter está de vacaciones pagadas en Barbados. No vendrá hasta el martes.

—¿No te apetecía ir con él?

—No me lo pidió, querido. Se ha ido con la zorra de la reportera esa.

Roddy se sonrió.

—Bueno, siempre decías que querías un matrimonio abierto.

—Interesante frasecita ésa, ¿verdad? Matrimonio «abierto». Hace que parezca un desagüe o una alcantarilla. Muy adecuado en nuestro caso, realmente. —Limpió distraídamente las marcas de carmín del borde de la copa de vino—. En realidad no es tan cabronazo. Me compró aquel Matisse por mi cumpleaños.

Phoebe no pudo contener su asombro.

—¿*Tiene* usted un Matisse?

Hilary levantó la vista bruscamente.

—¡Cielos, pero si habla! —Luego, volviéndose de nuevo hacia su hermano—: Lo malo es que no pega nada con el verde de la sala de música. Vamos a tener que volver a decorarla enterita.

—Hablando de eso —dijo Roddy—, ¿te acordaste de que era el cumpleaños de papá hace dos semanas?

—Mierda, no. Me olvidé completamente. ¿Y tú?

—Me despisté totalmente.

—¿Por qué no cena con nosotros, de todas formas?

—Esta tarde tuvo un pequeño accidente, parece. Su silla de ruedas perdió el control.

—¿Pyles otra vez?

—Evidentemente.

—Bueno. —Soltó una risita—. A lo mejor tenemos que aflojar la pasta para asegurarnos de que lo haga bien la próxima vez. Supongo que será mejor que suba y vea al pobre viejo mañana. —Apartó su plato con la comida a medias, y se fijó en que Conrad seguía peleándose con el suyo—. No tienes que terminarlo, cariño. No vamos a ofendernos.

—Está delicioso —dijo Conrad.

—No, no está delicioso —dijo ella, como una adulta dirigiéndose a un chico retrasado—. Está asqueroso.

—Bueno. —Bajó el tenedor—. No sé mucho de comida —les confesó a los presentes.

—Conrad es americano —dijo Hilary, como si eso lo explicara todo.

—¿Tiene usted muchos cuadros de pintores famosos? —preguntó Phoebe.

—Esta chica es de piñón fijo, ¿no? —Hilary no le dirigió este comentario a nadie en particular, y luego apoyó un dedo en la barbilla, fingiendo que intentaba acordarse—. Bueno, vamos a ver... Está el Klee ese, y un par de Picassos, y algunos dibujos de Turner... Más unas cuantas monstruosidades horripilantes de protegidos de mi hermano...

—¿Por qué las compró —preguntó Phoebe—, si le parecen horribles?

—Pues porque no tengo ni idea de pintura. Roddy me dice que son buenos y yo me lo creo. Estamos todos a su merced. —Se lo pensó un momento y se echó hacia delante—. Excepto tú, claro. Al fin y al cabo, eres una profesional. Debes de tener tu opinión sobre los artistas a los que representa.

—Lo único que conozco es lo que vi en la galería la semana pasada.

—¿Y?

—Pues... —Phoebe le echó una mirada a Roddy, y luego se lanzó—. Me parecieron horribles. Cosas elementales que ni siquiera habrían tenido un pase en cualquier escuela de bellas artes decente. Auténticos pastelazos y esos horribles paisajes pretendidamente *naïves*; sólo que ni estaban lo bastante... *limpios* como para llamarlos *naïves*, y parecía que los había despachado rápidamente alguna hija de un pijo mimado para matar el tiempo entre fiesta y fiesta. Las fotografías de la artista eran buenas, en cambio. Tuvo que armar todo un revuelo en la inauguración privada.

—Pues da la casualidad de que Hermione tiene mucho talento —dijo Roddy, indignado—. Y sí, es verdad que conocí a su hermano en Trinity, pero ningún otro de mis artistas viene de ese ambiente, ni me los tienen que presentar personalmente. Me

paseo por todas las escuelas de bellas artes, ¿sabes?, buscando cosas nuevas. Ahora acabo de contratar a un tipo que vive en Brixton. Clase obrera total. Y bastante peligroso también, bastante demoledor. Coge unos lienzos enormes y los pone como en ángulo, y luego les tira latas de pintura encima hasta que todo escurre...

Phoebe hizo un gesto de desaprobación, impaciente.

—Los truquitos esos funcionaron cinco minutos durante los años sesenta. A la gente se la engaña tan fácilmente...

—Franca la chica, ¿eh? —dijo Hilary.

—Es que tiene su importancia, ¿sabe? Porque es así cómo se infla una reputación y cómo se promociona una obra mediocre; y entonces, incluso cuando un pintor bueno *consigue* colarse en la red, los precios se han disparado tanto que las galerías más pequeñas no pueden comprarlos y todo acaba en colecciones privadas. Conque lo que realmente están haciendo ustedes es robarle al país su propia cultura. Así de simple. —Le dio un sorbo a su vino, un poco avergonzada.

—Me pregunto cuánto tiempo lleva preparando este discursito —dijo Hilary.

—Bueno, es una opinión —dijo Roddy—, y tiene derecho a tenerla. —Se volvió hacia Conrad con la esperanza de aligerar el ambiente—. ¿Y a ti que te parece todo esto?

—No sé mucho de arte.

—Tómate otra copa, querido —dijo Hilary, a la vez que se la volvía a llenar—. Te estás portando muy bien.

—No trato de empezar una discusión, ni nada parecido —dijo Phoebe, que cada vez recelaba más de Hilary—, pero siempre he tenido la impresión de que en eso estaban de acuerdo conmigo. Creía que todo el asunto ese de coleccionar arte moderno les parecía puro esnobismo.

Hilary puso ojos de asombro, y durante unos momentos no dijo nada. Su mano izquierda tanteó un frutero que había entre los dos candelabros de plata, arrancó un racimito de uvas y empezó a pelar una lentamente, deslizando su larga uña entre la piel y la pulpa morada.

—¿Nos hemos visto antes? —preguntó de repente.

—No —dijo Phoebe—. No, creo que no. ¿Por qué?

—Sólo quería saber —dijo, terminando con una uva y empezando con otra— qué es lo que te hace pensar que puedes conocer mis opiniones personales.

—Un momento —dijo Roddy, mientras vigilaba atentamente los dedos de su hermana—, ¿por qué no pasamos todos al salón de fumar y nos ponemos cómodos, si vamos a seguir charlando en este plan?

—Solamente me atengo a lo que leí en su columna una vez —dijo Phoebe—. Me acuerdo de cuando alguien (un ejecutivo o algo así) acababa de pagar miles y miles de libras para incluir un Rothko en su colección privada, y usted se quejó del despilfarro que era aquello y de cómo podía haberse dedicado todo a la construcción de escuelas y hospitales.

Hubo una pausa, antes de que Hilary dijese:

—La verdad es que te suelta las cosas más increíbles —con una voz ligeramente estrangulada; luego, volviéndose hacia Phoebe—: Eso sólo son tonterías para los periódicos, ¿sabes? No las escribo en losas de piedra. Además, esa columna tiene literalmente millones de lectores. No creerás que voy a compartir mis *opiniones* (ni nada que sea realmente *mío*) con toda esa gente, ¿verdad?

—Creía que de eso se trataba.

—Hay una cosa que se llama el mundo real —dijo Hilary—. ¿Has oído hablar de él? —No esperó respuesta—. Mira, no todos podemos decidir que queremos ser artistas, para quedarnos sentados en nuestra torre de marfil y pintarrapear algo cada vez que nos da la gana. Algunos tenemos que trabajar por encargo, y cumplir plazos, y tonterías por el estilo. A lo mejor lo que de verdad te hace falta es aprender cómo se siente una plantada delante de un teclado, teniendo que escribir quinientas palabras, con el redactor jefe esperándolas a la media hora.

—No pinto para ganarme la vida —dijo Phoebe—. Soy enfermera a domicilio. Pregúntele a cualquiera que se dedique a mi profesión y verá como saben perfectamente lo que es trabajar agobiado.

—Voy a darte un ejemplo de *agobio*. —A estas alturas, Hilary iba por su cuarta uva—. Agobio es encerrarse en algún hotel en mitad de Kent con tres colegas y un fax, sabiendo que tenéis que organizar un plan de otoño para el jueves por la mañana.

—Puede ser —dijo Phoebe—. Pero también se podría decir que agobio es tener veinte libras en el bolsillo y preguntarte cómo te las vas a arreglar hasta el fin de semana. O darte cuenta de que estás embarazada otra vez, dos días después de que tu marido haya perdido el empleo. Ése es el tipo de problema con el que me topo la mayoría de los días, y a esa gente ni siquiera le cabe el consuelo de pensar que esas decisiones que tienen que tomar tengan algún *glamour*, o afecten a otras vidas que no sean las suyas.

Hilary esbozó sin querer una sonrisa, y se volvió hacia su hermano.

—Cariño, esta chica no tiene precio. La verdad es que hay que felicitarte. ¿De dónde la has sacado? Te das cuenta de lo que tenemos aquí, ¿no? Creo que has conseguido dar con una auténtica *socialista* a la antigua, radical y con la cabeza en las nubes. Son *terriblemente* raras, ¿sabes? Y ahora, pillín, que has conseguido atrapar a esta criatura y traértela hasta aquí, ¿ahora qué? ¿Tienes alguna esperanza de que se aparee en cautividad?

Roddy se incorporó de un salto.

—Bueno, Hilary, ya está bien. Déjala en paz.

—¿No te parece un poco tarde para ponerse en plan caballero?

—La estás insultando.

—No va a irse a la cama contigo, ¿sabes? Creía que era evidente.

Roddy se volvió hacia sus invitados.

—Disculpad a mi hermana. Evidentemente, ha tenido una semana muy dura. De

todos modos, eso no justifica su falta de educación. Supongo que pensaréis que es una maleducada.

—No sé mucho de educación —dijo Conrad.

Hilary lo rodeó con un brazo y le dio un beso en la mejilla.

—Conrad no sabe mucho de nada —dijo—, menos de volar y de follar. —Se levantó y, cogiéndole de la mano, tiró de él—. Creo que ha llegado el momento de que ponga su segunda habilidad a prueba. Buenas noches a los dos. —Y añadió dirigiéndose a Phoebe—: Ha sido muy instructivo, querida. No me lo habría perdido por nada del mundo.

Cuando ya se habían ido, Roddy y Phoebe se quedaron un rato sentados en silencio.

—Muy amable de su parte —dijo ella por fin—. Gracias.

Él la miró un momento para ver si lo decía con ironía.

—¿Por qué?

—El defenderme. No tenía por qué.

—Bueno, ya viste... Se estaba pasando.

—Parece que no tiene en muy buen concepto los motivos por los que me ha traído usted aquí.

Roddy se encogió de hombros a modo de disculpa, y dijo:

—Tal vez tenga razón.

—Entonces, ¿cuál es el trato?

—¿Qué trato?

—Yo me acuesto con usted a cambio de qué. ¿Una colectiva? ¿Una exposición individual? ¿Que me saquen en los periódicos? ¿Que me presente a cantidad de gente rica e influyente?

—Me parece que estás adelantando acontecimientos.

—¿Y hay que hacerlo sólo una vez, o se va a convertir en una costumbre?

Roddy se acercó a la chimenea, donde las dos barras de una estufa eléctrica hacían lo que podían (que no era mucho) para acabar con el frío glacial de la habitación. Parecía que iba a soltar un discursito.

—Tienes mucha razón, claro. —Las palabras le salían con cierta dificultad—. Evidentemente quería acostarme contigo (¿a qué hombre en sus cabales no le gustaría?), y sabía que la única forma de... convencerte era ofrecerme a ayudarte en tu carrera, cosa para la que desde luego no me faltan recursos. Pero el caso es que... —se rió forzadamente, a la vez que se pasaba una mano por el pelo— ... la verdad es que me molesta mucho admitir que me pueda influir lo que diga mi hermana, pero oírla despotricar de esa manera me ha hecho ver que mis suposiciones, incluso mis pretensiones, eran decididamente... Bueno, que toda la historia me parece de repente terriblemente cutre. Y tengo la sensación de que te debo una disculpa. Lo siento mucho, de verdad: haberte traído aquí... engañada.

—Debe de creer que soy muy ingenua —dijo Phoebe, uniéndose a él junto a la

chimenea—, si pensaba que iba a venir hasta aquí sin sospechar nada.

—Entonces, ¿por qué has venido?

—Es una buena pregunta. Déjeme que le diga un par de cosas. —Se apoyó contra la repisa de la chimenea, y sólo se volvió de vez en cuando para mirarle a la cara—. Para empezar, aunque es verdad que estoy convencida de que apenas sabe usted nada de arte, de que el poder que tiene es malsano, y de que sus tejemanejes son totalmente repugnantes, me parece usted bastante atractivo.

Roddy soltó un bufido.

—Bueno, menos da una piedra...

—En segundo lugar —Phoebe titubeó con los ojos cerrados, y luego inspiró—, nunca he tenido el valor de decirle esto a nadie, pero... Mire, a lo largo de los años, y con muchas dificultades, he conseguido desarrollar... cierta fe en mí misma; mejor dicho, en mi pintura. En realidad, he llegado a un punto en el que creo que probablemente es muy buena. —Se sonrió—. Debe de sonar muy pretencioso.

—En absoluto.

—No siempre fue así. Hubo un tiempo en el que no tenía ninguna fe en mí misma... Me cuesta bastante hablar de eso, pero, bueno... Fue cuando estudiaba. Había dejado la enfermería una temporada para poder ir a la facultad de bellas artes, y vivía con una gente en una casa que compartíamos... cuando llegó alguien y se quedó a pasar unos días. Una visita. Y un día yo había ido a la compra y, cuando volví, me lo encontré en mi cuarto, mirando un cuadro que estaba a medio terminar. Ni siquiera eso, la verdad. Y fue como si..., como si me hubiese visto desnuda, supongo. Y no sólo eso, sino que se puso a intentar hablar del cuadro, y estaba claro que para él significaba algo completamente distinto, que yo no había conseguido transmitir nada en realidad y... Fue muy extraño. Unos días después se marchó sin decir nada. No se despidió de nadie. Nos dejó de alguna manera con una sensación de... vacío, y yo no podía soportar la idea de volver a mirar aquellos cuadros, de que nadie los viese. Al final le pregunté a la dueña si podíamos hacer una hoguera en el patio, y quemé todo lo que había hecho. Todos los cuadros, todos los dibujos. Me fui de la facultad, y me volví a dedicar totalmente a la enfermería. Y así siguieron las cosas una temporada. No pintaba nada. No es que no pensara en ello. Solía ir a las galerías, y leer todas las revistas y eso. Tenía una especie de... hueco en mi interior en vez de mi pintura, y buscaba algo con que llenarlo: a alguien, más bien, porque esperaba toparme con un cuadro (con un cuadro cualquiera) que me saltaría a la vista y de repente... *conectaría*. ¿Conoce esa sensación? Seguro que sí: tropezarse con un artista cuyo trabajo te habla tan directamente que es como si los dos compartierais el mismo lenguaje cómplice, y eso a la vez te reafirmara en lo que siempre has pensado y te dijera algo completamente nuevo. —Roddy se había quedado mudo, no entendía nada—. ¿No la ha tenido nunca, entonces? Bueno, da igual. No hace falta decir que nunca me pasó. Pero lo que sí me pasó fue que un par de años después me llegó un paquete por correo de uno de mis catedráticos de la facultad. Habían hecho una

especie de limpieza, y encontraron unos cuantos bocetos que, por lo visto, eran míos y que querían devolverme. Así que los desempaqueté y me puse a mirarlos otra vez. Para más inri, había una primera versión del cuadro que me había traído tantos problemas, el que el chico aquel no había entendido en absoluto. Y al volver a verlo (al volver a verlos todos, en realidad) me di cuenta de lo equivocado que estaba, y de lo mucho que *yo también* me había equivocado al reaccionar de una manera tan desproporcionada. Porque, en cuanto los vi después de todo aquel tiempo, *supe* que eran buenos. Supe que había estado a punto de descubrir algo. Supe que no había nadie a mi alrededor que estuviese... no voy a decir a mi altura, no tengo un ego tan grande; pero que estuviese trabajando en el mismo campo, o intentando algo mínimamente parecido... De alguna forma, me hizo recuperar mi confianza, me hizo sentir que realmente había estado haciendo algo que por lo menos merecía tanto la pena como lo de los otros pintores que vendían y recibían encargos y exponían. Y la verdad es que nunca se me ha pasado del todo esa sensación. En el fondo siento que... que me lo *merezco*. Así que lo que debería saber, supongo, es que estoy muy decidida. Creo que ahora no hay nada, nada en el mundo, que me importe tanto como encontrar un público para mi obra.

Le dio unos cuantos sorbos a su copa y se apartó una guedeja de la frente. Roddy se quedó un rato callado.

—Lo que deberíamos hacer —dijo por fin— es echarles un vistazo a los cuadros mañana y ver qué se nos ocurre. —Phoebe asintió—. Pero ahora mismo creo que será mejor que nos vayamos a la cama. —Ella levantó la vista, con aire interrogativo—. Por separado —explicó él.

—De acuerdo.

Subieron juntos la gran escalinata y, a la entrada del pasillo que llevaba al Ala Este, se dieron un beso de buenas noches.

Phoebe se sentía muy pequeña en la cama con dosel. El colchón era blando y estaba lleno de bultos, y aunque había intentado ponerse del lado que quedaba más cerca de la ventana, había rodado por su propio peso hasta el hondón del centro. La cama crujía cada vez que se movía; pero la verdad era que la casa entera parecía crujir todo el rato, o gemir, o cuchichear y susurrar, como si nunca acabara de encontrarse a gusto consigo misma; y en su esfuerzo por no oír aquella banda sonora tan inquietante, intentó centrar la atención en los extraños acontecimientos de aquel día. En general, se alegraba de cómo le habían ido las cosas con Roddy. Incluso antes de llegar a Winshaw Towers, había decidido de mala gana acostarse con él si se lo ponía como condición sine qua non para promocionar su obra, pero se alegraba de no haber tenido que pasar por aquello. En cambio, algo mucho mejor y mucho más inesperado empezaba a surgir de su fin de semana juntos: una sensación de entendimiento mutuo. Hasta se daba cuenta, para mayor sorpresa, de que empezaba a confiar en él. Y al cálido resplandor de aquella constatación, se permitió una fantasía: la misma fantasía a la que todos los artistas, por buenas que sean sus intenciones, por inamovibles que sean sus principios, han recurrido de cuando en cuando: la fantasía del éxito, del reconocimiento, del aplauso. Las ambiciones de Phoebe eran demasiado modestas para concebir ser mundialmente famosa o inmensamente rica, pero soñaba, como a menudo había hecho antes, con que otros pintores vieran y apreciaran su trabajo, con hacer mella en las vidas y colorear las percepciones de unos cuantos integrantes del público; con que tal vez se hiciera una exposición suya en su propia ciudad, de modo que pudiese devolverle algo a la gente con la que había crecido y recompensar a sus padres por la fe y la paciencia que habían demostrado con ella, y que habían sido tan valiosas en los peores momentos de dudas respecto a sí misma. Al pensar que algo de esto (o incluso todo), seguramente, milagrosamente, podía estar a punto de pasarle ahora, estiró las piernas entre las sábanas grises y mohosas, y añadió todo un nuevo coro de deliciosos crujidos a los furtivos meneos de la propia casa.

Pero de golpe también tomó conciencia de otro ruido. Provenía de la puerta, que había tenido la precaución de cerrar con llave antes de meterse en la cama. Se incorporó con cuidado y alargó la mano hacia la lamparita de la mesilla, que arrojó sobre la habitación una lóbrega luz que no servía para nada. Miró hacia la puerta. De pronto, sintiéndose como la dama protagonista de una película de terror de bajo presupuesto y no demasiado original, se dio cuenta de que el pomo giraba. Había alguien en el pasillo que pretendía entrar.

Phoebe sacó las piernas de la cama y se acercó de puntillas hasta la puerta. Llevaba un grueso camisón de algodón a rayas, que tenía botones hasta el cuello y casi le llegaba a las rodillas.



—¿Quién es? —preguntó con voz valerosa y un tanto trémula, después de que hubiesen tratado de girar el pomo unas cuantas veces más.

—¿Phoebe? ¿Estás despierta? —Era la voz de Roddy: un susurro agudo.

Suspiró indignada.

—Pues claro que estoy despierta —dijo mientras abría la puerta y la dejaba entornada—. Y si no lo estaba, ahora ya lo estoy.

—¿Puedo pasar?

—Supongo que sí.

Abrió la puerta y Roddy, que llevaba un quimono de raso, se coló dentro y se sentó en la cama.

—¿Qué pasa?

—Ven y siéntate un momento.

Ella se sentó a su lado.

—No podía dormir —dijo él.

Parecía que no iba a dar más explicaciones.

—¿Y qué?

—Que pensé en venir hasta aquí y ver qué tal estabas.

—Pues estoy estupendamente. Quiero decir que durante la última media hora no me han contagiado nada que ponga en peligro mi vida ni nada por el estilo.

—Ya, pero lo que yo digo es que he venido a comprobar que no estabas demasiado enfadada.

—¿Enfadada?

—Por lo de mi hermana, y... yo qué sé, por todo. Pensaba que quizá habría sido demasiado para ti.

—Muy amable, pero estoy bien. Soy una chica muy dura, ¿sabe? —Se sonrió—. ¿Está *seguro* de que ha venido por eso?

—Pues claro. Bueno, casi. —Se acercó sigilosamente a ella—. Si quieres que te diga la verdad, estaba echado en la cama pensando en esa historia que me contaste: lo de que quemaste todos tus cuadros. Y pensaba, corrígeme si me equivoco, en que no es la clase de historia que le habrías contado a cualquiera. Se me ocurrió que seguramente —le pasó el brazo por el hombro— tenía que haber empezado a gustarte un poquito.

—Seguramente —dijo Phoebe, apartándose ligeramente de él.

—Hay algo entre nosotros, ¿no? —dijo Roddy—. No son imaginaciones mías. Algo empezó ahí abajo.

—Seguramente —repitió Phoebe.

El tono de su voz era inexpresivo. Había comenzado a sentirse extrañamente ajena a aquella situación, y al principio apenas notó que Roddy la estaba besando suavemente en la boca. Notó el segundo beso, en cambio: la sensación de una lengua que se deslizaba entre sus labios húmedos. Lo apartó con delicadeza y dijo:

—Mire, no creo que sea muy buena idea.

—¿Que no? Entonces vas a ver lo que es una buena idea: el trece de noviembre.

—¿El trece de noviembre? —dijo ella, sin apenas darse cuenta de que él empezaba a desabrocharle el camisón—. ¿Qué pasa con esa fecha?

—Que esa noche se inaugurará tu exposición, evidentemente. —Le desabrochó los últimos botones.

Phoebe se rió.

—¿Lo dice en serio?

—Pues claro. —Le echó el camisón hacia atrás, descubriéndole los hombros. Su piel, a la tenue luz de la lámpara de la mesilla, era dorada e inmaculada, casi ocre—. He estado consultando mi agenda. Más pronto es imposible.

—Pero si ni siquiera ha visto los cuadros todavía —dijo Phoebe, mientras el dedo de él empezaba a trazar una línea que iba desde su cuello hasta más allá de su clavícula.

—Habrá que desprogramar otras cosas —dijo Roddy, volviendo a besarla en los labios, entreabiertos de puro asombro—. Pero qué más da. —Le abrió aún más el camisón y le pasó la mano por el pecho.

Phoebe sintió cómo la echaba contra las almohadas. Unos dedos le acariciaban el interior del muslo. Le daba vueltas la cabeza. Para el trece de noviembre sólo faltaba mes y medio. ¿Tenía cuadros para una exposición importante? ¿Cuadros de los que estuviera realmente contenta? ¿Le daría tiempo a terminar aquellos dos lienzos enormes que se encontraban a medio hacer en su estudio? La ola de emoción la hacía sentirse débil y mareada. Tenía la cabeza tan ocupada en considerar las distintas posibilidades que le pareció lo más fácil del mundo dejar que Roddy se tumbase sobre ella, el kimono dejado a un lado (de forma que se le veían los fuertes antebrazos y el pecho sin vello), las rodillas abriéndose camino entre sus piernas, la lengua trabajándole vehementemente un pezón, hasta que el afán de resistirse se impuso otra vez y se le tensó todo el cuerpo.

—Mira, Roddy, tenemos que hablar de todo esto.

—Ya lo sé. Hay cientos de cosas de las que tenemos que hablar. De precios, por ejemplo.

A pesar de ella, respondió al movimiento de su mano, y aún abrió más las piernas.

—¿De precios? —dijo ella, haciendo un esfuerzo.

—Tenemos que ponerlos lo más altos posible. Tengo clientes japoneses que pagan treinta o cuarenta mil libras por un lienzo grande. De dos por tres, o algo así. Abstracción, paisajes, minimalismo, cualquier cosa; les da igual. ¿Te gusta esto, por cierto?

—¿Treinta o cuarenta...? Pero nunca he pintado nada que... Sí, sí, me gusta mucho.

—Un momentito.

Descabalgó y cogió algo de un cajón de la mesilla. Phoebe oyó el ruido de un paquetito que se abría y de una goma que se desenrollaba.

—Habrá que llevar la exposición a Nueva York, claro —dijo Roddy, sentado de espaldas a ella, mientras sus dedos actuaban con una destreza producto de una larga práctica—, después de que lleve unas semanas en Londres. Tengo una especie de acuerdo de intercambio con una galería de all , así que no creo que haya problemas. —Volvió a poner en su sitio el paquetito y se echó de espaldas —. Bueno,  qu  te parece?

—Me parece que est s loco —dijo Phoebe, con una risita de alegría. Aceptando la invitación de sus ojos, se incorpor  y se sentó sobre él, con el pelo roz ndole la cara —. Y también me parece que no debería estar haciendo esto.

Pero lo hizo.

Roddy se quedó dormido enseguida. Se durmió de costado, cara a la pared, acaparando las tres cuartas partes de la cama. Phoebe dormiti  a rachas, con la cabeza bailándole todavía al ritmo de sus promesas, inundada de visiones de futura gloria. Hubo un momento en que la despertaron unas voces provenientes de los terrenos que se extendían fuera de su ventana. Tras apartar las cortinas vio cómo dos figuras que empuñaban unos mazos se perseguían mutuamente por el césped iluminado por los focos. La risa aguda y penetrante de Hilary se fund a con las carcajadas de disculpa de Conrad mientras le explicaba:

—No s  mucho de croquet.

Phoebe volvió a la cama, trat  de que Roddy se moviese y, al no conseguirlo, no le quedó otra opción que descansar contra su espalda. Durante un rato intent  pasarle el brazo por el hombro, pero era lo mismo que abrazar un bloque de mármol.

Se despert  con el sonido de unos gemidos agudos provenientes de una habitación lejana. Estaba sola en la cama, hacía un día gris y caían algunas gotas. Calcul  que serían entre las nueve y las diez de la mañana. Poniéndose a todo correr una blusa y unos pantalones por encima del camisón y calz ndose los zapatos, Phoebe salió al pasillo a investigar. Pyles pasaba cojeando, llevando una bandeja que contenía los restos helados de un desayuno que nadie se había tomado.

—Buenos días, señorita Barton —dijo fríamente.

— Pasa algo? —pregunt  ella—. Parece como si alguien se quejase.

—Me temo que el señor Winshaw est  sufriendo las consecuencias de mi descuido de ayer. Las magulladuras son peores de lo que pensábamos.

— Ha ido alguien a buscar al médico?

—Tengo entendido que al médico no le gusta que le molesten los domingos.

—Entonces lo atenderá, yo.

Esta sugerencia se top  con un silencio producto del pasmo.

—Soy enfermera profesional,  sabe?

—No creo que sea lo más indicado —murmur  el mayordomo.

—Peor para usted.

Salió corriendo por el pasillo, se paró delante del cuarto del que provenían los gemidos, luego llamó a la puerta con los nudillos, y entró bruscamente.

Mortimer Winshaw, cuya cara pálida y torva había vislumbrado tras la ventana de su dormitorio cuando había llegado el día anterior, estaba incorporado en la cama, con las manos agarradas a las sábanas y los dientes apretados de dolor. Abrió los ojos cuando Phoebe entró, se sobrecogió y tiró del embozo hasta la barbilla, como si el pudor le obligase a ocultar su pijama manchado de huevo.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Phoebe —respondió ella—. Soy amiga de su hijo. —Mortimer soltó un bufido de indignación—. También soy enfermera. Le oí desde mi habitación y pensé que podría hacer algo por ayudarle. Debe de estar muy incómodo.

—¿Y cómo sé que de verdad es enfermera? —dijo tras una pausa.

—Bueno, tiene que confiar en mí.

Se topó con su mirada.

—¿Dónde le duele?

—Por aquí abajo. —Mortimer retiró las sábanas y se bajó el pantalón del pijama; tenía el muslo derecho seriamente magullado e hinchado—. Ese zoquete de mayordomo, seguro que intentaba matarme.

Phoebe examinó la contusión, luego le bajó del todo el pantalón del pijama.

—Dígame si le duele.

Le levantó la pierna y comprobó el grado de movimiento de la cadera.

—Pues claro que me duele —dijo Mortimer.

—De todas maneras, no se ha roto nada. Probablemente bastará con unos calmantes.

—Hay pastillas en esa cómoda. Muchísimas.

Le hizo tomarse dos coproxamoles con un vaso de agua.

—Le prepararemos una bolsa de hielo enseguida. Eso ayudará a bajar la inflamación. ¿Le importa que le quite este vendaje?

Tenía la espinilla malamente vendada con un vendaje amarillento que, obviamente, deberían haberle cambiado hacía tiempo. Debajo tenía una úlcera asquerosa.

—¿Qué hace el canalla de mi hijo trayendo aquí enfermeras, de todas formas?

—También pinto —explicó Phoebe.

—Ah. ¿Y qué tal?

—No soy yo quien tiene que decirlo.

Cogió algodón de la cómoda, agua del lavabo de un aseo contiguo, y se puso a limpiar la úlcera.

—¿Qué delicadeza! —dijo Mortimer—. Pintora y enfermera. Vaya, vaya. Dos vocaciones muy absorbentes, diría yo. ¿Tiene su propio estudio?

—No, mío no. Lo comparto con otra mujer.

—No suena muy bien.

—Me las apaño. —Cogió una tira de vendaje limpio y empezó a enrollarlo alrededor de aquella espinilla descarnada y frágil—. ¿Cuándo le cambiaron por última vez este vendaje?

—El médico viene un par de veces a la semana.

—Habría que cambiarlo todos los días. ¿Cuánto tiempo lleva en silla de ruedas?

—Un año más o menos. Empezó siendo osteoartritis, y luego aparecieron estas úlceras. —Observó cómo trabajaba un rato y luego dijo—: ¡Qué guapa es usted! —Ella sonrió—. Da gusto ver chicas por aquí.

—Aparte de su hija, querrá decir.

—¿Quién? ¿Mi hija? No me diga que también está aquí.

—¿No lo sabía?

Mortimer se quedó callado.

—Déjeme que le advierta una cosa sobre mi familia —dijo finalmente—, por si todavía no se ha dado cuenta. Son el hatajo de cabrones traidores y tacaños más mezquino, codicioso y cruel que jamás se haya arrastrado por la faz de la tierra. E incluyo a mis propios vástagos en esa definición.

Phoebe, que estaba atando el vendaje se detuvo para mirarlo sorprendida.

—Sólo hubo dos buenas personas en mi familia: Godfrey, mi hermano, que murió en la guerra, y mi hermana Tabitha, a la que han conseguido tener encerrada en un manicomio medio siglo.

Por alguna razón, ella no quería oír nada de aquello.

—Voy a por la bolsa de hielo —dijo a la vez que se incorporaba.

—Antes de irse —dijo Mortimer, mientras ella se dirigía hacia la puerta—, ¿cuánto le pagan?

—¿Qué?

—En el hospital, o donde sea que trabaje.

—Ah. No mucho. Muy poco, la verdad.

—Véngase y trabaje para mí —dijo—. Le pagaré bien. —Se lo pensó un momento y dijo una cantidad de libras de cuatro ceros—. Aquí no me cuida nadie. No tengo nadie con quien hablar. Y usted podría pintar. Nadie usa la mitad de estas habitaciones. Podría tener su propio estudio, uno realmente grande.

Phoebe se rió.

—Es muy amable de su parte —dijo—. Y lo curioso del caso es que, si me lo hubiera pedido ayer, seguramente habría aceptado. Pero parece que voy a dejar la enfermería para siempre.

Mortimer soltó una risita y dijo cruelmente:

—Yo no me fiaría nada.

Pero ella ya se había ido.

Concluidos sus servicios, Phoebe se lavó, se vistió y llegó al comedor justo a

tiempo para ver cómo Pyles se llevaba los platos y las soperas.

—Creía que iba a poder desayunar algo.

—El desayuno ya se sirvió —respondió él sin levantar la vista—. Llega demasiado tarde.

—Me puedo hacer una tostada, si hay alguna tostadora por ahí que se pueda usar. Se quedó mirándola como si estuviera tratando con una loca.

—Me temo que eso no va a ser posible —dijo—. Han sobrado riñones fríos. Nada más. Y algunas mollejas.

—No se preocupe. No sabrá usted por dónde anda Roddy en este momento, ¿verdad?

—El señorito Winshaw, por lo que yo sé, se encuentra en el anexo de la biblioteca. Lo mismo que la señorita Hilary.

Le dio a Phoebe una serie de elaboradas indicaciones que, seguidas al pie de la letra, la condujeron finalmente hasta una especie de lavandería en el sótano. Sin inmutarse, volvió a subir las escaleras y deambuló por los pasillos unos diez minutos hasta que oyó las risas de los dos hermanos tras una puerta entornada. Abriéndola de golpe, se encontró en una estancia amplia que parecía a la vez fría y mal ventilada. Roddy y Hilary tenían su cartapacio abierto sobre la mesa y pasaban rápidamente las láminas, sin mirar apenas una pintura antes de pasar a la siguiente. Hilary- levantó la vista y paró de reírse cuando vio a Phoebe en el umbral de la puerta.

—Vaya, vaya —dijo—. Si es la mismísima Florence Nightingale. Pyles nos ha estado contando tu obra de caridad.

—¿Quieres que te las vaya comentando? —preguntó Phoebe ignorándola y acercándose directamente a Roddy.

—Creo que será mejor dejar que estos dos tortolitos planeen su brillante futuro juntos —dijo Hilary—. Los cócteles en la terraza dentro de media hora, ¿alguien se apunta?

—Ponle un cuarto de hora —dijo Roddy—. No nos llevará mucho tiempo.

Hilary cerró la puerta tras ella y él reanudó su inspección sin mucho interés. Al verlo, Phoebe empezó a estremecerse de pura angustia. No sabía por qué estaba más preocupada: si porque no dijera nada sobre las pinturas o porque, al menos hasta el momento, no hubiese hecho la más mínima referencia a lo que había ocurrido entre ellos esa noche. Se quedó de pie a su lado y apoyó un instante una mano en su brazo, pero él no respondió. Así que se fue hasta la ventana y se quedó allí parada. Unos tres minutos más tarde él cerró de golpe el cartapacio. Una pintura (una sencilla acuarela de tejados nevados, parte de un encargo que había aceptado a regañadientes de diseñar tarjetas navideñas para una empresa del pueblo) yacía sobre la mesa. Roddy la levantó, la acercó hasta la pared y trató de colocarla a diferentes alturas. Luego volvió a dejarla sobre la mesa.

—Cincuenta por ésa —dijo.

Phoebe no respondió.

—¿Qué?

—Francamente, es más de lo que vale. Pero esta mañana me siento generoso. Lo tomas o lo dejas.

—¿Me estás hablando de *comprar* esa pintura... por cincuenta libras?

—Sí. Taparé la mancha de humedad bastante bien, ¿no te parece?

—¿Y las demás qué?

—¿Las demás? Bueno, para serte sincero, esperaba encontrarme con algo un poco más interesante. La verdad es que no veo nada que justifique una inversión.

Phoebe se quedó pensándolo un momento.

—Eres un cabrón —dijo.

—No hace falta que te lo tomes así —dijo Roddy—. Para gustos se pintan colores. En definitiva, todo es subjetivo.

—Después de todo lo que dijiste anoche.

—Pero anoche apenas había visto nada de tu obra. Como tú misma pusiste especial cuidado en señalar.

Ella frunció el ceño y dijo en un tono hueco:

—¿Estás de broma o qué?

—Querida —dijo él—, la Narcissus Gallery es conocida internacionalmente. Supongo que la que estará de broma serás tú, si te crees que alguno de esos... pintarrajos de aprendiz tiene alguna posibilidad de tener cabida en ella.

—Entiendo. —Miró por la ventana, que estaba llena de polvo—. ¿Y no ha sido tomarse demasiadas molestias sólo para un polvo rápido? Quiero decir, no sé a qué estarás acostumbrado en ese terreno, pero a mí no me pareció nada del otro mundo.

—Bueno, evidentemente, también he disfrutado de tu compañía durante el fin de semana. Eso también hay que tenerlo en cuenta. Espero que te quedes a comer.

Phoebe aspiró profundamente y avanzó hacia él.

—Baboso de mierda, llama a un taxi ahora mismo.

—Como quieras. Le diré que espere a la entrada, ¿no?

Ésas fueron las últimas palabras que le dirigió. Cerró la puerta tras él y la dejó sola, muda de puro asombro, empequeñecida por las dimensiones de aquella habitación enorme. Pero durante las horas siguientes consiguió reprimir su ira y se quedó callada con la mirada fija. No le dijo nada al conductor que la llevó hasta la estación de York sin parar de hacer comentarios banales, que para su mente acelerada eran como un ruido sin sentido, como las interferencias de una radio. Tampoco le dijo nada a los otros pasajeros del tren, ni en el autobús que la llevó de vuelta a casa. Hasta que regresó a su dormitorio y se encontró no sólo con que allí seguía el equipo de culturismo de Darren ocupándolo todo, sino con que además, en un descuido, éste le había roto el cristal de su adorada lámina de Kandinsky con una pesa, no se desplomó sobre la cama y estalló en lágrimas: lágrimas fugaces, reparadoras, y saladas de puro odio.

Más tarde, esa misma semana, telefoneó a Mortimer y le dijo que había

reconsiderado su oferta. Él quedó tan encantado que le subió el sueldo otras dos mil libras inmediatamente.

Ahora que ya había pasado más de un año, de pie en un rincón de la galería, con aquella copa de vino pegajosa en la mano, el vino templado e imbebible, no veía razones para arrepentirse de su decisión. Se alegraba de haber escapado del ambiente cada vez más enrarecido del piso; y a pesar de que Mortimer había resultado ser un paciente exigente (dado a exagerar insensatamente sus achaques) y una desagradable compañía (incapaz de concentrarse demasiado rato en cualquier otra cosa que no fuese aquel odio obsesivo, y casi asesino, a su familia), sólo tenía que pasarse unas horas al día con él. Disponía del resto del tiempo para llevar a cabo su propia obra, y le habían proporcionado una habitación amplia y bien iluminada del segundo piso para que le sirviera de estudio. Era una existencia solitaria, pero le permitían que la visitaran sus amigos, y de vez en cuando se cogía el fin de semana libre. Echaba de menos la dignidad y la sensación de utilidad que había experimentado como enfermera a domicilio, pero se consolaba a sí misma con la idea de que no pasaría mucho tiempo hasta que pudiese dedicarse a ello de nuevo. No es que tuviera intención de abandonar a Mortimer, que cada vez dependía más de ella. Pero ahora era evidente que la próxima enfermedad grave que padeciera sería la última.

Por lo que ella sabía, Roddy no tenía ni idea de que ella había aceptado aquel empleo; no se había acercado ni una vez a Winshaw Towers desde su fin de semana juntos. El siguiente cumpleaños de Mortimer, Roddy cumplió sus deberes filiales enviando una tarjeta y una invitación para la última inauguración privada de la galería, con pleno conocimiento de que aquel padre suyo condenado a una silla de ruedas no podría asistir. Mortimer le pasó la invitación a Phoebe con una sonrisita irónica, y le dio permiso para que asistiera si le apetecía. Así que allí estaba.

Harta ya de que la ignorasen los demás invitados, estaba a punto de acercarse hasta Michael y decirle quién era, cuando vio que él y su acompañante se ponían los abrigos para marcharse. Tras dejar su copa medio vacía en una mesa, se abrió camino entre la gente y los siguió hasta fuera. Ya iban por la mitad de la calle, charlando acaloradamente; no tenía sentido salir corriendo detrás de ellos. Se quedó mirando cómo desaparecían al doblar una esquina, luego se estremeció y se abrochó la chaqueta. Noviembre empezaba a hacer estragos. Miró el reloj y vio que aún le daba tiempo a coger el último tren a York.



—Vámonos de esta reunión asquerosa —dijo Findlay a la vez que me cogía del brazo. Señaló las pinturas—. Que estas baratijas, estas chucherías, estas vistosas naderías de una sociedad en decadencia no nos ofendan más la vista. El hedor de tanta riqueza conseguida con malas artes y tanta autocomplacencia acaba conmigo. No puedo soportar la compañía de esta gente ni un minuto más. Un poco de aire fresco, por piedad.

Y acto seguido me empujó hacia la puerta, y nos internamos en la noche fresca e invernal de Piccadilly. Tan pronto como estuvimos fuera, se dejó caer pesadamente contra la pared, con el dorso de una mano apretado contra la frente, mientras con la otra se abanicaba la cara ojerosa y pálida.

—Esa familia —se lamentó—. No puedo pasar nada más que un ratito en su presencia sin sentirme físicamente enfermo. Son nauseabundos.

—Sólo había dos —señalé.

—Buena cosa, de otro modo podrían haberme reconocido. Algunos de los Winshaw tienen recuerdos que se remontan muy atrás. Eso se debe a todos esos secretos tan terribles que tienen que ocultar.

Tan sólo Roddy y Hilary habían asistido a la inauguración privada, y ninguno de los dos (a pesar de haberse encontrado conmigo en varias ocasiones) se habían dignado a darse por enterados de mi presencia. En otros tiempos tal vez habría insistido en recabar su atención, pero esa noche estaba demasiado ocupado tomándole las medidas a mi nuevo conocido. Era un hombre bajito, con los hombros encorvados y el cuerpo envarado por sus noventa y tantos años; pero el entusiasmo con el que empuñaba su bastón rematado en oro y su espectacular casco de pelo esculpido en blanco conseguían dar el pego respecto a su edad. También era imposible no fijarse de entrada en el apabullante perfume a jazmín en el que (como explicó más tarde) acostumbraba a bañarse antes de salir a la calle, de modo que al menos uno de los enigmas que me habían estado rondando la cabeza durante las últimas semanas me dejó tranquilo.

—Y ahora, señor Owen... —empezó.

—Michael, por favor.

—Michael. Tenemos que seguir con nuestros asuntos. Me parece que ya me estoy recuperando. Mis débiles huesos vuelven a empaparse de fuerza. Casi puedo andar. ¿Adónde vamos?

—Me da igual, la verdad.

—Hay unos cuantos pubs por aquí, claro, donde a los caballeros como yo les gusta reunirse. Pero tal vez no sea la ocasión más propicia. Al fin y al cabo, no queremos que nos distraigan. La intimidad es de suma importancia. Tengo un coche

aparcado unas cuantas calles más allá, a no ser que esos chicos de azul se lo hayan llevado por la fuerza. No soy un gran admirador de la policía, nos llevamos mal desde hace muchos años; es una de las cosas que pronto averiguará de mí. Tengo un piso en Islington. A veinte minutos en coche, o por ahí se andará. ¿Le viene bien?

—Estupendamente.

—Espero que se haya traído la documentación necesaria —dijo mientras echábamos a andar por Cork Street.

Se refería al trozo de papel amarillento, la nota garrapateada por Lawrence Winshaw hacía casi cincuenta años, con la que su hermana Tabitha, en su ingenuidad, había creído que se podría aportar alguna prueba de su culpabilidad, pero debo decir que la insistencia de Findlay en este punto me impresionaba por su cinismo. En definitiva, se trataba de un hombre que recientemente había sustraído mi manuscrito de las oficinas de mi editor, me había seguido hasta casa dos veces, y casi le había dado a Fiona un susto de muerte. Claro que su carta le había servido de disculpa, pero continuaba pareciéndome que no se encontraba precisamente en situación de poner condiciones.

—Sí que la he traído —dije—. Aún no he decidido si se la voy a enseñar.

—Vamos, Michael —dijo Findlay mientras me daba unos golpecitos en la pierna con su bastón, en señal de reprobación—. Los dos estamos metidos en esto. Los dos tenemos el mismo objetivo, averiguar la verdad; y lo haremos antes si colaboramos. Ya sé que mis métodos no son muy ortodoxos. Nunca lo han sido. No se pueden cambiar las costumbres de toda una vida, y casi toda una vida es lo que llevo trabajando en este caso.

—Seguro que ha habido otros por el medio...

—Bueno, me he dedicado a cobrar alguna deuda, o me he encargado de algún divorcio. Nada que ver con la auténtica labor detectivesca. Mi carrera, ¿sabe?, ha sido..., ¿cómo decirlo?..., un poco esporádica. Mis actividades profesionales han tenido que ser suspendidas a menudo por una cuestión de..., bueno, de voluntad.

—¿Voluntad?

—Por voluntad de Su Majestad, para ser exactos. La trena. El talego. Me he pasado una buena parte de mi vida en la cárcel, Michael; de hecho, lo crea o no, este año ya me ha caído una sentencia de dos meses, lo que pasa es que estoy en libertad provisional. Digamos que estoy de juerga. —Soltó una risa triste—. Una ironía, si tenemos en cuenta toda esta persecución, este acoso al que me he visto sometido toda mi vida; es el precio que tengo que pagar por unos cuantos momentos de felicidad que he conseguido arrebatarme a la vida de cuando en cuando, en la oscuridad de unos urinarios públicos o en la sala de espera de una estación de metro. ¿A que es increíble que esta sociedad nuestra sea tan cruel? Castigar a un hombre por un deseo de lo más natural, por satisfacer su desesperada y solitaria necesidad de compañía con algún desconocido que pasa. No tenemos la culpa si no puede suceder siempre a puerta cerrada; si nuestros acuerdos se producen a veces *in situ*. Al fin y al cabo, no

elegimos que nos pusieran entre la espada y la pared. —Su tono, que había empezado a rayar la indignación, se tranquilizó de repente—. De todos modos, todo esto venía a cuento de que no, de que éste no ha sido mi único caso en los últimos treinta años, respondiendo a su pregunta; pero es el único que no he conseguido coronar con éxito. No es que no tenga mis sospechas, mis propias teorías. Pero lo que nos hace falta son pruebas.

—Ya. ¿Y cuáles son exactamente esas teorías tuyas?

—Bueno, eso me va a llevar un ratito explicarlo. Vamos a esperar a llegar al coche, por lo menos. ¿Hace usted ejercicio, Michael? ¿Va a un gimnasio o algo parecido?

—No. ¿Por qué me lo pregunta?

—Pues porque tiene usted unas nalgas extraordinariamente duras. Para ser escritor, quiero decir. Fue lo primero en que me fijé de usted.

—Gracias —dije, porque no se me ocurrió nada mejor.

—Si esta noche nota que mi mano se pierde en algún momento en esa dirección, no se prive de decirlo. Me temo que últimamente estoy hecho un sobón. Cuanto más viejo me hago, menos control parece que tengo sobre esta lamentable libido mía. No hay que volver la debilidad de un viejo en su contra.

—Por supuesto que no.

—Sabía que lo entendería. Ya llegamos. Es el dos caballos azul.

Nos llevó un poco acomodarnos en el coche. Las ancianas articulaciones de Findlay crujieron claramente mientras se agachaba para sentarse en el asiento del conductor, y luego, mientras se esforzaba en encontrar un lugar adecuado para colocar su bastón, se le cayeron las llaves del coche, que tuve que recuperar yo a fuerza de retorcerme y de casi desgarrarme un tendón en mi intento de llegar detrás de la palanca de cambios. Una vez hubo encendido el motor, a la cuarta, Findlay trató de que el coche se moviese con el freno de mano echado y el embrague en punto muerto. Me eché hacia atrás y me resigné a un viaje movidito.

—Cuando me enteré de que estaba escribiendo ese libro me llevé una gran sorpresa —dijo Findlay, mientras enfilábamos Oxford Street—. Me complace decir que apenas le había dedicado un pensamiento a esa horrorosa familia durante unos diez años. ¿Puedo preguntarle qué puede haber inducido a un joven tan encantador y, si me permite que se lo diga, tan guapo como usted a relacionarse con ese hatajo de malvados?

Le conté la historia de Tabitha y cómo me había hecho aquel encargo tan peculiar.

—Curioso —dijo—. Muy curioso. Tiene que haber un nuevo plan detrás de todo esto. Me pregunto qué andará tramando. ¿Se ha puesto usted en contacto con su abogado?

—¿Su abogado?

—Piénselo, querido. Una mujer encerrada en un manicomio no se encuentra precisamente en situación de andar por ahí dejando fideicomisos porque le da la gana.

Necesita un buen abogado que actúe en su nombre; tal como hizo hace treinta años, cuando decidió contratar los servicios de un detective privado. Me sospecho que continúa ocupándose de sus asuntos a través del mismo tipo; si aún sigue vivo, claro. Se llamaba Proudfoot: un tipo del pueblo, lo bastante desaprensivo para que le trastornase la sola idea de todo ese dinero por ahí tirado, en cuentas con intereses muy altos.

—Y él fue el primero que se le acercó; ¿así fue como entró en contacto con los Winshaw?

—Bueno, ¿por dónde empezar? —Estábamos parados en un semáforo en rojo, y Findlay daba todas las muestras propias de ir a embarcarse en una larga evocación. Afortunadamente, la bocina enfadada de un coche que había detrás lo sacó de su ensueño—. Me parece que hace ya tanto tiempo. Casi me veo de joven. Ridículo. Ya tenía cincuenta y muchos años. Estaba pensando en jubilarme. Planeaba largos días de soleado libertinaje en Turquía o en Marruecos o en algún sitio así. Bueno, ya ve lo que pasó con esa idea... Prácticamente Londres es lo más al sur que he llegado nunca.

»En cualquier caso, ahí estaba yo, con un negocio bastante bien montado en Scarborough que marchaba perfectamente, y sin problemas de dinero; la única nube en el horizonte, como de costumbre, era la tendencia de la policía del pueblo a abalanzarse sobre mí cada vez que me veía envuelto en alguna travesura que no hacía daño a nadie. Las cosas se iban poniendo peor en ese aspecto, ahora que lo pienso, porque durante unos años había disfrutado de un acuerdo mutuamente satisfactorio con cierto sargento detective, que desgraciadamente acababa de ser trasladado al Noroeste. Era toda una belleza; Herbert, creo que se llamaba... Casi dos metros de músculos macizos y un culo como un melocotón maduro... —Suspiró, y se quedó un momento callado—. Lo siento, me parece que he perdido el hilo.

—El negocio marchaba perfectamente.

—Eso es. Y entonces una tarde..., a principios de 1961, tuvo que ser..., apareció el abogado ese, Proudfoot. En cuanto mencionó el nombre de Tabitha Winshaw, supe que algo especial había llegado a mi puerta. Todo el mundo conocía a los Winshaw y a su hermana loca, ¿sabe? Formaban parte de la leyenda del pueblo. Y ahora se presentaba aquel personaje desastrado y bastante repelente (con el que, me complazco en decir, mi trato posterior se redujo al mínimo) que traía un mensaje de aquella mujer. Por lo visto, había llegado a sus oídos mi buena reputación, y tenía un trabajo para mí. Al principio me pareció un trabajito bastante sencillo e inocuo. Lo siento, ¿tiene cosquillas?

—Un poco —dije—. Además, debería llevar las dos manos en el volante mientras conduce.

—Tiene usted toda la razón, desde luego. Bueno, ya está usted enterado, creo, de que, cuando derribaron el avión de Godfrey, él no era la única persona que iba en ese avión, ¿no? Había un copiloto. Tabitha había estado dándole vueltas, y había decidido

que quería seguirle la pista a la familia de aquel desgraciado y recompensarlos económicamente de alguna manera, a modo de expiación según ella, por la perfidia de su hermano. Así que mi trabajo consistía en encontrarlos.

—Que fue lo que hizo.

—En aquellos tiempos, Michael, estaba en plenitud de facultades, mentales y físicas. Semejante tarea no suponía ningún reto para un hombre con mi experiencia y mis recursos: era cosa de unos días. Pero aún lo hice mejor, y conseguí obsequiar a Tabitha con algo más de lo que se esperaba. Encontré al hombre en cuestión.

Me quedé mirándolo sorprendido.

—¿Quiere decir al copiloto?

—Pues claro. Lo encontré vivito y coleando en Birkenhead, y con una historia sumamente fascinante que contar. Se llamaba Farringdon. John Farringdon. Y ése era el hombre al que Lawrence Winshaw aporreó a muerte de ese modo tan vivamente descrito en su manuscrito.

Me llevó unos segundos asimilar eso.

—Pero ¿cómo sobrevivió a la caída del avión?

—Le salvó el paracaídas en el último momento.

—¿Quiere eso decir... que Godfrey también seguía vivo?

—Desgraciadamente, no. Abrigué ciertas esperanzas durante una temporada. Me habría apuntado un tanto increíble a mi favor. Pero el señor Farringdon se mostró inflexible en ese punto. Él mismo había visto a Godfrey consumido por las llamas.

—¿Y cómo diablos dio con *ese* hombre?

—Bueno, parece que lo habían cogido los alemanes y lo habían tenido prisionero durante el resto de la guerra. Luego, cuando se acabó, regresó a casa (muerto de ganas de reunirse con su familia), pero descubrió que lo habían dado por muerto, y que su madre no había podido sobreponerse a la noticia. Había muerto a la semana de recibirla, y su padre se había casado otra vez al año y pico. Así que no fue capaz de hacerlo. Haber provocado todo aquel dolor... sin darse cuenta. Se guardó la verdad para sí mismo, se trasladó a una nueva ciudad, se cambió el nombre por el de Farringdon, e inició una larga existencia, solitaria e inquieta, tratando de construir una especie de vida sobre aquellos cimientos en ruinas. Había un miembro de su familia, un primo lejano, en el que había confiado cuando necesitó recuperar ciertos documentos personales, y ésa fue la persona que me puso en el buen camino. Nunca lo dijo a las claras, pero quería que yo lo supiera, estoy seguro. Dejó caer cuidadosamente una o dos pistas que bastaron para que yo me fuera a Alemania, a buscar el cabo de la madeja. —Suspiró otra vez—. Ay, qué tiempos aquellos. Tabitha pagaba mis gastos. Era primavera en el valle del Rin. Hice una brevísima amistad con un pastor de vacas llamado Fritz: una encarnación de la belleza bronceada, surgida directamente de las laderas besadas por el sol de los Alpes germanos. Desde entonces siento una especial debilidad para cualquier cosa que lleve *lederhosen*<sup>[56]</sup> — A esas alturas habíamos llegado a Islington, y torció por una calle lateral—. Tiene

que perdonarle a este viejo que se entregue a estas reminiscencias tan tontas, Michael. Los mejores años de mi vida ya han quedado atrás. Sólo me quedan recuerdos. — Aparcó a un lado de la calle, a más de medio metro del bordillo, con la parte trasera del coche asomando peligrosamente en la corriente de tráfico—. Bueno, ya llegamos.

Habíamos llegado al exterior de una pequeña casa construida en pendiente en uno de los caminos más apartados y menos de moda de Islington. Findlay me hizo pasar y subimos varios tramos de escaleras sin alfombrar hasta que llegamos al ático, donde abrió de golpe la puerta de una habitación que me dejó sin aliento de puro asombro, porque era una réplica perfecta, por lo que podía ver, del apartamento descrito por Conan Doyle en *El signo de los cuatro*, cuando Sherlock Holmes se encuentra por primera vez con el misterioso Thaddeus Sholto. Cortinas y tapices de lo más suntuoso y lustroso cubrían en efecto las paredes, recogidos aquí y allá para que se viera alguna pintura barrocammente enmarcada o algún jarrón oriental. También la alfombra era ámbar y negra, tan blanda y espesa que los pies se hundían placenteramente, como en un lecho de musgo. Incluso había dos enormes pieles de tigre atravesadas sobre ella, lo que aumentaba la sensación de lujo oriental, y un gran narguile colocado sobre una esterilla en un rincón. Para completar el *homenaje*, una lámpara de plata con forma de paloma colgaba de un cable dorado casi invisible en el centro de la habitación; mientras ardía, llenaba el aire de una sutil y aromática fragancia.

—Bienvenido a mi nidito, Michael —dijo Findlay, encogiéndose de hombros para dejar caer la gabardina que se había puesto por encima—. Me perdonará usted tanto *kitsch*, tanto orientalismo de pega. Fui educado, por unos padres incultos, en la tacañería y la austeridad. Desde entonces mi vida ha sido un intento de dejar todo eso a un lado. Pero nunca he sido un hombre rico. Lo que ve usted aquí es expresión de mi personalidad. Voluptuosidad de bajo presupuesto. Échese en la otomana mientras voy a preparar un poco de té. ¿Le gusta el Lapsang?

La otomana resultó ser, vista de cerca, un sofá cama MFI envuelto en raídas sábanas seudoturcas, pero era bastante cómodo. La diminuta cocina de Findlay daba al cuarto de estar, así que nos fue fácil proseguir con la conversación mientras él se ocupaba del hervidor y de la tetera.

—Es un piso increíble —dije—. ¿Lleva usted aquí mucho tiempo?

—Me cambié a principios de los años sesenta; casi inmediatamente después de mi escaramuza con los Winshaw. En parte para distraer la atención de la policía, como ya le dije; pero también había razones más importantes. Después de tantos años, la estrechez de miras, el aislamiento, la mezquina arrogancia de la vida provinciana se habían convertido en más de lo que un hombre de mi temperamento podía soportar. Pero entonces toda esta zona era muy distinta: tenía cierto estilo, antes de que los ejecutivos y los asesores de dirección y todos esos lacayos capitalistas se mudaran aquí. Era bohemia, vibrante, apasionante. Pintores, poetas, actores, artistas, filósofos, maricas, tortilleras, bailarines; hasta el extraño detective aquí presente. Orton y Halliwell vivían a la vuelta de la esquina, ¿sabe? Joe solía venir por aquí de cuando

en cuando, pero no se puede decir que le cogiera cariño. Antes de que te dieras cuenta, ya había acabado. No había ni una pizca de afecto. De todos modos, los dos tuvieron un final terrible que no le desearía a nadie. Pude ayudar a las autoridades a aclarar un par de detalles, por cierto, aunque mi nombre no figura en ninguno de los informes oficiales.

A pesar de lo interesantes que me parecían estos recuerdos, me moría de ganas de retomar el asunto que teníamos entre manos.

—Estaba usted hablándome de Farringdon, el copiloto —le espeté.

—Un hombre peligroso, Michael. Un hombre desesperado. —Findlay salió de la cocina y me tendió una taza de porcelana rajada llena de té humeante—. Eso sí, no era un vicioso, sino alguien capaz de fuertes sentimientos y de una gran lealtad personal, diría yo. Pero era un hombre amargado, destruido por las circunstancias. Nunca había conseguido asentarse; llevaba años dando vueltas por el país, trabajando en las fábricas, en trabajos eventuales, acercándose cada vez más al mundo donde la iniciativa privada empieza a convertirse en delito, apañándose las gracias a una mezcla de versatilidad y encanto personal. Porque la verdad es que era encantador, y guapo, de rasgos como esculpidos. Recuerdo que tenía unos ojos que parecían de terciopelo azul, y las pestañas más largas y más espesas del mundo; bastante parecidas a las suyas, si me permite el cumplido.

Aparté la mirada, avergonzado.

—Podría haberme tentado probar suerte, pero era muy evidente que sus inclinaciones iban exclusivamente por el otro lado. Un semental donde los haya. Alardeaba de haber conquistado unos cuantos corazones en sus tiempos, y no costaba nada creerle. Resumiendo: un pícaro con carisma; algo bastante corriente en la posguerra, aunque en su caso estuviese más justificado que se echase a perder.

—¿Y qué le contó usted exactamente?

—Bueno, primero le conté que yo actuaba en nombre de la familia del último Godfrey Winshaw, lo que ya le produjo un efecto extraordinario. Inmediatamente se entusiasmó y se animó mucho. Estaba claro que Godfrey le había inspirado un sentimiento que rayaba la más devota amistad.

—Tal como parece haber hecho con todo el mundo. Tabitha es el ejemplo más exagerado.

—Cierto. Así que eso nos llevó, naturalmente, al tema del avión estrellado, y sacó a relucir la espinosa cuestión de si yo debía hablarle de Tabitha y su excéntrica teoría. Tal como salieron las cosas, habría sido difícil evitarlo, porque al propio Farringdon no le cabía la menor duda a ese respecto. Estaba convencido de que habían avisado a los alemanes. Decía que su avión había sido interceptado mucho antes de que alcanzase su destino, y también mucho antes de que pudiera haber sido captado por algún radar en circunstancias normales. De un modo u otro, el enemigo había sido puesto sobre aviso de su misión. —Findlay apuró su taza de té y se quedó pensativo mirando los posos, como si pudieran ayudarle a leer el pasado—. Enseguida me di

cuenta de que en los últimos dieciocho años de su vida aquel hombre no había dejado pasar un solo día sin pensar en aquel accidente, sin devanarse los sesos para entenderlo, angustiado y confuso, preguntándose quién habría sido el traidor, y qué le haría a ese desgraciado si el destino quería que se cruzase en su camino. —Dejó la taza y meneó la cabeza—. Un hombre peligroso, Michael, un hombre desesperado.

Findlay se quedó junto a la ventana y corrió aquellas pesadas cortinas, ligeramente carcomidas por la polilla, tras echar un último vistazo al exterior, a una noche que ahora se había vuelto lluviosa y fría.

—Se está haciendo muy tarde —dijo—. Tal vez quiera quedarse aquí esta noche, y podríamos proseguir con esta historia por la mañana. Desgraciadamente este piso es pequeño y sólo hay una cama, pero...

—Sólo son las nueve menos veinte —señalé.

Findlay sonrió como pidiendo perdón, y se sentó, alicaído, frente a mí.

—Es inútil, ya lo sé. A usted no le engañan las tretas de un viejo solitario y patético. Le doy asco, claro. Pero no me lo haga ver tan claramente, Michael. Es lo único que le pido.

—No se trata de eso...

—Por favor, no se haga el amable. Usted ha venido a realizar una simple transacción comercial. Lo único que quiere de mí es información. Una vez la tenga, se me puede descartar, como a un pañuelo usado.

—Al contrario, yo...

—Resumiendo —me hizo callar con una imperiosa seña de su mano—, yo no tenía la menor intención de dejar que aquel odioso abogado compartiera mi gloria, así que a mi regreso a Yorkshire pedí entrevistarme en persona con Tabitha inmediatamente; cosa que se me concedió, como era de esperar. Descubrí que al manicomio sólo se podía llegar tras un largo recorrido en coche por los páramos, y mi primera impresión de él me llenó de tristeza y agitación. Seguramente sólo hay otro sitio más desierto y desolado en esa zona. Me refiero, por supuesto, a Winshaw Towers.

»Me llevaron hasta los aposentos privados de Tabitha, que estaban en lo alto de una de las torres más altas del edificio. Mi sensación, se lo puedo asegurar, no fue la de estar hablando con una loca. Cierto es que su habitación se encontraba en el más absoluto desorden. Era difícil moverse, dados los montones de revistas: todos aquellos títulos terribles relacionados con la aviación, los bombarderos y la historia militar. Pero por lo que se refería a la mujer en cuestión parecía estar bastante *compos mentis*. Para ser breves, le conté mi descubrimiento, y ella se lo tomó con bastante calma. Me dijo que necesitaba un poco de tiempo para asimilar la información, y me preguntó si me importaría entretenerme yo solo una media hora o así, dando un paseo por el jardín. Cuando pasó la media hora, volví a su habitación y ella me tendió una carta, dirigida al señor Farrington. Y ahí se acabó la cosa. No traté de averiguar su contenido; me limité a echarla al correo cuando regrese a la ciudad.



»Llegué a conocer aquel trayecto muy bien; debo de haberlo hecho unas cuatro o cinco veces después de aquello, porque muy poco después de que hubiera echado la carta, el propio Farrington se presentó en Scarborough. Debió de ser en septiembre. Parecía que Tabitha había pedido verlo, y que a mí se me había confiado la tarea de escoltarlo hasta la Fundación. Tuvieron unas cuantas entrevistas bastante largas los días siguientes. Discutieran lo que discutieran, lo mantuvieron en total secreto, incluso cara a mí. En cada una de esas ocasiones, yo me quedaba esperando en un banco del jardín, contemplando los páramos, y leyendo algunas páginas de Proust (creo que casi debí de leerme los dos primeros volúmenes), y todos los días, cuando volvíamos a casa, mi pasajero iba allí sentado en silencio, ceñudo e impenetrable, o se ponía a charlar distraídamente sobre cualquier tema que no tuviese nada que ver. Hasta nuestra última visita, no se me permitió ver de nuevo a Tabitha, y por una vez fue Farrington el que tuvo que padecer aquel ignominioso destierro.

»“Señor Onyx”, me dijo ella, “ha demostrado usted ser un hombre íntegro. Ha llegado el momento de confiarle una serie de secretos relativos a mi familia, sobre los que, estoy segura, mantendrá la más absoluta reserva.” Me temo que no puedo poner su voz. Nunca se me han dado bien las imitaciones. “Dentro de unos días, gracias a los buenos oficios de mi hermano Mortimer, se me liberará de este cautiverio por primera vez en casi veinte años.” Recuerdo que la felicité con alguna frase que no venía muy a cuento, pero a ella le dio igual. “Estoy segura de que sólo será temporalmente. Mi hermano Lawrence insiste en presentar una resistencia implacable a cualquier sugerencia de que se me debería poner en total libertad. La razón es que es un mentiroso y un asesino.” “Eso son palabras mayores”, dije yo. “Pues son la pura verdad”, respondió ella. “Mire, tengo una prueba escrita de su perfidia, e intención de entregarle esa prueba para que la ponga a buen recaudo.” Le pregunté qué clase de prueba poseía, y me habló de la nota, de cuya naturaleza, creo, ya está usted informado. Ella tenía esperanzas de que esta nota se encontrase aún en el cuarto de invitados que ella había ocupado siempre que había visitado Winshaw Towers, en el bolsillo de una rebeca que ella había visto por última vez en el cajón de abajo del armario. Se propuso cogerla lo antes posible y dármele a mí; y con este fin, acordamos encontrarnos la tarde de la fiesta de cumpleaños de Mortimer, al final del jardín, cerca de un sitio consagrado, lo crea o no, a enterrar varios perros que habían tenido la desgracia de vivir hasta el fin de sus miserables vidas formando parte de la familia Winshaw.

—Claro... Y en efecto, Tabitha se encontró allí con usted, pero los interrumpió Mortimer, y pensó que ella estaba hablando sola entre los arbustos.

—Exactamente. Afortunadamente no se dio cuenta de mi presencia, aunque era difícil que la fragancia de este perfume barato pero bastante exótico que siempre me ha gustado (que me ha gustado demasiado, me han dicho a veces) escapase a su atención. De todos modos, daba igual, porque Tabitha y yo ya habíamos zanjado el asunto; sin ningún éxito, debo decir. No había habido forma de encontrar la nota en

su cuarto, y tampoco le había dado tiempo a buscarla en cualquier otro sitio. Además, esa casa es enorme. Le habría llevado días, incluso semanas. Sin embargo —y aquí me dedicó una sonrisa bastante glacial—, parece que usted tuvo éxito en lo que el fabuloso, el infame, el temible Findlay Onyx se llevó el mayor de los chascos. Me pregunto si le importaría contarme cómo lo consiguió.

—Bueno, no hay mucho que decir, la verdad. Realmente, no tuvo ningún mérito. Poco después de la muerte de Godfrey, cuando recluyeron a Tabitha por primera vez, parece que Lawrence encontró la ropa que había quedado en su habitación, e hizo que la metieran en un baúl y la subieran a uno de los desvanes. Luego, después de que se muriera y Mortimer y Rebecca se mudaran a la casa, la revisaron toda y se encontraron con la nota, que Mortimer reconoció inmediatamente, claro. Aún se acordaba de todo el jaleo que se había armado en su momento. Por lo que a él se refería, de todos modos, no era más que una curiosidad, así que cuando lo conocí hace unos años y hablamos sobre el libro que yo estaba escribiendo, me la dejó. Así de simple.

Findlay suspiró de admiración.

—Extraordinario, Michael, extraordinario. Su economía de medios me pasma. Espero al menos que, a la vista de una disparidad tan manifiesta, no me considere un recipiente enteramente inadecuado para sus confidencias. En otras palabras, tal vez haya llegado por fin el momento de compartir conmigo el contenido de ese enigmático memorándum.

—Pero aún no ha terminado de contarme la historia. ¿Qué pasó luego esa noche, cuando...?

—Paciencia, Michael. Un poco de paciencia, por favor. He satisfecho su curiosidad respecto a unos cuantos asuntos; seguro que tengo derecho a que, a cambio, se me satisfaga de la misma o parecida manera.

Se lo reconocí con una ligera inclinación de cabeza.

—Muy bien. Está en mi cartera, en el bolsillo de mi abrigo. Voy a buscarla.

—Es usted todo un caballero, Michael, un caballero de la vieja escuela.

—Gracias.

—Sólo una cosa antes de que se levante.

—¿Sí? —Me quedé incorporado a medias.

—Supongo que un trabajito rápido con la mano no viene al caso...

—Eso me temo. En cambio otra taza de té estaría muy bien.

Findlay se batió en retirada, avergonzado, hacia la cocina, y una vez hube cogido mi cartera fui tras él.

—No sé qué espera usted de esto —dije, a la vez que sacaba aquel diminuto trozo de papel tan bien doblado y lo alisaba sobre la mesa de la cocina—. Tal como digo en el libro, tan sólo es una notita que Lawrence escribió para que le llevaran algo de cenar a su habitación. No prueba nada en absoluto, salvo que Tabitha está loca, probablemente.

—Ya juzgaré yo eso, si no le importa —dijo Findlay.

Sacó unas gafas bifocales del bolsillo de su camisa y se inclinó para examinar la prueba crucial que se le había escapado a lo largo de casi treinta años. Me avergüenza admitir que experimenté una mezquina satisfacción cuando vi que una repentina desilusión le ensombrecía la cara.

—Oh —dijo.

—Se lo advertí.

La nota de Lawrence sólo constaba de tres palabras, garrapateadas en unas mayúsculas diminutas. Eran: GALLETA, QUESO y APIO.

El hervidor empezó a pitar. Findlay apagó el gas y llenó la tetera, luego volvió a inclinarse sobre la mesa. Se quedó mirando el mensaje casi un minuto; le dio la vuelta, lo giró, lo puso a contraluz, lo olfateó, se rascó la cabeza y lo leyó unas cuantas veces más.

—¿Esto es todo lo que hay?

—Todito.

—Bueno, pues entonces la cosa está clara. Tabitha está como una chota.

Acabó de preparar el té y volvimos juntos al cuarto de estar, donde nos quedamos sentados un rato en un silencio que por mi parte era de expectación, y por la de Findlay de enfado y reflexión. Se levantó una vez para echarle otro vistazo a la nota, que seguía en la cocina, y regresó con ella pero sin decir palabra. Después de un rato la puso en la mesita que tenía al lado con un gruñido y dijo:

—Bueno, supongo que estará deseando oír el resto.

—Si no le importa.

—No hay mucho que contar. Quedé en cenar con Farringdon esa noche. Scarborough no era famoso por su cocina incluso entonces, pero había un sitito italiano al que yo iba mucho antes (con el propósito de seducir, Michael, le seré absolutamente sincero), y allí fue donde él y yo compartimos unas cuantas botellas de Chianti, en el mismo momento en que los Winshaw se sentaban a la mesa de su maldita cena familiar. —Meneó la cabeza con aire de tristeza—. Iba a ser su última comida. En aquel momento, yo no tenía ni idea. Ni siquiera sabía que él y Tabitha habían tramado algo juntos. Retrospectivamente, está muy claro, desde luego. Los años de resentimiento latente; las vanas esperanzas de venganza hechas de repente realidad; aquellas largas y secretas charlas en la habitación de ella que debieron de provocarle un delirio asesino. Sólo puedo especular sobre los vínculos que establecieron, las promesas y los juramentos que se hicieron aquellos dos malhadados cómplices de un crimen. Él no estaba de muy buen humor, como se podrá usted imaginar, y no tenía muchas ganas de hablar; cosa que yo achaqué, como un tonto, a la fatiga del viaje. Había pasado unos días en Birkenhead, ¿sabe?, y sólo había vuelto allí aquella tarde. En aquel momento apenas conseguí entender el objetivo de ese viaje, pero bien entrada la noche se dignó explicármelo.

»Justo cuando estábamos a punto de dejar el restaurante, hizo que reparara en un

gran sobre manila que había traído consigo. Por lo visto había hecho aquel viaje para recogerlo. “Señor Onyx, tengo que pedirle un favor”, dijo. “Quiero que me guarde esto sólo unas horas. Pero prométame que, si no nos vemos en su despacho mañana por la mañana a las nueve en punto, lo pondrá en manos de la señorita Winshaw tan pronto como le sea posible.” Parecía una petición extraordinaria, y eso le dije; pero él se negó absolutamente a revelar el cometido que iba a desempeñar a aquellas horas de la noche. “Por lo menos dígame qué hay aquí dentro”, le rogué con toda la razón del mundo, en lo que supongo que estará usted de acuerdo. Y tras unos momentos de duda, me respondió: “Mi vida.” Bastante dramático, ¿no le parece? Traté de aliviar la tensión de alguna manera diciendo que, si el contenido de aquel sobre representaba su vida, parecía que no era mucha cosa. Se rió amargamente al oír aquello. “Pues claro que no es gran cosa. Esto es a lo que me he visto reducido, gracias a la traición de un hombre: unos cuantos documentos, algunos recuerdos de la época de la RAF; una sola fotografía, el único rastro de mí mismo que he conseguido dejar en estos últimos veinte años. Quiero que ella los tenga, de todos modos. No está loca, señor Onyx, lo sé a ciencia cierta. No tenían derecho a encerrarla en ese sitio. Pero se ha cometido una terrible injusticia, y me pase lo que me pase a mí, ella es la persona indicada para conservar vivo ese recuerdo.”

»El caso es que cogí el sobre y nos dimos las buenas noches. Ahora sabía que se estaba cocinando algo terrible, pero no formaba parte de mi trabajo interponerme entre él y su sino, su destino, o como quiera llamarlo. Me daba cuenta de que los acontecimientos de los que había sido testigo involuntariamente tenían que desarrollarse hasta el final. Así que cada uno se fue a lo suyo: yo a la cama, y Farrington, como descubrí posteriormente, primero a robarle un coche a algún infortunado ciudadano (una tarea sencilla para un hombre de su experiencia), y luego a conducir hasta Winshaw Towers, a conseguir entrar por la ventana de la biblioteca que Tabitha, supongo, le habría abierto, y a intentar sin ninguna fortuna contra la vida de Lawrence.

Me quedé meditándolo.

—Tal como me lo ha descrito, no se me habría ocurrido que le costase mucho acabar con un hombrecito enclenque como Lawrence.

—Tal vez. Pero Lawrence se había ganado muchos enemigos a lo largo de los años, y probablemente le había parecido que merecía la pena aprender a defenderse de ellos. Además, me sospecho que aquella noche se había preparado; sabía que iba a suceder algo. Lo mejor que podía haber hecho Farrington, a ser posible, habría sido cogerle por sorpresa, pero apostaría que no pudo resistir la tentación de tener antes unas palabritas con él. Ese tiempo que perdió podría haber sido decisivo.

—Y supongo que, cuando no se presentó en su despacho a la mañana siguiente, usted se fue directamente hasta la casa.

—Se anticipa usted a mis movimientos magníficamente, Michael. Sus dotes adivinatorias son realmente increíbles. Estaba allí poco después de las diez.

Seguramente sabe que, a pesar de que pueden verse a gran distancia desde el páramo, a Winshaw Towers se llega por una avenida tupida de árboles, y me fue muy fácil esconder el coche a cierta distancia de la casa, y llegar hasta ella a pie sin llamar la atención. En aquella época (y quién sabe, puede que siga por allí) rondaba la casa un mayordomo excepcionalmente lúgubre y desagradable llamado Pyles, y yo sabía que, incluso en medio de aquella confusión tan evidente, mis posibilidades de que me dejara pasar no eran muy buenas. Así que esperé el momento, hasta que lo vi desaparecer en dirección a las dependencias exteriores para hacer algún recado, y luego no me costó nada engatusar a un criaducho medio imbécil. Creo recordar que le dije que era un colega del doctor Quince.

—El médico de la familia.

—Eso es, un curandero al que le pasaban un sobre cada tres o cuatro años para asegurarse de que Tabitha seguía encerrada bajo siete llaves. Me había cruzado con su coche en la carretera unos cuantos kilómetros antes, así que sabía que ya había hecho su visita. Dije que me habían pedido que diera una segunda opinión.

»¿Cómo dar una impresión del estado mental de Tabitha aquella mañana? Me contó lo que había pasado bastante tranquila, no parecía que estuviera especialmente conmocionada o nerviosa; pero, bajo su aparente serenidad, pude entrever un abatimiento y una desilusión muy grandes... La esperanza que le quedaba, hecha pedazos; su única oportunidad de acceder a la libertad, desperdiciada, perdida... Soy cualquier cosa menos un hombre sensiblero, Michael; los sentimientos femeninos me son totalmente extraños, y, sin embargo, aquella mañana, por absurdo que parezca, casi se me parte el corazón. Le entregué el sobre de Farringdon; ella lo guardó en su cartapacio sin abrirlo; y justo en ese momento llamó Mortimer a la puerta, que había venido a despedirse. Casi no me dio tiempo a esconderme; sólo pude meterme de un salto en su vestidor y cerrar la puerta, mientras Tabitha cogía su calceta y recuperaba su aire habitual de ensimismamiento. La conversación fue breve. Cuando ya pude salir, ella y yo cambiamos unas cuantas palabras más. Ella guardaba una considerable cantidad de dinero en su bolso, recuerdo, e insistió en pagarme generosamente mis servicios. Luego me despedí. Salí a hurtadillas por una puerta trasera y di un rodeo hasta llegar al coche; y ahí se acabó mi trato con Tabitha Winshaw. No la he visto desde entonces.

Findlay se quedó mirando al infinito. Parecía que lo había invadido una profunda melancolía, y en aquel momento yo no supe qué decir.

—Era una mañana preciosa —continuó de repente—. Lucía el sol. El cielo estaba muy azul. Las hojas empezaban a ponerse doradas. ¿Conoce usted esa parte del mundo, Michael? Incluso ahora, de vez en cuando la echo de menos. Winshaw Towers se encuentra en el borde de Spaunton Moor, y como no podía soportar volverme a la ciudad, me fui hasta un sitio tranquilo y paseé varias horas reflexionando sobre aquellas últimas semanas tan curiosas, preguntándome qué significaba todo aquello y en qué situación me dejaba. El germen de mi decisión de

venirme a Londres surgió ese día, creo. Era domingo, pero no había mucha gente de paseo. Prácticamente tenía todo el sitio para mí, y el sol iluminaba amablemente mis planes y mis decisiones.

—Tuvo usted suerte —dije—. Yo también recuerdo ese domingo, pero llovió a cántaros. Por lo menos donde yo estaba.

—Venga, Michael, no se ponga romántico —dijo Findlay, soltando una risita incrédula—. Usted no era más que un niño en aquella época. ¿Cómo iba a acordarse de ese día en particular?

—Me acuerdo perfectamente. Cumplía nueve años, y mis padres me llevaron a Weston-super-Mare, y llovió por la tarde, así que fuimos al cine. —No pareció que aquel dato significara mucho para Findlay, y como ahora los dos corríamos peligro de caer en un letargo nostálgico, decidí que hacía falta un rápido cambio de tono—. De todos modos, ¿qué quiere hacer con esta nota? ¿Guardársela?

Leyó el mensaje otra vez, y luego me lo dio.

—No, Michael. Esto ya no me sirve de nada. De todas formas, me lo he aprendido de memoria.

—¿No va a hacerle pruebas, o algo así? ¿No va a buscar tinta invisible?

—Qué ideas más pintorescas abriga usted respecto al oficio de detective —dijo Findlay—. Comparados con ellas, mis métodos resultan la mar de prosaicos. Debe de haberse llevado una desilusión conmigo.

—Es cierto —dije—. Crecí con una dieta de Hércules Poirot y Sherlock Holmes. Hasta solía escribir historias de detectives cuando era muy pequeño. Más bien me esperaba que le echase usted un vistazo sin inmutarse, como un experto, y luego me mirase con los párpados entornados y dijera algo impresionante como «Curioso, señor Owen. Muy curioso».

Se sonrió.

—Bueno, no está todo perdido, Michael. Aún nos queda trabajo que hacer juntos, avenidas que explorar, y además... —su voz se apagó de repente, y un brillo fugaz pareció parpadear en sus ojos — ... y además... puede que tenga razón, ¿sabe?

—¿Razón? ¿En qué?

—Bueno, es curioso, ¿no? Ahí está la gracia del caso.

—Me temo que no le sigo.

—La palabra «galleta», Michael. Evidentemente tenía que estar en plural. ¿Una galleta, para tomarla con un poco de queso y un tallo de apio? No parece mucha comida, ¿verdad?, incluso para un tentempié.

Intenté encontrarle una explicación, y dije sin mucha convicción:

—Bueno, fue durante la guerra. A lo mejor había racionamiento, y todas esas cosas...

Findlay negó con la cabeza.

—Algo me dice —dijo— que las estrecheces de la guerra no habrían afectado mucho al hogar de los Winshaw. Nunca han destacado por saber apretarse el cinturón

precisamente. No, esto empieza a parecerme más interesante de lo que había supuesto. Habrá que pensárselo un poco más.

—Y también hay otro misterio, no lo olvide.

Findlay esperó a que me explicara.

—¿No se acuerda? Todo ese asunto de Tabitha creyendo que podía oír voces en alemán que venían del dormitorio de Lawrence, y cómo lo encerró allí pero resultó que él se había pasado todo el rato en la sala de billar.

—Bueno, evidentemente, eso tiene una explicación perfectamente admisible. Pero tendríamos que visitar la casa primero para comprobar si es cierta. Mientras tanto, creo que podríamos enfocar el problema por el otro lado.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que hay una parte de esta historia, un componente, que destaca como ese proverbial garbanzo negro. Un actor que se encuentra tan incómodo entre los demás que uno se pregunta si habrá salido de otro drama completamente distinto. Me refiero a usted, Michael.

—¿A mí? ¿Y qué tengo yo que ver? Me vi metido en este asunto. Podía haber sido cualquiera.

—*Podía* haber sido cualquiera, naturalmente. Pero no fue así. Sino que fue usted. Y hasta puede que haya una razón para eso, y puede que sea posible averiguarla. Dígame, Michael, ¿no cree que ya es hora de que conozca a Tabitha Winshaw? Al fin y al cabo, no le queda mucho.

—Ya lo sé, lo he estado postergando. También me ha dado siempre la sensación, de alguna manera, de que a los editores no les apetecía mucho.

—Ah, sí, sus enigmáticos editores. Un equipo estupendo, todo hay que decirlo. Me impresionaron mucho sus oficinas, o lo que pude ver de ellas, en mi breve visita extraoficial. Se asombrará si le digo que hasta me permití coger uno de sus folletos.

—Alargando la mano hasta su escritorio, blandió un lustroso catálogo, lujosamente impreso, y pasó rápidamente las hojas—. Es una lista realmente ecléctica —masculló—. Por ejemplo: *Cogiendo a los nazis por sorpresa: un ameno relato de los bombardeos de Dresde*, del teniente coronel de aviación Fortescue, alias «Daenelblanco», condecorado con la Cruz de la Victoria. Debe de ser la monda. Éste también me llamó la atención: *Una aproximación luterana a las películas de Martin y Lewis*. O mejor aún, *Los plintos de la A a la Z*, del reverendo J. W. Pottage («un imprescindible libro de consulta», dice aquí, «que viene a sumarse a su innovadora obra anterior»). Bueno, bueno... Todo un muestrario, ¿no?

—No hace falta que me lo cuente —dije—. Todos los años me mandan un paquete de esas cosas por Navidad.

—Pues no es muy generoso de su parte, ¿no cree? A juzgar por su política editorial parece que no les falta dinero. El tipo ese que la lleva, McGanny, ¿no?, debe de ser una buena pieza. Me da la sensación de que valdría la pena examinar un poco más de cerca sus negocios.

Me decepcionó la línea de investigación que proponía, y no pude evitar decírsele:  
—¿Y de qué nos va a servir eso para averiguar qué se traía Lawrence entre manos en 1942?

—Tal vez no nos sirva de nada, Michael. Pero tal vez tampoco sea ése el auténtico misterio, de todos modos.

—¿Qué está usted insinuando exactamente?

Findlay se levantó de su sillón y sentó a mi lado.

—Estoy insinuando —dijo a la vez que le echaba la zarpa a mi muslo— que el auténtico misterio es usted. Y voy a llegar hasta el fondo.

—Señorita —decía Kenneth—, no sabrá usted por casualidad dónde está mi cuarto, ¿verdad?

Shirley sacudía tristemente la cabeza y decía:

—No, me temo que no.

—Ya —decía Kenneth, y hacía una pausa—. Lo siento. Me voy.

Pensé en la descripción que Findlay había hecho de mí: «Un actor que se encuentra tan incómodo entre los demás que uno se pregunta si habrá salido de otro drama distinto.» Parecía extrañamente atinada, definía exactamente lo que solía sentir cuando pensaba en los Winshaw. Esa noche, por ejemplo...

Shirley titubeaba, mientras en su interior tomaba cuerpo una decisión.

—No, espere. —Hacía un gesto apremiante con la mano—. Póngase de espaldas un momento.

Kenneth se daba la vuelta, y se encontraba frente a un espejo en el que podía ver su propio reflejo, y más allá, el de Shirley. Ella le daba la espalda, y se meneaba para sacarse la combinación por la cabeza.

... al dejar el piso de Findlay, coger el 19, y sentir la típica depresión que me provocaba regresar al sudeste de Londres; al volver a casa... Tanta trivialidad, mi propio ambiente tan familiar, hacían que su relato y aquellos horrores góticos y disparatados a los que apuntaba pareciesen una fantasía grotesca...

—Un momento, señorita —decía él.

Kenneth bajaba rápidamente el espejo, que era de bastidor.

Shirley se volvía hacia él y decía:

—Es usted un encanto. —Terminaba de sacarse la combinación por arriba, y empezaba a desabrocharse el sujetador.

... ¿Tenían las mismas preocupaciones que yo, aquellas personas absurdas? ¿Tenían la clase de sentimientos que hasta yo entendería? No bastaba con decir que provenían de un mundo diferente. Era más exagerado, más definitivo que eso: llevaban un *género* de vida completamente distinto, que de hecho me espantaba...

Shirley desaparecía tras la cabeza de Kenneth.

—Bueno —decía Kenneth—, una..., una cara bonita no lo es todo, ¿sabe?



Mientras sujetaba el espejo, intentaba no mirarlo, pero no podía evitar echarle un vistazo de vez en cuando. Y a cada vislumbre, su cara reflejaba un dolor físico. Shirley se ponía la bata.

... y que durante los últimos años, ahora me daba cuenta, casi me había hecho perder el sentido de la realidad, de cómo se debería vivir. Casi había acabado conmigo, de hecho, o al menos me había adormecido, provocando una parálisis de la que no me habría recuperado nunca si no hubiese sido por aquella llamada en la puerta: si Fiona no hubiese aparecido para descongelar la imagen...

—No es oro todo lo que reluce —decía Kenneth.

Ella aparecía por detrás de su cabeza, el cuerpo envuelto en aquella bata que le llegaba hasta las rodillas, y decía:

—Ya puede darse la vuelta.

Él se volvía y la miraba. Parecía encantado.

—¡Caramba, qué provocativo!

Apagué la televisión. Kenneth y Shirley quedaron reducidos a un diminuto punto de luz, y yo me fui a la cocina a ponerme otra copa.

Ahora, cada vez que entraba en la cocina y veía mi reflejo en la ventana, me acordaba de la primera noche en que ella se había pasado por mi casa, para que le firmase el papel aquel, y había tenido que repetirlo una y otra vez hasta que yo lo había entendido.

Y ahí estaba el reflejo otra vez. Pero si se miraba más allá de él, ¿qué se veía? Nada especial. A pesar de ser un soñador, no tenía el poder del Orfeo de Cocteau, que podía atravesar espejos que se licuaban para internarse en mundos inimaginables. No, yo era más como Kenneth Connor (y siempre lo sería), al obligarme a no ver en el espejo una realidad maravillosa y aterradora que se desvelaba sólo unos cuantos centímetros a mis espaldas.

Salvo que aquella última noche había visto un nuevo reflejo; muy brevemente, porque había tenido que cerrar los ojos ante tanta belleza, y aun así había sido tan vívido, tan real, que incluso ahora seguía buscando sus rastros, sin creermelo apenas que la propia ventana no guardase ningún recuerdo.

... *Les miroirs feraient bien de réfléchir davantage. Trois fois...*

Fiona había venido a traerme un esqueje de fucsia, que se proponía añadir al bosque de verdor en perpetua expansión que ahora cubría la mayor parte de las superficies disponibles de mi piso. Llevaba un jersey viejo y unos vaqueros, y no quería quedarse a tomar una copa ni a charlar; quería irse a la cama, aunque sólo eran las ocho. Había sido un duro día de trabajo, por lo visto, y tenía fiebre otra vez. A pesar de eso, parecía que encontraba excusas para no irse inmediatamente, como insistir en examinar el estado de todas las plantas, aun cuando le noté que no estaba pensando en eso. Daba la impresión de que quería decirme algo, algo importante. Y entonces, cuando nos metimos en la cocina, donde había mucha luz, y yo le pregunté si estaba segura de que no quería una cerveza o un gin-tonic o un vodka con naranja o

algo, ella se apoyó de repente contra la nevera y me preguntó si le podría hacer un favor.

Le dije que por supuesto que sí.

—¿Te importaría palparme la garganta? —me preguntó.

—¿La garganta? —dije yo.

Eché la cabeza hacia atrás, se quedó mirando al techo y dijo:

—Tú tócamela. Tócamela y dime qué te parece.

Si aquello era un comienzo, pensé, si aquello era cómo iba a empezar otra vez toda la historia, no era lo que yo me había esperado. En absoluto. Mi sensación de controlar la situación se había evaporado; sentía como si fuese a chocar contra la tierra, y me acerqué hasta ella con pasos de sonámbulo, los dedos extendidos hasta que entraron en contacto con la piel pálida de la base del cuello. De allí tracé lentamente una línea, percibiendo una película de fino vello cuando toqué las suaves crestas de su garganta. Fiona permaneció totalmente quieta, y totalmente callada.

—¿Así? —dije.

—Vuelve a hacerlo más a la izquierda.

Y esa vez me lo tropecé casi enseguida: un pequeño obstáculo, un bultito duro aproximadamente del tamaño de una aceituna bien enterrada en la piel. Lo palpé, luego lo pellizqué suavemente con el pulgar y el índice.

—¿Te duele?

—No.

—¿Qué es?

—No lo sé.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Nada. Parece que no le dio mucha importancia.

Retiré la mano y retrocedí, buscando una pista en sus ojos verdiazules. Me devolvieron la mirada sin más.

—¿Siempre lo has tenido?

—No. Lo noté hace unas semanas.

—¿Crece?

—No sé muy bien.

—Deberías volver al médico.

—No le dio importancia.

Yo no tenía más que decir, me quedé allí de pie, como clavado al sitio. Fiona me observó un momento, y luego se cruzó de brazos y encogió los hombros, reconcentrándose en sí misma.

—La verdad es que estoy muy cansada —dijo—. Me voy.

—Vale.

Pero, antes de que se fuera, volví a ponerle la mano en el cuello y nos enzarzamos en un abrazo que, en un principio, fue torpe, pero dio igual, insistimos; y al final nos fundimos en un abrazo muy estrecho. Me sumé a su silencio mientras cerraba los ojos

para no ver nuestro reflejo en la ventana de la cocina, y me imaginé un nudo hecho con los cabos de sus temores inexpresados y mis vehementes deseos, que resistiría lo peor que el futuro quisiera depararnos.

## DOROTHY



Abrazar a alguien de vez en cuando, y que a cambio te abracen, es importante. A George Brunwin su mujer nunca lo había abrazado, y hacía muchos años que tenía una amante. De todos modos, solía disfrutar de largos abrazos arrebatados y tiernos, casi siempre robados en los oscuros rincones de la granja que en su día se había dado el gusto de llamar suya. El último objeto complaciente de sus avances era un ternero llamado Herbert.

En contra de los rumores que corrían por el pueblo, sin embargo, George nunca había mantenido relaciones sexuales con un animal.

Aunque probablemente nunca se tomaba la molestia de racionalizarlo, una de sus creencias más arraigadas era que la vida desprovista de cariño físico no merecía la pena vivirse. A su madre se le había dado muy bien lo de acariciar, abrazar, achuchar y dar mimos; lo de alborotarte el pelo, darte azotitos o montarte a caballito sobre su rodilla. Hasta su padre no se había mostrado reacio a un buen apretón de manos o a un abrazo viril de vez en cuando. George se había educado en la creencia de que aquellas deliciosas colisiones, aquellos estallidos de intimidad espontánea y desenvuelta, eran el mismísimo material del que estaban hechas las relaciones amorosas. Es más, el ritmo de la vida en la granja de su padre venía dictado, en gran medida, por los ciclos de reproducción de los animales, y George había demostrado ser especialmente sensible a ellos, ya que desarrolló un saludable apetito sexual a una edad muy temprana. En vista del cual, difícilmente habría encontrado una compañera menos apropiada (aunque no hubiera tenido muchas oportunidades al respecto) que Dorothy Winshaw, con quien se casó en la primavera de 1962.

Habían pasado su luna de miel en un hotel de la región de los lagos, con vistas a Derwent Water; y fue en este mismo hotel, veinte años después, donde George se encontró bebiendo a solas, una noche fría y húmeda de junio. Obnubilado como

estaba por el alcohol, aún conservaba un recuerdo desagradablemente preciso de su noche de bodas. Aunque no se lo hubiese quitado de encima exactamente, la terca pasividad de Dorothy había supuesto en sí misma una resistencia muy digna de tener en cuenta, y a esa humillación se había sumado también un componente de aburrimiento y de burla. A pesar de todo lo que George había podido aportar a modo de precalentamiento, sus dedos investigadores no se toparon con más que una prieta sequedad. Haber ido más lejos en esas circunstancias habría sido cometer una violación (para lo que no tenía fuerza suficiente, aparte de todo). Lo había, intentado tres o cuatro veces más en las semanas siguientes, y después de eso, el tema (como las esperanzas de George) no salió a relucir nunca más. Al evocar ahora aquellos días, a través de sus vapores etílicos, le parecía absurdo, risible, haber esperado alguna vez que el matrimonio se consumase. Entre Dorothy y él se había dado una incompatibilidad física total. La unión sexual entre ellos habría sido tan imposible como se había vuelto hacía poco para los pavos deformes que su esposa se veía ahora forzada a reproducir mediante inseminación artificial: con sus tiernas pechugas tan horriblemente desarrolladas a lo largo de años de inyecciones químicas y de cría selectiva que sus órganos sexuales ni siquiera podían entrar en contacto.

¿Por qué no odiaba George a su mujer? ¿Era porque lo había enriquecido (económicamente) más allá de todas sus expectativas? ¿Se sentía incluso orgulloso, aunque con cierta reticencia, por el hecho de que ella hubiese convertido lo que antaño era una granja tranquila, pasada de moda, modestamente llevada, en uno de los imperios agroquímicos más grandes del país? ¿O simplemente el odio había sido barrido, a lo largo de los años, por las oleadas de whisky a las que sucumbía todos los días, cada vez con menos pretensiones de que no se enterara nadie? De todas formas, Dorothy y él llevaban ahora vidas muy separadas. Cada día laborable ella se iba en coche hasta la ciudad, donde un enorme complejo de cuatro pisos de oficinas y laboratorios dominaba un terreno baldío y desierto en uno de los barrios más remotos: era la sede central de Brunwin Holdings, S. A. El mismísimo George llevaba más de quince años sin poner un pie allí. Sin cabeza para los negocios, ni idea de ciencia, y nada más que desprecio por aquel juego de niños con serpientes y escaleras bursátiles que parecía preocupar tanto a la mayoría de los directores, decidió retirarse, en cambio, a una versión fantástica de tiempos más felices. Tenían un pequeño establo de ladrillo rojo que de alguna manera había conseguido sobrevivir al plan de ampliación de Dorothy (había demolido la mayoría de las construcciones originales y las había sustituido por una serie de hileras de imponentes criaderos de pollos y casetas de ambiente controlado, construidas en acero gris mate), y era allí donde se pasaba casi todo el día, acompañado solamente por su botella de whisky y los animales de la granja más enfermos y debilitados que había conseguido rescatar de su encierro, con la esperanza de devolverles la salud: pollos, por ejemplo, cuyas patas no podían soportar el peso de sus cuerpos demasiado desarrollados, o vacas con la espalda hundida y la cadera deformada por hormonas del crecimiento alegremente

recetadas. Durante mucho tiempo, Dorothy, que raramente se molestaba en inspeccionar sus propios dominios, no se había enterado de la existencia de aquel lóbrego asilo; pero cuando por fin lo descubrió por casualidad, no pudo ocultar su furioso desprecio por la sensiblería de su marido.

—Tenía una pata rota —dijo George, bloqueando la entrada del establo mientras Herbert se encogía de miedo en un rincón—. No podía soportar ver cómo lo cargaban en un camión con los demás.

—A ti te voy a romper yo las piernas si no dejas a los animales en paz —le gritó Dorothy—. Podría denunciarte a la policía por esto que te he pillado haciendo.

—Sólo lo estaba acariciando.

—¡Dios Santo! ¿Y has hecho lo que yo te había pedido: le has dicho a la cocinera lo de la cena del viernes por la noche?

La miró sin comprender.

—¿De qué cena me hablas?

—La cena que damos para Thomas y Henry y la gente de Nutrilite. —Dorothy solía llevar un látigo de montar; se pegó con él en los muslos, desesperada—. Ni siquiera te acuerdas, ¿verdad? Nunca te acuerdas de nada. No eres más que un viejo artista de mierda, inútil, acabado y hecho polvo. ¡Dios Santo!

Se fue bramando hacia la alquería; y de pronto, mientras veía cómo su figura se iba haciendo más pequeña, George se sintió repentina y abrumadoramente sobrio.

Se hizo una pregunta de golpe: «¿Por qué me casé con esta mujer?»

Luego se marchó a la región de los lagos a pensarlo.

Había empezado a beber para combatir la soledad. No la soledad que había sentido a veces cuando llevaba la granja él solo, y acostumbraba a pasarse días enteros en la soledad orgullosa y regia de los páramos, con ovejas y vacas por toda compañía. Sino más bien la soledad de las espartanas habitaciones de hotel del centro de Londres: ya de madrugada, con la perspectiva de una noche de insomnio por delante, y nada mejor en lo que ocupar la mente que una biblia Gideon y el último número de *Noticias Avícolas*. George pasó muchas noches así poco después de su matrimonio con Dorothy, porque ella le había convencido de que le interesaba entrar en la junta del Sindicato Nacional de Granjeros. Formó parte de ella poco más de un año, y descubrió mientras tanto que no tenía talento para las camarillas ni para los comités, y que tampoco tenía nada en común con los otros miembros, ninguno de los cuales compartía su entusiasmo por el trabajo cotidiano en la granja. (Le daba la impresión de que la mayoría habían entrado en la junta para librarse de él.) Y cuando abandonó el puesto y Dorothy ocupó su lugar, ella dejó muy claro que a esas alturas no se fiaba de él para que cuidara la granja en su ausencia. Sin molestarse en consultar a su marido, puso un anuncio para buscar un gerente con dedicación exclusiva, y George se dio cuenta de que se le había dejado eficazmente sin trabajo.

Mientras tanto, Dorothy iba a trabajar. Sacándoles partido a los contactos parlamentarios de su primo Henry (en ambos lados de la Cámara), pronto se convirtió en una experta comensal de las figuras más influyentes de los ministerios de Hacienda y Agricultura. En restaurantes exclusivos y lujosas fiestas nocturnas, convencía a funcionarios y parlamentarios de la necesidad de pagar subvenciones aún más exorbitantes a los granjeros que se querían pasar a los nuevos métodos intensivos; gracias a sus esfuerzos (y a los esfuerzos de otros como ella), el gobierno empezó a aumentar su concesión de ayudas y sus reducciones de impuestos para contribuir al uso del cemento, la construcción de edificios y la compra de material y accesorios. Los pequeños granjeros que se opusieron a estos incentivos pronto se encontraron con que eran incapaces de competir con los precios que le ofrecían al consumidor sus muy subvencionados rivales.

En cuanto se enteraron de que se estaban dedicando grandes cantidades de dinero público a la producción granjera intensiva, las instituciones financieras comenzaron a interesarse. Dorothy les llevaba ventaja a sus rivales en este terreno, ya que Thomas Winshaw estaba ahora a punto de convertirse en uno de los miembros más poderosos de la banca. Cuando vio qué rumbo iba tomando la política del gobierno, se puso a hacer grandes inversiones en tierras de cultivo, y le encantó ofrecerle a Dorothy sustanciosos préstamos (con la tierra como garantía) para sus distintos programas de expansión (la cuantía de la deuda la obligaba cada año a sacarles más partido a su tierra y sus animales). Desde el principio, el propósito de ella había sido garantizar los beneficios controlando cada fase de la producción. Empezó por acaparar todas las granjas más pequeñas del país y ponerlas bajo contrata. Luego, una vez hubo conseguido el control de la mayoría del suministro de huevos, pollos, bacon y verduras del noroeste de Inglaterra, comenzó a aumentar su radio de acción. Se organizaron varias secciones especializadas: Huevos Bien Puestos (eslogan: «¡La cosa está clara, amigos!») Los Lechones, especialistas en *bacon* («Cerdos de verdad...») Productos vegetales Los Nabos («¿Le llega con éstos, señora?») y Pollos Desplumados («¡Sin plumas y cacareando!»). El emblema de Brunwin se reservó para lo que suponía, en términos de beneficios, la joya de la corona corporativa: la sección de comidas congeladas y postres instantáneos, cuyo eslogan era simplemente: «¡Son fantásticos, son Brunwin!» A cada una de estas empresas la abastecían cientos de granjeros contratados de todo el país, cuya tarea (si querían tener alguna oportunidad de ganarse la vida) consistía en utilizar todo antibiótico que favoreciese el crecimiento, todo pesticida conocido que aumentase los beneficios, para alcanzar las cotas de producción, cada vez más difíciles, propuestas por Dorothy desde su oficina central en Brunwin Holdings. Estos granjeros también se veían obligados a realizar todos sus pedidos de pienso a una compañía llamada Nutrilite (una división de Brunwin Holdings) y a añadirles aditivos químicos procedentes de otra compañía llamada Kemmilite (una división de Brunwin Holdings). De este modo, los gastos internos se reducían a la mínima expresión.

Se había tardado mucho tiempo en construir el imperio de Dorothy. En la época del viaje de George a la región de los lagos, sin embargo, estaba en pleno apogeo. Por ejemplo, las cuentas de esa época indican que Huevos Bien Puestos suministraba a la nación más de 22 millones de huevos a la semana, mientras que el volumen anual de Pollos Desplumados era de más de 55 millones. De pollos, claro; no de libras.

*Una tarde, cuando yo tenía unos veinte años, Verity y yo habíamos tenido una pelea en casa de mis padres, y cuando se terminó, salí a dar un paseo para tranquilizarme. Ella se había estado riendo, como siempre, de mis ambiciones como escritor, así que, en justa reciprocidad, yo me dediqué a autocompadecerme mientras me metía, furioso, por una vereda que llevaba al bosque que solía explorar en mis paseos dominicales cuando era pequeño. Sin duda, detrás de eso se escondía un deseo inconsciente. Quería volver a visitar el lugar de aquellas ocasiones en que había sido tan feliz (y, por supuesto, el escenario de mis primeros pinitos literarios), porque me parecía que de alguna manera me haría recuperar la sensación de ser alguien extraordinariamente valioso y sensible: un almacén de recuerdos cargados de estética. Conque me dirigía lo que antaño era la granja Nuttall, a la que no había ido desde hacía más de diez años.*

*Al principio, cuando me topé con la alambrada de espino y aquellas construcciones desconocidas, pensé que la memoria me estaba jugando una mala pasada y me había equivocado de sitio. Parecía que me encontraba ante una especie de fábrica. Lo único que se podía ver era una fila de largos y prácticos corrales de madera, provistos de un gigantesco recipiente metálico al fondo, sujetos con postes, y escalonados opresivamente contra el nublado cielo vespertino. Confuso, pasé como pude por debajo de la alambrada, con intención de echar un vistazo más de cerca. Los corrales carecían de ventanas; pero, tras subirme a un recipiente, pude escudriñar el interior a través de una rendija entre los tablones.*

*Durante unos segundos, mis ojos no se toparon con más que oscuridad y me sentí abrumado por el ambiente de humedad polvorienta, por aquel aire cargado de olor a amoníaco. Luego, poco a poco, empecé a distinguir algunas siluetas en la penumbra. Pero lo que vi es difícil de explicar, porque no tenía sentido, y sigue sin tenerlo incluso ahora. Me sentí como si estuviera contemplando una escena de una película, salida de la fantástica imaginación de algún director surrealista. Vi lo que sólo puede ser descrito como un mar de pollos. Vi lo que parecía ser un largo túnel, ancho y oscuro, con el suelo cubierto de pollos hasta donde llegaba la vista. Dios sabe cuántos pollos había en aquel corral: miles, o tal vez muchísimos miles. No se percibía ningún movimiento; estaban demasiado apretujados como para darse la vuelta o moverse, y sólo percibí una gran quietud, que se vio quebrada, no sé cuántos minutos después, por el ruido de una puerta al abrirse y la aparición de un rectángulito de luz al otro extremo del túnel. Dos figuras se recortaron en el umbral,*



y se produjo un repentino rebullir y aleteo de plumas.

—Es éste —dijo uno de los hombres.

—¡Caray! —dijo el otro. Sus voces resonaban.

—Vamos a aclarar las cosas —dijo el primer hombre, y encendió una linterna.

—Los tienen todos apretujados, ¿eh?

—Hacemos lo que podemos. —Supuse que este hombre sería el dueño. No era el señor Nuttall, pero recordaba que mi madre me había dicho que la granja había cambiado de manos hacía poco.

—A mí me parece que aquí ya hace bastante calor, la verdad.

—No, tiene que hacer mucho más.

—¿Cuándo cree que se estropeó, entonces?

—Anoche, a alguna hora.

—Y también se han estropeado las luces, ¿no?

—No, qué va, se supone que debe estar a oscuras. Mire, estos pollos tienen mes y medio. En estas condiciones, se ponen a pelear si les encendemos alguna luz.

—Bueno, lo único que puedo hacer es revisar el circuito. Casi siempre acaba resultando que es la toma de tierra lo que falla.

—Pero si me pusieron una nueva el año pasado. Pusieron una completamente nueva, ¿sabe?, porque la vieja no servía para nada. Una noche hubo un auténtico desastre. Se apagaron todos los ventiladores. Cuando llegué por la mañana, había nueve mil pollos muertos por el suelo. ¡Nueve mil pollos! Nos llevó toda la mañana quitarlos entre cuatro. Los sacábamos a paladas.

—Bueno, ¿y dónde está, de todas maneras?

—Al fondo del corral, cerca de la tolva grande.

Se produjo una breve pausa. Luego el segundo hombre dijo:

—Sí, pero ¿cómo llego hasta allí?

—Andando, claro. ¿Cómo si no?

—No puedo llegar hasta allí. No hay espacio. Con tantos pollos...

—No le harán daño.

—¿Y yo a ellos?

—No se preocupe. Quiero decir, no pisotee demasiados si puede. Pero, de todos modos, siempre hay alguno muerto. Yo no me preocuparía.

—Debe de estar usted de coña, compañero.

El segundo hombre se dio la vuelta y desapareció del umbral. Vi cómo lo perseguía el granjero.

—¿Adónde va?

—No voy a aplastar a esos malditos pollos sólo para revisar su circuito.

—Y si no, ¿cómo va a...?

Las voces se apagaron hasta que ya no se las oyó. Abandoné mi posición sobre el recipiente de lata y me sacudí el polvo de la ropa. Mientras regresaba hasta la alambrada del lindero del bosque, vi que venía una furgoneta por la avenida y que se

*paraba en seco. En un costado de la furgoneta había un emblema que ponía POLLOS DESPLUMADOS - UNA DIVISIÓN DEL GRUPO BRUNWIN. En aquella época el nombre no me resultaba familiar.*

Dorothy creía a pies juntillas en la investigación y el desarrollo, y a lo largo de los años el Grupo Brunwin se labró una reputación en el campo de la innovación tecnológica, especialmente en la cría de pollos. Éstos son algunos de los problemas que se propuso resolver:

**1. AGRESIÓN:** A los pollos de Dorothy, justo antes de ir al matadero al mes y medio de edad (aproximadamente la quinta parte de su media de vida) se les asignaba un espacio de unos quince centímetros cuadrados por cabeza. Que se arrancasen las plumas y se comiesen los unos a los otros era corriente entre los pollos encerrados de ese modo.

**SOLUCIÓN:** Tras experimentar con unas gafas especiales de color rojo prendidas a los picos (de manera que, al neutralizar el color, se impidiese que el ave picotease las crestas rojas de sus compañeros), Dorothy las sustituyó por anteojeras que simplemente les tapaban la visión lateral. Cuando eso también resultó demasiado incómodo, se dedicó a buscar el método más eficaz para acabar con los picos de los pollos. Al principio se hacía con un soplete, luego con un soldador. Finalmente, sus diseñadores se presentaron con una pequeña guillotina provista de cuchillas calientes. Era razonablemente eficaz, sólo que, si las cuchillas estaban demasiado calientes, les salían ampollas en la boca; además, como hacía falta quitarles el pico a unos quince pollos por minuto, no siempre era posible una precisión absoluta y se daban muchos casos de orificios nasales quemados y mutilaciones faciales. Los nervios dañados de los muñones de los picos solían retraerse, se volvían sobre sí mismos y formaban neuromas que daban lugar a dolores crónicos. Como último recurso, Dorothy decidió que se pusiese una música relajante en las filas de jaulas y los corrales de los pollos. Manuel y su música de las montañas era especialmente popular.

**2. SEGUNDA ÉPOCA DE PUESTA DE HUEVOS:** Durante muchos años, a las gallinas de las jaulas se las enviaba al matadero al final de una época de puesta, tras unos quince meses; pero Dorothy creía que debía ser posible conseguir apurarlas y que entrasen en un segundo año de puesta.

**SOLUCIÓN:** Forzar la muda. Descubrió que podía acortar la época de muda de las gallinas, durante la cual no ponían huevos, a fuerza de traumatizarlas con cambios bruscos en las pautas de iluminación o con un riguroso programa de comidas y privación de agua.

**3. POLLOS MACHOS:** Los machos nacidos entre un grupo de ponedoras no están genéticamente preparados para ser engordados y destinados al consumo humano y, por consiguiente, no tienen ningún valor. Evidentemente, hay que eliminarlos (el mismo día de su nacimiento a ser posible), pero ¿cómo?

**SOLUCIÓN:** Durante una temporada, Dorothy experimentó con una trituradora especial que era capaz de convertir en carne picada mil pollitos cada dos minutos. La masa resultante se podía usar como alimento o como abono. Sin embargo, salía caro instalar las trituradoras. La descompresión mediante la retirada de oxígeno era otra alternativa, como también lo era gasearlos con cloroformo o dióxido de carbono. Pero nada podía salir realmente más barato, se decidió por fin, que el clásico método de la asfixia. El más simple consistía en amontonar miles de pollos, unos encima de otros, en sacos que luego se ataban. Las aves o se asfixiaban lentamente o morían aplastadas.

**4. ATURDIMIENTO PREVIO AL MATADERO:** Antes de optar por el método estándar de un baño de agua conectado a una corriente eléctrica de poco voltaje, Dorothy había tratado de patentar una especie de pequeña cámara de gas por la que pasarían los pollos antes de ser colgados en la cinta transportadora. Resultó, sin embargo, que el frenético aleteo de las alas dentro de la cámara provocaba una pérdida de aproximadamente media libra de gas por ave, así que se rechazó el sistema por razones económicas.

Dorothy siempre había pensado que los métodos de matanza efectivos desde un punto de vista económico eran difíciles de lograr. El equipo de aturdimiento eléctrico instalado en sus mataderos era tan caro como lento (si se usaba con cuidado, claro). A este respecto, al menos, ella era más bien tradicionalista, y personalmente creía que en realidad no había nada mejor que un buen golpe con un hacha para atontar a los cerdos y a las vacas. También continuó contratando los servicios de un especialista para la matanza ritual, a pesar de que muchos judíos y musulmanes empezaban a oponerse a esta práctica; el mercado seguía ahí, decía ella, y había que atenderlo. Era en este asunto de la matanza, de todos modos, en el que a ella le parecía que sus competidores le seguían sacando cierta ventaja, sobre todo porque este aspecto era el que George había descuidado más abiertamente antes de que ella asumiera el control total. Se sorprendió mucho al descubrir que él casi no tenía experiencia en matanzas; una vez se lo encontró llorando a mares mientras intentaba rematar a una vaca enferma de mastitis. El mazo, apuntado al centro del cráneo, había errado el blanco y le había reventado un ojo al animal. Mientras la vaca se revolcaba agonizante, George se había quedado allí quieto, trémulo y mudo. A Dorothy no le quedó más remedio que coger una abrazadera, agarrar a aquel animal ensangrentado y berreón por el morro y dejarlo K.O. con un magnífico golpe de martillo. «Hombre tenías que ser!», había mascullado en tono despectivo, y se había ido a cambiarse de ropa antes de acomodarse para tomarse el

gin-tonic de antes de la cena.

*Una noche, cuando yo tenía unos veinticuatro años, fui a ver un ciclo de películas francesas organizado por el cineclub de la universidad. La primera que pusieron fue Le Sang des Bêtes, un breve documental de Georges Franju sobre un matadero parisino. Cuando terminó, el cine estaba medio vacío.*

*Era el público habitual de un cineclub: aguerridos entendidos en películas de terror la mayoría, entre los que se llevaba admirar películas de bajo presupuesto sobre adolescentes americanas que acababan descuartizadas por psicópatas, o pesadillas de ciencia ficción llenas de sangrientos efectos especiales. ¿Qué tenía esa película, entonces, tan tierna y melancólica en ciertos aspectos, que hacía gritar a las mujeres de asco y a los hombres salir disparados hacia la salida?*

*No he vuelto a verla desde entonces, pero muchos detalles se me han quedado grabados. El bonito caballo de tiro blanco que se desploma cuando le hunden un pincho en el cuello, soltando chorros de sangre; terneras que se estremecen después de que les hayan rajado la garganta: las violentas sacudidas de sus cabezas, de las que mana la sangre caliente a mares, al venirse abajo y resbalar por el suelo; hileras de ovejas decapitadas que aún patalean furiosamente; vacas a las que les clavan pinchos de acero en el cráneo hasta los sesos. Y luego, a modo de contrapunto, la voz de la niña que nos presenta los tristes suburbios de París: les terrains vagues, jardins des enfants pauvres... à la limite de la vie des camions et des trains... Los operarios que cantan «La Mer» de Trenet mientras descuartizan los cadáveres: «ses blancs moutons, avec les anges si pures...» Un rebaño de ovejas que balan como rehenes mientras son guiadas hasta el matadero por el señuelo, le traître, que conoce el camino y sabe que se le perdonará la vida: les autres suivent comme des hommes... Los hombres que silban, se ríen y bromean avec le simple bonne humeur des tueurs, blandiendo sus martillos, sus cuchillos, sus hachas y sus cuchillas de carnicero sans colère, sans haine... sin rabia, sin odio.*

*No pude olvidarme de esa película, y durante las semanas siguientes, en momentos de aburrimiento en la biblioteca de la universidad, consulté catálogos de libros y revistas de cine para ver si se había escrito algo sobre ella; con la esperanza, quizá, de que el hacha de la crítica académica asestaría un golpe mortal a aquellas imágenes que seguían dando unas horribles sacudidas en mi memoria. No fue así; en vez de eso, tras una buena búsqueda me topé con un largo y brillante ensayo de un escritor que parecía haber desentrañado el secreto de su espantosa veracidad. Cuando terminé de leerlo, abrí mi cuaderno de ejercicios y copié estas palabras:*

Es un recordatorio de que lo que es inevitable también puede ser espiritualmente insoportable, de que lo que es justificable puede ser atroz... de que, como nuestra

Disparatada Madre Naturaleza, nuestro Disparatado Padre Sociedades una serie de muertes programadas, tanto como de vidas...

—¿Qué hay de nuevo por la granja? —preguntó Henry.

—Lo de siempre —dijo Dorothy—. El negocio no va mal, aunque podría ir mucho mejor si no tuviéramos que pasarnos la mitad del tiempo defendiéndonos de los malditos ecologistas. Están bastante buenos, ¿no?

Se refería a los huevos frescos de codorniz, envueltos en pimientos asados, verdes y rojos, que, constituían sus *hors d'oeuvre*. Henry y Dorothy se encontraban cenando juntos en un reservado del Heartland Club.

—Eso es parte de lo que quería hablar contigo —prosiguió Dorothy—. Nos están llegando algunas historias de miedo de los Estados Unidos. ¿Has oído hablar de una droga llamada sulfadimidine?

—La verdad es que no. ¿Qué hace?

—Bueno, en lo que se refiere a la cría de cerdos, no tiene precio. No hay nada que se le pueda comparar. Como ya sabes, hemos avanzado mucho en los niveles de producción en los últimos veinte años, pero ha habido un par de efectos secundarios negativos. Los problemas respiratorios, por ejemplo; pero el sulfadimidine nos puede ayudar a solucionar los peores, ¿entiendes?

—Entonces, ¿qué problema hay?

—Pues que los americanos han estado probándolo en ratas y creen que provoca cáncer. Por lo visto van a sacar una ley.

—Mmm. ¿Y no puedes usar otras drogas?

—No hay nada eficaz. Quiero decir que seguramente podríamos reducir estas enfermedades si no juntásemos tantos animales, pero...

—Pero eso es absurdo. No tiene sentido ponerle dificultades a algo que te ayuda a ser competitiva. Hablaré de ello con el ministro. Estoy seguro de que entenderá tu punto de vista. Los tests con ratas tampoco demuestran nada. Y además, tenemos una larga y honorable tradición de ignorar las recomendaciones de nuestros consejeros independientes.

El plato principal consistía en lomo de cerdo glaseado, con patatas al ajo. La carne (como los huevos de codorniz) era de la granja de Dorothy: su chófer la había traído en una nevera portátil en el maletero del coche aquella tarde, y ella le había dado al chef instrucciones precisas sobre cómo prepararla. Tenía una pequeña piara de cerdos de bellota en un cercado al fondo de la granja, para su uso exclusivo. Al igual que Hilary (que nunca veía sus propios programas de televisión), Dorothy no albergaba la menor intención de consumir alguna vez los productos que le encantaba endosar a un público que no se quejaba.

—Los ecologistas esos nos gustan tan poco como a vosotros —dijo Henry, comiendo con mucho apetito—. Han echado a perder el mercado de carne de ternera, por ejemplo.

Era verdad; los minoristas más importantes de carne de ternera habían achatarrado recientemente sus angostas jaulas para volver a los pajares. En respuesta a la presión de la opinión pública, el director gerente había admitido que el sistema de cría intensiva resultaba «moralmente repugnante».

—Pues yo seguiré usando jaulas —dijo Dorothy—. Al fin y al cabo, podemos seguir las exportando. Además, hay tanta sensiblería estúpida con eso de las terneras. Son unos animales realmente puercos. Si no les das nada de beber en unos pocos días, ¿sabes lo que hacen? Empiezan a beberse su propia orina.

Henry meneó la cabeza, incrédulo, ante las extravagancias del reino animal, y volvió a llenar sus copas de Sauterne. Mientras tanto, Dorothy le quitó la grasa a su carne y la apartó cuidadosamente a un lado del plato.

—Tenemos que andarnos con ojo con los cabilderos, de todos modos. Me sospecho que cada vez van a protestar más.

—No tienes por qué preocuparte —dijo Henry—. Los periódicos nunca van a sacar reportajes sobre algo tan aburrido como la producción de alimentos, y aunque lo hicieran, a la gente no le interesaría, porque es estúpida. Lo sabes tan bien como yo. Y por si fuera poco, la mayoría de los datos son secreto de Estado. Absurdo, pero cierto. Y de todas maneras, cuando uno de esos científicos de bata blanca salga con uno de esos informes de locos, ¿quién te va a impedir hacer que tu propia gente aparezca con una serie de cifras que demuestren exactamente lo contrario?

Dorothy se sonrió.

—Tienes razón, claro. Una tiende a olvidar que no hay nadie tan escéptico como tú...

—Me sorprende oírte decir eso —dijo Henry, echándose hacia atrás y aflojándose el cinturón con una mueca de placer—. No soy escéptico por naturaleza. Si soy algo, es idealista. Y además, da la casualidad de que me creo la mayoría de las cosas que andan diciendo los expertos en nutrición en este momento. La diferencia es que las repercusiones sociales me animan más que me asustan.

—¿Qué quieres decir?

Henry hizo una pausa, a la vez que rebañaba distraídamente la salsa de su plato con un dedo.

—Míralo de esta forma: ¿sabías que estábamos planeando quitarles las comidas gratuitas en los colegios, durante los próximos cinco años, a más de medio millón de niños?

—Nadie contará con que sea una medida muy popular, supongo.

—Bueno, habrá protestas, claro, pero luego se pasarán, y ya aparecerá otra cosa que le moleste a la gente. Lo importante es que nos ahorramos un montón de dinero, y mientras tanto toda una generación de niños de la clase trabajadora y de familias con pocos ingresos no comerá nada más que patatillas y chocolate todos los días. Lo que significa, en definitiva, que crecerán más débiles físicamente y más lentos mentalmente. —Dorothy alzó una ceja ante esta afirmación—. Pues claro —le

aseguró él—. Una dieta rica en azúcares retrasa el desarrollo cerebral. Nuestros chicos lo han demostrado. —Se sonrió—. Como muy bien sabe todo general, el secreto para ganar una guerra es desmoralizar al enemigo.

La cena concluyó con un pudín de miga de pan, manzana y membrillo, recubierto de miel y jengibre. Las manzanas, como siempre, eran del huerto de Dorothy.

**Ingredientes:** Almidón modificado, jarabe de glucosa seco, sal; potenciadores del sabor, glutamato monosódico, 5-ribonucleótido sódico; dextrosa, grasa vegetal, tomate en polvo, proteínas vegetales hidrolizadas, extracto de levadura, rabo de buey seco, cebolla en polvo, especias, aromas; colorantes E150, E124, E102; caseína, regulador de acidez E460; emulgentes E471, E472(b); antioxidante E320.

*Una vez, cuando yo tenía unos veinticinco años, fui a casa a pasar el fin de semana con mis padres. Hubo muchos fines de semana de éstos mientras estuve en la universidad, pero éste destaca entre los demás porque fue cuando noté por primera vez lo drásticamente que habían cambiado sus hábitos alimentarios desde que yo era niño. La cosa empezó, seguramente, cuando yo tenía once años y decidieron mandarme a un colegio de pago. A partir de ese momento, parece que nunca tuvieron dinero. Los aumentos de sueldo de mi padre eran pequeños y raros, y creo que siguió deseando haberse comprado una casa en una zona más barata. Mi madre, en esa época, pasó de dar unas cuantas clases a dedicarse por completo a la docencia. Y aun así, para ella era una cuestión de honor que hubiese una comida caliente en la mesa para nosotros todas las noches. Las comidas empezaron a salir cada vez más de paquetes y, a mediados de los 70, este proceso se aceleró cuando se compraron un pequeño congelador que pusieron en el garaje. Mi padre, lejos de quejarse, le había cogido el gusto a esta clase de comida, en parte porque le traía a la memoria los almuerzos que compartía con sus colegas en la cantina del trabajo todos los días. Recuerdo llegar a casa aquel fin de semana y descubrir que en el congelador había amontonado más de veinte paquetes de uno de los inventos más letales del Grupo Brunwin: buñuelos de hamburguesa con patatas. Lo único que había que hacer era meter la bandeja entera en el horno y, voilà, ya tenías una apetitosa comida en el plato al cabo de unos veinte minutos. Me explicó que le resultaba muy práctico las dos noches a la semana en las que tenía que cocinar para sí mismo, cuando mi madre se quedaba trabajando hasta tarde en el colegio, supervisando actividades extraescolares. Le dije que no me parecía una comida muy equilibrada, y me explicó que la completaba con otros dos exquisitos manjares de la casa Brunwin, a saber: una sopa de sobre a modo de entrante, y luego un merengue instantáneo, con sabor a fresa o chocolate, de postre.*

**Ingredientes:** Azúcar, aceite vegetal hidrogenado, almidón modificado; emulgentes

E477, E322; aromas, lactosa, caseína, ácido fumárico; agentes espesantes E339, E450a; suero en polvo, estabilizante E440a; colorantes E110, E160; antioxidante E320.

*Todos esos años, ahora me doy cuenta, mi padre se estuvo atascando las arterias con grasas saturadas. Moriría de un ataque al corazón, poco después de haber cumplido sesenta y un años.*

*¿Eso significa que Dorothy mató a mi padre?*

El récord de éxitos de Dorothy en la cría de cerdos era igual de impresionante. Éstas son sólo algunas de las dificultades que ella fue capaz de superar:

- 1. TORPEZA:** Tan pronto como empezó a apartar a las cerdas de la tierra y de la paja y a meterlas en cuadras de cemento, vio que se alteraban sus instintos; se volvían torpes y a menudo se echaban sobre sus propios lechones al amamantarlos.  
**SOLUCIÓN:** Colocar un rail para los lechones, que les permitiera el acceso a las tetas sin acercarse lo suficiente como para que los aplastaran.
- 2. CANIBALISMO:** Al negárseles la oportunidad de desarrollar sus instintos más arraigados, las cerdas empezaron a comerse a sus propias crías.  
**SOLUCIÓN:** Colocarlas en unas jaulitas muy pequeñas, donde no podían moverse ni darse la vuelta, con los movimientos normalmente limitados por un aparato conocido como la «doncella de hierro». Luego se apartaba a los lechones de su madre con una luz infrarroja. Eso reducía la época de destete a dos o tres semanas, en vez de las ocho habituales.
- 3. ENFERMEDADES:** Desgraciadamente, al ser tratados de esta forma, los lechones eran víctimas de graves enfermedades pulmonares que sólo podían ser parcialmente paliadas con antibióticos y un severo control de la temperatura.  
**SOLUCIÓN:** Embriotomía. Se descubrió que se podía sacar a los cerditos vivos de su madre muerta en condiciones de asepsia, para conseguir lo que acabó conociéndose como una «piara prácticamente sana».
- 4. RABOS MORDIDOS Y OLOR A VERRACO:** Los lechones destetados, al ser trasladados a cuadras abarrotadas, pronto desarrollaban un comportamiento agresivo, del que morderse los rabos es el ejemplo más obvio. El «olor a verraco» es ese sabor fuerte y desagradable que algunos carniceros (especialmente las cadenas de supermercados) dicen encontrarle a la carne de los verracos.  
**SOLUCIÓN:** Corte de rabos y castración. A realizar preferiblemente con un



instrumento desafilado, ya que el aplastamiento ayuda a reducir la hemorragia.

**5. DEFORMIDADES:** Dorothy dirigió una vez el examen de dos mil cerdos de los que se pasaban la vida sobre suelos de cemento, y se encontró con que el 86 por ciento sufría alguna cojera o graves daños en las pezuñas.

**SOLUCIÓN:** Ninguna. Como le contestó una vez secamente a un periodista de *El Semanario del Granjero*: «No me pagan por criar animales con buena postura.»

*Una noche, cuando yo tenía unos treinta y siete años, llegué a mi casa cargado con una pequeña bolsa de plástico, medio llena de provisiones del supermercado del barrio. Había comprado una pinta de leche, algunas latas de refrescos, un paquete de galletas de chocolate, cuatro barritas Mars, un barra de pan, y una ración de salchichas con puré de «Calentar y ya está» del Grupo Brunwin, que metí enseguida en el horno, antes de trasladar mis otras adquisiciones a la nevera o a la alacena.*

*Veinticinco minutos más tarde, cuando había que apagar el horno, pesqué el paquete en el cubo de la basura para comprobar que había seguido las instrucciones correctamente, y entonces fue cuando ocurrió. Fue, supongo, una especie de epifanía. Hay que tener en cuenta que a esas alturas yo llevaba más de un año sin hablar con nadie; puede que estuviera volviéndome loco, pero creo que no. No me eché a reír como un histérico, ni nada parecido. Sin embargo, experimenté lo que podría denominarse un raro momento de lucidez, un destello de intuición, muy sutil y fugaz, pero lo suficiente como para producir un cambio duradero, si no en mi vida, por lo menos en mi dieta a partir de aquel momento.*

*No fue tanto el dibujo de la parte de delante, aunque en sí mismo también me habría dado que pensar. Se veía a los cuatro miembros de una familia congregados en torno a la mesa del comedor: el saludable padre de familia de blanca dentadura, dos niños rubicundos radiantes de ilusión, y su joven y bonita madre, la cara iluminada por un resplandor casi beatífico mientras le servía la última ración de Salchichas con Puré a su marido, como si aquella comida, el supremo triunfo final de una día de honradas labores y logros femeninos, le supusiese la confirmación definitiva de su propia valía. Nos bombardean con esas fantasías todos los días, y yo me he vuelto inmune a ellas. Pero en la parte de atrás del paquete venía una fotografía para la que no estaba preparado. Se titulaba «Sugerencias». Se veía en un plato una ración de salchichas con puré. Las salchichas ocupaban la mitad del plato, y el puré la otra. El plato estaba sobre una mesa, y tenía un cuchillo y un tenedor a los lados. Y eso fue lo que me hizo reaccionar.*

*Me quedé mirando un rato aquella fotografía, a la vez que una horrible sospecha empezaba a apoderarse de mí. De golpe tuve la sensación de que alguien, en alguna parte, estaba disfrutando de una broma monstruosa a mi costa. Y no sólo a mi costa, sino a costa de todos. De repente aquella foto me pareció un insulto dirigido tanto a*

*mí mismo como al mundo en general. Saqué la bandeja de plástico del horno y la tiré a la basura. Fue la última comida Brunwin que compré en mi vida.*

*Recuerdo que aquella noche pasé hambre.*

A su vuelta de la región de los lagos, a tan sólo unos quince kilómetros o así de la granja, George paró el coche a un lado de la carretera y se quedó un rato junto a una verja, contemplando los páramos. Estaba razonablemente sobrio, y no tenía resaca (en aquellos días nunca tenía resaca), pero aun así se sentía abrumado por una curiosa pesadez, por una especie de presentimiento. Como de costumbre, le ponía nervioso volver a ver a su mujer; y, para colmo de males, recibirían a sus insufribles primos Thomas y Henry la noche siguiente, además de a un par de directivos mayores de la Nutrilite, la distribuidora de piensos de la Brunwin. Se suponía que debía haber preparado un menú provisional con la cocinera, pero se había olvidado por completo. Probablemente, Dorothy se pondría furiosa.

Llevaba tres días fuera: tres días malgastados, porque no había llegado a tomar ninguna decisión importante respecto a su matrimonio; a pesar de que, ahora que lo pensaba, ése había sido el propósito de su viaje en un principio. Era consciente, al menos, de que nunca sería capaz de dejar a Dorothy y vivir sabiendo que ella conservaba el control de la granja; y en tal caso, parecía que no había nada que hacer más que seguir como hasta ahora. Siempre le quedaban los animales, claro. Por patético que pudiera resultar, no tenía la sensación de estar malgastando totalmente su vida mientras fuese capaz de brindarles algún consuelo a los animales que habían sufrido los peores abusos de su esposa. Ya le hacía ilusión volver a verlos, volver a visitar el establo y beber a su salud la botella de whisky que guardaba detrás de unos ladrillos sueltos en la pared.

Llegó a casa a última hora de la tarde. El coche de Dorothy se encontraba aparcado en el patio, pero pudo colarse por la cocina sin que nadie lo viera. La cocinera estaba sentada con los pies encima de la mesa, leyendo una revista. No dio ningún respingo, sintiéndose culpable, cuando George apareció, y simplemente reanudó su trabajo; ya hacía mucho tiempo (aunque nunca se diera cuenta) que no tenía ninguna autoridad sobre sus empleados.

Preguntó si todo iba bien para la cena del día siguiente, y ella le contestó que estaba todo arreglado, que comerían ternera, y que la propia Dorothy había elegido al animal y consumado la matanza hacía menos de una hora.

George se sintió repentinamente enfermo. Corrió hasta el establo y abrió la puerta de una patada.

Herbert aún no estaba muerto. Colgaba de una viga por las patas, y su sangre goteaba de un corte muy pequeño que tenía en el cuello a un cubo que había en el suelo, ahora lleno hasta las tres cuartas partes. Tenía los ojos lechosos, pálidos y ciegos. Por lo demás, el establo estaba vacío.

Empezando a lloriquear, George volvió corriendo a la casa y encontró a Dorothy en su despacho, que tecleaba en su ordenador.

—Hola, cariño —dijo ella—. ¿Ya estás en casa?

Cuando George no respondió, dijo:

—Lo siento por tu amiguito, cariño, pero la verdad es que era el más magro y el que tenía mejor pinta de todos. Tenía que ser él.

Giró sobre su silla, lo miró, suspiró y abandonó la habitación. Poco después regresó con una escopeta.

—Por el amor de Dios —dijo, tendiéndosela—. Remátalo si quieres. No sabrá tan bien, pero qué más da. Cualquier cosa con tal de no herir tus sentimientos.

George cogió la escopeta y se marchó. Dorothy retornó a su teclado, y se quedó esperando oír el disparo. En realidad fueron dos, con unos segundos de diferencia.

—Idiota —masculló—. Ni siquiera le puede dar a un ternero a un metro de distancia.

Nunca consiguió saber a ciencia cierta cuál de sus empleados había filtrado la historia a *Noticias del Mundo*. Acabó despidiendo a un trabajador de mediana edad, llamado Harold, que le daba problemas, pero eso fue más bien por matar dos pájaros de un tiro, porque sus pulmones ya no daban para más de tanto inhalar el polvo de las cosechas y ya no le servía de mucho. Era poco probable que hubiera sido él, al fin y al cabo. En cualquier caso, se trató sólo de una pequeña noticia; escondida en la novena página: unos cuantos párrafos sensacionalistas y jocosos, bajo el titular UN GRANJERO PERVERTIDO HACE UN PACTO SUICIDA CON EL TERNERO DE SUS AMORES. La gente de su departamento de relaciones públicas le aseguró que nadie se lo tomaría muy en serio y, en efecto, todo el mundo se había olvidado del incidente unos meses más tarde.

Eso debió de ser en junio de 1982.

La palabra existía, estaba seguro. Lo que pasaba era que no me venía a la cabeza.  
... *garbo... finura... estilo...*

Mi intención era coger el tren de las cuatro menos veinticinco, pero aquella crítica me había llevado más tiempo del que creía y se me había hecho tarde. Metí torpemente ropa para cinco días en una bolsa, además de un par de libros y un bloc. Había estado pensando en dictar la copia por teléfono antes de irme, pero ya no me daba tiempo. Tendría que hacerlo cuando llegase a Sheffield. Siempre me pasaba lo mismo: siempre el último par de frases, la recapitulación imparcial, el comentario irónico de despedida, que se pagaba tan caro en tiempo y esfuerzo.

Garrapateé una nota para mi compañero de piso, cerré todas las puertas, y luego, bolsa en mano, subí las escaleras de hierro forjado que daban al nivel de la calle. Era un día de verano caluroso y sin viento, pero como llevaba sin salir del piso más de cuarenta y ocho horas seguidas (el tiempo que había tardado en leer el libro y elaborar mis observaciones) la luz del sol y el aire fresco me parecieron súbitamente estimulantes. Nuestro sótano estaba en una calle lateral, no lejos de Earl's Court Road, sólo a unos minutos andando de la estación de metro. Era una zona animada, un poco superpoblada, un poco sórdida; aquel bullicio y aquel ajetreo constantes podían resultar a veces abrumadores, pero esa tarde me elevaron realmente la moral. De repente empecé a tener la sensación, por primera vez en mi vida, de que podía estar embarcándome en una gran aventura.

Llegar de Earl's Court a St. Pancras suponía un aburrido viaje de veinte minutos en la línea de Piccadilly. Como de costumbre, llevaba un libro abierto en las manos, pero no conseguía concentrarme en él. Una corriente de ansiedad y de ilusión me hacía estremecerme. Sería curioso volver a ver a Joan; por lo menos, no sólo verla (eso lo hacía casi todas las Navidades, cuando los dos íbamos a casa a ver a nuestros padres) sino pasar algún tiempo con ella, volver a intimar. Por teléfono había estado cariñosa, confiada y autoritaria. El invitarme a ir hasta allí y verla no le había costado mayor esfuerzo, como si fuera una idea de última hora; y se me ocurrió que seguramente para ella no significaba nada especial (tan sólo otro invitado al que había que hacerle fugazmente un hueco en lo que parecía un esquema de trabajo muy apretado), mientras que para mí representaba una novedad de una importancia y unas expectativas enormes: una oportunidad de redescubrir aquel yo juvenil y optimista que, de alguna manera, había perdido durante aquel matrimonio absurdo, y del que Joan era ahora, de hecho, la única testigo superviviente.

Pensaba en estas cosas mientras me dirigía hacia King's Cross, o en algunas de

ellas, de todas formas. La mayor parte del viaje, para ser sincero, me la pasé mirando a las mujeres de mi vagón. No sólo llevaba ocho años divorciado, sino más de nueve sin hacer el amor con una mujer, y mientras tanto me había convertido en un inveterado observador, tasador y calculador de posibilidades; cada mirada cargada de esa intensidad furtiva que constituye el sello de los machos auténticamente desesperados (y peligrosos). Rápidamente quedó claro en esa ocasión que sólo había dos verdaderos objetos de interés. Una estaba sentada un poco más lejos en mi misma fila de asientos, cerca de las puertas (menuda, compuesta, con ropa cara: la clásica rubia gélida, estilo Grace Kelly). Se había subido en Knightsbridge. Y luego, en la otra punta del vagón, había una morena más alta, con más pinta de asceta; me había fijado en ella en el andén de Earl's Court, pero entonces, igual que ahora, me había costado distinguir sus rasgos tras la cortina de fino pelo oscuro y el periódico en el que claramente centraba su atención. Volví a mirar a la rubia, una arriesgada mirada de soslayo que ella (a no ser que yo me lo estuviera imaginando) captó y sostuvo durante un instante fugaz; sus ojos me la devolvían sin animarme, pero también sin censurarme. Inmediatamente me embarqué en una fantasía, mi fantasía favorita: una en la que, milagrosamente, resultaba que ella se bajaba en la misma parada, cogía el mismo tren, viajaba hasta la misma ciudad (en una serie de coincidencias que nos unirían, mientras que a mí me eximirían de la necesidad de controlar los acontecimientos). Así que, cuanto más nos aproximábamos a King's Cross, más deseaba yo que permaneciese en el tren. En cada parada sentía la arremetida de un pavor hueco y tirante, y la perspectiva de entrar en conversación con ella empezó a resultarme cada vez más apetecible, justo a medida que su cara y su figura parecían alcanzar un grado extra que rayaba la perfección. Leicester Square, Covent Garden, Holborn. Estaba seguro de que iba a bajarse en Holborn, pero no, incluso pareció que se arrellanaba más cómodamente en su asiento, y ahora cada postura suya adquiría un aire de atractiva languidez (éramos los únicos pasajeros que quedábamos en nuestra mitad del vagón, y a esas alturas yo ya me había dejado llevar completamente). Solo dos paradas más. Ojalá... Ojalá... Y entonces entramos en King's Cross, y mientras yo la miraba, ya sin pizca de vergüenza, de repente quedó muy claro que tampoco tenía intención de bajarse ahí. Era yo el que estaba a punto de hacer añicos la fantasía y, para empeorar las cosas, le robé una mirada final, justo antes de que las puertas se abrieran, y ella me la devolvió con un destello de indolente interrogación, inequívoco y fulminante. Cuando pisé el andén mis muslos se volvieron de plomo; la emoción me ataba como una cuerda al tren, prohibitiva, elástica. El tren arrancó; yo me volví, y ya no conseguí verla; y durante el rato siguiente, mientras me dirigía a St. Pancras, sacaba mi billete y mataba el tiempo en el puesto de periódicos, tuve como una carencia en el estómago, la magullada sensación de haber sobrevivido de alguna forma a otra más de las diminutas tragedias de esa serie que amenazaba con repetirse cotidiana, eternamente.

Sentado en un vagón del tren a Sheffield, esperando a que se pusiera en

movimiento, me puse a meditar en este incidente humillante y maldije la mala suerte (si se trataba de eso) que me había marcado para siempre como un hombre de imaginación más que de acción: condenado, como Orfeo, a vagar por un inframundo de fantasías, cuando mi héroe, Yuri, no habría dudado en internarse audazmente entre las estrellas. Unas cuantas palabras bien escogidas, eso era todo lo que habría hecho falta y, sin embargo, ni siquiera era capaz de pensar en ellas: yo, un escritor con obra publicada, por el amor de Dios... En cambio, me había quedado ahí clavado, inventando guiones cada vez más ridículos, el último de los cuales implicaba que el objeto de mi deseo se daba cuenta de repente de que se había saltado su parada, se bajaba corriendo en Caledonian Road, paraba un taxi y llegaba justo a tiempo de coger mi tren cuando empezaba a alejarse del andén. Patético. Cerré los ojos y traté de pensar en otra cosa. En algo útil, por ejemplo. La palabra: eso era en lo que debía concentrarme, en aquella palabra que se me escapaba... Era imprescindible que hubiese solucionado la frase final antes de llegar a Sheffield.

*... la gracia necesaria..., el entusiasmo necesario..., el espíritu...*

Para mi sorpresa, la estratagema dio muy buen resultado. Me enfraqué tanto en el asunto que ni siquiera oí el pitido de aviso del guarda, y apenas noté que el tren comenzaba a moverse; sólo advertí vagamente que se abría la puerta de mi vagón para dar paso a una figura jadeante y aturullada, que se dejó caer pesadamente en un asiento unas cuantas filas más allá. Hasta que ya recorriamos a toda velocidad las afueras de Londres no me di por enterado de su presencia, no levanté la vista y comprobé que era la mujer morena del metro. El inevitable estremecimiento de emoción sólo duró una fracción de segundo. Lo reemplazó algo mucho más poderoso: un fantástico choque emocional compuesto de placer, confusión y, al principio, de tenaz incredulidad. ¿Porque cómo podía ser posible que pareciese estar leyendo, no su periódico, qué va, sino una novela de pocas páginas y pastas duras, con mi foto en la sobrecubierta?

Es el sueño de cualquier autor, supongo. Y si rara vez se da en las vidas de las celebridades literarias, imaginen lo excepcional que le parecería a un joven escritor desconocido como yo, que se muere de ganas de encontrar cualquier prueba de que su trabajo ha calado en la conciencia del público. Las breves y respetuosas críticas que había tenido en los periódicos y las revistas literarias (que, en algunos casos, casi me había aprendido de memoria) se volvían insignificantes ante esta evidencia repentina de que el resto del mundo podía estar ocultando algo completamente diferente, algo insospechado, vivo y aleatorio: lectores. Ésa fue mi primera sensación. Y luego, claro, caí en la cuenta de que por fin se me había presentado la oportunidad largo tiempo esperada, la excusa infalible, la disculpa perfecta para entrar en conversación; porque, desde luego, sería de mala educación *no* presentarme a mí mismo en esas circunstancias. El único problema consistía en cómo y cuándo dar el paso.

Decidí ser sutil. No bastaría simplemente tirarme en plancha, sentarme enfrente de ella y decir algo burdo como «Veo que está leyendo un libro mío», o peor aún, «Admiro a las mujeres que tienen buen olfato literario». Sería mucho mejor hacer que lo descubriese *ella misma*. Bueno, eso no resultaría difícil. Tras unos momentos de indecisión, me levanté y me cambié a un asiento que quedaba justo al otro lado del pasillo, a la altura del de ella, llevándome mi equipaje conmigo. Eso fue suficiente como para que levantara la vista y se sorprendiera al verme; puede que incluso se molestara.

—No quería que me diese el sol —dije; un comentario sin sentido, dado que en mi nuevo asiento daba tanto el sol como en el otro.

Ella no dijo nada; se limitó a sonreír sin mucho entusiasmo y siguió leyendo. Vi que estaba sobre la página cincuenta, aproximadamente la cuarta parte del libro; sólo a unas cuantas páginas de lo que era (o eso me había parecido a mí mientras lo escribía) la escena más tremendamente divertida de la novela. Me eché hacia atrás y la vigilé discretamente por el rabillo del ojo, a la vez que ponía mucho cuidado en asegurarme de que ella tuviera una buena vista (si se molestaba en levantar los ojos) de mi perfil, enfocado casi desde el mismo ángulo que había escogido el fotógrafo de estudio, cuyos servicios había contratado yo mismo por un precio considerable. Pasaron unas diez o doce páginas, en otros tantos minutos, sin provocar nada que se pareciese a un entretenimiento evidente: ni siquiera el eco distante de una sonrisa, por no hablar de los ataques de risa que yo, ingenuo de mí, había imaginado provocarían en los lectores. ¿Qué demonios le pasaba a aquella chica? De la edición de tapas duras de mis novelas se había vendido un miserable número de ejemplares (quinientos o seiscientos, o algo así), así que ¿cómo había llegado aquél a manos de alguien en tan clara discrepancia con su tono y sus métodos? Al mirar de cerca su cara por primera vez, me fijé en la falta de sentido del humor que reflejaban sus ojos y la línea de su boca, y en los rastros de una solemne arruga que le había dejado el entrecejo fruncido permanentemente. Seguía leyendo. Esperé otros cinco minutos o más, cada vez más impaciente. Me revolví ostensiblemente en mi asiento; hasta me levanté dos veces para coger dos cosas que no me hacían falta de la bolsa que había puesto encima de la rejilla; y al final no me quedó otro recurso que fingir un buen ataque de tos, que duró hasta que ella me miró con cautela a ver qué pasaba y dijo:

—Perdone, ¿trata usted de llamar mi atención?

—No, qué va, en absoluto —dije yo, consciente de que un furioso rubor me inflamaba las mejillas.

—¿Quiere un caramelo para la tos?

—No, estoy bien. De verdad.

Siguió leyendo sin decir ni pío, y yo volví a sumirme perplejo en mi silencio, sin dar apenas crédito a lo difícil que estaba resultando aquello. La situación había pasado del desconcierto al reino de la estupidez más absoluta. La única opción que me quedaba era decir:

—La verdad es que *sí* estaba tratando de llamar su atención.

Levantó la vista, y esperó a que me explicara.

—Es por... ese libro que está leyendo.

—¿Qué le pasa?

—Bueno, ¿no se ha fijado en la fotografía de atrás?

Le dio la vuelta.

—No, la verdad es que... —Y entonces, mirando primero la foto y luego a mí, esbozó una sonrisa de pura incredulidad—. Anda, pero si... —Se le iluminó toda la cara con aquella sonrisa; lo cambió todo de golpe, y de repente se mostró cordial y radiante. Luego se echó a reír—. Y usted ahí sentado... La verdad es que es increíble. Soy una fan *total* suya, ¿sabe? He leído todos sus libros.

—Los dos —corregí.

—Los dos, claro. Bueno, quiero decir, he leído el primero, y ahora éste. Y me está encantando.

—¿Le importa si...? —Señalé el asiento que ella tenía enfrente.

—¿Que si me importa? Pero ¿cómo iba a...? Quiero decir que esto es tan increíble. Es..., bueno, es el sueño de cualquier lector, ¿no?

—Y de cualquier escritor —dije, poniéndome al otro lado de su mesita.

Durante un rato nos limitamos a sonreírnos, tímidamente, sin saber por dónde empezar.

—Ahora mismo la estaba observando —dije—. Estaba usted leyendo la escena cumbre, ¿no estaba usted... en la boda?

—La boda, sí, claro. Es un capítulo tan maravilloso también... tan conmovedor.

—Mmm, ¿eso cree? Pues yo esperaba que resultase divertido.

—Pero lo es. Quiero decir, es..., mmm..., conmovedor... y divertido. Por eso resulta tan tremendamente inteligente.

—Es que no parecía que se riera mucho.

—Pues sí, pero me estaba riendo por dentro. Nunca me río en alto con los libros. Es una manía mía.

—De todos modos, me ha alegrado usted el día. —La misma sonrisa otra vez, y una luminosidad fascinante cuando se echó el pelo hacia atrás—. Me presentaré, claro, salvo que ya sepa quién soy.

Captó la indirecta.

—Ah, lo siento. Tenía que habérselo dicho antes. Me llamo Alice. Alice Hastings.

El tren estaba llegando a Bedford. Alice y yo llevábamos hablando una media hora; yo me había acercado hasta el vagón restaurante y la había invitado a un sándwich y a una taza de café; habíamos intercambiado opiniones sobre la guerra de las Malvinas y sobre los méritos de varios autores contemporáneos, y resultó que estábamos de acuerdo en ambos casos. Ella tenía una cara encantadora, un poco



equina, un cuello largo y elegante, y una voz espesa, pastosa, profunda. Era maravilloso disfrutar otra vez de la compañía de una mujer. Mis últimos años habían sido tan solitarios en ese terreno: aquel matrimonio imposible con Verity, luego la decisión de ir a la universidad a mediados de los setenta, donde descubrí que, a pesar de mi clasificación oficial como un estudiante «maduro», mis compañeros parecían poseer tal habilidad para andar cambiando de ligue que, en comparación, acabé sintiéndome como un adolescente desgarbado. Tal vez por eso la vida del escritor siempre haya resultado tan atractiva: por el refugio que supone para los socialmente desplazados, por la reluciente legitimidad que confiere a la soledad. Patrick lo había insinuado todo lo que había podido cuando se había reído de mí porque mi obra carecía de una «dimensión sexual»; pero dejé ese recuerdo a un lado. Aún me quemaba aquella conversación, no conseguía imaginarme cuándo volvería a tener fuerzas para enfrentarme a él otra vez.

—¿Y adónde va usted entonces? —preguntó Alice; y cuando le respondí—: ¿Tiene familia allí?

—No, voy a ver a una amiga. Ya lleva varios años viviendo allí. Es asistente social.

—Ya. Es... es su novia entonces, ¿no?

—No, no, qué va. Para nada. No, lo de Joan y yo... se remonta a muy atrás, quiero decir... —De repente se me ocurrió que había una manera rápida y fácil de ponerla en situación—. ¿Vio aquel reportaje sobre mí de hace un par de meses, en uno de los suplementos dominicales: «La primera historia que escribí en mi vida»?

—Sí que lo vi. Me encantó: aquella parodia de novela policiaca tan divertida que escribió cuando tenía doce años o algo así. Debe de haber sido usted un niño muy precoz.

—Tenía ocho —dije secamente—. Y lo escribí totalmente en serio. Pues el caso es que Joan era..., bueno, supongo que mi mejor amiga en aquella época. Vivía prácticamente al lado, y solíamos ir a jugar a aquella granja juntos; y la fotografía esa que utilizaron en la revista, la mía sentado en el escritorio, tan serio y con pinta de intelectual, nos la hicieron en el establo donde teníamos una especie de estudio. Sabía que era la ideal para ese reportaje (no les quedó más remedio que cortar la mitad, ¿sabe?, así que ella no salió), pero yo había perdido mi copia hace muchísimos años. Llamé a mis padres y ellos tampoco tenían ni idea de dónde podía estar, así que al final llamé a Joan por si acaso ella aún conservaba la suya. Y para mi sorpresa, así era; por lo visto, la ha tenido guardada todos estos años. Conque me la mandó, y bueno..., fue bastante bonito haber entrado en contacto otra vez, porque realmente no nos habíamos visto mucho desde... No sé, desde ese matrimonio mío tan poco duradero, supongo; y después de eso nos llamamos unas cuantas veces más, y luego ella me preguntó si me apetecía subir y quedarme unos días, y pensé: «Bueno, ¿por qué no?» Así que aquí estoy.

Alice se sonrió.

—Suenan como si ella estuviera un poco colgada de usted.

—¿Quién? ¿Joan? Qué va. La verdad es que apenas nos conocemos. Sólo éramos niños.

—De todas maneras, no sé... Guardar su foto tantos años... Y ahora que ha publicado libros y eso, debe de parecerle muy atractivo.

—No. Quiero decir, todo esto es sólo... por los buenos tiempos, ¿entiende?

A pesar de los esfuerzos que estaba haciendo para quitarle importancia, veía que el tema de Joan empezaba a poner incómoda a Alice. ¿Una punzada de celos incipientes, tal vez? ¿Ya? Así fue cómo decidí interpretarlo, en cualquier caso, dado mi traicionero optimismo, y mis sospechas se confirmaron cuando le echó un vistazo a su reloj y cambió de tema bruscamente sin la menor vergüenza.

—¿Gana usted mucho dinero escribiendo, Michael?

Muy bien podría haber sido una pregunta impertinente; pero si Alice había corrido el riesgo, estaba bien calculado: a esas alturas le habría contado cualquier cosa.

—No mucho, no. No se hace por eso, la verdad.

—No, claro que no. Sólo lo preguntaba porque..., bueno, yo también estoy metida en el negocio editorial, y sé qué cifras se barajan. Sé que no puede resultarle fácil.

—¿Trabaja en una editorial? ¿En cuál?

—No creo que haya oído hablar de ella. Me temo que trabajo para el sector con peor fama de todo el espectro. Esas dos horribles palabras... Apenas me atrevo a pronunciarlas. —Se inclinó hacia adelante y su voz se convirtió en un susurro dramático—. Literatura de evasión.

Sonreí con indulgencia.

—Bueno, mucha de la literatura que se publica es literatura de evasión, si se para uno a pensarlo. Yo desde luego no gano como para vivir de ello, y escribir me lleva mucho tiempo que se supone podría dedicar a otro tipo de trabajos, así que, en cierto modo, se puede decir que en el pecado llevo la penitencia.

—Sí, pero nosotros publicamos las porquerías más increíbles. Unas novelas horribles y unas memorias que son un auténtico tostón... Cosas que cualquier librería un poco decente no querría ni regaladas.

—Se encarga usted de editar a esa gente, ¿no?

—Sí, tengo que tratar por teléfono con todos esos autores que están como cabras, para convencerles de que sus libros merecen la pena, aunque no valgan nada. Y a veces tengo que *descubrir* escritores, que aún es más complicado; ya sabe, alguien quiere que se escriba un libro (la historia de su familia o algo así) y tenemos que encontrar a un autor que se encargue de eso. De hecho, es lo que estoy intentando hacer en este momento.

—Qué gente más pedante, de todos modos: creer que merece la pena contar la historia de su familia...

—Bueno, la verdad es que ya son bastante famosos. Habrá oído hablar de los Winshaw, ¿no?

—¿Se refiere por ejemplo a Henry Winshaw, el maníaco ese que no para de salir en televisión?

Se rió.

—Exactamente. Bueno, pues la... tía de Henry, creo que es, quiere que se escriba un libro sobre ellos. Sólo que quiere que lo escriba..., ya sabe, un auténtico escritor, no un escritorzuelo de tres al cuarto.

—Dios, hay que tener ganas de castigarse para comprometerse a algo así, ¿no?

—Supongo que sí. De todas maneras, están completamente forrados, ¿sabe?, absolutamente todos; y por lo visto ella está dispuesta a pagar una cifra astronómica.

Me acaricié la barbilla con aire pensativo, empezando a vislumbrar adónde nos llevaba aquella conversación.

—¿Sabe?, suena como..., suena como si estuviese tratando de venderme la idea a mí.

Alice se rió; pareció que realmente mi sugerencia le chocaba.

—¿A usted? ¡Dios mío, no! Usted es un escritor *de verdad*, es *famoso*. Ni en sueños habría esperado que...

—Pero ni en sueños habría pensado que se toparía conmigo en un tren, ¿no?

—No, pero... Bueno, esto es ridículo, ni siquiera vale la pena hablar de ello. Debe de tener usted tanto que hacer, tantas ideas para nuevas novelas...

—Pues da la casualidad de que en este momento no tengo ninguna idea para ninguna novela nueva. Hace unas semanas estuve hablando con mi editor y hemos llegado a una especie de callejón sin salida.

—Pero no me estará diciendo que le interesa esto en serio, verdad?

—Bueno, aún no me ha contado usted cómo es el trato.

Cuando me lo contó, intenté que no se me abriesen los ojos y la boca de par en par, pero no fue fácil. Traté de aparentar indiferencia y seguridad en mí mismo durante los pocos segundos que tardé en imaginarme una serie de cosas: cómo podría dejar mi piso de Earl's Court, por ejemplo, y comprar mi propio piso; cómo podría vivir bastante bien varios años con la suma de la que ella me hablaba. Pero había algo más que necesitaba saber, algo aún más importante, antes de que me llevasen más lejos por aquel camino peligroso.

—Y ese libro —dije— es un proyecto suyo, ¿no? Es como su niño.

—Sí, muy parecido. Tra... Bueno, supongo que trabajaríamos juntos en él.

Se oyó la voz del guarda por los altavoces anunciando que el tren estaba a punto de llegar a Kettering. Alice se levantó.

—Bueno, mire, aquí es donde tengo que bajarme. Encantada de conocerle, y... ¿sabe?, no tiene por qué ser tan amable. No creo que *realmente* le interese encargarse de esto, ¿o sí?

—Pues es posible, la verdad. Muy posible.

Se echó a reír otra vez.

—No me puedo creer que esto esté pasando de verdad. Sinceramente, no puedo. Mire, tengo una tarjeta por aquí en alguna parte... —Rebuscó en su bolso—. Tome, y llámeme cuando le haya dado tiempo a pensárselo un poco.

Cogí la tarjeta y le eché un vistazo. El nombre de la editorial, The Peacock Press, destacaba en letras rojas, y debajo venían sus datos, Hortensia Tonks, directora editorial.

—¿Qué es esto? —pregunté a la vez que señalaba el nombre.

—Ah, eso es..., mi jefa, supongo. Aún no me han dado mis propias tarjetas; soy una recién llegada. Pero, quién sabe —y en ese momento, lo recuerdo bien, me tocó ligeramente en el hombro—, muy bien podría usted ser la razón de que me asciendan. Espere a que les diga que he conseguido que a Michael Owen le interese hacer el libro de los Winshaw. Ya verá. —Tachó aquel nombre desconocido y escribió el suyo, con una letra amplia y angulosa. Luego me cogió la mano y me la estrechó en una despedida muy formal—. Bueno, adiós. De momento.

El tren estaba a punto de detenerse. Justo antes de que ella alcanzase la puerta del vagón, le pregunté:

—¿Cuánto tiempo dijo que iba a quedarse con su hermana?

Se volvió, sonriendo todavía.

—Un par de días, ¿por qué?

—No le gusta cargar, ¿eh?

Me había dado cuenta de repente de que no llevaba equipaje; sólo un bolso de mano negro.

—Es que ella me lo presta todo. Es perfecto, casi como otra casa.

Abrió la puerta del vagón y me dejó con una imagen final de su sonrisa satisfecha, de su mano despidiéndose: una imagen que iba a desvanecerse lentamente en la oscuridad, a lo largo de los ocho años que pasaron antes de que volviera a ver, por última vez, a Alice Hastings.

... la *brillantez* necesaria..., la *valentía* necesaria...

Casi, casi. Caliente, caliente.

Me fui poniendo cada vez de mejor humor a medida que proseguíamos viaje. Los libros que me había traído descansaban sin abrir sobre la mesa, y en lugar de leer me puse a contemplar soñadoramente el paisaje. Tras dejar atrás Derby, las fábricas y almacenes de ladrillo rojo cuyas partes traseras daban a la vía del tren dieron paso a un campo muy verde; vacas frisonas pastaban en los prados de las colinas, salpicados tan sólo de bellas casas de piedra arenisca o de algún pueblo que otro: unas cuantas hileras de tejados de pizarra gris al abrigo de un valle. Más tarde, empezaron a surgir inmensos montones de carbón al lado de la vía cuando Chesterfield anunció el comienzo de la región minera, cuyo horizonte dominaban en un principio las grúas y los pozos y luego, incongruentemente, la aguja torcida de una iglesia que me hizo ponerme nostálgico, al remontarme quince años atrás o más, a los títulos de crédito con que se abría una estúpida serie cómica sobre sacerdotes, que a mí me gustaba mucho de adolescente cuando la ponían en televisión. Me sumí en esos recuerdos a medida que atravesamos túneles y largos desmontes rocosos. La vía estaba tan profusamente plagada de árboles que Sheffield me cogió totalmente de sorpresa; mi primera impresión fue una hilera de casas recortada contra un cielo de un azul mediterráneo, encumbradas en el borde de una cresta a una altura increíble; casi en lo alto de un precipicio. De golpe un espectacular paisaje urbano se abrió ante mí: las chimeneas de las acerías y las fábricas que se encontraban junto a la vía se redujeron a la nada en comparación con la pendiente de las colinas en las que se había levantado audazmente la ciudad, con prolongaciones de bloques de torres que se extendían hasta sus escarpadas cimas. No estaba preparado para una belleza tan repentina y tan austera.

«Una belleza tan austera», ¿por qué había usado esa frase, de todas formas? ¿Se trataba realmente de una descripción de la ciudad, o de la cara de Alice que se imponía a sí misma en la sombría dignidad de aquellos edificios y los volvía atractivos a mis lunáticos ojos? Desde luego era en Alice en quien pensaba cuando Joan surgió de la multitud que aguardaba en la estación, mientras su sonrisa de bienvenida y aquellos brazos que sacudía con vehemencia me hacían sucumbir inmediatamente al desaliento. Había engordado, y no llevaba maquillaje, y me pareció más bien fea y torpona. (No son apreciaciones muy loables, ya lo sé; pero por lo menos soy sincero.) Me dio un abrazo de oso y un beso húmedo en la mejilla, y luego me llevó hasta el aparcamiento.

—Mejor que no vayamos directamente a casa —dijo—. Primero te enseñaré algo

de la ciudad.

Nací en el centro del país, pero soy sureño de adopción. Al no haber vivido nunca en el norte de Inglaterra, siempre lo he visto con cierta distancia, con una mezcla de temor y fascinación. Me parecía increíble, por ejemplo, haberme pasado en un tren menos de dos horas y media y, al apearme, encontrarme en una ciudad que parecía tan distinta de Londres de un modo tan manifiesto y refrescante. No estoy seguro de si esa diferencia radicaba en su arquitectura, o en las caras de la gente que me rodeaba, o en la ropa que llevaban, o incluso en la conciencia de que, sólo a unos cuantos kilómetros, se extendían vastas y preciosas regiones de páramos; pero tal vez se tratase de una cosa más profunda que cualquiera de éstas, y fuera fruto de algo esencial al propio espíritu del lugar. Joan me dijo cómo llamaban a Sheffield en broma, «La república socialista del sur de Yorkshire», y me cantó las alabanzas de David Blunkett, que en aquel momento era el alcalde laborista de la ciudad. Viniendo de Londres, donde la oposición a la señora Thatcher era virulenta pero estaba fatalmente dispersa y fragmentada, inmediatamente me llenó de envidia la idea de una comunidad que podía unirse tanto en torno a una causa común.

—En el sur no es así para nada —dije—. La mitad de los socialistas se han pasado al PSD.

Joan se rió.

—Aquí los echaron en las municipales el mes pasado. Hasta los liberales sólo consiguieron unos cuantos escaños. —Unos minutos después pasábamos por delante de la catedral, y ella me dijo—: Fui ahí a un funeral hace poco, por la gente que murió en el *Sheffield*, el barco de Su Majestad.

—Eran todos de por aquí, ¿verdad?

—No, en absoluto. Pero los cadetes de marina del pueblo estaban afiliados al barco, y la tripulación siempre estaba viniendo a visitar centros infantiles y cosas así. Nos quedamos todos fatal cuando se hundió. La gente solía llamarlo «El brillante Sheff». El funeral estaba abarrotado; no dejaron pasar a cientos de personas en la puerta. Había una cola que llegaba hasta York Street.

—Supongo que debéis de estar muy indignados con la guerra.

—Nadie está indignado —dijo Joan—. Ni siquiera se opone nadie a ella. Pero no se trataba de eso. No sé cómo describirlo, la verdad, pero... era como si todos hubiéramos perdido a algún pariente en ese barco. —Me sonrió—. Ésta es una ciudad muy acogedora, ¿sabes? No te queda más remedio que cogerle cariño por esa misma razón.

Ya me sentía como un forastero en tierras extranjeras.

Joan vivía en una pequeña casa adosada de ladrillo oscuro, cerca de la universidad. Tenía tres dormitorios, dos de los cuales se los alquilaba a estudiantes para ayudarse a pagar la hipoteca. Eso me sorprendió; había esperado que los dos

estuviéramos solos durante mi estancia, pero resultó que me propuso dormir ella abajo y que yo ocupase su dormitorio. Por supuesto, no se lo permití; así que me encontré con la perspectiva de pasar cinco noches en un sofá del cuarto de estar, y de despertarme cada mañana cuando Joan y sus inquilinos se acercasen a la cocina para prepararse el desayuno.

En realidad ambos inquilinos pertenecían más a la escuela politécnica que a la universidad. Por un lado estaba Graham, que hacía una especie de curso de realizador de cine, y por otro, una estudiante de bellas artes muy tímida y poco comunicativa, llamada Phoebe. Pronto quedó claro que sería difícil evitarlos. Joan presidía un hogar muy organizado, y había un gran cartel en la cocina donde se explicaban, con tinta de tres colores distintos, los turnos de hacer la compra, lavar los platos y hacer la cena. Parecía que yo iba a ser el huésped de algo que se aproximaba bastante a una unidad familiar y, para colmo de males, que habían discutido mucho anteriormente sobre mi visita. Tenía la sensación de que Joan me había hecho mucha propaganda previa; de que, a fuerza de cantar las alabanzas de aquel exótico enviado del Londres literario, había tratado de contagiarles a los otros un entusiasmo que ellos, curiosamente, no estaban dispuestos a compartir.

La cosa empezó a quedar clara cuando nos sentamos los cuatro a cenar la noche de aquel primer martes. Le tocaba cocinar a Joan. Cenamos aguacate relleno con puré de zanahoria y arroz integral, seguido de pudín de ruibarbo. El comedor era pequeño, y casi podría haber resultado acogedor si se hubiese hecho un pequeño esfuerzo en ese sentido; en cambio, cenamos a la luz de una bombilla sin pantalla, y bajo el escrutinio acusador de una serie de pósters (todos de Graham, descubriría más tarde) que defendían causas políticas o anunciaban películas extranjeras (entre las que sólo reconocí el *Tout va bien* de Godard). Durante un rato, se me excluyó más o menos de la conversación, que se centró en temas de interés general, como los últimos casos de Joan y la inminente evaluación final de la escuela. Tuve que contentarme, si ésa es la palabra, con mascar la sana comida de Joan y llenar las copas de vino.

—Lo siento, Michael —dijo Joan por fin—. La mayoría de estas cosas no te interesarán. Estaba pensando que a lo mejor mañana te apetecía venir conmigo a alguna de mis visitas, para hacerte una idea de lo que hago. Puede que te fuera útil algún día; te aportaría algo sobre lo que escribir.

—Pues claro —dije, tratando de parecer entusiasmado, sin conseguirlo mucho.

—Pero bueno —dijo, claramente desalentada por mi respuesta—, a lo mejor tienes algún trabajo que hacer. No me gustaría interponerme entre tú y tu musa.

—¿De qué se trata? ¿Otro libro? —preguntó Graham mientras se servía más arroz.

—Algo así.

—Graham ha leído el primero —dijo Joan—, ¿verdad?

—Lo empecé. —Cogió un bocado enorme y lo engulló con un poco de vino—. Aunque no pude pasar de los dos primeros capítulos.

—No está mal —dije, pero mi orgullo no me permitió dejar la cosa así—. ¿Te importa si te pregunto por qué?

—Bueno, la verdad es que no entiendo por qué la gente sigue escribiendo novelas, si he de ser sincero. Quiero decir que no tiene ningún sentido. No lo ha tenido desde que se inventó el cine. Por supuesto que hay unos cuantos que aún hacen cosas interesantes con el estilo (Robbe-Grillet y los del *nouveau roman*), pero cualquier artista moderno un poco serio que quiera contar algo debería dedicarse al cine. Ésa es la pega que le encuentro en general. Y si hablamos de la novela inglesa en concreto, el problema es que no hay tradición de compromiso político. No trata más que de tonterías dentro de los límites fijados por la moralidad burguesa, por lo que se ve. No hay radicalismo. Así que, últimamente, no pierdo el tiempo más que con uno o dos novelistas de este país. Y me temo que tú no te cuentas entre ellos.

Se produjo un silencio impresionante. Por lo menos, Joan estaba visiblemente impresionada, y Phoebe se quedó muy callada. Por lo que a mí respecta, había oído demasiados discursitos de este tipo en mis días de estudiante como para enfadarme.

—¿Quiénes son, entonces? —pregunté.

—Bueno, por ejemplo...

Graham mencionó un nombre, y yo me sonreí: una pequeña sonrisa de satisfacción para mis adentros; porque era exactamente el nombre que había estado esperando. Ahora me tocaba devolverle la pelota, porque se trataba del mismo escritor cuya última obra me había tocado criticar. Y sí, había encontrado la palabra. La palabra que sabía había estado ahí todo el tiempo, esperando a que la asociaran al tema en cuestión.

Debería explicar que se trataba de un escritor unos diez años mayor que yo, cuyas tres novelitas habían sido absurdamente elogiadas de más por la prensa nacional. Como hacía que sus personajes hablaran dialectos toscamente transcritos y vivieran en unas condiciones de miseria poco convincentes, se le aclamaba como a un realista social; como a veces empleaba trucos narrativos elementales, en una mala imitación de Sterne y Diderot, se le aclamaba como a un pionero de la experimentación; y como tenía por costumbre escribir cartas a los periódicos, criticando la política del gobierno en unos términos que siempre me habían llamado la atención porque daban a entender un izquierdismo bastante tímido, se le aclamaba como a un radical en política. Más fastidiosa que cualquiera de estas cosas, sin embargo, era su fama de humorista. Se le había reconocido repetidamente una ironía juguetona, un ligero toque satírico, de los que a mí me parecía que su obró carecía completamente, caracterizándose como se caracterizaba por un sarcasmo pesado y por sus ocasionales y rastreros intentos de buscar la complicidad del lector con unos chistes muy evidentes. Era para este aspecto de su estilo para el que había reservado mi desprecio final. «Se ha vuelto una mera rutina», había escrito, «alabar al señor ——— por su hábil combinación de ingenio y compromiso político; y hasta insinuar que por fin tenemos aquí a un *ironista* moral, digno de estos tiempos tan duros. En definitiva,



seguimos necesitando desesperadamente novelas que demuestren una comprensión del secuestro ideológico que ha tenido lugar recientemente en este país; que puedan ver sus consecuencias en términos humanos y mostrar que la respuesta adecuada no reside simplemente en la pena y la rabia, sino en las carcajadas de incredulidad. Para mucha gente, por lo visto, sólo es cuestión de tiempo que ——— escriba una novela así; pero un servidor no está nada convencido. Cualesquiera que sean sus otras virtudes para emprender esa tarea, sospecho que, al fin y al cabo, le falta el...»

Y ahí era donde mi inventiva me había fallado tanto tiempo. ¿Qué era lo que le faltaba exactamente? La palabra que yo andaba buscando tenía algo que ver con el estilo, algo que ver con el tono. No era que le faltase compasión, o inteligencia, o técnica, o ambición; lo que le faltaba era..., era, en cierta forma, *instinto* para mezclar todas esas cosas, pero de una forma ágil y ligera. Era una especie de atrevimiento, pero también debía tener un elemento de inseguridad; porque esta cualidad, cualquiera que fuese, sólo parecería verdaderamente natural y espontánea si carecía completamente de prepotencia. La palabra estaba ahí, y la tenía en la punta de la lengua. Le faltaba la *brillantez* necesaria, la *valentía* necesaria, el...

... *brío* necesario.

Sí, eso era. Brío. Exactamente. Ahora me parecía tan evidente que no podía entender cómo me había costado tanto llegar hasta ahí. De golpe, me inundó una sensación casi mística por su exactitud; no sólo estaba seguro de que era un final perfecto para mi crítica, sino que también sabía, como por una especie de proceso telepático, que describía la única cualidad que, en lo más íntimo de su corazón, él deseaba que le reconocieran. Me había abierto camino, había penetrado, me había introducido sibilamente en su interior; cuando apareciera la crítica, el viernes por la mañana, le heriría; le heriría profundamente. Tuve una visión de la intensidad de una alucinación, surgida a medias de mi imaginación y a medias del lejano recuerdo de una película en blanco y negro, seguramente americana, de cuyo título no me acordaba: un hombre en medio del tráfago de una ciudad barrida por el viento, a primera hora de la mañana, compra un periódico a un vendedor en una esquina, se lo lleva hasta un café y pasa las hojas, impaciente, buscando una página en particular; está devorando un sándwich en la barra, y el movimiento de sus mandíbulas se va haciendo más lento a medida que lee, hasta que estruja el periódico de puro disgusto, lo tira a un cubo y sale furioso del bar, con la rabia y la decepción claramente dibujadas en la cara. Supe (en cuanto se me ocurrió la palabra, lo supe con toda seguridad) que ésa era la escena, aunque exagerada, que tendría lugar el viernes por la mañana, cuando saliese a comprar el periódico, o lo recogiese de su felpudo, o en cuanto lo llamase su agente para darle la noticia de aquella crítica tan aplastante. Ahora me avergüenza pensar lo feliz que me hacía saberlo, o más bien, pensar lo dispuesto que estaba a confundir la felicidad con aquel chorro envenenado de satisfacción que brotaba en mi interior.

Lo único que le dije a Graham fue:

—Pensé que sería él.

—No será santo de tu devoción, supongo —dijo; y se las arregló para que hasta eso sonara como otra más de mi letanía de incapacidades.

—Tiene momentos —le concedí, y luego añadí como quien no quiere la cosa—: De hecho, acabo de hacer una crítica de su último libro. —Me volví hacia Joan—. Esa llamada que hice justo antes de cenar. Se la estaba dictando a uno de los copistas.

Joan se llenó de orgullo, y les dijo a sus inquilinos:

—Ya veis, alguien llama por teléfono desde mi cuartito de estar, las palabras viajan por un cable hasta Londres y, unos días después, sale todo en los periódicos.

—Maravillas de la ciencia moderna —dijo Graham, y empezó a apilar los platos.

El día siguiente, un miércoles húmedo y ventoso, no fue lo que se dice un éxito. Decidí aceptar la invitación de Joan y acompañarla en algunas de sus visitas, pero fue una experiencia desalentadora. El grueso de su trabajo parecía consistir en presentarse, sin que nadie la hubiera invitado, en los hogares de determinadas familias, para mantener entrevistas furtivas con los niños mientras los padres o se quedaban mirando con aire siniestro, o se retiraban sin mucha cortesía a la cocina a preparar tazas de té que nadie se tomaba. Al principio, efectivamente, asistí con ella a alguno de estos encuentros, pero quedó tan claro que mi presencia no les era nada grata que pasé del tema después del primer par de visitas y me tiré el resto del día sentado en el coche de Joan, hojeando el montón de revistas y periódicos viejos que abarrotaban el asiento de atrás, cansado de esperar a que saliera por la puerta de alguna vivienda de protección oficial o algún bloque de pisos.

A comer fuimos a un pub del centro de la ciudad. Joan se tomó un pastel de verduras y yo uno de carne y riñones, que le hizo hacer un gesto de desaprobación. Esa noche le tocaba cocinar a Graham. El plato que nos preparó tanto podía haberse llamado de alguna manera como no; parecía consistir fundamentalmente en lentejas y nueces quemadas hasta formar una costra negra, raspada del fondo de una gran cacerola, y servida con una masa de tallarines de pasta integral que tenían la textura de tiras de goma. Comimos en un silencio absorto la mayor parte del tiempo.

—Mañana deberías enseñarle a Michael algún trabajo tuyo —le dijo Joan a Graham en un determinado momento—. Puede que te haga algún comentario interesante.

—Me encantaría —dije yo.

Graham me sentó en su cama y encendió la televisión grande y aparatosa que dominaba un rincón de su habitación. Le llevó casi un minuto calentarse.

—Cosecha de los setenta —explicó—. Está en las últimas.

La niebla del día anterior se había despejado y la mañana estaba resultando clara

pero bochornosa. No nos llegaba demasiado sol; el cuarto de Graham permanecía siempre en penumbra, con una diminuta ventana con cortinas de encaje que daba al patio trasero de Joan y a los de otras casas de la calle de al lado. Estábamos solos en la casa, eran las diez y media, y los dos nos encontrábamos tomando nuestras segundas tazas de un té fuerte y azucarado.

—¿Tú también tienes uno de éstos? —me preguntó Graham, mientras se arrodillaba para meter una cinta VHS en el vídeo.

—No me lo puedo permitir con lo que gano —dije—. Estoy esperando a que bajen los precios. Dicen que van a caer en picado.

—No pensarás que es mío, ¿verdad? Ya nadie compra estas cosas, se alquilan. Sólo me cuesta diez libras al mes, ahí, en Rumbelow's.

Le di un sorbo a mi té, y dije malévolamente:

—Cuando yo era estudiante nos gastábamos el dinero en libros.

—No me vengas con cuentos. —Graham señaló las cintas puestas en fila sobre su cómoda y en el alféizar de la ventana—. Estos *son* mis libros. Éste es el medio del futuro, por lo menos en lo que se refiere a hacer películas. Ahora casi todo el trabajo de la escuela se hace en vídeo. En cada uno de estos cacharritos hay tres horas de cinta. ¿Sabes por cuánto te saldrían tres horas en dieciséis milímetros?

—Ya entiendo.

—Los literatos no tenéis mucho espíritu práctico, ¿verdad? Lo vuestro es la torre de marfil.

Ignoré el comentario.

—¿Tiene una tecla para congelar las imágenes tu vídeo?

—Claro. Tiembla un poco, pero funciona. ¿Por qué? ¿Para qué la quieres?

—Bueno, ya sabes, está bien que tenga... de todo.

La pantalla se encendió justo cuando Graham acababa de cerrar las cortinas y se había sentado a mi lado en la cama.

—Allá vamos. Este es mi trabajo de fin de curso. A ver qué te parece.

Fue una experiencia menos dolorosa de lo que me había imaginado. La película de Graham sólo duraba unos diez minutos, y resultó ser un polémico corto, eficaz pero poco sutil, sobre el conflicto de las Malvinas, titulado «La guerra de la señora Thatcher». El título tenía doble sentido, porque de alguna manera se las había arreglado para encontrar a una pensionista llamada señora Thatcher, que vivía en Sheffield; y tomas de buques de guerra entrando en combate y extractos de los discursos de la primera ministra se yuxtaponían a escenas de la vida de aquella tocaya suya menos eminente yendo de compras, preparando comidas frugales, viendo los boletines de noticias de la televisión, y demás. En un inconexo comentario en *off*, la anciana hablaba de lo mucho que le costaba apañárselas con su pensión, y se preguntaba qué había sido de todo el dinero que había pagado en impuestos durante su vida laboral; ésa solía ser la señal para un rápido inserto de alguna pieza de artillería con pinta de cara y de brutal. La película terminaba con el famoso discurso

que la primera ministra había dirigido al Partido Conservador escocés, en el que describía la guerra como una batalla entre el bien y el mal y en el que afirmaba «Esto tiene que acabarse», seguido de una toma prolongada de la otra señora Thatcher cargando con una pesada bolsa de comestibles por una cuesta peligrosa y empinada. Luego había un fundido en negro, y aparecían dos cartelitos: «La señora Emily Thatcher se mantiene con una pensión semanal de 43 libras con 37». «Se calcula que la guerra de las Malvinas ya nos ha costado 700 millones de libras.»

Graham apagó el vídeo.

—Bueno, ¿qué te parece? Venga, dime la verdad.

—Me ha gustado. Está bien.

—Mira, olvídate de tu educación burguesa del sur un momento. No te andes con miramientos.

—Ya te lo he dicho, está bien. Potente, y directo, y... auténtico. Cuenta la verdad de una cosa.

—¿Lo dices en serio? Mira, las películas son un medio con una estructura tan rígida que hasta en un corto como éste hay que tomar cantidad de decisiones. Cuánto va a durar una toma, cómo va a ser el encuadre, cuáles van a ir antes, cuáles van a venir después. ¿No te parece que todo ese proceso se vuelve sospechoso cuando se trata de algo que se anuncia explícitamente como una película política? ¿No hace que el papel del realizador se vuelva muy problemático, al plantear no ya la cuestión de «¿Es ésta la verdad?», sino de «¿Para quién es verdad?».

—Tienes toda la razón, evidentemente. ¿Crees que podrías enseñarme cómo funciona la historia esa de congelar la imagen?

—Claro. —Graham cogió el mando a distancia, rebobinó la cinta unos cuantos minutos, y luego le dio al *Play*.

—Así que lo que trato de decirte es que la cosa se presta mucho a la manipulación, no sólo del público, sino del propio material. La señora Thatcher invadió las Malvinas y yo la vida de esta mujer; los dos con la misma excusa: que teníamos las mejores intenciones. —Le dio a la *Pausa* y la vieja se quedó quieta pero con sacudidas, en el momento de abrir una lata de sopa—. En cierta forma, lo único honesto que podría hacer sería mostrar la mecánica de mi implicación: que la cámara haga una panorámica en redondo y de repente se pose en mí, el director, sentado con ella en la habitación. Tal vez es lo que habría hecho Godard.

—¿No puedes quitar esas rayas de la pantalla?

—A veces sí. Hay que seguir apretando el botón y a la larga se van.

Apretó el botón de la *Pausa* unas cuantas veces más.

—Está un poco borroso, ¿no?

—Ya mejorará la tecnología. De todos modos, ¿no habría sido más que un vano gesto de autorreferencia?, eso es lo que tengo que preguntarme a mí mismo. Porque ya sé exactamente lo siguiente que vas a decir: vas a decir que cualquier intento de pasar a un primer plano la cuestión de la autoría supondría un retroceso al

formalismo, una vana estrategia para que el énfasis recaiga en el significante en vez de en el significado, lo que no altera en absoluto el hecho fundamental de que, a fin de cuentas, toda verdad es ideológica.

—¿Todos los aparatos traen este botón —le pregunté—, o sólo los más caros?

—Lo traen todos —dijo—. Se venden principalmente por eso. Todo un logro, si se para uno a pensarlo: por primera vez en la historia, el control sobre el *tempo* cinematográfico recae en manos del público en vez de en los realizadores. Se podría decir que es el primer paso real hacia la democratización del proceso de visionado. Aunque, por supuesto —apagó el vídeo y se levantó para abrir las cortinas—, sería una ingenuidad pensar que la gente los compra por esa razón. En la escuela lo llamamos el botón PP.

—¿PP?

—El paraíso de los pajeros. Todas tus estrellas de cine favoritas en bolas, ¿entiendes? Se acabaron esas escenas tan tentadoras en las que alguna actriz estupenda deja caer la ropa un momentito y luego se sale del cuadro; ahora puedes quedarte mirándola el tiempo que quieras. En teoría, toda la eternidad. O por lo menos, hasta que la cinta se desgaste.

Fijé la vista más allá de él, mirando sin ver por la ventana.

—Desde luego..., se podrá usar de muchas maneras.

—De todas formas, ha estado bien charlar contigo —dijo Graham—. Siempre ayuda que a uno lo critiquen objetivamente.

Se produjo una breve pausa, y de repente volví de mi ensueño y seguí oyendo lo que decía.

—Ha estado bien —dije—. Me ha parecido muy interesante.

—Mira, me voy al centro. ¿Quieres que te traiga algo?

Me había quedado solo en la casa por primera vez. Hay un tipo de tranquilidad que asocio con esos momentos: más que ser total, se insinúa, echa raíces y se mantiene alerta. Es lo contrario de un silencio absoluto; está preñada de expectativas. La anima el sonido de que no pasa nada. En Londres no se da un silencio como ése: un silencio que se pueda escuchar, saborear, por el que puedas dejarte envolver. Me di cuenta de que estaba dando vueltas por la casa de puntillas, y de que los ruidos de pasos que de vez en cuando llegaban desde la calle o de los coches que resoplaban al pasar parecían una auténtica intrusión. Traté de quedarme quieto y leer el periódico, pero sólo lo conseguí un minuto o dos. Al marcharse Graham, la casa había cambiado completamente de personalidad y adquirido un toque mágico, como un templo prohibido en el que hubiera conseguido infiltrarme de alguna manera; y me entraron unas ganas repentinas de explorarlo.

Subí las escaleras, torcí a la derecha en el descansillo y entré en el dormitorio de Joan. Era una habitación clara y alegre que daba a la calle principal. Había una cama

de matrimonio, muy bien hecha, con un edredón rosa y varios cojines azul claro colocados contra la almohada. En el medio de ellos había una figura sentada, a la que reconocí desde uno de los rincones más alejados de mi memoria: un maltrecho osito de peluche amarillo, llamado Barnabas, el compañero de sus sueños desde la infancia. Me fijé en que sus ojos ya no hacían juego: uno era negro y el otro azul. Debía de haberse caído hacía poco, y una imagen fugaz y enternecedora se me pasó un momento por la cabeza: Joan sentada a los pies de la cama, con aguja e hilo en la mano, cosiendo el botón, devolviéndole pacientemente la vista a aquella deteriorada reliquia de su infancia. No lo toqué. Les eché un vistazo a los estantes de libros prácticamente abarrotados, a las fotografías familiares, al escritorio con sus artículos de escritorio de regalo y su lámpara de estilo Liberty. En la esquina había unos blocs de anillas de aspecto más práctico y una caja de cartón llena de notas y de papeles. En la mesilla de noche no había más que un vaso de agua medio vacío, una caja de Kleenex y una revista, cuya portada reproducía una estampa de dos bombarderos verdes volando a media altura, con la leyenda «El Mark I Huracán — El triunfo de Gran Bretaña en tiempos de guerra». Me sonreí y lo cogí. Se trataba del suplemento dominical publicado hacía un par de meses, en el que venía el cuento que había escrito de pequeño. Me pregunté si Joan simplemente no había tenido tiempo de guardarlo, o si estaría allí por alguna razón, para disfrutarlo y estudiarlo con mucho detenimiento antes de dormir. No me habría sorprendido nada.

Si ése era el caso, de todos modos, ¿quién era yo para reírme de ella? Yo mismo lo había leído y releído una y otra vez, e incluso en ese momento no pude resistir la tentación de sentarme en la cama, abrir la revista por la página habitual y sumergirme una vez más en las cálidas aguas de aquella gloria somera.

**Michael Owen** [decía la introducción] **nació en Birmingham en 1952, y ha obtenido recientemente un gran éxito con sus novelas *Siempre hay imprevistos* y *El toque tierno*.**

*Michael sólo tenía ocho años cuando creó su primer personaje de ficción, un detective victoriano que respondía al exótico nombre de Jason Rudd. Él fue el protagonista de numerosas aventuras, de las cuales la más larga y emocionante es El castillo misterioso, del que les ofrecemos aquí las páginas iniciales. Desgraciadamente, no es la primera de la serie (un caso anterior, con un personaje llamado Thomas Watson, mencionado en este fragmento, se ha perdido), pero Michael asegura que representa una buena introducción al mundo de Rudd y de su asistente Richard Marple, al que él describe como una «recreación de Holmes y Watson, más una saludable pizca de surrealismo».*

## EL CASTILLO MISTERIOSO

### Capítulo Uno

Jason Rudd, un distinguido detective del siglo XIX, estaba sentado a una mesa de madera tallada, enfrente de su acompañante Richard Marple, que le había acompañado en muchas de sus aventuras.

Jason era de mediana estatura y tenía el pelo rubio. Seguramente era el más valiente de los dos, pero Richard también era increíblemente valeroso. Richard tenía el pelo moreno y era muy alto, pero Jason era el listo. No podía hacer nada sin Richard.

Ya ven, Richard podía realizar proezas atléticas, y Jason no. Probablemente eran la pareja más formidable de Inglaterra.

Sin embargo, en ese momento, estaban metidos en una partida de ajedrez. El tablero estaba viejo y sucio, a pesar de los esfuerzos de Jason por sacarle brillo. Jason movió el caballo y se sonrió.

—Jaque —dijo.

Pero Richard movió su alfil y se comió el caballo de Jason.

—¡Caracoles!

Jason se quedó muy tieso, y casi sin respirar. Siempre hacía lo mismo cuando pensaba. Movié la reina.

—Jaque mate.

—Ha ganado, bien hecho.

Los dos se dieron la mano sentados.

—Estoy aburridísimo —declaró Jason—. Tengo ganas de tener algo en que pensar. Esto del ajedrez está bien, pero me gustaría algo como el asunto ese de Thomas Watson; por cierto, ¿cómo está Thomas?

—Me temo que no muy bien. Aún tiene que curársele el brazo.

—¿Corre peligro de muerte, o algo peor?

—Corre peligro de muerte.

—¿De verdad? Qué mal. Tenemos que verle. ¿Qué tal mañana o pasado?

—Mañana estaría bien.

—¿Quedamos para mañana entonces?

—Pues sí, si mi mujer no tiene ningún inconveniente. Mmm, ¿qué hora es, por favor?

—Las diez y cinco.

—Entonces será mejor que me vaya.

—De acuerdo —dijo Jason—. ¿Le acompaño hasta la puerta?

—No, gracias.

Jason observó cómo Richard cogía su abrigo. Oyó cómo se abría la puerta y luego cómo se cerraba.

Richard se marchó. Iba a mitad de camino de su casa cuando salió un hombre de la oscuridad y le bloqueó el paso.

—Soy Edward Whiter —dijo.

Tenía acento americano, barba y los dientes amarillos.

—¿Es usted Richard Marple?

—Lo soy.

—Me gustaría verles a usted y al señor Jason Rudd juntos ahora mismo.

—¿Por qué razón?

—Quiero hablar con ustedes. Es sobre un asunto muy espantoso, y espero que me ayuden.

—¿Y cuándo quiere que empecemos?

—Mañana.

—Lo siento, pero eso es imposible.

—Tienen que hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque no queremos que nuestra gente se la crea.

—¿Que se crea qué?

Edward bajó la voz y susurró:

—La maldición.

—¿La maldición? ¿Qué maldición?

—La maldición del Castillo Hacrio.

—Está bien. Le llevaré a ver a Jason. Estoy seguro de que le interesará mucho.

—¿Qué bien! —Ahora hablaba con un acento inglés. Sonaba mucho mejor. Se arrancó la barba postiza y sonrió.

—Encantado de conocerle, señor Marple —dijo.

Richard, bastante sorprendido, le tendió la mano. Se dieron la mano.

—En..., encantado de conocerle yo también, señor..., ¿señor Whiter?

—Por favor, llámeme Edward. Y ahora vamos, ¿dónde vive el señor Rudd?

—Me gustaría contarle una historia, señor Rudd. Creo que le interesará mucho. ¿Puedo empezar?

—Por supuestísimo.

—Entonces allá voy. Era de noche. Había una tormenta terrible estallando sobre el Castillo Hacrio. Se oían débiles gritos procedentes del interior. El Caballero Negro estaba aporreando a Walter Bimton a muerte con un mazo de pinchos. Adiós, señor Rudd.

Se levantó y dejó la habitación. Jason oyó cómo se abría la puerta y luego cómo se cerraba.

—Una visita la mar de sorprendente. Me pregunto por qué se habrá ido tan pronto.

—No lo sé —dijo Richard—. ¿Qué le parece la historia?

—Ha sido muy interesante. Debemos localizar el Castillo Hacrio. Va a ser muy interesante de investigar.

—Sí.

—Sin embargo, de momento me interesa más Edward Whiter. ¿Por qué se habrá



ido tan pronto? Si apenas ha dicho unas palabritas antes de irse...

—Así es, Jason. Yo también estoy intrigado. Puede que descubramos la respuesta más tarde.

—Puede. De todos modos, ¿ha oído hablar alguna vez del Castillo Hacrio?

—No, para nada, y tampoco tengo la menor idea de la pinta que tendrá.

—Pues yo tampoco —admitió Jason—. De todas formas, no creo que nos sirviera de nada.

—Seguramente tiene usted razón. ¿Alguna idea sobre el misterio que puede rodearlo?

—Pues sí, creo que sí.

—¿De verdad?

—Sí. —Bajó la voz—. Creo que está maldito.

Cerré la revista, después de echarle un último vistazo a aquella foto tan tonta del establo del señor Nuttall, en la que tenía pinta de niño precoz e introvertido, y la volví a dejar sobre la mesilla de Joan. Resultaba curioso leer aquella historia de nuevo: como oír una voz desconocida en un magnetofón y negarse tercamente a creer que pueda ser la tuya. Se podía caer en la tentación de pensar en ella como en otro posible puente que me llevase hasta el pasado: como en una manera de desandar mis pasos hasta que me topase cara a cara con el inocente de ocho años que la había escrito, y que ahora me parecía un completo desconocido. Pero era bastante evidente, hasta para mí, que en realidad decía menos de la clase de niño que yo había sido que de los libros que leía en esa época: historias de burguesitos simpáticos que pasaban las vacaciones juntos en laberínticas casas de campo que resultaban estar llenas de trampas en el suelo y pasadizos secretos; historias de aventuras góticas desarrolladas en sensacionales tiras cómicas, cuyos detalles rayaban justo el límite que los padres estaban dispuestos a aceptar; historias de lejanos y envidiables adolescentes americanos que formaban ellos mismos sus clubs de detectives, y que parecían vivir, inverosímilmente, en las cercanías de cualquier castillo encantado, casa embrujada o isla misteriosa que hubiese por allí. Hacía años que no había leído ningún libro de aquéllos. Muchos de mis ejemplares los había dado mi madre para las subastas benéficas de la iglesia. Pero estaba prácticamente seguro de que se podrían encontrar algunos en la estantería de Joan; y no me equivocaba. Tiré de un lomo muy vistoso y me quedé mirando la ilustración de una portada que inmediatamente desprendió el olor polvoriento de pasados placeres. Era una tentación llevarme el libro abajo y ponerme a leerlo allí mismo, pero un impulso puritano me lo impidió, insistiendo en que tenía cosas mejores que hacer que entregarme a aquella clase de nostalgia. Así que volví a ponerlo en el estante, me fui de puntillas hasta el descansillo y, reanudando mi anterior plan de exploración inicial (ciertamente, igual de innoble), empujé la puerta del cuarto de Phoebe.

Era el más grande de los tres dormitorios; también el más abarrotado, porque

estaba claro que a la vez servía de dormitorio y de estudio. Toda una gama de tarros de pintura, pinceles sumergidos en disolvente, periódicos viejos esparcidos por el suelo y trapos manchados con óleos de todos los colores, daban fe de la naturaleza de su trabajo; y frente a la ventana, en el sitio donde mejor le daba la luz, había un caballete con un lienzo enorme, tapado con una sábana blancuzca. Debo admitir que no sentía mucha curiosidad respecto a Phoebe hasta ese momento; me había fijado de un modo superficial en que era muy atractiva (curiosamente, me recordaba a Shirley Eaton, cuya imagen me había servido como ideal de belleza femenina tanto tiempo), pero eso probablemente habría producido un mayor efecto si yo no hubiese seguido bajo el hechizo ejercido por Alice durante nuestro breve encuentro; además y de todas formas, a mí apenas me había dicho nada de interés (apenas había dicho nada en absoluto, si vamos al caso) desde mi llegada. Y sin embargo, la idea de espiar la obra que se traía entre manos tenía algo de irresistible, algo perversamente análogo, supongo, a la idea de entreverla desnuda. Cogí una punta de la sábana, la levanté dos o tres pulgadas, y apareció una tentadora zona de pintura verdigris. Levanté la sábana un poco más, hasta que casi pude ver una provocativa franjita de rojo cobrizo, irónicamente situada al borde del lienzo. Era más de lo que podía soportar, y de un solo gesto repentino y brusco quité de golpe la sábana, de modo que el cuadro entero surgió ante mí en toda su gloria inacabada.

Me quedé mirándolo un rato hasta que empezó a adquirir cierto sentido. Lo único que pude ver al principio fue aquel centón de colores sin orden ni concierto, impresionante en sí mismo, pero opresivo y desconcertante. Luego, poco a poco, a medida que fui distinguiendo determinadas curvas y fronteras, comenzó a parecerse menos a una labor de retales que a un remolino, y me vi atrapado en un vertiginoso torbellino de movimiento y energía. Al final, empezaron a sobresalir algunas formas, y yo me dediqué a la peliaguda tarea de intentar ponerle un título: ¿aquel globo que dominaba la parte izquierda del cuadro, y que parecía ser una especie de utensilio con red..., podía ser algo tan vulgar como una naturaleza muerta apelmazada y embrollada? ¿Una porción de yermo toscamente bosquejada (de la esquina del patio trasero de Joan, por ejemplo) con un balón de fútbol y una vieja raqueta de tenis? Cada vez me parecía más probable, y me di cuenta de que mi emoción comenzaba a menguar cuando...

—No lo mires, por favor.

Phoebe estaba en el umbral, con una bolsa de papel apretada contra el pecho.

—Lo siento. —Yo no podía decir otra cosa—. Tenía..., tenía curiosidad.

Llevó la bolsa de papel hasta la mesa y sacó un bloc de dibujo y unos pinceles.

—No me importa que entres aquí —dijo—. Pero no me gusta que vean mi trabajo.

—Lo siento, debería haberte... preguntado o algo...

—No es eso. —Colocó otra vez la sábana sobre el lienzo y se puso a arreglar el ramo de jacintos que había en un tarro de mermelada sobre el alféizar.

—Es muy bueno —dije. Vi que se ponía tensa de golpe, pero insistí en seguir metiendo la pata—. Quiero decir que hacer un cuadro tan dramático y con tanta fuerza, cuando se trata de un par de objetos cotidianos como en este caso, tiene mucho mérito. Un balón y una raqueta de tenis, ¿quién se lo habría imaginado...?

Phoebe volvió la cara hacia mí, pero mantuvo los ojos bajos y la voz en sordina.

—No estoy muy segura de mis dotes de pintora.

—Pues deberías estarlo.

—Es el último de una serie de seis cuadros inspirados en la leyenda de Orfeo.

—Y si los demás son tan buenos como és... —Me quedé mirándola, sorprendido—. ¿Qué has dicho?

—Son su lira y su cabeza suelta, llevadas por las aguas del Hebrus.

Me senté en la cama.

—Ah.

—¿Te das cuenta ahora de por qué no me gusta enseñar mi trabajo a los demás?

No había muchas esperanzas de acabar con el silencio consiguiente. Me quedé mirando, abstraído, el espacio que nos separaba, demasiado aturullado para encontrar cualquier disculpa, mientras Phoebe se sentaba ante su escritorio y se ponía a afilar uno de los lápices. Casi había llegado a la conclusión de que sería mejor levantarme y marcharme sin decir palabra, cuando ella dijo bruscamente:

—¿Ha cambiado mucho?

En un principio, me desconcertó.

—¿Qué dices?

—Joan, ¿que si ha cambiado mucho desde que la conoces?

—Ah, no, no mucho. —Luego me paré a pensarlo—. Bueno, para serte sincero, no lo sé. Quiero decir que nunca la conocí de adulta, sólo de niña. Ha sido un poco como conocerla por primera vez.

—Sí, ya me había dado cuenta. Casi parece que no os conocéis.

Me encogí de hombros, pero con un aire más triste que indiferente.

—Tal vez no haya sido muy buena idea que viniera.

—No, no creo. Llevaba semanas enteras esperándolo. Y le encanta tenerte aquí, te lo puedo jurar. Cambia mucho contigo cerca. Graham también piensa lo mismo.

—¿En qué cambia exactamente?

—Está menos... desesperada, supongo.

No me gustó cómo sonó aquello.

—Me parece que se siente sola aquí, ¿sabes? Y su trabajo puede ser agotador. Los dos hacemos todo lo posible por hacerle la vida agradable. Sé que le da pánico el verano, cuando no estemos aquí para hacerle compañía. No es que nos suponga un esfuerzo, ni nada parecido —añadió muy seria—. Los dos nos llevamos bien con ella, y sólo hay un par de cosas que nos parecen..., bueno, fuera de lugar... Como cuando tenemos que jugar con ella.

—¿Jugar?

—Bastante a menudo, después de la cena, quiere que juguemos a juegos de mesa. Al Monopoly, a Serpientes y Escaleras, cosas de ésas.

No dije nada; sólo me encogí de hombros por alguna razón.

—De todos modos, no te preocupes por eso. Seguro que no le da por ahí mientras estés aquí. No puede darle.

—Bueno, ¿quién se apunta a una partida rapidita de Scrabble?

Joan miró encantada a su alrededor con cara de expectación, y los tres hicimos lo que pudimos para evitar su mirada. Graham recurrió a su viejo truco de apilar los platos, Phoebe se concentró en beberse lentamente lo que le quedaba en la copa de vino, y yo fui presa de un súbito interés en traducir el póster del Sindicato Obrero Polaco que me había estado mirando directamente a la cara las tres últimas noches. Pero luego, tras unos pocos segundos, empecé a darme cuenta de que los otros dos confiaban en que yo acudiese al rescate, así que dije:

—La verdad es que no me importaría nada pasarme una hora o dos a solas con mi cuaderno, si no hay inconveniente. Hoy no han parado de ocurrírseme cantidad de ideas.

Aunque fuese una mentira descarada, era la única excusa que Joan podía aceptar.

—Ah, bueno —dijo—. No me gustaría nada interponerme entre tú y tu musa. Pero si se trata de un libro nuevo en el que estás trabajando, me tienes que hacer una promesa.

—¿Cuál?

—Que seré la primera persona en leerlo cuando lo termines, claro.

Sonreí torpemente.

—Bueno, es más bien un proyecto a largo plazo. No creo que vea la luz en muchos años. Mientras tanto, tengo otra cosa en que pensar. Estoy dándole vueltas a la posibilidad de pasarme al ensayo. —Era difícil averiguar, a juzgar por su expresión, si a Joan la impresionaba o la desconcertaba esta revelación—. Me han ofrecido escribir la historia de cierta familia eminente. Todo un lujo, si quieres que te diga la verdad.

—Ah, ¿y quiénes son?

Se lo dije, y Graham soltó una carcajada de pura incredulidad.

—¿Ese hatajo de vampiros? Pues qué quieres que te diga. No debes de tener ni una perra. —Se metió en la cocina, con los platos y los restos de la excelente *parmigiana* de Phoebe; mientras lo hacía, aún se le pudo oír mascullando—: Los Winshaw, ¿eh? Qué bueno.

Joan se quedó mirándolo sin comprender, con los ojos muy abiertos.

—No sé que ha querido decir con eso. ¿Qué tienen los Winshaw de especial? —Se volvió hacia mí a ver si la iluminaba, pero la reacción de Graham me había puesto mohíno, y me quedé callado—. ¿Sabes por dónde van los tiros? —le preguntó a

Phoebe—. ¿Has oído hablar de los Winshaw?

Phoebe asintió.

—He oído hablar de Roderick Winshaw. Es marchante. De hecho, se supone que iba a venir a darnos una charla hace unas semanas sobre cómo sobrevivir en el mercado, pero no apareció.

—Bueno, Michael —dijo Joan—, desde luego eres una caja de sorpresas. Quiero saberlo todo, insisto.

—Bueno, es bastante...

—No, ahora no. —Levantó la mano para impedirme hablar—. Tienes que trabajar, ya me doy cuenta. Mañana tenemos todo el tiempo del mundo para oír esa historia. Todo el día, en realidad.

Aquello sonaba fatal.

—¿Todo el día?

—¿No te lo he dicho? Conseguí que me dejaran el día libre, así que podemos ir los dos de excursión a los valles.

—Mmm, estupendo.

—Y mejor que llevar ese coñazo de cacharro, podíamos ir en bicicleta.

—¿En bicicleta?

—Sí. Graham me ha dicho que podías coger la suya. Todo un detalle, ¿no?

Graham, que había vuelto a la mesa a recoger los cubiertos, me dedicó una sonrisa malévola.

—Sí, señor —dije—, todo un detalle. ¿Y tú crees que va a hacer buen tiempo?

—Tiene gracia que digas eso —dijo Joan—, porque han dicho que a lo mejor hay tormentas a última hora del día. Pero no habrá problema si salimos con tiempo; si, por ejemplo, nos levantamos a las... ¿seis?

La voluntad de resistirme me había abandonado.

—¿Por qué no? —dije, y le pasé a Graham mi tenedor y mi copa vacía.

Esa noche me resultó imposible dormir. No sé lo que fue: puede que el pesado calor del verano, o quizá, simplemente, saber que me tenía que levantar temprano a la mañana siguiente; pero aguanté echado en el sofá más de una hora, cada nueva postura más incómoda que la anterior, hasta que no me quedó otro remedio que tratar de encontrar algo que leer: algo que me despejase la mente de la fatigosa espiral de pensamientos que parecían abarrotarla. Pero abajo no había libros; sólo los que yo había traído, y tres o cuatro más de cocina vegetariana en la cocina. Y eso no era precisamente lo que necesitaba. Me hacía falta algo que no exigiese nada de mi parte pero que no se pudiera dejar, e inmediatamente me vino a la cabeza la historia de misterio para niños que había redescubierto en el dormitorio de Joan ese día. Si por lo menos hubiera trabajado el libro cuando había tenido ocasión.

Diez minutos más tarde, sabía que la única solución era entrar en su cuarto sin

hacer ruido y cogerlo.

Tuve suerte. La puerta había quedado ligeramente entreabierta, y se notaba que las cortinas estaban descorridas y dejaban pasar una buena cantidad de luz de las farolas de la calle. Dado que la estantería se encontraba justo al lado de la puerta, no habría problema en colarse sin despertarla. Me detuve en el descansillo unos instantes a la escucha, luego abrí más la puerta con suavidad y entré. Era sobre la una y media de la mañana.

Joan estaba echada boca arriba, la piel gris y luminosa a la luz plateada de las farolas. No llevaba nada puesto, y había apartado en sueños casi todo el edredón. Hacía ocho años que yo no veía un cuerpo femenino desnudo, en carne y hueso, tal cual; y creo que no miento al decir que nunca había visto ninguno tan bonito como aquél. Verity era esbelta, de huesos marcados, y tenía poco pecho; en comparación, Joan, expuesta sin pudor a la tórrida luz de mi mirada, parecía casi inhumana y voluptuosa. La palabra «generosa» se me vino a la cabeza: era un cuerpo generoso, tanto por la pesada gracia de sus proporciones como por la sencilla disponibilidad con la que se sometía a mi escrutinio. Me quedé allí, pasmado, y ahora me parece que aquellos escasos momentos de culpabilidad se encuentran entre los más gloriosos, los más inesperados, los más apasionantes de mi vida. Y sin embargo todo se terminó rápidamente. De buenas a primeras, Joan se revolvió, se volvió hacia mí, y yo me retiré de la puerta sin hacer el más mínimo ruido.

—Mira qué brazos —dijo, torciendo la vista para vérselos, enfadada, y pellizcando la carne pálida hasta que se puso roja—. Como los de una campesina italiana. Menos mal que me digo que son los genes y que no vale la pena desesperarse. —Untó con una buena capa de mermelada de frambuesa una rebanada de pan integral y le pegó un mordisco, luego se limpió la boca con una servilleta de papel—. ¿Crees que estoy gorda?

—Para nada. Deberías sentirte a gusto con tu cuerpo, ¿sabes? No tiene por qué ser de una determinada forma.

La forma del cuerpo de Joan me ocupaba bastante la cabeza aquel día, tengo que admitirlo. Era otra cálida mañana de verano, y nos había llevado casi dos horas salir en bicicleta a campo abierto. En cuanto llegamos a lo que a Joan le pareció un sitio adecuado, nos echamos en la tierra, y en el rato siguiente, a pesar de mi fatiga, fui perfectamente consciente del indolente placer con el que ella estiraba las piernas, del movimiento de sus pechos mientras inspiraba y espiraba, de lo fina que era la blusa azul y rosa cuyos faldones había sacado de los vaqueros y enrollado a la altura de las mangas. Por lo que a mí respecta, estaba bañado en sudor y jadeaba abiertamente. Durante el primer trecho del camino, no había estado seguro de poder del todo con él. Joan me hacía ir cuesta arriba todo el rato, eligiendo la carretera más empinada cada vez que llegábamos a un cruce; a ratos, la pendiente era tan acusada que yo casi me había desplomado de lo que me costaba seguirme moviendo. (La bicicleta de Graham, no hace falta decirlo, no tenía marchas.) Pero luego gané confianza y se me hizo más fácil. Pronto el terreno se volvió más llano, y hubo un momento en el que llegamos a un tramo de carretera fabuloso: cuesta abajo, pero no demasiado; lo justo para coger un poco de velocidad, retirar los pies de los pedales, y deslizarse en pendiente con el viento despejándote la cara y rozándote las orejas, mientras te brotaban dulces lágrimas de emoción en las comisuras de los ojos. Por un instante sentí que los años huían, como una pesada carga que me había estado rompiendo la espalda, y que éramos niños otra vez, Joan y yo, yendo en bicicleta hasta la granja del señor Nuttall. Ella me contó después que yo había soltado un alarido de alegría. En su momento, no me di cuenta.

—Bueno —dijo ella—, ¿me vas a contar ese nuevo proyecto tuyo tan misterioso?

—Aún no está decidido del todo —insistí, y luego le hice un relato detallado de mi extraordinario encuentro en el tren.

Joan abrió la boca de asombro cuando llegué a lo de ir en el mismo vagón que alguien que iba leyendo un libro mío.

—¡Qué increíble! —dijo. En cuanto terminé, quiso saber algo más—. Supongo que la chica esa, la tal Alice, sería guapa, ¿no?

—No, no especialmente.

Fue sorprendentemente difícil decir esto. El mero hecho de contar la historia me había traído a la cabeza la belleza de Alice en todo su esplendor y, de golpe, Joan me pareció tan vulgar y grandona como la primera vez que la había visto en el andén de la estación. Intenté con todas mis fuerzas negar la evidencia, pero no había forma; sentí cómo me estremecía de deseo tan pronto como recordé la risa y la invitación burlona de los ojos de Alice.

—¿Tienes frío? —dijo Joan—. No creo.

Hablamos un poco más sobre los Winshaw y mis escritos, y eso nos llevó de alguna manera al tema de los cuentos que solíamos inventarnos cuando éramos niños.

—Supongo que es bastante emocionante —dijo Joan— pensar que una vez colaboré con un autor famoso.

Me reí.

—*Jason Rudd y los asesinatos de Hampton Court*. Me pregunto que habrá sido de aquella pequeña obra maestra. Supongo que no la habrás guardado, ¿no?

—Sabes muy bien que tú tenías el único ejemplar. Y seguro que lo tiraste. Nunca te preocupaste mucho de esas cosas. Mira que tener que recurrir a mí para la foto esa...

—No la tiré. La perdí. Ya te lo dije.

—No entiendo cómo se te puede haber perdido, de verdad. De todos modos me acuerdo de que te deshiciste de todas las historias de Jason Rudd cuando te dio por la ciencia ficción.

—¿Que a mí me dio por la ciencia ficción?

—Sí, hombre, cuando no escribías ni hablabas de otra cosa más que de Yuri Gagarin, y hasta trataste de hacerme leer aquella historia tan larga de él volando hasta Venus o a no sé dónde, pero a mí no me interesaba nada.

Me vino a la cabeza un vago recuerdo de una vieja pelea bastante acalorada, que me hizo sonreír. Por primera vez me daba cuenta de lo bonito que era estar con Joan otra vez; ser capaz de sentir que la vida tenía en efecto una especie de continuidad, que el pasado no constituía un vil secreto que había que encerrar bajo llave en alguna parte, sino algo que había que compartir y admirar. Se trataba de un sentimiento cálido y sencillo. Pero entonces Joan, que había terminado de comer, se dio la vuelta y se echó a mis pies, apoyada en los codos y con la barbilla sobre las manos, proporcionándome una vista panorámica de su escote; y de repente me vi atrapado otra vez en una maraña de impulsos diferentes, que me incitaban a mirar y a no mirar. Por supuesto, volví la cara, y fingí que estaba contemplando el paisaje, así que se produjo un incómodo silencio hasta que Joan se dio por vencida y formuló la inevitable pregunta:

—¿En qué estás pensando?

—Estaba pensando en mi crítica. Ya la habrá leído. Me pregunto cómo se la tomará.

Joan se echó de espaldas, arrancó una larga brizna de hierba y empezó a mascarla.



—¿De verdad crees que la gente se preocupa de lo que dices de ellos?

—En este caso —dije, los ojos fijos en el horizonte—, sí que me lo creo.

Se iban acumulando nubes de tormenta. Había una negra cohorte de ellas, que se extendía tan amenazadoramente por el cielo de poniente que a las cuatro de la tarde los dos decidimos que sería más sensato emprender el camino de regreso. Además, a Joan le tocaba cocinar otra vez.

—No estaría bien pasar de ellos —dijo—. Cuentan conmigo.

Cuando estuvimos de vuelta, se fue directamente a la cocina y se puso a cortar hortalizas. A esas alturas yo me encontraba tan cansado que las piernas apenas me sostenían. Le pregunté si le importaría que me echara un ratito en su cama, y ella me dijo que no, que por supuesto que no, a la vez que me dirigía una mirada que reflejaba tanta preocupación que me sentí obligado a decir:

—Ha sido un día estupendo. Lo he pasado muy bien.

—Sí que es verdad. —Volvió al tajo, y añadió, un poco para sí misma—: Estoy tan contenta de que te quedes hasta el domingo. Dos días estupendos más.

Al pasar por el cuarto de estar, vi a Graham, que estaba leyendo las críticas de cine del periódico.

—Bonita excursión, ¿no? —preguntó sin mirarme.

—Muy bonita, gracias.

—Habéis vuelto justo a tiempo, creo. Va a caer una buena.

—Eso parece.

—He estado leyendo tu crítica.

—No me digas...

—Muy enigmática.

Me quedé echado en la cama de Joan unos veinte minutos preguntándome qué demonios habría querido decir con aquel comentario. ¿Enigmática? Lo que yo había escrito no tenía nada de enigmático. De hecho, me había tomado muchas molestias en que se me entendiera bien. Me sabía la crítica de memoria y la repasé, frase por frase, para ver si había algo que le hubiera desconcertado. No encontré nada, y durante un rato traté de quitármelo de la cabeza, pero aun así su extraño comentario seguía incordiándome. Al final llegué a la conclusión de que no me dejaría descansar, así que bajé para ver si tenía una explicación.

Graham estaba viendo un boletín de noticias locales en la televisión de Joan. Cogí el periódico que había dejado a un lado, y le eché un vistazo a mi crítica, encantado de que la hubieran destacado colocándola en la cabecera de la página.

—No veo qué tiene de enigmática —dije, leyendo el primer párrafo para mí mismo, y admirando la nota discretamente sarcástica que había conseguido introducir en un simple resumen argumental.

—Mira, no es gran cosa —dijo Graham—. Sólo es una puñetera crítica, al fin y al cabo. No sé adónde querías ir a parar.

—Para mí está bastante claro. —Iba por el segundo párrafo, donde el tono

empezaba a ser más descaradamente glacial. Podía imaginarme al sujeto en cuestión poniéndose en guardia en aquel momento.

—Mira, evidentemente hay alguna metáfora o alguna figura retórica brillante de la que no me he enterado —dijo Graham—. Estoy seguro de que tus amigos *metropolitanos* la entenderán.

—No sé de qué me hablas —dije. No pude evitar sonreírme con algunas de las indirectas del tercer párrafo; impresas, aún parecían más despiadadas.

—Pero ¿qué es lo que tratas de decir exactamente? —dijo Graham—. ¿Que el tío ese nunca va a escribir una novela realmente buena porque no tiene bolígrafo?

Levanté la vista bruscamente.

—¿Qué?

—La última frase. ¿Qué quiere decir?

—Pues está claro. Evidentemente él quiere escribir un libro fantástico, divertido, airado, satírico, pero no lo va a conseguir nunca, porque no tiene el... —Estaba a punto de leer la palabra en alto a modo de comprobación, cuando de repente vi lo que habían puesto. Me quedé helado de puro asombro; fue uno de esos momentos en que la realidad es, literalmente, tan horrible que uno no da crédito. Después estrujé el periódico y lo tiré al otro lado de la habitación con una furia incontrolada.

—¡Los muy cabrones!

Graham se me quedó mirando.

—¿Qué pasa?

Al principio no pude responderle, sólo permanecer allí sentado comiéndome las uñas. Luego dije:

—Lo que escribí fue *brío*. No tiene el brío necesario.

Él recuperó el periódico y releyó la frase. Su cara empezó a esbozar una sonrisa.

—Ah, brío... —Entonces la sonrisa se convirtió en una risita ahogada, la risita ahogada en risa, y la risa se convirtió en una carcajada incontrolable, estruendosa, como de loco, que hizo que Joan, siempre dispuesta a participar en una broma, viniera corriendo de la cocina.

—¿Qué pasa? —dijo—. ¿Qué tiene tanta gracia?

—Mira esto —dijo Graham, a la vez que le tendía el periódico y trataba de hablar a pesar de que se ahogaba de risa—. Mira la crítica de Michael.

—¿Qué le pasa? —dijo, mientras la escudriñaba con un ceño fruncido que rivalizaba con su sonrisa anticipada.

—La última palabra —dijo Graham, que ahora trataba de respirar—. Mira la última palabra.

Joan miró la última palabra, pero aun así no conseguía desentrañar el misterio. Primero me miró a mí y luego a Graham, después otra vez a mí, aún más perpleja por la disparidad de nuestras reacciones.

—No lo cojo —dijo por fin, tras leer la frase una vez más—. ¿Qué tiene de gracioso un *biro*<sup>[57]</sup>?

Fue otra comida poco animada. Tomamos judías pintas guisadas, seguidas de gelatina de piña; el ruido que hacíamos todos al masticar parecía más alto que de costumbre, al verse sólo interrumpido por los ocasionales y fracasados intentos de Joan de iniciar una conversación, y los esporádicos ataques de risa de Graham, que sólo conseguía contenerla a duras penas.

—Pues a mí no me parece que tenga tanta gracia —dijo Joan, tras su cuarta o quinta explosión—. Uno cuenta con que haya buenos correctores de pruebas o algo parecido en un periódico nacional como ése. Si yo fuera tú, Michael, el lunes les montaría una buena bronca.

—¿Para qué? —dije, mientras empujaba distraídamente una judía alrededor de mi plato.

El azote de la lluvia en los cristales se intensificó y, mientras Joan nos servía una segunda ronda de gelatina, hubo un relámpago, seguido de un trueno terrible.

—Me encantan las tormentas —dijo—. Son tan atmosféricas. —Cuando quedó claro que nadie tenía nada que añadir a este comentario, preguntó muy animada—: ¿Sabéis que me apetece hacer siempre que hay tormenta?

Traté de no hacer conjeturas, pero la respuesta resultó ser, en cualquier caso, bastante inofensiva.

—Me encanta una buena partida de Cluedo. No hay nada mejor.

Y esa vez, por alguna razón, nuestra resistencia fue inútil; así que, retirados los platos, nos encontramos colocando el tablero sobre la mesa y peleándonos a ver quién hacía de qué personaje. Al final Phoebe era la señorita Escarlata, Joan doña Celeste, Graham el reverendo Oliva, y yo el profesor Castaño.

—Ahora hay que imaginarse que estamos todos encerrados en esta vieja mansión —dijo Joan—. Como en aquella película, Michael, que siempre me estabas contando. —Se volvió hacia los otros y explicó—: Cuando Michael era pequeño, vio la película esa sobre una familia a la que asesinaban en una mansión vieja y llena de pasadizos. Se quedó muy impresionado.

—¿En serio? —dijo Graham, aguzando su oído de *cinéaste*—. ¿Cómo se titulaba?

—No creo que la conozcas —dije—. Era inglesa, y no la hicieron intelectuales marxistas.

—El chico se ha picado.

Joan fue a por un par de candelabros, colocó uno sobre la mesa y otro sobre la repisa de la chimenea, y luego apagó todas las luces. Apenas podíamos ver lo que hacíamos, pero el efecto, todo hay que decirlo, era convenientemente fantasmagórico.

—¿Estamos todos preparados?

Estábamos listos para empezar, sólo que Joan, Graham y Phoebe se habían provisto de bolis y lápices para tachar a sus sospechosos en sus tarjetas de asesinatos, y yo no. Evidentemente, fue Graham el que se dio cuenta.

—Un momento —dijo—. Me parece que a Michael le falta el *biro* necesario.

Hasta Joan estalló en risitas al oír aquello, y Phoebe se permitió una sonrisa de satisfacción, aunque con aire de pedir disculpas, que en vista de la hilaridad de los otros pronto se convirtió también en risa. Me fui a buscar uno de los bolis de colores que había debajo del tablón de turnos de la cocina, luego me senté y esperé tranquilamente a que se pasase la histeria colectiva. Aún les llevó un rato, y en el ínterin tomé una decisión firme y tácita: en adelante no volvería a escribir más críticas para los periódicos.

Jugamos tres partidas, bastante largas todas porque todos nos tiramos unos faroles bastante rebuscados para engañar a los otros, sobre todo Graham a Joan y viceversa. En cuanto a Phoebe, me dio la impresión de que no ponía mayor interés. Yo tampoco, al principio: traté de tomármelo nada más que como un puzzle matemático, un ejercicio de probabilidades y deducción, pero después de un rato (y supongo que esto parecerá infantil) mi imaginación empezó a campar por sus respetos, y me metí de lleno en el juego. Ayudado por el retumbar de los truenos y el resplandor de los relámpagos, que inundaban momentáneamente la habitación con llamativos contrastes de luz y sombra, no me costó nada creer que aquella era una noche en la que podrían suceder cosas horribles. En mi mente, el profesor Castaño comenzó a adquirir las características de Kenneth Connor, y una vez más tuve la sensación (la sensación que siempre me había rondado, desde mi visita al cine de Weston-super-Mare el día de mi cumpleaños) de que era mi destino representar el papel de hombrecito tímido, torpe y vulnerable, atrapado en una serie de sucesos de pesadilla, sobre los que no tenía el menor control. Los pósters de la pared empezaron a parecerme viejos retratos de familia, tras los que un par de ojos vigilantes estaba a punto de aparecer en cualquier momento, y la diminuta casa de Joan, tan inmensa y siniestra como las mismísimas Blackshaw Towers.

Joan ganó la primera partida; había sido la señora Blanco, en el estudio, con la tubería de plomo. Luego Graham decidió tomárselo más en serio, y se agenció una tablilla y un folio en blanco, donde fue anotando cuidadosamente las transacciones que tenían lugar entre los distintos jugadores. De este modo, ganó la segunda partida (había sido el coronel Dorado, en la sala de billar, con el revólver), pero se le descalificó por unanimidad por emplear otra vez las mismas tácticas. La tercera partida fue muy reñida. Enseguida quedó claro que el crimen se había cometido o en el salón o en el invernadero, y con el puñal o con el candelabro; pero yo llevaba ventaja en lo que se refería a descubrir al asesino, porque tenía tres cartas de personajes en la mano. Mientras los demás seguían enredándose y formulándose las más descabelladas hipótesis los unos a los otros, la solución se me vino a la cabeza lentamente; el culpable, por supuesto, no era otro que yo mismo, el profesor Castaño.

Tan pronto como lo supe, me di cuenta de que el juego era intrínsecamente imperfecto. Estaba mal que por un simple proceso de eliminación pudieras resultar culpable de un crimen, y aun así no saber cómo o dónde se suponía que lo habías

cometido. ¿Seguro que no había ningún precedente de esa situación en la vida real? Me pregunté cómo sería en realidad presenciar el esclarecimiento de algún misterio terrible y enfrentarse entonces de repente a la falsedad de la complaciente imagen que uno tuviera de sí mismo, como un observador imparcial: descubrir de golpe que estabas completa y confusamente enredado en la telaraña de móviles y sospechas que habías pretendido desenmarañar con la fría objetividad de alguien ajeno a la situación. No hace falta decir que ni siquiera conseguí imaginarme las circunstancias en que pudiera ocurrirme semejante cosa.

En cualquier caso, resultó que Graham iba por delante de todos nosotros. En su siguiente turno, cruzó hasta el invernadero por el pasadizo secreto y apuntó un dedo acusador en mi dirección.

—Supongo —dijo— que fue el profesor Castaño, en el invernadero, con el candelabro.

Tenía razón, y ahí admitimos nuestra derrota. Joan encendió las luces y nos preparó una jarra de cacao, y puede que aquel estado de ánimo se hubiese ido al traste si la tormenta no hubiera continuado en el exterior, ganando fuerza, más bien, a medida que se aproximaban las doce de la noche.

Esta vez no me cabía la excusa de ir a buscar un libro; ni tampoco tenía calor o me sentía incómodo. Probablemente podría haber permanecido allí echado, escuchando la lluvia contra la ventana, el estallido ocasional de un trueno, y tarde o temprano me habría ido quedando dormido. Pero tan sólo media hora después de asegurarme de que todo el mundo se había ido a la cama, salí de debajo de las mantas y subí las escaleras sin hacer ruido, en camiseta y calzoncillos. La puerta del cuarto de Joan, como la vez anterior, estaba entreabierta. Como la vez anterior, las cortinas estaban descorridas y dejaban pasar una buena cantidad de luz de las farolas de la calle. Y también como la vez anterior, ella estaba echada boca arriba, la piel gris y luminosa a la luz plateada de las farolas, que a veces parpadeaban en azul cuando un rayo acuchillaba el cielo nocturno. A pesar de que esa noche aquel edredón claro le cubría más de la mitad del cuerpo, bastó para que me quedara allí clavado, mientras mis ojos brillantes e impotentes la devoraban, dada la seguridad que me proporcionaba el umbral en penumbra.

Me quedé mirando; pero, curiosamente, enseguida me di cuenta de que lo que miraba era su cara: la cara que había estado viendo los últimos cuatro días, y no el cuerpo que se me había ofrecido como por arte de magia en aquellas preciadas vislumbres ilícitas. Tal vez haya incluso algo más íntimo, más secreto que descubrir en la cara de alguien dormido que en un cuerpo desnudo. En reposo, tenía los labios un poco entreabiertos, y los párpados cerrados parecían sugerir un acto de intensa concentración en algún objeto interior y distante. Joan estaba asombrosamente guapa. Ahora me parecía imposible, incluso me avergonzaba, haberla encontrado fea alguna

vez.

Me quedé mirando.

Y entonces de repente abrió los ojos; me devolvía la mirada y sonreía.

—¿Te vas a quedar ahí —dijo—, o vas a entrar?

Qué diferente habría sido mi vida, qué diferente, si hubiera entrado en su habitación en vez de internarme en la oscuridad tan rápida y sigilosamente como un sueño se le escapa a alguien que se despierta.

El domingo por la mañana dejé la casa antes de que nadie se hubiera despertado, y regresé a Londres. Fue la última vez que vi a Joan en muchos años. Sus padres se retiraron a un pueblo de la costa sur, así que no volvimos a encontrarnos mientras íbamos a visitar a la familia en navidades. Sólo supe algo de ella cuando mi madre me contó (poco antes de que dejáramos de hablarnos) que se había vuelto a Birmingham y se había casado con un ejecutivo del pueblo.

El lunes por la mañana, llamé a la Peacock Press y acepté el encargo de escribir un libro sobre los Winshaw.

Esa misma tarde, salí y compré mi primer vídeo.

## THOMAS



Muy poca gente se acuerda del primer vídeo doméstico, que Philips lanzó nada más y nada menos que en 1972. Era caro, el tiempo de grabación se reducía a una hora, y acabó vendiéndose sobre todo a empresas e instituciones. Thomas Winshaw se compró uno, de todas formas, e hizo que se lo instalaran en un armarito empotrado en una de las paredes con paneles de roble de su despacho en Stewards. Pero decidió no invertir en ese momento. Aunque el invento le emocionaba personalmente y era plenamente consciente de sus posibilidades comerciales, tenía la sensación de que aún no le había llegado la hora. Casi, pero no del todo.

Hasta 1978 no se produjo el primer aluvión de actividad comercial. En abril JVC presentó el primer vídeo doméstico, al precio de 750 libras, y tan sólo tres meses después Sony lanzó el sistema rival, el Betamax. Durante unos cuantos años los dos sistemas iban a competir muy duramente en el mercado, hasta que el VHS acabó saliendo claramente ganador. En otoño de 1978, cuando Thomas Winshaw anunció que el banco se metería de lleno en esa industria floreciente, la reacción inicial de los miembros de su consejo fue más bien de consternación. Le recordaron que el flirteo de Stewards con la industria del cine a principios de los sesenta no había tenido ningún éxito, y hasta invocaron la crisis de Morgan Grenfell de hacía diez años, en la que un mayor compromiso con la financiación de películas había terminado en un desastre potencial, que sólo se pudo evitar en el último momento gracias a la intervención del Banco de Inglaterra. Thomas no tuvo en cuenta estos precedentes. No estaba sugiriendo nada tan arriesgado como invertir en la producción de películas. Simplemente proponía apostar modestamente por una de las principales industrias de *hardware*; ya que el mercado de *software*, como él sería el primero en admitir, era a esas alturas demasiado nuevo, demasiado inestable y, francamente, tenía demasiada

mala fama. Como de costumbre, sus intuiciones eran acertadas. Durante los cinco años siguientes, las importaciones de vídeos se multiplicaron por diez, y en 1984 el 35,74 por ciento de los hogares ingleses disponía de un aparato, en contraste con el 0,8 por ciento de 1979. El banco obtuvo unos buenos dividendos. Luego, en 1981 se convirtieron en asesores y administradores de una empresa que se estaba haciendo rápidamente con una gran parte del mercado de posproducción, distribución y conversión de películas en cintas de vídeo. Con la ayuda de Stewards, esta compañía pasó después a fusionarse con una casa de duplicación de vídeos independiente y, en unos años, más de las tres cuartas partes de sus ingresos provenían de sus servicios de duplicación. Una vez más, el banco cosechó unos beneficios muy sustanciosos. Thomas metió la pata en una cosa, sin embargo; él proponía muy entusiasmado el sistema de videodiscos de Philips, Laser-Vision, que salió al mercado en 1982 pero que, al año y pico, sólo había obtenido una cifra de ventas en torno a los 8.000. La explicación evidente era que no contaba con un dispositivo de grabación, y cuando, unos meses más tarde, JVC suprimió de pronto su propio sistema de disco, y la RCA decidió parar su producción de aparatos reproductores en 1984, quedó claro, incluso para el analista industrial menos sofisticado, que la nueva tecnología no había conseguido prender en el mercado. Sin embargo, Thomas mantuvo su compromiso con una instalación de diez millones de libras en Essex que se dedicaba a prensar discos y sufría muchas pérdidas.

Entre ellos, sus colegas no conseguían entender esta curiosa debilidad. La cifra de dinero necesaria resultaba insignificante, tratándose de Stewards; pero, de todas maneras, era la única vez en los quince años o así que Thomas había sido presidente en que insistía en ofrecer un apoyo sin condiciones a una empresa palpablemente ruinosa. Y nunca adivinaron la auténtica razón, que consistía en que él estaba encantado con la alta definición y la perfección de las imágenes congeladas del videodisco, que cubría sus necesidades admirablemente y le hacía remontarse a los embriagadores y estimulantes días en los que solía merodear por los estudios de cine y hacerse con el metraje descartado de bellas actrices jóvenes en diversos grados de *déshabillé*. La congelación de imágenes, para Thomas, constituía la verdadera *raison d'être* del vídeo; estaba convencido de que convertiría a Inglaterra en una nación de *voyeurs*, y a veces, mientras permanecía sentado a oscuras, embelesado, con la televisión encendida, los botones de la bragueta desabrochados y la puerta del despacho cerrada con llave, se imaginaba que, por todo el país, tendrían lugar idénticas escenas en habitaciones con las cortinas echadas, y sentía una extraña solidaridad con la gran masa de hombres corrientes y vulgares de cuyas miserables vidas solía poner tanto cuidado en apartarse.

Sólo una vez, por casualidad, se olvidó de echarle la llave a la puerta del despacho. Eran más o menos las siete de la tarde y quiso la suerte que su secretaria, que también se había quedado a trabajar hasta tarde, cometiese el error de entrar sin llamar. Se la despidió en el acto. De todos modos, la historia consiguió llegar a unos



cuantos bares de la City, y alguna gente sostiene que la expresión «banquero mercantil<sup>[58]</sup>» pasó a formar parte del argot precisamente en ese momento.

A Thomas le encantaban toda clase de pantallas. Le encantaba la mentira que encerraban: que al mundo se le pudiese dar forma con los cuatro lados de un rectángulo y que él, el espectador, se encontrase en situación de poder sentarse cómodamente y mirar, indemne y a salvo de la mirada ajena. En su vida profesional (aunque no es que tuviera ninguna personal de la que se pueda hablar) se las veía y se las deseaba para mantenerse al margen del mundo, al que él contemplaba como si fuera una película muda, desde detrás del cristal protector de muchas pantallas diferentes: la ventanilla de un vagón de primera, por ejemplo, o del helicóptero de Bob Maxwell (que de vez en cuando le dejaban prestado), o el cristal ahumado de su limusina particular. La informatización de los mercados de divisas extranjeros, que alarmó a algunos de los banqueros más viejos, a él le pareció un avance totalmente lógico. Así que dejó de pisar la bolsa en 1986. Por fin, para mayor satisfacción suya, ya nunca habría necesidad de que los agentes entraran en contacto los unos con los otros, y toda transacción se reducía al parpadeo de pulsaciones eléctricas en una pantalla de vídeo. Hizo que instalaran una cámara en la sala de agentes de cambio de Stewards, conectada a un monitor de su propio despacho, y allí, mirando una pantalla en la que, en todo el día, no hacían más que salir las caras de sus agentes, mientras ellos a su vez también miraban una pantalla, engrosaba sus sensaciones casi sexuales de orgullo y poder. En aquellos momentos, le parecía que siempre podría interponer barreras de cristal entre él y la gente (¿existía de verdad?) cuyo dinero era la base de las embriagadoras especulaciones cotidianas. La banca, como le había dicho una vez a un periodista de la televisión, se había convertido en la más espiritual de todas las profesiones. Citaba su estadística favorita: un volumen de mil billones de dólares se movía en los mercados financieros del mundo todos los días. Dado que cada transacción implicaba un negocio por ambas partes, eso significaba que unos quinientos billones de dólares cambiaban de manos. ¿Sabía el entrevistador qué parte de ese dinero se derivaba de un comercio real y tangible en bienes y servicios? Una fracción: el 10 por ciento, o tal vez menos. El resto eran todo comisiones, intereses, tasas, canjes, obligaciones, opciones de compra; ya no había dinero en metálico. Apenas se podía decir que existiese. En tal caso (contestó el entrevistador) estaba claro que todo el sistema no era más que un castillo de arena. Quizá, concedió Thomas, sonriendo: pero qué castillo tan fantástico...

Mientras veía a sus agentes de cambio mirar febrilmente sus pantallas parpadeantes, Thomas experimentaba lo más parecido al amor paternal que habría de experimentar en su vida. Eran los hijos que nunca había tenido. Eso sucedió durante la época más feliz de su vida, los primeros años ochenta, cuando la señora Thatcher había transformado la imagen de la City, y convertido a los especuladores de dinero

en héroes nacionales al describirlos como «creadores de riqueza», alquimistas que podían hacer surgir de la nada fortunas increíbles. El hecho de que esas fortunas fuesen a parar directamente a sus propios bolsillos, o a los de sus patrones, se pasó por alto tranquilamente. El país, durante un breve periodo de enajenación, les tuvo un temor reverencial.

Las cosas eran muy diferentes cuando Thomas había entrado a trabajar en Stewards; la City aún se estaba recuperando de la penosa experiencia por la que la había hecho pasar el Tribunal de Cuentas que, durante dos semanas en diciembre de 1957, había sacado por primera vez a la luz pública algunos de sus negocios. Los parlamentarios laboristas y los periódicos populares se escandalizaron mucho con las revelaciones de tratos multimillonarios que se cerraban con un mero gesto de cabeza o con un guiño en el acogedor entorno de un club para caballeros, en los campos de golf de los domingos por la mañana o en las cacerías de gallos silvestres de los fines de semana. Aunque todos los bancos mercantiles implicados habían sido absueltos del cargo de operar basándose en información «ilícitamente obtenida» sobre la subida de los tipos de interés, un inequívoco tufo a escándalo quedó flotando en el aire, y resultó ser cierto que se habían desviado hacia el mercado enormes cantidades de fondos del Estado en los días (y horas) previos al anuncio del presidente. Para Thomas, que había llegado a ser director de Stewards en la primavera de ese año, constituyó una prueba de fuego: Macmillan podía haber proclamado en Bedford que la economía estaba fuerte y que el país «nunca había disfrutado de tanto bienestar», pero los especuladores extranjeros no pensaban lo mismo, y se embarcaron en una feroz campaña de vender la esterlina a la baja, liquidando millones de dólares de las reservas de oro, y forzando a una subida consiguiente de un 2 por ciento al tipo de interés (lo que lo situó en un 7 por ciento, su nivel más alto en más de un siglo).

—Fue lo que podría denominarse un bautismo de fuego —le había explicado Thomas a su joven sobrino Mark, a quien se le proporcionó un cargo de principiante en el banco, en 1961—. Salimos bien parados, claro, pero si he de serte sincero no creo que llegue a ver otra crisis de la libra como ésta en lo que me queda en Stewards.

Y sin embargo, ocurrió algo parecido el 16 de septiembre de 1992 (El Miércoles Negro, como acabó llamándosele), cuando los agentes de moneda una vez más volvieron a saquear las reservas de oro del país hasta un total de billones de dólares, y esta vez forzaron a la esterlina a una devaluación a precio de saldo. Thomas tenía razón respecto a una cosa, de todos modos; no llegó a verla. Para aquel entonces había perdido la vista.

Thomas siempre había aprehendido el mundo exclusivamente a través de sus ojos; ésa era la razón (entre otras cosas) por la que nunca sentía ningún deseo de tocar a una mujer o de que una mujer le tocara a él. Todos los grandes hombres tienen su idiosincrasia, y la suya, como era de prever, consistía en una preocupación neurótica

por la calidad de su visión. El botiquín particular de su despacho contenía un amplio surtido de colirios, humectantes, baños oculares y gotas en general, y durante treinta años, el único compromiso fijo de su agenda fue una visita semanal al oftalmólogo, a las nueve y media los lunes por la mañana. Al médico en cuestión podría haberle resultado molesto este compromiso si la obsesión de Thomas no le hubiese supuesto unos ingresos disparatados en concepto de honorarios por consulta. No había una sola enfermedad en los libros de texto que él no creyese haber contraído en algún momento. Se imaginaba que tenía ojo arqueado, ojo de gato, ojo rojo y ojo quístico; ojo gaseoso, ojo leporino, ojo febril, y ojo vago; ojo saltón, ojo de Klieg, ojo reducido, ojo esquemático, ojo escotópico, ojo afásico, ojo estrábico y ojo bizco. Una vez, tras una visita de investigación a unos campos de lúpulo, se convenció de que tenía ojo de lúpulo (una conjuntivitis aguda que se da en los recolectores de lúpulo, causada por la irritación provocada por los pelitos como espinas de la planta); tras una visita a un astillero, que tenía ojo de astillero (queratoconjuntivitis epidémica, una infección que se contagia por fluidos contaminados en las consultas oftalmológicas de los astilleros); y tras una visita a Nairobi, que tenía ojo de Nairobi (una grave lesión ocular provocada por las secreciones de ciertos escarabajos urticantes corrientes en Nairobi). En otra ocasión, cuando su madre cometió el error de contarle que su abuelo Matthew Winshaw había padecido una forma congénita de glaucoma, había cancelado todos sus compromisos profesionales y pedido hora a toda una serie de especialistas uno tras otro. A cambio se le examinó a ver si tenía glaucoma total, glaucoma capsular, glaucoma compensado, glaucoma congestivo, glaucoma hemorrágico, glaucoma inflamatorio, glaucoma inverso, glaucoma anverso, glaucoma maligno, glaucoma benigno, glaucoma de ángulo abierto, glaucoma de ángulo cerrado, glaucoma postinflamatorio, glaucoma preinflamatorio, glaucoma infantil y mixomatosis. Los ojos de Thomas Winshaw estaban asegurados (por la propia compañía de seguros de Stewards) en una suma de la que se rumoreaba, según la fuente, que andaba entre las 100.000 libras y el millón de libras. Es decir, que no había otro órgano que valorase más; lo cual incluye el otro hacia el que su mano derecha apenas podía a veces evitar vagar; más memorablemente, quizá, el día en que había invitado a un jerez a la reina y al príncipe Carlos, sorprendidos pero cortésmente parcos en palabras, a su despacho recién enmoquetado de rojo.

Cuando el gobierno conservador anunció que se iban a suprimir los reconocimientos oculares gratuitos de la Sanidad Pública en abril de 1988, Thomas llamó por teléfono a su hermano para decirle que cometían un gran error: habría una protesta generalizada. Henry le dijo que no era para tanto. Se quejarían un poco los mismos de siempre, dijo, y luego se olvidaría todo sin más.

—Y tenía razón, ¿no?

—Debería haber cedido ante tu olfato político, como siempre.

—Bueno, es bastante simple, la verdad. —Henry se inclinó hacia adelante y echó otro leño al fuego. Era una tarde fría y oscura de principios de octubre de 1989, y estaban tomándose un té y unos bollos en uno de los reservados del Heartland Club—. El truco consiste en *no parar* de hacer cosas indignantes. No tiene sentido conseguir pasar una ley escandalosa, y luego darle tiempo a todo el mundo para que se sulfure. Hay que entrar allí directamente y rematarla con algo todavía peor, antes de que la gente haya podido averiguar con qué les has golpeado. Mira, lo que pasa con la conciencia de los ingleses es que realmente no tiene más capacidad que... un ordenador personal de los antiguos, si tú quieres. Sólo puede retener dos o tres cosas en la memoria a un tiempo.

Thomas asintió con la cabeza y le pegó un buen mordisco a su bollo.

—El paro, por ejemplo —prosiguió Henry—. ¿Cuándo fue la última vez que viste un titular sobre el paro? Ya nadie se mete con eso.

—Ya sé; y todo eso resulta muy tranquilizador, chaval —dijo Thomas—, pero lo que de verdad me hace falta son garantías concretas...

—Pues claro que te hacen falta, claro que sí. —Henry frunció el ceño y centró su atención en el asunto en concreto, que era el caso de Farzad Bazoft, un periodista inglés recientemente encarcelado en Bagdad, acusado de espionaje—. Te entiendo perfectamente. Tú y Mark queréis proteger vuestros intereses. No me cuesta nada entenderlo.

—Bueno, no sólo se trata de Mark. Además tenemos muchísimos clientes, aparte de Vanguard, que están atendiendo estupendamente a Sadam y a su lista de la compra. Estamos todos metidos hasta el cuello, la verdad.

—No hace falta que me lo recuerdes.

—Sí, pero mira, a mí esto me parece una situación muy delicada. Ese tío es ciudadano británico. Seguro que al tipo nuevo ese del Foreign Office (Major, o como se llame) lo van a presionar un poco para que consiga que lo liberen.

Henry alzó las cejas, poniendo cara de ingenuo.

—¿Y cómo lo iba a hacer?

—Pues con sanciones, claro.

—Realmente —dijo Henry, soltando una carcajada—, me asombra que creas que hayamos podido pensar siquiera en semejante cosa. Tenemos un superávit de 700 millones de dólares con Irak. En confianza, en un mes o dos van a salir otros cuatrocientos o quinientos del mismo sitio. Si crees que vamos a arriesgarnos a perder todo eso...

Su voz se fue apagando; no hacía falta terminar la frase.

—Ya, pero ¿qué pasa con... digamos la política comercial de Mark?

Esta vez la risa de Henry fue más breve, más privada.

—Míralo de esta manera: ¿cómo podemos imponer sanciones sobre la venta de algo, cuando resulta que ni siquiera lo estamos vendiendo? ¿Mmm?

Thomas se sonrió.

—Pues es verdad.

—Ya sé que Major no lleva mucho tiempo en esto, y todos estamos un poco preocupados porque no sabe a qué coño está jugando. Pero fíate de mí, es buen chaval. Hace lo que le dicen. —Le dio un sorbo al té—. Y además, pronto podría cambiar de puesto otra vez.

—¿Ya?

—Eso parece. Por lo visto, Margaret y Nigel están en las últimas. Nos olemos que el número once va a quedar vacío muy pronto.

Thomas almacenó esta información en el fondo de su mente para futuras reflexiones. Implicaba toda una serie de cosas que tendría que considerar y examinar cuando tuviera tiempo.

—¿Crees que lo colgarán? —preguntó de repente.

Henry se encogió de hombros.

—Bueno, era un ministro lamentable, todo hay que decirlo, pero eso sería un poco drástico.

—No, no a Lawson. Digo al periodista ese, al tal Bazoft.

—Ah, a ése. Pues me atrevería a decir que sí. Es lo que le pasa a uno si es tan tonto como para que le cojan fisgando en las fábricas de armas de Sadam, supongo.

—Dando problemas.

—Exactamente. —Henry se quedó mirando al infinito un momento—. Te diré que, ya puestos, por aquí hay un par de fisgones a los que no me importaría nada ver colgados en Ludgate Hill.

—Mirones de ésos.

—Eso mismo. —Fruunció el ceño ligeramente, con un gesto que era mitad malevolencia y mitad evocación—. Me pregunto qué habrá sido de aquel escritorzuelo de mierda que la loca de Tabs nos echó encima hace unos años.

—¡Ah, ése! Santo Dios, el tipo ese me daba repelús. ¿Qué demonios se creía ella que...? —Meneó la cabeza—. Bueno, en realidad, no es más que una pobre vieja chalada.

—Hablaste con ese tío, entonces, ¿no?

—Le dije que viniera al despacho. Le invité a comer. De todo. Y lo único que recibí a cambio fue un montón de preguntas impertinentes.

—¿Como por ejemplo?

—Tenía la mosca detrás de la oreja con lo de Westland —dijo Thomas—. Quería saber por qué Stewards había puesto tanto entusiasmo en apoyar la propuesta americana cuando había una europea sobre la mesa.

—Ya, y suponía que te estabas arrimando a Margaret con la esperanza de que te diese un título o algo, ¿no?

—Algo aún más enrevesado que eso, me temo. Aunque, ahora que lo dices, creo recordar que *algo* me prometió...

Henry se removió incómodo en el asiento.

—No me he olvidado, Thomas, en serio. La voy a ver mañana. Ya sacaré el tema.

—El caso es que tenía la absurda teoría de que Sikorsky había llegado a un acuerdo de venta masiva de armas con los saudíes, y la única razón por la que todos queríamos enrollarnos con ellos era ver si sacábamos alguna tajada.

—Ridículo.

—Indignante.

—¿Y qué le contestaste a eso?

—Lo mandé a paseo —dijo Thomas— con una cuantas palabritas que una vez me dijo a mí, en una ocasión muy memorable, aquel hombre tan importante y tan llorado, el difunto Sid James.

—No me digas.

—Le dije, y cito de memoria: «Háganos un favor a todos, simpático, deje de fastidiar y no vuelva por aquí.»

Y entonces la habitación resonó cuando Thomas intentó remedar la risa carrasposa e inimitable del cómico.

Había sucedido a finales de la primavera de 1961. Thomas llegó a los Estudios Twickenham sobre la hora de comer y se encaminó hacia el restaurante, donde vislumbró tres caras vagamente familiares en una mesa de un rincón. Una de ellas era Dennis Price, al que seguía conociéndosele sobre todo por su papel protagonista en *Ocho sentencias de muerte* doce años antes; otra era la apergaminada y excéntrica Esmá Cannon, que a Thomas le recordaba inevitablemente a su tía Tabitha, quien continuaba encerrada en un manicomio de alta seguridad en alguna parte de los páramos de Yorkshire; y la tercera, inequívocamente, era Sid James, una de las estrellas de la película que se estaba rodando: una nueva versión, cómica y libre, de una vieja película de Boris Karloff, *El resucitado*, bajo el nuevo título de *¡Menudo reparto!*

Thomas cogió una bandeja de picadillo de vaca acecinada y pudín de jamón, y se acercó para unirse a ellos.

—¿Les importa que me siente aquí?

—Estamos en un país libre —dijo Sid James, con aire indiferente.

A Thomas le habían presentado a los tres actores hacía unas semanas, pero se dio cuenta de que no le reconocían, y su conversación, que había sido animada, languideció cuando se sentó a su lado.

—Creo que nos han presentado —dijo, tras dar el primer bocado.

Sid gruñó un poco. Y Dennis Price dijo:

—Claro que sí. —Y luego preguntó—: ¿Estás trabajando en este momento?

—Pues, bueno..., sí —dijo Thomas, sorprendido.

—¿En qué?

—Bueno, la verdad es que no sé muy bien cómo describirlo. Supongo que en

acciones y valores.

—*Acciones y valores*, ¿eh? —dijo Sid—. Pues ésa no la conozco. ¿O será algo que andan preparando los Boultings? Destapando los bajos fondos de la City, ¿eh?: Ian Carmichael de empleado de banca, joven e inocente; Terry Thomas de jefe conspirador. Suena bien. Debería ser muy divertida.

—No exactamente. Me parece que ha habido un pequeño malenten...

—Espere un momento, ya sabía yo que le había visto antes en alguna parte. —Sid llevaba un ratito estudiando sus facciones—. ¿No hizo usted el vicario de *La extraña prisión de Huntleigh*?

—No, tonto, ése fue Walter Hudd —dijo Dennis, antes de que Thomas pudiera negarlo—. Aunque seguro que fue usted el policía de *El dentista presidente*, ¿no?

—No, no, no —dijo Esma—. Ése fue Stuart Saunders, el querido Stuart. Pero ¿no le vimos en *Cuidado con la popa*?

—Venga ya... Yo trabajé en ésa —dijo Sid—. ¿Te crees que no me iba a acordar? No, ya lo tengo: *Sigue a ese caballo*. Usted era uno de los espías.

—¿O era *La posada de los problemas*?

—¿O *La vida es un circo*?

—¿O *Escuela de canallas*?

—Siento decepcionarles —dijo Thomas, alzando la mano—. Pero andan todos muy despistados. Me temo que no me dedico al arte de Talía. Cuando dije que trabajaba en acciones y valores, lo decía en sentido literal. Trabajo en la City. Soy banquero.

—Ah.

Se produjo un silencio más bien largo, roto al fin por Esma, que dijo alegremente:

— ¡Fascinante!

—¿Qué le ha traído por estos parajes entonces? —dijo Dennis—, si no le importa que se lo pregunte.

—El banco al que represento ha invertido mucho dinero en estos estudios —dijo Thomas—. Les gusta que venga de vez en cuando a ver qué tal van las cosas. Me pareció que, si no era mucha intrusión, esta tarde podría ver algo del rodaje.

Dennis y Sid cruzaron una mirada.

—Pues siento tener que decírselo —se permitió decir Sid—, pero me parece que le ha salido el tiro por la culata, compañero. Como verá, hoy se rueda a puerta cerrada.

—¿A puerta cerrada?

—Sí, sólo Ken y Shirl y los técnicos. Están rodando lo que se diría una escena bastante íntima.

Thomas se sonrió para sí mismo; su información era correcta.

—Pero estoy seguro de que a nadie le importará nada... que sólo un momento...

Pero esta vez parecía que no había tenido ni pizca de suerte. Cuando al poco rato se acercó tranquilamente hasta el plató, se enteró de que la escena que se rodaba

aquella tarde era una en la que Kenneth Connor se colaba en el dormitorio de Shirley Eaton justo cuando ella se estaba desnudando. No se admitían mirones, como el ayudante de dirección se empeñó en dejar muy claro.

Rabiando por dentro, Thomas se retiró hacia las sombras, más allá de las lámparas de arco, y se puso a pensar su siguiente movimiento. Podía oír al director y a los dos intérpretes repasando sus papeles, discutiendo las marcas del suelo y los ángulos de la cámara; y poco después se rogó silencio, se gritó «Acción» y, supuestamente, las cámaras empezaron a rodar.

Era intolerable. Thomas había entrevisto a la bella Shirley Eaton en bata mientras venía del restaurante, y no podía soportar la idea de que semejantes encantos se desvelasen lejos de su ávida mirada. A pesar de ser un hombre de negocios duro de corazón y de mente fría, y por lo tanto estar acostumbrado a contemplar impasiblemente la ascensión y la caída de inmensas fortunas financieras, aquello hizo que le entraran ganas de llorar. La situación era desesperada. Había que hacer algo.

Mientras rondaba por los alrededores del estudio en penumbra, se le presentó la salvación en forma de una escalera de mano apoyada contra la parte de atrás de un decorado. Pegando la oreja contra el panel, Thomas pudo oír las voces de los actores al otro lado, mientras intentaban la toma dos de la escena del dormitorio. Echó un vistazo hacia arriba y se fijó en dos puntitos de luz en la madera, justo donde la escalera estaba apoyada. ¿Sería posible que se pudiese ver el plató desde allí? (Tal como descubrió más tarde, eran dos agujeritos hechos en un óleo, un horrible retrato de familia que colgaba de la pared del dormitorio, tras el que los vigilantes ojos del asesino hacían a veces su escalofriante aparición.) Se subió a la escalera sin hacer ruido, y se dio cuenta de que los agujeros estaban hechos exactamente para que encajaran en ellos un par de ojos humanos. Casi podrían haber sido diseñados con ese propósito. Tras unos segundos para acostumbrarse al resplandor de los focos, Thomas miró hacia abajo y vio que ahora tenía un panorama completo del dormitorio prohibido.

No le quedó claro enseguida qué era lo que pasaba, aunque parecía que la escena giraba en torno a Kenneth, a Shirley y a un espejo. Kenneth estaba de espaldas a Shirley mientras ella se quitaba casi toda la ropa, pero podía seguir viendo su reflejo en el espejo, que era de bastidor y que él hacía lo posible por mantener inclinado, en consideración hacia ella. Shirley se encontraba junto a la cama, frente al retrato a través del cual miraban ahora los ojos como platos de Thomas, sin que nadie se diese cuenta. Parecía que había llegado durante una pausa del rodaje. Kenneth estaba hablando con el director, mientras dos jóvenes ayudantes hacían pequeños ajustes en el ángulo del espejo, en respuesta a las instrucciones que les gritaba el cámara. Por fin el director gritó:

—¡De acuerdo, todo el mundo a sus puestos!

Y Kenneth se acercó a la puerta para efectuar su entrada. Se hizo el silencio en el plató.



Kenneth abrió la puerta, entró, y pareció asustarse al ver a Shirley, que sólo llevaba una combinación y estaba a punto de ponerse la bata.

—Oiga —decía—, ¿qué hace usted en mi habitación?

—Ésta no es su habitación —decía Shirley—. Mire, ésas no son sus maletas, ¿o sí?

Se apretaba la bata recatadamente contra el pecho.

—Caramba, no —decía Kenneth—. Espere un momento, ésa tampoco es mi cama. Debo de haberme perdido. Lo siento. Me voy..., me voy pitando.

Empezaba a irse, pero se detenía tras dar unos cuantos pasos. Se daba la vuelta y veía que Shirley aún sostenía su bata, poco segura de sus intenciones.

Thomas se revolvió emocionado en la escalera.

—Señorita —decía Kenneth—, no sabrá usted por casualidad dónde está mi cuarto, ¿verdad?

Shirley sacudía tristemente la cabeza y decía:

—No, me temo que no.

—Ya —decía Kenneth, y hacía una pausa—. Lo siento. Me voy.

Shirley titubeaba, mientras en su interior tomaba cuerpo una decisión.

—No, espere. —Hacía un gesto apremiante con la mano—. Póngase de espaldas un momento.

Kenneth se daba la vuelta, y se encontraba frente a un espejo en el que podía ver su propio reflejo, y más allá, el de Shirley. Ella le daba la espalda, y se meneaba para sacarse la combinación por la cabeza.

—Un momento, señorita —decía él.

Thomas oyó un ruido detrás.

Kenneth bajaba rápidamente el espejo.

Shirley se volvía hacia él y decía:

—Es usted un encanto. —Terminaba de sacarse la combinación por arriba, y empezaba a desabrocharse el sujetador.

Thomas sintió que de repente le agarraban los tobillos un par de manos muy fuertes. Abrió la boca del susto y casi se cayó de la escalera, y luego miró hacia abajo. Se enfrentó con las canosas facciones de Sid James, quien le lanzó una sonrisa amenazadora, y susurró:

—Vamos, simpático, creo que es hora de que tú y yo nos demos un paseíto.

Sujetándole firmemente el brazo a Thomas contra la espalda, Sid lo llevó codo con codo hasta un pasillo, haciendo caso omiso de las confusas protestas del ilustre banquero.

—Ya sé que parece que estaba haciendo algo malo —decía—, pero lo que hacía en realidad era comprobar la solidez de los materiales de construcción. Es fundamental que sepamos que nuestra inversión está siendo...

—Mire, compañero, he leído cosas sobre la gente como usted en los periódicos. Hay muchas palabras para definirlos: no muy bonitas, la mayoría.

—Tal vez no sea el momento más adecuado —dijo Thomas—, pero soy un gran *fan* suyo. Supongo que no podría firmarme un autógrafo...

—Esta vez sí que has metido la pata, salado. Mira, lo que pasa con Shirley es que es una chica encantadora. Todos le tenemos mucho cariño. Y también es jovencita. Así que te meterás en problemas muy gordos si te vuelven a coger haciéndolo.

—Espero de verdad verle pronto en televisión otra vez —dijo Thomas a la desesperada, poniendo cara de dolor por la postura forzada de su brazo—. ¿Otra tanda de *Media hora con Hancock*, quizá?

Habían llegado hasta una puerta que daba al mundo exterior. Sid la abrió de un empujón y soltó a Thomas, que dejó escapar un profundo suspiro de alivio y se puso a sacudirse los pantalones. Cuando se volvió para mirar a Sid, se sorprendió al ver su cara desfigurada por la cólera.

—¿No lees los periódicos, pedazo de ignorante? Tony y yo hemos pasado a la historia. Se acabó. Kaput.

—Lo siento. No lo sabía.

Y fue en ese momento cuando Sid James aspiró profundamente, lo señaló con un dedo en señal de advertencia, y lo mandó a paseo con la frase de despedida que aún seguía fresca en la mente del viejo casi treinta años después, mientras se reía entre dientes de aquel incidente con su hermano Henry, junto al hogar cálido y acogedor del Heartland Club.

Inspirado tal vez por su visita a los Estudios Twickenham, Thomas mandó poner una serie de mirillas en varios sitios clave de las oficinas de Stewards cuando llegó a ser director del banco. Le gustaba saber que podía espiar las reuniones de sus subordinados siempre que quisiera, y sentir que tenía una ventaja sobre cualquiera que visitase o trabajase en la oficina. Por esta misma razón era por la que consideraba el propio despacho del director como una auténtica maravilla de diseño; porque los paneles de roble que recubrían las paredes no tenían, en apariencia, ninguna fisura, y cualquier visita que tratase de salir de allí tras una entrevista poco satisfactoria se pasaba un ratito tanteando a ver si encontraba la puerta, antes de que Thomas se levantara a ayudarlo con un aire de pericia cansina.

Esta característica era en sí misma sintomática del secreto en que se desenvolvían habitualmente las actividades de Stewards. Hasta los años ochenta la banca mercantil no empezó a perder su caballerosidad, su aire de pasatiempo, y adquirió una especie de *glamour* que amenazó con despertar un diminuto (aunque a los ojos de Thomas profundamente insano) destello de interés público. Hasta cierto punto lo atrajo sobre sí mismo. Al reconocer los enormes beneficios que se podían obtener de aconsejar al gobierno en su plan de privatización, dio unos pasos agresivos para asegurarse de que Stewards conseguiría una parte sustancial de aquel negocio tan bien publicitado. Disfrutó enormemente al arrebatar aquellas enormes compañías estatales de manos de

los contribuyentes y repartirlas entre una minoría de accionistas ansiosos de beneficios; al saber que estaba ayudando a acabar con la propiedad pública y a concentrarla en las manos de unos pocos, le invadía una honda y tranquilizadora sensación de estar obrando bien. Satisfacía algo primitivo en él. En el único otro campo en que Thomas podía obtener una satisfacción aún más grande y duradera, quizás, era en el área de fusiones y absorciones.

Durante una época, Stewards abrió el camino en el florecimiento de los negocios de absorción que barrieron la City durante la primera parte del reinado de la señora Thatcher. Quedó muy claro rápidamente que si un banco podía demostrar ser capaz, en contra de toda probabilidad, de ayudar a sus clientes a engullir otras compañías más rentables (y no necesariamente más pequeñas), entonces no había límites en cuanto a la clase de servicios que podría venderles en un futuro. La competencia entre los bancos aumentó. Nuevos términos, como «cuotas de oferta» o «cuotas de prosperidad», entraron a formar parte del lenguaje de la City, y se convirtió en un aspecto cada vez más importante del trabajo de Thomas movilizar «equipos de ofertas» compuestos de bancos, agentes de negocios, contables, abogados y asesores de relaciones públicas. Se idearon nuevos métodos de financiar las ofertas (emplear el propio dinero del banco, por ejemplo, para comprar acciones de las compañías que se habían propuesto como objetivo, o suscribir generosas alternativas en efectivo a las emisiones de acciones) que fueron amablemente aireadas por los perros guardianes de la City, que se controlaban a sí mismos. En comparación, la serie de fusiones, en su mayor parte incontestadas, que Thomas había negociado en nombre de su prima Dorothy y del Grupo Brunwin durante los años sesenta y setenta parecían ahora muy modestas.

El caso Guinness, cuidadosamente calculado para que coincidiera con las vísperas de unas elecciones generales, y así demostrar que el gobierno aplicaba mano dura a la mala gestión financiera, hizo que se controlaran temporalmente los procedimientos más despiadados. Si hay que buscar un clásico ejemplo de los métodos de Thomas en ese momento, habría que remontarse a los felices años de los comienzos de esa década, cuando los beneficios de Stewards procedentes de negocios corporativos alcanzaban los cinco millones de libras y notificaban unas treinta o cuarenta absorciones al año. De ellas, el caso de Phocas Motor Services es prácticamente tan representativo como cualquiera.

Phocas era una empresa de ingeniería, rentable y bien considerada, con base en los Midlands, que suministraba una gran gama de piezas, diseños y accesorios a la industria del motor. Fabricaban baterías, dispositivos de cierre centralizado, estéreos para coche, calefacciones, ventiladores, deflectores y muchos componentes eléctricos pequeños; y poseían un equipo de investigación y desarrollo permanentes que trabajaba en versiones más seguras y con mayor capacidad de respuesta de los sistemas de dirección y de frenos existentes. A comienzos de 1982 se supo que una compañía multinacional, que trabajaba en un campo similar, estaba interesada en

comprarla. Se daban todo tipo de razones para creer que la absorción habría sido amistosa y beneficiosa; la compañía en cuestión tenía una trayectoria de auténtica expansión y de buenas relaciones industriales.

Su oferta, sin embargo, fue impugnada por un flamante magnate que, casualmente, era uno de los clientes más prestigiosos de Stewards. Sabía muy poco de la industria del motor (la mayoría de sus *holdings* eran de publicaciones, ventas al por menor y deportes) y a muchos asesores de la City les costaba ver por qué había decidido meterse en ese asunto; pero su entrada en escena aseguraba ahora que ésa sería una de las absorciones más reñidas del año. Las dos compañías intentaban apostar por Phocas con sus propias acciones, así que se convirtió en tarea de sus respectivos banqueros ponerse a organizar discretamente operaciones de apoyo para conseguir más accionistas.

No iba a ser precisamente una contienda honesta. Al frente de Stewards, Thomas tenía una gama ilimitada de contactos, a quienes podía acudir en busca de ayuda, tanto en la industria como en la City; por otro lado, carecía de escrúpulos, y contaba con la ventaja, nada despreciable, de ser amigo íntimo de muchos de los más importantes miembros del Comité de Absorción. No era muy probable que cualquiera de sus maniobras más agresivas se castigase con algo peor que unas palmaditas en los nudillos. Es difícil precisar los detalles, pero se cree que remachó el clavo dirigiéndose hacia otro banco más pequeño, y convenciéndoles de que compraran acciones de su cliente por valor de varios millones de libras; cuando su precio se puso por la nubes en los días en que se cerraba la oferta, el banco volvió a hablar con él y le dijo que estaban pensando en vender; y para impedir el desastre, él convenció a su cliente para que los apaciguara con un depósito, libre de intereses, del equivalente exacto en libras esterlinas del precio alcanzado por las acciones, en una cuenta sin número de un banco suizo. A pesar de que esta práctica —la utilización del propio dinero de una compañía (o si vamos a ser precisos, del dinero de sus empleados y accionistas) para mantener el precio de sus acciones— iba a ser objeto de un proceso penal cuando se destapó el escándalo Guinness, Thomas nunca acabó de ver nada malo en ello. Le gustaba referirse a eso como a un «delito sin víctimas». Era un tanto arriesgado, de acuerdo, pero su experiencia le decía que casi siempre le había compensado, y si no había nada que perder, ¿cómo iba a ser capaz de verlo? Cegado por las muchas pantallas que había interpuesto entre él y el resto del mundo, ya no se encontraba en situación de tener mínimamente en cuenta a la gente con cuyo dinero estaba jugando.

El cliente de Thomas ganó la batalla, en cualquier caso, y poco después las razones de su interés en Phocas Motor Services quedaron muy claras. Además de su rentabilidad a largo plazo, la compañía contaba con otra valiosa posesión; a saber, un fondo de pensiones, que había sido tan bien organizado y tan astutamente invertido que, en aquel momento, se hallaba sólidamente consolidado. Antes de la absorción, los empleados de Phocas estuvieron a punto de que les ofrecieran (si lo sabrían bien

ellos...) un año exento de contribuciones al fondo, pero una de las primeras decisiones del magnate al asumir el control fue despedir al director en funciones del fondo y nombrar a uno de sus hombres en su lugar, y cuando su imperio de publicaciones, de ventas al por menor y de deportes se vino abajo como un castillo de naipes menos de un año después, los auditores independientes a los que se llamó para aclarar el descalabro se quedaron estupefactos ante la velocidad y la eficacia con que este fondo de pensiones se había agotado (no sólo mermado, sino literalmente agotado), y con que el dinero se había sacado poco a poco para malgastarlo en un intento inútil por retrasar el colapso de varias imprentas fallidas, de varias cadenas de tiendas también fallidas, de varios equipos de fútbol igualmente fallidos, y de otras tantas aventuras inútiles.

Incluso ahora, años más tarde, las maniobras legales para ayudar a los pensionistas a recuperar su dinero siguen en vigor. No hay solución a la vista. Thomas Winshaw, cuyo banco se encargó, paso a paso, de los asuntos financieros del flamante magnate, aún no sale de su asombro ante la escala del fraude, y continúa declarando, desconcertado, que él no sabía nada.

*No hace falta decir que no le creo. Y tal vez deba mencionar que tengo un pequeño interés personal en este caso. Phocas Motor Services era la empresa para la que trabajaba mi padre. Se pasó allí casi treinta años, y se retiró justo unos meses después de que el escándalo de las pensiones saliese a la luz. El dinero que había estado ahorrando durante todo ese tiempo se había desvanecido, y no le quedó más remedio que sobrevivir con una pensión del Estado, y con un suplemento de unas cuantas libras extra que ganaba mi madre, que tuvo que volver a dar algunas clases. No era la jubilación que habían planeado.*

*A mí no me cabe la menor duda de que el estrés ocasionado por esa situación contribuyó a que le diese un ataque al corazón.*

*¿Significa eso que Thomas fue cómplice del asesinato de mi padre?*

He perdido la cuenta del número de veces que Fiona y yo nos las ingeniamos para irnos a la cama juntos durante las semanas siguientes; aunque un purista, supongo, le pondría pegas a mi particular interpretación de la frase «irnos a la cama». El procedimiento era más o menos éste. Ella llegaba del trabajo a casa (por lo general, agotada) y se metía en la cama casi inmediatamente. Mientras tanto yo, en mi cocina, le preparaba algún bocado apetitoso: nada demasiado sustancioso, porque prácticamente no tenía apetito; unos huevos revueltos o unos palitos de pescado solían bastar, y a veces sólo le calentaba una lata de sopa y se la servía con unos panecillos. Luego cruzaba el descansillo con la bandeja de comida hasta su casa, y se la colocaba sobre las piernas mientras ella se incorporaba, apoyada contra una pila de almohadas. Yo me sentaba junto a ella (más propiamente *en* la cama, ¿me explico?, que dentro de ella), y nos tomábamos nuestra cenita juntos, el uno al lado del otro, exactamente como una pareja que llevase treinta años casada o más. Y para colmo, y para acabar de rematar el parecido, siempre encendíamos la televisión, y nos quedábamos viéndola horas, sin apenas mediar palabra.

Siempre he asociado la televisión a la enfermedad. No a las enfermedades del alma, como harían algunos comentaristas, sino a las del cuerpo. Probablemente se remonta a la época en que mi padre se encontraba en el hospital, recuperándose del ataque al corazón que iba a acabar con él en cuestión de dos o tres semanas, a los sesenta y un años tan sólo. Yo había llegado de Londres en cuanto me enteré del asunto y, por primera vez en muchos años, me quedé en casa de mis padres. Fue una experiencia curiosa, regresar a aquella casa que ahora me resultaba tan poco familiar, en aquel barrio apartado que estaba entre la ciudad y el campo, y me pasaba muchas mañanas sentado a la mesa de mi antiguo dormitorio, contemplando el panorama que en su día había marcado todas mis experiencias y aspiraciones, mientras mi madre se quedaba abajo, intentando encontrar cosas que hacer o rellenando solemnemente uno de los numerosos crucigramas de revista o de periódico a los que entonces era tan aficionada. Pero, en lo tocante a las tardes, habíamos elaborado un pequeño ritual, un ritual diseñado, supongo, para mantener el temor y el dolor a una distancia tolerable; y ahí era donde la televisión jugaba su papel.

Aunque mis padres vivían en las afueras de Birmingham, sus vidas tendían a girar en torno a una población con muchos comercios, tranquila y bastante bonita, que les quedaba a unos diez u once kilómetros de casa y se enorgullecía de contar con un pequeño hospital, en el que habían admitido a mi padre el día de su ataque al corazón; el horario de visitas era de las dos y media a las tres y media por la tarde, y de las seis

y media a las ocho por la noche. Lo cual quería decir que las horas que nos quedaban libres entre las dos visitas eran las más tensas y problemáticas del día. Salíamos del hospital al aparcamiento de las visitas y a la clara luz de la tarde, y mi madre, que había perdido completamente la capacidad (aunque nunca la había abandonado en los últimos veinticinco años) de planear la compra con más de unas cuantas horas de anticipación, me llevaba con ella hasta el supermercado del pueblo, a comprar varios paquetes de comida congelada para la cena. Mientras ella hacía la compra, yo me bajaba del coche y me paseaba por la prácticamente desierta High Street (en realidad, la única calle comercial de verdad), asombrado al pensar que en su día había sido incapaz de concebir una metrópoli más populosa y animada. Investigaba un poco en la sucursal de Woolworth's donde solía gastarme lo que había conseguido ahorrar de mis pagas semanales en discos de oferta; en el puesto de periódicos donde sólo se podía comprar (aunque, en mis tiempos, yo no tenía ni la menor idea) una parte muy reducida de las revistas que se vendían en Londres; y en la única librería del pueblo, montada en un espacio de unos nueve metros cuadrados, escasamente surtido, que a mí me había parecido durante años nada menos que una moderna biblioteca de Alejandría. Era allí donde, hacia el final de mi adolescencia, solía pasarme horas mirando las portadas de las últimas ediciones de bolsillo, mientras afuera Verity echaba pestes y daba pataditas en el suelo. La mera visión de aquellos libros nunca había dejado de llenarme de asombro: parecían implicar la existencia de un mundo lejano, habitado por gente guapa y con talento, que se entregaba a los ideales literarios más nobles (el mismo mundo, claro, en el que la suerte me iba a permitir un día poner mis propios pies inseguros, sólo para encontrarlo tan frío y hostil como la piscina que, de puro helada, me había provocado un llanto incontenible en aquel fatídico cumpleaños).

Después de eso, de todos modos, venía la parte más importante del ritual. Regresábamos a casa, nos preparábamos dos tazas de café instantáneo, poníamos un plato con galletas Digestive o Rich Tea, y luego, durante media hora, nos sentábamos delante de la televisión para ver un concurso: un programa de una frivolidad y una sosería muy respetables que, con todo y con eso, nosotros seguíamos con una concentración digna de idólatras, como si perdersen siquiera unos segundos de él fuese a hacer que careciese de sentido la experiencia entera.

El programa constaba de dos partes muy simples: un juego de cifras, donde los concursantes debían realizar alguna operación aritmética elemental (yo era bastante bueno en eso, mientras que mi madre siempre se embrollaba y nunca le llegaba el tiempo), y un juego de letras, en el que competían a ver quién podía formar la palabra más larga con nueve letras del alfabeto elegidas al azar. Mi madre se lo tomaba más en serio que yo, y siempre se aseguraba de tener lápiz y papel a mano antes de sentarse a ver la tele, y de cuando en cuando les ganaba de hecho a los concursantes; recuerdo perfectamente sus aires de triunfo una vez que consiguió una palabra de ocho letras, «cajonera», con las letras J, A, R, S, A, N, C, E, O, cuando lo mejor que

había podido hacer el ganador era «acosar», de seis puntos. Luego se pasó horas eufórica; fue la única ocasión durante aquellas semanas en que vi que se le suavizaban las arrugas de preocupación de la cara. Y se me ocurre que sólo puede haber sido por esa razón por lo que solíamos realizar aquellos esfuerzos tan agotadores por llegar a ver la televisión a las cuatro y media todos los días; a veces incluso, cuando nuestras compras nos habían llevado más tiempo del esperado, conduciendo a ochenta o noventa kilómetros por hora por las calles de los alrededores, con miedo de perdernos el principio del programa, o la tonta introducción del presentador, salpicada de unos juegos de palabras horribles y adornada con las sonrisas suplicantes de un cachorro crecido. Había otra razón, sin embargo, por la que mi madre lo veía todas las tardes, con aquellos ojos que irradiaban la fe del auténtico creyente, y era que se agarraba a la posibilidad de que un día se le concedería una visión, una revelación del Espíritu Santo tras la que iban todos los seguidores del programa: una palabra perfecta de nueve letras que tendría que formar con aquellas letras elegidas al azar. Creo que la habría convertido en la mujer más feliz del mundo, aunque sólo fuera por unos instantes; y lo irónico del caso es que sucedió una vez, pero ella nunca lo supo. Las letras eran B, R, U, I, N, D, O, M, O y yo la vi inmediatamente, pero ninguno de los concursantes lo consiguió y mi madre tampoco se aclaraba; lo único que pudo encontrar al final fue una palabrita de cinco letras, «ruido». Por lo menos eso dijo en ese momento, y ahora me pregunto si ella la vería también, la palabra «moribundo» deletreada por aquellas nueve letras fortuitas, pero no fue capaz de ponerse a escribir aquella verdad en la parte de atrás de su lista de la compra, garabateada a toda prisa.

En cualquier caso, Fiona y yo teníamos asuntos más serios de los que ocuparnos, porque el dramático cambio que su enfermedad produjo en nuestros hábitos televisivos coincidió, de casualidad, con un periodo de sacudidas políticas, tanto en el terreno nacional como en el internacional. A finales de noviembre, justo unos días después de que hubiera ido a ver a su médico por segunda vez, estalló la crisis de liderazgo del Partido Conservador y la señora Thatcher se vio obligada a dimitir. Fue una semana de intensa, aunque pasajera, actividad en los medios de comunicación, y aún fuimos capaces de atracarnos de una dieta de noticiarios, debates nocturnos especiales y boletines informativos alargados, que se encadenaban unos con otros. Y entonces, el día que acudió a su cita en el ambulatorio, nos enteramos de que Sadam Husein había rechazado la resolución 678 del Consejo de Seguridad: un ultimátum que autorizaba el uso de «todos los medios necesarios» si Irak no se retiraba de Kuwait antes del 15 de enero; y enseguida apareció en la televisión francesa diciendo que le parecía que había un cincuenta por ciento de posibilidades de un conflicto armado; y a pesar de que en aquel momento empezó a liberar a los rehenes, de modo que todos se encontraban ya en sus casas más o menos una semana antes de Navidad, seguía dando la sensación de que los políticos y los líderes militares estaban empeñados en arrastrarnos a la guerra. Pero lo curioso es que Fiona, que era una



persona amante de la paz y a la que no le interesaba mucho la política, obtenía un cierto consuelo de todo esto, y yo empecé a sospechar que, igual que mi madre con su concurso, lo había escogido como un modo de escudarse del miedo que, de otra manera, muy bien podría haberse apoderado de ella.

Esta vez el médico la había escuchado con más atención. Le examinó el cuello cuando le habló del bulto, que estaba más grande que antes, dijo, y casi media cinco centímetros de diámetro, y anotó todo lo que ella le contó sobre el tema, pero siguió diciendo que probablemente carecía de importancia, que las fiebres y los sudores nocturnos podían muy bien deberse a otra cosa completamente distinta, alguna infección aguda para la que existiese algún tratamiento. Pero no tenía sentido correr riesgos innecesarios, y se le dio aquella cita en el ambulatorio a últimos de noviembre. Le hicieron un análisis de sangre y la miraron por rayos, por lo visto, y se suponía que debía volver a las tres semanas para recoger los resultados. Mientras tanto, había que ir anotando la temperatura en un gráfico, así que nuestras noches juntos siempre acababan conmigo yendo a buscar el termómetro y anotando fielmente la cifra precisa, antes de apagar la luz y regresar a mi piso con la bandeja y los platos o las tazas de caldo sucias.

Como ya dije, entre nosotros se producían muchos silencios; por parte de Fiona porque le dolía mucho la garganta al hablar, y por la mía porque no se me ocurría nada que decir.

Pero sí recuerdo en cambio una conversación que tuvo lugar en la media hora de tiempo muerto que iba desde *Las noticias de las nueve* a *Las noticias de las diez*, y que empezó con ella haciendo un comentario inesperado.

—Mira, no tienes por qué hacer esto todas las noches.

—Ya lo sé.

—Quiero decir que si te apetece ir a otros sitios o ver a otra gente...

—Sí, ya lo sé.

—No creo que te resulte muy divertido estar aquí pegado a mí todo el rato. No es como si...

—Es agradable estar contigo. De verdad. Ya te lo he dicho otras veces.

(Y era verdad.)

—Ya lo sé, pero... Cuando me encuentre mejor, cuando me saquen esta cosa, te lo pasarás... mucho mejor conmigo. Y entonces, ¿sabes?, entonces empezaremos algo, ¿verdad? Intentaremos de veras que salga bien.

—Pues claro que sí.

—Estoy impresionada, por decirlo de alguna manera — continuó, dubitativa—. Quiero decir que no me pasa con cualquier hombre... No hay muchos hombres con los que me sentiría cómoda teniéndolos delante todo el rato, y que me vieran en la cama y eso. Supongo que estoy impresionada por..., porque no hayas intentado nada todavía.

—Es que no voy a abusar de ti, ¿no?, por lo menos en ese estado.

—No, pero ya nos conocemos desde hace un par de meses, y la mayoría de la gente, en ese tiempo, ya habría... Ya sé que en nuestro caso no lo permiten las circunstancias, pero..., bueno, que debes de haberlo pensado.

Y claro que lo había pensado, sentado noche tras noche en la cama de Fiona, que a veces sólo llevaba un jersey, y a veces sólo la bata; y encima tocando sus brazos desnudos, sacudiéndole las migas de encima, palpándole el cuello para ver si había más bultos, poniéndole y quitándole el termómetro de la boca, dándole abrazos para consolarla y besitos de buenas noches en la mejilla. ¿Cómo iba a resultar inocente tanto cuidado, cómo no iba a contar con su cuota de miradas furtivas y excitaciones reprimidas? Pues claro que lo había pensado. Los dos sabíamos que había una fuerte corriente subterránea de sentimientos entre nosotros, que a la vez era difícil ignorar y ridículo no reconocer.

Pero yo me limité a sonreír.

—No te preocupes —dije, mientras me dirigía a la cocina a por dos tazas de cacao—. El sexo nunca ha estado más lejos de mi imaginación.

ligas	negro	vergajo
medias	sostén	desabrochar
orgía	toquetear	braguitas
erecto	esposas	dilatar
bajar	malla	muslos
salido	quitar	chupar
escote	flujos	goma
striptease	aceite	suave
pezón	acariciando	rosa
montar	lamer	húmedo
cuero	muslos	separados
exploración	lengua	tierno
espalda	arqueándose	gimiendo
despacio	¡Dios!	Sí
por favor	no pares	Sí

Dejé los restos de la bandeja sin lavar en la cocina, luego volví a mi escritorio y repasé la lista otra vez. Me llenó de aprensión. Desde mi conversación con Patrick, estaba decidido a demostrarle que podía escribir sobre sexo tan bien como cualquiera, que era un tema que no me iba a amilanar en el libro sobre los Winshaw. Y la situación que había elegido describir se me había ocurrido sola, sin mayores dificultades. Cuando me había encontrado con Findlay en la Narcissus Gallery, acerté a oír de casualidad un cotilleo sobre que Roddy Winshaw había seducido a una

pintora joven a la que invitó a pasar el fin de semana en Yorkshire, y como yo no sabía nada sobre las circunstancias concretas, y había decidido que, para los fines de este libro, ya no me interesaba respetar el límite entre la ficción y la realidad, me parecía que aquel incidente constituía un punto de partida ideal. Pero ya llevaba trabajando en él más de cuatro noches, y resultaba muy evidente que no estaba yendo a ninguna parte.

Para ser sinceros, no tenía mucha experiencia en este asunto. Mis conocimientos de libros y películas que trataran la sexualidad abiertamente eran escasos. A pesar de todos aquellos años en los que había confiado en la televisión para estimularme sexualmente, conservaba, aunque parezca mentira, una aversión fundamental a la pornografía (una aversión que probablemente era una cuestión de principios, si uno se tomaba la molestia de echarle un vistazo al pasado lejano). Hasta en las películas más cutres que compraba, alquilaba o grababa de la televisión, solía haber siempre un vestigio de justificación artística para los acoplamientos y las desnudeces, que pronto se convirtieron en mi principal foco de interés. Y de hecho, solo había ido una vez al cine a ver una película pornográfica. Fue a mediados de los setenta, durante aquella última etapa tan horrible con Verity. Durante varios meses, nuestra vida sexual había ido agonizando lenta y cansinamente, y dado nuestro pánico común, decidimos que una visita a un cine cercano especializado en películas verdes tal vez nos aportaría algo así como una resurrección. Para nuestra desgracia, no tuvimos suerte. A la película que escogimos le habían dedicado cierta atención en nuestro periódico vespertino porque, a pesar de estar hecha por una productora de Londres, había sido rodada enteramente en localizaciones de Birmingham. En vista de lo cual, se había hecho muy popular entre los lugareños, y el resto del público consistía sobre todo en parejas de mediana edad (y era evidente que algunas ya la habían visto varias veces) que tenían una molesta tendencia a interrumpir, por ejemplo, una escena de sexo oral en un asiento trasero con comentarios como: «Éste es el trocito donde se puede ver el Mini de Tracy pasando por fuera», o «¿A que la casa del callista tiene mejor pinta ahora que le han dado una mano de pintura?». Verity y yo abandonamos el cine sin sentirnos especialmente excitados y nos pasamos el resto de la noche, creo recordar, reordenando las instantáneas de nuestras vacaciones en las islas Scilly.

Dejando a un lado este recuerdo, volví a las hojas de papel en blanco que tenía ante mí y traté de concentrarme. No era fácil, porque sólo faltaban cinco días para Navidad, y se suponía que al día siguiente Fiona regresaría al hospital a recoger los resultados de sus análisis. Yo había accedido a acompañarla, y los dos estábamos preocupados. Para colmo de males, había recibido una llamada telefónica aquel día que me asustó; nada más y nada menos que de la señorita Tonks. Parecía que se había producido otro robo, pero esta vez no en las oficinas, sino en casa del señor McGanny en St. John's Wood. El ladrón había conseguido abrir su caja fuerte, y se había llevado varios documentos privados, incluidas cartas de Tabitha Winshaw y, por alguna razón, declaraciones de la renta de la empresa, del año fiscal 1981/82. Aún de

un modo más extraño, habían arrancado unas cuantas fotos de los álbumes familiares del señor McGanny. La señorita Tonks me preguntó si podía aclararles algo. Naturalmente no podía, así que el único resultado de nuestra conversación fue dejar el misterio más velado que nunca y que a mí todavía me costase más concentrarme en mi trabajo.

Después de un rato, aparté mi lista de palabras clave; resultaba que, en vez de ayudarme, me inhibía, y decidí que la única forma de acabar con la parálisis era dejarse llevar completamente por la espontaneidad. Debía escribir lo que se me viniese a la cabeza, y preocuparme luego por los detalles. Así que me fui a por una botella de vino blanco a la cocina, me llené un vaso entero y escribí mi primera frase.

*Lo siguió hasta el dormitorio*

Era un buen comienzo. Nada demasiado complicado. Le di un sorbo al vino, y me froté las manos. A lo mejor no iba a serme tan difícil como había creído. Ahora tal vez un par de frases para describir el dormitorio, y puede que llegásemos a alguna parte.

*Era una*

Pero ¿qué era? No me apetecía nada muy elaborado a esas alturas, ni empantanar al lector con descripciones prolijas.

Un solo adjetivo elegido con cuidado debería servir. ¿Qué tal

*Era una habitación amplia?*

No, demasiado aburrido. ¿Era una habitación suntuosa? Demasiado visto. ¿Una habitación encantadora? Demasiado relamido. Era una habitación amplia, encantadora y suntuosa. Era encantadoramente suntuosa. Era ampliamente encantadora. Para ser sinceros, me importaba un pimiento qué clase de habitación fuera. Y seguro que a mis lectores también. Mejor pasar por alto todo aquello y entrar en acción.

*La arrastró bruscamente hasta la cama*

Eso no servía. No quería que pareciese una violación. *La arrastró suavemente hasta la cama*

Demasiado soso.

*La llevó hasta la cama*

*Se sentó en la cama y la atrajo bruscamente hacia él*

*—¿Por qué no te sientas?—dijo, y señaló la cama sin más miramientos*

*Señaló la cama sin más miramientos, y alzó una ceja en plan provocativo en plan sugerente*

*alzó una ceja*

*alzó las cejas*

*alzó la ceja derecha en plan provocativo*

*alzó la ceja izquierda en plan sugerente*

*Alzando ambas cejas, una en plan provocativo, y otra en plan sugerente, la atrajo suavemente sin más miramientos hacia la cama*

Quizá fuera mejor ahorrarse toda aquella parte. Podía imaginarme exactamente lo que Patrick me iba a decir: Me entretenía con todas esas lindezas preliminares para evitar meterme de lleno en el ajo.

*Ella llevaba una*

¿Qué llevaba?

*Ella llevaba una blusa*

¿De verdad?

*Ella llevaba una fina blusa de muselina*

*Ella llevaba una fina blusa de muselina, a través de la que se le transparentaban*

Vamos, escríbelo.

*a través de la que se le transparentaban los pezones como*

¿Como qué?

*como dos cerezas*

*como dos cerezas al marrasquino*

*como dos guindas*

*como dos bolitas de menta Fox's*

*como dos guisantes en una vaina*

*como tres monedas en una fuente*

*como un par de ciruelas Victoria*

*como las cataratas Victoria*

*como dos garbanzos negros*

Bueno, el caso era que ella tenía pezones. La cosa estaba clara. Pero ¿qué pasaba con él? No quería que me tachasen de sexista; que yo supiera, estaba obligado a presentar también al macho como un objeto sexual. Así que, por ejemplo:

*Sus ajustados pantalones negros apenas podían ocultar*

O mejor aún:

*El bulto de sus ajustados pantalones negros hizo que ella no dudara de*

*su excitación*

*sus intenciones*

*su dotación*

*su actitud*

*la naturaleza de su dotación*

*el tamaño de su virilidad*

*el grado de su tamaño*

*el tamaño de toda su virilidad palpitante*

*todo el tamaño de su miembro caliente y palpitante*

Tenía que admitirlo, por ahí no iba a ningún lado. Además, siempre podía volver después sobre ello si quería afinar aquellas partes con detalles tan descriptivos. Si no me metía pronto con el meollo de la cuestión, se me habría pasado el momento.

*Le arrancó la blusa*  
No, demasiado agresivo.  
*Le desabrochó la blusa, y se la quitó como*  
*como*  
*como la piel de un plátano maduro*

Solté la pluma, y me eché hacia atrás disgustado. ¿Qué me pasaba esa noche? Puede que fuera el vino, o simplemente que no tenía ni pizca de práctica en aquel tema, pero nada parecía funcionar. Estaba dando todos los pasos equivocados, tropezando en todas las vallas, titubeando y tanteando y no comunicando más que mi propia inexperiencia.

*Él probó a apoyar una mano sobre sus*  
*suaves, lechosos*  
*cálidos, sedosos*  
*dóciles, palpitantes*  
*turgentes, caídos*  
*hinchados, protuberantes*  
*grandes, bamboleantes*  
*carnosos, abultados, pesados; fornidos, robustos, descomunales, inmensos,*  
*enormes, imponentes, monstruosos, prodigiosos, colosales, gigantescos,*  
*inconmensurables, ciclópeos, titánicos, hercúleos*  
*pequeños pechos insolentes*  
*sus pechos perfectamente proporcionados*  
*sus pechos más o menos proporcionados, pero aun así sorprendentes*  
*sus pechos deformados*

De acuerdo. Vamos a dejarlo. Más vino. Ahora piénsatelo con calma. Imagínate a estas dos personas jóvenes y atractivas, solas en una habitación, y sin más diversión posible que sus cuerpos. Imagínatelas bien. Y ahora elige las palabras seguro de ti mismo, con precisión. No tengas miedo.

*mientras enterraba la cara en sus hermosos pechos, ella le apartó la camisa*  
*de sus hombros bien formados*  
*cayó de rodillas y le frotó el ombligo con la nariz*  
*cayeron sobre la cama, y él se puso encima de ella, mientras sus labios se*  
*fundían desesperadamente en un beso largo y húmedo*  
*cayeron sobre la cama, y ella se puso encima de él, mientras sus labios*  
*húmedos se fundían vorazmente en un beso largo y desesperante*

Bah, a la mierda con eso.

*jadeaba de deseo*  
*le reventaban los calzoncillos*  
*tenía la entrepierna mojada*  
*le sudaba la parte de atrás de las orejas*  
*estaba a punto de correrse*

*no sabía si correrse o pararse*

Y fue en esta coyuntura orgásmica, justo cuando había conseguido alcanzar un estado de excitación bastante desesperado, cuando sonó el teléfono. Me erguí, sorprendido, y miré el reloj. Eran las dos y media de la madrugada. Irracionalmente, me sentí obligado a despejar mi escritorio y a asegurarme de que las hojas de papel estaban boca abajo antes de ir a coger el teléfono. Luego, cuando lo descolgué, oí una voz desconocida.

—¿Señor Owen? —dijo.

—El mismo.

—Siento molestarle a estas horas de la noche. Espero no haberle sacado de la cama. Soy Hanrahan. Llamo de parte de un cliente mío, el señor Findlay Onyx, que dice ser conocido suyo.

—Y es cierto.

—Mire, yo soy su abogado. Findlay le pide disculpas por no poder hablar con usted directamente, pero está detenido en la comisaría de policía, y no se le permite hacer más llamadas. Sin embargo, arde en deseos de hablar en persona con usted a la menor oportunidad. Me pidió que le dijera que se pasase mañana por la comisaría en cuanto pudiera, si no tiene inconveniente.

—Bueno, pues... va a ser difícil —dije, pensando en Fiona y su cita en el ambulatorio—. Pero supongo que si es absolutamente necesario... Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Está en un apuro?

—Me temo que sí. Creo que sería mejor que intentase hacer el esfuerzo.

Le prometí que sí sin mucho entusiasmo, y él dijo:

—Estupendo. Entonces Findlay puede contar con usted.

Y colgó. Toda la conversación se había desarrollado tan rápido que apenas me daba cuenta de lo que había pasado. Para empezar, ni siquiera había conseguido preguntarle por qué había detenido la policía a Findlay; a menos, claro (y de repente me pareció la única solución posible) que fuera él quien había entrado en casa del señor McGanny y robado los documentos relacionados con mi libro. Me fui al dormitorio, me eché en la cama y me puse a elucubrar sobre el asunto. ¿Podían haberlo atrapado ya, si el robo se había cometido tan sólo la noche anterior? Probablemente. Era viejo y achacoso, y muy bien podía haber olvidado sin querer una prueba evidente de su culpabilidad. Pero si era así, ¿por qué tanta prisa? Seguro que lo dejaban en libertad bajo fianza, y nuestro encuentro se podría haber pospuesto hasta que gozase de la intimidad de su piso. No había forma de saberlo, de todos modos, y me pasé el resto de la noche meditando sobre este nuevo giro de los acontecimientos en una desasosegada duermevela que interrumpieron a las pocas horas los primeros rayos de luz invernal.

Por lo visto, me iba a llevar casi toda la mañana llegar a la comisaría de policía en autobús. De todas maneras, Fiona no tendría ese problema: le había pedido un microtaxi antes de salir. Lo hice, más que nada, por quedarme con la conciencia tranquila, porque de repente, al dejarla, me pareció muy vulnerable; se había puesto su ropa de trabajo más elegante, como hace la gente cuando los atrapa ese extraño sentido del decoro que insiste en que, si van a toparse con la desgracia, por lo menos deben ir bien vestidos. (Y además, supongo, les da una especie de fuerza.) El tenerme con ella no habría sido muy distinto, en cualquier caso. O eso era lo que yo trataba de creerme cuando el autobús paró y empezó su parsimonioso recorrido por las calles de Londres, acercándome aún más a la siguiente etapa de un misterio del que empezaba a sentirme, si he de ser sincero, cada vez más desligado. Era un sentimiento agradable aquel alejamiento: un auténtico alivio, tras todos aquellos años de confusión y esfuerzo. Ni se me ocurrió que habría dejado de experimentarlo al final de la mañana.

Me tuvieron esperando sólo unos minutos junto al escritorio del sargento, y luego me condujeron a una celda del sótano, clara pero mugrienta. Findlay estaba sentado muy rígido en su banco, con la gabardina una vez más echada sobre los hombros, su pelo canoso convertido en una aureola por efecto de los rayos de luz provenientes de un alto ventanuco que había en la pared.

—Michael —dijo, estrechando la mano que le había tendido—. Es un honor. Ojalá el destino no hubiera querido que nos encontráramos por segunda vez en medio de tanta miseria y tanta porquería. Me temo que la culpa es toda mía.

—¿Toda?

—Bueno, seguramente habrá adivinado qué es lo que me ha traído hasta aquí.

—Digamos que tengo alguna sospecha.

—Pues claro que sí, Michael. Un hombre con esa perspicacia, con esa intuición... Ya sabe las flaquezas a las que está expuesto un viejo, cuando su voluntad es débil pero sus deseos, ay, siguen siendo intensos. Más intensos que nunca. —Suspiró—. Creo que la última vez que nos vimos ya le mencioné... mis correrías.

Asentí dubitativo. La verdad era que no me enteraba de nada.

—Bueno, pues he abusado un poco. Y eso es lo triste del caso, y la culpa sólo la tengo yo.

Empezaba a hacerse la luz.

—¿Se refiere a su libertad provisional?,

—En efecto. Una vez más he sido víctima de las exigencias de una libido excesiva. Una vez más el poder de la carne sobre el espíritu...

—¿Conque no fue usted quien entró en casa del señor McGanny la otra noche?

Alzó la vista bruscamente, me hizo «sssh» para que me callara y le echó una mirada de advertencia a la puerta.



—Por el amor de Dios, Michael. ¿Quiere que aún se me compliquen más las cosas? —Y luego, en un susurro—: ¿Por qué se cree que le he hecho venir, si no es para discutir ese asunto?

Me senté a su lado en el banco, y esperé a que me aclarase las cosas. Después de un rato me di cuenta de que se había puesto de mal humor.

—Lo siento —solté de repente.

—Aparte de todo —dijo—, pone usted en entredicho mi competencia profesional, si cree que soy incapaz de llevar a cabo una misión tan rutinaria sin que me cojan. Entré y salí de esa casa, Michael, con la gracia y la ligereza de un gato salvaje. El mismísimo Raffles podría haberse quedado atrás y morir de envidia.

—¿Entonces qué fue lo que no funcionó?

—La mera pérdida de control, Michael. La falta de fuerza de voluntad, y nada más que eso. Ayer me pasé el día entero examinando los documentos que había pedido prestados (que había pedido prestados, repito, porque soy muy escrupuloso con la propiedad privada), y a la noche, estaba muy contento porque aportaban todo lo que a mí me habría hecho falta para forjar los eslabones perdidos de esta investigación tan complicada. Imagine mi emoción, Michael. Imagine la subida de adrenalina y el ímpetu de la sangre corriendo por mis ancianas venas en un torrente de orgullo y excitación. De repente me sentía como un hombre de treinta años.

—¿Y?

—Naturalmente salí a ver si encontraba a alguien. A esa hora los pubs estaban cerrados, pero sólo a unas cuantas manzanas de mi casa hay unos urinarios que, gracias a una decisión típicamente sabía por parte de las autoridades locales, da asilo a cualquier hora del día o de la noche a todo el que busque alivio en sus variadas formas. Llevaba semanas intentando mantenerme apartado de ese lugar, desde que me habían conducido ante un juez y me habían dicho que un desliz más y me vería entre rejas (sólo durante un par de meses, dijeron, pero ¿quién sabe qué efecto puede producir incluso un encierro tan breve en la constitución de una reliquia tan frágil y con un corazón tan delicado como yo?). Anoche, sin embargo, la potestad de la ley parecía no implicar ningún horror, y fui incapaz de resistirme a una visita a ese sumidero de deliciosa iniquidad. Tan sólo llevaba allí unos segundos cuando un hombre (¡pero qué digo un hombre! Una aparición, Michael, la fantasía de un perfeccionista hecha realidad, Adonis en persona, con una cazadora de piloto y unos vaqueros azul celeste) salió de una de las cabinas. —Findlay meneó la cabeza, mientras el éxtasis y el arrepentimiento parecían disputarse la primacía de sus pensamientos—. No hace falta decir que iba a ser mi ruina. Y viceversa.

—¿Y viceversa?

—Exactamente; le desabroché la camisa, le desabroché los pantalones, le desabroché la bragueta. No voy a ofender su sensibilidad de macho, Michael, con un relato detallado (con pelos y señales, casi se podría decir) de los placeres que siguieron. Sólo le pido que se imagine mi impresión, la sensación de atropello y de

traición que tuve cuando él se identificó de golpe como nada menos que un superintendente de la policía metropolitana, me colocó unas esposas, y silbó para que viniera el cómplice que había estado esperando fuera junto a la entrada. Todo ocurrió tan rápido... —Bajó la cabeza y los dos nos quedamos en silencio. Traté de que se me ocurriera algo que pudiera servirle de consuelo, pero no se me ocurrió nada; y cuando Findlay por fin volvió a hablar, había una nueva nota de amargura en su voz —. ¿Sabe?, lo que no puedo soportar es la hipocresía de esta gente. Cómo se engañan a sí mismos y a todos los demás. Estaba disfrutando de mi trabajito tanto como yo.

—¿Cómo lo sabe?

—Por favor, Michael —dijo con una mirada indulgente—. Una de dos: o le gustaba o yo llevaba diez minutos con su porra entre los dientes. Fíese un poco de mi lectura de la situación.

Chafado, esperé un poco antes de preguntar:

—¿Y entonces qué pasó?

—Me volvieron a meter aquí, y por lo visto me pueden tener encerrado un día o dos. Que es por lo que quería verle lo antes posible.

Se oyeron pasos afuera, en el pasillo. Findlay esperó hasta que dejaron de oírse, luego se inclinó hacia mí con aire conspirador.

—He realizado algunos descubrimientos asombrosos —dijo en voz baja—. Le encantará saber (aunque no le sorprenderá mucho, si está un poco al corriente de mi tanto por ciento de éxitos en estos asuntos) que mis sospechas han resultado ser fundadas.

—¿De qué sospechas me habla?

—Vuelva los ojos, Michael, hacia aquella discusión que tuvimos la última vez que nos vimos. En un determinado momento, creo recordar, hizo un comentario al respecto de que usted simplemente se había visto «metido» en este asunto de pura casualidad, y yo me atreví a insinuar que la cosa podía haber sido un poquito más complicada. Y tenía razón. —Hizo una pausa para impresionar—. Lo eligieron.

—¿Que me eligieron? ¿Y quién me eligió?

—Tabitha Winshaw, claro. Y ahora escúcheme atentamente. Hanrahan le dará un juego de llaves de repuesto de mi piso, y usted encontrará todos los papeles importantes en el cajón de arriba de mi escritorio. Debería acercarse hasta allí lo antes posible, y echarles un buen vistazo. La primera cosa con la que se topará es la carta de Tabitha a la Peacock Press, con fecha del 21 de mayo de 1982, en la que les propone la idea de un libro sobre su familia. Lo cual le hace a uno preguntarse inmediatamente cómo dio con esos editores en concreto.

»Responder a esa pregunta resultó ser bastante simple, y no requirió mayores complicaciones que investigar un poco la accidentada historia de la carrera empresarial de McGanny. Encontré documentos que indicaban que, durante los últimos treinta años, había estado metido en la creación de nada menos que diecisiete empresas diferentes, la mayoría de las cuales se dedicaron a la ocultación, y algunas

fueron objeto de procedimientos judiciales por estafar al fisco. Había montado night clubs, empresas farmacéuticas, agencias de contactos, cursos por correspondencia, y finalmente se colocó como agente literario; sin duda fue eso lo que le dio la idea de crear la Peacock Press (sabiendo ya muy bien que si hay una clase de persona, entre todos los miembros más ingenuos e indefensos de la sociedad, que esté pidiendo a gritos que la estafen ése es el escritor ambicioso y sin talento). Y parece ser que una de las empresas de McGanny, a mediados de los setenta, era una cadena de bingos que tuvo problemas con las autoridades en Yorkshire y en otros sitios; y en esa ocasión McGanny habría encargado de su defensa a nuestro viejo amigo Proudfoot (el abogado de la mismísima Tabitha Winshaw), que continuó representándolo legalmente hasta que se produjo una ruptura inesperada, pongamos en 1984. Así que ahí está la conexión. Tabitha recurre a Proudfoot para que le busque un editor adecuado, y Proudfoot, milagrosamente, es capaz de sacarse de la manga al hombre ideal.

»También debía de saber que la propuesta de Tabitha tenía muchas probabilidades de ser aceptada, porque el estado de cuentas de la empresa en aquel momento era bastante desesperado. Usted mismo podrá verlo a juzgar por los balances anuales, que tuve la precaución de incluir en mi botín. Súmele esa inseguridad económica a la probada tendencia de McGanny a meterse en negocios sucios, y verá que no se podía esperar que rechazara las generosas condiciones de Tabitha. Y ni siquiera debió de rechistar, como habrían hecho muchos hombres, ante la extraordinaria premisa que le exigió. —Me lanzó una mirada penetrante—. Ya habrá adivinado usted de qué se trataba, claro.

Me encogí de hombros.

—No tengo ni idea.

Findlay se permitió una risa seca.

—Bueno, de su carta se deduce que insistió (que *insistió*, dese cuenta) en que sólo usted podía escribir el libro.

Eso no tenía ningún sentido.

—Pero eso es ridículo. Ni siquiera conozco todavía a Tabitha Winshaw. Y en 1982 ni siquiera... sabíamos el uno de la existencia del otro.

—Pues es evidente que ella sabía de usted.

Findlay se reclinó contra la pared, mientras se miraba las uñas y disfrutaba de la confusión en la que me había sumido su información. Después de un rato (y sospecho que más por maldad que por otra cosa) especuló fríamente:

—Tal vez tuviera noticias de su reputación como escritor, Michael. Puede que leyera una crítica de una de esas novelas tuyas tan admiradas, y decidiera que ahí había un hombre de cuyos servicios no podía prescindir.

Pero apenas oí su comentario, porque se me acababa de ocurrir toda una serie de preguntas bastante incómodas.

—Sí, pero mire, ya le conté cómo llegaron a ofrecerme ese trabajo. Fue esa mujer,

la tal Alice Hastings, y me la encontré en el tren de pura casualidad.

—Estaba todo planeado. Supongo que se dará cuenta.

Findlay se había sacado un palillo de no sé dónde y se dedicaba a quitarse la porquería de debajo de la uña del pulgar.

—Pero si no la había visto en mi vida.

—¿Y la ha vuelto a ver usted?

—Pues no, la verdad..., por lo menos no he hablado con ella.

—¿Y no le parece bastante curioso no haberla visto nunca en... ocho años que lleva usted con la editorial?

—La verdad —dije a la defensiva— es que la vi un momento fuera de la oficina, sólo hace unos meses, saliendo de un taxi.

—Creo recordar —dijo Findlay, a la vez que me señalaba con el palillo— que, cuando me contó usted esa historia por primera vez, me proporcionó una breve descripción.

—Es cierto: tenía una melena morena, y el cuello largo y delgado.

—Y cara de caballo.

—Estoy seguro de que no dije, eso exactamente.

—Una cara equina, entonces. Ése fue el detalle que se me quedó. O mejor dicho, ése fue el detalle que me vino a la cabeza cuando entré en esa casa la otra noche y me topé de pronto con una foto de... —acercó el palillo aún más a mi cara— el propio McGanny.

—¿Qué insinúa usted?

—Sabía usted que Hastings es el nombre de soltera de la mujer de McGanny?

—Pues claro que no.

—¿Y que tiene una hija actriz, llamada Alice?

—Pues sí, sí lo sabía.

—¿Sabía que se llamaba Alice?

—Sabía que era actriz. Lo llamó por teléfono la última vez que estuve allí, hace unos meses.

Me paré en seco.

—El mismo día —insinuó Findlay— que creyó usted ver a la señorita Hastings saliendo de un taxi.

No le respondí; me limité a levantarme y a mirar por la ventana.

—Si Alice McGanny —prosiguió Findlay— no es un nombre sobradamente conocido en los círculos teatrales es porque la carrera de esa jovencita, por lo que pude deducir de su currículum vitae, se niega tercamente a despegar. Ha estado pendiente de sustituir a otra, ha trabajado en vestuario, ha hecho figuración, papelitos de una línea y papelitos sin ninguna línea; y entre todos estos triunfos, ha estado entrando y saliendo de un centro de rehabilitación y posando desnuda para una de las revistas más guarras del mercado. (Había un ejemplar en la caja fuerte de McGanny, que tuve el detalle de llevarme en su nombre; a mí no me decía nada, me temo, pero

me han contado que estas cosas pueden provocarle un pequeño *frisson* a aquellos que comparten esas inclinaciones tuyas tan tristes y rutinarias.) Así que no resulta muy sorprendente, dado todo esto, que se haya visto obligada repetidas veces a pedirle prestadas grandes sumas de dinero a su padre; y yo me atrevería a decir que, en esa ocasión, se hallaba lo suficientemente dispuesta a interpretar un papelito para él, si se le pagaba bien.

Me quedé junto a la ventana. Estaba demasiado alta como para poder ver algo, pero no me importaba; tenía los ojos puestos en nuestro encuentro en el vagón de tren hacía ya tantos años. Lo repasé una y otra vez, hacia delante y hacia atrás. De alguna manera debían de haber conseguido mi dirección (tal vez por Patrick, o por mi redactor jefe del periódico), y luego ella tenía que haber vigilado mi piso horas y horas, o hasta un par de días, mientras yo me quedaba sentado allí dentro, escribiendo mi preciosa crítica... Tenía que haberme seguido hasta la estación de metro, hasta King's Cross; por eso toda aquella estúpida historia de que iba a visitar a su hermana a Kettering y no necesitaba llevar ninguna maleta. ¿Cómo podía haber picado? ¿Qué era exactamente lo que me había cegado?

—Bueno, estoy seguro de que no es usted el único hombre que habría caído en esa trampa —dijo Findlay, que parecía que me había leído el pensamiento—. Al fin y al cabo, es bastante atractiva; hasta yo me doy cuenta. De todos modos, se arriesgaban un poco, si se para uno a pensarlo, si sólo podían confiar en su físico. Me sorprende que no pusieran más cebos en el anzuelo, ya que estaban en eso.

—Los pusieron. —Me volví, pero seguía sin ser capaz de mirar directamente a la cara interrogativa de Findlay—. Iba leyendo una novela mía. Nunca me había pasado nada parecido. No tuvo que acercarse a mí. Yo mismo me presenté.

—Ah —asintió Findlay prudentemente, pero la diversión que reflejaban sus ojos no dejaba lugar a dudas—. Claro. El viejo truco. Y McGanny debe de saber más que nadie de la vanidad de los autores. Al fin y al cabo, ha montado todo un negocio a costa de eso.

—Cierto. —Me paseé por la celda rápidamente, muerto de ganas de que aquella conversación se terminase cuanto antes. Esperé lo que me parecieron siglos a que Findlay rompiera su silencio, y luego ya no pude contener mi impaciencia—. ¿Y bien?

—¿Y bien qué?

—¿Que cuál es el eslabón perdido?

—¿De qué eslabón perdido me habla?

—Del eslabón perdido entre Tabitha y yo. ¿Cómo supo de mi existencia? ¿Por qué me eligió a mí?

—Ya se lo he dicho, Michael; a no ser que, en aquella época, su nombre se convirtiera en una especie de consigna para una gran mayoría de los lectores avisados de literatura contemporánea en Yorkshire, no tengo ni la más remota idea.

—Pero usted es detective. Creía que eso era lo que estaba tratando de averiguar.

—Ya he averiguado bastante —dijo Findlay bruscamente—, gran parte en beneficio suyo, y arriesgándome mucho personalmente. Si le han molestado parte de mis descubrimientos, tal vez tenga que sacar alguna lección de su propia conducta en este asunto. No le eche la culpa al mensajero.

Me senté a su lado, y estaba a punto de disculparme cuando se abrió la puerta de la celda. Un policía asomó la cabeza y dijo:

—Un minuto más. —Y hubo algo en su manera de hacerlo (la sensación de una cortesía simbólica reducida a la mínima expresión) que, combinado con el temible estruendo de la puerta de la celda cuando la cerró de golpe, de repente dejó muy claro lo injusta que era la situación de Findlay.

—¿Cómo le pueden hacer esto? —tartamudeé—. Es una locura encerrarle así. Es usted una persona mayor. ¿Qué esperan conseguir?

Findlay se encogió de hombros.

—Llevan toda la vida tratándome así, Michael. Deje de hacerse preguntas. Afortunadamente, estoy sano de cuerpo y de espíritu, así que superaré esta prueba, puede estar seguro. Pero hablando de sobrevivir —y su voz se volvió a reducir a un susurro—, me ha dicho un pajarito que los miembros de cierta familia ilustre se están preparando para una trágica pérdida. Mortimer Winshaw se nos va rápidamente.

—Es una pena. Es el único que fue amable conmigo.

—Pues me huelo que se va a armar la gorda, Michael. Me huelo un auténtico cataclismo. Usted sabe tan bien como yo la clase de sentimientos que a Mortimer le inspira su familia. Si hace testamento, quizá se encuentren con algunas sorpresas desagradables; y por supuesto, si hay funeral, se supone que Tabitha asistirá, y será la primera vez que los vea en mucho tiempo. Debería usted andarse con cien ojos. Puede que de ahí saque un capítulo interesante para su pequeña crónica.

—Gracias —dije—. Gracias por su ayuda en general, quiero decir. —De pronto, había una sensación de despedida en el ambiente, y me vi tratando de hacer un discursito—. Se ha metido usted en muchos líos. Espero..., bueno, espero que por lo menos sacase algo en conclusión, ya sabe, fuera lo que fuese...

—Satisfacción profesional, Michael. Eso es lo que cualquier detective serio le pide a su trabajo. Este asunto lleva dándome la lata más de treinta años; y mi instinto me dice que pronto se desvelará, muy pronto. Lo único que siento es que las autoridades hayan intervenido para impedirme que tome parte activa. —Me cogió de la mano y me la agarró débil pero resueltamente—. Durante los dos próximos meses, Michael, será usted mis ojos y mis oídos. Recuérdelo. Ahora cuento con usted.

Sonrió valerosamente, y yo hice lo que pude por devolverle la sonrisa.

El día de Navidad amaneció nublado, seco y sin personalidad. Mientras me quedaba junto a la ventana de mi piso mirando al parque, no podía evitar pensar, como me ocurría todos los años, en las navidades blancas de mi infancia, cuando la casa se engalanaba con los adornos caseros de mi madre, mi padre se estaba horas a cuatro patas tratando de localizar la bombillita que faltaba y que impedía que se encendiese nuestro árbol, y yo me pasaba toda la tarde de Nochebuena sentado junto a la ventana, aguardando la llegada de mis abuelos, que siempre venían en coche desde el barrio vecino a quedarse con nosotros hasta el día de Año Nuevo. (Quiero decir los padres de mi madre, porque no teníamos nada que ver con los de mi padre; de hecho, nunca supimos nada de ellos, que yo recuerde.) Durante unos días, el ambiente de nuestra casa, normalmente tan tranquilo y contemplativo, se volvía animado, incluso bullicioso; y tal vez fuese por este recuerdo (y el recuerdo de la fantástica blancura que, en aquella época, uno siempre podía esperar que tapizase nuestro jardín delantero) por lo que siguiesen conservando un aire de irrealidad las navidades grises y silenciosas a las que en los últimos años ya me había resignado buenamente.

Pero ese día sería distinto. Ninguno de los dos podía soportar la idea de ocho horas de televisión navideña, y a media mañana íbamos en un coche alquilado, camino de la costa sur. Yo llevaba años sin conducir. Afortunadamente, en la parte sur de Londres casi no había tráfico, y aparte de que por poco me la pego con un Sierra rojo, y un roce con el bordillo de una glorieta a las afueras de Surbiton, conseguimos salir a campo abierto sin mayores accidentes. Fiona se había ofrecido a conducir, pero le dije que ni hablar. Quizá fuera una estupidez por mi parte, porque se encontraba mejor que en las últimas semanas (y también tenía mejor aspecto), y si acaso, creo que a mí me había molestado más que a ella el lío que se había montado con los resultados de sus análisis en el hospital, cuando acudió a su cita y le dijeron que la habían cancelado, y que se suponía que alguien la había llamado para decírselo, y que el especialista que se suponía llevaba su caso estaba en un encierro para protestar sobre la decisión de la administración de suprimir inmediatamente cuatro quirófanos después de navidades, y que si podría por favor volver dentro de una semana cuando todo se hubiera aclarado... No pude reprimir mi frustración cuando me contó esa historia, y sin duda el que me hubiera puesto a gritar y a dar patadas en pleno delirio la había afectado mucho más que su agitado trayecto en el taxi y los tres cuartos de hora que se había pasado en la claustrofóbica barahúnda de la sala de espera del ambulatorio. Supongo que yo había perdido la práctica de cómo afrontar una crisis. De todos modos, ella se había recuperado (los dos nos habíamos recuperado), y ahí estábamos, mirando extasiados los áridos setos, las granjas acondicionadas, las tímidas subidas y bajadas de los campos color ocre, como dos

niños de un suburbio de una ciudad del interior a los que nunca les hubieran dejado ir al campo.

Llegamos a Eastbourne sobre las doce. El único coche aparcado en el paseo era el nuestro, y nos quedamos un ratito sentados en silencio, escuchando el batir del mar contra los guijarros grises.

—Está todo tan tranquilo —dijo Fiona, y cuando salimos pareció que el ruido de abrir y cerrar las puertas, a la vez que quebraba el silencio que había en torno, también era amortiguado por él; lo que me llevó a pensar (no sé por qué) en solitarios signos de puntuación en una hoja de papel en blanco.

Mientras caminábamos hacia el mar nuestros pasos hacían crujir los guijarros; si uno escuchaba atentamente, también se podía oír una brisa como un susurro, sibilante y caprichosa. Fiona desenrolló una esterilla y nos sentamos al borde del agua, apoyados el uno contra el otro. Hacía muchísimo frío.

—¿Dónde vamos a comer? —dijo ella al poco rato.

—Tiene que haber un hotel o un pub o algo parecido.

—Es Navidad. Deben de estar todos cerrados.

Unos minutos después, aquel silencio casi absoluto se rompió con el piñoneo y el rechinar de una bicicleta que se acercaba. Miramos a nuestro alrededor y vimos que un hombre mayor y muy corpulento aparcaba su bicicleta contra una pared, y que luego bajaba los escalones y hacía crujir los guijarros al aproximarse al mar, con una mochila al hombro y una expresión decidida en su rostro. Cuando estaba a unos diez metros de nosotros, dejó la mochila en el suelo y empezó a desnudarse. Nos hicimos los despistados a medida que aquel cuerpo asombroso, rosado y enorme, fue haciendo su aparición. Llevaba un tanga en vez de calzoncillos y, para nuestro alivio, se paró ahí; luego dobló su ropa en un pulcro montoncito, sacó una toalla de su mochila y la sacudió. Después echó a andar hacia el agua, y sólo se detuvo un momento para mirarnos de soslayo y decir: «Buenas». Seguía llevando el reloj puesto, y unos pasos más allá se paró a mirarlo, volvió hasta nosotros y remató su saludo.

—Buenas tardes, debería decir.

Y luego, otra ocurrencia tardía:

—No les importaría vigilar un poco mis cosas, ¿verdad?, si van a estar aquí un momentito.

Tenía acento del norte; de Manchester, habría dicho yo.

—En absoluto —dijo Fiona.

—¿Cuántos años le echas? —pregunté muy bajito, mientras lo veíamos internarse, sin inmutarse, en el agua helada—. ¿Setenta? ¿Ochenta?

Enseguida se sumergió y lo único que pudimos ver de él fue su colorada mollera cabeceando arriba y abajo. No estuvo mucho tiempo dentro, sólo unos cinco minutos o así, empezando con unas cuantas brazadas indolentes, para pasar luego a un energético estilo libre mientras recorría de cabo a rabo la misma extensión de agua unas diez o doce veces, y rematar después a espalda su tranquilo regreso a la costa.



Cuando golpeó los guijarros se dio la vuelta y salió medio encorvado, frotándose las manos y palmoteándose los fofos antebrazos para recuperar la circulación.

—Hoy corta un poco —dijo al pasar por delante de nosotros—. De todas formas, no podría perdérmelo. No puedo pasar sin mi reconstituyente.

—¿Quiere decir que hace esto todos los días? —preguntó Fiona.

—Todos los días desde hace treinta años —respondió, a la vez que se volvía hacia su montón de ropa y empezaba a secarse con la toalla—. Es lo primero que me obligo a hacer por la mañana. Claro que hoy es un poco distinto: como es Navidad y todo eso... Tenemos una casa llena de abueletes y no he podido escaparme antes con la historia de abrir los regalos.

Fiona apartó los ojos cuando él inició el tortuoso asunto de quitarse el tanga mientras sujetaba la toalla en su sitio.

—¿Son ustedes de por aquí? —preguntó él—. ¿O han venido a pasar el día?

—Venimos de Londres —dijo Fiona.

—Ya veo. Huyendo de todo, ¿eh? ¿Y por qué no? No podían soportar la idea de un día con los niños chillando y la abuelita rompiéndose los dientes con las nueces...

—Algo así.

—Pues hacen muy bien, la verdad. Esta mañana había un jaleo increíble en casa. —Metió un poco aquel estómago enorme y se abrochó el cinturón—. En realidad, por quien lo siento es por mi esposa. Pavo, patatas asadas, relleno y dos clases de verduras para catorce personas. ¿No es mucho pedirle a una sola mujer?

Fiona le preguntó si podía recomendarnos algún sitio para comer, y él nos dijo el nombre de un pub.

—Les aviso que estará lleno, pero el que lo lleva es amigo mío, así que, si le dicen que van de mi parte, ya les encontrará un rincón. Díganle que los ha mandado Norman. Aunque yo tampoco me preocuparía mucho de eso, si fuera ustedes. Vengan y les indicaré por dónde tienen que ir.

Le dimos las gracias y, tan pronto como acabó de vestirse y volvió a meter la toalla, muy bien doblada, en la mochila, le seguimos hasta la carretera.

—¡Caramba, qué bicicleta más bonita! —dijo Fiona, en cuanto la vio de cerca—. Es una Cannondale, ¿no?

—¿Le gusta? Éste es su viaje inaugural. Es un regalo de mis vejetes; me aparecieron con ella esta mañana. Sé bastante de bicicletas (llevo toda la vida andando en ellas, ¿saben?), y creo que ésta va a ser una maravilla. Sólo pesa más o menos la mitad que mi vieja Raleigh. Miren, la puedo levantar con una sola mano.

—¿Qué tal va?

—Bueno, no tan bien como me imaginaba, curiosamente. Al salir del pueblo hay un poco de cuesta. Y veía que le costaba bastante.

—Qué raro.

Fiona se arrodilló y se puso a examinar la rueda trasera. Yo me quedé mirándola, pasmado.

—Cualquiera pensaría que, con siete velocidades, no iba a tener problemas, ¿verdad?

Ella escrutó aún más intensamente una serie de ruedas dentadas y de trinquetes del centro de la rueda, que habrían intimidado a cualquiera.

—¿Sabe?, puede que aquí lleve una corona de piñones que no es la suya —dijo—. Si es de carreras, a lo mejor las proporciones son demasiado altas para usted. Todo tiene que ver con la cadencia. Debe de estar diseñada para noventa revoluciones por minuto, y seguramente usted la pone a unas setenta y cinco.

Norman parecía preocupado.

—¿La cosa es seria, entonces?

—Pues no. Ha tenido usted suerte, porque se venden coronas de piñones sueltas. Le hacen falta una llave para sujetarla y un extractor de piñones, y lo puede hacer usted mismo. —Se incorporó—. Yo diría que es eso.

—Puede dar una vuelta, si quiere —dijo Norman—. A ver qué opina.

—¿De verdad? Caray, será todo un placer. —Giró la bicicleta y se montó de un impulso en el sillín—. Sólo iré hasta la rotonda y volveré, ¿de acuerdo?

—Lo que usted quiera.

Los dos nos quedamos mirando cómo se alejaba pedaleando por la carretera, al principio insegura, y luego ganando velocidad y confianza. Se fue alejando de nuestra vista hasta que el único rasgo que pudimos percibir de ella fue su estela de pelo cobrizo batida por el viento.

—Está cogiendo una buena velocidad —dijo Norman.

—Tiene mucha práctica —dije, sorprendido porque me llenase de orgullo poder decírselo—. Hace un par de meses participó en una vuelta benéfica de sesenta kilómetros.

—Bueno —me guiñó un ojo de una manera masculina y confidencial—, lo único que puedo decirle es que tiene usted mucha suerte, chaval. No me sorprende que no quiera compartirla con nadie en un día así. Es todo un bombón.

—La verdad es que no estamos aquí por eso.

—¿Ah, no?

—No. Vinimos por..., bueno, por razones de salud, supongo que se diría. —De repente me entró una gran necesidad de confiarme a alguien—. Estoy tan preocupado que no sé por dónde empezar. Hemos intentado que los médicos nos dijeran algo concreto, pero ya llevamos meses así: fiebre, sudores nocturnos, unos dolores de garganta espantosos. Me pareció que un cambio de decorado nos vendría bien. Ya sabe, mar, aire y esas cosas. Ella nunca habla de eso, pero nos está destrozando a los dos; y si resulta que es algo serio, no sé cómo lo voy a superar, de verdad que no lo sé.

—Vaya, vaya. —Norman suspiró, mientras apartaba la mirada y cambiaba, incómodo, los pies de sitio—. No me apetecía decírselo, pero ahora que lo menciona, tiene usted un aspecto realmente terrible. —Y justo antes de que Fiona, ya de vuelta,

podiera oírlo, añadió—: Esperemos que no acabe con usted.

Probamos suerte en el restaurante que nos había recomendado. Hacía mucho calor en la zona del comedor, que estaba muy llena y con el ambiente muy cargado, pero cuando mencionamos a Norman, el propio dueño se ocupó de encontrarnos una mesa en un rincón, rodeada por una fiesta familiar de ocho personas, todos ellos muy ruidosos, menos un adolescente desgarbado con un resfriado acuoso. Nunca conseguía sacar su pañuelo a tiempo y, cada vez que estornudaba, yo veía cómo las finas gotitas de saliva salían disparadas en nuestra dirección.

Nos saltamos el primer plato y empezamos directamente por el pavo, que estaba seco, cortado en unas rodajas tan finas que casi parecían transparentes, y servido con un montoncito de verduras llenas de agua.

—Oye, ¿y cómo sabes tanto de bicicletas? —le pregunté a Fiona, mientras ella hacía sus primeras y atrevidas incursiones en aquel conjunto tan poco alentador—. Hablabas como una auténtica experta.

Tenía la boca llena de coles y de pavo, y en un primer momento no pudo responderme.

—Hice un resumen de varios artículos sobre nuevos sistemas de velocidades hace un par de semanas —dijo, y luego se puso a masticar con todas sus fuerzas—. Tengo buena memoria para esas cosas, no me preguntes por qué.

—No sabía que eso entrara dentro de tu campo.

—Nuestro campo es muy amplio. No se trata sólo de revistas especializadas; abarcamos un montón de temas diferentes. Ciclismo, cibernética, enfermedades de transmisión sexual, viajes espaciales...

—¿Viajes espaciales?

Percibió mi súbito interés.

—¿Por qué? ¿Es otra de esas obsesioncitas tuyas de las que no dices ni mu?

—Bueno, lo fue, supongo. Cuando era pequeño quería ser astronauta cuando fuese mayor. Ya sé que seguramente todos los niños de mi edad pensaban lo mismo, pero ese tipo de entusiasmos nunca se le pasan a uno del todo, ¿no?

—Curioso —dijo—. Nunca me has parecido el típico tío masculino.

—¿Masculino?

—Bueno, el simbolismo de todos esos cohetes no es muy difícil de imaginar, ¿no? Estoy segura de que ahí radica su atractivo para el macho medio: en lo de abrirse camino por regiones desconocidas...

—Pues yo no lo sentía así en absoluto. Tal vez te suene extraño, pero era el... —busqué la palabra, no la encontré y tuve que conformarme— lirismo del asunto, supongo, lo que me atraía. —Fiona no parecía muy convencida—. Yuri Gagarin era mi auténtico héroe. ¿Has leído alguna vez su descripción de lo que se veía desde el cohete mientras estaba en órbita? Es casi un poema.

Se rió incrédula.

—Y me lo vas a recitar ahora, ¿no?

—Espera un momento. —Cerré los ojos. Hacía años que había intentado recordar aquellas palabras por última vez—. «El lado diurno de la tierra era claramente visible» —empecé, y luego repetí despacio—: «Costas de continentes, islas, grandes ríos, grandes extensiones de agua... Durante el vuelo vi por primera vez con mis propios ojos la forma esférica de la Tierra. Se ve su curvatura cuando uno mira el horizonte. La perspectiva del horizonte es única y muy hermosa. Hay un apreciable contraste de color entre la luz de la superficie de la Tierra y el cielo completamente negro en el que se pueden ver las estrellas. Esa línea divisoria es muy fina, como una banda de película que rodease el globo terráqueo. Es de un color azul muy delicado, y la transición del azul al negro es muy gradual y muy bonita.»

Fiona dejó su cuchillo y su tenedor mientras yo decía esas cosas, y me escuchó con la barbilla apoyada en las manos.

—Tenía fotos de él pegadas por todo mi cuarto. Hasta escribía historias sobre él. Y luego, la noche que se mató en aquel accidente de avión —me reí nerviosamente—, y no tienes por qué creerme si no quieres, pero la noche que se mató, soñé con él. Soñé que yo era Yuri, mientras caía en picado con el avión en llamas. Y en aquel momento llevaba años sin pensar lo más mínimo en él. —De la vacuidad de la expresión de Fiona, deduje que no se creía mucho aquella confesión; así que concluí con una disculpa—. Bueno, me impresionó mucho en su momento.

—No, si te creo —dijo—. Estaba tratando de recordar una cosa. —Se echó hacia atrás y miró por la ventana, ahora salpicada de lluvia—. El año pasado, no sé cuándo, tuve que hacer una síntesis de un artículo de un periódico. Era sobre ese accidente (la teoría de no sé quién sobre lo que podía haber ocurrido, basada en nuevos datos). Ya te imaginas, una cosa *post-glasnost* y eso.

—¿Qué decía?

—Me he olvidado prácticamente de todo; pero, de todas formas, en conjunto no aclaraba nada. Era algo sobre otro avión, uno mucho más grande, que se había atravesado en su camino y había provocado un montón de turbulencias justo cuando él salía de la nube, haciéndole caer, claro.

Negué con la cabeza.

—Yo tengo una teoría mejor que ésa. Bueno, en realidad es la misma teoría que tiene mucha gente. La idea es que las autoridades soviéticas se lo quitaron de en medio, porque había visto demasiado de Occidente y le gustaba y seguramente iba a desertar.

Fiona sonrió: una sonrisa cariñosa pero desafiante.

—Crees que se puede reducir todo a la política, ¿verdad, Michael? Te simplifica tanto la vida...

—Pues no veo yo qué tiene de simple.

—Evidentemente ya sé que la política puede ser complicada. Pero siempre me

parece que hay algo engañoso en esa manera de plantearse las cosas; la forma en que nos lleva a creer que todo tiene una explicación de un modo u otro, con tal que estemos dispuestos a mirar con la suficiente atención. Eso es lo que te interesa tanto, ¿no? Explicar las cosas.

—¿Y qué otra cosa se puede hacer?

—No, no se trata de eso. Sólo estoy diciendo que hay otras posibilidades que también hay que tener en cuenta. Más importantes, incluso.

—¿Como por ejemplo?

—Pues por ejemplo... ¿suponer que realmente se muriera de accidente? Supón-te que lo mataron las circunstancias, nada más y nada menos. ¿No sería más difícil afrontar eso que tu teoría de la conspiración? O supón-te que fuese un suicidio. Al fin y al cabo, había visto cosas que nadie había visto: cosas increíblemente bonitas, por lo que me cuentas. Puede que nunca volviera del todo a la realidad, y eso fuese la culminación de algo irracional, de alguna locura que le había estado quemando *por dentro*... Cosas que quedan fuera de tu alcance y del de tu política. Aunque supongo que tampoco te gustará mucho cómo suena todo esto.

—Bueno, si te apetece ponerte sentimental...

Fiona se encogió de hombros.

—Puede que sea una sentimental. Pero ser dogmático también tiene sus peligros, ¿sabes? Verlo todo en blanco y negro.

No supe qué responder a eso, y en cambio me concentré en empalar un trío de guisantes esponjosos con la punta de mi tenedor. Su siguiente pregunta me cogió por sorpresa.

—¿Cuándo me vas a contar por qué reñiste con tu madre en ese restaurante chino?

Alcé la vista y dije:

—Eso es un cambio de tema bastante brusco.

—No estoy cambiando de tema en absoluto.

—No estoy de acuerdo —mascullé, a la vez que me concentraba otra vez en mi comida.

—Llevas meses prometiéndome que me lo ibas a contar. Hasta *quieres* contármelo: es evidente. —Como no hubo respuesta, continuó pensando en voz alta—. ¿Qué pudo haber dicho para hacerte tanto daño? Tanto daño que te partió por la mitad. La parte que se niega a perdonar por eso insiste en ver las cosas en blanco y negro, y la otra mitad es la que llevas tratando de ahogar desde que eso ocurrió.

No dije nada; me limité a empujar un trozo de pavo alrededor del plato, empapándolo en una salsa espesa y aceitosa.

—¿Sabes por lo menos dónde estará esta tarde? ¿Qué estará haciendo?

—Estará en casa, supongo.

—Sola.

—Seguramente. —Me di por vencido y aparté el plato—. Mira, la cosa no tiene

vuelta de hoja. Lo mires por donde lo mires, era mi padre el que nos mantenía unidos. Cuando murió... no hubo nada que hacer.

—Pero os seguisteis viendo después de que se muriera. Ésa no fue la razón.

Quería contárselo, eso es lo curioso. Me moría de ganas de contárselo. Pero había que sonsacármelo, pedazo a pedazo, y el proceso sólo acababa de comenzar. No quería hacerme de rogar, ni tenía la menor intención de hacerme el interesante. Simplemente, salió así.

—La gente se puede morir más de una vez —dije.

Fiona se me quedó mirando y dijo:

—¿Por qué no nos saltamos el pudín y nos vamos?

En cierto modo fue una discusión, incluso aunque ninguno de nosotros supiese muy bien cómo había ocurrido. Abandonamos el pub en silencio y sólo cruzamos unas palabras de regreso al coche. De camino a casa, como no quería perder la última hora de luz, le sugerí un paseo rápido por los South Downs. Paseamos del brazo, habiendo enterrado tácitamente nuestras diferencias, cualesquiera que fueran, por un paisaje que podría haber resultado atrayente en un día soleado pero que, en aquel momento, con aquel frío y la noche que se nos echaba encima, parecía desolado y lúgubre. Fiona también parecía muy cansada.

Yo estaba asombrado, de hecho, de que hubiera conseguido aguantar tanto, y no me sorprendió verla cabecear cuando reanudamos el viaje. Miré su cara en reposo y me acordé de la sensación de intimidad, de privilegio, que había tenido la noche en que me había colado en el dormitorio de Joan y la había visto dormida un rato. Pero no dejaba de ser una ilusión, porque ver a Fiona no era mirar al pasado, sino más bien lo contrario. Porque, cada vez que conseguía echarle un vistazo (trataba de mantener la vista fija en la carretera) tenía la sensación de que me ofrecían una vislumbre de algo nuevo e impensable, algo que en aquel momento llevaba años negándome a mí mismo inútilmente: un futuro.

Sólo nos detuvimos otra vez, en una gasolinera donde paré a comprarme unos Smarties y una barrita Yorkie. Cuando volví al coche, estaba profundamente dormida.

Y sin embargo, sólo seis días después...

¿Podrá ser cierto?

Y sin embargo, sólo seis días después...

No sé si voy a poder con esto.

Dos días después de Navidad me llegó mi paquete navideño de libros, de parte de la Peacock Press. Venía con una nota de la señora Tonks, en la que se disculpaba por habérmelo mandado más tarde que de costumbre. No conseguí animarme a echarles un vistazo, ni a desenvolverlos siquiera. Por la tarde, me acerqué hasta el piso de Findlay para ver los papeles que había robado. La verdad es que no me dijeron nada nuevo. En vez de intrigarme, o desconcertarme o preocuparme, la carta de Tabitha y la prueba que aportaba de que en su día había escrito a los editores y les había suplicado que contratasen mis servicios, cuando yo ni sabía de su existencia, apenas me despertaron el menor interés. Los Winshaw y sus vidas despiadadas, fantásticas y ansiosas de poder nunca me habían parecido tan lejanos. Por lo que respecta al sobre que, supuestamente, contenía las fotografías que incriminaban a Alice, ni tan siquiera lo abrí.

Ahora Fiona lo era todo.

Al día siguiente tenía que acudir a la cita que anteriormente le habían cancelado en la clínica, y esta vez estaba decidido a acompañarla. Por alguna razón, se había estado sintiendo mucho peor desde nuestra excursión a la costa. Yo creía que le habría sentado bien. Pero volvía a tener tos, más insistentemente que antes, y se quejaba de que se ahogaba un poco; al subir las escaleras hasta su piso la noche anterior, había tenido que hacer una paradita en tres de los cuatro descansillos.

La cita era a las once y media. Estuvimos años esperando un autobús y llegamos un poquito tarde al hospital: una monstruosidad victoriana de ladrillo negro más apropiada, diría yo, para castigar a los delincuentes reincidentes que para curar a los enfermos. De todos modos, dio igual; eran las doce muy pasadas cuando llamaron a Fiona a la consulta. Esperé fuera, mientras trataba de conservar una pizca de optimismo a la vista de aquel entorno implacablemente desalentador: el vomitivo decorado amarillo claro, la máquina de café que funcionaba mal y que ya nos había robado veinte peniques, y la calefacción desigual (un enorme radiador de hierro fundido estaba a tope; el otro, nada; y de cuando en cuando las tuberías gorgoteaban, farfullaban y temblaban tan visiblemente contra las paredes que hacían que saltasen trozos de enlucido). Sólo pude soportarlo unos cinco minutos, y estaba a punto de salir a dar un paseo cuando Fiona volvió, acalorada y nerviosa.

—¿Ya estás fuera? —dije—. Ha ido rápido.

—No encuentran mi historial —dijo, mientras pasaba por delante de mí y se dirigía hacia la salida.

Salí corriendo detrás de ella.

—¿Qué?

Estábamos fuera otra vez. Hacía un frío que pelaba.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Quiero decir que no encuentran el historial de mi caso. Esta mañana lo anduvieron buscando y no estaba allí. Seguramente lo cogió alguna secretaria. Vamos, que se ha perdido aquí dentro. Le echaron la culpa a las vacaciones.

—¿Y eso qué significa?

—Tengo otra cita para la próxima semana.

Me invadió una oleada de indignación muy justificada.

—Fiona, no pueden seguir haciéndote esto. Estás enferma, por el amor de Dios. No puedes dejar que te fastidie la salud un hatajo de cretinos. Ya está bien.

Eso era pura fanfarronería, y los dos lo sabíamos perfectamente.

—Cállate, Michael. —Tosió como una loca durante unos treinta segundos, se dobló contra la pared del hospital, y luego se enderezó—. Venga, vámonos a casa.

Era Fin de Año.

El plan original consistía en volver a El Mandarín. Yo les había llamado por teléfono a mediodía y, con un poco de persuasión, había conseguido reservar una mesa para dos; pero a primeras horas de la noche quedó muy claro que Fiona no se encontraba lo suficientemente bien como para salir, así que le prometí hacerle la cena. Había una tienda de ultramarinos muy grande en King's Road; compré un poco de pescado, queso, pasta y una lata de gambas, con ánimo de improvisar una *lasagna* de pescado. Cogí también un poco de vino y algunas velas. Estaba decidido a que fuese todo un acontecimiento. Me pasé por casa de Fiona sobre las siete; estaba sentada en la cama, un poco pálida y sin aliento.

—¿Quieres que me vista?

—Pues claro. Puede que yo hasta saque un esmoquin viejo que tengo, si consigo encontrarlo.

Se sonrió.

—Me muero de ganas.

—Vendré a recogerte a las nueve. ¿Qué te parece?

El esmoquin tenía un olor rancio y mohoso, y el cuello de la camisa me quedaba muy apretado, pero me lo puse de todas formas. A las nueve la *lasagna* borboteaba en su punto, la mesa estaba puesta, y el vino, fresquito. Entré en casa de Fiona. No había nadie en el cuarto de estar y tampoco hubo respuesta cuando grité su nombre. Un presentimiento súbito me llevó hasta el dormitorio.

Fiona estaba arrodillada en el suelo frente al armario abierto. Llevaba un vestido largo de algodón azul, al que aún no le había subido la cremallera de la espalda. Se mecía despacio hacia delante y hacia atrás y trataba de respirar. Me arrodillé a su lado y le pregunté qué le pasaba. Me dijo que se había ido sintiendo cada vez más agotada mientras intentaba vestirse, y que luego se había puesto a buscar unos pantis en el cajón de abajo del armario, cuando de repente se dio cuenta de que no podía respirar. Le puse la mano en la frente, que estaba muy caliente y tenía gotas de sudor. Le pregunté si ya podía respirar bien. Me contestó que sí, pero que creía que aún no se podía levantar. Le dije que iba a llamar al médico. Asintió con la cabeza. Le pregunté



el número. Entre jadeos entrecortados consiguió decirme:

—Junto al teléfono.

Había una agenda de direcciones junto al teléfono del vestíbulo. Aún me llevó un rato acordarme del nombre del médico.

—¿Doctor Campion? —dije cuando me cogieron el teléfono, y entonces me di cuenta de que estaba hablando con un contestador. Había un mensaje grabado que decía que llamase a otro número. Esta vez conecté con un servicio de llamadas. El hombre al otro lado de la línea me preguntó que con qué médico estaba tratando de contactar, y si era un caso urgente. Cuando le di detalles, me respondió que el médico sustituto me llamaría de vuelta lo antes posible.

El teléfono sonó unos tres o cuatro minutos más tarde. Me puse a contarle al médico lo que pasaba. Quería ser lo más rápido y lo más claro posible para poder volver junto a Fiona, pero no fue tan fácil. Como no la conocía de nada, nunca la había examinado, nunca había visto el historial, ni nadie le había hablado del caso, tuve que explicarlo todo desde el principio. Luego él me preguntó si me parecía grave. Yo le contesté que muy grave, pero podría jurar que no me creyó. Pensó que le hablaba de alguien con un resfriado muy gordo. No iba a darme por vencido. Le dije que tenía que venir a verla. Me respondió que antes debía ver a otros dos pacientes (casos urgentes, fue como los describió), pero que aparecería lo antes posible.

Ayudé a Fiona a meterse otra vez en la cama. Ahora respiraba un poquito mejor. Volví a mi casa y apagué el horno y las velas. Luego me quité el esmoquin y fui a sentarme a su lado.

Estaba tan guapa, tan... no sé cómo.

El médico llegó sobre las diez y diez. Intenté enfadarme con él por tardar tanto tiempo, pero me lo puso difícil al ser tan amable y eficiente. No hizo mucho: le auscultó el pecho, le tomó el pulso y me preguntó unas cuantas cosas. Se dio cuenta de que estaba enferma de verdad.

—Creo que será mejor que ingrese en urgencias —dijo. Eso era lo último que me esperaba.

—¿En urgencias? Pero yo creía que eso era para accidentes.

—Es para casos de emergencia —dijo.

Arrancó una página de su cuaderno, garrapateó cuatro palabras en ella, y luego la metió en un sobre que se sacó de su maletín. Mientras hacía eso, su propia respiración pareció sibilante y demasiado enérgica.

—Lleven esta carta con ustedes. Es para el médico de urgencias. ¿Tienen coche?

Negué con la cabeza.

—Seguramente van a tardar mucho en encontrar un taxi esta noche. Será mejor que los lleve yo. Me viene de camino.

Preparamos a Fiona para el trayecto, ayudándola a ponerse dos jerséis gruesos

sobre su vestido, y unos calcetines gordos de lana y unas botas. Cuando terminamos, tenía una pinta un poco ridícula. Medio cargué con ella, medio la llevé a rastras por las escaleras, y poco después estábamos dentro del reluciente Renault azul del médico. Yo trataba de conservar la calma, pero resultó que, sin darme cuenta y a fuerza de estrujarlo, había convertido su sobre en una pelota apretada en el hueco de mi mano. Hice lo que pude para alisarlo cuando llegamos.

El servicio de urgencias, aunque no estaba tan viejo como el ambulatorio, parecía sin embargo tan abarrotado como desolado. Las cosas iban muy rápido. Las aceras tenían escarcha y habían aparecido algunas personas con pequeñas heridas de resbalones y caídas; y, como era Fin de Año, también andaban por allí un par de víctimas de peleas en los pubs, que habían ido a que les curasen sus ojos morados y sus chichones. Esperaban más casos de éstos más tarde. Al mismo tiempo flotaban en el ambiente una frivolidad y una sensación de fiesta bastante desesperadas. Adornos desgastados decoraban las paredes y me dio la impresión de que había una especie de fiesta del personal auxiliar en alguna estancia lejana. Algunas de las enfermeras que iban de acá para allá llevaban unos gorritos de colores brillantes la mar de ridículos, y la mujer que estaba en recepción tenía una radio en su mostrador, en la que sonaba Radio 2. Le entregué la nota del médico y señalé a Fiona, que estaba sentada por allí en un banco, pero pareció que no le daba mucha importancia. Entonces fue cuando caí en la cuenta de que el médico no había sido en realidad tan eficiente como yo creía, porque se había olvidado de llamar y de decirles que íbamos para allá. Ella nos dijo que esperáramos y que pronto se pasaría una enfermera para tomar nota de todos los detalles. Esperamos veinte minutos y no apareció ninguna enfermera. Fiona temblaba en mis brazos. Ninguno de los dos decía nada. Luego me volví a acercar al mostrador y pregunté qué pasaba. Ella se disculpó y nos dijo que no tendríamos que esperar mucho más.

Diez minutos después apareció una enfermera y empezó a hacer preguntas; Fiona no estaba para bromas. La enfermera apuntó las respuestas en una tablilla. Enseguida pareció tomar una decisión y dijo:

—Sígueme, por favor.

Mientras nos guiaba por un pasillo me atreví a esbozar una queja.

—Parece que no hay muchos médicos por aquí.

Ya eran más de las once.

—Hoy sólo hay un médico de guardia. Ve las cosas importantes y las que no lo son tanto, así que no da abasto. Hace poco ingresó un paciente muy enfermo. Qué mala suerte en Fin de Año, ¿no?

No supe si quería decir qué mala suerte la del paciente o la del personal médico, así que no contesté.

Nos llevó hasta un box diminuto sin ventanas, equipado con una camilla y poco más, y fue a buscarle una bata a Fiona.

—Tome, querida. ¿Se la puede poner?

—Quizá sea mejor que salga —dije.

—No pasa nada, se puede quedar —le dijo Fiona a la enfermera.

Me volví hacia la pared y no miré mientras se quitaba la ropa y se ponía la bata. Nunca la había visto desnuda.

La enfermera le tomó la temperatura, el pulso y la tensión. Luego desapareció. Como un cuarto de hora más tarde vino a vernos el médico de guardia, un hombre con pinta de preocupado que sólo se entretuvo en los preámbulos más elementales antes de aplicar su estetoscopio sobre el pecho de Fiona.

—Nada muy alarmante por este lado —dijo. Después le tomó el pulso, y les echó un vistazo a unas cuantas cifras del gráfico que habían dejado a un costado de la cama—. Mmm, por lo visto parece que tiene una pequeña infección pulmonar. A lo mejor hay que ingresarla unos cuantos días. Hablaré con Admisiones, y mientras tanto a ver si podemos verla por rayos esta noche, suponiendo que no haya mucha cola.

—Ya la han visto por rayos —dije. Me miró con aire interrogativo—. No quiero decir hoy, sino hace unas semanas. Su médico de cabecera, el doctor Campion, la mandó venir aquí y fue cuando la vieron por rayos.

—¿Quién era el especialista?

No conseguía acordarme.

—El doctor Searle —respondió Fiona.

—¿Y qué se veía?

—No sabemos. La primera vez que ella vino a recoger los resultados, no apareció, y a la vez siguiente, hace un par de días, no encontraban el historial. Dijeron que se había perdido aquí dentro.

—Bueno, seguramente ya lo habrán devuelto a los archivos. Pero esta noche no los podemos consultar. —Volvió a colgar el gráfico de la cama—. Llamaré con el busca a la secretaria y ella les localizará al doctor Bishop, el médico interino —le explicó a Fiona—. Bajará a verla enseguida.

Y sin más se fue, corriendo la cortina tras él. Fiona y yo cruzamos una mirada. Ella se sonrió, echándole valor.

—Bueno, por lo menos no parece que creyera que tengo mal el pecho.

—Nunca pensé que tuvieras mal el pecho —dije.

No me pregunten por qué; sé que se supone que la gente dice estupideces en momentos de crisis, pero seguro que no *esa clase* de estupideces. Pero ella se rió como pudo y, en cierto modo, tal vez fuera una especie de paso decisivo: el reconocimiento final de la atracción física que yo había estado sintiendo aquellas últimas semanas.

Enseguida se pasó ese momento.

El doctor Bishop no tardó en venir. Era joven y delgado, tenía bolsas bajo los ojos y una alarmante expresión como de padecer neurosis de guerra y estar bastante sonado. Era como si llevara treinta horas o más sin dormir.

—Bueno, he estado hablando con la hermana —dijo—, y hemos decidido que lo mejor será encontrarle una cama en cuanto podamos. Hoy tenemos mucho trabajo y necesitamos todos los *boxes* de urgencias disponibles, así que será mejor para usted y mejor para nosotros. En radiología están desbordados en este momento, conque tendremos que verla por rayos por la mañana. Será lo primero que hagamos. De todos modos, tan pronto como esté en la planta, se puede tomar su primera tanda de antibióticos.

—El caso es que, de todas formas —dije—, también tiene este bulto en el cuello. Pensábamos si eso tendría algo que ver con...

—El caso es encontrarle una cama —dijo el doctor Bishop—. Eso es lo más difícil. Si conseguimos encontrársela, nos podemos dar con un canto en los dientes.

—¿Y van a tardar mucho? Llevamos esperando...

—En este momento es cuestión de suerte.

Y con ese comentario que no aclaraba nada, desapareció. Al poco rato la enfermera asomó la cabeza entre las cortinas.

—¿Todo bien por aquí?

Fiona asintió con la cabeza.

—Parte del personal está tomando algo ahí arriba. Refrescos, claro, sólo para celebrar el Año Nuevo. Se me ocurrió si les apetecería alguna cosa.

Fiona se lo pensó.

—Un poco de zumo estaría muy bien. Zumo de naranja o algo así.

—Me parece que no quedaba mucho zumo de naranja —dijo la enfermera, con aire dubitativo—. Veré lo que puedo hacer. ¿Serviría una Fanta?

Le dimos a entender que la Fanta serviría, y luego nos dejaron solos otra vez, durante lo que nos pareció un rato muy largo. No se me ocurría nada que decir, aparte de seguir preguntándole a Fiona qué tal se encontraba. Me contestó que se sentía cansada. Eso era de lo que se quejaba siempre, de sentirse cansada. No quería moverse, ni incorporarse; se limitó a quedarse echada en la camilla, agarrada a mi mano. Me la tenía cogida muy fuerte. Parecía aterrorizada.

—Pero ¿qué es lo que les lleva tanto tiempo?

Ésa fue otra de mis frasecitas requeteelaboradas. Justo antes de las doce salí al pasillo a ver si pasaba algo. Al mirar a mi alrededor buscando una figura que me resultase familiar, distinguí un momento al médico interino. Se dirigía a toda prisa hacia recepción. Salí corriendo detrás de él, gritando: «Oiga, por favor...», pero entonces se topó con un grupo de enfermeras que empujaban la camilla de un paciente en coma. Me quedé a cierta distancia mientras él se ponía a hacer preguntas. Al paciente acababan de ingresarlo, por lo visto, después de que se lo hubieran encontrado casi muerto dentro de un coche. Hablaron de intoxicación por monóxido de carbono, y se intercambiaron unos cuantos comentarios en serio y en voz baja sobre las posibilidades que tenía de sobrevivir. No le habría prestado mucha atención a todo esto, pero cuando la camilla pasó a mi lado vislumbré la cara del paciente y,

por alguna razón, me pareció vagamente familiar. Por un momento estuve casi seguro de que ya había visto antes a ese hombre en alguna parte. Pero esa sensación podía deberse a cualquier cosa (simplemente, podía ser alguien con quien me hubiese cruzado en la calle varias veces), y enseguida me olvidé cuando sentí que alguien me tocaba el hombro y me encontré mirando la radiante cara de la enfermera, que me decía:

—¿Señor Owen? Tengo buenas noticias para usted.

Al principio no lo entendí, pero a medida que mi mente volvió a concentrarse en Fiona y en lo urgente que era encontrarle una cama, yo también esboqué una inevitable sonrisa de alivio. Se me congeló cuando me di cuenta de que la enfermera trataba de ponerme dos vasitos de plástico en mis manos extendidas.

—Al final quedaba un poco de zumo de naranja —dijo—. Y mire —de la radio del mostrador de recepción nos llegaron las campanadas del Big Ben dando la hora—, son las doce. Feliz Año Nuevo, señor Owen. Muera el viejo y viva el nuevo.

## MARK



*31 de diciembre de 1990*

Cuando quedó claro que una guerra contra Sadam Husein resultaba inevitable, Mark Winshaw decidió celebrarlo ofreciendo una fiesta muy aparatosa la noche de Fin de Año. No tenía lo que se dice amigos, pero aun así consiguió reunir a más de ciento cincuenta invitados, atraídos en parte por la promesa de la deslumbrante compañía de los demás, y en parte por las historias sobre la extravagante hospitalidad por la que la casa de Mark en Mayfair era famosa. Había representantes de la clase política y de los medios de comunicación (incluidos sus primos Henry y Hilary), y unas cuantas celebridades, pero el grueso de la lista de invitados lo componían hombres de mediana edad cuyas panzas grises no daban mucha idea de que se encontraban entre los magnates más ricos y más poderosos del comercio y de la industria. Mark deambulaba entre los grupos de gente, parándose de vez en cuando a saludar, y más raramente aún a cambiar unas cuantas palabras, pero por lo demás tan reservado e inescrutable como siempre. Mientras tanto, su joven y bella mujer alemana (se había casado hacía poco) parecía tan ocupada en atender a los invitados que nadie la vio hablar con su marido ni una sola vez en toda la noche. El ambiente estaba muy animado, pero Mark no se unió a la alegría general. Apenas bebió nada; bailó sólo una vez; incluso cuando se topó con un grupo de modelos que se turnaban para tirarse las unas a las otras a la piscina del sótano, se quedó observándolas de lejos, sin el más leve sentimiento.

A nadie le pareció raro; los que conocían a Mark estaban acostumbrados a su reserva. Era evidente que no se estaba divirtiendo, pero seguramente nunca había

aprendido a divertirse, y desde luego nunca se permitía a sí mismo relajarse. La vigilancia constante constituía una de las premisas de su salud. A las once menos veinticinco, por una mera cuestión de rutina, fue al piso de arriba a comprobar el sistema de seguridad. Cerca de la cama (de una sola plaza) del dormitorio principal, una puerta de entrepaños daba a un pequeño cuartito sin ventanas que contenía una pared de pantallas de televisión y un panel de control. Encendió pacientemente los monitores uno por uno, a ver si había alguna anomalía. El comedor, las cocinas, el invernadero; la piscina, los dormitorios, los ascensores. El estudio.

Si Mark tuvo alguna sensación de alarma al ver lo que pasaba en el estudio, sus ojos no lo reflejaron en absoluto. Observó atentamente, para asegurarse de que no había malinterpretado la imagen. Pero era indudable. Un hombre de esmoquin estaba encorvado sobre su escritorio. De alguna manera había conseguido forzar la cerradura, y diseminado una serie de papeles sobre la mesa. El hombre llevaba una pequeña videocámara y hacía pasadas por encima del escritorio, grabando el contenido de cada documento.

Una vez el hombre hubo terminado, volvió a meter los papeles en el escritorio y deslizó la minicámara por el interior de la pernera de sus pantalones. Miró a su alrededor furtivamente, y alzó la vista, aunque no consiguió ver la cámara oculta que, tras un aplique, registraba cada uno de sus movimientos. Fue en ese momento cuando Mark lo reconoció. Era Packard.

Mark dejó el cuartito de los monitores y cogió un ascensor que lo llevó hasta la planta baja, mientras calibraba tranquilamente esta nueva información. Estaba enfadado, pero no sorprendido. Había estado esperando que ocurriera algo parecido: uno siempre se esperaba cosas así. Y en cierto modo tenía sentido, porque Mark recordó en ese momento un pequeño detalle: Packard llevaba una videocámara cuando se habían conocido.

## *1983-1990*

Graham había dejado la universidad con sus ideales intactos, pero siete años más tarde su radicalismo estudiantil, según todos los indicios, había pasado a la historia; ahora ocupaba un puesto directivo en Midland Ironmasters, que abastecía de maquinaria de precisión al mercado internacional y se encontraba justo a las afueras de Birmingham. Tenía casa, mujer y un coche de la empresa, se pasaba gran parte del año viajando al extranjero a costa de sus empleados y estaba en muy buenas relaciones con un puñado de hombres de negocios y empresarios que se contaban entre los más influyentes de Inglaterra. Su carrera daba todas las muestras de estar bien pensada y de ir viento en popa; pero sus compañeros directivos se habrían quedado pasmados si hubiesen sabido cuál era su meta secreta.

Enseguida se había ido a Birmingham tras licenciarse, para encargarse de

programar las películas de un pequeño cine de arte y ensayo que se fue al garete pocas semanas después de su llegada, cuando iba por la mitad de un ciclo de John Cassavetes. Graham se apuntó al paro y no volvió a trabajar en varios meses, cuando uno de sus compañeros de piso se casó y le pidió que hiciese el vídeo de la boda. El resultado le pareció a todo el mundo tan profesional que Graham decidió montar un negocio aprovechando unos programas de ayuda de la señora Thatcher para la formación de empresas, limitándose al principio a las bodas y ampliando luego el campo a vídeos promocionales de los negocios del pueblo. Aquello no guardaba ninguna relación con la imagen que tenía de sí mismo de visionario subversivo, pero ganaba bastante dinero y, mientras tanto, tranquilizaba su conciencia haciendo trabajos no remunerados para el Partido Laborista y para varias cooperativas, sindicatos y grupos feministas de la zona. Por las noches estudiaba con mucho detenimiento ejemplares de *Pantalla*, *Tribuna*, *Visión* y *Sonido* y el *Morning Star*, y soñaba con el documental que haría algún día: una obra maestra de larga duración en la que utilizaría todos los recursos más deslumbrantes del cine, y que sometería a la conjura capitalista mundial a un escrutinio despiadado e irresistible. Soñaba, en concreto, con realizar una película sobre el tráfico de armas, un tema que requería la visión política de un Ken Loach o un Frederick Wiseman, combinada con la escandalosa trama y el *glamour* seductor de una película de James Bond.

Parecía que la cosa quedaba muy lejos; pero Graham se iba a estrenar antes de lo que había imaginado, y de una forma insospechada. Packard Promos (tal como se llamaba ahora aquella compañía de un solo hombre) recibió un encargo de Midland Ironmasters en la primavera de 1986. Era el contrato más importante que le habían ofrecido nunca a Graham; querían un vídeo de media hora que mostrase todos los pasos de su sistema de producción. El presupuesto era relativamente alto y filmaría en cintas de alta resolución y sonido estéreo. Graham siguió escrupulosamente el guión, y el copión de la película que les presentó a los directivos de la empresa fue muy bien recibido. Siguió una acalorada discusión durante la que se le interrogó implacablemente acerca de sus ideas sobre el empaquetado y la distribución del producto acabado; enseguida quedó claro que estaba tratando con novatos que parecían excesivamente impresionados por sus rutinarias propuestas. Al día siguiente el director gerente, un tal señor Riley, le hizo pasar a su despacho y le ofreció un puesto como jefe de ventas. Graham no tenía intención de dedicarse a eso y declinó la oferta amablemente.

Dos días más tarde ocurrió algo que le llevó a cambiar de opinión. Preparando el montaje final, estaba haciendo algunas tomas de prueba de la planta de la fábrica cuando apareció el señor Riley, acompañado por un hombre muy pulcro con pinta de enfadado, al que parecía que le estaban mostrando los últimos avances en maquinaria. Cuando vieron a Graham con su cámara, se acercaron y el señor Riley le preguntó si podía parar de filmar un ratito, por indicación expresa de su invitado. En ese momento, al tenerlo de cerca, Graham lo reconoció, a pesar de que ya hacía varios



años que había visto su foto en un artículo de una revista sobre las ventas ilegales de armas a Sudáfrica.

—No hay pega —respondió a la vez que le ponía la tapa al objetivo de la cámara; luego alargó la mano—. Graham Packard. Packard Promos.

El desconocido le cogió la mano y se la estrechó de mala gana.

—Mark Winshaw. Vanguard Import & Export.

—Encantado de conocerle. —Se volvió hacia el señor Riley—. ¿Un nuevo contrato en perspectiva? —preguntó como quien no quiere la cosa.

El señor Riley sacó pecho y dijo, con una mezcla de orgullo y de servilismo:

—El principio de una larga y fructífera relación, espero.

En ese momento Graham tomó varias decisiones rápidamente. Si Ironmasters se hallaba en tratos con Mark Winshaw, eso sólo podía significar que iban a dejar, conscientemente o no, que usasen sus máquinas para la fabricación de municiones; seguramente en Irak, que se estaba armando a mayor velocidad que cualquier otro país de Oriente Medio. Por el comentario del señor Riley parecía un gran contrato a largo plazo. Si aceptaba un puesto en esta empresa, se encontraría en situación de ver cómo progresaba el asunto, puede que incluso de empezar a establecer contactos: en resumen, de introducirse en la mismísima red que quería convertir en el tema de su película, y que hasta ahora le había parecido tan irremediabilmente inaccesible.

Así que antes de marcharse a casa aquella noche pidió ver al señor Riley, y para su gran sorpresa y satisfacción le dijo que había reconsiderado su propuesta y quería aceptar el puesto en la sección de ventas. Y durante los dos años siguientes resultaría ser un miembro tan entusiasta del equipo que su ascenso y la atribución de responsabilidades extra vendrían solas, hasta que lo trasladasen de Ventas a Planificación, de Planificación a Expansión, y en 1989 (poco después de su boda) alcanzara el apogeo de su carrera en Ironmasters cuando se le invitase a representar a la empresa en la Primera Exposición Internacional de Armamento en Bagdad, que se inauguró con motivo del cumpleaños de Sadam Husein en abril de ese año.

Mientras tanto, tan pronto como el señor Riley y Mark Winshaw abandonaron la planta, cogió su cámara y corrió escaleras arriba hacia las oficinas de dirección, desde donde se dominaba una buena vista del aparcamiento y del patio delantero. Afortunadamente estaba vacío. Se arrodilló para que no le vieran, y sólo sacó el objetivo de su cámara por encima del alféizar, lo enfocó sobre los dos hombres, y consiguió una buena foto de ellos dos charlando y estrechándose la mano cerca del BMW rojo de Mark.

Ya había empezado a trabajar en su obra maestra.

1990

«La base de Qalat Saleh —dijo Graham— contenía doce hangares subterráneos

*de cemento armado, lo suficientemente grandes como para albergar veinticinco aviones, que despegarían desde una rampa subterránea, con los frenos echados y los quemadores traseros encendidos.»*

Al oír su propia voz por los auriculares la encontró sosa y poco convincente. Pero sólo era un comentario de prueba, para ayudarle a sincronizar las palabras y las imágenes. Cuando la película estuviera terminada, contrataría un actor, alguien conocido por sus simpatías izquierdistas y cuya voz diese inmediatamente sensación de autoridad. Alan Rickman, tal vez, o Anthony Sher. Claro que eso sólo podría ser así si conseguía que alguien apoyase económicamente el proyecto, pero empezaba a sentirse bastante optimista al respecto. Las discusiones preliminares con Alan Beamish, director de Internacional en una de las televisiones independientes más importantes, habían sido muy alentadoras; mientras conservase su empleo, había dicho Beamish, haría todo lo que estuviese en su mano para que se financiara la película.

Se estaba haciendo de noche. Graham encendió la luz y corrió las cortinas. La sala de montaje (en realidad el dormitorio trasero de su casa de Edgbaston) se encontraba justo encima de la cocina, y oía trastear a Joan abajo, que le daba los últimos toques a la cena.

*«Las pistas de 3.000 metros —decía su voz en la cinta— estaban construidas tras montículos de barro del desierto, lo que las hacía invisibles a todo el mundo, a no ser que se las observara muy de cerca.»*

## *Abril de 1987*

En el *jeep* que los llevaba de Qalat Saleh hacia la zona de pruebas, el general iraquí le había preguntado a Mark su opinión.

—No está mal —dijo Mark—. Aunque las dependencias militares parecen bastante vulnerables.

El general se encogió de hombros.

—No se puede tener todo. Los hombres son más fáciles de reponer que las máquinas.

—¿Estas puertas blindadas les parecen seguras?

—Eso creemos —dijo el general. Se rió y rodeó a Mark con el brazo—. Ya sé, quería usted que se las compráramos a los ingleses porque salen más caras.

—Nada de eso. Lo que pasa es que soy un patriota.

El general se volvió a reír, más alto que nunca. A lo largo de los años había llegado a apreciar el sentido del humor de Mark.

—Está usted tan anticuado —bromeó—. Vivimos en una era internacional. Estas bases son un ejemplo. Esclusas de aire suizas, generadores alemanes, puertas italianas, sistemas de comunicación ingleses, hangares franceses. ¿Se le ocurre algo

más cosmopolita?

Mark no respondió. Sus ojos se escondían tras unas gafas de sol de espejo que no reflejaban nada más que el desierto.

—¡Un patriota! —dijo el general, que aún se reía del chiste.

La prueba fue ruidosa pero salió bien. Desde un búnker profundamente excavado en la arena, observaron cómo el objetivo, que imitaba un convoy de tanques iraníes, explotaba con las ensordecedoras ráfagas de un GCTs de 155 mm situado a más de veinte kilómetros. Los cañones demostraron una precisión mayor de lo que Mark se hubiera imaginado nunca, y cuando vio que los ojos del general brillaban de emoción, supo que la venta iba a ser fácil. Los dos estaban de un humor excelente cuando el conductor los llevó de regreso a Bagdad.

—¿Sabe?, no es que nuestro líder no admire a su país —dijo el general, retomando el tema del patriotismo de Mark—, sólo que le ponen difícil que confíe en ustedes. Así que es una especie de relación de amor-odio. Nuestros ejércitos aún usan manuales preparados por su Escuela Militar. Seguimos mandando a nuestros hombres a que los entrenen en sus bases aéreas y adquieran la pericia de sus SAS. No hay nada mejor que la educación militar inglesa. Yo lo sé bien: yo mismo estuve en Sandhurst. Ojalá su talento militar se viese respaldado por honorables intenciones en el campo diplomático.

Antes de volver al centro de Bagdad, se desviaron hasta el Laboratorio Químico Diyala de Salman Pak, donde se había instalado una planta para la fabricación de gas letal bajo el disfraz de un complejo de investigación universitario. Era la tercera o cuarta visita de Mark, pero mientras los dejaban pasar por las puertas de entrada, llenas de guardias, y los escoltaban hasta uno de los laboratorios, no pudo evitar que le impresionasen, como otras veces, la magnitud y la eficacia de la operación.

—La ingeniería alemana es la mejor del mundo, de eso no hay duda —dijo el general—. ¿Y sabe por qué? Porque no son sólo una nación de oportunistas. Hay gente en Alemania que realmente cree en lo que estamos tratando de conseguir en Irak. Eso es algo de lo que podrían aprender los ingleses. Usted y yo no somos lo suficientemente mayores para acordarnos de la época anterior al año 58, cuando casi todo nuestro material procedía de Gran Bretaña, pero se puede poner uno nostálgico con aquel acuerdo. No puede haber dignidad cuando los negocios hay que hacerlos clandestinamente, a puerta cerrada. Queremos aliados, ¿entiende? Queremos amigos. Pero a ustedes sólo les interesan los negocios.

Mientras proseguían su itinerario, el general explicó por qué había traído a Mark otra vez al laboratorio. Preocupados por los efectos secundarios de los compuestos químicos altamente volátiles, querían encontrar un contratista que pudiese instalar una nueva planta depuradora de aire.

—Me alegra oír que les preocupa tanto la defensa del medio ambiente —dijo Mark.

A su amigo pareció gustarle esta broma aún más que la del patriotismo.

—Bueno, tenemos que ofrecerles a nuestros técnicos las mejores condiciones de trabajo posibles —dijo—. Al fin y al cabo, están haciendo investigaciones muy importantes en el campo de la ciencia veterinaria.

Como para ilustrar este comentario, hizo que, de regreso al vehículo, Mark pasara por delante del edificio donde tenían a los animales. Durante un rato, el aullido de los sabuesos que se usaban para probar la eficacia de los gases letales ahogó su conversación. Una fosa cercana estaba atiborrada con los cuerpos de sus predecesores.

### *Mayo de 1987*

Mark no tuvo que buscar mucho para encontrar su planta depuradora de aire. Acudió a un veterano industrial alemán que ya había enviado material al laboratorio de Salman Pak y demostrado ser un proveedor puntual en el que se podía confiar. A Mark siempre le gustaba visitar su casa de campo en el valle del Rin, donde firmaban los contratos en un estudio magnífico bajo un enorme retrato de Hitler enmarcado en dorado, y donde les servía el té su hija, una guapa joven. Y ese día, como prueba de un tratamiento especial, le ofrecieron una diversión adicional cuando el industrial abrió un armarito que contenía un magnetófono de cintas antiguas, conectado con un altavoz que había sido montado dentro de una consola de radio, cosecha de los años treinta. Cuando puso la cinta en funcionamiento, se oyó una voz familiar, y durante los diez minutos siguientes el Führer en persona, en pleno ataque retórico, soltó sus rugidos por las ventanas saledizas, que atravesaron los céspedes veraniegos y llegaron hasta la mismísima orilla del río chispeante.

—Aún puedo recordar dónde me encontraba cuando oí ese discurso —dijo el industrial cuando se acabó la cinta—. Sentado en la cocina de mi madre. Las ventanas abiertas. El juego de la luz sobre la mesa. El aire lleno de esperanza y de energía. Una época fabulosa. Bueno, ¿por qué no iba a permitírsele a un viejo ponerse un poco nostálgico con su juventud de vez en cuando? Alguna gente lo hace con un vulgar poema romántico o con una canción sentimental. Pero yo siempre preferiré esa maravillosa voz. —Cerró la puerta del armarito y le echó la llave con mucho cuidado—. Sadam Husein es un buen hombre —dijo—. Me hace sentirme joven otra vez. Es un honor ayudarlo. Pero supongo que usted no lo entenderá; usted nació en una época en la que los principios ya no significan nada.

—Si eso remata nuestro acuerdo, Herr...

—Usted es un enigma para mí, señor Winshaw. Para mí, y para muchos otros que somos lo bastante viejos como para haber servido al Reich, y que sabíamos de su familia mucho antes de que usted se presentara ante nuestra puerta. —Mark se levantó y cogió su maletín. Parecía que no le interesaba el tema—. Sé lo que está haciendo Sadam Husein en esas instalaciones que se supone se dedican a la

investigación. También sé que Israel será su primer objetivo. Por eso le apoyo, claro. Reanudará un proceso de limpieza que a nosotros nunca se nos permitió completar. ¿Entiende lo que quiero decir, señor Winshaw?

—Tengo por costumbre —dijo Mark— no preguntar por la finalidad de...

—Vamos, no hay necesidad de ser modesto. Es usted un ingeniero especializado: un ingeniero químico. Sé muy bien que usted ha contribuido a ayudar a una de nuestras empresas más importantes a suministrar a Irak grandes cantidades de Zyklon B, por ejemplo. El proceso de limpieza del que hablo depende de la libre circulación de esas mercancías, y sin embargo nuestras leyes, víctimas de absurdas restricciones internacionales, nos prohíben exportarlas. Y así, irónicamente, queda en manos de hombres como usted, de cazadores de recompensas, mantener vivos nuestros ideales. —Aguardó la respuesta de Mark en vano—. Sabe dónde se fabrica el Zyklon B, ¿verdad?

—Pues claro —dijo Mark, que había visitado la planta muchas veces.

—Me pregunto si estará usted familiarizado con la historia de esa fábrica. Escapó por los pelos de ser destruida por las bombas aliadas en 1942. Se envió a un avión británico en una misión secreta para reconocer la zona, pero se puso sobre aviso a la Luftwaffe y abatieron al desgraciado piloto y a su tripulación. ¿Le dice algo todo eso?

—Me temo que no. Se olvida de que sucedió hace mucho tiempo. Antes incluso de que yo naciese.

El viejo mantuvo la mirada fija un momento y luego tiró del cordón que había al lado de la puerta.

—Muy cierto, señor Winshaw. Pero, como le digo, sigue siendo un enigma. —Mientras Mark se marchaba, añadió—: Si quiere ver a mi hija, está en la biblioteca.

## *Diciembre de 1961*

Para su madre, Mark se había convertido hacía tiempo en un enigma que no valía la pena resolver, así que no había protestado cuando él le contó (varias semanas antes del acontecimiento) que había decidido abandonar sus estudios de Derecho y matricularse como estudiante de ingeniería química. La carta en la que le comunicaba esa noticia fue una de las últimas que le mandó en la vida. Carecía de sentido continuar fingiendo que madre e hijo aún tenían algo que decirse; y a la vuelta de otros dos años, se daría también una distancia física entre ellos que añadir a ese abismo de incomprensión e indiferencia.

Que la invitaran a la fiesta del cincuenta cumpleaños de Mortimer había permitido a Mildred echar un curioso vistazo a las prósperas vidas de los Winshaw. Durante la mayoría de sus largos años de viudedad, parecía que la familia se había olvidado de ella y no se había dignado ayudarla económicamente, aparte de pagar el colegio y la universidad de Mark. Mientras se iba acercando a los cincuenta años,

seguía luchando por subsistir con su modesto sueldo de secretaria de un comerciante de vinos americano afincado en Londres. Un día él anunció su intención de cerrar el negocio y volverse a Florida, y ella estuvo a punto de resignarse a la perspectiva de varias semanas poco prometedoras pateando las agencias de trabajo, cuando la sorprendió preguntándole si estaría dispuesta a irse a América con él, pero ya no como secretaria, sino como su mujer. Le costó tres días recuperarse de la impresión, tras los que aceptó.

Vivieron cómodamente en una casa de playa en las afueras de Sarasota hasta sus pacíficas muertes, con dos meses de diferencia la una de la otra, en el invierno de 1986. Mildred nunca volvió a hablar con su hijo después de dejar Inglaterra. Su última conversación tuvo lugar una tarde, durante una comida en Oxford, y a los dos les había costado ser amables incluso entonces. Ella había terminado por acusar a Mark de despreciarla.

—«Despreciar» es una palabra muy fuerte —dijo él—. Simplemente no le encuentro sentido a la vida que llevas.

Era un comentario del que ella se acordaba cada cierto tiempo, tal vez cuando se sentaba en la veranda con su marido para mirar el mar después de la cena, y le costaba imaginar otro sitio donde prefiriese estar.

## 1976

Aunque Mark nunca volvió a hablar con su madre después de que ella se hubiese ido a América, sí la vio una vez. Fue durante los primeros días de sus tratos con Irak, cuando conoció a un hombre seco con pinta de oso llamado Hussein que representaba al Ministerio de Industria y parecía tener prisa en conseguir material especializado para la construcción de una gran fábrica de pesticidas. Mark estudió sus requerimientos, y se dio cuenta inmediatamente de que varios de los compuestos que pretendía fabricar (incluidos el Demeton, el Paraoxon y el Parathion) se podían transformar fácilmente en gases letales. Sin embargo no encontró ninguna razón por la que el proyecto no pudiese ser presentado a clientes potenciales como parte de un programa agrícola, y prometió a Hussein que le pondría en contacto con una empresa americana que quizá le suministrase las enormes tinajas resistentes a la corrosión, necesarias para mezclar los compuestos.

Se envió a representantes de la compañía a Bagdad, y se elaboró una convincente historia sobre la difícil situación de los agricultores iraquíes que no lograban defender sus cosechas de las langostas del desierto. Luego estos representantes regresaron a Miami y se encargaron de preparar el anteproyecto de una planta piloto que serviría para entrenar a los operarios autóctonos (que no tenían experiencia en este campo tan peligroso) en el manejo de compuestos tóxicos. Pero antes de que les hubiese dado tiempo de terminar el proyecto, se les informó, por medio de Mark, de que a Hussein

no le interesaba construir una planta piloto. Quería embarcarse inmediatamente en una producción a gran escala, lo que resultaba inaceptable para los americanos, preocupados por su seguridad; y Mark, que esperaba sacar seis millones de dólares de comisión en este negocio, se vio obligado a intervenir y concertar una reunión de ambas partes en una sala de conferencias del Miami Hilton.

No fue ningún éxito. Mark se quedó junto a una ventana que daba a la playa, y escuchó en silencio mientras las negociaciones se iban al traste entre acusaciones de agendas ocultas por un lado y de exceso de control por el otro. Sin apartar ni un solo momento la vista de la franja de arena plateada, oyó cómo los americanos cerraban de golpe sus maletines y se marchaban. También oyó a Hussein refunfuñar y quejarse de que «esos tipos están locos; acaban de perder la oportunidad de hacerse ricos». Mark no respondió. Era la única persona en la estancia que no había perdido los nervios. El dinero le habría venido bien, pero ya se las arreglaría. Lo intentaría con los alemanes.

El día anterior se había ido en coche, a través de las Everglades, hasta la Costa del Golfo. Le llevó toda la mañana llegar a Naples, siguiendo el Tamiami Trail con sus poblados indios reconstruidos como atracciones turísticas, sus excursiones en barcos de hélice y sus cafés a los lados de la carretera en los que se servían ancas de rana y hamburguesas de caimán. De allí cogió la autopista que se dirigía hacia el norte, pasando por Bonita Springs y Fort Myers, y llegó a las afueras de Sarasota al anochecer. Aunque nunca la había usado en ninguna carta, se sabía la dirección de su madre de memoria. Pero Mark tampoco quería hablar con ella a esas alturas. Ni siquiera se preguntó por qué había ido hasta allí. Una vez hubo encontrado la casa, recorrió casi otro kilómetro por la carretera de la costa y dobló por un camino de tierra que llevaba a la playa. Cuando aparcó al final del camino, tuvo una buena vista de la casa.

Aquella tarde su marido había ido a hacer la compra a la ciudad, pero quiso la suerte que la propia Mildred se encontrase en el jardín. Tenía intención de sentarse a leer una revista, y empezar tal vez una carta dirigida a su hijastra de Vancouver, pero vio que el jardinero no se había esmerado mucho en escardar la hierba, como de costumbre, y pronto anduvo por allí arrodillada arrancando de raíz las hierbas más obstinadas. Casi enseguida se dio cuenta de que había un hombre que la miraba, apoyado en el capó de su coche. Se levantó y lo miró, a la vez que protegía sus ojos del sol. En ese momento lo reconoció, pero no se movió, no saludó, no gritó su nombre; sólo le devolvió su mirada impassible. Había unos espacios vacíos en donde deberían haber estado los ojos. De cerca, se habría percatado de que llevaba gafas de espejo que no reflejaban nada más que el intenso azul del cielo. Pero Mildred se quedó donde estaba y, al ratito, volvió a arrodillarse y siguió escardando la hierba. Cuando alzó la vista de nuevo, el hombre se había ido.

*Septiembre de 1988*

A medida que progresaban sus investigaciones, a Graham empezó a parecerle que sería útil saber algo sobre los antecedentes familiares de Mark, y se acordó de que había alguien que seguramente podría ayudarle. El nombre de Michael Owen había desaparecido de las páginas culturales de los periódicos en los últimos años, ya no se encontraban sus novelas en las librerías, y su libro sobre los Winshaw estaba por publicarse. Tal vez el proyecto entero se hubiese ido al garete; pero también era posible, razonó Graham, que siguiese trabajando en él, y si ése era el caso, podría haber tenido acceso a cierta cantidad de valiosa información privada (aunque no supiera qué hacer con ella; ya que su grado de ingenuidad política le había quedado bastante claro, a raíz de las escasas conversaciones que habían mantenido). Por lo menos, merecía la pena hacer unas cuantas llamadas telefónicas.

La primera de ellas fue a Joan. Hacía dos o tres años que no se veían, y ni siquiera estaba seguro de que siguiese viviendo en Sheffield, pero contestó al tercer timbrado y su voz no dejó lugar a dudas de la alegría que le había dado. Sí, seguía trabajando en lo mismo. No, ya no alquilaba habitaciones a estudiantes. No, no se había casado, ni formado una familia, ni nada parecido. Sí, claro que podría hacerle el favor de contactar con Michael, a pesar de que no tenía su dirección actual. Curiosamente, había estado pensando en llamar a Graham a los pocos días, porque había una conferencia en Birmingham a final de mes, y se preguntaba si le apetecería verla para tomar una copa o algo así. Graham contestó que sí, que por qué no. Por los buenos tiempos.

Lo curioso del caso, tal como pensaron los dos después, era que, de todos aquellos buenos tiempos por los cuales habían decidido verse, no podían recordar una sola noche en la que hubiesen terminado inclinándose sobre la mesa para besarse, o echándose en el sofá abrazados y con las lenguas enzarzadas, o tirándose juntos en la cama y haciendo el amor como si les fuera la vida en ello. Y sin embargo, todas esas cosas sucedieron, una tras otra, cuando Joan se acercó hasta Birmingham. Y una vez pasaron, ella se sorprendió de que le costase marcharse y volver a su casa, y a su trabajo, y a su solitaria vida en Sheffield. Y aunque de hecho regresó, tras coger unos días de vacaciones por su cuenta y riesgo (la mayor parte de los cuales se los pasó en la cama con Graham), una de las primeras cosas que hizo fue poner la casa en venta. Y a la vez empezó a buscar trabajo en las Midlands. Le llevó cierto tiempo, porque no resultaba fácil conseguir alguno, ni siquiera para alguien con su experiencia y sus estudios, pero al año siguiente obtuvo un puesto de directora en un refugio de mujeres de Harborne, y se fue a vivir con Graham; y un día de febrero los dos sacaron tiempo para hacerle una visita al registro civil del pueblo, y se casaron sin más ni más: él, que nunca había creído que fuera ese tipo de hombre que se casa, y ella, que había empezado a pensar que era demasiado tarde para encontrar a alguien con quien casarse.

Así que la llamada inicial de Graham no fue en vano, a pesar de que nunca consiguió ponerse en contacto con Michael. Parecía que éste había decidido tomarse



unas largas vacaciones; o puede que ya no contestara nunca al teléfono.

1981

La boda de Mark Winshaw con lady Frances Carfax en la capilla de St. John's College, en Oxford, había sido todo un acontecimiento. Tal vez Inglaterra fuese víctima de la recesión, pero ésta parecía haber tenido poco impacto en aquellos miembros de la aristocracia y del mundo de los negocios que asistieron a la ceremonia y luego se reunieron en la casa de campo de la familia Carfax, para participar en una lujosa fiesta que aún seguía en pleno auge (al menos, según uno de los reportajes de los periódicos) a la cuatro de la tarde del día siguiente.

La fiesta, en efecto, duró más que el matrimonio.

Mark y lady Frances habían abandonado el banquete a primeras horas de la noche y tomado un vuelo a Niza; de allí, un taxi los llevó a la villa de Mark en la Riviera, donde iban a empezar su luna de miel. Llegaron poco después de las doce, y durmieron hasta la hora del almuerzo del día siguiente, cuando lady Frances cogió prestado uno de los coches de Mark para acercarse al pueblo más próximo y comprar tabaco. Sólo llevaba recorridos unos cientos de metros cuando se produjo una tremenda explosión y el coche ardió en llamas, saliéndose de la carretera para estrellarse contra una ladera pedregosa. Ella murió en el acto.

Mark quedó destrozado por la pérdida. El coche era un Coupé descapotable Morgan Plus 8 azul marino de 1962, uno de los tres o cuatro que quedaban en el mundo, y era imposible reponerlo. Se puso en contacto con su tío Henry, que le dio instrucciones al servicio de inteligencia para que averiguara quién había sido el responsable, pero no tuvo que esperar mucho los resultados de esta investigación. Tres semanas después, un diplomático iraquí entró en contacto con él y acordó una cita en Cavendish Square. De allí se fueron hasta una solitaria casa de campo en Kent. Un impecable sedán descapotable La Salle blanco grisáceo de 1938 estaba aparcado en el patio delantero.

—Es suyo —dijo el diplomático.

Explicó que se había dado un malentendido muy cómico. Todos sabían perfectamente, claro, que Mark hacía negocios con los iraníes igual que los hacía con ellos; no se habrían esperado otra cosa de cualquier hombre de negocios un poco serio. Sin embargo, un soplón se había equivocado al insinuar que Mark también se aprovechaba de su situación para comerciar con secretos militares. Sadam se había enfadado mucho al oír eso, y ordenó un rápido castigo. Ahora se sabía que esa información era falsa; se había descubierto al verdadero culpable, del que se habían deshecho inmediatamente. Sólo podían agradecer, dijo, que la suerte hubiera intervenido para salvar la vida de un hombre inocente y un amigo muy valioso del pueblo iraquí. Eran plenamente conscientes del daño que le habían hecho a su

patrimonio, y esperaban que aceptara aquel coche como regalo, en prueba de su afecto y su estima constantes.

Las expresiones formales de gratitud de Mark ocultaban su auténtico enfado por este incidente. El matrimonio con lady Frances le habría sido útil. Había esperado bastante del aspecto sexual (aunque, para ser sinceros, por lo que se refería a su imaginación y agilidad no se la podía ni comparar con las prostitutas cuyos servicios solían ofrecerle en sus viajes a Bagdad), pero, lo que era más importante, su padre tenía una serie de contactos influyentes en el mercado de Sudáfrica, en el que se moría de ganas de infiltrarse. Seguramente todavía podría utilizarlos, pero habría sido más fácil si su joven y encantadora esposa hubiese estado allí para ayudarlo.

Sobre todo, a Mark le parecía inaceptable que alguien hubiera contado mentiras sobre él, y estaba decidido a vengarse. Tras varios meses de investigaciones esporádicas, salió a relucir que el chivato había sido un importante físico egipcio, reclutado recientemente para el programa nuclear de Irak. Deseoso de congraciarse con sus nuevos patronos, había repetido el cotilleo aquel después de habérselo oído comentar a dos colegas; pero no se molestó en averiguar si era cierto o no. Aunque los iraquíes se pusieran furiosos al descubrir que los habían engañado, el físico en cuestión era demasiado valioso como para eliminarlo, y no se había hecho nada al respecto. Mark, sin embargo, tenía otras ideas. Sabía que a los israelíes les encantaría que se les presentara una oportunidad de frustrar las ambiciones militares de Saddam, y unas discretas palabritas al oído de un contacto en el Mossad bastaron para decidir el desgraciado destino del egipcio. Sucedió cuando estaba en París, *en route* desde el centro de investigación experimental de Saclay, donde se entrenaba rutinariamente a los técnicos iraquíes en un programa de cooperación nuclear con Francia. Se retiró pronto al dormitorio de su hotel y, a la mañana siguiente, su cuerpo roto y apaleado fue encontrado a los pies de la cama por una camarera. Apalearse a un hombre a muerte es un asunto ruidoso y complicado que lleva su tiempo, y Mark se sorprendió de que hubiesen elegido ese método. Aun así, se permitió esbozar una sonrisa cuando dieron la noticia por la radio israelí la noche siguiente; y cuando oyó que el periodista añadía que «el proyecto iraquí de obtener la bomba atómica se había retrasado dos años», volvió a sonreírse, porque, al fin y al cabo, era muy poco probable que eso afectase a su propia fortuna.

## *Octubre de 1986*

—Entonces háblame del Hussein ese —dijo Henry, mientras él y Mark permanecían sentados a ambos lados de un fuego resplandeciente en el salón del Hearland Club después de la comida, en un estado de atiborramiento próximo al colapso. Ya habían despachado los comentarios sobre la familia (cosa que nunca les llevaba mucho tiempo a los Winshaw), y acaban de encender dos enormes puros.

—¿Qué quieres saber? —dijo Mark.

—Bueno, pues que, como lo has conocido personalmente, ¿no?, y has hecho negocios con él y todo eso, pues ¿qué clase de tío es?

Mark dio una calada con aire pensativo.

—Pues es difícil de decir, la verdad. No suele dar muchos datos sobre sí mismo.

—Ya, pero mira —dijo Henry, a la vez que se echaba hacia delante—, estamos pisando un terreno muy delicado. Ese hombre, que yo sepa, está decidido a firmarnos un cheque en blanco. Cañones, aviones, misiles, bombas, balas; quiere de todo, y si no estamos dispuestos a venderle todas esas cosas, va a recurrir a los franceses o a los alemanes o a los yanquis o los chinos. No podemos permitirnos el lujo de dejar pasar esta oportunidad. Nuestra cifra de exportaciones ya es bastante horrible, incluso después de que la hayamos apañado como hemos podido. Pero más de uno va a levantar la ceja, ¿sabes?, si empezamos a llevarnos muy bien con un tipo al que le resulta divertido meterle dos mil voltios en el cuerpo al primer preso político que se le ponga a tiro; cosa que no le repugna nada hacer, creo.

—Eso es un rumor malintencionado —dijo Mark, mientras despejaba con una mano el humo de su puro, sin darle importancia—. No he visto nada que lo justifique.

—Échale un vistazo a esto, por ejemplo —dijo Henry, a la vez que se sacaba un panfleto arrugado del bolsillo de su chaleco—. Nos han mandado esto los... —miró el nombre que venía en la primera página— DDI, parece que se hacen llamar. Los Defensores de la Democracia en Irak. Ya te aviso de que el contenido es bastante desagradable. ¿Qué sacas en conclusión?

Mark le echó un vistazo al panfleto con los ojos entornados. De la mayoría de los detalles ya estaba al tanto. Lo sabía todo sobre las detenciones arbitrarias, las redadas nocturnas, los cargos inventados de disidencia y subversión, de pertenecer a una organización a la que no se debía pertenecer o acudir a un mitin al que no se debía acudir, de negarse a formar parte del partido Ba'ath o unirse al ala del partido a la que uno no debía unirse. Lo sabía todo sobre las increíbles condiciones imperantes en la «Dirección General de Seguridad» de Bagdad, donde a los detenidos se les mantenía aislados durante meses enteros, o se les hacía echarse en el suelo de una celda con otros cincuenta o sesenta prisioneros y escuchar los gritos grabados de los torturados por la noche y los reales durante el día. Y también lo sabía todo sobre esas torturas: cómo a hombres y mujeres se les azotaba, quemaba, golpeaba o sodomizaba con porras y botellas; cómo se les abrasaba con planchas, o se les sacaban los ojos y se les cortaban las orejas y la nariz y el pecho, o se les daban descargas eléctricas en los dedos, los genitales o los orificios de la nariz; cómo los torturadores llevaban máscaras de animales y ponían grabaciones de animales salvajes mientras se entregaban a sus tareas; cómo se torturaba a los hijos delante de sus madres, y se les metía con los ojos vendados en sacos llenos de insectos o de gatos hambrientos; cómo se hacía que hombres y mujeres se echaran de espaldas en el suelo, con los pies sujetos por cepos de madera, y luego se les aporreaban las plantas de los pies y se les

obligaba a caminar o a correr por suelos empapados de agua salada caliente. Mark ya había oído todo eso antes, y por esa razón apenas le echó un vistazo al panfleto con los ojos entornados, antes de devolvérselo a su primo.

—Pura exageración, si quieres que te dé mi opinión —dijo—. Estos grupos marginales suelen estar formados por fanáticos. No se los puede tomar uno en serio.

—¿Así que crees que Hussein no se dedica a nada de eso?

—Bueno, es duro, eso no se puede negar —dijo Mark frunciendo los labios—. Duro pero bueno, así lo describiría yo.

—¿Como un diamante en bruto, quieres decir?

—Como un diamante en bruto, exactamente.

—¿Y qué pretende hacer con todas esas armas, de todos modos? —dijo Henry—. Una vez ponga a Irán en su sitio, quiero decir.

Mark se rió, exasperado.

—Pero, Henry, ¿qué *importa* lo que pretenda hacer con ellas? Si empieza a parecernos que puede hacernos algún daño, ya encontraremos una excusa para atacarle y acabar con todo su arsenal. Y luego nos ponemos a vender otra vez.

Henry meditó sobre la lógica de este argumento y no le encontró ningún fallo.

—Si me permites que te lo diga —prosiguió Mark—, no es tu estilo andarte con remilgos en estos asuntos, por muy de moda que esté.

—Pero si no es cosa mía —dijo Henry—. Lo que nos preocupa es el Foreign Office, y el sensiblero ese, el aguafiestas de Howe. Él es el que se está poniendo tan quisquilloso con lo de vender todas esas armas.

—¿Y qué va a pasar?

—Bueno, pues según lo que me has contado —dijo Henry, apoltronándose aún más en su sillón—, yo diría que el MC1 ha ganado la batalla por el momento. Voy a sugerir que manden a alguien a Bagdad en estos dos próximos meses y les ofrezcan a los iraquíes un crédito bien apetecible. ¿Cuánto les han dado los americanos?

—Varios billones, creo; pero eso sólo es para cereales y esas cosas. Oficialmente, por lo menos.

—Mmm. Pues yo diría que nosotros podríamos llegar a los setecientos u ochocientos millones de libras. ¿Qué te parece?

—Me parece estupendamente. Les vendrán muy bien.

—*Doy por sentado* —dijo Henry a la vez que se inclinaba hacia delante y miraba a Mark fijamente a los ojos— que al final Husein podrá disponer de ese dinero. Quiero decir que el crédito es una cosa, pero necesitamos saber que, a la larga, nos va a pagar.

Mark se lo pensó mucho antes de decir:

—Irak tiene buenos recursos naturales. Evidentemente, se les va a acabar el dinero si él sigue gastándolo a este ritmo; pero no te olvides de que también tiene un vecino muy rico. Un vecino muy rico y muy vulnerable.

—¿Kuwait?

Mark asintió.

—¿Crees que lo invadirá?

—No lo dudaría ni un momento. —Se sonrió mientras Henry digería esta información—. Pero para eso aún queda mucho —dijo—. ¿Y quién va a ser el afortunado que se encargue de darle la buena noticia a Bagdad?

—Clark, seguramente. ¿Lo conoces?

—Un poco. Parece un tipo bastante decente.

—Un polvorilla, la verdad —dijo Henry—. No sabemos muy bien qué hacer con él. Pero en esta ocasión está totalmente de nuestra parte. —Estrujó despacio el panfleto—. Bueno, supongo que esto será mejor echarlo al fuego —añadió, y se inclinó hacia la chimenea.

—O también se lo puedes pasar a Hilary —dijo Mark, deteniéndolo justo a tiempo—. Dile que escriba una de esas famosas diatribas tuyas.

Henry se lo pensó un momento.

—Buena idea —dijo, y lo volvió a meter en el bolsillo.

## *20 de enero de 1988*

Iban a ser las seis de la tarde, y todos los demás se habían ido a casa, pero Graham seguía sentado en su oficina gris, escasamente amueblada, de Midland Ironmasters, mientras esperaba que sonase el teléfono. Tenía un grabador adosado al auricular. Durante los últimos dos años había grabado unas cincuenta horas de conversaciones telefónicas, pero sabía que sólo se podrían usar unos minutos, y aún no había sido capaz de afrontar la tarea de seleccionarlo todo. Habría que hacerlo pronto. Era plenamente consciente del alarmante desequilibrio que se daba en el material que había reunido para su película: demasiado sonido, demasiadas fotos fijas, y poco vídeo. Tal vez fuera el momento de empezar a arriesgarse un poco en serio.

Estaba esperando una llamada de un colega mayor de la industria de la maquinaria, que había acudido a una reunión en Londres ese día y prometido llamar a Graham para contarle el resultado. La reunión era con el ministro de Comercio e Industria, y trataba sobre la concesión de las licencias de exportación.

Los fabricantes de maquinaria que querían exportar a Irak seguían teniendo problemas con el Foreign Office. Hacía muy poco, Geoffrey Howe había sugerido al gabinete que debían imponer más restricciones, y eso había bastado para que se soliviantaran los miembros de la Asociación Tecnológica de Maquinaria, ahora una voz importante en la camarilla inglesa pro Irak (uno de cuyos miembros más influyentes, Matrix Churchill, había sido comprado por los iraquíes para asegurarse un fabricante aliado en Inglaterra). Se habían hecho peticiones formales al MC1 para que aclarase las cosas, y esa reunión era la recompensa. Se esperaba que diese claras

indicaciones de la dirección que estaba tomando la política del gobierno.

La llamada se produciría en cualquier momento. Graham llevaba todo el día sentado junto al teléfono. A esas alturas tenía un hambre voraz, y había visto cómo un claro cielo azul invernal se volvía negro.

El teléfono sonó a las seis y diez.

Al poner la cinta en el radiocasete de su coche cuando se fue esa noche para casa, oyó:

—¿Graham? Siento haberte hecho esperar tanto.

—No pasa nada, tranquilo.

—Algunos salimos a comer, y me temo que nos entretuvimos un poco.

—No pasa nada, de verdad. Teníais algo que celebrar entonces, ¿no?

—Fue una buena reunión. Muy positiva.

—Pero ¿qué fue lo que...?

—Luz verde. Nos han dado luz verde.

—¿Quieres decir que...?

—Ningún problema. No hay ninguna pega. Somos un honor para nuestro país, por lo que a ellos respecta, encabezando las exportaciones y todo eso.

—Pero ¿qué pasa con las restricciones?

—Bueno, ya sabes, sólo tenemos que andarnos con un poco de cuidado y ya está.

—Con un poco de cuidado? ¿Y cómo vais a...?

—Bueno, nos han aconsejado, ya te imaginas, que les quitemos importancia a..., a las aplicaciones militares de las máquinas. Tenemos que andarnos con un poco de cuidado al decir para qué son y esas cosas.

—¿Cómo? ¿Diciendo que son para la ingeniería en general o...?

—Sí, que son para «la ingeniería en general» o, ya sabes, subrayando que esas máquinas pueden tener aplicaciones...

—¿Pacíficas?

—Aplicaciones pacíficas y, bueno, destacando los aspectos generales de por qué nos interesa.

—Pero, evidentemente, ellos saben que...

—Pues claro que lo saben.

—Quiero decir que es evidente que eso es lo que estamos... vendiendo.

—Bueno, como les dijimos nosotros, no van a fabricar muchos coches en medio de una guerra, ¿no?

—¿Se lo dijisteis a ellos?

—No, fue lo que dijo alguien después.

—Pero ¿no les importa?

—A nadie le importa un pito. No le importa nada a ninguno.

—Así que está bien el...

—Les importa un carajo lo que vendamos.

—Se lo diré al jefe, entonces. Se va a poner...

—Muy contento, diría yo...

—Supongo que todo el mundo lo estará.

—Bueno, aquí lo hemos celebrado por todo lo alto. Tú también deberías tomarte unas copas cuando acabes.

—Sí que me las voy a tomar, ¿por qué no?

—Oye, tengo que irme.

—Gracias por haberte tomado la molestia de..., de llamar. Me has quitado un peso de encima. Ahora ya puedo... seguir adelante con algunas cosas que no se sabía muy bien si....

—Oye, que me tengo que ir. Ya hablaremos.

—Vale. Ya hablaremos dentro de unos días.

—Eso. Estupendo.

—Vale. Gracias por llamar.

—De nada. Pásalo bien.

—Tú también. Hasta luego.

Graham sacó la cinta, y la radio se puso a funcionar. Sonaba la BRMB tocando una vieja canción de Huey Lewis. No era precisamente una de sus favoritas.

## *28 de abril de 1989*

—Veo que está sacando cantidad de fotos. ¿Son de recuerdo para la mujer y los niños cuando vuelva a casa?

Graham giró en redondo, esperando encontrarse con un guarda uniformado, pero en cambio se encontró ante un hombrecito rechoncho de pelo oscuro, con una sonrisa elástica que le recordó a un gnomo benévolo. Dijo que se llamaba Louis y le explicó que era un vendedor belga. Le tendió también una tarjeta.

—Hay tanto que ver —dijo Graham—. Quería acordarme de todo.

—Tiene razón: es todo un espectáculo, ¿verdad? El cumpleaños de Sadam Husein siempre es un día muy importante en Bagdad, ¿sabe? Todos los autobuses van cubiertos de flores, y en las escuelas los niños cantan canciones especiales de felicitación. Pero este año ha hecho algo fuera de serie, realmente.

La Primera Exposición Internacional de Armamento de Bagdad respondía, en efecto, a la aparatosidad de su nombre. Estaban representados veintiocho países, y casi ciento cincuenta empresas diferentes habían montado sus tiendas y sus pabellones; desde las más pequeñas como Ironmasters y Matrix Churchill hasta los gigantes internacionales: Thomson-CSF, Construcciones Aeronáuticas y British

Aerospace. Todos los nombres importantes se encontraban allí: el diseñador independiente Gerald Bull exponía una maqueta de su supercañón en el *stand* de Astra Holding; el proveedor francés Hugues de l'Estoile competía amistosamente con el colaborador estrella de Alan Clark, David Hastie, a quien le quitaría de las manos el contrato para el proyecto Fao (un programa aeroespacial a largo plazo para ayudar a Irak a organizar su propia base de fabricación de aviones); mientras que Serge Dessault, hijo del gran Marcel Dessault que había desarrollado él solito la industria de aviación militar francesa, fue recibido con una ovación de los iraquíes, como una estrella pop de visita, cuando se aproximó al *stand* de demostraciones.

—Creí que íbamos a estar más controlados —dijo Graham, que ya se había preocupado bastante con lo de meter su cámara de fotos en Irak, y ahora se maldecía a sí mismo por no haberse traído una cámara de vídeo.

Louis pareció sorprendido.

—Pero ¿por qué? No es una reunión secreta. Todo esto es para que todo el mundo se abra, y enseñe orgulloso sus logros. Aquí hay periodistas de todas las partes del mundo. No tenemos nada que ocultar. Nadie está haciendo nada ilegal. Todos creemos en la disuasión, y en el derecho de cada país a defenderse. ¿No está usted de acuerdo conmigo?

—Bueno, sí...

—Pues claro que sí. De otro modo, ¿por qué iba a mandarlo aquí su empresa a mostrar unos ejemplos tan espléndidos de la tecnología moderna? ¿Me haría el favor de enseñármelos?

A Louis le impresionó claramente lo que vio en el pabellón de Ironmasters: desde luego, salía ganando en comparación con la tristona maquinaria de los sesenta que ofrecían los exhibidores polacos, húngaros y rumanos. Dejó caer unas cuantas indirectas sobre que podría llegar a un acuerdo con varios compradores iraníes, pero no precisó nada. Mientras tanto, pareció cogerle cariño a Graham, y le sirvió de guía informal los pocos días que quedaban. Lo llevó al *stand* de demostraciones de los VIPS para que viera cómo los pilotos iraquíes hacían unas acrobacias con sus MiG-295 que ponían los pelos de punta, volando tan bajo a veces que los espectadores tenían que tirarse al suelo. (Sólo salió realmente mal una de las demostraciones, cuando un piloto egipcio voló sin querer por encima del palacio presidencial y fue inmediatamente derribado por la guardia republicana, para ir a estrellarse con su Alphajet en una zona residencial de Bagdad y matar a unos veinte civiles.) Llevó también a Graham a conocer al coronel Hussein Kamil Hassan al-Majid, una de las estrellas emergentes del partido Ba'ath y el anfitrión de aquel evento, que recibía a sus huéspedes en un amplio pabellón, montado con la pretensión de que recordara a un campamento del desierto. Y siempre estaba dispuesto a presentarle a las figuras más influyentes, como a Christopher Drogoul y Paul van Wedel, los banqueros americanos del BNL de Atlanta que habían concedido a Irak unos cuatro billones de dólares en préstamos a largo plazo.



—¿Se ha fijado en sus relojes? —preguntó Louis.

—¿En sus relojes?

—Écheles un vistazo a sus relojes la próxima vez que los vea. Están especialmente diseñados: fabricación suiza. Y llevan pintada la cara de Sadam Husein. Fueron regalos personales: todo un honor, supongo. Me parece que sólo les habrán concedido ese honor a unos tres o cuatro de los que andan por aquí. Monsieur de l'Estoile, posiblemente. Y, por supuesto no hace falta decirlo, su compatriota, el señor Winshaw.

Graham trató de ocultar su súbito ataque de interés.

—¿Se refiere a Mark Winshaw, de Vanguard?

—Usted conoce al señor Winshaw, creo. Ha hecho negocios con él varias veces.

—Una o dos, sí. ¿Está aquí en este momento, por casualidad?

—Pues claro que está aquí, se lo puedo jurar. Pero le gusta pasar inadvertido, ya sabe. Por cierto, esta noche voy a cenar con él. ¿Le doy recuerdos suyos?

—Como no —dijo Graham; luego titubeó antes de preguntar descaradamente—: ¿Una reunión de negocios, supongo?

—Se podría decir así —dijo Louis—. Los dos pertenecemos a cierta organización: una especie de club privado. Tiene que ver con asuntos técnicos realmente. Nos reunimos de cuando en cuando para discutir sobre los problemas de la fabricación y distribución de nuestros sistemas armamentísticos.

Graham sabía de qué organización estaba hablando: AESAP, la Asociación Europea para la Seguridad en Artillería y Propulsores. Pero se sorprendió al oír que Mark era miembro de ella. Pensaba que no tenía tiempo para semejantes cosas.

—De todas maneras —dijo Louis—, no creo que haya mucho que discutir esta noche. Supongo que será más bien una cosa amistosa. Debería venir, señor Packard. Sería muy bien recibido.

Graham aceptó.

Habían quedado en cenar en un pequeño reservado, al fondo de un restaurante muy tranquilo y muy caro en el centro de Bagdad. Sólo había cinco comensales: Mark, Louis, Graham, un holandés muy serio y un alemán muy ruidoso. La comida era francesa (ninguno se privó de criticar la cocina de Oriente Medio); el champán, añejo (Roederer Cristal del 77) y abundante. Cada invitado disfrutaba de las atenciones de su propia camarera filipina, menuda y bonita, que se reía tontamente y fingía estar encantada cuando le metían mano bajo la minifalda o le sobaban los pechos mientras intentaba servir la comida. La camarera de Graham se llamaba Lucila; que él supiera, a ninguna de las demás le preguntaron en ningún momento cómo se llamaba. Él estaba sentado entre Louis y Mark, que parecía mucho menos reservado y circunspecto que en otras ocasiones. Hablaba largo y tendido de su trabajo y de la Feria de Bagdad, y de lo que esta última daba a entender de las ambiciones militares de Sadam para cualquiera que tuviera ojos en la cara. Graham estaba grabando esta conversación en un grabadora diminuta colocada en el bolsillo

interior de su chaqueta; eso quería decir que tenía que llevar muy buena cuenta del tiempo, de modo que pudiese escaquearse hasta el lavabo cuando hubiera que darle la vuelta a la cinta (se había traído dos casetes de hora y media) antes de que la grabadora se desconectase sola con un clic muy revelador.

De todos modos, por razones personales, borraría esas cintas cuando llegase a casa.

Louis fue el primero en desaparecer escaleras arriba con su camarera, entre el primer y el segundo plato. Estuvieron allí cerca de media hora. Tan pronto como volvieron, le tocó el turno al holandés. Mientras sucedía todo esto, en la fiesta se había conseguido consumir, según los cálculos de Graham, ocho botellas de champán. Podía percibir lo asombrada que estaba Lucila de que no se portase con ella igual que sus compañeros. No era tan atractiva, desde un punto de vista convencional, como las otras; tenía manchitas en la piel un poco picada de viruelas, y no lograba ocultar tan bien su tristeza bajo aquella apariencia de alegría que, sin embargo, no salía a relucir en sus ojos. Estaba nerviosa y a veces tiraba las cosas mientras servía la comida. Graham sabía que si él hubiera podido relajarse más, la habría ayudado a encontrarse más a gusto, pero era difícil porque intentaba permanecer sobrio.

Justo cuando iban a servir el plato principal (un lomo de ternera), Mark se volvió hacia él y dijo:

—Espero que no le parezcamos unos maleducados, señor Packard, pero hay unos cuantos asuntos privados que tenemos que tratar en este momento. Creo que sería una buena ocasión para que se retirara.

—¿Para retirarme?

Mark señaló a Lucila, e hizo un gesto con los ojos. Graham asintió con la cabeza y abandonó la mesa.

Subieron hasta un pequeño dormitorio bastante incómodo, donde la cama estaba deshecha y revuelta de haberla usado hacía poco. El cuarto estaba limpio pero poco iluminado y mal decorado. Había manchas de sangre en la alfombra que parecían llevar allí cierto tiempo. Tan pronto como se cerró la puerta, Lucila empezó a desnudarse. Se quedó perpleja cuando Graham le pidió que parara. Le explicó que no quería hacer el amor con ella porque era casado, y no creía que estuviera bien que se esperase que las mujeres se fueran a la cama con hombres a los que apenas conocían. Ella asintió con la cabeza y se sentó en la cama. Graham se sentó a su lado y se sonrieron el uno al otro. Él se daba cuenta de que ella se sentía a la vez aliviada y ofendida. Trató de hacerle unas cuantas preguntas, como de dónde venía y qué hacía en Irak, pero no hablaba bien inglés y, además, parecía que aquellas preguntas la ofendían un poco. Los dos sabían que tenía que pasar un buen rato antes de bajar. Entonces Lucila se acordó de algo y, tras abrir uno de los cajones del armario, sacó una baraja. Ninguno de los dos sabía jugar a nada en concreto, así que jugaron unas cuantas manos de Snap. Había un poco más de champán en una botella de la mesilla y, antes de que pasara mucho tiempo, ya estaban los dos soltando risitas. Después de

todos los subterfugios, los desvelos, y la tensión constante de los últimos días, Graham se sintió repentinamente liberado; no había nada en la tierra que le apeteciera más que jugar aquel estúpido juego de cartas con una jovencita medio borracha en una habitación desconocida, y de golpe experimentó una oleada de deseo, que Lucila reconoció en cuanto se la vio en los ojos. Apartó la vista. Acabaron la partida menos animados, pero ya era hora de volver al restaurante.

Se encontró a Mark y a sus amigos discutiendo acaloradamente, pero medio en broma, mientras dibujaban toda una serie de redondeles a lápiz en sus servilletas y en el mantel. Cada uno de esos redondeles se dividía en cuatro trozos desiguales, con las letras GB,D,NL y B, escritas dentro. Con un poco de esfuerzo, Graham fue capaz de sonsacarle una explicación a Louis, que estaba borracho; más tarde, confirmaría los detalles con sus propias investigaciones. Resultó que la AESAP no tenía nada que ver con medidas de seguridad. Se trataba de un cártel informal de traficantes de armas europeos, organizado para atajar uno de los problemas más importantes que planteaban las necesidades militares iraquíes: dado que la demanda era tan enorme, ¿cómo podían afrontarla las empresas de armamento sin elevar sus cotas de producción hasta un punto en que despertaran las sospechas de sus gobiernos? La AESAP constituía la respuesta: un foro en el que los comerciantes de cada uno de los otros países miembros se podían reunir y repartir el trabajo equitativamente entre sus propios fabricantes.

—Hemos decidido que éstas serán las cifras —dijo Louis, mientras le pasaba una servilleta y señalaba uno de los redondeles divididos en cuatro— que alcanzarán nuestras comisiones. Nuestras comisiones del año que viene.

—Pero si no llegan ni a cien —dijo Graham.

Louis se rió como un loco.

—Esto no son porcentajes —dijo, con los ojos relucientes—. ¡Son millones de dólares! —Se rió aún más fuerte cuando vio el evidente asombro de Graham, y le tembló todo el cuerpo cuando alargó el brazo en un gesto que abarcó toda la habitación, además de a las camareras, a sus tres amigos, y el esqueleto destripado de ternera en su bandeja de plata—. ¡Menudo reparto, eh, señor Packard! ¡Menudo reparto!

Durante la media hora siguiente, el ambiente de la mesa se fue animando más y más, y Graham se dio cuenta de que cada vez parecía más fuera de lugar.

—Pone usted un gesto como de desaprobación con la boca —comentó Mark Winshaw en un determinado momento—. No veo por qué. Acabo de asegurarle a su empresa la tajada más gorda del mercado iraquí en un futuro inmediato.

—Lo que pasa es que estoy un poco cansado —dijo Graham—. Todo esto me ha desbordado un poco.

—A lo mejor le pasa lo que a mí: que toda esta orgía para celebrarlo le parece bastante vulgar y fuera de tono.

—Puede ser.

—Y sin embargo tengo entendido que, en la universidad, era usted un joven muy revoltoso, señor Packard.

Graham dejó de sorber su café.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Digamos que he investigado un poco, como siempre, como haría cualquier hombre de negocios sensato. Ha madurado usted mucho en los últimos años, parece ser.

—¿En qué sentido?

—Políticamente, quiero decir. Vamos a ver: ¿quiénes disfrutaron de sus servicios como tesorero, los Trabajadores Socialistas o los Comunistas Revolucionarios?

Graham se sonrió valientemente a pesar de que empezaban a fallarle los ánimos.

—Fueron los Trabajadores Socialistas.

—Pues va una buena diferencia de ese semillero revolucionario a este restaurante de Bagdad.

—Como usted dice —respondió Graham—, he madurado mucho.

—Eso espero, señor Packard. Al fin y al cabo, aquí jugamos muy fuerte. Me gustaría pensar que es usted un hombre en el que se puede confiar; un hombre, por ejemplo, que puede mantener la cabeza fría en una situación difícil.

—Creo que eso lo puedo hacer —dijo Graham—. Creo que ya lo he demostrado.

Mark agarró a una de las camareras por el borde de la minifalda y la empujó contra él.

—Manzanas —dijo—. Aquí hacen falta algunas manzanas.

—Sí, señor. ¿Las quiere cocidas o glaseadas de alguna forma?

—Tú trae cinco manzanas.

—Y sube esa música —le gritó Louis—. Ponla alta, ¡ponla alta de verdad!

Cuando ella volvió, Mark mandó a todas las camareras que se arrimaran a la pared.

—¡Anda, si es el juego ese! —dijo Louis, palmoteando feliz—. ¡Me encanta este juego!

Mark puso una manzana sobre cada una de las cabezas de las camareras, y luego sacó un revólver del interior de su chaqueta.

—¿Quién va ser el primero?

A pesar de estar borrachos, todos resultaron ser unos tiradores excelentes; excepto Louis, cuya bala fue a dar como a un metro de la diana e hizo añicos uno de los apliques. Las mujeres chillaban y lloriqueaban, pero no se movían, ni siquiera cuando ya les habían disparado a sus manzanas.

Al final, le tocó el turno a Graham. Ni siquiera había sentido nunca el contacto de una pistola en la mano, pero sabía que Mark Winshaw le estaba haciendo pasar una especie de test monstruoso, y que si se echaba atrás, si le fallaban los nervios, le volaría el disfraz y antes de que pasase mucho tiempo, en cuestión de semanas si no de días, le quitarían la vida. Alzó el revólver y lo apuntó a Lucila. A ella le corrían las

lágrimas por la cara, y en sus ojos aterrorizados también pudo distinguir su incompreensión: un eco implorante de la risa y la intimidad que habían compartido en el piso de arriba. Le temblaba la mano. Debió de quedarse así un rato, porque oyó a Mark decir:

—Cuando quiera, señor Packard.

Y luego oyó que los otros batían palmas y se ponían a cantar la obertura de Guillermo Tell, tarareándola entre dientes como si estuvieran tocando un *kazoo*. Y entonces, justo cuando Lucila soltó su primer sollozo incontrolado, lo hizo: hizo la cosa por la que siempre se odiaría a sí mismo; siempre que se despertara por la noche sudando frío al recordarlo; siempre que tuviese que dejar una habitación en medio de una conversación, o que meterse bruscamente en el duro arcén de la autopista, cuando le entraran ganas de vomitar por la repentina claridad de aquel recuerdo. Apretó el gatillo.

Graham se desmayó casi inmediatamente, así que no vio cómo su bala arrancaba el rabito de la manzana e iba a alojarse en la pared que Lucila tenía detrás, ni tampoco la vio caer de rodillas y vomitar en el suelo encerado. Fue vagamente consciente de una música alta y de unas voces, de gente que le pegaba en la espalda y le hacía beber más café, pero no recuperó del todo el conocimiento hasta que se encontró sentado en el wáter, con la cabeza en las manos, y los pantalones por los tobillos; el aire cargado del hedor de su diarrea, la diminuta estancia sin ventanas en silencio, a no ser por su automática entonación de una sola palabra, inexpresiva y mecánica.

Joan. Joan. Joan.

Graham se había ganado el respeto de Mark Winshaw, quien se lo demostró con veinte meses de silencio, seguidos de una invitación a una fiesta de Fin de Año en su casa de Mayfair.

### *31 de diciembre de 1990*

A Graham le pareció que las once era lo más pronto que podía disculparse educadamente y retirarse. Le dijo a Mark que tenía que volver conduciendo a Birmingham esa noche, para estar con su mujer y con su hija de ocho meses.

—Pero si todavía no le he presentado a Helke —protestó Mark—. Tiene que hablar un poquito con ella antes de irse. ¿Tiene usted el coche por aquí cerca?

Sí, lo tenía cerca. Mark le cogió las llaves y se las dio a uno de sus chóferes, a quien ordenó traer el coche inmediatamente hasta la puerta de la casa. Mientras tanto, Graham se vio obligado a intercambiar unas cuantas gracias con la nueva señora Winshaw, a la que le sorprendió encontrar desalentadoramente atractiva. Habría

querido que no le gustara (sabiendo que era hija de un rico industrial y notorio simpatizante de los nazis), pero su pálida belleza y su curiosa coquetería se lo pusieron difícil, incluso en un encuentro tan breve.

Unos minutos después, mientras se dejaba caer en el asiento del conductor, Graham soltó un suspiro de alivio. Estaba empapado de sudor. Luego se quedó inconsciente con el golpe que le dieron en la nuca.

Se lo llevaron hasta un garaje cerrado en Clapham. El conductor lo sacó del coche mientras el motor seguía en marcha, y lo puso en el suelo, cerca del tubo de escape. Le dio cuatro o cinco patadas en la cara, y una en el estómago. Le quitó los pantalones, le cogió la cámara, y dio varios saltos sobre las piernas de Graham. Luego dejó el garaje y cerró la puerta tras él.

La patada en el estómago había sido un error, porque hizo que Graham recuperara a medias la conciencia. Pero no logró moverse hasta pasados varios minutos, durante los cuales, aunque su cuerpo fue recobrando fuerzas, su cerebro empezó a quedarse rápidamente sin oxígeno. Al final, haciendo un tremendo esfuerzo, se arrastró hasta el asiento del conductor. Metió la marcha atrás, y retrocedió contra las puertas del garaje. No consiguió abrirlas de golpe, así que lo intentó de nuevo. Tampoco lo consiguió, y eso fue todo lo que pudo hacer.

Pero el ruido llamó la atención de un grupo de gente borracha que pasaba por allí, y que fue capaz de abrir la puerta a la fuerza y sacar el coche a la calle. Uno de ellos salió corriendo a buscar una cabina.

Graham estaba en la acera, rodeado de desconocidos.

Iba en una ambulancia. Las luces destellaban y tenía una mascarilla en la cara.

Estaba en el hospital. Hacía mucho frío.

El Big Ben daba las doce campanadas.

## ENERO DE 1991

Cogí los vasitos de zumo de naranja y me los llevé hasta el *box*. Fiona se bebió el suyo despacio, agradecida; luego se tomó la mitad del mío. Me dijo que parecía un poco distraído y me preguntó qué había pasado.

—El tipo ese al que acaban de ingresar. Está inconsciente, y bastante mal. Me ha impresionado un poco.

—Lo siento —dijo Fiona—. Qué manera más horrible de empezar el Año Nuevo.

—No seas tonta.

Se estaba debilitando, era evidente. Después de beber, se echó en la camilla y no trató de volver a hablar hasta que reapareció la enfermera.

—Vamos progresando —dijo muy animada—. La hermana está intentando encontrarle una cama y, en cuanto lo consigamos, puede pasar a la sala y el doctor Bishop le dará sus antibióticos. La doctora Gillam, nuestra médico general, está muy ocupada en este momento, así que vendrá a verla por la mañana.

No me pareció que fuéramos progresando mucho.

—Pero ya llevan más de media hora buscando una cama. ¿Cuál es el problema?

—Andamos muy justos de camas —dijo—. Han cerrado algunas salas de cirugía justo antes de Navidad, y eso tiene un efecto dominó. Significa que un montón de pacientes de cirugía ocupan las camas de los de medicina general. Tenemos un cuadro con todas las camas disponibles en cada momento, pero hay que actualizarlo continuamente. Creíamos que acabábamos de encontrarle una, y mandamos a la hermana a comprobarlo pero resultó que estaba ocupada. De todos modos, no deberíamos tardar mucho.

—Estupendo —dije con un toque de humor negro.

—Aunque hay un problema.

—No me diga...

Se produjo una pausa. Se notaba que se trataba de algo que la hacía sentirse culpable.

—Bueno, el caso es que necesitamos este *box*. Me temo que vamos a tener que trasladarlos.

—¿Que trasladarnos? Creía que no tenían ningún sitio a donde trasladarnos.

Resultó que sí. Empujaron la camilla de Fiona hasta el pasillo, me trajeron una silla para que yo me sentara a su lado, y allí nos dejaron. Les llevó otra hora y media encontrar la cama. En ese tiempo no conseguimos ver más médicos; tanto el especialista como la escurridiza doctora Gillam estaban muy ocupados, o eso pensé yo, lidiando con el recién llegado (el hombre al que yo había reconocido a medias), a quien, por lo visto, habían conseguido revivir de alguna forma. Eran casi las dos de la madrugada cuando vinieron las enfermeras a llevarse a Fiona, y para entonces parecía

muy desvalida y asustada. Le apreté fuerte la mano y la besé en los labios. Estaban helados. Luego me quedé mirando cómo se la llevaban por el pasillo.

El equipo médico había insistido en que yo me fuese a casa y descansase un poco, pero sólo fui capaz de seguir la primera parte de sus instrucciones. Físicamente estaba agotado, en parte porque había venido andando desde el hospital y había llegado a casa después de las cuatro de la madrugada. Pero nunca había tenido menos ganas de dormir, sabiendo como sabía que, en una sala a oscuras a cinco o seis kilómetros de allí, Fiona también yacía despierta, con la mirada fija en el techo. ¿Cómo les podía haber llevado tanto tiempo meterla allí? Después de que me la hubiera encontrado arrodillada delante del armario, habían pasado más de cinco horas antes de que pudiera echarse cómodamente en una cama (horas en las que su estado había empeorado claramente). Y sin embargo, que yo supiera, no era una cuestión de negligencia; en el ambiente reinaba la eficiencia frenética y tajante de las situaciones de agobio. Así que ¿cómo les podía haber llevado tanto tiempo?

Me eché completamente vestido en la cama, con las cortinas abiertas. Una cama era una cosa sencilla, o eso me había parecido siempre. Que yo recordara, no habría más de unas diez noches en toda mi vida en las que, mal que bien, no hubiera dormido en una cama. Y los hospitales estaban llenos de camas. En eso consistían los hospitales precisamente: en habitaciones llenas de camas. Bien es verdad que mi fe en la ciencia médica siempre había sido limitada. Sabía que existían muchas enfermedades que carecían de tratamiento, pero nunca se me había ocurrido que a un puñado de médicos y de enfermeras muy competentes pudiese costarles tanto algo tan simple como trasladar a un paciente de un sitio a otro: de un *box* a una cama. Me preguntaba quiénes serían los responsables de aquella situación (sí, Fiona, seguía creyendo en las conspiraciones), qué intereses creados podrían tener en hacer que la vida de estas personas aún fuera más dura de lo que ya era.

Me habían dicho que llamara al hospital sobre las diez y media de la mañana. ¿Existía alguien más a quien tuviese que avisar mientras tanto? Me levanté y fui hasta el piso de Fiona para coger su agenda de direcciones. Estaba llena de nombres que nunca me había citado, y encontré una carta doblada en la tapa de atrás, fechada en marzo de 1984. Seguramente la mayoría de aquella gente no había sabido nada de ella en seis o siete años. Cabía presumir que uno de ellos era su ex marido, Christian el resucitado. Que yo supiera, llevaban sin dirigirse la palabra desde el divorcio, conque no tenía mucho sentido avisarle. Ella siempre hablaba con bastante cariño de sus compañeros de trabajo; tal vez debiese llamarlos. Pero, evidentemente, no los encontraría hasta pasados un par de días.

Estaba sola, solísima. Lo estábamos los dos.

La mesa de mi cuarto de estar seguía puesta para nuestra cena a la luz de las velas, así que lo retiré todo y luego vi cómo amanecía débilmente el primer día del



Año Nuevo sobre Battersea. Cuando ya había luz pensé darme una ducha, pero, en cambio, me tomé dos tazas de café cargado. La perspectiva de tener que esperar otras tres horas me horrorizaba. Me acordé de mi madre, y de cómo había hecho todo lo posible por llenar aquellos días vacíos mientras mi padre se encontraba en el hospital. Había cantidad de periódicos viejos en casa, de modo que los junté todos y me puse a hacer crucigramas. Me hice media docena de los rápidos en nada de tiempo, y luego me quedé empantanado en uno muy críptico, tamaño gigante, para el que hacía falta usar diccionarios y libros de consulta y un tesoro. La verdad es que no conseguía quitarme nada de la cabeza, pero era mejor que andar por allí tirado. Me tuvo entretenido hasta las diez menos veinte, que fue cuando llamé al hospital.

Me pusieron con una enfermera que me dijo que Fiona seguía encontrándose «bastante mal», y que ya podía ir a verla si quería. Colgué bruscamente sin siquiera darle las gracias, y casi me rompo una pierna bajando las escaleras a todo correr.

La sala estaba llena pero tranquila, la mayoría de los pacientes parecían más aburridos que gravemente enfermos. Fiona yacía en una cama cerca del cuartito de las enfermeras. Al principio no la reconocí, porque tenía puesta una mascarilla de oxígeno que le tapaba la nariz y la boca. Y también había un gotero conectado a su brazo. Tuve que darle una palmadita en el hombro para que se diera cuenta de que me encontraba allí.

—Hola —dije—. No sabía qué traerte, así que te he traído unas uvas. No es muy original.

Se quitó la mascarilla y sonrió. Los labios se le estaban poniendo ligeramente azules.

—No tienen pepitas —añadí.

—Luego me tomaré unas pocas.

Le cogí la mano, que estaba helada, y esperé a que inspirase unas cuantas veces más con la mascarilla.

—Me van a trasladar —dijo Fiona—. A otra sala.

—¿Y eso?

—Cuidados intensivos.

Traté de que no se me notase el pánico en la cara.

—Esta mañana —prosiguió— me hicieron de todo. Les llevó una hora o así. Fue horroroso.

—¿Qué te hicieron?

—Para empezar —respondió—, me vio la doctora Gillam, la médico general. Se portó muy bien, pero parecía que estaba algo enfadada por algo. Les mandó que me vieran por rayos. Inmediatamente. Me hicieron incorporarme sobre la cama, y me pusieron una placa sobre la espalda, y yo tenía que inspirar. Fue muy desagradable. Luego querían hacerme una prueba de gases en sangre, así que cogieron una aguja y

tuvieron que buscarme una arteria. Aquí. —Me enseñó su muñeca, donde se apreciaban varios pinchazos—. Debe de ser difícil encontrarla a la primera.

—¿Cuándo te van a trasladar? —le pregunté.

—Pronto, supongo. No sé por qué se retrasan.

—¿Te han dicho lo que te pasa?

Negó con la cabeza.

La doctora Gillam me llevó aparte a un cuarto privado. Lo primero de todo me preguntó si era pariente de ella, y le dije que no, que sólo un amigo. Luego me preguntó que cuánto tiempo hacía que conocía a Fiona, y le contesté que alrededor de cuatro meses; siguió preguntándome si Fiona tenía familia, y le respondí que no, a no ser tíos o primos de los que yo no sabía nada. Entonces yo le pregunté que por qué Fiona se había puesto de repente tan enferma, y ella me lo dijo todo, empezando por la neumonía. Se había cogido una buena neumonía en alguna parte, y su cuerpo no la estaba combatiendo como debía. La explicación residía en las radiografías (y por supuesto, en las notas del especialista, escondidas en algún archivo), en las que se veía un tumor bastante grande en el centro del pecho: un linfoma para ser exactos. Aquella palabra no me decía nada, así que la doctora Gillam me explicó que era una forma de cáncer, que en este caso parecía estar bastante avanzado.

—¿Muy avanzado? —pregunté—. Quiero decir que no será demasiado tarde para hacer algo, ¿no?

La doctora Gillam era una mujer alta, con el pelo azabache cortado a lo chico y un par de impresionantes y combativos ojos marrones enmarcados por unas gafas doradas. Se lo pensó mucho antes de responder.

—Si lo hubiéramos sabido antes, tendríamos más posibilidades. —En ese momento me dio la impresión de que me ocultaba algo; al igual que Fiona, percibí una cólera celosamente reprimida—. Pero tal como están las cosas —prosiguió—, a su nivel de oxígeno en sangre le ha dado tiempo de descender mucho. Lo único que podemos hacer es trasladarla a cuidados intensivos y vigilarla de cerca.

—¿Y a qué están esperando?

—Es que no es tan sencillo. Mire, para empezar...

Sabía lo que me iba a decir.

—... tenemos que encontrarle una cama.

Me quedé en el hospital hasta que le encontraron la cama. Esa vez sólo les llevó una media hora más. Tuvieron que hacer varias llamadas, y al final pareció que dependía de encontrar un paciente dos o tres peldaños más abajo en la escala, sacarlo de su sala y hacerle esperar en la sala general hasta que se pudiese darle de alta oficialmente. Luego volvieron a separarme de Fiona y, como no podía hacer nada, me fui a casa.

No tenía ningún libro de medicina, pero los diccionarios que había usado para el crucigrama seguían sobre la mesa, así que miré «linfoma». Lo único que decían era que consistía en un «tumor con la estructura de un ganglio linfático». Así dicho no

resultaba muy preocupante, pero, por lo visto, ésa era la causa de todos aquellos meses de fiebre y de dolores de garganta, y la razón de que su sistema inmunológico se hubiese bloqueado y rendido a la primera infección que se había presentado. Volví a mirar la palabra; me quedé mirándola tanto tiempo que acabó por no tener ningún sentido y empezó a parecer simplemente un montón de letras que no significaban nada. ¿Cómo podía hacer tanto daño algo tan pequeño, tan fortuito como aquella palabrita estúpida? ¿Cómo podía (pero eso no iba a ocurrir) destruir a una persona?

No iba a ocurrir.

De repente, asqueado al ver el crucigrama a medio hacer, que me pareció trivial y ofensivo, estrujé el periódico hasta formar una bola de papel y, al hacerlo, tiré el café frío que quedaba en mi segunda taza. Luego, tras ir a por un paño y secar la mancha, me entró un frenesí limpiador. Enceré la mesa, quité el polvo a los estantes y atacué el zócalo. Preparé estropajos y bayetas, Pledge, Jif y Windolene. Me lo tomé tan en serio que por poco arranco la pintura de los marcos de las ventanas y el barniz de la mesita del café. Pero ni siquiera eso me bastó. Amontoné todos los muebles del cuarto de estar en el pasillo y aspiré la moqueta. Pasé la fregona por el suelo del cuarto de baño y les saqué brillo a los grifos, y a los apliques de la ducha, y al espejo. Fregué la taza del váter. Después me paseé por el piso con dos enormes bolsas negras de basura, y metí en ellas toda revista antigua, todo fajo de periódicos amarillentos, toda nota descartada y trozo de papel que encontré a mi paso. No paré hasta que me topé con una bolsa de papel sin abrir, que contenía el paquete de libros de la Peacock Press; entonces, atrapado por una curiosidad absurda, casi histérica, la desgarré y me quedé mirando los tres ejemplares. Quería ver algo que me hiciera reír.

Había un folletito titulado *Bellezas arquitectónicas de Croydon*, que se jactaba, según la solapa, de contener «tres ilustraciones en blanco y negro». ¡*Plintos, plintos y más plintos!*, del reverendo J. W. Pottage, prometía ser «la obra más accesible y divertida, salida de la pluma de un autor ahora internacionalmente reconocido como una autoridad en la materia». Y parecía que el tercer libro consistía en otro volumen de memorias de la guerra, que llevaba el enigmático título de *Yo era «Apio»*.

Antes de que me diera tiempo a encontrarle algún significado, sonó el teléfono. Solté los libros de golpe y fui a cogerlo. Era del hospital. A Fiona iban a ponerle respiración asistida y, si quería hablar con ella, tenía que ir inmediatamente.

—Ha tenido un fallo circulatorio —me explicó la doctora Gillam—. La hemos estado tratando con altas concentraciones de oxígeno, pero el nivel en sangre sigue siendo muy bajo. Así que vamos a intentarlo con el ventilador. Aunque, una vez se lo pongan, no podrá hablar. Creí que sería mejor que la viera antes.

Ya casi no podía hablar.

—No lo entiendo —dijo.

Y después:

—Gracias por estar aquí.

Y después:

—Pareces cansado.

Y después:

—¿Qué pasó con la *lasagna*?

—Te pondrás bien —dije yo.

Y después:

—¿Estás cómoda?

Y después:

—Los médicos de aquí son muy buenos.

Y después:

—Te pondrás bien.

No fue una conversación nada especial. Supongo que ninguna de nuestras conversaciones había sido nunca nada especial. Nada especialmente especial, por poco escribo. Creo que me estoy volviendo loco.

Dijeron que les llevaría una hora y media colocar el ventilador y todos los goteros que hacían falta, y luego podría volver a verla. Deambulé un rato por la sala de visitas, una sala de espera bastante funcional, con unas cuantas sillas de vinilo negro muy rígidas y una selección de periódicos y revistas que parecían un poco mejores de lo habitual. Luego me fui a por una taza de café, y conseguí encontrar una cantina que supongo que estaba más destinada al uso del personal que al de las visitas, aunque nadie puso ninguna pega cuando tomé asiento. Llevaba allí un rato, bebiéndome un café solo y dando cuenta de dos barritas y media de Fruit & Nut, cuando alguien se detuvo junto a mi mesa y me saludó.

Miré hacia arriba. Era la enfermera que había cuidado a Fiona aquella mañana.

—¿Qué tal se encuentra ahora? —me preguntó.

—Pues le están poniendo respiración asistida en este momento —contesté—.

Supongo que eso significa que la cosa es bastante grave.

Me respondió con una evasiva.

—La atenderán muy bien.

Yo asentí, taciturno, y ella se sentó en la silla de enfrente.

—¿Cómo está *usted*, de todas formas?

La verdad es que no había pensado en eso. Tras un momento de vacilación, dije, para mi propia sorpresa:

—No sé muy bien. Supongo que enfadado.

—Espero que no sea con el doctor Bishop.

—No, no con nadie en particular. Yo diría que con el destino, sólo que en realidad no creo en el destino. Con la cadena de circunstancias concretas, supongo, que nos ha traído... —De repente me di cuenta de que no había entendido su comentario—. ¿Por

qué iba a estar enfadado con el doctor Bishop?

—Bueno, seguramente *habría* sido mejor si le hubieran dado los antibióticos anoche —dijo dubitativa—. Por lo menos habría estado más cómoda. Aunque, a la larga, no creo que hubiese importado mucho...

—Un momento —dije—. Creí que se los había tomado anoche. Quiero decir que eso fue lo que me dijeron que iban a hacer.

Vi que empezaba a comprender que no debería habérmelo dicho. Debía de haber dado por sentado que yo ya lo sabía.

—Mire —dijo—, tengo que volver a la sala.

La seguí hasta el pasillo pero no me contestó a ninguna pregunta más, y decidí darme por vencido al entrever a la doctora Gillam afuera en el aparcamiento, protegida del frío invernal con unos guantes y una trinchera. Me fui rápidamente hasta la entrada principal y eché a correr detrás de ella; la alcancé justo cuando rebuscaba en su bolsillo las llaves del coche.

—¿Puedo hablar un momento con usted? —le pregunté.

—Pues claro.

—No quiero entretenerla, si ya acabó de trabajar...

—No se preocupe. ¿Quería saber algo?

—Sí. —Titubeé; parecía que no había forma de enfocarlo con tacto—. ¿Es cierto que anoche el doctor Bishop se olvidó de darle sus antibióticos a Fiona?

—¿De dónde se ha sacado eso?

—¿Era por lo que estaba tan enfadada esta mañana?

—Será mejor que vayamos a tomar algo.

Como era festivo y por la tarde, todos los pubs estaban cerrados. Nos hallábamos en un oscuro suburbio del sudoeste de Londres. Al final, lo mejor que pudimos encontrar fue un desolado cafecito sin personalidad, más cutre aún si cabe por el hecho de que era evidente que lo habían decorado para que los clientes despistados creyesen que formaba parte de una conocida cadena de comida rápida. Se llamaba Nantucket Fried Chicken.

—Me parece que me han puesto a mí el café —dijo la doctora Gillam, después de darle un sorbo a su vaso de papel.

Nos intercambiamos las bebidas.

—No, esto es el té —dije, mientras lo probaba con recelo. Pero no nos las cambiamos otra vez. La cosa no tenía mucha importancia.

—Anoche tuvieron que pasarlo fatal —empezó ella, tras pensárselo un poco—. La verdad es que no hay derecho. Pero me temo que no puedo disculparme, porque sucede todos los días, y les habría pasado lo mismo en cualquier otro lado.

—No fue para nada lo que yo... me habría esperado —dije sin saber muy bien dónde nos llevaba todo aquello.

—Sólo me queda un mes de médico —anunció de pronto, bruscamente.

Asentí, más confuso que nunca.

—Voy a tener un niño.

—Enhorabuena.

—No estoy diciendo que esté embarazada, sino que también podría aprovechar para tener un niño, mientras trato de decidir qué hacer luego. El caso es que ya no aguanto más este trabajo. Me deprime demasiado.

—¿Por qué estudió medicina entonces —pregunté—, si las enfermedades la deprimen?

—Las enfermedades no son más que una de las cosas contra las que luchamos.

—¿Cuáles son las otras?

Se lo pensó.

—Creo que «injerencia» sería una buena palabra. —Dejó aquel asunto a un lado, enfadada—. Lo siento, no quiero soltarle un discurso político. Deberíamos estar hablando de Fiona.

—O del doctor Bishop —dije; luego pregunté—: ¿Es, cierto?

—El caso es que no tiene sentido —dijo a la vez que se echaba hacia delante— buscar chivos expiatorios. Llevaba de guardia veintiséis horas. Y le encontraron la cama todo lo rápido que pudieron. Me quedé horrorizada cuando me enteré esta mañana, pero no sé por qué. Como ya le dije, pasan cosas así todo el rato.

Traté de asimilar aquello.

—Entonces... ¿de qué clase de consecuencias estamos hablando?

—Es difícil decirlo. No creo que la neumonía tuviese por qué haberse cebado tanto en ella como lo ha hecho. Por lo menos, si la hubieran pasado a la sala directamente, y le hubiesen dado anoche los antibióticos.

—Mire, si me está diciendo que su vida... —no quería decirlo; sólo con decirlo se corría el peligro de hacerlo realidad— que su vida corre peligro por una *negligencia* de alguien...

—No estoy hablando de negligencia, sino de gente que intenta trabajar en condiciones poco menos que imposibles.

—¿Alguien tiene que ser el responsable de esas condiciones!

—La decisión de cerrar algunas salas la han tomado los gerentes.

—Ya, pero ¿por qué?

Suspiró.

—No son gente que se sienta unida al hospital. Los traen de fuera, con contratos temporales, para llevar las cuentas. Si consiguen no tener pérdidas al final del año financiero, se llevan su comisión. Así de simple.

—¿Y de quién fue esa idea tan brillante?

—¿Quién sabe? Algún miembro del gobierno, algún funcionario del Estado, algún gurú universitario que forma parte de un comité político.

Inmediatamente, se me vino un nombre a la cabeza: Henry.

—Pero ¿eso es lo único que importa: el dinero? —dije.

—No siempre. —La doctora Gillam sonrió amargamente—. Se cerró otra sala

hace unos días. ¿Sabe por qué?

—Venga, dígamelo.

—Para heridos de guerra.

—Pero no estamos en guerra —dije, aunque no estaba muy seguro de haberla oído bien.

—Pues, evidentemente, alguien opina que pronto vamos a estarlo, a no ser que Sadam retire el dedo a tiempo. Y éste es uno de los hospitales a los que les han pedido que despejen alguna sala para nuestros valerosos mozos del frente.

No me quedaba más remedio que creerla, por increíble que pareciera. Pero me repugnaba que se esperase de nosotros que diésemos esa guerra por sentada: ¿de dónde había salido aquella frívola presunción de inevitabilidad? En cualquier caso, se suponía que se trataba de algo que no tenía nada que ver conmigo; algo que estaba ocurriendo a miles de kilómetros, al otro lado del mundo: al otro lado (que aún era más lejos) de una pantalla de televisión. ¿Así que cómo iba a aceptar de golpe que constituía una de las fuerzas que conspiraban contra Fiona; que ya se había infiltrado, con mucho sigilo, en su vida inocente? Era como si hubiesen empezado a aparecer grietas en la pantalla y aquella horrible realidad se saliese por fuera; o como si una barrera de cristal se hubiera vuelto líquida por arte de magia y, sin darme cuenta, yo hubiese cruzado la línea divisoria, igual que un Orfeo sonámbulo.

Llevaba toda la vida intentando encontrar el modo de cruzar la pantalla; desde mi visita al cine de Weston-super-Mare. ¿Significaba aquello que por fin lo había conseguido?

La doctora Gillam me advirtió sobre el ventilador. Me dijo que no me asustara por lo que viera. Una enfermera habladora y eficiente me llevó hasta la sala y, lo mismo que antes, me chocó el contraste con el resto del hospital. Allí todo parecía silencioso, moderno y aséptico. Había máquinas con pinta de caras al lado de cada cama. Sus luces destellaban y parpadeaban, y percibí inconscientemente un discreto zumbido eléctrico que producía un curioso efecto tranquilizador. Pasé por delante de las otras camas, sin mirar a los lados. Tenía la sensación de que mirar a los otros pacientes sería como una invasión.

¿Era realmente Fiona la mujer a la que vi aquella noche? No guardaba ninguna relación con la mujer que había ido conmigo a Eastbourne hacía una semana, ni tampoco con la que estaba sentada en la cama y se había sonreído ante la perspectiva de una cena de etiqueta para dos en Fin de Año. Parecía una víctima sobre un altar sacrificial. Parecía que la atacaban las serpientes.

Tenía:

un tubo para el oxígeno que le salía de la boca, con sus conductos acanalados formando una T

un tubo pegado a una vena del cuello

un tubo clavado en una arteria de la muñeca

una sonda que le salía de la vejiga

un medidor de temperatura en un dedo

un gotero para líquidos

un gotero para antibióticos

una masa de cables y tubos y bombas y abrazaderas y soportes y cinta adhesiva y cuerdas, todo ello conectado a una máquina como una caja, repleta de botones e indicadores.

una masa de cables y tubos y bombas y abrazaderas y soportes y cinta adhesiva y cuerdas, todo ello conectado a una máquina como una caja, repleta de botones e indicadores.

A Fiona la habían sedado hasta casi paralizarla. Tenía los ojos abiertos, pero apenas estaba consciente.

Le pregunté si me podía oír. Se produjo un movimiento casi imperceptible al fondo de sus ojos, a no ser que yo me lo imaginara.

—No tienes que preocuparte de nada, Fiona —dije—. La doctora Gillam me lo ha estado explicando todo, y ya lo entiendo. Resulta que yo tenía razón. La tenía yo, y tú no. Ya no creo en los accidentes. Todo tiene su explicación; y siempre se le puede echar la culpa a alguien. Ya he averiguado por qué estás aquí, ¿sabes? Estás aquí por culpa de Henry Winshaw. Irónico, ¿no? Quiere que estés aquí porque no puede soportar la idea de que su dinero o el dinero de gente como él pueda emplearse en evitar que ocurran cosas como ésta. La verdad es que es evidente. No era muy difícil, tal como funcionan las novelas policiacas. Un caso muy fácil. Ahora lo único que nos hace falta es atrapar al asesino y ponerlo en manos de la justicia. E implicar al resto de la familia, ya que estamos. Todos tienen las manos manchadas de sangre. Lo llevan escrito en la cara. No se puede contar la gente que ha muerto por culpa de Mark y de su tráfico ilegal. Dorothy fue la que mató a mi padre, cebándolo con toda aquella mierda; y Thomas le clavó aún más el puñal, al hacer que su dinero se desvaneciese en el aire cuando más lo necesitaba. Y Roddy y Hilary tampoco se han quedado cortos. Si la imaginación es la sangre de la gente, y el pensamiento el oxígeno, entonces el trabajo de Roddy consiste en cortarnos la circulación y el de ella en asegurarse de que todos estemos muertos del cuello para arriba. Conque se quedan sentados en casa, engordando con sus ganancias, y así estamos todos. Los negocios fracasan, desaparecen los empleos, el campo se ahoga, los hospitales se desmoronan, nos quitan las casas, nos envenenan el cuerpo, nos paralizan el cerebro, acaban con la poca vitalidad de un país que lucha por respirar. Odio a los Winshaw, Fiona. Mira lo que nos han hecho. Mira lo que te han hecho.

Puede que no dijera nada de eso. Me cuesta tanto recordar...

Me senté en una silla de vinilo negro en la sala de espera y traté de leer un



periódico, pero debía de estar tan cansado que me quedé medio dormido. Tuve un sueño curioso en el que el hospital se convertía en el plató de una película y yo estaba sentado a oscuras en el patio de butacas de un cine, viéndome a mí mismo en la pantalla mientras le cogía la mano a Fiona y hablaba con ella. Me parece que esas escenas no suelen ser muy emocionantes, y después de un rato me levantaba de mi butaca y me iba hasta el bar, donde la doctora Gillam me ponía una copa. Me la bebía de un trago, luego me sentaba en una silla de vinilo negro en un rincón del bar y me quedaba medio dormido. Al poco rato me desperté y levanté la vista, para toparme con Joan de pie ante mí, que sonreía al reconocermelo. Tardé unos segundos en darme cuenta de que no seguía siendo un sueño. Allí estaba Joan de verdad: en la sala de espera, ante mis propios ojos.

—¿Qué haces aquí? —dije.

—Ay, Michael —se agachó y me abrazó—, qué alegría verte. Hacía siglos, años...

—¿Qué haces aquí?

Me dijo que ahora estaba casada con Graham, y que Graham era el paciente al que habían traído inconsciente al hospital la noche anterior. Gracias a la atención que le habían prestado de madrugada la doctora Gillam y el doctor Bishop ahora se encontraba fuera de peligro y esperaban poder darle pronto de alta. Seguramente me deberían haber asombrado mucho aquellas cosas que me decía, pero me sentía absolutamente incapaz, por puro cansancio, de ponerme a la altura de las circunstancias; incluso cuando me dijo que casi habían asesinado a Graham por intentar hacer un documental sobre Mark Winshaw, ni me reí ni me puse furioso. Simplemente lo anoté mentalmente como otra cosa a tener en contra de aquella familia, y a añadir a mi ya larga lista. Le conté lo de Fiona y se le llenaron los ojos de lágrimas. Quiso ponerse otra vez a abrazarme y a decirme cuánto lo sentía, pero yo no estaba por la labor. Tenía que seguir reprimiéndome un poco más. Así que empecé a hacerle preguntas sobre cómo le había ido y a qué se dedicaba. Por lo visto seguía realizando el mismo tipo de trabajo, pero se había trasladado a Birmingham. Vivían muy cerca de donde habíamos crecido los dos. En realidad no me llegaba toda aquella información, y no debía de funcionar muy bien la cabeza, porque le hice una pregunta muy estúpida: le pregunté por qué nunca había tratado de localizarme.

—Michael —me contestó—, hicimos todo lo que pudimos, pero era como si te hubiera tragado la tierra. Primero fui yo la que trató de localizarte, y luego Graham. Pero nunca contestabas ninguna carta ni cogías el teléfono. ¿Qué podíamos hacer? Y siempre que hablaba con tu madre, se limitaba a decirme que te habías vuelto un poco raro, y me dio la impresión de que ya no os veáis.

—¿Has visto a mi madre? —le dije.

—De vez en cuando. No tanto como habría querido.

—Pero ¿como cuánto?

—En Birmingham no la veo casi nunca —dijo Joan suspirando—. Es una pena,

viviendo tan cerca. Pero estuve con ella hace dos días, claro. Estuvimos los dos.

—¿Los dos? ¿Y cómo?

—Se pasó por casa de mis padres a felicitarles las Navidades. Lo sabes perfectamente, Michael, y no intentes disimular. También te invitamos a ti, como siempre, pero por supuesto no viniste.

No hace falta decir que yo no tenía ni idea.

—¿Y qué explicación os dio?

—No nos dio ninguna. —Joan se volvió hacia mí, con una mirada levemente acusadora—. Mira, sé por qué no querías verme. Es por lo que pasó en Sheffield, ¿no? Pero de eso hace siglos, Michael. Ya nos podemos ir olvidando.

Se veía que Joan sólo quería consolarme y darme ánimos, y no era culpa suya que su presencia en el hospital estuviese teniendo el efecto contrario: enfrentado a aquel desarrollo de los acontecimientos tan imposible y caprichoso, me sentía más desorientado que nunca. No había envejecido nada en aquellos ocho años; la misma cara redonda, confiada y abierta; la misma ligera tendencia a la gordura que le costaba tan poco llevar; la inocencia oculta y risueña que tendía a manifestarse en una sonrisa repentina. Había echado de menos todas aquellas cosas.

—¿Os enfadasteis, Michael? —dijo—. Has cambiado, ¿sabes? Pareces mucho más viejo. Espero que no te importe que te lo diga, pero es verdad. Por poco no te conozco. Al principio ni siquiera me atrevía a decirte hola. No estaba segura de que fueras tú. ¿Os enfadasteis? Sentí mucho lo de tu padre. Sé lo mucho que lo querías. Pensé en escribirte una carta o algo. Debió de ser terrible para ti. No fue nada que tuviera que ver con él, ¿verdad, Michael? ¿Fue eso lo que pasó?

Joan había dado en el clavo, y no había forma de hacerse el loco: sí que parecía mayor. Patrick también lo había notado. Tal vez me hubiera visto a mí mismo con muy buenos ojos la noche en que Fiona se había pasado por primera vez por casa, cuando me quedé mirando mi propio reflejo en la ventana de la cocina y traté de imaginarme lo que le habría parecido. O quizá los acontecimientos de las últimas veinticuatro horas hubiesen hecho estragos. Fuera cual fuera la razón, cuando más tarde me miré en el espejo de los servicios de caballeros esa noche, apenas pude dar crédito a mis ojos. Era la cara que una vez se me había aparecido en una pesadilla de hacía más de treinta años: la cara de un viejo, estragada por el tiempo y acanalada como una talla antigua por los rastros del dolor.

Eran aproximadamente las dos de la madrugada cuando la enfermera entró en la sala de espera para despertarme. Yo estaba profundamente dormido. No dijo nada, y yo no le pregunté a qué había venido. Simplemente la seguí por el pasillo. Mientras nos acercábamos a la sala, me hizo un comentario, pero no recuerdo cuál. Vaciló

antes de abrir la puerta, y dijo:

—Estaba profundamente dormido, ¿verdad?

Y como yo no respondí:

—¿Quiere que le traiga una taza de café?

Y como tampoco respondí:

—¿Solo y cargado?

Luego empujó la puerta y me hizo pasar al cine. Estaba muy silencioso. Parecía que el resto del público estaba dormido. Seguí la luz oscilante de su linterna y me senté en una de las primeras filas. Ella se marchó.

La imagen de la pantalla no había cambiado. Allí continuaba echada aquella mujer, Fiona, rodeada de tubos y artilugios y goteros. Miraba al infinito, inmóvil, y a su lado estaba sentado Michael, su amante o su amigo o como quiera llamarse. La tenía cogida de la mano. Ninguno de los dos habló durante un buen rato.

—Supongo que ahora te me vas a morir.

Lo dijo muy bajo. En realidad no estoy nada seguro de que lo dijera. De todos modos, resultaría bastante extraño decir eso.

Se produjo otro silencio muy largo. Empecé a revolverme en mi butaca. Esperaba que no fuese a ser demasiado aburrido. Por lo general, no me gustan las escenas de moribundos en la cama.

—¿Puedes oírme? —dijo él luego.

Otra pausa.

—Supongo que lo más importante que tengo que decirte —dijo después— es «gracias». Has sido tan buena conmigo.

Luego la cosa se puso sensiblera. Le temblaba la voz y empezó a decir incoherencias. No entendí casi nada, y después aludió a un secreto que no le había querido contar, una historia relacionada con un restaurante chino que nunca le había explicado muy bien.

—No es demasiado tarde para contártela, ¿verdad? ¿Te sigue interesando?

Personalmente, no creo que a esas alturas pudiese oírle. No deja de ser una suposición. Pero él prosiguió de todos modos. Era un tipo tenaz.

—Era un viernes por la noche —dijo—. Habíamos reservado una mesa para dos, para las ocho. Mamá había llegado sobre las cinco. Me pareció que, por alguna extraña razón, estaba un poco nerviosa. Quiero decir que acababa de pegarse una buena paliza conduciendo y eso, pero había algo más. Así que le pregunté si le pasaba algo, y me dijo que sí, que tenía que contarme una cosa, una cosa que yo no sabía, pero no estaba segura de cómo me lo iba a tomar. Le pregunté de qué se trataba, y me contestó que tal vez fuera mejor esperar a que llegásemos al restaurante. Así que eso hicimos.

»Bueno, ya sabes lo animado que está El Mandarín, sobre todo un viernes por la noche. Estaba bastante lleno. Tardaron mucho en traernos la comida, pero ella insistió en esperar a que nos sirvieran antes de decirme lo que tuviera que decirme. Se estaba

poniendo muy nerviosa. Yo también. Por fin, inspiró profundamente y me dijo que tenía que decirme algo sobre mi padre, algo que había querido contarme desde que él se murió. Pero nunca había tenido el coraje necesario porque sabía lo mucho que yo lo adoraba (que siempre había sido mi favorito, puesto a escoger entre los dos). Por supuesto, en ese momento lo negué, pero era verdad. Solía escribirme cartas de esas cuando yo era pequeño. Cartas elaboradas, llenas de chistes malos. Fueron las primeras cartas que recibí nunca. Mi madre nunca habría hecho nada semejante. Así que sí, era verdad; era mi favorito. Siempre lo había sido.

»Y entonces se puso a contarme cómo se habían conocido, cómo pertenecían al mismo club de badminton, y cómo él la había cortejado meses enteros y no había parado de pedirle que se casara con él, mientras ella se negaba. Yo ya sabía la mayoría de aquellas cosas. Pero lo que no sabía era la razón por la que ella por fin había aceptado, que era que estaba embarazada. Embarazada de otro hombre. Ya llevaba embarazada tres o cuatro meses, y le preguntó a él si se casaría con ella y la ayudaría a criar al niño, y él le contestó que sí.

»Así que yo le dije: “¿Quieres decir que esa persona que para mí fue mi padre durante tantos años no era mi padre de verdad? ¿Que no tenía nada que ver conmigo?”

»Y ella me contestó: “Sí.”

»Conque le pregunté: “¿Y quién más lo sabía? ¿Lo sabía todo el mundo? ¿Lo sabían sus padres? ¿Por eso nunca quisieron tratarse con nosotros?”

»Y ella me respondió: “Sí, lo sabía todo el mundo, y sí, eso fue por lo que sus padres nunca quisieron tratarse con nosotros.”

»Ahora los dos habíamos parado de comer, como ya te habrás imaginado. Mi madre lloraba. Yo empezaba a levantar la voz. No sé por qué empezaba a enfadarme: tal vez porque fuera mucho más fácil lidiar con un enfado que con las emociones que debería haber sentido. De todas formas, le pregunté si en ese caso le importaría mucho decirme quién era mi auténtico padre, si no era mucho pedir. Y ella me dijo que se llamaba Jim Fenchurch, y que lo había visto dos veces, una en la casa de su madre de Northfield, y otra unos diez años después. Era representante. Ella se había quedado sola en casa de su madre, y él había aparecido vendiendo una aspiradora, y después de un rato subieron al piso de arriba y así fue como sucedió.

La enfermera regresó en ese momento. Le dio unas palmaditas a Michael en el hombro y le puso una taza de café en la mesilla que estaba junto a la cama, pero él pareció no darse cuenta, y siguió hablando en voz baja, con aquel monótono murmullo. Ahora agarraba muy fuerte la mano de Fiona. La enfermera no se fue, se limitó a retroceder unos cuantos pasos y se quedó en la sombra, observando.

—Entonces empecé a perder la paciencia. Y luego me puse a aporrear la mesa y mandé a paseo un par de palillos, y dije: «¿Te fuiste a la cama con un *representante*? ¿Te acostaste con un tipo que había venido a venderte *una aspiradora*? ¿Por qué hiciste eso? ¿Por qué?» Y ella me contestó que no lo sabía; era tan encantador, y tan

amable, y claro, también era guapo. Tenía unos ojos preciosos. «Como los tuyos», dijo. Y cuando dijo eso, ya no lo pude soportar más. Me puse a gritar: «¡No señor! ¡No tengo sus ojos! ¡Tengo los ojos de mi padre!» Y ella dijo: «Sí, exactamente, tienes los ojos de tu padre.» Y entonces fue cuando me levanté y me fui, sólo que ya sabes lo juntas que están las mesas en El Mandarín. Estaba tan enfadado y tenía tanta prisa que choqué contra la mesa de una pareja y tiré la tetera, y ni siquiera me paré ni nada. Simplemente salí directamente a la calle, y no volví a casa hasta que pasaron varias horas, ya de madrugada. Y mi madre se había ido. Su coche no estaba, y me dejó una nota que nunca leí, y unas semanas más tarde me mandó una carta que nunca abrí, y nunca he vuelto a saber nada de ella. Después de esa noche, me quedé en mi casa y prácticamente no salí ni hablé con nadie en dos o tres años.

Se paró. Luego aún bajó más la voz.

—Hasta que apareciste tú.

Y luego, aún más bajo:

—Así que ya lo sabes.

Entonces la enfermera se adelantó y le puso una mano en el hombro.

—Me temo que se nos ha ido —le susurró.

Y Michael asintió, y agachó la cabeza, como si se hiciera un ovillo. Puede que llorase, pero supongo que simplemente estaba muy, muy cansado.

Siguió así unos cinco minutos. Luego la enfermera le hizo soltar la mano de Fiona, y dijo:

—Creo que será mejor que venga conmigo.

Él se levantó despacio, y la cogió del brazo, y salieron juntos de la pantalla por el lateral izquierdo. Y ésa fue la última vez que lo vi.

En cuanto a mí, me quedé sentado en mi butaca. No iba a moverme hasta que Fiona lo hiciera. Parecía que esta vez no tenía sentido salirse del cine.

Segunda parte  
«Muertes programadas»

## 1. QUERER ES PODER

La breve tarde de enero se iba difuminando en un crepúsculo prematuro. Una lluvia fina y silenciosa caía monótonamente. Del río se había alzado una bruma malsana y pegajosa que se arrastraba furtiva por la ciudad. A través de aquel sudario gris le llegaba, insistente, el consabido fragor del tráfico de Londres, aunque en un tono misterioso y apagado.

Michael se apartó de la ventana y se sentó frente a la pantalla de la televisión, que parpadeaba en silencio. La habitación estaba a oscuras, pero no se molestó en encender las luces. Cogió el mando a distancia y anduvo cambiando de canal hasta que, al final, se quedó con un boletín informativo que vio durante unos minutos sin enterarse de nada, por puro aburrimiento, apenas consciente de que empezaban a pesarle los párpados. La calefacción estaba al máximo, el ambiente cargado y pesado, y pronto se sumió en un sueño ligero e intranquilo.

Se había convertido en una costumbre, en las dos semanas desde la muerte de Fiona, dejar la puerta de su piso abierta y un poco entornada. Se había hecho el propósito de intimar más con los demás vecinos, y pretendía que ese gesto fuese expresión de la personalidad de un vecino simpático y accesible. Esa noche, sin embargo, tuvo otro efecto porque, cuando un desconocido ya mayor, vestido de negro de pies a cabeza, llegó hasta el umbral de Michael y no recibió respuesta a sus golpecitos en la puerta, pudo empujarla silenciosamente y adentrarse, sin ser visto, en el pasillo en penumbra. Tras acercarse hasta el cuarto de estar, el desconocido se colocó cerca de la televisión y permaneció un rato contemplando, impasible, la figura yacente y apoltronada de Michael. Cuando ya había visto todo lo que quería ver, tosió aparatadamente dos veces seguidas.

Michael se despertó con un sobresalto y enfocó sus ojos somnolientos, con lo que se encontró ante un rostro que habría paralizado de terror el corazón de cualquier otro hombre más fuerte que él. Demacrado, deforme y enfermizo, reflejaba a un mismo tiempo pobreza de espíritu, cierto retraso mental y, tal vez eso fuera lo más escalofriante de todo, una deslealtad absoluta. Era una cara de la que se había borrado perversamente toda señal de amor, de compasión, o de cualquier otro de esos sentimientos más delicados, sin los cuales no se puede decir que la personalidad de un hombre esté completa. Más bien se habría pensado que tenía un toque de locura. Era una cara de la que se desprendía un mensaje simple y terrible: que todo el que contemple este rostro pierda definitivamente la esperanza, que abandone cualquier idea de redención, cualquier posibilidad de huida. Que no espere nada de mí.

Temblando de pura aversión, Michael apagó la televisión, y el presidente Bush desapareció de la pantalla. Luego encendió una lamparita de mesa que había por allí cerca, y miró por primera vez a su visitante.

No era un hombre con un aspecto lúgubre: la austeridad de sus ropas y aquella mirada fija le hacían parecer más adusto que siniestro. Tendría unos sesenta y muchos años, supuso Michael; y hablaba en un tono monocorde, con acento de Yorkshire, con una voz grave, fría e inexpresiva.

—Discúlpeme por irrumpir así, sin anunciarme, en la intimidad de su casa —dijo—. Pero como la puerta estaba entreabierta...

—No se preocupe —dijo Michael—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Es usted el señor Owen, supongo.

—Sí, lo soy.

—Me llamo Sloane. Everett Sloane, notario del bufete Sloane, Sloane, Quigley y Sloane. Mi tarjeta.

Michael se irguió como pudo y cogió la tarjeta que le tendía, para examinarla sin dejar de parpadear.

—Estoy aquí por encargo de mi cliente —continuó el notario—, el difunto señor Mortimer Winshaw, de Winshaw Towers.

—¿El difunto? —dijo Michael—. ¿Quiere decir que ha muerto?

—Eso es exactamente lo que quiero decir —dijo el señor Sloane—. El señor Winshaw falleció ayer. Plácidamente, si se puede uno fiar de lo que le han contado.

Michael recibió la noticia en silencio.

—¿No se sienta? —dijo por fin, acordándose de su visita.

—Gracias, pero seré muy breve. Sólo debo informarle de que se requiere su presencia en Winshaw Towers mañana por la noche, para la lectura del testamento.

—¿Mi presencia...? —repitió Michael—. Pero ¿por qué? Sólo lo vi una vez. No creo que me haya dejado nada.

—Evidentemente —dijo el señor Sloane—, no estoy autorizado a discutir el contenido de ese documento hasta que todas las partes interesadas se reúnan en el sitio y la hora acordados.

—Ya —dijo Michael—, eso lo entiendo.

—¿Puedo contar con su presencia entonces?

—Sí.

—Gracias. —El señor Sloane se dio la vuelta y estaba a punto de irse cuando añadió—: Por supuesto, pasará usted la noche en Winshaw Towers. Le aconsejo que lleve mucha ropa de abrigo. Es un sitio frío y solitario; y el tiempo, en esta época del año, puede ser extraordinariamente desapacible.

—Gracias. Lo tendré en cuenta.

—Hasta mañana, entonces, señor Owen. Y no se moleste, sé salir solo.

Al día siguiente había una cierta sensación de expectación en el ambiente, que no tenía nada que ver con el inminente viaje de Michael a Yorkshire. Era 16 de enero y, a las cinco de la madrugada de aquel día, había expirado el ultimátum de Naciones



Unidas para que Irak se retirase de Kuwait. En cualquier momento se podía lanzar el ataque aliado contra Sadam Husein, y cada vez que ponía la radio o la televisión, Michael esperaba en cierta forma oír que la guerra había comenzado.

Al coger un tren en la estación de King's Cross a última hora de la tarde, entrevió algunas caras familiares entre los demás pasajeros: Henry Winshaw y su hermano Thomas estaban tomando asiento en un vagón de primera clase, junto con su primo Roderick Winshaw, el galerista, y el propio señor Sloane. No hace falta decir que Michael viajaba en segunda. Pero el tren no iba muy lleno, y pudo poner el abrigo y la maleta sobre un par de asientos con la conciencia tranquila, mientras sacaba un cuaderno y trataba de tomar notas sobre los pasajes más importantes de lo que, evidentemente, era un ejemplar muy manoseado.

*Yo era «Apio»*, editado por la Peacock Press a finales de 1990, habían resultado ser las memorias de un oficial retirado del Servicio de Inteligencia del Aire, que había trabajado como agente doble para el MI5<sup>[59]</sup> durante la Segunda Guerra Mundial. Aunque no aportaba información específica sobre la desastrosa misión de Godfrey Winshaw, explicaba al menos el significado de la última nota de Lawrence: GALLETA, QUESO y APIO, al parecer, habían sido los nombres en clave de los agentes dobles controlados y supervisados por una cosa llamada el Comité Veinte, fundado a modo de empresa colaboradora por la Oficina de Guerra, las Fuerzas Nacionales del Cuartel General, el MI5, el MI6 y otros. ¿Podía haber sido Lawrence miembro de ese comité? Muy probablemente. ¿Podía haber mantenido comunicaciones secretas por radio con los alemanes, suministrándoles no sólo los nombres e identidades de estos agentes dobles, sino también información sobre los planes militares británicos, como el bombardeo de las fábricas de municiones que se proponían realizar? Eso sería difícil de demostrar cincuenta años después, pero todas estas pruebas empezaban a indicar que las peores acusaciones de Tabitha contra su hermano y sus perfidias de la época de la Guerra estaban muy cerca de la verdad.

A medida que el tren fue cogiendo velocidad por aquel paisaje gris envuelto en niebla, a Michael le costó cada vez más concentrarse en ese rompecabezas. Dejó el libro y se quedó mirando al infinito a través de la ventana. El tiempo apenas había cambiado en las dos últimas semanas. Había sido en una tarde muy parecida, hacía unos diez días, cuando habían incinerado el cuerpo de Fiona en el marco triste y sombrío de una funeraria de las afueras. A la ceremonia acudió muy poca gente. Sólo habían ido Michael, unos tíos del sudoeste de Inglaterra de los que no se acordaba nadie, y un grupito de sus compañeros de trabajo. Se cantaron poquísimos himnos, y el intento de congregarse luego en un pub salió mal. Michael sólo se quedó un ratito. Luego volvió a su casa a por un neceser y cogió un tren a Birmingham.

Tampoco su reconciliación con su madre fue nada del otro mundo. Pasaron juntos una noche bastante incómoda en un restaurante de la ciudad. Michael había supuesto, pecando de ingenuo, que su mera reaparición la haría tan feliz que la resarciría de todo el dolor que él le había causado al no querer saber nada de ella en tanto tiempo.

Sin embargo, se encontró con que le pedía que justificase su conducta, cosa que él trató de hacer con una serie de discursitos vacilantes y poco razonados. De hecho, sostuvo Michael, su padre se había muerto dos veces: la segunda y la más devastadora, cuando se había enterado de su auténtico parentesco. Ahora creía que aquella consiguiente retirada suya del mundo, que había durado dos o tres años, podía ser considerada como un duelo prolongado; una teoría que se apoyaba, si hacía falta que se apoyase en algo, en el ensayo de Freud sobre «Duelo y melancolía». A su madre no pareció convencerla mucho que recurriera a la autoridad de la ciencia, pero a medida que fue pasando la noche y vio que el arrepentimiento de su hijo era auténtico, el ambiente empezó a caldearse. Después de que hubieran llegado a casa y preparado dos tazas de Horlicks, Michael se atrevió a hacerle unas cuantas preguntas sobre su padre desconocido.

—¿Y nunca volviste a verlo después de aquella vez..., el día que pasó aquello?

—Michael, ya te lo dije. Volví a verlo una vez, como unos diez años después. Y tú también. Ya te lo he contado.

—¿Qué quieres decir con eso de que yo también? Yo nunca lo vi.

Su madre le dio otro sorbo a su taza y se lanzó a contar la historia.

—Era un día de semana por la mañana, y yo había ido a la ciudad a hacer algo de compra. Me apeteció descansar un poco, así que me fui hasta Rackham's a tomarme una taza de té en la cafetería. Estaba llenísima, me acuerdo, y me quedé un rato con mi bandeja, sin saber dónde sentarme. Había un caballero a solas en una mesa, con un aire muy triste, y yo me preguntaba si estaría bien sentarme con él. Y de repente me di cuenta de quién era. Había envejecido, había envejecido tremendamente, pero yo estaba segura de que era él. Lo habría distinguido en cualquier parte. Conque me lo pensé un momento, y luego me acerqué a la mesa, y dije: «¿Jim?», y él levantó la vista pero no me reconoció; así que yo le pregunté: «Eres Jim, ¿no?», pero lo único que me contestó fue: «Lo siento, creo que se ha confundido.» Y luego le dije: «Soy yo, Helen», y vi cómo empezaba a caer en la cuenta de quién era yo. «Te acuerdas, ¿no?», le pregunté, y él me contestó que sí, y entonces me senté y nos pusimos a hablar.

»No fue muy divertido hablar con él; no era más que la sombra del hombre que yo había conocido. Parecía muy a disgusto consigo mismo por no haberse asentado nunca, por no haber encontrado a nadie con quien formar un hogar y una familia. Por lo visto creía que ya era demasiado tarde para hacerlo. Así que, cuando empecé a hablarle de mí, no lo pude evitar, tuve que hablarle de ti. Pensé que tal vez pudiese significar algo para él. Y, por supuesto, no tenía ni idea. Se quedó absolutamente estupefacto. Quería saberlo todo sobre ti, cuándo habías nacido, cómo eras, qué tal llevabas el colegio, todas esas cosas. Y cuanto más le contaba, más quería saber; hasta que al final, me preguntó si podría venir a verte. Sólo una vez. De modo que me lo pensé, y si he de serte sincera, no me apetecía mucho la idea, pero al final le dije que bueno, pero que tendría que preguntárselo a mi marido, pensando, claro, que me

diría que no, y ahí se acabaría el asunto. Pero ya sabes cómo era Ted, nunca podía negarle nada a nadie, y cuando volvió a casa aquella noche y se lo pregunté, me dijo que sí: que no le importaba, que le parecía que era lo menos que se merecía el pobre hombre. Así que aquella misma noche, pero más tarde, después de que te hubieras ido a la cama, se acercó hasta casa y yo lo llevé hasta tu dormitorio y él se quedó mirándote unos cinco minutos, hasta que te despertaste y lo viste y te pusiste a gritar tanto que por poco se cae el techo.

—Pero eso fue un sueño —dijo Michael—. Fue una pesadilla. Soñé que estaba viendo mi propia cara.

—Pues no —dijo ella—. Era la de tu padre.

Pasó un rato sin que Michael dijera nada. Estaba demasiado asombrado como para hablar, hasta que, en un tono angustiado, consiguió preguntar:

—¿Y luego qué pasó?

—Nada —dijo mi madre—. Se marchó y ninguno de nosotros volvió a verlo, ni a saber nada de él. —A punto de dar otro sorbo, vaciló—. Sólo que...

—¿Sí?

—Que preguntó si podía llevarse una foto. Aún me acuerdo de cómo te describió: «La única huella que he conseguido dejar en estos últimos veinte años», y cuando le oí decir eso, me pareció que no podía negarme, la verdad. Así que le di la primera que encontré; la que siempre había guardado, la tuya con Joan, escribiendo juntos vuestros libros.

Michael levantó la vista despacio.

—¿Le diste esa foto? Así que nunca la perdí.

Ella asintió.

—Quise decírtelo, pero no pude. No sabía cómo hacerlo.

Con su capacidad para asimilar todas aquellas confesiones prácticamente agotadas, aunque no del todo, Michael preguntó:

—¿Cuándo fue todo eso? ¿Cuándo pasó?

—Bueno —dijo su madre—, fue en primavera. De eso me acuerdo. Y antes de tu cumpleaños, de aquel en que te llevamos a Weston. Nunca volviste a ser el mismo después de ese día. Así que supongo que debió de ser en... 1961. Debió de ser en la primavera de 1961.

Ya era de noche cuando Michael se bajó del tren en York. Los tres Winshaw y el señor Sloane, sin fijarse en él, pararon inmediatamente un taxi y se perdieron entre el tráfico de la ciudad. Pensando que la broma le costaría unas setenta libras, Michael decidió que tendría que renunciar a aquel medio de transporte y esperar en cambio un autobús, que debía salir a los tres cuartos de hora. Pasó el rato consumiendo dos paquetes de Revels y un CurlyWurly en la sala de espera de la estación.

El viaje en autobús duró más de una hora, y durante casi la mitad del tiempo,

mientras aquel vehículo fatigado y petardero le llevaba por carreteras cada vez más oscuras, estrechas, silvestres y tortuosas, Michael fue el único pasajero. Cuando se bajó del autobús se encontraba todavía, según sus cálculos, a unos doce o trece kilómetros de su destino. Al principio, sólo se oían los desamparados balidos de las ovejas, el débil lamento de un viento cada vez más fuerte, y el ruido de un chaparrón que parecía que pronto iba a cuajar en una buena tormenta. Las únicas luces visibles eran las de unas cuantas casas aisladas, dispersas y remotas. Michael se abrochó el abrigo hasta el cuello para protegerse de la lluvia y echó a andar; pero, al poco rato, oyó el rumor distante de un motor, y se volvió para ver los haces gemelos de los faros de un coche, que se encontraba a poco más de un kilómetro de distancia y avanzaba hacia él. Dejó la maleta en el suelo y, cuando el automóvil se aproximó, levantó el pulgar en plan lastimero. El coche se detuvo bruscamente.

—¿Va a algún sitio cerca de Winshaw Towers? —preguntó, cuando la ventanilla del conductor se bajó para descubrir la cara morena y bien afeitada de un hombre que llevaba una visera y un Barbour verde.

—Voy a un par de kilómetros de allí, y no pienso acercarme más —dijo el hombre—. Suba.

Anduvieron un rato en silencio.

—Vaya nochecita —dijo por fin el conductor— para que un forastero se pierda por los páramos.

—Creí que el autobús me iba a dejar un poco más allá —dijo Michael—. Parece que el servicio de autobuses hasta aquí es bastante desigual.

—Es por culpa de la privatización —dijo el conductor—. Es un crimen. —Se sorbió los mocos—. Aunque le advierto que tampoco habría votado a los otros.

Hizo bajarse a Michael en un cruce y se marchó, dejándolo una vez más a merced del viento y de la lluvia, que ahora parecía haber redoblado su intensidad. No se veía nada más en la oscuridad que lo rodeaba que una carretera abrupta y pedregosa delante, bordeada a cada lado por una estrecha franja de páramo, que se iba alternando con turberas negras y peladas, brezales dispersos y rocas con extrañas formas; hasta que no llevaba andando por lo menos diez minutos, Michael no se dio cuenta de que la carretera discurría al borde de una especie de lago artificial, iluminado en un extremo por dos hileras paralelas de luces que recordaban una pista de aterrizaje. Incluso pudo distinguir la silueta de un pequeño hidroavión atracado a la orilla del agua. Poco después, se topó con una espesa extensión de bosque, acordonada por un largo muro de ladrillo que al fin se interrumpió con unas puertas de hierro forjado. Se abrieron con un chirrido cuando las empujó, y Michael supuso que su viaje debía de estar tocando a su fin.

Cuando salió de aquel túnel de negrura aparentemente interminable, lleno de barro y demasiado tupido que constituía el camino de acceso a la casa, los cuadrados dorados que formaba la luz al salir por las ventanas de Winshaw Towers podrían haberle parecido hasta acogedores. Esta impresión, sin embargo, no logró sobrevivir

siquiera a un vistazo superficial a la mole de aquella mansión achaparrada y lúgubre.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Michael mientras se aproximaba al porche de entrada y oía el horrible aullido de los perros, que protestaban por su reclusión en algún cobertizo oculto. Para su propia sorpresa, se encontró mascullando las palabras:

—No es precisamente una colonia veraniega, ¿verdad?

La frase debería haberla dicho Sid, naturalmente, pero allí no había ningún Sid que le hiciera compañía. De momento, tendría que continuar dialogando solo.

## 2. AL BORDE DE UN TERRIBLE ACCIDENTE

En cuanto Michael intentó levantar el inmenso llamador oxidado, resultó que la puerta se abrió de golpe por sí sola. Entró y miró a su alrededor. Se encontraba en un amplio vestíbulo, sombrío y con el suelo de losas de piedra, iluminado únicamente por cuatro o cinco lámparas, colocadas muy altas en las paredes revestidas de madera, de las que colgaban tapices y óleos mal conservados que contribuían aún más a la sensación de decadencia. Había puertas que daban a los lados y, justo enfrente de él, una ancha escalera de roble. Vio que salía luz por la rendija de una de las puertas que tenía a su izquierda, y de allí también llegaban de cuando en cuando voces, enzarzadas en una conversación inconexa. Tras dudarle un momento, dejó la maleta en el suelo al pie de las escaleras, se apartó de los ojos el pelo mojado y enredado, y avanzó decidido.

La puerta daba a una sala de estar amplia y acogedora, donde ardía alegremente un fuego que arrojaba unas sombras grotescas y danzarinas sobre las paredes. En una butaca, junto a la chimenea, estaba sentada una mujer diminuta y encorvada, envuelta en un chal, cuyos ojos atentos y como de pájaro bizqueaban un poco al mirar sus agujas de calcetar, mientras las manejaba diestramente con sus dedos atareados. Michael supuso que aquélla era Tabitha Winshaw: su parecido con la tía Emily, la solterona chalada interpretada por Esma Cannon en la película *¡Menudo reparto!*, no dejaba lugar a dudas. Enfrente de ella, en un sofá, mirando flemáticamente al infinito con un vaso de whisky en la mano, estaba Thomas Winshaw, el banquero mercantil, mientras que en una mesa al otro extremo de la sala, cerca de la ventana salpicada de lluvia, Hilary Winshaw tecleaba tranquilamente en un ordenador portátil. Al llegar al final de un párrafo y mirar alrededor buscando inspiración, fue la primera en advertir la presencia de Michael.

—Anda, ¿y éste quién es? —dijo—. Un extraño en la noche donde los haya.

—No tan extraño —dijo Michael.

Y estaba a punto de presentarse a sí mismo, cuando Thomas lo interrumpió diciendo:

—Por el amor de Dios, está poniendo la alfombra perdida, hombre. Que alguien llame al mayordomo y le diga que se lleve ese abrigo.

Hilary se levantó y tiró de un cordón, luego se aproximó para ver más de cerca al nuevo visitante.

—¿Sabéis?, *ya* lo he visto antes en alguna parte —dijo. Y luego, dirigiéndose a Michael directamente—: No esquiará usted en Aspen, ¿verdad?

—Me llamo Michael. Michael Owen —respondió—, y soy escritor. Entre mis obras inacabadas se encuentra la historia de su familia; hasta puede que usted misma haya leído algunas partes.

—¡Pero si es el señor Owen! —gritó Tabitha, soltando sus agujas y batiendo palmas de alegría al oír aquello—. Me preguntaba si podría usted venir. Tenía tantas ganas de conocerlo. Evidentemente, he leído su libro (sus editores me lo han ido mandando, como ya sabrá), y he de decir que lo leí con sumo interés. Tenemos que sentarnos juntos y charlar largo y tendido sobre él. Por supuesto que sí.

Thomas se puso de pie y señaló a Michael acusadoramente.

—Ya me acuerdo. Usted es aquel maldito escritorzuelo insolente, que apareció un día por el banco y se puso a hacerme toda una serie de preguntas muy escamosas. No me quedó más remedio que echarlo, si no me equivoco.

—No se equivoca nada —dijo Michael, a la vez que le tendía la mano, que Thomas se negó a estrechar.

—Bueno, ¿y qué demonios se cree que está haciendo aquí, plantándose en una reunión familiar privada? Esto equivale a un allanamiento de morada. Podría usted meterse en un problema muy gordo.

—Estoy aquí por la misma razón que usted —dijo Michael, imperturbable—. Estoy aquí por la lectura del testamento, invitado por su difunto tío.

—¡Tonterías y nada más que tonterías! Si cree que vamos a tragarnos un cuento como...

—Creo que va a tener que admitir que el señor Owen dice la verdad —dijo una voz desde el umbral.

Todos se volvieron para comprobar que el señor Sloane había entrado en la habitación. Seguía llevando su traje de tres piezas negro, y traía con él un delgado maletín, fuertemente agarrado con su mano derecha.

—Fue petición expresa de Mortimer Winshaw que él estuviese presente esta noche —prosiguió, mientras se acercaba para calentarse junto al fuego—. No sabremos por qué hasta que se haya leído el testamento. Tal vez, si el señor Owen quisiese subir ahora a refrescarse un poco, podríamos acelerar ese feliz acontecimiento.

—Está bien —dijo Michael.

—Y aquí está su taxi —dijo Hilary, cuando la anciana y renqueante figura de Pyles, el mayordomo, hizo su inestable aparición.

Él y Michael subieron despacio la escalera. Al no tener mucha experiencia en tratar con criados, Michael esperó un poco antes de aventurarse a hacer algún comentario.

—Vaya, me parece que no contaba con este clima —dijo con una risita nerviosa—. La próxima vez creo que voy a traerme un sombrero impermeable y unas botas de goma.

—Pues nos queda lo peor —dijo Pyles secamente. Michael se lo pensó.

—Se refiere al tiempo, supongo.

—Esta noche habrá tormenta —masculló—. Truenos, relámpagos y una lluvia cegadora, capaz de empapar a los muertos en sus propias tumbas. —Hizo una breve

pausa, antes de añadir—: Pero, respondiendo a su pregunta, no me refería al tiempo, no.

—¿Ah, no?

Pyles dejó la maleta en el medio del pasillo, y le dio unas palmaditas a Michael en el pecho.

—Hace casi treinta años que la familia se reunió por última vez en esta casa —dijo—. La tragedia y el asesinato hicieron su aparición, así que también la harán esta noche.

Michael retrocedió, tambaleándose un poco por su estrecho contacto con los efluvios alcohólicos del mayordomo.

—¿En qué, mmm..., en qué estaba pensando exactamente? —preguntó, a la vez que él mismo levantaba la maleta y seguía andando por el pasillo.

—Lo único que sé —dijo Pyles, cojeando tras él— es que aquí esta noche van a suceder unas cosas espantosas. Unas cosas terribles. Podríamos considerarnos afortunados si mañana nos despertásemos a salvo en nuestras camas.

Se detuvieron en el exterior de la puerta.

—Ésta es su habitación —dijo, mientras la abría empujándola—. Me temo que la cerradura lleva bastante tiempo estropeada.

Las paredes y el techo del dormitorio de Michael estaban revestidos de roble oscuro, y había un pequeño fuego eléctrico al que aún no le había dado tiempo a templar aquel aire húmedo y frío. A pesar de su luz y de la del par de velas que se encontraban sobre la cómoda, una sombría oscuridad cubría todos los rincones. El aire de la habitación también tenía una extraña cualidad: un toque de deterioro y descomposición, una humedad mohosa, fría y malsana, como la que se da en las estancias bajo tierra. La única ventana, alta y estrecha, no dejaba de tabletear contra su marco, sacudida por la tormenta hasta tal punto que parecía que el cristal iba a hacerse añicos. Mientras Michael deshacía su maleta y disponía su peine, su maquinilla de afeitar y su neceser sobre la cómoda, una creciente sensación de disgusto comenzó a hacer presa en él. Por muy ridículo que fuera lo que el mayordomo le había dicho, había plantado en él las semillas de un miedo indefinido e irracional, y empezó a echar de menos la sala de estar de abajo, con su fuego radiante y su promesa de compañía humana (si de una habitación llena de miembros de la familia Winshaw podía decirse tal cosa). Se cambió la ropa mojada lo más rápido que pudo, luego cerró la puerta del dormitorio tras él con un silencioso suspiro de alivio, y no perdió el tiempo en tratar de retroceder sobre sus pasos.

Sin embargo, eso era más fácil decirlo que hacerlo. El piso de arriba de la casa constituía todo un laberinto de pasillos, y ahora que caía en la cuenta, Michael se había distraído tanto con las profecías del mayordomo que no se había fijado muy bien en sus múltiples vueltas y revueltas. Tras llevar un rato recorriendo aquellos



corredores oscuros, enmoquetados con una alfombra muy fina, su disgusto empezó a convertirse en algo rayano en el pánico. También tenía la sensación (una sensación absurda, ya lo sabía) de que no estaba solo en esa parte de la casa. Podría haber jurado que había oído abrir y cerrar puertas sigilosamente e, incluso, que un par de veces había vislumbrado fugazmente algo que se movía en el rincón más oscuro de uno de los descansillos. Ni siquiera se quitó completamente de encima esta sensación cuando llegó (justo cuando menos se lo esperaba) al final de la Gran Escalera. Se detuvo allí, quedándose un momento entre dos armaduras oxidadas, una que blandía un hacha y otra que empuñaba una maza.

¿Estaba preparado para enfrentarse a la familia? Se pasó la mano por el pelo, se estiró la chaqueta, y se aseguró de que se había subido la cremallera del pantalón. Luego, al ver que se le había soltado el cordón de un zapato, se agachó para atarlo.

Llevaba en esa postura sólo unos segundos cuando oyó un grito de mujer detrás de él.

—¡Cuidado! ¡Ten cuidado, por Dios!

Se dio la vuelta, y vio que la armadura que blandía el hacha se le venía encima lentamente. Con un grito de alarma, se tiró hacia delante, justo antes de que la hoja de aquella arma venerable se clavase de golpe en el mismo punto donde él se había agachado.

—¿Estás bien? —dijo la mujer, corriendo a su lado.

—Eso parece —dijo Michael, que de hecho se había golpeado la cabeza contra el pasamanos. Intentó incorporarse, pero no pudo. Al ver lo que le costaba, la mujer se sentó en el escalón de arriba, y dejó que él apoyara la cabeza en su regazo.

—¿Ha visto a alguien? —preguntó Michael—. Alguien tuvo que empujarla.

Justo en ese momento, como si le hubiera oído, un gatazo negro salió sigilosamente de la hornacina donde había estado la armadura, y echó a correr escaleras abajo soltando un maullido que delataba su culpabilidad.

—¡*Torquil!* —dijo la mujer, a modo de reprimenda—. ¿Qué haces fuera de la cocina? —Se sonrió—. Bueno, creo que ése era tu asesino.

Abajo se había abierto una puerta, y varios miembros de la familia salieron disparados del cuarto de estar para investigar la causa de tanto alboroto.

—¿Qué ha sido ese ruido?

—¿Ha sido aquí?

Dos hombres, a quienes Michael identificó como Roderick y Mark Winshaw, estaban colocando otra vez la armadura en su sitio, mientras que Tabitha se inclinó sobre él y preguntó:

—No está muerto, ¿verdad?

—No creo. Sólo se ha dado un golpe en la cabeza, nada más.

Michael recobraba poco a poco el sentido, y se encontró mirando a su salvadora, una mujer muy atractiva con pinta de inteligente, de unos treinta y pocos años, con una melena rubia y una sonrisa bondadosa; y en cuanto lo hizo, abrió los ojos como

platos de puro asombro. Parpadeó tres o cuatro veces. Conocía a esta mujer. La había visto antes. Al principio pensó que era Shirley Eaton. Luego parpadeó otra vez, y un recuerdo más remoto y más escurridizo se abrió camino hasta la superficie. Tenía que ver con Joan... Con Sheffield. Con... ¡Sí! Era la pintora. La pintora de la casa de Joan. ¡Pero no podía ser! ¿Qué demonios iba a estar haciendo allí?

—¿Estás seguro de que te encuentras bien? —le preguntó Phoebe, al ver cómo le cambiaba la expresión—. Has puesto una cara muy rara.

—Me parece que me he vuelto loco —dijo Michael. Tabitha se rió como una histérica al oírle decir eso.

—¡Qué divertido! —gritó—. Ya somos dos.

Y con aquel instructivo comentario, encabezó la marcha escaleras abajo.

### 3. ¡QUE NO CUNDA EL PÁNICO!

—El testamento del señor Mortimer Winshaw —dijo Everett Sloane, mirando muy serio alrededor de la mesa— consiste en una declaración muy breve, que realizó hace tan sólo unos días. Si nadie tiene nada que objetar, lo leeré íntegramente.

Antes de que pudiese hacerlo, el primer estampido de un trueno sonó en el exterior, provocando que las ventanas vibrasen y los candelabros de la repisa de la chimenea tamborilearan muy fuerte. Le siguió casi inmediatamente un rayo, que durante un breve instante, como en una alucinación, hizo que los rostros atentos y rapaces de los expectantes miembros de la familia pareciesen de repente pálidos y fantasmagóricos.

—«Yo, Mortimer Winshaw —comenzó el notario—, formulo mi última voluntad para los miembros de mi familia que me sobrevivan, con la seguridad y la certeza de que se encontrarán presentes para oírlo. Por lo tanto, debo empezar dando la más calurosa de las bienvenidas a mis sobrinos, Thomas y Henry, a mi sobrina, Dorothy, a mi sobrino pequeño, Mark (hijo del querido y difunto Godfrey), y por último, aunque no por ello sean menos importantes, a Hilary y Roderick, descendientes (a pesar de que casi me avergüence reconocerlo) de mi propia carne.

»A los otros tres huéspedes, de cuya asistencia ya no estoy tan seguro, les presento por si acaso mis respetos. Espero y ruego que, por lo menos una noche, se libere a mi querida hermana Tabitha de su indignante encierro para que esté presente en lo que promete ser una reunión familiar única y, casi me atrevería a decir, irrepetible. Espero también que junto a ella se halle mi enfermera más leal y desinteresada, la señorita Phoebe Barton, cuya gracia, encanto y dulzura han sido una fuente de gran consuelo en el último año de mi vida. Y, finalmente, confío en que el desdichado biógrafo de la familia, el señor Michael Owen, se encuentre disponible para dejar constancia de una noche que, creo, proporcionará un final muy adecuado a esa historia suya que todo el mundo aguarda con impaciencia.

»Los siguientes comentarios, sin embargo, no van dirigidos a este trío de espectadores interesados, sino a los seis parientes antes mencionados, cuya presencia esta noche en torno a esta mesa es algo inevitable. Y sin embargo, se preguntarán, ¿cómo puedo predecirlo con tanta seguridad? ¿Qué fuerza podría llevar a seis personas, cuyas vidas les mantienen tan gloriosamente ocupados en el escenario del mundo, a abandonar en el acto sus compromisos y viajar hasta este lugar solitario, dejado de la mano de Dios; un lugar, debo añadir, que no les costó nada evitar cuando su propietario aún seguía vivo? La respuesta es sencilla: les impulsará la misma fuerza que indefectible y exclusivamente ha guiado toda su conducta en sus respectivas carreras profesionales. Me refiero, por supuesto, a la codicia: una codicia manifiesta, feroz, animal. A buen seguro, congregadas esta noche en torno a esta

mesa, se encuentran seis de las personas más ricas de este país. Y a buen seguro también, todas saben a ciencia cierta que mi fortuna personal sólo asciende a una diminuta parte de las suyas. La codicia está tan arraigada en esta gente, se ha convertido en una forma tan habitual de pensar, que sé que no serán capaces de resistir la tentación de hacer el viaje, sólo por si pueden rebañar algunos restos de la olla podrida que es lo único que queda de mi patrimonio.»

—El viejo era poeta, ¿eh? —dijo Dorothy, que al parecer no estaba nada desconcertada por el tono del documento.

—Pero bastante dado a trastocar sus metáforas —dijo Hilary—. Se rebaña el fondo de las ollas, ¿no? Y sólo estarán podridas si tienen una manzana podrida dentro, ¿no?

—Si me permiten continuar... —dijo el señor Sloane—. Sólo queda otro párrafo. Se hizo el silencio.

—«Así que me produce un sumo placer anunciarles a estos parásitos (estas sanguijuelas en versión humana) que todas sus esperanzas son vanas. Muero en un estado de pobreza que ni siquiera podrían imaginar. A lo largo de los numerosos y felices años de nuestro matrimonio, Rebecca y yo no fuimos muy prudentes. Dinero que teníamos, dinero que gastábamos. Sin duda debíamos habernos ocupado de atesorarlo, de invertirlo, de ponerlo a funcionar, o dedicar todas nuestras energías a fundirlo y echar mano de más. Pero me temo que ésa no era nuestra filosofía. Elegimos divertirnos, y la consecuencia fue que contraímos deudas, deudas que siguen vigentes. Deudas tan grandes que incluso la venta de esta infausta mansión (suponiendo que lográsemos dar con alguien tan estúpido como para comprarla) no sería suficiente para pagarlas. Por consiguiente lego estas deudas a los seis miembros de mi familia antes mencionados, y solicito que se repartan por igual entre ellos. Se adjunta un inventario completo, a modo de apéndice de esta declaración. Sólo me queda desearles que todos pasen una agradable y saludable velada juntos bajo este techo.

»Con fecha de 11 de enero, del año mil novecientos noventa y uno. Firmado, Mortimer Winshaw.»

Se oyó otro trueno. Ahora más cerca, y retumbó un poco. Cuando por fin se había extinguido, Mark dijo:

—Evidentemente, todos sabréis que legalmente eso no tiene ninguna validez. No tenemos ninguna obligación de respaldarle frente a sus acreedores.

—Tienes toda la razón —dijo Thomas, mientras se ponía de pie y se iba a buscar la licorera de whisky—. Pero no se trata de eso. Supongo que se trataba de gastarnos una broma pesada; y en ese sentido, yo diría que se ha salido con la suya.

—Bueno, por lo menos demuestra que al viejito aún le quedaba un poco de sangre en las venas —dijo Hilary.

—¿Cuánto le pagaba? —escupió Henry, a la vez que se volvía de repente hacia Phoebe.

—¿Decía?

—El tipo dice que no tenía ningún dinero, así que ¿cómo se permitía una enfermera para él solo?

—Su tío pagaba a la señorita Barton —dijo el notario, tratando de suavizar la situación— con un capital a cuenta de la hipoteca de esta casa. —Sonrió a las caras enfadadas alineadas contra él—. Era muy pobre realmente.

—Bueno, yo no sé los demás —dijo Hilary, a la vez que se levantaba y tiraba del cordón de la campanilla— pero me vendría bien cenar algo después de quedarme ahí sentada escuchando todo eso. Son más de las diez y no he comido nada en toda la noche. A ver con qué nos sale Pyles.

—No es mala idea —dijo Roddy, dirigiéndose también hacia el armarito de las bebidas—. Y asegúrate de que baje a la bodega mientras tanto.

—Maldito tiempo —dijo Dorothy—. Si no, podría estar de vuelta en la granja antes de las doce; sería una locura meterse por esas carreteras esta noche.

—Sí, parece que va a haber que seguir aquí mientras dure la cosa —corroboró Thomas.

Tabitha se levantó, entumecida, de la silla.

—Espero que a nadie le moleste —dijo— si vuelvo a ocupar mi sitio. Es que este sillón es tan cómodo, y no tenéis ni idea del lujo que supone sentarse al lado de un fuego de verdad. Mi habitación de la Fundación es muy fría, ¿sabéis?, hasta en verano. ¿No le apetece venirse aquí conmigo, señor Owen? Hace mucho tiempo que no disfruto de la compañía de un auténtico hombre de letras.

Michael aún no había tenido oportunidad de hablar con Phoebe, y había estado a punto de volver a presentarse, con intención de averiguar si ella se acordaba de que ya se conocían; pero le parecía que no podía negarse a los requerimientos de su mecenas, y fue a unirse a ella junto a la chimenea. Mientras tomaba asiento, le echó un vistazo al retrato que colgaba encima, preguntándose si habría un par de ojos al acecho mirando desde atrás. Pero eso, debía admitirlo, no era probable; se trataba de un Picasso y los dos ojos estaban pintados en el mismo lado de la cara.

—Y ahora cuénteme —empezó Tabitha, mientras le apoyaba su delgada mano en la rodilla—, ¿ha publicado usted alguna novela más, de esas suyas tan fascinantes?

—Me temo que no —respondió—. Parece que la inspiración me ha abandonado últimamente.

—Ay, qué pena. Pero no se preocupe; estoy segura de que la recuperará. Por lo menos ya tendrá usted un nombre en el mundillo literario, espero.

—Bueno, mire, hace varios años que...

—¿Le conoce a usted bien el grupo de Bloomsbury, por ejemplo?

Michael frunció el ceño.

—¿El grupo... de Bloomsbury?

—Llevamos años sin escribirnos, es una pena, pero Virginia y yo fuimos íntimas en una época. Y la querida Winifred, también, claro. Winifred Holtby. ¿Conoce usted

su obra?

—Sí, la...

—¿Sabe?, si le sirviera de algo en su carrera, muy bien podría darle unas cuantas cartas de presentación. Tengo cierta influencia sobre el señor Eliot. La verdad es que, si me guarda usted el secreto —y redujo su voz a un susurro—, me han dicho que está loco por mí.

—¿Se refiere a... T. S. Eliot —tartamudeó Michael—, el autor de *La tierra baldía*?

Tabitha soltó una risa alegre y cantarina.

—Pero ¿está usted tonto? —dijo—. ¿No se ha enterado de que se murió hace muchísimos años?

Se unió a sus risas, desconcertado.

—Sí, sí, claro.

—Espero que no esté tratando de tomarle el pelo a una pobre anciana —dijo, clavándole de broma una aguja de calcetar en las costillas.

—¿Quién, yo? Pues claro que no.

—Me refería —explicó, con los ojos aún centelleando de risa al señor George Eliot, el autor de *Middlemarch* y *El molino sobre el Floss*.

Tabitha recogió su ovillo de lana y se puso a calcetar otra vez, mientras sonreía benignamente todo el tiempo. Sólo consiguió sacar a Michael de su estupor cambiando bruscamente de tema.

—¿Ha pilotado alguna vez un Tornado?

La cena de aquella noche en Winshaw Towers no fue una comida muy animada, al consistir como consistió en fiambres, encurtidos, queso y un Chablis corriente. Sólo eran ocho a la mesa; Henry y Mark prefirieron quedarse en una habitación de arriba para ver las noticias de la televisión. Por lo visto los dos pensaban que el anuncio de un ataque aéreo norteamericano contra Sadam Husein podía ser inminente. Los demás se sentaron todos juntos a un extremo de la enorme mesa del comedor, una estancia inhóspita con muchas corrientes de aire. Los radiadores no funcionaban, por alguna extraña razón, y al candelabro eléctrico le faltaban varias bombillas. Comieron durante un rato casi en silencio. Michael no tenía la sensación de poder iniciar una conversación privada con Phoebe en aquellas circunstancias, y por lo que se refería a los Winshaw, parecía que no tenían mucho que decirse entre ellos. Mientras tanto, el constante aullido del viento y el martilleo de la lluvia contra los cristales de las ventanas no contribuían lo más mínimo a animar a nadie.

La monotonía se rompió, por fin, con el ruido de alguien que llamaba muy fuerte a la puerta principal. Poco después pudieron oír cómo se abría la puerta y también voces en el vestíbulo. Luego Pyles entró renqueando en el comedor, donde informó a todos los presentes.

—Hay un caballero ahí fuera, dice que es policía.

A Michael le pareció un anuncio de lo más dramático, pero los demás no demostraron mayor interés. Al final fue Dorothy, que era la que estaba sentada más cerca de la puerta, la que se levantó y dijo:

—Será mejor que hable con él, supongo.

Michael la siguió hasta el vestíbulo, donde se encontraron con Mark, que bajaba por la escalera.

—Pero ¿qué pasa aquí? —dijo.

Un hombre con una barba cerrada y unas cejas tupidas, de una edad indeterminada y con su uniforme de policía empapado de lluvia, se presentó a sí mismo como el sargento Kendall de la policía del pueblo.

—¡Por mis muertos! —exclamó, con un acento casi ininteligible para Michael—. Hace una nohecita para quedarse tranquilamente en casa, sin que nada le obligue a uno a salir.

—¿En qué podemos ayudarle, sargento? —preguntó Dorothy.

—Pues no es que pretenda asustarlos, señora —dijo el policía—, pero pensé que sería mejor avisarles.

—¿Avisarnos de qué?

—Creo que la señorita Tabitha Winshaw se encuentra esta noche con ustedes.

—Sí, señor. ¿Y qué tiene eso de malo?

—Bueno, ya sabe, supongo que en el... hospital donde suele residir la señorita Winshaw, también tienen toda una serie de casos muy peligrosos (de enfermos mentales, ya me entiende) en condiciones de alta seguridad.

—¿Y qué?

—Parece que esta tarde se produjo una fuga, y se escapó uno de esos pacientes: un asesino peligroso, nada menos; un despiadado asesino en serie sin escrúpulos. ¡Por mis muertos que la vida del hombre que tuviese la desgracia de cruzarse en su camino en una noche así no valdría nada.

—Pero la Fundación queda a más .de treinta kilómetros, sargento. Por muy desagradable que sea este incidente, no puede afectarnos.

—Me temo que sí, señora. Mire, creemos que el vehículo en el que se ha fugado es el mismo que trajo a la señorita Winshaw esta noche. El muy astuto debe de haberse escondido en el maletero. Lo que significa, muy probablemente, que todavía anda por aquí. No puede haber ido muy lejos con este tiempo.

—Déjeme aclararme, sargento —dijo Mark Winshaw—. ¿Nos está diciendo realmente que hay un maníaco homicida suelto por los alrededores?

—Más o menos, señor.

—¿Y qué nos aconsejaría para afrontar esta situación tan lamentable?

—Bueno, no hace falta alarmarse, señor. Eso sería lo primero que les aconsejaría. Que no cunda el pánico, hagan lo que hagan. Simplemente, tengan la precaución de cerrar con llave todas las puertas de la casa (echen también el cerrojo, si pueden),

pongan un par de perros fuera que patrullen el jardín, háganse con todas las escopetas y armas de fuego que tengan por ahí, y asegúrense de que hay una luz encendida en cada habitación. Pero hagan lo que hagan, que no cunda el pánico. Este tipo de seres son capaces de notar el miedo, ¿saben? Lo huelen. —Y habiéndolos tranquilizado de esta forma, se ajustó bien la gorra a la cabeza y se dirigió hacia la puerta—. Será mejor que me vaya, si no les importa. Mi compañero me espera fuera en el coche; y aún debemos pasarnos por unas cuantas casas más.

Tras acompañarlo hasta la puerta, y dejar entrar de paso un torrente de lluvia y un remolino de hojas, Mark, Dorothy y Michael regresaron al comedor para poner al tanto a los demás de aquellas novedades tan extraordinarias.

—Bueno, esto ya es la gota que colma el vaso de esta tarde tan agradable —dijo Hilary—. Ahora resulta que tenemos que pasarnos la noche en compañía de Norman Bates, ¿no?

—A lo mejor aún estamos a tiempo de marcharnos —murmuró el señor Sloane—, si a alguien le apetece intentarlo.

—Pues yo no le alabaría el gusto —dijo Dorothy.

—No me puedo creer que alguno de mis compañeros haya hecho unas cosas tan horribles —dijo Tabitha, un poco para sí misma—. Parecen todos unas personas tan tranquilas y tan agradables...

Varios de sus parientes soltaron un bufido al oír aquello.

—Por cierto, tal vez no esté muy equivocada, ¿sabe? —comentó Michael, volviéndose hacia Hilary—. No sé Norman Bates, pero sí que hay películas donde pasan estas cosas.

—¿Como por ejemplo?

—Bueno, pues por ejemplo *El gato y el canario*. ¿La vio alguien?

—Yo sí —dijo Thomas—. Bob Hope y Paulette Goddard.

—Exactamente. Se convoca a todos los miembros de una familia en una vieja mansión aislada, para la lectura de un testamento. Hay una tormenta terrible. Y aparece un oficial de policía para avisarles de que anda por allí un asesino.

—¿Y qué les pasa a los miembros de la familia? —preguntó Phoebe, mirando directamente a Michael por primera vez.

—Que los asesinan —dijo tranquilamente—. Uno a uno.

El estallido del trueno que siguió a esa afirmación fue más sonoro que nunca. Le sucedió una larga pausa. Parecía que las palabras de Michael habían tenido un poderoso efecto; sólo Hilary continuó decididamente impasible.

—Bueno, para ser sincera, no sé por qué tenemos que preocuparnos —dijo—. Al fin y al cabo, usted es el único al que han atacado hasta ahora.

—Vamos —dijo Michael—. Todos sabemos que eso fue un accidente. No estará insinuando que...

—¡Por Dios! —les interrumpió Roddy bruscamente—. El tono de esta conversación empieza a resultarme de tan mal gusto como este maldito Stilton.



Apartó su plato, disgustado.

—Y tú de *buen gusto* sabes más que nadie, claro —dijo Phoebe.

A este comentario lo acompañó una mirada muy significativa, que hizo que él la señalara con el dedo y balbuciera furioso:

—Hay que tener mucha cara, ¿sabes?, para colarse como tú en esta casa. No pasaste aquí más que un fin de semana, pero te llegó de sobra para echarle la zarpa a mi padre. Me gustaría saber cuánto dinero le sacaste. Y si vamos al caso, ¿de qué se murió, a ver? Por lo visto nadie está dispuesto a hablar de eso.

—No lo sé exactamente —dijo Phoebe a la defensiva—. Yo estaba fuera cuando se murió.

—Mirad, estamos perdiendo el tiempo —dijo Dorothy—. Alguien debería ir a buscar a Henry y decirle qué es lo que pasa.

A todo el mundo le pareció muy buena idea.

—¿Dónde está, por cierto?

—Arriba, en el antiguo cuarto de la enfermera Gannet, viendo la tele.

—¿Y dónde demonios está eso? ¿Alguien conoce bien esta maldita casa?

—Yo —dijo Phoebe—. Iré a buscarlo.

Michael tardó en oponerse al curso que estaban tomando los acontecimientos, porque le había desconcertado e intrigado aquella repentina demostración de agresividad entre Roddy y Phoebe, y empezaba a preguntarse si habría alguna clase de historia detrás. Pero, tan pronto como se percató de que ella había partido en lo que muy bien podría ser una misión peligrosa, se puso a recriminar a los demás.

—No debería andar por ahí sola —protestó—. Ya han oído lo que ha dicho el sargento. Puede haber un asesino en la casa.

—¡Tonterías! —se mofó Dorothy—. Esto no es una película, ¿sabe?

—Eso es lo que usted se cree —dijo Michael, y salió corriendo en su busca.

Pero una vez más tuvo ocasión de maldecir la arquitectura diabólicamente rebuscada de la casa. Al llegar hasta el remate de la Gran Escalera, se dio cuenta de que no tenía ni idea de qué dirección tomar, y se pasó un buen rato recorriendo a toda prisa y sin aliento aquellos pasillos tortuosos y entrecruzados hasta que, de pronto, dobló una esquina y se topó con la mismísima Phoebe.

—¿Qué haces aquí?

—Buscarte, evidentemente. ¿Lo has encontrado?

—¿A Henry? No, no está allí. Puede que bajara.

—Seguramente. De todos modos, vamos a volver a mirar, por si acaso.

Phoebe le hizo doblar una esquina, subir un tramo de escaleras y luego recorrer otros tres o cuatro pasillitos tenebrosos.

—¡Sssh! ¡Escucha! —dijo Michael, a la vez que le ponía una mano en el brazo—. Oigo voces.

—No te preocupes, es la televisión.

Abrió de golpe una puerta que daba a una habitación prácticamente vacía, en la

que sólo había un sofá, una mesa, y un televisor portátil en blanco y negro en el que se veía *Noche de noticias*. Sin que nadie lo mirara, Jeremy Paxman estaba entrevistando a un nuevo ministro de Defensa, con pinta de atormentado.

—¿Ves? —dijo Phoebe—. Aquí no hay nadie.

—Sería una equivocación considerar el ultimátum de Naciones Unidas simplemente como un pretexto para iniciar las hostilidades —decía el ministro—. Sadam sabe que ahora tenemos *derecho* a una acción militar. Cuándo vamos a *ejercitar* ese derecho, o si vamos realmente a hacerlo, es otra cuestión completamente diferente.

—Pero ya han pasado diecinueve horas desde que expiró el ultimátum —insistía Paxman—. ¿Quiere decir que *aún no* le han informado de cuándo...?

—¡Dios mío!

Michael se había fijado en algo: de un costado del sofá salía un reguero de sangre que goteaba en el suelo. Echó un vistazo con mucha cautela por encima del respaldo, y vio que Henry yacía con la cara enterrada en el sofá y un cuchillo de cocina clavado entre los omóplatos. Phoebe le siguió y dio un respingo. Se quedaron un rato contemplando el cadáver, estupefactos, hasta que se dieron cuenta de que una tercera persona había entrado en la habitación, y estaba parada entre los dos, mirando al muerto con total indiferencia.

—Apuñalado por la espalda —dijo Hilary secamente—. Qué apropiado. ¿Será que la señora Thatcher anda por la casa?

## 4. SIGUEN LOS GRITOS

Michael, Phoebe, Thomas, Hilary, Roddy, Mark y Dorothy estaban en corro, muy solemnes, contemplando el cadáver. Habían incorporado a Henry hasta conseguir sentarlo, y ahora él les devolvía la mirada con la misma expresión escandalizada e incrédula que había sido la marca de la casa en sus apariciones públicas.

—¿Cuándo creéis que habrá pasado? —preguntó Roddy.

Nadie contestó.

—Será mejor que volvamos abajo —dijo Hilary—. Propongo que vayamos a buscar a Tabitha y al señor Sloane y charlemos largo y tendido sobre el tema.

—¿Y vamos a dejarlo así? —preguntó Thomas, cuando los otros emprendían la retirada.

—Lo..., lo limpiaré un poco, si quieren —dijo Phoebe—. Llevo algunas cosas en mi bolso.

—Me quedo y la ayudo —se ofreció Dorothy—. Tengo cierta experiencia con reses muertas.

El resto del grupo descendió formando un silencioso cortejo, y se congregaron en el comedor, donde Tabitha se dedicaba una vez más a calcetar plácidamente, y el señor Sloane estaba sentado a su lado, con una expresión de absoluto terror en la cara.

—Bueno —dijo Hilary, cuando nadie dio muestras de iniciar la conversación—. Por lo visto, Norman se ha apuntado su primera víctima.

—Eso parece.

—Pero las apariencias engañan —dijo Michael.

Thomas se revolvió contra él.

—¡Pero qué disparates está usted diciendo, hombre! Todos sabemos que un loco anda suelto. ¿Pretende decirme que no cree que él sea el responsable de esto?

—Es una de las posibles teorías, nada más.

—Ya. Entonces tal vez tendrá usted la amabilidad de decirnos cuáles son las otras.

—Sí, venga, desembuche —dijo Mark—. ¿Quién más podría haberlo matado?

—Pues cualquiera de nosotros, claro.

—¡Bueno, hombre! —dijo Thomas—. ¿Cómo iba a hacerlo cualquiera de nosotros, cuando resulta que estábamos todos aquí abajo cenando?

—Nadie había visto a Henry desde que se leyó el testamento —señaló Michael—. Entre eso y la cena, todos nos quedamos solos, en un momento o en otro. No excluyo a nadie.

—No dice usted más que tonterías —dijo Mark—. Sólo pueden haberlo matado hace muy poco. Se olvida de que yo estuve viendo la televisión con él un rato, cuando todo el mundo estaba aquí comiendo.

—Eso es lo que *usted* dice —dijo Michael tranquilamente.

—¿Me está llamando mentiroso? ¿Qué otra cosa supone que estaba haciendo?

—Que yo sepa, podría haber estado haciendo cualquier cosa. Tal vez estuviese hablando por teléfono con su amigo Sadam, para solucionarle un pedido de última hora.

—¡Cochino canalla! Retire eso.

—Me temo que habrá que descartar las hipótesis misteriosas —dijo Roddy, que había salido un momento al vestíbulo, y volvió a entrar ahora con un teléfono en la mano. Habían cortado el cordón de un solo tajo—. Como podéis ver, parece que se ha suspendido temporalmente el servicio. Lo he averiguado porque, a diferencia de todos los demás, soy lo bastante sensato como para que se me haya ocurrido llamar a la policía.

—Bueno, aún estamos a tiempo —dijo Hilary—. En mi dormitorio hay otro teléfono. Vamos... Si nos apuramos, puede que lleguemos antes que él.

Mark esbozó una sonrisa de superioridad mientras salían corriendo de la habitación.

—Me sorprende que la gente aún confíe en esos medios de comunicación tan primitivos —dijo—. Te has traído tu portátil, ¿verdad, Thomas?

El viejo banquero parpadeó sorprendido.

—Tienes razón, pues claro que sí. No voy a ningún sitio sin él. No sé cómo no se me ha ocurrido antes.

—¿Dónde lo has dejado? ¿Te acuerdas?

—En la sala de billar, creo. Jugué unas cuantas partidas con Roddy antes de que tú llegaras.

—Voy por él. Deberíamos liquidar este asunto lo antes posible.

Salió con mucha calma, dejando a Michael y a Thomas mirándose mutuamente con el ceño fruncido. Mientras tanto, el señor Sloane empezó a pasearse por la habitación, y Tabitha siguió calcetando como si no hubiera pasado nada. Poco después, tarareaba tranquilamente una canción para sí misma (vagamente identificable, tras unos cuantos compases como «Aquellos chalados en sus locos cacharros»).

—¿Ha visto alguien a Pyles hace poco? —preguntó Thomas cuando ya no pudo soportarlo más.

El señor Sloane negó con la cabeza.

—¿Y no sería mejor que alguien fuese a buscarlo? Él sí que no se pasó todo el tiempo con nosotros en el comedor. ¿Qué me dice, Owen? ¿Deberíamos averiguar su paradero?

Michael estaba sumido en sus pensamientos, y pareció no oír la pregunta.

—Está bien, pues iré a buscarlo yo solo.

—Ya sólo quedamos tres —dijo Tabitha alegremente, cuando Thomas ya se había ido—. Nunca había visto tanto jaleo. ¡Menudo follón! ¿Hemos empezado a jugar a

«polis y cacos»?

El señor Sloane le dirigió una mirada llena de desprecio.

—¡Qué cara más larga se le ha puesto, Michael! —exclamó después de tararear un poco más—. ¿No acaba de conectar con el espíritu de la fiesta? ¿O tal vez empieza a tener unas cuantas ideas sobre cómo podría terminar su libro?

—Había algo raro en esas dos armaduras del remate de las escaleras —dijo Michael, haciendo caso omiso, y siguiendo con su propia línea de pensamiento—. Algo había cambiado en ellas cuando pasamos ahora por allí. Aunque no sabría decir qué.

Y sin más comentarios, se levantó y se fue hasta el vestíbulo. Estaba a punto de subir la escalera cuando vio salir a Pyles de la cocina, con una bandeja de plata en precario equilibrio sobre el brazo.

—¿Disfrutando de su estancia, señor Owen?

—Thomas le estaba buscando. ¿Lo ha visto?

—No, señor.

—¿Le han contado lo que ha pasado?

—Sí. Y no es más que el principio. Mire, siempre lo he sabido: esta casa está maldita, ¡y todos los que la habitan también!

Michael le dio unas palmaditas en la espalda.

—Siga usted así.

Cuando llegó hasta el remate de las escaleras, examinó detenidamente las dos armaduras. Continuaban en la misma posición, y parecía que no había nada raro. Y sin embargo, estaba seguro, algún detalle sutil había cambiado... Michael tenía la sensación de estar siendo muy estúpido, de que se le estaba pasando por alto algo importante que tenía delante de los ojos. Volvió a mirar.

Y entonces lo vio. De golpe, una terrible sospecha se apoderó de él.

Se oyó un estruendo proveniente de la sala de billar. Michael bajó corriendo las escaleras y casi choca con el señor Sloane en el vestíbulo. Corrieron juntos en dirección al ruido, y entraron de sopetón para descubrir a Pyles, al que se le había caído la bandeja al suelo, desplomado en una silla.

—Entré para recoger los vasos vacíos —dijo—. Y entonces vi al...

Los ojos de los dos siguieron la dirección de su dedo trémulo. Mark Winshaw estaba tirado contra la pared. Al principio Michael pensó que tenía las manos atadas a la espalda; pero luego se dio cuenta de que el cuerpo había sido horriblemente mutilado. Habían dejado el hacha que faltaba en la armadura, con la hoja roja y pegajosa, sobre la mesa de billar, y sobresaliendo repulsivamente de las dos troneras del fondo se encontraban las extremidades mutiladas de Mark. Para rematar aquella broma macabra, habían garrapateado con sangre un mensaje en la pared.

Decía: ¡ADIÓS A LAS ARMAS<sup>[60]</sup>!

## 5. SE HA PERDIDO UNA SEÑORA

—Ahora lo importante —dijo Thomas— es que no perdamos la calma ni el control.

Estaban otra vez todos juntos en el comedor, sentados entre los restos de la cena. La mayoría tenían la cara pálida y ojerosa. Sólo Tabitha era felizmente inconsciente del alarmante giro que habían tomado los acontecimientos, mientras que Pyles, que ahora se había unido a ellos en torno a la mesa, tenía una sonrisa torva y fatalista, habiendo expresado ya su valiosa opinión de que aún pasarían más cosas antes de que se acabase la noche. «¡Muchas más!» El único miembro (vivo) de la familia que no estaba presente era Dorothy, que de momento no aparecía por ninguna parte. Fuera, parecía que la tormenta no iba a amainar nunca.

—Sugiero que partamos de la base —prosiguió Thomas— de que hay un loco suelto por la casa, que se dedica a matar sin ton ni son a cualquiera que se tope con él.

Michael suspiró.

—No se enteran, ¿verdad?

Los demás lo miraron, esperando una explicación.

—Hasta ahora estos asesinatos no han sido ninguna casualidad.

—¿Le importaría explicarse?

Se volvió hacia Hilary.

—¿Cuáles fueron sus primeras palabras cuando vio que habían apuñalado a Henry por la espalda?

—No me acuerdo —dijo Hilary, a la vez que se encogía de hombros sin darle importancia.

—Dijo: «Qué apropiado». Me parecieron bastante chocantes, incluso en ese momento. ¿Qué quería decir exactamente?

—Bueno... —Hilary soltó una risita culpable—. Todos sabemos que la lealtad personal no era uno de los rasgos más característicos de la carrera política de mi tío. Sobre todo, hacia el final.

—Exactamente. De hecho, era un chaquetero y un traidor. ¿Estamos todos de acuerdo?

A juzgar por el silencio que siguió, parecía ser que sí.

—Y en cuanto a Mark, no creo que tengamos que andarnos con rodeos sobre las cosas a las que se dedicaba en Oriente Medio. De ahí, supongo, el mensaje escrito en la pared sobre su cuerpo.

—Su teoría, por lo que puedo entender —dijo Roddy—, parece ser que cada uno de nosotros no sólo corre peligro de ser asesinado, sino de ser asesinado de una manera... determinada, al parecer, por su actividad profesional.

—Eso mismo.

—Pues es una teoría ridícula, si no le importa que se lo diga. Suena a guión de una película de terror de la serie B.

—Interesante que diga eso —dijo Michael—. Puede que alguno de ustedes haya visto una película titulada *Matar o no matar, éste es el problema*, rodada en 1973.

El señor Sloane hizo un gesto de desaprobación.

—La verdad sea dicha, me parece que nos estamos saliendo del tema.

—En absoluto. Vincent Price interpreta a un actor veterano que decide vengarse de sus críticos, y asesina a cada uno utilizando medios inspirados en algunas de las escenas más horripilantes de las tragedias de Shakespeare.

Roddy se levantó.

—El aburrimiento, aparte de todo, me lleva a sugerir que abandonemos esta línea de investigación tan agotadora y nos pongamos a hacer algo práctico. Estoy preocupado por Dorothy. Creo que deberíamos dividirnos y salir a buscarla.

—Un momento —dijo Thomas—. Me gustaría competir con nuestro experto en películas en su propio terreno, si no hay inconveniente. —Se recostó en su silla y le lanzó a Michael una mirada desafiante—. ¿No hay una película donde un chiflado (que al final resulta ser un juez) invita a varias personas a una casa remota y se los carga a todos, porque todos tienen algo malo que ocultar, y él se considera su verdugo; una especie de ángel vengador?

—El argumento es el de *Diez negritos* de Agatha Christie. Hay tres películas diferentes basadas en esa novela. ¿En cuál estaba pensando?

—La que vi yo era una ambientada en los Alpes austriacos, con Wilfrid Hyde-White y Dennis Price.

—Efectivamente. Y Shirley Eaton, creo recordar.

Michael le echó un vistazo a Phoebe al decir eso; y se fijó, de pasada, en que Roddy también la estaba mirando.

—Bueno —dijo Thomas—, ¿y el sistema ese no le recuerda mucho a lo que parece que está pasando aquí esta noche?

—Supongo que sí.

—Estamos de acuerdo, entonces. Y ahora atiéndame, ¿cómo se llamaba el tipo que se los cargaba? ¿El que organizaba todo aquel jaleo? ¿Se acuerda? Se lo diré yo. —Se inclinó sobre la mesa—. Se llamaba Owen. Señor U. N. Owen. —Thomas hizo una pausa con aire triunfal—. ¿Qué me dice usted a eso?

Michael estaba pasmado.

—¿Me está acusando?

—Pues claro que sí. Todos hemos visto trozos de ese asqueroso libro suyo. Sabemos perfectamente lo que piensa de nosotros. No me sorprendería que nos hubiese traído a todos hasta aquí como parte de un disparatado plan suyo.

—¿Que los hubiese traído hasta aquí? ¿Y cómo iba a hacerlo? No estará usted acusándome de planear también la muerte de Mortimer, supongo...

Thomas entornó los ojos y se volvió hacia Phoebe.

—Bueno, tal vez ahí es donde entra en juego la señorita Barton.

Phoebe se rió, enfadada, y dijo:

—Tiene que estar de broma.

—Pues a mí no me parece tan descabellado —dijo Roddy—. Estoy segurísimo de que ella le tiene inquina a la familia. Y no hay que darle muchas vueltas: ella y Owen se van a buscar juntos a Henry; cinco minutos después, él está muerto. Eso los convierte en los primeros sospechosos, a mi modo de ver. ¿Qué opinas, Hilary?

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. Aparte de todo, ¿te has fijado en su manera de mirarse toda la noche? Todo son miraditas llenas de sobreentendidos. No creo que ésta sea en absoluto la primera vez que se hayan visto. Creo que se conocen desde hace mucho.

—¿Es cierto eso? —dijo Thomas—. ¿Se habían conocido antes?

Phoebe miró a Michael en vano, antes de admitir:

—Bueno, sí... Nos vimos una vez. Hace muchísimos años. Pero eso no significa...

—¡Ajá! ¡Ahora sale todo a relucir!

—Os diré otra cosa —dijo Roddy—. Owen ya se ha culpado a sí mismo con una cosa que ha dicho. Hilary y yo estábamos los dos arriba cuando encontraron a Mark; Dorothy también, y tú también, Thomas, buscando a Pyles. Y resulta que Owen dice que él estuvo todo ese tiempo en lo alto de las escaleras mirando las armaduras. Así que, si cualquiera de nosotros hubiese intentado abandonar la sala de billar y pasar por delante de él, nos habría visto, ¿no? ¡Pero él dice que no vio a nadie!

Thomas se frotó las manos.

—¡Y ahora —le dijo a Michael— a ver cómo sale de ésta!

—Hay una explicación perfectamente simple —respondió—. El asesino ni entró ni salió por la puerta de la sala de billar. Existe un pasadizo que sale de esa habitación. Lleva hasta uno de los dormitorios de arriba.

—¿De qué demonios está hablando, hombre? —rugió Thomas.

—Es cierto. Pregúntele a Tabitha, ella lo sabe. Lo sabe porque Lawrence solía usarlo durante la guerra.

—¡Vaya tontería! —Se volvió hacia su tía, que había estado escuchando esta conversación, aparentemente encantada—. ¿Has oído eso, tía Tabitha?

—Pues sí, claro que lo he oído todo.

—¿Y qué te parece?

—Creo que fue el coronel Dorado, en la cocina, con el candelabro.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Hilary—. Estamos perdiendo un tiempo precioso. Dorothy lleva media hora o más sin aparecer; tenemos que intentar buscarla.

—Está bien —dijo Thomas, incorporándose—. Pero estos dos no vienen con nosotros.

Las cortinas del comedor sólo se podían abrir y cerrar mediante un grueso cordón de algodón. Thomas cortó dos trozos y amarró a Michael y a Phoebe bien fuerte a sus



sillas. Al cuidado de los prisioneros se dejó al señor Sloane (y a Tabitha, en la medida de lo posible), mientras Roddy, Hilary, Thomas y Pyles salían a registrar la casa, y acordaban reunirse de nuevo en el comedor a los veinte minutos.

Hilary fue la primera en regresar, seguida poco después por el mayordomo.

—¿Ha habido suerte? —le preguntó.

Pyles negó con la cabeza.

—No volverán a verla —dijo en su tono más lúgubre—. Por lo menos a este lado de la tumba.

Roddy llegó con malas noticias.

—Salí a mirar en el garaje. Pensé que se podía haber marchado sin decírnoslo.

—¿Y?

—Bueno, su coche sigue ahí, pero de todas formas no le serviría de nada. Una de esas hayas enormes se ha desplomado precisamente allí, y la carretera está completamente bloqueada. Así que ahora estamos realmente atrapados.

Michael se rió.

—¿Qué se esperaban? —dijo; seguía atado a su silla, y no se encontraba de muy buen humor—. Los psicópatas pensamos en todo, ¿saben?

Roddy lo ignoró.

—Se me ha ocurrido una cosa, de todos modos, hermanita: ¿Y tu avión? ¿No podríamos irnos de aquí en él?

—Bueno, yo no sé volar —dijo Hilary—. Y mi piloto se ha quedado a pasar la noche en el pueblo. No vendrá por aquí hasta mañana.

—¿Se refiere a Conrad? —preguntó Phoebe maliciosamente—. Me gustaría volver a verlo.

Hilary la miró furiosa, y Roddy no pudo evitar explicar con una sonrisa de satisfacción:

—A Conrad le dieron la patada hace unos meses, por orden de sir Peters. Su sustituto no se le parece mucho.

—¿Crees que sería *posible* que me llevara a dar una vuelta, cuando venga mañana? —gritó Tabitha, con los ojos encendidos de ilusión—. Ya sabes que me encantan los aviones. ¿Qué tipo de avión es?

—Un Bucanero —dijo Hilary.

—El Lake LA-4-200, supongo. ¿El de motor Avco Lycoming de cuatro cilindros?

—Cállate ya, vieja chiflada.

Hilary cogió una uva del frutero y empezó a pasársela, nerviosa, de una mano a otra.

—No hace falta que te pongas así; eres una niña muy mala —dijo Tabitha—. Una palabra amable y una sonrisa alegre no cuestan tanto, ¿o sí? Siempre es mejor mirar el lado bueno de las cosas, diría yo. Porque siempre pueden ir a peor.

—Tita —dijo Hilary, despacio—, estamos atrapados en una casa solitaria, con un maníaco asesino, en medio de una tormenta. Nos han cortado todas las líneas

telefónicas, no tenemos forma de salir de aquí, han asesinado a dos de nosotros y otra se ha perdido. ¿Cómo podrían ir a peor?

En ese momento se apagaron las luces y la casa se sumió en la oscuridad.

—¡Dios mío! —dijo Roddy—. ¿Qué ha pasado?

La oscuridad a la que los habían condenado era absoluta. Las pesadas cortinas del comedor estaban echadas, y resultaba imposible ver nada en aquellas tinieblas tan densas e impenetrables. Y para darle un toque aún más fantasmagórico a la situación, a todos les pareció que los ruidos de aquel tiempo furioso que hacía fuera se habían multiplicado por diez tan pronto como perdieron su capacidad de visión.

—Tiene que haber sido un fusible —dijo Pyles—. La caja de los fusibles está en el sótano. Voy a ver.

—Buen chico.

Que tuviera éxito en su misión parecía más bien dudoso, porque su aproximación a la puerta estuvo marcada por toda una serie de golpes, choques, encontronazos, y tintineos, a medida que iba tropezando con varios muebles repartidos por la habitación. Pero al final lo consiguió: se oyó rechinar la puerta al abrirse y cerrarse, y cómo se alejaban sus pasos, que resonaron vagamente mientras atravesaba, vacilante, el vestíbulo enlosado.

Luego se reanudaron los chasquiditos de las agujas de calcetar de Tabitha, y ella se puso a tararear otra melodía. Esta vez se trataba de «La marcha de los Dambusters».

—¡Por el amor de Dios, tita! —dijo Roddy—. ¿Cómo diablos puedes calcetar a oscuras? ¿Y harías el favor de dejar de cantar esas cancioncillas? Son para volverse loco.

—Debo decir, señor Owen, que su ingenio es digno de admiración —dijo Hilary; y su hermano percibió en su voz una alegría forzada y endeble; señal inequívoca de que estaba muy nerviosa—. No puedo dejar de preguntarme qué clase de suerte nos tendría usted preparada a todos los que quedamos.

—La verdad es que no lo había pensado —dijo Michael—. Más o menos iba improvisando, ¿sabe?

—Ya, pero seguro que tenía usted alguna idea. La espalda de Henry, los brazos de Mark. ¿Y Thomas? ¿Qué parte de *su* anatomía tenía usted intención de atacar?

—¿Dónde está Thomas, por cierto? —dijo Roddy—. Debería estar aquí hace mil años. La última vez que lo vi...

—¡Sssh! —fue Hilary la que lo interrumpió; el ambiente de la habitación se tensó de golpe—. ¿Quién anda ahí?

Todos aguzaron el oído. ¿Habían oído pasos? ¿Había alguien (o algo) con ellos en la habitación: una presencia vigilante, que se arrastraba entre aquellas sombras negras como la pez, y que ya se encontraba muy cerca? ¿O era el ruido de algo que se movía por la mesa (donde estaban todos sentados, muy rígidos, a la expectativa), pero muy discreta y sigilosamente?

—¿Quién anda ahí? —dijo Hilary—. Venga, hable.

Nadie respiraba siquiera.

—Te lo has imaginado —dijo Roddy al cabo de un rato.

—Yo no me *imagino* nada —respondió Hilary, indignada.

Pero la tensión había desaparecido.

—Bueno, el miedo puede jugar malas pasadas —dijo su hermano.

—Lo que pasa es que yo *no* tengo miedo.

Él se rió desdeñosamente.

—¿Que no tienes miedo? Estás muerta de miedo, querida.

—¿Por qué lo dices?

—Después de tantos años, cariño, para mí eres como un libro abierto. Cualquiera sabría decir cuándo estás alterada. Empiezas a enredar con las uvas.

—¿Con las uvas? ¿De qué me estás hablando?

—Te pones a jugar con ellas: a pelarlas, a arrancarles la piel. Lo has hecho desde que eras pequeña.

—Puede que lo haya hecho desde que era pequeña, pero esta noche no lo estoy haciendo, te lo puedo jurar.

—Venga, déjate de cuentos. Ahora mismo tengo una en las manos.

Roddy acarició el fruto con el pulgar y el índice (sin la piel, parecía suave y pringoso), y luego se lo metió en la boca. Lo aplastó con los dientes, pero en vez de la esperada descarga de mosto fresco y dulce, sólo sintió un espachurramiento gomoso y se le llenó la boca de un sabor horrible, de una virulencia inefable que nunca había experimentado anteriormente.

—¡Cielo Santo! —gritó, y lo escupió.

Empezó a tener arcadas.

Justo en ese momento, volvió la luz. Deslumbrado por aquella claridad repentina, le llevó unos segundos identificar el objeto que acababa de escupir, que yacía ahora en la mesa delante de él. Era un globo ocular a medio masticar. Su compañero le observaba siniestramente desde el frutero: el ojo inyectado en sangre de Thomas Winshaw, fijo para siempre en una última mirada, imperturbable y exánime.

## 6. UN GOLPE DE EFECTO

—Ahora deberíamos dejarle dormir —dijo Phoebe, mientras Roddy se recostaba sobre la almohada y su respiración adquiría poco a poco un ritmo más lento y regular.

Le retiró suavemente el vaso de la mano, lo puso en la mesilla y metió el frasco de pastillas en su bolso.

Hilary miraba a su hermano desapasionadamente.

—Siempre fue un remilgado —dijo—. De todos modos, nunca le había visto portarse así. ¿Crees que se pondrá bien?

—Espero que sólo tenga un *shock*. Con descansar unas horas, debería bastarle.

—A todos nos vendría bárbaro. —Hilary miró en torno, y fue a asegurarse de que la ventana estaba bien cerrada—. Supongo que aquí estará a salvo, ¿no? No tiene mucho sentido dejarle durmiendo como un bebé si nuestro maníaco particular se va a colar aquí y se lo va a cargar en cuanto nos demos la vuelta.

Decidieron que lo mejor sería cerrar la puerta con llave por fuera. Phoebe pensaba que no se despertaría hasta la mañana siguiente, y aunque lo hiciera antes, la incomodidad pasajera de estar encerrado tenía poca importancia en comparación con su seguridad personal.

—Creo que será mejor que guarde la llave —dijo Phoebe, a la vez que se la metía en el bolsillo de los vaqueros cuando se fueron juntas por el pasillo.

—¿Y eso por qué?

—Creía que era evidente. Michael y yo estábamos atados cuando mataron a Thomas. Eso nos deja libres de toda sospecha, ¿no?

—Supongo —dijo Hilary secamente, tras pensárselo un momento—. En cualquier caso, mi enhorabuena a quien esté detrás de todo este montaje. No se le ha escapado una. Desconectar todos los teléfonos, por ejemplo. Me parece que podría perdonárselo todo menos eso.

—¿Que no podamos llamar a la policía, quiere decir?

—Algo peor. Que ni siquiera pueda usar mi *modem*. La primera vez en seis años que me paso de la fecha de entrega. Les tenía preparado todo un articulazo. Sobre los pacifistas laboristas esos y sobre cómo los iraquíes los habrían hecho pedazos. En fin —suspiró—, tendrá que esperar.

Regresaron al cuarto de estar, donde Tabitha se había instalado otra vez junto al fuego, ya no absorta en su calceta, sino en la lectura atenta de un voluminoso libro de bolsillo que, visto más de cerca, resultó ser el volumen cuatro de *El manual del piloto aéreo*. Cuando entraron Hilary y Phoebe, levantó la vista y dijo:

—¡Vaya, aquí estáis! Empezaba a pensar que no volveríais nunca.

—¿Dónde están Michael y el señor Sloane? —preguntó Phoebe—. ¿Siguen ahí fuera?

—Supongo que sí —dijo Tabitha—. Pero la verdad es que me cuesta mucho llevar la cuenta de todas vuestras idas y venidas.

—Y Dorothy no ha dado señales de vida, me imagino —aventuró Hilary.

—La única persona a la que he visto —dijo la anciana— ha sido tu padre. Pasó por aquí hace poco. Estuvimos charlando un ratito la mar de a gusto.

Phoebe y Hilary intercambiaron miradas de preocupación. Hilary se arrodilló a su lado y empezó a hablar muy despacio y vocalizando mucho.

—Tita, Mortimer ya no está con nosotros. Se murió anteayer. Por eso estamos todos aquí, ¿recuerdas? Vinimos a la lectura de su testamento.

Tabitha frunció el ceño.

—No, creo que estás totalmente equivocada, querida. Estoy segura de que era Morty. Eso sí, no me pareció que tuviese muy buena pinta (estaba muy cansado y le faltaba el aliento, y tenía sangre por toda la ropa, ahora que caigo), pero no estaba muerto. Ni muchísimo menos. No estaba como Henry, o Mark, o Thomas. —Se sonrió al decir el último nombre, y meneó afectuosamente la cabeza—. *Eso es lo que yo llamo muerto.*

Se oyeron pasos en el exterior de la habitación, y apareció Michael, con Pyles y el señor Sloane a remolque. Hilary se incorporó y, en un aparte, puso a Michael al tanto del último giro que habían tomado los acontecimientos.

—Cuidado con la loca —dijo en un susurro bastante alto—. La vieja está de atar.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Dice que ha estado hablando con mi padre.

—Ya. —Michael se paseó un poco por la habitación, sumido en sus pensamientos; luego levantó la vista—. Bueno, ¿y quién puede jurar que no es la verdad? De hecho, ¿quién *vio* morir realmente a Mortimer?

—Yo no —dijo Phoebe—. Como ya dije, no estaba aquí cuando ocurrió. Había ido a Leeds a pasar un par de días.

—¿Y fue idea tuya?

—La verdad es que no. Él me obligó, más o menos. Me dijo que tenía mala cara e insistió en que me tomara un descanso.

—¿Y usted, Pyles? ¿Vio en algún momento el cadáver de Mortimer?

—No —dijo el mayordomo, rascándose la cabeza—. El doctor Quince (es decir, el doctor Quince hijo) simplemente bajó esa mañana y me informó de que el señor había fallecido. Y después se ofreció muy amablemente a arreglarlo todo él mismo con el director de la funeraria. Yo no tuve nada que ver.

—Pero mi padre no puede andar por aquí matando a la gente —protestó Hilary—. Estaba condenado a una silla de ruedas, por el amor de Dios...

—Ésa era la impresión que quería dar —dijo Phoebe—. Pero yo lo vi levantarse y andar un par de veces, cuando creía que nadie lo veía. No estaba tan enfermo como le gustaba aparentar.

—Yo tampoco me puedo creer —afirmó el notario— que el mismísimo señor

Winshaw siga vivo en alguna parte de esta casa, y sea el responsable de todos estos terribles asesinatos.

—Pero es la única solución posible —dijo Michael—. Lo he sabido todo el rato.

Hilary alzó las cejas.

—Qué cosa más extraordinaria —dijo—. ¿Y desde cuándo lo ha sabido exactamente?

—Bueno... desde que mataron a Henry —dijo Michael, y luego se lo volvió pensar—. No, antes: desde que llegué aquí. No, incluso antes: desde que el señor Sloane se presentó ayer en mi casa. O... bueno, no sé: desde que Tabitha recurrió a mí y empecé a escribir este maldito libro sobre todos ustedes. No lo puedo decir. Realmente, no lo puedo decir. Puede que incluso haga más tiempo. Quizá se remonte todo a mi cumpleaños.

—¿Su cumpleaños? —dijo Hilary—. ¿De qué demonios está usted hablando?

Michael se sentó y apoyó la cabeza en las manos. Habló cansinamente, sin emoción.

—Hace mucho tiempo, cuando cumplí nueve años, me llevaron a ver una película. Se desarrollaba en una casa bastante parecida a ésta, y era sobre una familia también bastante parecida a la suya. Yo era un niño hipersensible y no deberían haberme dejado verla, pero como se trataba de una comedia, mis padres creyeron que no habría inconveniente. No fue culpa suya. No se podían imaginar el efecto que iba a tener. Ya sé que resulta difícil de creer, pero fue..., bueno, fue con mucho la cosa más emocionante que me haya pasado jamás. Nunca había visto nada igual. Y luego, a mitad de la película (antes de la mitad de la película, probablemente), mi madre nos hizo levantarnos y marcharnos. Dijo que teníamos que volver a casa. Así que nos fuimos; nos fuimos y nunca supe lo que pasaba al final. Lo único que pude hacer fue darle vueltas después durante años y años.

—Por muy encantadores que me parezcan estos recuerdos de infancia —le interrumpió Hilary—, no dejo de pensar que ha elegido usted un momento muy curioso para compartirlos con nosotros.

—Después he visto la película entera, evidentemente —dijo Michael, como si no la hubiera oído—. La tengo en vídeo. Sé cómo acaba la historia; por eso sé que Mortimer sigue vivo. Pero ésa no es la cuestión. Nunca me bastó con poder verla siempre que me diera la gana: porque aquel día yo no sólo la vi, la viví. Esa es la sensación que creí que nunca recuperaría, la que he estado esperando volver a tener. Y ahora me está pasando. Me ha empezado a pasar. Todos ustedes —hizo un ademán abarcando las caras que estaban pendientes de él— son el reparto de mi película, ¿entienden? Lo sepan o no, eso es lo que son.

—Igual que Alicia y el sueño del Rey Rojo —metió baza Tabitha.

—Exactamente.

—Si me permite hacerle una sugerencia, Michael —dijo Hilary, en un dulce tono de voz que rápidamente se volvió amargo—, ¿por qué no se retiran usted y la tía

Tabitha a un rincón tranquilo, a modo de reunión privada de Chalados Anónimos, mientras el resto nos aplicamos a la tarea de resolver la insignificante cuestión de cómo vamos a pasar el resto de la noche sin que nos hagan trizas?

—Eso, eso —dijo el señor Sloane.

—Parece que nos hemos olvidado, aparte de todo, de que según la policía del pueblo hay un asesino suelto en esta zona. Perdón por ser tan prosaica, pero no puedo dejar de pensar que eso tiene más relación con nuestra situación que los cuentos fantásticos del señor Owen, por divertidos que sean.

—Todo ese asunto de la policía fue una pista falsa —dijo Michael.

—¿Qué pasa? ¿Otra teoría? ¡Desde luego este hombre es todo un mago! ¿De qué se trata esta vez, Michael? ¿De *El Plan Nueve desde el espacio exterior*? ¿O de *Abott y Costello contra el Hombre Lobo*?

—El señor Sloane y yo hemos salido a ver cómo estaba el camino de entrada —dijo Michael—. Está cubierto de barro, así que cualquier huella de ruedas saltaría a la vista. Pero aún se pueden ver las de mis pasos; son las más recientes del camino. Aquí no ha venido ningún coche de policía desde que yo llegué.

Hilary parecía un poco chafada.

—Bueno, usted vio al policía, y también Mark y Dorothy. ¿Está diciendo que era un impostor?

—Creo que era el mismísimo Mortimer. Sólo vi una vez a su padre, conque no lo puedo jurar. *Ellos*, claro, llevaban años sin verlo. Pero eso es lo que pasa en la película. El hombre al que se supone muerto aparece y finge ser un policía, para despistarles.

—No sé a los demás, pero a mí empieza a darme vueltas la cabeza con tanta teoría —dijo el señor Sloane, rompiendo del incómodo silencio que siguió a este intercambio de palabras—. Propongo que todos nos vayamos a nuestra habitación, cerremos las puertas con llave y no nos movamos hasta que pase la tormenta. Las explicaciones pueden esperar hasta mañana.

—Qué buena idea —dijo Tabitha—. Estoy agotada, la verdad. Me pregunto si alguien sería tan amable de prepararme una bolsa de agua caliente antes de retirarse. Esta casa está tan helada esta noche...

Phoebe dijo que se encargaría de eso, mientras Michael, Pyles y el señor Sloane decidieron registrar por última vez la casa, a ver si había señales de Dorothy.

—Aún no hemos hablado de su libro, Michael —le recordó Tabitha, justo cuando él estaba a punto de salir—. Mañana no me dejará también con las ganas, ¿verdad? Llevo tanto tiempo esperando ese momento. Tanto, tanto tiempo. Será como volver a hablar con su padre.

Michael se paró en seco cuando ella dijo eso. No estaba seguro de haber oído bien.

—Se parece mucho a él, ¿sabe? Tal como me había esperado. Los mismos ojos. Igualitos.

—Vamos —dijo el señor Sloane, tirando de la manga de Michael; y añadió en un susurro—: La pobre no está en sus cabales. No le haga caso. No queremos volverla aún más loca.

Dejaron a Hilary sola con su tía. Se quedó un rato junto al fuego, comiéndose las uñas y haciendo lo posible por encontrarle sentido a la última y desconcertante insinuación de Michael.

—Tita —dijo al poco rato—, ¿estás *totalmente* segura de que era mi padre la persona con la que hablaste?

—Totalmente —dijo Tabitha; cerró el libro y lo puso en la bolsa de la calceta—. ¿Sabes?, es un lío esto de que te digan que está muerto, y en cuanto te descuidas, que está vivo. Pero hay una forma de aclararlo definitivamente, ¿no te parece?

—¿Lo dices en serio? ¿Y cómo?

—Bueno, podrías bajar a la cripta, claro, y ver si su cadáver está en el féretro o no.

A Hilary nunca le había faltado valor, y le pareció que bien merecía la pena llevar este plan a cabo; pero el recorrido que implicaba no era precisamente apetecible. Estaba decidida a acabar lo antes posible, así que no se paró a coger su impermeable antes de descorrer el cerrojo de la puerta principal y meterse de lleno en aquella clamorosa tormenta, que ya llevaba en activo dos horas o más. Prácticamente incapaz de ver algo a través de las gruesas cortinas de lluvia, y con aquel viento de cara que casi le hacía perder pie, se abrió camino como pudo por el patio delantero y se dirigió hacia la silueta achaparrada de la capilla familiar, que se hallaba en un pequeño claro cerca del final de aquel camino de entrada densamente arbolado. A su alrededor, los árboles gemían, crujían y susurraban mientras el vendaval iba y venía en una serie de ráfagas bruscas e impredecibles. Para su sorpresa, la puerta de la capilla estaba abierta, y había una luz parpadeando en su interior. En el altar ardían dos velas. Las habían encendido hacía poco, aunque la capilla parecía desierta. Temblando violentamente (mitad de frío, mitad de aprensión) echó a correr por el pasillo y abrió de un golpe una puertecita con el marco de roble que daba a un empinado tramo de escalones de piedra. Eran los peldaños que llevaban a la cripta familiar, donde generación tras generación habían enterrado a los Winshaw, y donde una tumba vacía, pero con una primorosa inscripción en memoria de Godfrey, daba fe del héroe de guerra, cuyo cadáver nunca habían podido recuperar en territorio enemigo.

Hilary descendió los escalones totalmente a oscuras, pero al llegar propiamente a la entrada de la cripta, vio una rendija de luz debajo de la puerta. Asustada, vacilante, la abrió suavemente y vio...

... y vio un féretro vacío, con la tapa abierta, encima de una tarima en el medio de la estancia, junto a la que se encontraba su padre, Mortimer Winshaw, airosamente apoyado y sonriendo cariñosamente en su dirección.

—Entra, querida hijita —dijo—. Entra, y te lo explicaré todo.

Cuando Hilary entró y abrió la puerta del todo, oyó de repente que algo rechinaba



sobre su cabeza. Mirando hacia arriba a la vez que daba un gritito, tuvo una brevísima impresión de que se le venía encima un voluminoso paquete atado al extremo de una cuerda: un paquete formado (aunque nunca iba a saberlo) por todos los periódicos para los que había escrito su columna durante los últimos seis años. Pero antes de que pudiese adivinar qué la había golpeado, Hilary estaba muerta: aplastada por el peso de su propia opinión y tirada en el suelo, tan inconsciente como cualquier lector a quien hubiera paralizado y sometido alguna vez con su furioso torrente de palabras demasiado bien pagadas.

## 7. CINCO HORAS DORADAS

Todo estaba tranquilo en Winshaw Towers. Fuera, el viento empezaba a amainar, y la lluvia se había reducido a un suave tamborileo contra los cristales de las ventanas. Dentro, no había ningún ruido, salvo el delator crujido de las escaleras mientras Michael regresaba al primer piso, una vez completada su inspección final de la casa.

Ya fuese simplemente por la fatiga, o por la confusión en que lo habían sumido los vertiginosos acontecimientos de las últimas horas, Michael se vio desbordado una vez más por aquellos laberínticos pasillos, y cuando entró en lo que había supuesto que era su dormitorio, lo primero que vio fue un mueble enorme que no le resultaba nada familiar: un armario de caoba, con un espejo de cuerpo entero adosado a su puerta abierta. Phoebe estaba de espaldas al espejo y se reflejaba en él, inclinada y a punto de quitarse los vaqueros.

—¿Qué haces en mi habitación? —dijo Michael, parpadeando desconcertado.

Ella se dio la vuelta, sobresaltada, y dijo:

—Ésta no es tu habitación. —Señaló los cepillos y el maquillaje que había sobre la cómoda—. Ésas no son tus cosas, ¿no?

—No, claro que no —dijo Michael—. Lo siento. No acabo de aclararme con este sitio. No quería molestarte.

—No pasa nada. —Phoebe volvió a subirse del todo los pantalones y se sentó en la cama—. De todas formas, ya es hora de que charlemos un poco.

No hizo falta más para que él se atreviera a entrar.

—Llevo toda la noche intentando hablar de verdad contigo —dijo él—. Pero, por lo visto, nunca era el momento adecuado.

Phoebe pareció considerar aquello como un eufemismo.

—Ya sé —dijo con un tono ligeramente cortante—. Los asesinatos en masa distraen mucho la atención, ¿no?

Se produjo un silencio desagradable antes de que Michael dijese casi sin querer:

—¿Qué estás haciendo aquí, por el amor de Dios? ¿Cómo te has metido en esto?

—Por Roddy, claro. Lo conocí hará un año; se ofreció a exponer parte de mi obra en su galería, y le creí como una tonta; y luego, como una tonta aún más grande, me fui a la cama con él, y en cuanto tuvo lo que quería, me dio la patada. Pero mientras estuve aquí, conocí a Mortimer. No me preguntes por qué, pero se encariñó conmigo y me ofreció este trabajo.

—¿Y tú aceptaste? ¿Por qué?

—¿Tú por qué crees? Porque me hacía falta el dinero. Y no pongas esa cara; ¿por qué aceptaste *tú* el encargo de este libro, ya que estamos? ¿Por honradez profesional?

La cosa estaba clara.

—¿Te importa que me sienta aquí? —dijo Michael, a la vez que le indicaba el espacio vacío que quedaba en la cama.

Phoebe negó con la cabeza. Parecía cansada, y se pasó una mano por el pelo.

—¿Cómo te ha ido, de todos modos? —preguntó—. Esperaba más novelas tuyas.

—Nunca he vuelto a escribir. Me bloqueé.

—Es una pena.

—¿Y tú? ¿Sigues pintando?

—De vez en cuando. De momento no le veo mucho futuro a la cosa. Por lo menos mientras los Roddy Winshaw de este mundo sigan teniendo la sartén por el mango.

—Bueno, a este paso, mañana por la mañana habrá uno menos. —Al no querer explayarse sobre esta macabra perspectiva, Michael añadió—: Pero no debes darte por vencida. Eras buena. De eso se daba cuenta cualquiera.

—¿Cualquiera? —repitió Phoebe.

—¿Te acuerdas de aquella vez —dijo Michael, ignorando su pregunta— que entré en tu cuarto y vi el cuadro que estabas haciendo —se rió entre dientes—, y creí que era una naturaleza muerta, cuando en realidad era un cuadro de Orfeo en los infiernos o algo parecido?

—Sí —dijo Phoebe, tranquilamente—, la recuerdo.

Michael tuvo un destello de inspiración.

—¿Me dejarías comprarte ese cuadro? Sería tan bonito tener... como una especie de... recuerdo.

—Me temo que lo rompí poco después.

Phoebe se levantó y se sentó junto al tocador, donde empezó a cepillarse el pelo.

—No estarás insinuando... que fue por lo que yo te dije, ¿no?

Ella no respondió.

—A algunas personas se las hiere fácilmente, Michael. —Se dio la vuelta; se había puesto colorada—. A mí ya no. Pero en aquella época era más joven. Y no estaba muy segura de mí misma. De todos modos, ya pasó. Hace mucho tiempo de eso.

—Sí, pero no tenía ni idea, te lo juro.

—Estás perdonado —dijo Phoebe, y luego trató de recobrar el ánimo diciendo—: ¿He cambiado mucho desde entonces?

—Prácticamente nada. Te habría reconocido en cualquier parte.

Ella decidió no comentar que, evidentemente, no la había reconocido en la inauguración privada de la Narcissus Gallery hacía un par de meses.

—¿Volviste a saber algo de Joan?

—Sí, la vi. La vi hace poco, de casualidad. Se casó con Graham.

—No me sorprende nada. —Phoebe se sentó de nuevo junto a él en la cama—. Y están los dos bien, ¿verdad?

—Sí, estupendamente. Bueno, Graham estaba medio muerto la última vez que lo vi, pero supongo que ya se habrá recuperado.

Eso requirió cierta explicación, así que Michael le contó todo lo que sabía sobre el documental de Graham y el frustrado intento de asesinato de Mark.

—Conque él también se ha puesto a malas con los Winshaw —dijo Phoebe—. Parece que esta familia está por todas partes, ¿no?

—Pues claro que sí. Eso es lo que tienen.

Ella meditó un poco más la historia que le había contado y preguntó:

—¿Y qué hacías tú en ese hospital en Fin de Año?

—Había ido a ver a alguien... A una amiga. Se puso enferma de repente.

Phoebe detectó un brusco cambio de tono.

—¿A una novia tuya, quieres decir?

—Algo parecido, supongo.

Se quedó callado, y ella se dio cuenta de golpe de que sus preguntas habían sido indiscretas e innecesarias.

—Lo siento, no quería... meterme donde no me llaman... Quiero decir, no es asunto mío.

—No, no pasa nada, de veras.

Esbozó una sonrisa forzada.

—Se murió, ¿no? —dijo Phoebe.

Michael asintió.

—Lo siento muchísimo. —Le puso la mano en la rodilla durante unos instantes de desconcierto, y luego la retiró—. ¿Quieres...? Bueno, ¿te vendría bien hablar de ello?

—No, no creo, la verdad. —Le apretó la mano, para demostrarle que su gesto no había pasado inadvertido—. En realidad, es de idiotas. Sólo la conocía desde hacía unos meses. Ni siquiera nos habíamos acostado juntos. Pero, de alguna manera, acabé... invirtiendo mucho en ella. —Se frotó los ojos y añadió—: Hace que parezca una empresa pública, ¿no? Empiezo a hablar como Thomas.

—¿De qué se murió?

—De lo mismo que al final se muere todo el mundo: de una combinación de circunstancias. Tenía un linfoma, que le podían haber tratado, pero determinadas personas prefirieron arreglar las cosas de un modo que lo impidió. Pensaba hablar con Henry del tema, mientras estuviese aquí, pero... ahora ya no hay nada que hacer, ¿no? Nada... de nada... —Sus palabras se apagaron y él se quedó mirando al infinito durante lo que pareció un rato muy largo. Por fin, dijo una sola palabra más, muy bajito y sin énfasis—: ¡Mierda!

Luego se desplomó de lado y se echó encogido sobre la cama en una postura fetal, dándole la espalda a Phoebe.

Al poco rato, ella le tocó en el hombro y dijo:

—Michael, ¿por qué no te quedas aquí esta noche? No me apetece pasar la noche sola, y nos haríamos compañía.

—De acuerdo —dijo Michael—. Gracias. —Y no se movió.

—Será mejor que te desnudes.

Michael se quitó la ropa, se deslizó entre las sábanas de la cama de matrimonio y se durmió casi al instante, justo a tiempo de murmurar:

—Joan me pidió una vez que me quedara en su dormitorio, y yo salí corriendo. No sé por qué.

—Te tenía mucho cariño, creo —dijo Phoebe.

—Qué estúpido he sido.

Phoebe se puso el camisón y se metió en la cama a su lado. Apagó la luz. Yacían espalda contra espalda, con una escasa separación entre los dos.

Michael soñó con Fiona, como llevaba haciendo todas las noches de los últimos quince días. Soñó que seguía sentado junto a su cama del hospital, que la tenía cogida de la mano y le hablaba. Ella le escuchaba y le devolvía la sonrisa. Luego soñó que se había despertado para caer en la cuenta de que estaba muerta, y empezó a soñar que lloraba. Soñó que extendía el brazo dentro de la cama y tocaba un cuerpo femenino y templado. Soñó que Phoebe se había vuelto hacia él y le había rodeado con los brazos y le acariciaba el pelo. Soñó que la besaba en los labios y que ella también le besaba, con la boca abierta, y los labios suaves y tibios. Soñó con el cálido olor de su pelo y la cálida suavidad de su piel, mientras le acariciaba con los dedos el hueco de la espalda por debajo del camisón. Trató de recordar cuándo había tenido este sueño por última vez, este sueño de despertarse y descubrir que se encontraba en la cama con una mujer hermosa, de despertarse con la alegre conciencia de que ella lo estaba acariciando, de que él la acariciaba a ella, de que estaban acurrucados, entrelazados, enroscados como serpientes somnolientas. Este sueño donde parecía que cada parte de su cuerpo se tocaba con cada parte del de ella, y que a partir de ese momento habría que percibir el mundo entero sólo a través del tacto; de modo que al abrigo mohoso del lecho, en la oscuridad proporcionada por las cortinas del dormitorio, no pudieron menos de empezar a retorcerse suavemente, mientras cada movimiento, cada pequeño ajuste creaba nuevas oleadas de placer. Michael temía el momento en que el sueño se terminase: el momento en que se despertaría por última vez y se encontraría solo en la cama, o se vería arrastrado por un sopor aún más profundo, e inmerso en otro sueño de vacío y pérdida. Pero no sucedió así. Su amor fue duradero, lento y somnoliento, y aunque hubo momentos en los que no hicieron nada más que yacer juntos, entrelazados y adormecidos, esos intervalos de quietud con los dos acurrucados formaron parte de un solo movimiento, constante y sin esfuerzo, durante el que se deslizaron rítmicamente dentro y fuera del sueño, se mecieron una y otra vez entre el sueño y la vigilia, y no tuvieron conciencia del paso del tiempo hasta que Michael oyó que el reloj del abuelo daba las cinco en el vestíbulo, y volvió la cabeza para ver cómo los ojos de Phoebe le sonreían en la oscuridad.

—Kenneth —dijo él—, nunca sabrás lo que te has perdido.

—No me llamo Kenneth —dijo ella; se rió mientras tanteaba alrededor entre las sábanas revueltas buscando su camisón, y luego se lo puso como pudo—. No me

digas que estabas pensando en un tal Kenneth todo este tiempo. Aunque supongo que por lo menos eso explicaría por qué Joan y tú nunca os acostasteis juntos.

Salió de la cama y se dirigió hacia la puerta. Michael se incorporó, con la cabeza aún nublada por el sueño, y dijo abstraído:

—¿Y ahora adónde vas?

—Al lavabo, supongo, si me das permiso.

—No, quiero decir... después. Después de que haya pasado todo esto.

Phoebe se encogió de hombros.

—No sé. A lo mejor vuelvo a Leeds. Aquí no puedo quedarme de ninguna manera.

—Vente a vivir conmigo a Londres.

Al principio ella no respondió nada a eso, y Michael no pudo ver cómo había reaccionado.

—Lo digo en serio —añadió.

—Ya lo sé.

—Quiero decir que sé que te gusto, si no...

—La verdad es que no creo que sea el momento adecuado. Y desde luego no es el lugar más indicado. —Abrió la puerta; oyó cómo hacía una pausa antes de irse—. Tranquilo, Michael —dijo, pero sin aspereza—. Ninguno de los dos estamos como para hacer planes.

Unos minutos después regresó y volvió a subirse a la cama. Se cogieron de la mano bajo las sábanas.

—Sabía que me ibas a pedir que me quedara aquí esta noche —dijo Michael, saliendo de su ensimismamiento.

—Las mujeres siempre te encuentran irresistible, ¿no?

—No, pero es lo que pasa en la película, ¿sabes? Casi exactamente lo mismo. Fue entonces cuando tuve que salirme del cine. Y ahora que ha pasado de verdad, es casi como si... se hubiera roto un maleficio.

—Todo eso me suena muy fatalista. ¿Se supone que yo no pinto nada en el asunto entonces?

—Es una película, oye —insistió Michael—. No me la he inventado, independientemente de lo que piense Hilary.

—Te creo —dijo Phoebe—. De todos modos, ya había oído hablar de ella.

—¿De verdad? ¿Y cuándo?

—Joan habló de ella una vez; ¿no te acuerdas? Aquella noche que nos hizo jugar a todos al Cluedo, y había una tormenta horrible.

De repente Michael se acordó perfectamente y con todo detalle. Los cuatro apiñados en torno a la mesa en el cuarto de estar de Joan... Graham riéndose de él por la errata de su crítica... Y aquella sensación que había tenido (una premonición, se podría decir) cuando se había dado cuenta de que su personaje, el profesor Castaño, era el asesino, y ya no le había sido posible considerarse un ser aislado,

imparcial..., al verse de pronto en el ojo del huracán...

Luego recordó las últimas y enigmáticas palabras de Tabitha, y se le hizo la luz.

—Creía que se suponía que yo estaba escribiendo esta historia —dijo—, pero no. Por lo menos, ya no. Soy parte de ella.

Phoebe se quedó mirándolo.

—¿Qué?

Michael se puso de pie de un salto, diciendo:

—Dios mío, qué tonto he sido. Claro que soy parte de ella... Por eso me escogió Tabitha.

—No tengo ni la menor idea de lo que quieres decir.

—Dijo que tenía sus ojos, los ojos de mi padre. Sólo podía estar hablando de una persona. Mi madre dijo lo mismo. Eso fue lo que hizo que me enfadara tanto en el restaurante. Hasta Findlay se dio cuenta. Dijo que eran como de... terciopelo azul o algo así. Y yo que pensé que lo único que quería era llevarme a la cama...

—Me he perdido, Michael. Me he perdido completamente. ¿Quién es ese tal Findlay?

—Un detective. Tabitha lo contrató hace años. Atiende. —Hizo que Phoebe se incorporara, y le explicó—: Tabitha tenía un hermano llamado Godfrey, que murió en la guerra. Lo derribaron los alemanes.

—Eso ya lo sé. Y también tenía un hermano llamado Lawrence, al que odiaba, y cuando se volvió loca empezó a acusarlo de asesinato o algo parecido.

—Exactamente. Sólo que tenía razón: les dio el chivatazo a los alemanes sobre la misión de Godfrey, y por eso lo derribaron. Estoy prácticamente seguro. Pero también había un copiloto, que *no* murió. Lo metieron en un campo de prisioneros, y después de la guerra, volvió a este país. Anduvo por ahí dando vueltas y se echó un poco a perder; se dedicó a todo tipo de cosas con nombres diferentes. John Farrington fue uno de ellos, y Jim Fenchurch otro.

—Ya, ¿y qué pasa con él?

—Pues que soy su hijo.

Phoebe abrió los ojos de par en par, sin acabar de creérselo.

—¿Que eres qué?

Michael lo repitió, y ella dio un grito, exasperada.

—¿Y no te parece que habría sido una buena idea decírnoslo antes?

—Pero si acabo de darme cuenta. De hecho, se lo voy a tener que preguntar a Tabitha ahora mismo.

Se levantó, encendió la luz, y empezó a vestirse lo más rápido posible.

—Michael, son las cinco de la madrugada. Estará dormida como un tronco.

—Me da igual. Es urgente. —Se calzó como pudo—. ¿Sabes?, no creo que Tabitha esté loca en absoluto. Creo que ha estado jugando de una manera muy inteligente. —A la vez que abría la puerta, concluyó en plan dramático—: A no ser que esté muy equivocado, está tan cuerda como yo.

—Puede que más —dijo Phoebe, pero no lo bastante alto como para que pudiera oírlo.



## 8. EL AGENTE DOBLE

No hacía falta que Michael se hubiera preocupado por interrumpir el sueño de Tabitha. Salía luz de su habitación, la puerta no estaba cerrada con llave, y ella se encontraba sentada en la cama, calcetando y escuchando un transistor colocado en la mesilla.

—Hombre, Michael —gritó—, ha venido usted incluso antes de lo que yo esperaba. ¿Ya es hora de que hablemos un poco entonces?

—John Farrington —dijo, yendo directamente al grano—. Era mi padre, ¿verdad?

—Al fin ha caído en la cuenta, ¿eh? Bien hecho, Michael. ¡Muy bien hecho! Aunque, para serle totalmente franca, *esperaba* que se diese cuenta un poco antes. ¿Cuánto tiempo le ha llevado? Casi nueve años, creo. Y sin embargo, a juzgar por sus libros, había sacado la impresión de que es usted un hombre muy inteligente.

Michael acercó una silla a la cama.

—Está bien —dijo—. Ahora sé que está usted jugando conmigo. ¿Ha estado jugando todo el rato?

—¿Jugando con usted, Michael? No es una acusación muy agradable. Le he estado ayudando. Siempre quise ayudarle. Era lo único en lo que pensaba.

—Mire..., no me ha ayudado nada; nada de nada. Ni siquiera se puso en contacto conmigo en todo este tiempo.

—Le he dado mucho dinero, sin embargo. No le ha servido de nada?

—Sí, eso sí. —Michael se puso colorado, avergonzado porque le recordara que ni siquiera le había dado las gracias por su generosidad en ese terreno—. Claro que sí. Pero ¿cómo iba yo a...? Quiero decir, si no hubiese sido por Findlay, nunca habría *rozado* siquiera la verdad de todo este asunto.

—¿Findlay? ¿No querrá decir el señor Onyx? ¿El señor Findlay Onyx, el detective? ¿Es que aún sigue vivo, Michael?

—Por supuesto que sí. Vivo, y ahora mismito en prisión.

—¡Y es fácil adivinar por qué! —dijo Tabitha riéndose alborozadamente—. Era un hombrecito muy travieso. Muy travieso, la verdad. Pero muy profesional, debo admitir. Fue el señor Onyx el que consiguió localizar a su padre cuando se lo encargué, claro. Se lo contaría todo, supongo.

—Sí que me lo contó.

—¿Entonces sabe que a su padre lo mató Lawrence en esta misma casa, la noche de la fiesta de cumpleaños de Morty?

Michael asintió.

—Me quedé muy decepcionada, la verdad —dijo Tabitha—. Creía realmente que al señor Farrington no le costaría nada acabar con mi hermano. Pero está claro que

uno nunca puede dar estas cosas por hechas. Yo estaba muy desanimada cuando el señor Onyx vino a verme a la mañana siguiente. —Meneó la cabeza, sonriendo—. Era un hombre muy concienzudo. Se podía confiar en él. Vino (arriesgándose personalmente, todo hay que decirlo) a entregarme un sobre que contenía parte de los efectos personales de Farringdon; entre los cuales, encontré...

—... Una fotografía.

—¡Exactamente, Michael! Una fotografía. Tal vez no sea usted tan lento como yo pensaba. Una fotografía suya, sentado en su escritorio y escribiendo. Sólo podría tener unos... ¿digamos unos ocho años? También había una niñita en la foto. No muy guapa, me temo. Demasiado dentona. El señor Farringdon le tenía mucho cariño a esa foto, de todas formas. Me lo había contado todo al respecto, en una de nuestras largas conversaciones en la Fundación, adonde fue tan amable de ir a visitarme en varias ocasiones. Qué tardes más agradables... Hablábamos de todo tipo de cosas. Un día, me acuerdo, tuvimos una larga discusión la mar de estimulante sobre el Lockheed Hudson. Siempre me había preocupado, ¿sabe?, la gran cantidad de aleación de magnesio que se empleaba en su construcción. Me parecía que hacía al avión muy vulnerable al fuego, especialmente si los depósitos de combustible se rompían. Evidentemente, el señor Farringdon nunca había pilotado uno, pero... —Se le habían puesto los ojos vidriosos, y se volvió hacia Michael con una mirada de desconcierto—. Lo siento, querido, ¿de qué estaba hablando?

—De la fotografía.

—Ah, sí, la fotografía. Bueno, me quedé con ella, claro, tal como me había pedido, aunque me temo que no me sirvió de nada para dar con usted, porque se había olvidado de decirme su nombre. Tal vez nunca lo supiera él mismo. Y entonces, un día (debió de ser..., uf, casi veinte años más tarde) sucedió una cosa realmente extraordinaria. Uno de los médicos vino a mi habitación y me trajo una revista. ¿A que fue todo un detalle? Todo el personal sabe de mis aficiones, ¿entiende?, y ésta era una revista en color, con un largo y precioso artículo sobre el Mark I Huracán. Bueno, la verdad es que *no estaba* muy bien documentado: me desilusionó mucho. Al autor se le habían pasado por alto varios puntos importantes; ni siquiera mencionaba, ¿se lo puede creer?, su auténtica ventaja sobre el Spitfire, que, como sabrá, era el grosor de las alas. Incluso le escribí una carta de queja al director, pero nunca se publicó. Me pregunto por qué...

Se produjo un silencio sospechosamente largo, y Michael se dio cuenta de que ella se había vuelto a perder.

—¿Y qué pasó con la revista?

—Lo siento, a veces se me va la cabeza. La revista. Efectivamente. Bueno, después de leer ese artículo, me puse a echarles un vistazo a los demás, e imagínese mi sorpresa, Michael (imagínese mi alegría y mi asombro) cuando me topé, escondida en la parte de atrás, una preciosa historieta sobre un castillo y un detective, y encabezándola, la misma foto que el señor Farringdon me había dado hacía tantos

años. ¡Una foto suya, Michael, de cuando era pequeño! El destino le había traído por fin hasta mis manos, y no sólo eso, sino que además resultaba que usted se había hecho *escritor*. ¡Era todo demasiado perfecto! Empecé a tramar un plan que me permitiese compensarle económicamente por lo que mi familia le había hecho (ni que decir tiene, sabía que andaría usted mal de dinero: *todos* los escritores andan mal de dinero), y que, al mismo tiempo, le llevaría a usted, inevitablemente, a averiguar la verdad sobre su padre y sobre cómo había muerto. Descubriría usted la verdad sobre mi familia, Michael, y se la revelaría al mundo en forma de libro. ¡Y menudo libro sería! Me imaginaba... un libro tremendo, un libro *sin precedentes*: en parte, un libro de memorias, y en parte, una crónica social, todo mezclado en una poción letal y devastadora.

—Suenan estupendamente —dijo Michael—. Debería haberla contratado para escribir la contraportada.

—A posteriori, creo que le sobreestimé —dijo Tabitha—. Por mucho que disfrutara con los extractos que me envió, mis expectativas eran demasiado grandes. Ahora me doy cuenta de que no estaba usted a la altura de su cometido. Le faltaba el... arrojo necesario..., el atrevimiento necesario... ¿Cuál es la palabra?

—¿El brío?

—Tal vez, Michael. Tal vez fuese eso lo que le faltase en definitiva —suspiró—. Pero, en realidad, ¿quién podría hacerle justicia a mi familia? Son todos unos embusteros, unos tramposos, unos estafadores, unos hipócritas. Y Lawrence era el peor, con mucha diferencia. Traicionar por dinero a tu país está fatal, pero mandar a tu propio hermano a la muerte... Sólo mi familia podría hacer una cosa así. Cuando ocurrió, me di cuenta por primera vez de cómo eran de verdad; y después de eso, ¿qué más me daba que me encerrasen? Me daba igual lo que fuese de mí. —Suspiró de nuevo, aún más hondo—. Me fastidiaron la guerra.

—Lo dice como si se lo hubiera pasado bien —dijo Michael.

—Pues claro que me lo pasaba bien —dijo Tabitha, sonriendo—. Todos nos lo pasábamos bien. Ya sé que para la gente joven es muy difícil entenderlo, pero no hay nada como una guerra para unir un país. Todo el mundo era tan *amable* con todo el mundo... Todo lo que nos había separado parecía de repente tan insignificante y tan intrascendente... Las cosas han cambiado desde entonces. Han cambiado terriblemente. Y a peor. Éramos todos tan *educados*, ¿sabe? Teníamos detalles con los demás. Mortimer, por ejemplo... Nunca se habría portado así, correteando por la casa adelante y haciendo picadillo a su familia con hachas y cuchillos y todo lo que le viene a mano. En aquella época no le habría cabido en la cabeza.

—Imagino que no —dijo Michael—. De todos modos, supongo que no volverá a ocurrir.

—¿Qué es lo que no volverá a ocurrir, querido?

—Una guerra así.

—Pero si ya estamos en guerra —dijo Tabitha—. ¿No se ha enterado?

Michael levantó la vista.

—No me diga.

—Pues claro. Han mandado los primeros bombarderos poco después de las doce. Lo he estado oyendo en la radio.

Michael estaba pasmado. Incluso después de que expirase el ultimátum de Naciones Unidas, nunca había conseguido creerse del todo que sucedería de verdad.

—Pero eso es terrible —tartamudeó—. Qué desastre.

—Qué va, de eso nada —dijo Tabitha alegremente—. Los aliados no van a tener ninguna dificultad en establecer su superioridad aérea. El Nighthawk F117A es un avión muy sofisticado. Su sistema de navegación, ¿sabe?, dispone de un INAS con sensores infrarrojos tanto hacia delante como hacia abajo, y puede llevar una carga de dos toneladas de explosivos a una velocidad de novecientos kilómetros por hora. Los iraquíes no tienen nada parecido. Y luego están los F-111; y el coronel Gadafi ya sabe lo que son capaces de hacer. Con los Ravens EF111 A cegando los radares de localización del enemigo, pueden atravesar un pasillo de ataque a casi dos mil quinientos kilómetros por hora. Su compartimento de armas puede dar cabida a más de catorce toneladas de artillería...

Michael ya había perdido el interés. Había cosas más urgentes en las que pensar.

—¿Así que cree que *es* Mortimer? —le preguntó.

—Pues claro —dijo Tabitha—. ¿Quién más podría ser?

—Es que es evidente que estos asesinatos... los ha cometido alguien que lo sabe todo sobre esta familia, y a qué se han dedicado durante años. Pero Mortimer lleva mucho tiempo sin ver realmente a ninguno de ellos, ¿no? ¿Cómo iba a saber todas esas cosas?

—Bueno, está claro —dijo Tabitha—. Mortimer leyó su libro, ¿entiende? Siempre que me enviaba usted parte del manuscrito, yo le mandaba a él una copia. Le pareció muy interesante. Así que, en cierto modo, Michael, usted *es* el responsable de todo esto. Debería estar muy orgulloso.

Reanudó su labor de calceta, mientras Michael meditaba sobre el papel que ahora se veía que había jugado en esta estrafalaria historia. Se sentía cualquier cosa menos orgulloso.

—¿Dónde está ahora? —preguntó.

—¿Morty? Bueno, me temo que eso es muy difícil de decir. Andará por ahí escondido en alguna parte, eso seguro, pero esta casa está llena de pasadizos secretos. Es una auténtica madriguera. Lo descubrí la noche que encerré a Lawrence en su dormitorio. Al poco rato, ¿sabe?, estaba abajo jugando al billar, así que *tiene* que haber un pasaje secreto entre las dos habitaciones.

—Es verdad... Usted le oyó hablar alemán en su habitación, ¿no? —Todo empezaba a aclararse—. ¿Le parece que podía haber estado hablando por radio?

—Por supuesto que sí.

Michael se levantó de un salto.

—¿Qué habitación era?

—La del final del pasillo. La que ocupa Roderick.

Salió corriendo al pasillo y se fue a buscar a Phoebe, sabiendo que ella tenía la única llave. Pero ya no estaba en la cama. Víctima de una terrible ansiedad, Michael giró en redondo para descubrir que ahora se encontraba tras él, en el umbral, con una expresión de desagrado.

—Rápido —dijo Michael—. Tenemos que entrar en el cuarto de Roddy.

—Demasiado tarde. Vengo de allí. —Le temblaba la voz—. Ven a ver.

No era un espectáculo agradable. Roddy yacía sobre la cama, desnudo e inmóvil. Estaba cubierto de la cabeza a los pies de pintura dorada, y debía de llevar muerto unas dos o tres horas.

—Supongo que ha muerto por asfixia —dijo Phoebe—. Asesinado con pintura... Debería habérsenos ocurrido. —Frunció el ceño—. ¿No es de una película también?

—Shirley Eaton en *Goldfinger* —dijo Michael—. Desde luego, Mortimer se ha preparado a fondo.

—Sigo sin entender cómo ha entrado. Llevo toda la noche con la llave en el bolsillo. A no ser que tenga una copia, claro.

—Éste era el dormitorio de Lawrence —dijo Michael—. Lo que significa que en alguna parte hay una puerta secreta, y un pasadizo que te lleva hasta abajo. Vamos a ver si la encontramos.

Se pusieron a dar vueltas por la habitación, golpeando los paneles con los nudillos a ver si alguno sonaba a hueco. Cuando vieron que eso no les daba ningún resultado, Michael abrió el armario empotrado de dos puertas que había en una de las paredes, y escrutó el interior.

—Eh, ¿qué es esto? —gritó.

Phoebe se acercó corriendo.

—La has encontrado.

—Por lo menos he encontrado algo.

Metió la mano en el armario y sacó un par de prendas, una chaqueta y un pantalón azul marino. Al mirarlos más de cerca resultaron ser el uniforme de un sargento de policía.

—¿Qué os dije? De policía, nada. Y mira, aquí está el resto.

Le tendió a Phoebe una gorra de plato, y mientras lo hacía, descubrió un frasquito de cristal que había detrás, en el estante.

—Cloruro potásico —leyó despacio, al examinar la etiqueta—. ¿Sabes algo de esto?

—Es un veneno —dijo Phoebe—. Mortimer solía guardarlo en su botiquín. Sólo que la última vez que lo vi estaba lleno.

Señaló el nivel del líquido, que ahora sólo alcanzaba la cuarta parte del frasco.

—¿Es mortal?

Phoebe asintió.

—Ahora que me acuerdo, el día que me hizo irme, justo antes de que me marchara, me preguntó dónde guardaba las jeringuillas. En ese momento, no sospeché nada. Tal vez esto tenga algo que ver.

—Tal vez.

—Espera... Voy a mirar si siguen en su sitio.

Echó a correr hacia la enfermería de su antiguo patrón, donde le costó muy poco comprobar que por lo menos faltaba una jeringuilla de su estuche. Pero cuando regresó para contárselo a Michael, la esperaba una sorpresa. El cuerpo desnudo de Roddy seguía sobre la cama, pero por lo demás la habitación estaba vacía. Michael había desaparecido.

Había sido el instinto, más que otra cosa, lo que le había guiado hasta el espejo primorosamente enmarcado en oro que estaba en la pared del dormitorio. Un espejo era una puerta a los infiernos; Michael ya lo había aprendido a esas alturas, así que le llevó poco tiempo deslizar los dedos debajo del marco y soltarlo de la pared. El espejo se abrió, girando sobre sus duros goznes, para dejar al descubierto una cavidad negra y rectangular; y en cuanto se adentró en la oscuridad, se cerró tras él sin hacer ruido. Cuando Michael trató de abrirlo otra vez no obtuvo ningún resultado, y supo que, por el momento, sólo podía avanzar. No podía ver ni oír nada; pero flotaba en el aire un olor rancio y mohoso, y las paredes de ladrillos al descubierto que había a cada lado estaban secas y desconchadas. Pensándose mucho, puso un pie delante del otro, e inmediatamente se dio cuenta de que se hallaba en lo alto de una escalera; pero sólo había descendido tres peldaños cuando el suelo se allanó, y notó que ahora se había internado en un espacio más amplio. Dio seis pasos a la derecha, y se topó con una pared, esta vez lisa y enlucida. Empezó a bordear esa pared, y tras cambiar dos veces de dirección y chocar contra algo pesado (una mesa tal vez) sus manos tocaron la cosa por la que había estado rogando: una llave de la luz. Y, milagrosamente, funcionaba.

Michael se encontraba en una estancia muy estrecha pero con el techo muy alto, aparentemente excavada en el grueso de la pared. Al lado de la escalera por la que acababa de bajar, había también una entrada diminuta que llevaba hacia la izquierda. Apoyado contra una de las paredes, pero lo bastante grande como para ocupar casi todo el espacio disponible, había un escritorio; y encima, un aparato de radio pesado y grandón. El escritorio y la radio estaban llenos de polvo, y en las cuatro o cinco décadas (o eso calculó Michael) en las que nadie les había puesto la mano encima, dinastías enteras de arañas se habían encargado de tejer capas y más capas de delicadas y polvorientas telarañas. La habitación no tenía ventanas, pero en la pared se podía ver el fino rastro del cable de una antena que se perdía por un agujero del techo, seguramente para salir por el tejado de la propia casa.

—Así que aquí fue donde lo hiciste, listillo del demonio —masculló Michael—.

¡En un cuartucho, como un espía cualquiera!

Impaciente, apartó la mayor parte del polvo y de las telarañas. Parecía que la radio había funcionado con pilas y, como era de esperar, no respondió cuando él trató de darle a los distintos botones; pero una rápida inspección de los cajones del escritorio resultó más fructífera. Había mapas, almanaques y horarios de trenes de los años cuarenta, además de un diccionario Alemán-Inglés y lo que parecía ser una especie de agenda. Hojeándola, Michael se topó no sólo con GALLETA, QUESO y APIO, sino también con los nombres en clave de otros agentes dobles: ZANAHORIA, BOMBÓN, MENTA, NIEVE, LIBÉLULA; todos con sus direcciones y sus números de teléfono escritos al lado. También se habían anotado detalles personales de muchos militares de alta graduación, y de muchas figuras importantes de la Oficina de Guerra y del gobierno de coalición. Un libro de cuentas encuadernado en piel estaba repleto de filas paralelas de cifras en libras y en marcos alemanes, mientras que en una página del final figuraban los nombres y las direcciones de varias cuentas bancarias inglesas y alemanas. Y además, había unas cuantas hojas de papel sueltas, una de las cuales le llamó especialmente la atención. Estaba encabezada:

*L 9265 — Esc. 53*

Michael sabía que ése había sido el número del avión y del escuadrón de Godfrey. La mayoría de las cifras que venían después le resultaban incomprensibles, aunque «30/11» era claramente una indicación de la fecha, y algunos de los otros números parecía que podían referirse a posiciones de latitud y longitud. En cualquier caso, estaba claro que por fin se había tropezado con las pruebas de la perfidia de Lawrence: de su premeditada traición a Godfrey por una cuestión de lucro.

Michael se sentía ahora dividido entre dos impulsos diferentes: volver a donde estaba Phoebe (si podía) y explicarle su descubrimiento, o probar suerte con la otra entrada y continuar explorando. Por una vez, su espíritu de aventura salió ganando.

La segunda entrada daba directamente a otra escalera, más empinada y más escabrosa que la primera. Tras calzar la puerta que la separaba del cuartito para que quedase abierta, Michael vio que tenía la luz justa para iluminar su avance, y al poco rato calculó que había descendido hasta el nivel de la planta baja, donde terminaban las escaleras. Ahora se encontraba ante la entrada de un pasadizo. La oscuridad empezó a cernerse sobre él.

En la pared del pasadizo, tras unos cuantos pasos, se topó con una puerta de madera. Tenía un cerrojo en la parte de arriba, pero el mecanismo estaba bien engrasado y parecía que lo habían usado hacía poco. La abrió sin dificultad, y se encontró asomándose, tal como se esperaba, a la sala de billar. Aún no amanecería hasta pasadas un par de horas, pero una cierta cantidad de luz de luna se colaba por las rendijas de las cortinas, y pudo distinguir en la penumbra el cadáver de Mark, que ahora se hallaba cubierto por una sábana manchada de sangre. Sus brazos cercenados seguían sobresaliendo grotescamente, como tótems salvajes, de las troneras de la mesa de billar. Michael se estremeció, y estaba a punto de retirarse cuando percibió

un destello metálico en el borde de la mesa. Era el encendedor de Mark. Se trataba de algo demasiado útil como para pasarlo por alto, así que cruzó sigilosamente la habitación y lo cogió antes de batirse en retirada, agradecido, por el túnel, cuya entrada estaba perfectamente oculta por una taquera atornillada a los paneles de roble.

Michael no había avanzado mucho por el pasadizo cuando el techo y las paredes empezaron a achicarse, haciendo que le resultara más difícil moverse. Durante un rato casi tuvo que andar a cuatro patas, y era evidente que el suelo comenzaba a inclinarse abruptamente hacia abajo. Una o dos veces, un par de lejanos puntitos de luz delataron la presencia de una rata al acecho, que se escabulló en cuanto él se fue acercando. El túnel seguía estando seco, sin embargo, y la argamasa se desconchaba a veces cuando él se rozaba contra ella, así que se sorprendió cuando empezó a oír claramente un goteo, irregular pero persistente.

*Plip. Plip. Plip.*

En ese momento también empezó a verse una luz parpadeante, que se fue haciendo más intensa, y el espacio entre las paredes comenzó a ensancharse. De repente el pasadizo se abrió a lo que casi era una habitación. El techo, compuesto de losas de piedra, estaba sostenido por vigas, y las cuatro paredes formaban un cuadrado de unos cinco metros de lado.

*Plip. Plip.*

La fuente del ruido quedó rápidamente a la vista. Lo primero que vio Michael fue una sombra extraordinariamente aumentada, bailoteando a la luz de una vela encendida colocada en el suelo. Era la sombra de un cuerpo humano, perfectamente atado y colgado por los tobillos de un gancho de carne atornillado a una de las vigas. Se le había practicado una pequeña incisión en el cuello, de donde manaba ininterrumpidamente un reguero de sangre que le cruzaba la cara, bajaba por la maraña del pelo grumoso, y caía en un pesado cubo de acero que estaba casi lleno.

*Plip. Plip. Plip.*

Era el cuerpo de Dorothy Winshaw; y a su lado, sentado en un taburete de tres patas, se encontraba su tío Mortimer. Miró a Michael mientras éste salía del túnel, pero resultaba imposible decir quién tenía los ojos más fatigados e inexpresivos: Mortimer o aquel cadáver helado que giraba sobre sí mismo lentamente.

*Plip.*

—¿Está muerta? —preguntó Michael por fin.

—Yo creo que sí —respondió el viejo—. Pero es difícil de saber. Está llevando más tiempo del que pensaba.

—Qué manera más horrible de matar a alguien.

Mortimer lo meditó un momento.

—Sí —dijo.

*Plip. Plip.*

—Señor Owen —prosiguió Mortimer, con un gran esfuerzo—, espero que no vaya a perder el tiempo apiadándose de algún miembro de mi familia. No se lo



merecen. Debería saberlo mejor que nadie.

—Sí, pero de todos modos...

—Es demasiado tarde en cualquier caso. Lo hecho, hecho está.

*Plip. Plip. Plip.*

—Estamos debajo del cuarto de estar, por si acaso se lo está preguntando —dijo Mortimer—. Si hubiese alguien ahí arriba en este momento, podríamos oírlo. Estuve aquí hace varias horas, y escuché todo el jaleo que montaron cuando el señor Sloane leyó en alto el testamento, y cayeron en la cuenta de que no me iban a sacar ni un solo penique. Una treta infantil, supongo. —Hizo una mueca—. Vana. Absurda. Como todo lo demás.

*Plip.*

Mortimer cerró los ojos, como de dolor.

—He llevado una vida ociosa, señor Owen; prácticamente la he desperdiciado toda. Nací con dinero, y como toda mi familia, fui demasiado egoísta como para que me apeteciera emplearlo en algo bueno. A diferencia de ellos, sin embargo, nunca le hice mucho daño a nadie. Pero me pareció que me redimiría a mí mismo un poco haciéndole a la humanidad un pequeño favor antes de morir: librar al mundo de un puñado de sabandijas.

*Plip. Plip.*

—Fue usted, señor Owen, el que acabó de convencerme. Ese libro suyo... Me dio la idea, y me sugirió una o dos maneras de... abordar la cuestión. Ahora que ya está hecho, sin embargo, he de confesar que tengo cierta sensación de decepción.

Mientras decía estas cosas, la mano derecha de Mortimer jugueteaba con una gruesa jeringuilla llena de un líquido claro. Se dio cuenta de que Michael lo miraba con aprensión.

—No tiene por qué preocuparse —dijo—. No tengo intención de matarlo. Ni a usted ni a la señorita Barton. —Pareció que se le suavizaba la expresión al mencionar ese nombre—. Cuidará usted de ella, ¿verdad, Michael? Ha sido buena conmigo. Y sé que usted le gusta. Me haría feliz pensar que...

—Pues claro que sí. Y de Tabitha también.

—¿De Tabitha?

—Me aseguraré de que no vuelvan a mandarla a ese sitio. No sé cómo, pero... no lo permitiré.

*Plip.*

—Pero usted sabe muy bien —dijo Mortimer— que está loca, ¿o no?

Michael se quedó mirándolo fijamente.

—En serio. —Mortimer se sonrió desconcertado—. Está loca de remate.

—Pero si he estado hablando con ella, y parecía totalmente...

—Es de familia, ya sabe. Estamos como cabras, somos más raros que un perro verde, y encima nos faltan unos cuantos tornillos. Porque llega un momento, Michael —se echó hacia delante y le señaló con la jeringuilla—, llega un momento en que la

codicia y la locura prácticamente no se diferencian. Casi se podría decir que se convierten en la misma cosa. Y llega otro momento en que la voluntad de consentir la codicia y de convivir con ella, e incluso de fomentarla, pasa a ser también una especie de locura. Lo cual quiere decir, en otras palabras, que no nos la podemos quitar de encima. Nunca se va a terminar esta locura. Al menos... —y su voz se convirtió en un susurro fantasmagórico— para los vivos.

*Plip. Plip.*

—Pongamos a la señorita Barton, por ejemplo. —La dicción de Mortimer empezaba a fallar—. Una chica tan encantadora, en la que uno siempre podría confiar... Y sin embargo, la engañé todo el tiempo. Mis piernas estaban más o menos en forma. Unas cuantas úlceras por aquí y por allá, pero nada que me impidiera andar. Simplemente me gustaba que me mimara, ¿comprende?

*Plip. Plip. Plip.*

—Estoy tan cansado, Michael... Eso es lo irónico del caso. Sólo he padecido de una cosa en toda mi vida, y ni siquiera se la he dicho a la señorita Barton... No tiene ni idea. ¿Puede adivinar usted de qué?

Michael negó con la cabeza.

—De insomnio. No puedo dormir. No puedo dormir nada. Una hora o dos de vez en cuando. Tres como mucho. Desde que murió Rebecca.

*Plip.*

—¡Y menuda nohecita llevo! Ha sido todo demasiado; demasiado, de verdad. Un esfuerzo tremendo. Creí que nunca lo conseguiría, si he de serle franco. —Se desplomó hacia delante, con la cabeza en las manos—. Me gustaría tanto dormir, Michael. Me va a ayudar usted, ¿verdad?

Michael cogió la jeringuilla de la mano que él le tendía, y se quedó mirando mientras Mortimer se arremangaba.

—Me parece que ya no tengo fuerza en los dedos, ésa es la pena. Haga que me duerma, Michael, es lo único que le pido.

Michael lo miró, indeciso.

—Sea usted bueno, por favor.

Michael agarró la mano de Mortimer. Le colgaba la piel de los brazos. Tenía los ojos de un spaniel suplicante.

*Plip. Plip.*

—A los perros los duermen, ¿no es cierto? Cuando son viejos y están enfermos... Y le pareció que, visto así, no sonaba tan mal.

## 9. CON GAGARIN A LAS ESTRELLAS

—Nada de explicaciones —dijo Michael—. Si duermes, si sueñas, acepta tus sueños. Ése es el papel del durmiente.

Phoebe se protegió los ojos del sol con la mano.

—Parece lógico. ¿Qué significa?

—Estaba pensando que hay tres sueños que tuve de pequeño que aún recuerdo perfectamente. Dos de ellos ya se han hecho realidad, más o menos.

—¿Sólo dos? ¿Y qué pasa con el tercero?

Michael se encogió de hombros.

—No se puede tener todo.

Se encontraban en la terraza de Winshaw Towers, mirando el césped, los jardines, el lago artificial, y los imponentes páramos que se extendían más allá. Un sol estupendo había seguido a la tormenta, aunque había árboles caídos, tejas arrancadas y escombros barridos por el viento por todas partes, que daban fe de su paso.

Era casi mediodía: el final de una mañana larga y penosa, en la que parecía que no habían hecho más que declaraciones a los policías que invadieron la casa desde que Phoebe había ido andando hasta el pueblo para dar la voz de alarma. Poco después de las diez en punto, llegaron los primeros periodistas y fotógrafos de prensa. Hasta ese momento, los policías habían conseguido mantenerlos al margen, pero ahora estaban desperdigados por la carretera como un ejército que aguardase emboscado, rodeando la casa con todo un arsenal de teleobjetivos, o sentados de mal humor en sus coches, esperando abalanzarse sobre cualquiera que se atreviese a aventurarse por el camino de entrada.

—Me pregunto si las cosas volverán alguna vez a la normalidad —dijo Michael; se volvió rápidamente hacia Phoebe—. Vendrás a verme pronto a Londres, ¿verdad?

—Claro, en cuanto pueda. Mañana o pasado.

—No sé lo que habría hecho si no hubieras estado aquí. —Se sonrió—. Al fin y al cabo, a todo Kenneth le hace falta su Sid.

—¿Y qué tal todo Orfeo necesita su Eurídice? Lo digo por despejar cualquier *género* de dudas.

Pero a Michael pareció desanimarle aquella comparación.

—Nunca me perdonaré lo que pasó con ese cuadro, ¿sabes?

—Mira, Michael, déjame decirte una cosa. Tú y yo no vamos a llegar a ninguna parte dándole vueltas al pasado. Los dos tenemos un pasado de pena. Tenemos que dejarlo de lado, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Muy bien, entonces repite conmigo: NO-MIRAR-ATRÁS.

—No mirar atrás.

—Estupendo.

Estaba a punto de darle un beso de recompensa cuando el piloto de Hilary, Tadeusz, que también había llegado aquella mañana, se unió a ellos en la terraza. Y todo hay que decirlo, no tenía nada que ver con Conrad, el hombre que había ocupado anteriormente aquel puesto tan apetecible; porque medía poco más de metro y medio, pasaba de los sesenta años, y habiéndose afincado recientemente en Inglaterra procedente de Polonia, no hablaba una sola palabra de inglés. Saludó bruscamente a Michael y a Phoebe con la cabeza, y luego se mantuvo a cierta distancia de ellos, acodado en la balaustrada.

—Me parece que el marido de Hilary debió de ponerse duro —susurró Phoebe—. Su último piloto era una especie de dios. Vinieron aquí una vez y anduvieron retozando desnudos por el campo de croquet casi todo un fin de semana. La verdad es que no me imagino a éste prestándose a los mismos juegucitos.

—Bueno, mientras sepa pilotar un avión... —dijo Michael—. Se supone que me va a llevar a casa esta tarde.

Poco más de una hora después, Michael había hecho la maleta y estaba listo para irse. Phoebe, que tenía planeado coger un tren a Leeds por la tarde en compañía del señor Sloane, lo acompañó hasta la orilla del lago. No habían conseguido encontrar a Tadeusz por ninguna parte de la casa, y Michael suspiró aliviado al ver la diminuta figura del piloto ya metido en la cabina. Estaba perfectamente vestido para la ocasión, con lo que parecía un auténtico traje de piloto de la Primera Guerra Mundial, además de gafas y un gorro de cuero.

—Dios mío, parece el Barón Rojo —dijo Phoebe.

—Espero que este tipo sepa lo que hace.

—No te preocupes.

Dejó su maleta en el suelo y la abrazó.

—Hasta pronto, entonces.

Phoebe asintió, se puso de puntillas, y le besó en la boca. Él la estrechó con fuerza. Fue un beso largo, que tras un apasionado comienzo se volvió más pausado y tierno. Michael disfrutó de la sensación del pelo de Phoebe al viento contra su cara y de la frescura de su mejilla.

De mala gana, se subió a la cabina.

—Bueno, llegó la hora, supongo. Te llamo por teléfono esta noche. Ya haremos planes. —Estaba a punto de cerrar la puerta, pero titubeó. Parecía que estaba pensando en algo. La miró un momento y luego dijo—: ¿Sabes?, se me ha ocurrido una idea sobre ese cuadro. Lo recuerdo perfectamente, así que he estado pensando que si nos sentamos un momento y te lo describo, y tú encuentras tus antiguos bocetos, seguramente podrías..., bueno, hacer algo parecido por lo menos.

—¿Qué te he dicho en la terraza? —dijo Phoebe tajantemente.

Michael asintió.

—Tienes razón: No mirar atrás.

Phoebe le dijo adiós con la mano mientras el avión se deslizaba hacia la posición de despegue, y le tiró un beso cuando cogió velocidad y despegó de la superficie del agua, alzando suavemente el vuelo. Ella se quedó mirándolo hasta que no fue más que un punto negro contra el azul del cielo. Luego se dio la vuelta y fue subiendo hacia la casa.

Tenía un mal presentimiento. Estaba preocupada por Michael, preocupada porque ya esperase tanto de ella, preocupada porque la preocupación de él por el pasado era, en cierta forma, obsesiva, o incluso adolescente. A veces le costaba recordar que era siete u ocho años mayor que ella. Estaba preocupada porque su relación pudiese desarrollarse demasiado rápido, y tomase un curso que ella no fuera capaz de controlar; preocupada porque en realidad no podía pensar en ninguna buena razón (si era honesta consigo misma) para haberla empezado, en primer lugar. Había sucedido todo demasiado rápido, y ella había actuado movida por razones equivocadas: porque él le había dado pena, y porque ella también había tenido miedo y necesidad de consuelo. Además, ¿cómo podían siquiera esperar olvidar las horrendas circunstancias que les habían unido? ¿Cómo podía salir algo bueno de semejante principio?

Subió hasta su dormitorio, hizo la maleta, y luego miró en torno para ver si se olvidaba de algo. Sí, había unos cuantos artículos de primera necesidad, ahora que se acordaba, que seguirían en la habitación donde habían encontrado el cuerpo de Henry. Sólo le llevaría un momento recuperarlos, y sin embargo, por alguna razón, esa perspectiva la llenó de inquietud. Se dio cuenta de que estaba temblando mientras recorría los pasillos, y al subir hasta el segundo piso de la casa, tuvo la repentina y siniestra sensación de que había empezado a revivir los acontecimientos de la noche anterior: una impresión que se acentuó al doblar el último recodo y oír el sonido de la televisión, sintonizada en las noticias de la una.

Abrió la puerta. El presidente Bush se dirigía a una habitación vacía. Era una reposición de su mensaje a los norteamericanos, emitido poco después de que se hubieran enviado los primeros bombarderos a Bagdad.

*Hace exactamente dos horas, fuerzas aéreas aliadas han comenzado su ataque a objetivos militares en Irak y Kuwait. Estos ataques prosiguen mientras les hablo.*

Phoebe se fijó en una cosa: de un costado del sofá salía un reguero de sangre que goteaba en el suelo.

*Los veintiocho países con fuerzas en la zona del Golfo han agotado todas las vías razonables para alcanzar una solución pacífica, y no les ha quedado otra opción que expulsar a Saddam de Kuwait a la fuerza. No fallaremos.*

Echó un vistazo con mucha cautela por encima del respaldo, y vio que un hombre yacía con la cara enterrada en el sofá y un cuchillo de cocina clavado entre los omóplatos.

*Algunos se preguntarán: ¿Por qué actuar ahora? ¿Por qué no esperar? La respuesta está clara: el mundo ya no podía esperar más.*

Le dio la vuelta al hombre y dio un respingo. Era Tadeusz.

*Es un momento histórico.*

Alguien llamó a la puerta, y uno de los policías de servicio asomó la cabeza.

—¿Ha visto alguien a la señorita Tabitha? —dijo—. Parece que no la encontramos por ninguna parte.

*Nuestras operaciones han sido planeadas para defender lo mejor posible las vidas de todas las fuerzas de la coalición, proponiéndose como objetivo el inmenso arsenal militar de Saddam. No tenemos nada en contra del pueblo de Irak. De hecho, ruego por la seguridad de los inocentes atrapados en este conflicto.*

¿Nunca se acabaría aquella locura?

Michael se sienta en la cabina del hidroavión, y estira el cuello para ver cómo se extiende el paisaje del sur de Yorkshire bajo él.

El piloto, que va sentado delante, empieza a tararear una cancioncilla: *Rema, rema, rema, por el río abajo*. La voz del piloto es extrañamente aguda y musical.

*El mundo ya no podía esperar más.*

El avión comienza a ascender abruptamente. Michael no acaba de entender por qué, y se pone rígido en su asiento. Cree que seguramente se estabilizará dentro de nada. Pero el ascenso es cada vez más empinado, hasta que de golpe están en vertical, y luego cabeza abajo, y luego, antes de que a Michael le dé siquiera tiempo de gritar, han hecho un rizo completo y retomado su posición original.

—¿Qué demonios está haciendo? —grita, agarrando al piloto por el hombro. Pero el piloto está muerto de risa (una risa histérica, incontenible) y chilla de alegría.

*¡Ay, qué alegres vamos! ¡Ay, qué alegres vamos!*

—He dicho qué demonios está haciendo —repite Michael.

*No tenemos nada en contra del pueblo de Irak.*

—¿Se ha vuelto loco de remate?

La risa del piloto aún se vuelve más histérica cuando Michael dice eso; y luego se arranca las gafas y el gorro de cuero, y Tabitha Winshaw se da la vuelta para decir:

—¿Sabe, Michael?, es tal como me lo había imaginado. Estos chismes no son nada complicados, una vez se les coge el punto.

*Rema, rema, rema, por el río abajo.*

*¡Ay, qué alegres vamos! Ay, qué alegres vamos!*

*La vida no es más que un sueño dorado.*

—¿Dónde está Tadeusz, por el amor de Dios? —grita Michael.

*Nuestra meta no es la conquista de Irak, sino la liberación de Kuwait.*

—¿Quiere que le enseñe cómo se hace? —dice Tabitha.

Michael la sacude con fuerza hacia delante y hacia atrás.

—¿Sabe cómo aterrizar con esto? Contésteme.

—Esta esfera, ve —dice Tabitha, a la vez que señala uno de los instrumentos de vuelo— es el indicador de velocidad. Verde para «normal», amarillo para «precaución». Mire aquí, donde pone LNV. Eso significa el límite normal de velocidad.

*De hecho, ruego por la seguridad de los inocentes atrapados en este conflicto.*

Michael ve que la flecha de la esfera comienza a salirse del arco verde para entrar en el amarillo. Empieza a marearse con la velocidad de aceleración. La flecha señala ahora el final del arco amarillo, en un punto donde pone VNE.

—¿Qué significa eso?

—No pasar de ahí jamás —grita Tabitha.

Casi se sale de su asiento de la emoción.

—¡Por el amor de Dios, Tabitha, pare un poco! ¡Es peligroso!

Ella se vuelve otra vez, y dice, en tono reprobador:

—Volar *nunca* es peligroso, Michael.

—¿Ah, no?

—En absoluto. Lo peligroso es *estrellarse*.

Y entonces, con un estridente y lunático aullido de risa, empuja la palanca hacia delante todo lo que puede; el avión cabecea y ahora se precipitan hacia abajo a una velocidad increíble, y Michael se siente hueco, su cuerpo es una cáscara vacía, tiene la boca abierta y todo lo que había en su interior ha quedado muy atrás, allí arriba en el cielo...

Me caigo. Me caigo. Me caigo.

*Esta noche, mientras nuestras fuerzas combaten, les tenemos presentes a ellos y a sus familias en nuestras oraciones.*

*Rema, rema, rema, por el río abajo.*

El ruido es ensordecedor (el terrible silbido del motor y de la corriente de aire) y, sin embargo, por encima de todo eso aún puede oír la risa demente de Tabitha: la risa interminable y terrible de los locos sin remedio...

*¡Ay, qué alegres vamos! ¡Ay, qué alegres vamos!*

*A ningún presidente le resulta fácil enviar a nuestros hijos a la guerra.*

Me caigo. Me caigo.

*Que Dios bendiga a todos y cada uno de ellos.*

Me caigo...

*Es un momento histórico.*

Hasta que llega un momento...

*¡Ay, qué alegres vamos!*

Llega un momento en que la codicia...

*¡Ay, qué alegres vamos!*

Un momento en que la codicia y la locura...

Y luego se produce el último chirrido del metal, el agudo desgarrón con que las distintas partes del fuselaje empiezan a desmembrarse, hasta que de golpe el avión entero se hace pedazos y sale disparado en un millón de direcciones diferentes, y él cae libremente, sin trabas, sin nada más que el cielo azul entre Michael y la Tierra, a la que ahora puede ver claramente, y que se eleva para salirle al encuentro: costas de continentes, islas, grandes ríos, grandes extensiones de agua...

*¡Ay, qué alegres vamos! ¡Ay, qué alegres vamos!*

Ya no sufro...

*La vida no es más que un sueño dorado.*

Ya no tengo miedo.

*La vida no es más que un sueño dorado.*

... porque llega un momento en que la codicia y la locura no se pueden contar por separado. Esa línea divisoria es muy fina, como una banda de película que rodease el globo terráqueo. Es de un color azul muy delicado, y la transición del azul al negro es muy gradual y muy bonita.

*El mundo ya no podía esperar más.*





# El legado de los Winshaw

Una crónica familiar

MICHAEL OWEN

PEACOCK PRESS

## PREFACIO

*por Hortensia Tonks, doctora en Filosofía y Letras  
por la Universidad de Cambridge*

El *signor* Italo Calvino, un escritor italiano, a quien los *cognoscenti* literarios tienen en mucha estima, señaló una vez (de una forma muy hermosa, a mi modo de ver) que no hay nada más patético que un libro que su autor ha dejado inacabado. Esas obras fragmentarias, en opinión de este distinguido caballero, son como «las ruinas de proyectos ambiciosos, que sin embargo conservan trazas del esplendor y del cuidado meticuloso con los que fueron concebidas».

¡Qué apropiado, qué sutilmente irónico, que el *Sig.* Calvino haya expresado esta sublime opinión en una serie de ensayos que dejó incompletos a su propia muerte! ¡Y qué adecuada resulta esa frase aplicada al presente volumen, la obra truncada de un autor *abatido* en su mejor momento literario, en la que demuestra encontrarse en plenitud de facultades (y que, andando el tiempo, tal vez será reconocida como su obra maestra)!

Yo conocía bien a Michael Owen, y sentía por su libro algo muy parecido a lo que debe de sentir un padre al que se le cae la baba con su hijo favorito, porque germinó y tomó forma bajo mi benigna tutela. Así que, cuando en la Peacock Press recibimos la amarga noticia de su muerte, a nuestro sentimiento inicial de conmoción y pesar le siguió la conciencia de que no podíamos hacerle mejor justicia a su memoria que permitir que su última obra siguiera su curso con la mayor prontitud. Ésta es la única razón (a pesar de las maliciosas insinuaciones que se han vertido en determinada prensa) de que lo publiquemos inmediatamente después de los sensacionales acontecimientos que han despertado un gran interés público por la familia Winshaw y todo lo relacionado con ella.

Tal vez sea de lamentar la intensidad de este interés, pero ignorarlo completamente no dejaría de ser una locura. Por consiguiente, me he tomado la libertad de incluir, a modo de introducción a la historia de Michael, un relato detallado y minucioso de los horribles asesinatos que se cometieron en Winshaw Towers durante la noche del 16 de enero de este año. La redacción de este capítulo, basado en los verdaderos informes y las auténticas fotografías de la policía (más reveladoras e inquietantes, me han dicho, que cualesquiera que se haya topado en su ya larga carrera el forense que nos las facilitó), no me produjo ningún placer; pero el público tiene pleno derecho a acceder incluso a los pormenores más desagradables de semejante asunto. Es una cuestión de principios, que además, como editores, siempre nos hemos sentido orgullosos de defender.

En mi calidad de editora, también me pareció que había ciertos pasajes en el

manuscrito de Michael tan loablemente académicos en cuanto a su tono, tan rigurosos desde un punto de vista histórico, que bien podrían resultar un tanto desalentadores para aquellos lectores que se acercaran al libro movidos fundamentalmente por una curiosidad natural y saludable que les llevase a saber más de la masacre de enero. Mi consejo a esos lectores, pues, sería que pueden pasar perfectamente por alto el grueso de su narración, porque mi intención en el resto de este prefacio es resumir en unas cuantas páginas concisas y vívidas toda la historia anterior de una familia cuyo mero nombre (ejemplo, en su día, de todo lo que supusiese prestigio e influencia en la vida británica) se ha convertido ahora en sinónimo de tragedia.

La tragedia se había cebado en los Winshaw un par de veces, pero nunca a una escala tan terrible.

## NOTA DEL AUTOR

Me gustaría dar las gracias a Monty Berman, coproductor de la película ¡*Menudo reparto!*, por tener la amabilidad de permitirme citar parte del guión (escrito por Ray Cooney y Tony Hilton).

Gracias también a Louis Philippe por permitirme la cita de su canción «Yuri Gagarin» (música y letra de Louis Philippe, editada por Complete Music, copyright 1989); a Raymond Durnat, cuyo maravilloso ensayo sobre *Le Sang des Bêtes* (en *Franju*, publicado por Studio Vista, 1967) me proporcionó una cita para el capítulo sobre Dorothy y, al final, me sugirió el título de la segunda parte; y a International Music Publication Ltd. por darme permiso para citar «La Mer» de Charles Louis Augustine Trenet, copyright 1939 Brenton (Belgique), Éditions Raou, distribuida por T. B. Harms Co., Warner Chappell Music Ltd London.

Mi novela está vagamente en deuda con la obra de Frank King, autor de *El espíritu maligno* (1928), en la que la película ¡*Menudo reparto!* se inspiró en cierta forma. El primer párrafo de mi capítulo «Querer es poder» está copiado del primer capítulo de *El espíritu maligno* (sólo he cambiado una palabra), y a lo largo de la segunda parte hay varios ejemplos más de lo que Alasdair Gray ha llamado «Implagios» (plagios incrustados) tanto de *El espíritu maligno* como de la igualmente maravillosa *Terror en la casa Staups*. Habiendo sido incapaz de conseguir ninguna información sobre el señor King, la única compensación que le puedo ofrecer es recomendar a mis lectores que hagan todos los esfuerzos posibles por encontrar éstas y otras novelas (*Y de la pasta, ¿qué?*, por ejemplo, o *Esta muñeca es peligrosa*) y que intenten por todos los medios que se reediten.

Entre otras personas que me ayudaron de diversas formas se encuentran Harri Jenkins y Monica Whittle, que dedicaron generosamente gran parte de su tiempo a ponerme al tanto de los problemas de la Sanidad Pública y de los trámites hospitalarios; Andrew Hodgkiss y Stephanie May, que me suministraron información médica adicional; Jeremy Gregg, con su experiencia en tratamientos de textos; Michèle O'Leary, con sus conocimientos jurídicos; Paul Daintry, con la firma de Findlay y los ánimos que me dio; Tim Radford, con su «Yuriología»; además de Russell Levinson, Ralph Pite, Salli Randi, Peter Singer, Paul Hodges, Anne Grebby y Steve Hyam. Estoy especialmente agradecido a toda la gente de la Viking Press que ha trabajado tan duro por este libro, y a los inestimables Tony Peake, Jon Riley y Koukla MacLehose, que no han escatimado esfuerzos en su beneficio.

En lo que se refiere a mis fuentes documentales, el capítulo de Mark está basado en gran parte en información recogida de *La camarilla de la muerte* (Fourth State, 1992) —ciertamente, el mejor libro que se ha escrito sobre el tráfico de armas— que me dio la idea de los sabuesos muertos y del tiro a la manzana, entre otras cosas. Los

detalles de las prácticas de tortura iraquíes los saqué de publicaciones de Amnistía Internacional y de la CRDDI (la Campaña contra la Represión y por los Derechos Democráticos en Irak); la DDI es una organización ficticia. El capítulo de Dorothy está inspirado en el innovador trabajo de Ruth Harrison en su libro *Máquinas animales* (Vincent Stuart, 1964), además de en *Violencias físicas* de Mark Gold (Pluto, 1983), *La política de la comida* de Geoffrey Cannon (Century, 1987), y *Nuestra comida, nuestra tierra* de Richard Body (Rider, 1991). De los muchos libros consultados para el capítulo de Thomas, los más amenos y los que aportan más información son, con mucho, dos de Paul Ferris: *La City* (Gollancz, 1960) y *Caballeros de fortuna* (Weidenfeld, 1984). Los datos sobre la Sanidad Pública me los suministró *La nueva Sanidad Pública: organización y gerencia* de Chris Ham (Oxford, 1991), y aprendí mucho sobre los nombres en clave utilizados en la guerra del fascinante libro de Sir John Cecil Masterman *Sistemas de engaño en la Segunda Guerra Mundial* (Yale, 1972).

Esta novela debe su existencia, para finalizar, a Janine McKeown, sobre todo porque me sostuvo económicamente mientras lo escribía. Por esta y otras razones, se lo dedico con amor y gratitud.



JONATHAN COE (Birmingham, 1961) estudió en las universidades de Cambridge y Warwick, y ha sido profesor en esta última, músico semiprofesional y colaborador en *London Review of Books* y *The Times Literary Supplement*. Después de tres novelas y de dos monografías sobre Humphrey Bogart y James Stewart, su novela *¡Menudo reparto!*, supuso su consagración nacional e Internacional y fue galardonada con el Premio The Mail on Sunday/John Lewellyn Rhys y, en Francia, con el Prix du Meilleur Livre Étranger: «El horror y el humor van de la mano en esta novela, a la que habrá que recurrir en el futuro cuando uno quiera saber qué sucedió en la Inglaterra de los años ochenta». (Ramón de España).

Su novela posterior, *La casa del sueño*, obtuvo el Writer's Guild Best Fiction y, en Francia, el Prix Médicis Étranger. La siguiente, *El Club de los Canallas*, obtuvo el Premio Arcebispo San Clemente, otorgado en Santiago: «Un auténtico fresco sociológico que ha heredado la impagable jovialidad de las novelas de Nick Hornby y la conciencia de notario de la “realidad nacional” de Martin Amis, un divertido y ambicioso retrato de época». (Iñaki Ezkerra); «Consigue algo que parecía imposible: la más colorida de las novelas sobre los años más grises». (Rodrigo Fresán, *El País*).

Jonathan Coe retoma a los protagonistas de esta novela veinte años después, en la Inglaterra de Blair, en *El Círculo Cerrado*.

# Notas

[1] O, como dice Dylan Moran: «Frío, calmo y sin emociones. Protestante, en resumen. Es una religión fantástica, no te exige absolutamente nada, y ésta es la razón por la que no es una gran religión. Todas las grandes religiones se construyen sobre la vergüenza. Si eres protestante, no tienes que preocuparte por nada de eso. Vas a la iglesia, cantas un par de himnos, te tomas una taza de té, y luego todo el mundo se va a casa y se hace una paja.» <<



[2] Como dijo Kurt Vonnegut: «La simplicidad en el lenguaje no es sólo honrosa, sino quizás incluso sagrada.» <<

[3] El *Tom Jones* de Henry Fielding es la razón por la que Coe afirma que empezó a escribir. <<

[4] Tres novelas sin las cuales sus vidas no tienen sentido, por cierto. <<

[5] O su libre adaptación fílmica *School for Scoundrels* (1960), con el genial Terry-Thomas de irritantísimo pijazo tenista. <<

[6] La definición slang por antonomasia del pretencioso snob inglés que se da aires (nariz en alto). <<

[7] Sus vidas tampoco tienen sentido si no han visto más de una vez *Sweet Smell of Success* (1957), de Alexander Mackendrick. La mejor reflexión sobre los peligros del éxito y la ambición desquiciada (y lo pernicioso de los agentes) que se ha hecho jamás. <<

[8] Estar sentado leyendo *The Observer* en una terraza de Llafranc, tomando una cerveza al sol, y toparme con un artículo de Coe es un placer similar a recibir carta de un viejo y querido amigo. <<

[9] *Carry On* es una saga fílmica británica que puede adscribirse a nuestra (es un decir, porque *mía* desde luego no es) tradición Esteso-Pajares patria. Parodia de otro género (policíaco, detectivesco, horror, aventuras, bélico...) con chistes verdes y *double entendres*, *slapstick*, escatología ocasional y tias con los senos fuera apareciendo cuando uno menos se lo espera y menos a cuento viene. Una cosa entrañable, desechable y atroz que terminaría derivando en ese *Carry On Mayestático* y sublimado: el pazguato de Benny Hill. Un actor que debería haber nacido alemán.

<<



[10] En los *Diarios* de Joe Orton, Williams aparece cada dos párrafos, siempre haciendo de loquísima y medio histérico. <<

[11] Lean la fenomenal crónica sobre la zona de Kent y sus personalidades más inquietantes *All the Devils Are Here*, de David Seabrook. La caída y muerte de Hawtrey se explica con inquietante y sórdido detalle. <<

[12] Si nunca les he hablado de *Un cadáver a los postres*, les ruego no me lo pregunten si se topan conmigo en alguna bodega. Acabaría recitándoles todas las bromitas de la película (especialmente la de los «güesos»), cosa que puede resultar en extremo tediosa para los no iniciados en sus misterios. *Un cadáver a los postres*, además, es una de las pocas películas de la historia que resulta más divertida en la traducción española que en el original inglés. <<

[13] Permítanme otra iluminatoria frase del maestro Vonnegut sobre las novelas metaliterarias y los autores que sólo son capaces de hablar de otros escritores: «Creo que es increíblemente refrescante que un creador de literatura tenga algo más en la cabeza que la historia de la literatura hasta nuestros días. La literatura no debería tener la cabeza metida en el culo, por decirlo de alguna manera.» Ahora impriman esto y cuélguenlo en el alféizar de cada autor que detesten. <<

[14] ¡Viva la coincidencia! James Stewart es el actor que interpreta a Macaulay Connor, el escritor malogrado de la antes apuntada *Historias de Filadelfia*. <<

[15] Estrenada en España como *Sombras de sospecha*. (N. del T.). <<

[16] Las universidades de Oxford y Cambridge consideradas como antiguas y prestigiosas instituciones académicas. (*N. del T.*) <<

[17] *Nota del editor* [1995]: Henry Winshaw fue fiel a este propósito y tiene derecho, en efecto, a ser considerado uno de los diaristas políticos más prolíficos del país. Editar sus diarios (que constan de unos cuatro millones de palabras en total) ha resultado ser una labor ingente, pero esperamos que al menos el primer volumen pueda publicarse a principios del año que viene. Mientras tanto, estos extractos deben servirnos a modo de aperitivo. <<



[18] Parece ser que esta reticencia se superó más tarde: la señorita Carpenter se casó con Henry Winshaw en la primavera de 1953. <<

[19] *La Seguridad Social y las prestaciones afines* de William Henry Beveridge (1879-1963) se convirtió en el anteproyecto de las leyes sobre asistencia social de la Inglaterra de la posguerra, y aportó, concretamente, el marco teórico para la creación del Instituto de la Sanidad Pública. <<

[20] Godfrey Winshaw (nacido en 1909) había sido derribado por los alemanes el 30 de noviembre de 1942. Para un relato exhaustivo, aunque basado en puras especulaciones, de la subsiguiente crisis familiar, ver *El legado de los Winshaw: una crónica familiar*, de Michael Owen. Peacock Press, 1991. <<

[21] Literalmente, «tío Dios». (N. del T.) <<

[22] Estos tres últimos versos no tienen mucho sentido, desgraciadamente, ya que nunca se repatrió el cadáver de Godfrey Winshaw desde Alemania. El excesivo dolor del impresionable y joven Henry parece haberle confundido respecto a este detalle.

<<

[23] Margaret Hilda Roberts (de soltera Grantham, nacida en Lincs el 13 de octubre de 1925), más tarde Margaret Thatcher, y luego baronesa Thatcher de Kesteven, llegó a ser presidenta de la ACUO en el otoño de 1946. <<

[24] Aneurin «Nye» Bevan (1897-1960), diputado laborista por Ebbw Vale, que en 1946 consiguió la aprobación de la ley por la que se implantaba la Sanidad Pública. Existe una biografía: *Aneurin Bevan*, de Michael Foot (2 vols., Londres, 1962 y 1973). <<

[25] En este punto se produce una lamentable laguna en los diarios. O bien Winshaw no dejó ninguna constancia de los años 1949-1959, o bien, y esto es mucho más probable, los volúmenes relativos a este periodo se han perdido sin remedio. Cualquiera que sea la explicación, carecemos de datos sobre su rápida ascensión en el mundo de la industria tras licenciarse por Oxford, su elección como candidato laborista en 1952, su matrimonio al año siguiente, o su nombramiento como parlamentario en 1955 (con ocasión, irónicamente, de la desastrosa derrota de los laboristas en todo el país). En mi búsqueda de cualquier clase de documentación que pudiese proporcionarnos alguna vislumbre de la perspicacia política del joven diputado, sólo he podido sacar a la luz la presente transcripción de los archivos de la BBC. <<



[26] Alan Beamish (1926): distinguida figura de la radiotelevisión, que comenzó su carrera como corresponsal político de la BBC y luego continuó haciéndose un nombre como productor innovador a lo largo de los años sesenta y setenta, mientras seguía apareciendo ocasionalmente ante la cámara. Tras una desgraciada experiencia en la televisión independiente, se retiró repentinamente en 1990. <<

[27] Derick Heathcoat Amory (1899-1981), más tarde primer vizconde Amory, diputado conservador por Tiverton y ministro de Hacienda desde 1958 a 1960. <<

[28] A primera hora de la mañana del 14 de julio, Radio Bagdad anunciaba que Irak había sido «liberado de la dominación de un grupo corrupto instalado por el imperialismo». El rey Faisal, el príncipe heredero Abdul Ilah y el general Nuri es-Said habían sido asesinados en el transcurso del golpe militar, y se había proclamado un régimen republicano. A petición del rey Hussein, se enviaron paracaidistas británicos a Jordania para salvaguardar la zona. <<

[29] Harold Macmillan (1894-1984), más tarde conde de Stockton, diputado conservador por Bromley y primer ministro desde 1957 a 1963. <<

[30] Margaret Roberts se había casado con Dennis Thatcher, entonces director gerente de Atlas Preservative Co., en diciembre de 1951. Su hijo Mark y su hija Carol nacieron dos años después. (Por lo que respecta a la compañía Atlas, fue vendida a Castrol Oil por 560.000 libras en 1965.) <<

[31] El 3 de febrero Macmillan había declarado, orgulloso, ante el parlamento sudafricano en Ciudad del Cabo: «Aires de cambio recorren el continente.» A ciertos integrantes de su propio partido su postura al respecto les parecía peligrosamente progresista. <<

[32] El 16 de septiembre un intruso había penetrado en la residencia familiar en circunstancias bastante extrañas, y había resultado muerto al descargar un violento ataque sobre Lawrence Winshaw. El incidente no despertó muchos comentarios en su momento, aunque puede encontrarse una versión típicamente exagerada del asunto en Owen, *op. cit.* <<

[33] Hugh Todd Naylor Gaitskell (n. 1906), diputado por South Leeds, y líder del Partido Laborista desde 1955 hasta su muerte repentina en 1963. <<



[34] El discurso de Gaitskell en Glasgow el 6 de mayo había sido interrumpido por defensores del unilateralismo, lo que había dado lugar a alegaciones sobre la infiltración de trotskistas en la rama juvenil del partido. <<

[35] Harold Wilson (1916- ), más tarde barón Wilson de Rievaulx, llegó a ser, en efecto, líder del partido el 14 de febrero de 1963. Es posible, sin embargo, que Winshaw haya exagerado su grado de animosidad. Sólo he podido encontrar un ejemplo escrito de alguna referencia de Wilson a él, en una entrevista para el *Times* en noviembre de 1965. Se mencionó el nombre de Winshaw en relación con la abolición de la pena capital (a la que éste se oponía) y, según el periodista, el entonces primer ministro preguntó: «¿Quién?» <<

[36] Richard Howard Stafford Crossman (1907-74), diputado laborista por Coventry East, era en ese momento presidente de la Cámara de los Comunes. Curiosamente, sus exhaustivos diarios no contienen ninguna referencia a esta conversación. <<

[37] Contradiciendo las encuestas de opinión, los conservadores habían ganado por una mayoría absoluta de 31 escaños en la Cámara de los Comunes, con el 46,4% del voto nacional. Edward Heath (1916- ) se convirtió en primer ministro. <<

[38] Keith Sinjohn Joseph (1958- ), más tarde barón Joseph de Portsoken, secretario de Estado para Asuntos Sociales (1970-74) y, con posterioridad, ministro de Industria (1970-81) y de Educación y Ciencia (1981-86). <<

[39] *La ley para la reforma de la Sanidad Pública* (1973), que al fin se aprobó en su tercera lectura en la Cámara de los Comunes el 19 de junio, por una mayoría de 11.

<<

[40] Barbara Anne Castle (1910- ), más tarde baronesa Castle de Blackburn: diputada laborista por Blackburn, y en esa época ministra de Servicios Sociales. La huelga aquí mencionada fue promovida por el personal auxiliar del Hospital de Charing Cross, que se negaba a atender cuarenta habitaciones adosadas, reservadas para los pacientes privados. <<

[41] Margaret Thatcher había derrotado a Edward Heath en la votación para elegir al líder del partido, y en febrero de 1975 fue la primera mujer nombrada presidenta de un partido político mayoritario en Gran Bretaña. <<



[42] Seguramente se la llevó. El artículo en cuestión se titulaba: «El amanecer de una edad de oro», y no contenía muchos datos de las tendencias socialistas. <<

[43] Winshaw se refiere a James Callaghan (1912- ), más tarde barón Callaghan de Cardiff. Sus rivales en la elección de presidente habían sido Michael Foot y Denis Healey. <<

[44] Reginald Ernest Prentice (1912- ), más tarde barón Prentice de Daventry, justificó su repentino cambio de tendencia política en un ingenioso volumen titulado *Right Turn\** (1978). Posteriormente llegó a ser ministro de la Seguridad Social durante dos años en el primer gobierno de la señora Thatcher.

En inglés, *Right Turn* significa tanto un giro a la derecha como un cambio de dirección adecuado, correcto. (N. del T.) <<

[45] Respetado y poderoso banco con el que Thomas Winshaw (1924-91) tuvo una larga relación, primero como director y luego como presidente. <<

[46] El anteproyecto de ley para la privatización de las telecomunicaciones británicas fue presentado en la Cámara de los Comunes en noviembre de 1982; pero no fue aprobado hasta el 12 de abril de 1984, después de que la señora Thatcher hubiera ganado su segundo mandato. <<

[47] Sir (Ernest) Roy Griffiths (1926- ), director gerente de Sainsbury's, S. A., fue presidente del Informe sobre la Administración de la Sanidad Pública, que publicó sus resultados en 1983, y era especialmente crítico con la «falta de una política de administración general, claramente definida» en la Sanidad Pública. <<

[48] El enfrentamiento entre mineros y policías tuvo lugar en Orgreave, y fue el más violento de una huelga de un año de duración. <<

[49] Neil Kinnock (1942- ), primer líder del Partido Laborista, en la actualidad uno de los dos comisarios ingleses de la Comunidad Europea en Bruselas. <<



[50] La doctora Jane Gillam, a quien Winshaw se refiere aquí, dejó la profesión médica en 1991, y desde entonces se ha convertido en una periodista independiente de sobra conocida, que ha escrito extensamente sobre temas sanitarios. Para una versión diferente de su aparición en televisión junto a Henry Winshaw, ver el extracto siguiente. <<

[51] El gobierno de la señora Thatcher fue elegido para un tercer mandato el 11 de junio de 1987, por una mayoría de 101 escaños y el 42% del voto nacional. <<

[52] *Promoviendo una sanidad mejor* (1987) <<

[53] *Trabajando para los pacientes y Cuidando de la gente* (ambos de 1989). <<

[54] Margaret Thatcher fue depuesta como líder de los conservadores el 22 de noviembre de 1990. Su sucesor, John Major, llevó al partido a una cuarta victoria sin precedentes en las elecciones de 1992, asegurando pues la continuidad de la política sanitaria. Pero, evidentemente, éste fue un triunfo que Henry Winshaw no llegaría a ver. <<

[55] En inglés *verity* significa «verdad». (N. del T.) <<

[56] En alemán en el original: pantalones de cuero. (*N. del T.*) <<

[57] *Biro*: marca comercial muy conocida en Inglaterra. Por extensión, cualquier bolígrafo. (N. del T.) <<



[58] *Biro*: marca comercial muy conocida en Inglaterra. Por extensión, cualquier bolígrafo. (N. del T.) <<

[59] *Military Intelligence, section 5*: así se denominaba la agencia de contraespionaje del Gobierno Británico. (N. del T.) <<

[60] *Military Intelligence, section 5*: así se denominaba la agencia de contraespionaje del Gobierno Británico. (N. del T.) <<